GUY BOURDÉ-HERVÉ MARTIN

Las escuelas históricas

akal

El discurso del método histórico, los diferentes modos de escribir la historia y sus «escuelas» –sucesivas o concurrentes– constituyen el objeto de análisis de este libro de intención predominantemente pedagógica.
En él se expone, con claridad y espíritu de síntesis, la evolución de la producción histórica de la Antigüedad a nuestros días, profundizando no solamente en su mera producción bibliográfica, sino deteniéndose en las principales aproximaciones –la práctica del historiador– y en las teorías que delimitan la disciplina histórica –la epistemología.
Ameno y didáctico, el lector encontrará en esta obra el manual necesario para entender la historia de la historia, desde Heródoto hasta la actualidad.

Guy Bourdé († 1982), profesor agregado de Historia y doctor en Letras, era especialista en historia de América Latina.
Hervé Martin (1940) es profesor de Historia Medieval en la Universidad de Haute-Bretagne, Rennes II.

akal
HISTORIA CONTEMPORANEA

www.akal.com

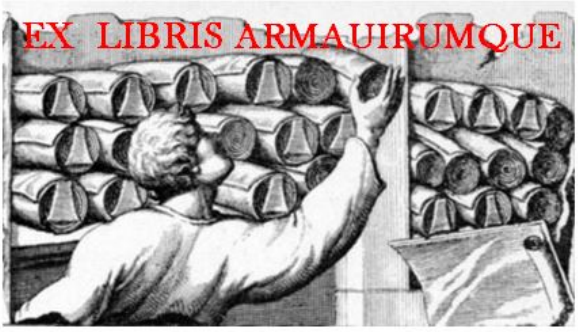
GUY BOURDÉ Y HERVÉ MARTIN
CON LA COLABORACIÓN DE PASCAL BALMAND

LAS ESCUELAS HISTÓRICAS

Traducido por
Rosina Lajo y Victoria Frígola

Revisión científica por
Elena Hernández Sandoica

EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



-akal-
EDICIONES

Maqueta: RAG
Título original: *Les écoles historiques*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 534-bis, a), del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Éditions du Seuil, 1990
© Ediciones Akal, 1992
Para todos los países
de habla hispana
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Teléfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
Madrid - España
ISBN: 84-7600-840-6
Depósito legal: M. 22.074-1992
Impreso en Anzos, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

PRÓLOGO

En Francia, la historia ocupa un lugar estratégico en la encrucijada de las ciencias humanas, y ofrece la imagen de una disciplina que se fundamenta en una sólida tradición y que ha alcanzado la madurez. En términos generales, los historiadores se decantan por la práctica empírica y rehúsan, con cierto menosprecio, la reflexión teórica. Basta leer la obra de Marc Ferro, *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde* (1981), para darse cuenta de que, en todas partes, en África del Sur, en el Irán, en la Unión Soviética, en los Estados Unidos, en el Japón y en otros países, la ciencia histórica responde, en el fondo, a un discurso ideológico más o menos consciente. De ahí la necesidad imperiosa que tiene el historiador de interrogarse sobre las condiciones, los medios y los límites de sus conocimientos. Además, desde hace algunos años, algunos profesionales de la historia se dedican a la duda sistemática, cayendo a veces en el hipercriticismo como lo demuestran los ensayos, muy diferentes entre sí, de Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire* (1971), y de Jean Chesneaux, *Du passé, faisons table rase*? (1976).

En historia, la cuestión del método puede ser enfocada desde diversos ángulos. Se puede elegir una óptica filosófica, cuestionándose los problemas fundamentales: ¿Cuál es el objeto de la historia? ¿Es posible alcanzar la verdad en este campo? ¿Cómo se percibe el transcurso del tiempo? ¿Qué relación se establece entre el pasado y el presente? ¿Tiene alguna finalidad la aventura humana? Se puede preferir la vía epistemológica, examinando las relaciones existentes entre la historia y las ciencias hermanas: geografía, demografía, economía, sociología, etnografía, lingüística, psicoanálisis, etcétera. Otra elección posible es limitarse a mejorar «el instrumento de trabajo», haciendo inventario de las técnicas auxiliares de la historia, tales como la arqueología, la epigrafía, la paleografía, la cartografía, la estadística y, hoy, la informática. Otra elección puede ser considerar el papel social de la historia, evaluando la enseñanza de esta disciplina en la universidad, en las enseñanzas medias o en la escuela, o bien su difusión por medio de libros y revistas, por medio del cine, la radio, la televisión. Todos estos enfoques son legítimos y merecen ser analizados en profundidad.

En este volumen se ha adoptado una perspectiva fundamentalmente his-

toriográfica, entendida como examen de los diferentes *discursos del método histórico* y de las diferentes *formas de escritura de la historia* desde la alta Edad Media hasta nuestros días. Aunque se haya escrito hace pocos años que el método de la historia no había experimentado ningún cambio desde Herodoto y Tucídides, nos parece, por el contrario, que la práctica de la historia y el discurso sobre ella han evolucionado considerablemente, por no decir cambiado en muchas ocasiones, desde Gregorio de Tours hasta la «nueva historia». Sin tales cambios, evidentemente, este libro carecería de objeto. Reconozcamos, sin embargo, a favor de Paul Veyne, el autor de la frasecita, que los grandes maestros de la historia erudita del siglo XIX —Fustel de Coulanges el primero— han destacado algunos de los principios expuestos por Tucídides en las primeras páginas de la *Historia de la guerra del Peloponeso*. El historiador, dice Tucídides, debe dedicarse a la búsqueda de la verdad y por tanto debe examinar los documentos más seguros —por tanto los más próximos a los hechos relatados—, confrontar testimonios divergentes, desconfiar de los errores repetidos por la común opinión... Todos estos preceptos siguen siendo válidos y, en este sentido, es un deber ineludible para los historiadores actuales leer y releer a Tucídides. Pero ¿quiénes se aventurarían hoy, por ínfimo que sea su conocimiento de Fustel de Coulanges, de Langlois y de Seignobos, a reescribir, como le gustaba hacer a Tucídides, los discursos de los protagonistas de su relato prestándoles las palabras que debían pronunciar? ¿Quiénes se arriesgarían a reducir la expedición de Alcibíades a Sicilia a bellas antilogías y al choque de dos ambiciones contrarias (conquistar-no ser esclavizado), omitiendo deliberadamente la narración de una parte de las operaciones militares? ¿Quiénes osarían proclamar que la historia es la madre de la ciencia en la medida en que no puede dejar de tratar siempre los mismos acontecimientos siguiendo la ley del devenir humano? Seguramente nadie, porque los procedimientos de la historia han cambiado mucho desde que fue enunciada por vez primera al pie de la Acrópolis.

El examen de la producción histórica (esencialmente francesa) desde la alta Edad Media evidencia que ha habido más rupturas que continuidades. Entre las cesuras que nos han parecido más relevantes destacamos el siglo XII, la segunda mitad del siglo XV, los años 1660-1680, 1876-1898, 1930 y también, sin duda, 1970-1975. En esta última fase de renovación, la antropología histórica se ha situado como «sustituto dilatado» de la historia y ha multiplicado paralelamente los límites de la *escuela de la sospecha,* que somete a una crítica abrasiva tanto los procedimientos de la historia científica como las reglas no explícitas que sigue el *establishment* universitario. Nosotros hemos dado especial importancia a estas dos corrientes contemporáneas.

A este estudio se le puede hacer un reproche obvio: gravita excesivamente sobre la producción del hexágono francés y, por ende, adolece de cierta miopía muy francesa, en parte corregida por algunas páginas dedicadas a los filósofos de la historia extranjeros (Hegel, Toynbee, Spengler) y por algunas líneas reservadas a las críticas procedentes del extranjero contra el imperialismo de la actual escuela francesa. Digamos sin embargo, como atenuante, que no tenemos ninguna pretensión enciclopédica y que nuestra principal intención era plantear los problemas de gran envergadura

de la historiografía a través de los casos que nos han parecido más significativos, evitando repetir el libro de L. Ehrard y de G. Palmade *L'Histoire* (1964) y el diccionario de *La Nouvelle Histoire,* dirigido por Jacques Le Goff (1978). Hemos pretendido poner una obra de fácil acceso a disposición de los estudiantes y de cuantos se interesan por la problemática de las ciencias humanas en general y por las relaciones que hay entre ellas en particular. Los siguientes capítulos habrán cumplido plenamente su misión si sirven para situar mejor la historia actual en relación a sus pioneros y para corregir algunos puntos de vista anticuados.

Rennes, enero 1983

P. S. Para redactar este prólogo he copiado parcialmente un primer texto de Guy Bourdé, escrito en septiembre de 1981, menos de un año antes de su fallecimiento. Quisiera que quedara patente en estas líneas preliminares, escritas alternativamente por cada uno de nosotros, la profunda amistad que nos unía y el testimonio de nuestra colaboración, que la muerte ha interrumpido.

H. M.

CAPÍTULO 1

PERSPECTIVAS SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

Nadie espere de la presente obra la solución de la famosa polémica acerca del nacimiento del género historiográfico en el mundo griego. ¿Hemos de creer que fue la consecuencia de una práctica íntimamente unida al despertar de la democracia, una forma de la toma de conciencia que el hombre alcanza de su propia condición de animal político, una manifestación intelectual y escrituraria de la distancia recorrida en relación al aparente caos de los acontecimientos? ¿Derivó, simplemente, de la aparición de un nuevo «género literario», progresivamente emancipado de la epopeya? Ya en el siglo VI a. J. C., el poeta Panyassis, tío de Herodoto, dedicaba sus *Jónicas* a relatar las fundaciones de las ciudades en las costas del Asia Menor. Todavía es más significativo el caso de Hecateo de Mileto: partícipe en la revuelta de Jonia a finales de este mismo siglo VI, escritor de leyendas sobre los orígenes de las ciudades, autor de una descripción de la tierra o *Perigesis,* logra combinar el talento del geógrafo con la participación activa en el proceso de creación de la historia y en la preocupación por relatar las hazañas que será compartida por los logógrafos del siglo V. Tucídides, el verdadero fundador de la historia crítica, por no decir de la historia clásica en general, apenas le inspira más confianza que los poetas, reprochándole que dedicara mayor esfuerzo a cautivar el oído que a servir a la verdad. «Reúnen, según su opinión, hechos que no es posible verificar rigurosamente y que desembocan finalmente, la mayoría de las veces, en un relato increíble y maravilloso.» Nos remontaremos primero a los relatos de Herodoto, el precursor de la etnohistoria, antes de adentrarnos en la austera y límpida lección de Tucídides. «Debéis pensar que mis informaciones proceden de las fuentes más seguras y que ofrecen, dada su antigüedad, suficiente certeza.» Polibio, padre putativo de la ciencia política, continuó sus mismos principios, fielmente seguidos por los autores romanos desde Tito Livio a Amiano Marcelino. A. Momigliano nos recuerda que estos historiadores romanos y griegos no constituían un grupo social diferenciado. Mientras que las obras de los poetas y dramaturgos conservaban un cierto carácter religioso, a los historiadores no se les consideraba «depositarios de un género definido de conocimiento». Generalmente eran gentes de edad madura, «retirados» de la vida política o exiliados, deseosos de supe-

rar las perspectivas locales y de hacer meditar a un público amplio acerca de los grandes cambios políticos y militares. Se proponían como primera tarea, aunque la tradición humanista nos haya transmitido la imagen contraria por considerarlos garantes de valores eternos, relatar el pasado reciente y describir el mundo en que vivían. Sus obras, imágenes del cambio, son también espejos en los que se refleja la diversidad de los pueblos y las costumbres.

1. Herodoto o cómo pensar «lo otro»

El autor de las *Historias* (entiéndanse en el sentido de relatos e investigaciones) nos parece una figura enigmática: ¿es un etnógrafo anticipado o un historiador? ¿Ha respetado la primera regla del oficio del historiador: decir la verdad? ¿Hay uno o dos Herodotos? Uno, el autor de los cuatro primeros libros, sería un «etnógrafo» tentado exclusivamente por la curiosidad. Según H. van Effentere, se habría transformado en historiador. El segundo Herodoto, el narrador de las guerras médicas (libros V al IX), se caracterizaría por una composición más firme y por una selección más severa de los hechos, sin dar muestras, sin embargo, de un gran espíritu crítico. La respuesta a estas preguntas procede, en lo esencial, de François Hartog, *Le Miroir d'Hérodote* (París, 1980).

Herodoto nació hacia el año 480 en Halicarnaso, Asia Menor, una ciudad dominada por los persas donde se mezclaban griegos y carios. Los desórdenes le decidieron a trasladarse a Samos. Más tarde viajó por el Próximo Oriente, por las orillas del Mar Negro, Grecia, Italia del Sur y Atenas. Su vida, transcurrida entre dos conflictos, las guerras médicas y la guerra del Peloponeso, terminó hacia el año 420, en Thourioi o en Atenas. Es preciso destacar dos características del personaje. Era originario de Jonia, cuna de la ciencia griega en el siglo VI, donde nacieron las matemáticas, la filosofía y la geografía, en las personas de Tales, Anaximandro y Hecateo de Mileto. Además, Herodoto es un exiliado, un *no-ciudadano,* lo que le procura una cierta distancia respecto a aquellos que se han sumergido en el fuego de la acción. Al redactar las *Historias* persigue un objetivo muy claro: «Al presentar al público sus investigaciones, Herodoto de Halicarnaso quiere preservar del olvido lo que han hecho los hombres, celebrar las grandes y maravillosas acciones de los griegos y de los bárbaros y, sobre todo, desarrollar los motivos que les condujeron a hacerse la guerra.» Con esta doble finalidad, luchar contra el olvido y dispensar la gloria, redactó nueve libros, cuyos cinco últimos relatan las guerras médicas y los cinco primeros versan sobre cómo afectó el poderío persa a los griegos y a los bárbaros. Dado que Herodoto es «esencialmente digresivo» (F. Hartog), su relato se encuentra esmaltado de descripciones y variaciones etnográficas sobre las costumbres.

La actitud de Herodoto seduce por su gran curiosidad por todas las cosas. ¿No se formula preguntas, por ejemplo, sobre las crecidas del Nilo?, ¿por qué se producen en verano y no en invierno? Acostumbrados al fenómeno, los egipcios no están en condiciones de explicarlo. Por tanto, intentará responder con la ayuda de la ciencia jónica, apelando a los movimiento aparentes del sol. Cree que cuando éste se halla en el cenit de un

lugar, la lluvia es imposible. Cuando en el invierno el sol, en su cenit, llega a Libia, consecuentemente el Nilo se encuentra en su nivel más bajo. Pretende reconstruir el curso de este río, cuya crecida es vital para Egipto. Esta vez necesita utilizar el razonamiento por analogía, basándose en el recorrido del Istros (Danubio). Cree que el Nilo, a través de Libia, y el Istros, a través de Europa, tienen un curso idéntico, hallándose ambas desembocaduras una frente a otra.

Genio universal, Herodoto se anticipa a las ciencias del futuro. Anuncia la geografía por su sentido de la observación: «El suelo de Egipto —hace notar con agudeza— es una tierra negra, agrietada y quebradiza, como si se hubiera formado con el limo procedente de Etiopía que el Nilo le ha aportado y que ha acumulado por medio de sus desbordamientos; mientras que sabemos que la tierra de Libia es más roja y arenosa, y que la de Arabia y Siria es más arcillosa y pedregosa.» No contento con describir, quiere medir el espacio, como un agrimensor. Estima que hay desde el mar hasta Heliópolis 1.500 estadios (de 177,6 m. cada uno), que la distancia entre Atenas y Pisa, cerca de Olimpia, pueda ser de unos 15 estadios. Podemos observar en Herodoto una especie de obsesión por las cifras, manera elemental de conceptualizar la realidad. Le interesa todo: las distancias, las dimensiones de los monumentos, etc. Se adelanta a la zoología, describiéndonos al cocodrilo o al hipopótamo, y a la etnografía, al pintarnos las costumbres de los escitas, los egipcios y otros pueblos que viven en la periferia del mundo griego: «Los sacerdotes (de Egipto) —observa— se afeitan todo el cuerpo cada tres días, a fin de que no se engendren piojos ni cualquier otro parásito en los hombres que sirven a los dioses. Sólo llevan una túnica de lino y sandalias de papiro. No les permiten tener ninguna otra prenda ni calzado (...). A cambio de ello disfrutan de grandes ventajas. No gastan ni consumen nada de sus bienes propios. Cada uno de ellos participa de los manjares sagrados, que se les entregan cocidos; e, incluso, se les distribuye cada día una gran cantidad de carne de buey y de oca (...).» Las prácticas rituales, las exigencias vestimentarias, el estatus económico, nada escapa a su sagacidad. Podríamos citar páginas igualmente pintorescas a propósito del ritual de embalsamamiento, de las fiestas celebradas en honor del falo de Dionisos, y de las alegres peregrinaciones al templo de Artemisa en Bubastis. La mirada de Herodoto, a veces divertida, siempre es comprensiva. Posee un sentido innato de la relatividad de las costumbres, máxima fundamental de la etnografía. Como si fuera un precursor de Montaigne observa: «Todos están convencidos de que sus propias costumbres son, con mucho, las mejores.»

Si nos fijamos más particularmente en el historiador, vemos que es muy consciente de la diversidad de sus fuentes de información: «He dicho hasta aquí lo que he visto, lo que he sabido por mí mismo, o lo que he conocido gracias a mis investigaciones. Voy a hablar ahora de este país según lo que me han dicho de él los egipcios; añadiré también a mi relato algo que he visto por mí mismo.» Frecuenta con asiduidad los lugares memorables: el templo de Menfis, después Heliópolis y Tebas, para ver si las explicaciones de los habitantes de estas dos últimas ciudades «se correspondían con las de los sacerdotes de Menfis». Asimismo recoge fragmentos de ciencia escrita: «Los sacerdotes (de Menfis) también me leyeron en sus anales los nombres de otros trescientos treinta reyes que reinaron después de él (Min,

el primer rey de Egipto, fundador de Menfis).» Dado que tenía que recurrir a traductores, Herodoto solamente pudo llevar a cabo una investigación limitada. Viviendo en un mundo de «cultura escrita limitada» (F. Hartog), consecuentemente no creía «ni en la necesidad, ni en la superioridad de lo escrito». Podríamos denotar otras limitaciones en su información, especialmente su visión muy restringida del campo político, en el que se erige la figura del tirano, movido por el deseo, víctima de la desmesura, transgrediendo constantemente todas las reglas sociales y morales. Nunca satisfecho, siempre desea más. Este mismo principio explicativo lo volvemos a encontrar en Tucídides.

Tal como lo ha demostrado en sumo grado F. Hartog, el «problema» esencial de Herodoto, semejante a aquel con el que se enfrenta cualquier etnólogo o cualquier historiador, consiste en pensar *lo otro*, lo lejano, lo diferente. Al describir a los escitas, por ejemplo, «construyó una figura del nómada que convierte en pensable su alteridad». Pasa de una alteridad opaca a una alteridad portadora de sentido. Para conseguirlo, introduce una retórica cuyos procedimientos se reducen a determinado número de figuras elementales, brillantemente analizadas por el autor del *Miroir d'Hérodote*.

Todo parte, pues, de la constatación de que *a* (el mundo griego) es diferente de *b* (el mundo no griego). ¿Cuál será la actitud del narrador? ¿Consistirá tan sólo en reducir lo otro a lo propio, en traducir *b* en términos de *a*? Señalemos, en primer lugar, dos comportamientos de Herodoto sobre los que F. Hartog insiste poco. El primero consiste en considerar que *b* es maravilloso, prodigioso, totalmente diferente de *a*, fundamentalmente irreductible al mundo conocido. En su virtud, los monumentos llegan a alcanzar proporciones extraordinarias; algunos productos preciosos se recogen en circunstancias sorprendentes, como el *ladanum* (resina aromática) ¡en la mismísima barba de los machos cabríos! La segunda actitud consiste en estimar que *b* es el antepasado de *a*. Egipto ha sido la cuna de muchas creencias: «Casi todos los nombres de los dioses (entre ellos el de Dionisos) han llegado a Grecia procedentes de Egipto.» Este camino nos conduce en cierta forma a reconocer que, en determinados campos, *b* es superior a *a*. En materia de calendario, por ejemplo, se considera a los egipcios «más hábiles que los griegos».

Lleguemos a la operación principal de Herodoto, que consiste en intentar traducir *b* en términos de *a*. Dicha operación puede revestir varias formas: 1) Primero, la de la oposición, término a término, del esquema, hasta su total inversión. La famosa descripción de las costumbres de los egipcios (*Historias*, libro II, 35-37) constituye su mejor ejemplo: «Las mujeres son las que van al mercado y realizan el pequeño comercio; los hombres se quedan en casa y tejen.» El conjunto del texto presenta un esquema binario, puesto de manifiesto en una serie de imágenes contrastadas: alto-bajo, dentro-fuera, peludo-afeitado. Forma simple y eficaz de superar la opacidad del mundo de enfrente. Como no todos los hechos no dan pie a un tratamiento tan sumario, Herodoto elabora esquemas de inversión más sutiles, como cuando se refiere a las amazonas, vírgenes guerreras y feroces, antítesis vivientes de las mujeres casadas griegas: cuando los escitas prefieren engendrarles hijos antes que guerrear con ellas, ¿no se comportan igual que los griegos? 2) Para el autor de las *Historias*, las compa-

raciones y analogías constituyen también formas de «reducir lo otro a lo propio». Nos dirá, por ejemplo, que la carrera de los mensajeros del rey de Persia, pasándose el correo el uno al otro, recuerda aquella otra de los portadores de antorchas en honor de Hefaistos. O establecerá un paralelismo entre la geografía de los escitas y la del Ática. 3) Traduce poco, excepto cuando se trata de nombres propios. *Xerxes,* precisa, significa el guerrero. En cuanto al término libio *Battos,* no significa el tartamudo, como un griego se inclinaría a pensar, sino el *Rey.* 4) Describir e inventariar constituye una última manera de colonizar lo diferente, hallando en ello elementos conocidos, sometidos a insólitos arreglos. El narrador transfiere su léxico a otra realidad y sus palabras colonizan las cosas del otro campo.

Si nos atenemos a las estructuras del texto, habría que hablar de un único Herodoto y no de dos. La oposición entre *ellos* y *nosotros* es patente en el conjunto de la obra, tanto en los viajes como en el relato de las guerras. Tampoco conoce ninguna alteración su manera de relatar los hechos y los actos maravillosos. Trátese de acciones o de costumbres, se mantiene siempre el mismo principio de selección. Herodoto elige «lo más digno de ser contado». Fue mal enjuiciado por Tucídides, quien sólo vio en él un narrador de fábulas, un «mentiroso» cuya única preocupación era complacer a sus lectores. Pero, como si quisiera precaverse contra esta objeción, se esforzó en recordarnos que nadie estaba obligado a creer sus relatos: «¡Mi deber es dar a conocer lo que se dice, pero yo no estoy obligado en absoluto a creer en ello! Y esto es válido para toda mi historia.» Herodoto, que todavía no es prisionero de las categorías del conocimiento histórico, constituye, de hecho, un insustituible espejo en el que el historiador puede contemplar la incertidumbre de su estatuto. ¿Enuncia la realidad o tan sólo ficciones verosímiles, como le gustaba decir a Michel de Certeau? En el «espejo de Herodoto» también se reflejan los bárbaros, pero como una imagen invertida de los griegos. Para él, tanto el mundo conocido como el pasado reciente se hallan contenidos dentro del espacio griego del saber (F. Hartog).

2. Tucídides: la definición conjunta de un método y de una escritura

Al calificar Tucídides a su propia obra como de «bien para siempre», ¿tendría el presentimiento del extraordinario estatuto que le reservaban los siglos futuros? La *Historia de la guerra del Peloponeso* todavía suscita en la actualidad un temor reverencial y sigue siendo considerada como el modelo absoluto del método histórico. Un reciente artículo de Nicole Lovaux, «Thucydide n'est pas un collègue» *(Quaderni di storia, XII,* 1980, pp. 55-81), nos ha recordado oportunamente que el escritor ateniense no concebía la historia como nosotros. Todavía no se trataba de un género diferenciado ni de una obra escolar elaborada según unas condiciones precisas. La historia formaba parte de los géneros cívicos, de las instituciones orales reconocidas en la *polis,* como la tragedia y la elocuencia. No aspiraba a ser una «expresión transparente de la verdad de los hechos». Por tanto, carecería de sentido pretender tomar a Tucídides por un honorable miembro de la corporación de los historiadores y reprocharle sus omisio-

nes o sus síntesis. Es preciso reconocer que todo se halla sometido en él a la lógica del relato de guerra y a un implacable racionalismo. En consecuencia, nos enseña tanto a propósito de la escritura de la historia en el siglo V como de los trágicos acontecimientos de los que fueron víctimas los contemporáneos de Pericles.

Tucídides nació hacia el año 460 en el seno de una familia emparentada con Cimón y con Milcíades, propietaria de minas de oro en Tracia. Fue elegido estratega en el año 424 y no pudo evitar la caída de Anfípolis, lo que le valió ser condenado al exilio. Vivió en Tracia hasta el año 404, no sin viajar a Sicilia y a la Magna Grecia. A pesar de su amargura, se mantuvo vinculado a la democracia hasta su muerte, ocurrida hacia el año 395. Dedicóse a escribir la *Historia de la guerra del Peloponeso,* que enfrentó a Atenas y a sus aliados del Egeo contra Esparta y la Confederación del Peloponeso entre los años 431 y 404 a. J. C. El relato, dividido en ocho libros —el último de los cuales fue escrito a toda prisa—, concluye con la expedición de Alcibíades a Sicilia (415-413). La continuación del conflicto fue relatada por Jenofonte en las *Helénicas.*

En la introducción de su obra, calificada de arqueológica porque versa sobre los orígenes de Grecia, Tucídides expuso su método de historiador en un texto famoso (ver el texto en el anexo, *Historia de la guerra del Peloponeso,* libro I, XX-XXIII). Dudar de cuanto está admitido constituye el punto de partida de su decisión. La historia se inicia con la sospecha: «Es difícil dar crédito a los documentos en su conjunto (...). Los hombres aceptan las cosas sin previo examen.» Para llegar a ser historiador es preciso distanciarse de la opinión común, generadora de tantos errores acerca del pasado y del presente. Por tanto, no se debe aceptar la primera información que nos llega. Tampoco debemos ser víctimas de la ilusión que engendra el hecho de haber participado en los acontecimientos. En efecto, «los hombres comprometidos en la guerra consideran siempre la más importante aquella en la que participan» (XXI).

Reaparece su arte de la duda en la crítica de las fuentes. Al rechazar a los poetas que «amplifican los acontecimientos», Tucídides va más allá que Herodoto, manteniéndose, no obstante, circunspecto respecto a los relatos épicos. No deja de utilizarlos para extraer de ellos los caracteres de las costumbres, sobre la piratería por ejemplo, o para dedudir el número de hombres enviados contra Troya. En lo sucesivo quedan diferenciados el plano de lo maravilloso mítico y el de la realidad histórica. Al despreciar a los logógrafos, como hemos visto antes, Tucídides sólo conserva «las fuentes más seguras», entendiendo por tales las más próximas a los hechos que se relatan. ¡He aquí lo que sucede con el pasado lejano! En cuanto a los acontecimientos contemporáneos, se reserva cualquier opinión *a priori,* conservando únicamente lo que ha visto o lo que ha dado por sentado después de contrastar los testimonios en pro o en contra. Tampoco deja de recurrir a documentos oficiales: el texto de la paz de Nicias (422), grabado en mármol, se corresponde casi palabra a palabra con el de Tucídides.

Establecer los hechos e insertarlos en las correspondientes cadenas causales constituye la etapa decisiva de la operación histórica. Determinadas expresiones no dejan lugar a dudas: «para examinar los hechos»; «ver claro en los hechos pasados»; «confirmados por los hechos». ¿Hablarán de otra manera los maestros del siglo XIX? Los hechos, con tanto cuidado re-

constituidos, es preciso también juzgarlos y evaluar su importancia, de donde procede el paralelismo entre las guerras médicas y la del Peloponeso (XXIII). Queda lo esencial: establecer las causas de los acontecimientos. En unas líneas decisivas, el estratega exiliado distingue entre las razones inmediatas del conflicto (el enfrentamiento entre los habitantes de Corcira, aliados de Atenas, y los corintios, aliados de Esparta) y su causa profunda: el temor que sentían los lacedemonios ante los progresos del imperialismo ateniense. Más allá de los motivos expuestos por los propios protagonistas, más allá del encadenamiento superficial de los hechos, se interroga sobre los mecanismos profundos del movimiento histórico.

También enuncia Tucídides de paso las reglas de una forma de escribir la historia. Se trata de una verdad en construcción, de un relato construido a partir de un cierto nivel de información, que comporta siempre una parte de lo no-establecido: «así era, según mis investigaciones» (XX); «no nos equivocamos al juzgar los hechos, aproximadamente tal como los he informado» (XXI). Como rechaza cuanto es maravilloso, el historiador ateniense se decanta por un estilo sobrio, desprovisto de cualquier artificio literario, adecuado a la finalidad perseguida: «ver claro en los hechos del pasado». Sin embargo se permite, invocando la lógica de la verosimilitud, reconstruir «los discursos pronunciados por cada uno de los beligerantes». Su narración se halla así esmaltada con treinta y nueve arengas debidas a Pericles, Alcibíades, Nicias y a otros. En vez de «citar con exactitud las palabras que fueron pronunciadas, expone el pensamiento completo de cada uno de ellos», su substancia. Según nuestro criterio, se trataría de un arte un poco sospechoso, si estos discursos reelaborados dieran lugar a alguna parcialidad. Jacqueline de Romilly absuelve totalmente a Tucídides de este reproche y nos aporta las razones por las cuales se tomó estas libertades con la materia prima de la historia. Estos fragmentos de gran elocuencia, tan normales en la vida política ateniense, constituían un medio ideal de esbozar, en pocas líneas, un personaje y una política. También era una manera de construir un sistema de relaciones lógicas entre los personajes, situando los discursos en paralelo o en oposición. La práctica de las antilogías o confrontaciones de razonamientos era normal entre los sofistas. Tucídides se adapta a ella, por ejemplo, cuando da sucesivamente la palabra a un siracusano y a un ateniense para exponer tesis rigurosamente contrarias, correspondiendo entonces al lector el papel de árbitro.

Este texto, creador del género histórico, nos permite precisar, con la ayuda del Jacqueline de Romilly (*Histoire et raison chez Thucydide*, p. 272), las tres etapas de la obra del historiador ateniense: a) un trabajo crítico que establece las fuentes y los hechos; b) una actividad lógica que compone sistemas de pruebas; c) finalmente, una actividad organizadora que constituye conjuntos coherentes, en los que cada hecho y cada discurso participan de un mismo sistema. Pero la misión del historiador no concluye aquí: es preciso que también sea útil a sus semejantes y que estimule sus meditaciones. Ambición justificada, en la medida en que los hechos que relata se someten a la ley del eterno retorno que gobierna el curso de las cosas humanas. Semejante convicción, que puede ser calificada como determinismo racionalista, se relaciona con una concepción cíclica del tiempo y con la fe en la perennidad de la naturaleza humana. Por tanto, los mismos

procesos psicológicos deben tener necesariamente, como consecuencia, el retorno de los mismos acontecimientos.

Después de esta hermosa lección sobre el método, sólo nos resta apreciar el resultado: la celebérrima *Guerra del Peloponeso*. Vemos manifestarse en ella las cualidades fundamentales del historiador, empezando por una información extensa, abierta a una forma inicial de arqueología, cuando el autor describe las antiguas sepulturas de Delos, o cuando se interroga acerca de los vestigios que Esparta puede dejar. Parece que cuando cita documentos lo hace con exactitud. En algunos casos se puede comprobar. Su versión del tratado de alianza firmado entre los habitantes de Atenas, Argos, Mantinea y Elea, en el año 420-419, se corresponde, con ínfimas variantes, con el texto encontrado en una estela de la Acrópolis. En cuanto a su imparcialidad, es difícil recusarla, en la medida en que deja hablar a los contendientes. Manifiesta, sin embargo, cierta morosidad respecto a la democracia ateniense y no disimula sus simpatías por los hombres de estado moderados como Pericles o Nicias. Incluso nos podemos preguntar si no ennegreció el cuadro del imperialismo ateniense. Leyéndole, el ataque lanzado contra los habitantes de Melos sería tan sólo una odiosa agresión del fuerte contra el débil. Si tenemos que dar fe a las inscripciones recientemente descubiertas, ¡los habitantes de Melos habrían formado parte del Imperio y habrían sido castigados por su rebelión! En cualquier caso, no nos sería posible negar el sentido de la evocación de Tucídides, maestro en el arte del retrato, experto en el relato de batallas, y en el análisis de la psicología colectiva (tanto si se trata de la moral de los atenienses después del desastre de Sicilia como de la ruina general del sistema de valores atribuible a la guerra).

Esta narración, perfectamente controlada, enriquecida con un agudo análisis de las causas y de las consecuencias (inmediatas y lejanas) de los acontecimientos, se estructura también como un sistema cerrado. Jacqueline de Romilly exhumó esta lógica del texto en *Histoire et raison chez Thucydide*. Bajo la sencilla apariencia de un relato lineal se oculta, de hecho, un «discurso» eminentemente coherente y personal, en el que todos los episodios se remiten el uno al otro y se hallan cargados de una significación interna al sistema. Por ejemplo, Tucídides no se pierde, cuando cuenta el sitio de Siracusa, en el relato de las ocho victorias atenienses. Se contenta con centrarlo todo en torno a la lucha de dos intenciones opuestas: sitiar Siracusa/no dejarse sitiar. Lejos de perderse en el follaje de los acontecimientos, construye, de hecho, un pequeño drama. En líneas generales, quiere huir del desorden de los hechos no analizados para quedarse únicamente con los elementos que los vinculan entre sí. Su estilo otorga a estas relaciones un rigor casi matemático. Las conclusiones corresponden a los proyectos. Cada idea y cada hecho adquieren un carácter definido a lo largo del relato en el que, no sin repeticiones, siempre hace referencia a las mismas nociones con las mismas palabras. En esta obra «llena de ecos, de recuerdos, de correspondencias», descubrimos una coherencia de estilo y de forma que refuerza la ilación de los hechos. Aun cuando el autor siga normalmente el orden cronológico, en realidad construye una demostración en la que los hechos ocupan el lugar propio de los argumentos en un razonamiento. Todo adquiere forma de necesidad, a costa de una simplificación excesiva. En *L'Archeologie,* el conjunto gira en torno a la génesis

del Imperio ateniense, en detrimento de la Confederación espartana. El conjunto de la obra se halla sometido a un «racionalismo organizador» que se pone de relieve al clarificar los acontecimientos y al relacionarlos siguiendo un encadenamiento coherente.

Una obra anterior de Jacqueline de Romilly, *Thucydide et l'Imperialisme athénien,* había mostrado cuáles eran la filosofía y la moral contenidas en la *Historia de la guerra del Peloponeso.* El imperialismo ateniense se convierte en ella en una fuerza abstracta que gobierna el curso de la historia, independientemente de las condiciones que le dieron origen. La ciudad de Atenas en su conjunto está amimada de una voluntad pura y una; está presentada como imperialista, en bloque, sin distinción de tendencias. Tal ambición colectiva se ejerce mediante el sistema de la talasocracia, a propósito del cual el historiador no precisa ni los fundamentos ni la zona de expansión. Se trata de una pura voluntad de poder sobre el mar, que halla en sí misma su finalidad sin tener en cuenta el problema del aprovisionamiento del trigo y la necesidad de subvenir a las escaseces de la clase pobre. En suma, tal voluntad de conquista es una fuerza abstracta que se nutre de sí misma. Es una pasión que tiende a la «gloria». Los atenienses se abandonan a ella únicamente por motivos psicológicos: placer en la acción, necesidad de autoridad y búsqueda de la fama. Al mismo tiempo hallan en ella algo así como la culminación de su libertad de ciudadanos.

Aunque puedan aislarse las sucesivas formas del imperialismo ateniense (Pericles o la potencia conciliada con la mesura; Cleón y Alcibíades o los desencadenamientos de la *hybris*, el abandono a las ambiciones ilimitadas), éste presenta una unidad fundamental, expresada en una simple fórmula: «los atenienses deseaban más». En consecuencia, su comportamiento se doblega ante una lógica implacable: manifestar su fuerza para hacerse temer; convertirla en el impulso normal de las relaciones humanas; aplastar a los débiles. ¿Procede esta visión del mundo de la experiencia del historiador o de la enseñanza de los sofistas? En cualquier caso, respira un profundo pesimismo. Cualquier poder, cualquier dominación, sufre la tentación de la desmesura. Al acometerla hasta más allá de sus fuerzas, corre hacia su perdición. La *hybris* (la desmesura) llama a la *Némesis* (el destino, la fatalidad).

Rica en enseñanzas filosóficas, organizada como una red coherente de signos, la obra de Tucídides no es un simple documento acerca del conflicto entre las dos mayores potencias del mundo griego. De hecho, es preciso ver en ella un monumento-pantalla, elevado ante la realidad para edificación de las futuras generaciones. Esta «tumba escrituraria», erigida a la gloria de Atenas, invita al lector a recordar y le asigna tareas para el presente. En este sentido, la función de toda la obra es comparable a la de la célebre oración fúnebre pronunciada en el año 431 por Pericles, reescrita por Tucídides en honor de las primeras víctimas del conflicto: «En una palabra, lo afirmo, nuestra ciudad en su conjunto es la escuela de Grecia (...). Así es la ciudad de la que, con razón, estos hombres no quisieron dejarse despojar y por la que murieron valerosamente en el combate; por defenderla, nuestros descendientes estarán dispuestos a hacer toda clase de sacrificios» (libro II, 41).

3. Polibio o la reconstrucción lógica del pasado

Frecuentemente se ha considerado a Polibio como el *alter ego* de Tucídides. De estilo menos brillante, nos parece todavía más sistemático en lo que a la interpretación del pasado se refiere. Nos servirá de hilo conductor la lógica implacable que testimonia: «Considero pueril no sólo todo lo que se aparta de un principio lógico, sino más aún lo que está fuera de lo posible.» A falta de un análisis racional del pasado, por lo menos es necesario proponer una lectura verosímil.

A) La obra de un viajero exiliado (¿208?-126 a. J. C.) en el momento de la transición entre el mundo griego y el mundo romano

Nacido en Megalópolis, en la Arcadia, en el seno de una familia aristocrática, Polibio recibió una formación polivalente en política, estrategia y elocuencia. Como soldado, combatió con los romanos para oponerse a Antíoco III, el rey seléucida que penetró en Grecia llamado por los etolios en 190-188. Más tarde se mantuvo prudente durante la revuelta de Perseo contra los romanos (170-169). A pesar de todo fue deportado a Roma, donde permaneció durante ¡diecisiete años! Allí se convirtió en el protegido y amigo de Escipión Emiliano, y se relacionó mucho con Catón. Observando las instituciones romanas maduró el proyecto de escribir las *Historias*. Aprovechó su exilio para visitar la Galia del Sur y España. En el año 150 regresó finalmente a su Grecia natal, lo que no le impidió seguir a Escipión hasta las murallas de Cartago en 146. Cuando los aqueos se rebelaron de nuevo contra Roma consiguió una solución de compromiso. Conocemos mal el final de su vida: viajó a Egipto, asistió al sitio de Numancia en el año 133 y murió probablemente en el año 126.

Además de obras secundarias y perdidas, como un tratado de táctica, Polibio nos ha dejado cuarenta libros de *Historias*. La primera parte, redactada en Roma y reelaborada posteriormente, relata la conquista del mundo por los romanos desde el año 220 al 168 y, por tanto, las guerras púnicas. La segunda parte relata las conmociones sobrevenidas al mundo greco-romano desde el año 168 al 146, o sea, hasta la destrucción de Cartago. Se trata de un relato cronológico, centrado primero en Occidente y más tarde en Oriente, donde los acontecimientos ocupan un espacio proporcional a su importancia. De hecho, el verdadero objetivo de estas *Historias* consiste en relatar la conquista romana y analizar la constitución que la hizo posible. Polibio pretendió exponer «la economía general y global de los acontecimientos», refundiendo las historias particulares en la historia universal en virtud de los grandes conflictos, como la primera guerra púnica, para hacer, a través de ésta, la historia de la expansión romana.

B) Método crítico y afán de saber

Polibio pretende evitar los defectos de sus predecesores, especialmente de Calístenes y Timeo. Les reprocha su narración inconexa, sus relatos ingenuos, su toma de posición, sus discursos irrespetuosos, tanto respecto a

la letra como al espíritu de las palabras, y sus errores geográficos. En su opinión, el historiador debe asociar capacidad crítica y amplia información en el terreno político, militar y geográfico.

Su método crítico no tiene nada de especialmente original. Para él, nada puede sustituir al testimonio directo. Considera más fiable la vista que el oído. Dado que había asistido a muchos grandes acontecimientos, tenía efectivamente amplia experiencia política y diplomática. Cuando no ha sido testigo presencial de tal o cual hecho, recurre a los informadores, confrontando sus testimonios. Estando en Roma entre los años 167 y 150, pudo conocer a exiliados, viajeros y protagonistas eminentes de la conquista, como Lelio, pariente de Escipión, o de la vida política, como Catón. Pudo consultar los anales de la República romana, convertidos inmediatamente en los *Anales maximi.* También tuvo acceso a libros procedentes de los campos opuestos.

Polibio plantea a los diferentes testimonios de los que dispone preguntas llenas de sentido común: ¿ha asistido su autor a los acontecimientos?, ¿tiene experiencia política y militar? Dando pruebas de innegable sentido crítico, rehúsa aquello que simplemente se dice. Aventaja en este aspecto a sus predecesores, incluyendo a Tucídides. Cita los tratados, los decretos, las cartas, que volvió a copiar en los «archivos oficiales» romanos, el *Tabularium.* También le interesan las cifras. Cuando intenta evaluar las fuerzas de Aníbal, prefiere fundamentarse mejor en una inscripción que no en las estimaciones aportadas por diferentes testigos. ¿Le falta información sobre tal o cual tema? Expone entonces lo que le parece más verosímil. Al someter así la historia a la lógica, se mantiene en concordancia con lo que es natural, con la experiencia común. Siempre en nombre de la verosimilitud, y forzando extremadamente este principio, llega a «deducir hechos desconocidos a partir de hechos conocidos» (Pédech).

El «afán de saber» de Polibio se manifiesta especialmente en el dominio geográfico. Se fue convirtiendo, poco a poco, a la geografía, utilizándola al principio como un historiador que se preocupa por conocer los lugares donde se desarrollan los acontecimientos, hasta llegar a practicarla por sí misma. Le gusta describir los países que ha recorrido: Grecia, Bizancio, Italia, incluida Sicilia, España, la Galia, África del Norte, Egipto. Si el Polibio «primer estilo» se comporta como un soldado y como un turista, que ama las curiosidades y aprecia las ventajas estratégicas de un enclave, el Polibio «segundo estilo» cultiva la geografía por ella misma. Observa que Sicilia tiene una forma triangular. Introduce en su obra noticias descriptivas sobre Italia, sobre la Cisalpina, el Ródano (III, 47, 2-4). Inclusive lleva a cabo un estudio oceanográfico del Ponto Euxino (IV, 39-42): ¿a qué se debe su encenagamiento?, ¿a qué las corrientes de los estrechos pónticos? Considera que el encenagamiento es inevitable, dada la importancia de las aportaciones fluviales. En cuanto a las corrientes, son resultado del desagüe de un mar al que los ríos han hecho crecer en exceso. Polibio, no satisfecho con describir, razona. Incluso se pregunta a propósito de la forma y de los límites del mundo, así como de la posible existencia de un continente austral.

C) Una lógica implacable y sus límites

La búsqueda de *las causas* de los acontecimientos constituye la tarea primordial de los historiadores. No basta con relatar. Es necesario explicar, sin ocultar y sin remitirse a la suerte más que *in extremis*. La actitud de Polibio se inscribe en la línea de continuidad de Tucídides y de Aristóteles. Tucídides había diferenciado las causas confesadas (aparentes), las razones verdaderas y las leyes «eternas» de la historia. En su opinión, los individuos actuaban por delegación de las fuerzas históricas.

Para Aristóteles, «conocer es conocer las causas». Distingue la causa material (el metal permite la estatua, tales medios hacen posible una guerra); la causa formal (el concepto y sus géneros; por ejemplo en Tucídides, el imperialismo y sus consecuencias); la causa motriz (el padre es la causa del hijo; el impulso inicial que desencadena los acontecimientos, la cadena de las responsabilidades, su exacta cronología); la causa final (la salud es la *causa* del paseo; un período histórico está considerado como la realización de un plan). En la *Política* desarrolló una teoría de las revoluciones, reduciéndolas a tres órdenes de causas: morales (por ejemplo, las aspiraciones de las clases inferiores); finales (cambiar la sociedad); inmediatas (las primeras alteraciones, frecuentemente mínimas, que engendran grandes efectos).

El pensamiento de Polibio aparece muy bien expuesto en un texto referente a las causas de la segunda guerra púnica (Pédech, pp. 78-79), en la que distingue el inicio, el pretexto y la causa verdadera.

— La causa, *aitía*, son los planes, razonamientos y sentimientos que conducen a la decisión y al proyecto. En suma, las operaciones mentales que preceden a la acción. Esta teoría intelectualista subordina la voluntad al entendimiento. Corresponde al historiador comprobar si los resultados han respondido a los proyectos iniciales.

— El pretexto, *prophasis*, es la razón invocada. Ejemplo: Alejandro quiere castigar el ataque de los persas a Grecia; los romanos buscan una razón para atacar Cartago. Cada política debe justificarse ante el adversario y ante su propia opinión. Corresponde al historiador rasgar el velo de las apariencias.

— Los inicios (en singular, *arché*) son los «primeros actos de las cosas ya decididas» (ejemplo: la toma de Sagunto inicia la segunda guerra púnica).

Este «análisis lógico» de los acontecimientos se aplica especialmente a las guerras y a la diplomacia.

Las causas invocadas por Polibio son siempre de orden intelectual (concepciones, planes, razonamientos, etc.).

Tal intelectualismo histórico otorga necesariamente un gran espacio a los «discursos realmente pronunciados» por los protagonistas: en ellos se manifiesta el individuo pensante y se expresan los proyectos que determinan el paso hacia los actos. El discurso es la acción en potencia (para Pédech, «el equivalente de la acción»). Un eslabón esencial en la trama de los hechos. Polibio procura atenerse a las palabras realmente pronunciadas y evitar estereotipos. De hecho, ha impreso en muchos de los discursos la huella de sus propias concepciones. Referido el discurso, «es preciso des-

cubrir la causa en virtud de la cual las palabras o los actos conducen, finalmente, al fracaso o al éxito».

Siempre en nombre de este intelectualismo histórico, se concede un gran espacio a la acción de los grandes personajes. En Polibio, el individuo pensante ocupa el primer plano de la causalidad histórica. Príncipes y jefes de estado controlan el juego político. Forjan planes que realizan en forma de leyes, de guerras, etc. Todo depende de su espíritu (*nosotros*), de su capacidad de cálculo y de previsión. Aquí triunfa la razón (el *logos*). Los elementos afectivos y pasionales no ocupan un gran espacio. La fuerza física de los individuos cuenta poco.

Polibio distingue dos tipos de personajes históricos:

— los razonables, que obtienen resultados conforme a sus planes;

— los irracionales, los apasionados, que fracasan. Por tanto, los héroes son los fríos, los positivos, los calculadores; como Amílcar Barca, sagaz, audaz, actuando *kata logon*; como Aníbal, «la lógica misma de la historia en acción» (Pédech, 217). Antes de pasar a Italia, Aníbal se informa acerca de los Alpes, del Po, de los recursos del país, y del estado de ánimo de la población. Escipión, genio calculador, actúa de manera parecida: una matanza para aterrorizar, un gesto de clemencia para ganarse los corazones (...). En cuanto a los perdedores de la historia, que se echen la culpa a sí mismos, a las faltas que cometieron contra la razón, a sus arrebatos (cf. Filipo de Macedonia, irascible e impulsivo).

Esta psicología puede parecer excesivamente clásica y convencional. El pensamiento precede a la acción. Todo se reduce al conflicto entre la razón y la sinrazón. Todo aquel que se abandona a las fuerzas obscuras (*Thymos*), inevitablemente fracasa. Admitido esto, el vocabulario psicológico de Polibio es extenso: Pédech ha enumerado en él doscientos diez términos que designan sentimientos y operaciones mentales.

«El análisis lógico» del pasado, próximo o lejano, también requiere bosquejar grandes síntesis. Polibio se complace en insistir sobre la relación de fuerzas, a veces recurriendo a grandes composiciones oratorias. Sirven para presentar las políticas posibles en un momento dado, para exponer los términos de una alternativa. También practica el método comparativo, poniendo en paralelo la falange macedónica y la legión romana, la constitución espartana y la romana (cuyo equilibrio ha hecho posible la conquista del mundo).

Esta visión racionalista de la causalidad histórica tiene sus límites, queda resquebrajada ante la experiencia concreta del derrumbamiento de las monarquías y los imperios (Cartago, Antíoco III, etc.). Por tanto, hay que dejar un espacio para la Fortuna y para el Azar, para todo aquello que puede hacer fracasar las previsiones y hacer cambiar, de forma imprevista, el curso de los acontecimientos...

En Polibio, la Fortuna (*Tyché*) adquiere rostros diferentes desde el acontecimiento más importante hasta el más nimio accidente, climático o de cualquier otro género. Por una parte, se trata de un poder regulador, apenas distinto de la Providencia de Bossuet. Por otra, únicamente invoca el azar para colmar los vacíos de la explicación concerniente a los acontecimientos ínfimos.

Polibio cae, a veces, en el finalismo, al conceder a la *Fortuna* un plan

«para sacar adelante los acontecimientos del mundo». Le atribuye —lo mismo repetirá Bossuet— el haber reunido todas las partes conocidas de la tierra bajo un único imperio y un único dominio» (el romano).

La Fortuna preside la evolución de la historia, gobierna «la economía» y dispensa la recompensa y el castigo. Esta potencia superior, que se parece mucho a una divinidad, se superpone, no obstante, a las causas humanas sin llegar a reemplazarlas.

D) Un filósofo de la historia y un precursor de la sociología política

El propósito esencial de Polibio, en su célebre libro VI, consiste en estudiar los regímenes políticos, a fin de situar el sistema romano entre los demás, pero también porque la *politeia* de un Estado tiene una función esencial en lo referente a engendrar los acontecimientos. Una constitución, nos dice, es «la causa más amplia en cualquier asunto».

La clasificación ternaria de los sistemas políticos elaborada por Polibio contiene formas puras y formas degradadas:

— **Formas puras:** *realeza/aristocracia/democracia.*

— **Formas degradadas:** *monarquía/oligarquía/oclocracia*, o gobierno de la muchedumbre. Estas categorías proceden directamente de Aristóteles.

Estos regímenes políticos se hallan sometidos a un ciclo. Al principio, en un mundo caótico, los hombres se reúnen en bandas, dirigidas por un jefe. Después se instaura una autoridad consentida, la realeza, que degenera en tiranía. Ésta provoca una reacción aristocrática, que pronto degenera en oligarquía, derribada por la democracia (el poder de todos, fundamentado en la moral y las leyes). Tal estado de cosas no puede durar: al final de dos generaciones se instaura un régimen populachero y se vuelve al despotismo primitivo. Las sucesivas revoluciones proceden sobre todo de causas psicológicas y morales, que, inevitablemente, degeneran la conducta de los dirigentes.

El régimen ideal que, en un principio, debería escapar al ciclo es una mixtura, una combinación de los tres principios (realeza, aristocracia y democracia). Solución imaginada por Licurgo en Esparta y realizada por los romanos. Solución conforme a las exigencias del equilibrio y del justo medio. En Esparta, por tanto, el pueblo equilibraba a los reyes; los gerontes ayudaban a los reyes a contrarrestar al pueblo. Esta constitución permitió la concordia interior, pero no contuvo el apetito de dominación exterior. De ahí su fracaso. Los romanos superaron el ejemplo espartano. Estructuraron un régimen a la vez real (por los cónsules), aristocrático (por el Senado) y democrático (por la función conferida al pueblo). Estas instituciones desarrollaron en sí mismas las virtudes del pueblo (búsqueda de la gloria; integridad alimentada por el temor religioso). Al elogiar así la constitución romana, Polibio repite las tesis propias del círculo de los Escipiones.

El modelo de Polibio permite el conocimiento del futuro, haciendo previsible, con seguridad absoluta, la evolución de un régimen. Las leyes funcionan de acuerdo con una inexorable mecánica. En este sentido, Polibio es más determinista que Tucídides. Pero debemos fijarnos, más que en este determinismo, en la utilización del método comparativo que anuncia la so-

ciología política actual. Véase la comparación entre Esparta y Roma (la única que fue capaz de movilizar los medios necesarios para la conquista) y entre Roma y Cartago: el régimen de la segunda se desequilibró debido a la preponderancia adquirida por el pueblo. La probidad romana se opone a la venalidad cartaginesa. El temor a los dioses está más desarrollado en Roma que en la ciudad púnica.

Cada régimen es un organismo que vive, que se adapta al «modelo biológico»: nace, crece, alcanza su fase de equilibrio, después se debilita y se derrumba. En la propia Roma la avaricia, la intriga y la indisciplina desembocan en la oclocracia (el gobierno de las masas). Esta visión se aviene mal que bien con la teoría de los ciclos, que prevalece en el espíritu de Polibio.

Finalmente retendremos de este importante autor que su herencia parece haber sido doble: por una parte, la historia racionalista, según la cual el pensamiento precede a la acción y los individuos son dueños de su actuación; por otra parte, los grandes frescos universales, las grandes síntesis frágiles, al estilo de Toynbee y de Spengler. Pero la grandeza de Polibio quizá resida, por encima de todo, en su afán de saber. Reúne, en igual grado, la curiosidad del explorador que viaja a lo largo de las costas de Marruecos y la erudición, y manifiesta desprecio por los compiladores. Desde su punto de vista, la información a través de los libros «sólo constituye el primer estadio del conocimiento histórico. En efecto, ¿sería suficiente haber «contemplado las obras de los pintores antiguos» para considerarse «un buen pintor y un maestro del arte pictórico»?

4. EN BUSCA DE LA «VERDADERA NATURALEZA» DE LA HISTORIOGRAFÍA ROMANA

Bajo este ambicioso título, reuniremos algunas consideraciones generales (en gran parte inspiradas en Arnaldo Momigliano, *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*) sobre los historiadores romanos, sin insistir especiamente en Tito Livio, Tácito u otros autores clásicos.

Las relaciones de los historiadores con el poder, bastante débiles en el mundo griego, fueron más apremiantes en Roma, donde cualquiera que desagradase podía incurrir en el exilio o en algo peor. El régimen imperial vigiló de cerca muy especiamente a los historiadores y les impuso una especie de línea oficial. Durante la época de Tiberio, incluso se llegaron a quemar las obras del senador Cremutius Cordus, al que impulsaron al suicidio. Ello explica las precauciones adoptadas por Flavio Josefo, haciendo autentificar por el emperador sus libros sobre la guerra judía, y por Sozómenes, que sometió su obra a Teodosio II, otorgándole la facultad de «añadir y recortar a discreción». Tales servidumbres, impuestas por el poder, no nos autorizan sin embargo a afirmar la existencia de historiadores oficiales. Sólo los informes de las campañas militares merecen tal calificativo.

En la Antigüedad, como en la Edad Media o como en nuestros días, pero con modalidades específicas, la historia formaba parte del entorno político y cultural. Los autores pretendían satisfacer una cierta forma de «demanda social». La biografía, especialmente ilustrada por la *Vida de los doce Césares,* de Suetonio, constituía un género particularmente estimado.

Los *retores* extraían abundantes ejemplos de la vida de los hombres ilustres y de los relatos de las hazañas de la colectividad. Como muestra destacada del interés otorgado al género historiográfico se leían algunas obras en público o por el propio autor (Timágenes en el siglo I, Amiano Marcelino en el siglo IV) o por alguna otra persona a título de homenaje. También había otra forma de consagración: las bibliotecas públicas guardaban las obras históricas y los grandes de este mundo se las procuraban. El común de los mortales podía recurrir a resúmenes de obras mayores, y tener acceso, por ejemplo, a Herodoto por mediación de Trogo Pompeyo (siglo I a. J. C.).

Considerada en su nivel más profundo, la actividad historiográfica se revela como una tentativa de pensar conjuntamente el tiempo y el espacio, en su mutua interdependencia. Una obra lo demuestra brillantemente: las *Res Gestae*, escritas por el propio Augusto para celebrar el glorioso destino asignado por el cielo a Roma: dominar, pacificar y organizar el mundo. Estos relatos, destinados a ser grabados sobre tablas de bronce colocadas ante el mausoleo de Augusto, describen un espacio delimitado y dominado, una especie de estado final de la conquista del mundo (cf. Claude Nicolet, *L'Inventaire du Monde*, París, 1988). El texto se estableció el 13 d. J. C., a partir de anteriores versiones. Se trata de una forma de historia elemental, próxima a los *elogia* otorgados a los triunfadores que celebran uno tras otro los cargos ejercidos, los gastos asumidos y las conquistas realizadas por Augusto. Junto a tales rudimentos de historia, hay algo de geografía, en forma de elemental nomenclatura referente a cincuenta y cinco nombres propios: catorce provincias, veinticuatro pueblos, entre los cuales los *Britanni* y los *Cimbri*, cuatro ríos, una sola montaña (los Alpes), tres mares, seis ciudades. Bagaje ligero, pero ideológicamente significativo, esta sumaria geografía atestigua el dominio sobre la tierra habitada, cuyos límites se sitúan en Etiopía y Jutlandia, revela asimismo las pretensiones ecuménicas de los romanos, manifestadas igualmente en la arquitectura y la iconografía. De manera ejemplar y casi simbólica, las *Res Gestae* nos hacen asistir a la construcción de un saber histórico-geográfico, hecho posible gracias a una serie de factores. En primer lugar, gracias a la conquista romana en sí misma: comerciantes y militares abrieron nuevos pasos, tomaron la medida del mundo e hicieron de él una detallada descripción. Gracias también al control administrativo del espacio por medio de los censos y los empadronamientos que respondían a propósitos fiscales. Finalmente, gracias a la propia voluntad del emperador: en el año 14 de nuestra era hace redactar un Breviario del Imperio con finalidades administrativas, financieras y militares. Dominar, inventariar y explotar forman una tríada inseparable. Según Vitrubio, la propia geografía predestinaba a Roma a gobernar el universo: «Ciertamente el pueblo romano tiene sus fronteras en el centro del espacio del mundo y en su zona media. De esta manera, la Providencia otorgó al estado romano una situación excelente y un clima templado, destinándolo a ser el imperio del mundo. Tan sugestiva grandeza nos permite comprender la aptitud de los historiadores para ver con amplia perspectiva, a escala de naciones, imperios o del universo entero como Trogo Pompeyo. Contribuyeron a ello la unificación del *ecumene* a que dio lugar la conquista romana y la idea estoica de la unidad de la humanidad.

En contra de lo que se ha creído durante mucho tiempo, los historia-

dores antiguos no eran esencialmente los depositarios ni los garantes de la tradición. Actuaban, por encima de todo, como atentos observadores de los grandes cambios políticos y militares acaecidos en su tiempo. Momigliano lo demuestra de manera convincente. En efecto, los grandes historiadores escriben sobre el próximo pasado, como Salustio (86-35 a. J. C.), que relata la guerra de Yugurta y la conjuración de Catilina, o como Tácito (55-120 d. J. C.), que dedica sus *Historias* y sus *Anales* a los emperadores del siglo I. El caso de Tito Livio no debe engañarnos al respecto. Notable, partidario de Augusto, viendo en la historia una escapatoria ante los «funestos espectáculos» de las guerras civiles, se propuso narrar la historia de Roma desde su fundación, *ab urbe condita*. De los ciento cuarenta y dos libros que escribió entre los años 27 a. J. C. y 17 d. J. C., sólo nos quedan treinta, de los cuales diez versan sobre los orígenes y veinte sobre la conquista romana desde el año 218 al 167 antes de nuesta era. Su relato, de hecho, se prolongaba hasta el período de Augusto e incluía por tanto una tabla contemporánea. No nos debemos dejar engañar ni a propósito de la auténtica naturaleza de su obra ni por su respeto para con los mitos del origen (llegada de Eneas, Rómulo y Remo), ni por su afición a las costumbres de otras épocas. Cuando celebra a los héroes (los Horacios, Horacios Cocles), pretende ofrecer a sus contemporáneos ejemplos de valor, de respeto a los dioses y de devoción por el estado, contribuyendo así a la regeneración moral emprendida por Augusto.

La prioridad otorgada al próximo pasado la reencontramos en Amiano Marcelino (hacia 330-400 de nuestra era). Si dedica trece libros a relatar los años 96-352, reserva dieciocho al período 352-378, que en cierto modo es «el suyo». Los historiadores romanos son «contemporaneístas» o incluso «inmediatistas» por razones muy simples: ¿no es preciso informar, en primer lugar, sobre lo que se ha visto y oído?, ¿no es preciso poder cotejar los relatos de muchos testigos?, ¿no es legítimo exponer los hechos de los que se puede medir su importancia: guerras, revoluciones, transformaciones institucionales y morales? La observación y la narración del cambio ocupaban por tanto una posición central en el discurso de los historiadores: «Su misión consistía en consignar las modificaciones, tanto las profundas como las relativamente rápidas que afectaban al cuerpo político.» (A. Momigliano.)

Se privilegian dos tipos de cambios: las guerras, naturalmente, pero también las revoluciones políticas y las innovaciones constitucionales. Por el contrario, parece que se perciben menos las lentas evoluciones de las costumbres y del derecho. Tácito parece ser una excepción a esta regla. En una notable página de los *Annales* (libro III, 55 a 57), se pregunta sobre las razones por las cuales el lujo de la mesa, extendido sin freno entre los años que van del 31 a. J. C. al 68 d. J. C., cayó en desuso poco a poco. Y nos ofrece al respecto todo un abanico de razones: políticas (el evergetismo se había hecho sospechoso), psicológicas (el temor inspirado por las leyes suntuarias), sociológicas (los hombres nuevos, procedentes de los municipios y de las provincias, se mantienen fieles a sus costumbres austeras) y morales (el ejemplo dado por Vespasiano, restaurador de las tradiciones entre el 69 y el 79). Al término de esta sagaz encuesta sobre un tema que era moral, desde su perspectiva, y que aparece como etnográfico desde la nuestra —las costumbres de mesa—, Tácito se contenta con una referencia

de pura fórmula a la visión cíclica de la historia: «Tal vez exista una especie de ciclo para todas las cosas, y las costumbres tengan, al igual que las estaciones, sus vicisitudes.» Creemos descubrir una especie de «ruptura» entre las concepciones filosóficas proclamadas y el examen preciso de los hechos en el que reside la verdadera explicación.

5. La herencia historiográfica antigua

La tradición historiográfica, tal como se puede apreciar a finales del período romano, se reduce a algunos principios esenciales. La historia no es más que la narración de los hechos verdaderos y controlables. Amiano Marcelino nos dice: «Al seguir el orden de los diversos acontecimientos, he relatado (en la medida en que me ha sido posible buscar la verdad) los hechos de los que he podido ser testigo ocular, debido a mi edad, o de los que he podido informarme, interrogando minuciosamente a los que participaron en ellos.» En cuanto a Sozómenes, justifica, en la introducción de su *Histoire ecclésiastique,* la utilización de textos heréticos en su afán de búsqueda de la verdad: «Dado que es necesario buscar cuidadosamente la verdad del relato, me parece necesario examinar aquellos escritos tan a fondo como me sea posible.»

La distinción entre mito e historia está sólidamente establecida: por ejemplo, Eusebio de Cesarea y San Jerónimo consideran que, en relación al período anterior a Abraham, «no encontramos verdaderamente, hablando en términos generales, ninguna historia, ni griega, ni bárbara, ni pagana». De ahí la elección del primer historiador llamado a describir «la sucesión de los tiempos», desde Abraham y Ninus hasta su época. Nadie confunde la biografía, que intenta describir a las personas, con la historia, destinada a narrar los hechos.

Los autores de la baja Antigüedad se complacen en vincularse a sus predecesores, como Amiano Marcelino o Tácito. Así se encuentra mejor asegurada la continuidad de los modelos historiográficos. Las obras de referencia se conservan en las grandes bibliotecas y las reproducen los copistas (por ejemplo en Constantinopla en el siglo IV). No contentos con recordar los grandes ejemplos, los historiadores del Bajo Imperio tienen un gran sentido de la observación. Soldados, embajadores o *retores,* viajan mucho al interior de un mundo cada vez más amenazado por los bárbaros, «pretexto» ideal para hacer consideraciones geográficas y etnográficas.

Amiano Marcelino (hacia 330-400) puede ser considerado como el autor más representativo de esta época. De origen griego, estuvo al servicio de Constancio y acompañó a Juliano en su campaña contra los partos. Su obra *Rerum gestarum libri XXXI,* que va desde el advenimiento de Nerva a la muerte de Valente (96-378), se inscribe en la continuidad de la obra de Tácito. Sus principios son próximos a los de sus predecesores (cf. Guy Sabbah, *La Méthode d'Ammien Marcellin,* París, 1978). Dado que la exposición de la verdad le parece un ideal inaccesible, hace escasa referencia a ella. Normalmente se mantiene dentro de la veracidad. Pretende enunciar una verosimilitud capaz de convencer; pretende inspirar la fides, la confianza. La noción de verdad objetiva no constituye un dato esencial en él: se constituye en el marco de un esfuerzo, cuyo objetivo consiste en depu-

rar la noción de verdad retórica más apropiada para persuadir, «con el propósito de aplicarla al conocimiento del pasado». Hija de la elocuencia, la historia debe inclinarse hacia la honestidad, la integridad (no omitiendo nada) y la mesura (evitando toda exageración).

Para establecer la verdad o la veracidad de los hechos, el historiador avanza las pruebas suministradas por las observaciones personales y por los datos aportados por los protagonistas de los acontecimientos. Considerando siempre que la vista es más segura que el oído, los sitúa en cierta manera en el mismo plano, en la medida en que todo descansa finalmente sobre la autoridad del historiador, fuente de una relación de confianza con el lector.

¿Era de primera mano la información de Amiano Marcelino? Unos han asegurado que se limitó a plagiar a unos cuantos precursores, mientras que otros han considerado que recopiló innumerables datos tal como eran. Guy Sabbah nos demuestra que, de hecho, recurría frecuentemente a fuentes de primera mano: traducciones griegas, inscripciones jeroglíficas, monumentos figurados, documentos oficiales consultados en el *Tabularium* (tablas itinerarias, listas de prefecturas) o, incluso, archivos familiares y privados. En resumen, recurrió a documentos originales con más frecuencia de lo que se ha dicho, pero apenas algo más que sus contemporáneos. Eusebio de Cesarea utilizaba también textos de leyes, cartas de emperadores y de obispos, actas conciliares, etc. Sin embargo, debemos mencionar una particularidad de Amiano: oficial convertido en historiador, reunió los recuerdos de sus colegas; utilizó también los breves y concisos informes que la burocracia del Bajo Imperio hacía constar acerca de las operaciones militares.

En su relato, Amiano Marcelino conserva tan sólo los hechos memorables, desechando los detalles humildes e innobles, para prestar toda su atención a los acontecimientos preñados de consecuencias. Así se elabora la gran historia, que pretende ser *scientia plena*. En general, es necesario respetar en ella el orden cronológico, sabiendo renunciar a él cuando la simultaneidad de los acontecimientos, ocurridos en lugares alejados, puede inducir a confusión. En tal caso, existe el riesgo de someterse a las exigencias de una «progresión dramática».

Más representativo que original, nutrido su espíritu en una tradición que se remonta a Polibio, visceralmente vinculado al orden romano, que se complacía en contrastar con la anarquía bárbara, Amiano Marcelino renuncia a proclamar la utilidad de la historia. Debe limitarse ésta a una *cognitio plena* (un conocimiento completo), al no poder ser una *magistra vitae* (maestra de la vida). Presume de historiador puro en un mundo en el que frecuentemente los generales son bárbaros aculturados y los políticos unos cínicos sin escrúpulos, y en el que las costumbres están tan degradadas que ya no es posible creer en la virtud ejemplar de un género sometido a los asaltos repetidos, y rápidamente victoriosos, de la historia cristiana. Sería engañoso imaginar que se ha pasado insensiblemente, mediante una especie de deslizamiento progresivo, desde las fórmulas antiguas a las concepciones medievales. De hecho, en el siglo IV, se produjo una renovación muy profunda de las perspectivas. Después de la victoria de Constantino en el año 312, nos dice Momigliano, la Iglesia «se irguió victoriosamente para reafirmar, con relevante autoridad, el modelo evidente de la interven-

ción divina en la historia y la implacable eliminación de las desviaciones». La historia providencial, nutrida de certidumbres, se propuso suplantar la simple narración de los cambios debidos a los hombres, que era la preferida de los autores paganos.

DOCUMENTOS

«XX. Así era, según mis investigaciones, la antigüa situación de Grecia. Es difícil conceder crédito a los documentos en su conjunto. Los hombres aceptan sin previo examen los relatos de los hechos pasados, inclusive los concernientes a su país. Así, la mayoría de los atenienses cree que fue Hiparco quien pereció, bajo los golpes de Armodio y Aristogitón, por la simple razón de que estaba en el poder; ignoran que fue Hipias, el hijo mayor de Pisístrato, quien se hallaba a la cabeza del gobierno; Hiparco y Tesalos eran sus hermanos. El día fijado para el asesinato y en el momento de actuar, Armodio y Aristogitón sospecharon que algunos de los conjurados habían prevenido a Hipias; así que no le atacaron porque le suponían advertido; pero, no queriendo pasar sin haber hecho nada, mataron a Hiparco, a quien habían encontrado cerca del templo de Leokorion, justo en el momento en que organizaba la procesión de las Panateneas.

A propósito de otras muchas cuestiones contemporáneas, me refiero a cuestiones que el tiempo no ha podido hacer olvidar, el resto de Grecia no tiene ideas exactas: se imaginan que los reyes de Esparta disponen de dos sufragios y no de uno solo o que tienen a su disposición un cuerpo de tropas procedente de la tribu de Pitané; cosas que jamás han ocurrido. Vemos con cuánta negligencia la mayoría de la gente busca la verdad y cómo acogen las primeras informaciones que les llegan.

XXI. Según los indicios que he señalado, no nos equivocaremos al juzgar los hechos, más o menos, como los he relatado. No otorgaremos nuestra confianza a los poetas, que amplifican los acontecimientos, ni a los logógrafos, quienes reúnen, más para cautivar los oídos que para servir a la verdad, hechos que es imposible comprobar rigurosamente y que desembocan, finalmente, en un relato que resulta increíble y maravilloso para la mayoría. Debemos pensar que mis informaciones proceden de las fuentes más seguras y que ofrecen bastante certeza por su antigüedad.

Los hombres comprometidos en la guerra siempre consideran que la que ellos hacen es la más importante, y cuando han depuesto las armas, su admiración se decanta especialmente por las hazañas de antaño; no obstante, al examinar los hechos, esta guerra aparecerá como la más grande de todas.

XXII. En lo que se refiere a los discursos pronunciados por cada uno de los beligerantes, ya sea antes de comenzar la guerra, o cuando estaba ya empezada, también me era difícil repetir con exactitud las palabras pronunciadas, tanto las que yo mismo he oído como aquéllas sobre las que se me ha informado por diferentes lados. Como me ha parecido que los oradores debían hablar para decir lo que era más adecuado, según las circunstancias, me he esforzado en restituir (lo más exactamente posible) el pensamiento completo de las palabras exactamente pronunciadas.

En cuanto a los acontecimientos bélicos, no me ha parecido correcto re-

latarlos, siguiendo el testimonio de cualquiera, ni mi propia opinión; sólo he escrito aquello que yo mismo he presenciado o que sabía por informaciones lo más exactas posibles. Esta investigación entrañaba sus dificultades, ya que los que habían asistido a los acontecimientos no informaban todos de la misma manera sobre ellos y hablaban según los intereses de su partido o sus variables recuerdos. La ausencia de lo maravilloso en mis relatos quizá los hará menos agradables al oído. Será suficiente para mí si juzgan útil mi historia aquellos que quieren ver claro en los hechos pasados y también, consecuentemente, en otros análogos que, de acuerdo con la ley de las cosas humanas, el porvenir no puede dejar de volver a traer. Es una obra de sólido y duradero provecho antes que una pieza de gran pomposidad compuesta para la satisfacción de un instante.

XXIII. El acontecimiento más importante entre los que preceden fue la guerra contra los medos; no obstante, tuvo rápida solución mediante dos combates navales y dos terrestes. Pero la duración de la presente guerra fue considerable; durante su transcurso las desgracias se precipitaron sobre Grecia en proporción hasta entonces desconocida. Nunca se tomaron y destruyeron tantas ciudades, unas por los bárbaros, otras por los propios griegos, en lucha los unos contra los otros; algunas fueron tomadas y cambiaron de habitantes, nunca tantas gentes fueron exiliadas, nunca hubo tantos asesinatos, unos debidos a las guerras, otros a las revoluciones. Desgracias que se contaban, pero que raramente eran confirmadas por los hechos, llegaron a ser increíbles: temblores de tierra, los más violentos jamás vistos, sacudieron a la mayor parte de la tierra; eclipses de sol, más numerosos que los hasta entonces experimentados; a veces terribles sequías y, en consecuencia, también hambrunas, y, por encima de todo ello, aquella terrible peste que sobrevino e hizo perecer a una parte de los griegos. Todos aquellos males se abatieron sobre Grecia al mismo tiempo que la guerra.

Comenzó la guerra cuando los atenienses y los habitantes del Peloponeso rompieron la tregua de treinta años que habían firmado después de la toma de Eubea. He empezado por escribir las causas de esta ruptura y las diferencias que la produjeron, para que un día no tengamos que preguntarnos de dónde provino una guerra así. La verdadera causa, nunca confesada, fue, según mi criterio, el poder que habían alcanzado los atenienses y el temor que inspiraban a los lacedemonios, los cuales forzaron a aquéllos a la guerra.»

(Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, libro I.)

Polibio: La teoría de las causas

III.6. «Algunos de los historiadores de Aníbal, al pretender exponernos por qué causas (τὰς αἰτιας) estalló esa guerra entre Roma y Cartago, señalan, en primer lugar, el sitio de Sagunto por los cartagineses. En segundo lugar, la violación del tratado al cruzar el río que los indígenas llaman Ebro. En mi opinión, éstos fueron los comienzos (τας ἀρχὰς) de la guerra, pero en modo alguno puedo admitir que fueran las causas. ¡Ni mucho menos! De lo contrario, habríamos de decir también que el paso de Alejandro a Asia fue la causa de la guerra contra Persia, y el desembarco

de Antíoco en Demetrias la causa de la guerra con los romanos; no es verosímil ni cierto, ni lo uno ni lo otro. En efecto, ¿quién podría creer que fueron aquéllas las causas de las medidas y de los preparativos adoptados por Alejandro, o por Filipo, cuando éste vivía, para luchar contra Persia, e igualmente los adoptados por los etolios, antes de la llegada de Antíoco, para luchar contra Roma? Estas ideas son propias de los que no han comprendido qué diferencia y qué distancia existen entre el comienzo (ἀρχή), la causa (αἰτία) y el pretexto (προφασις), ni éstos son los primeros términos de toda la serie, y el comienzo, el último. Yo denomino comienzos de un hecho cualquiera a los primeros intentos y los primeros actos de cosas ya decididas; y denomino causas a los antecedentes en materia de juicios y reflexiones, quiero decir las ideas, sentimientos y razonamientos que están relacionados con ello y las operaciones que hacen desembocar en una decisión y en un proyecto. Lo que digo se hará evidente mediante los siguientes ejemplos. ¿Cuáles fueron verdaderamente las causas de la guerra contra Persia y de dónde surgió? Cualquiera tiene la posibilidad de comprenderlo. La primera fue la retirada de los griegos con Jenofonte desde las satrapías del interior, retirada durante la cual, atravesando toda Asia, aunque hostil, ningún bárbaro se atrevió a hacerles frente. La segunda fue el paso a Asia del rey de Esparta, Agésilas, que se vio obligado a regresar sin resultado a causa de la crisis de Grecia, aunque al actuar no encontró resistencia alguna importante. De acuerdo con estos hechos, Filipo reflexionó y razonó la molicie y debilidad de los persas, comparando la fuerza militar de éstos y la de Macedonia; imaginó la grandeza y la belleza del envite futuro de la guerra. Igualmente, el favor unánime que había adquirido ante los griegos; tomó inmediatamente, como pretexto, que se veía obligado a castigar los perjuicios que los persas ocasionaban a los griegos; sintió el deseo y concibió el proyecto de hacer la guerra y lo preparó todo con este fin. Por ello es preciso considerar los primeros datos como las causas de la guerra contra Persia, la segunda como el pretexto, y el paso de Alejandro a Asia como el comienzo.

En cuanto a la guerra entre Antíoco y los romanos, es evidente que hay que atribuir la causa a la cólera de los etolios. Éstos, creyendo haber sufrido múltiples afrentas por parte de los romanos al final de la guerra contra Filipo, como ya he dicho antes, no solamente apelaron a Antíoco, sino que resolvieron hacerlo todo y soportarlo todo bajo el efecto de la cólera que les embargaba en aquellas circunstancias. Hay que considerar como pretexto la liberación de Grecia, que absurda y falsamente proclamaban al recorrer las ciudades con Antíoco, y como comienzo el desembarco de Antíoco en Demetrias.»

(Fragmento tomado de Paul Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, pp. 78-79.)

CAPÍTULO 2

LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA (I): LA HISTORIA CRISTIANA

El concepto de la historia en el pensamiento de los hombres de la Edad Media ha dado lugar a apreciaciones contradictorias. Según Etienne Gilson, el cristianismo introdujo una nueva visión del devenir humano, al romper las viejas cadenas de la visión cíclica de la historia e imponer una concepción lineal de la misma: la historia humana comienza con la Creación, comporta un momento central, la Encarnación, y está orientada hacia un fin (la Parusía seguida del Juicio Final). El tiempo no es más que la imagen móvil de la eternidad. Se percibe la historia como un itinerario, como el camino que conduce a la humanidad hacia su realización, hacia el reencuentro de la Jerusalén terrestre con la Jerusalén celeste. Otros autores, por el contrario, insisten en la incapacidad inherente a la mentalidad medieval para pensar la historia como *devenir* y en la persistente influencia de las representaciones cíclicas milenaristas (pasados mil años, el Mal se desencadena; sólo el sello de un nuevo pacto con Dios permite a las fuerzas del Bien triunfar y encadenar a las fuerzas del Mal durante otro nuevo milenio). Georges Duby cree, por ejemplo, que el monje cluniacense Raoul Glaber, una de las mentes más representativas del Año Mil, está «penetrado del sentimiento de que la historia está ordenada por cadencias regulares»; los hechos ocurridos no tienen para él otra función que nutrir su meditación y la de los fieles.

Sin pretender interrumpir el debate, vamos a aportar algunos ejemplos para exponer la gran variedad de los géneros históricos practicados desde la alta Edad Media y el comienzo de la «consciencia activa de la historia» (a partir del siglo XII), que no se libera sin embargo de su subordinación respecto a la teología. Igualmente vamos a indagar acerca de la consciencia común del tiempo que deja marcada su impronta en la actividad de los historiadores.

1. Nacimiento de la historia cristiana en la alta Edad Media

La variedad de las obras históricas desde los primeros siglos de la Edad Media es grande. Según la opinión de autores un tanto superficiales son sim-

ples imitaciones degeneradas de los modelos antiguos, al igual que ocurre en las letras y las artes. Pero, en realidad, se percibe un claro cambio de perspectiva.

Es evidente la sobreabundancia de la *producción hagiográfica,* ya verse sobre vidas de santos, relatos de milagros, traslados de reliquias o de listas episcopales. Los hechos de Dios y de sus servidores pasan a ser los protagonistas de la escena histórica. Particularmente propicio al florecimiento de los relatos milagrosos es el período carolingio, cuando muchas comunidades monásticas huyen con sus reliquias a causa de las incursiones vikingas. Es también la época de la redacción de los *Gesta episcoporum,* cuya doble función ha puesto de manifiesto recientemente Michel Sot: fundar un pseudo linaje episcopal y persuadir al obispo de que es el padre de los fieles. El modelo familiar del padre nutricio, encargado de velar por el patrimonio, estructura en profundidad el relato. Así se establece la primacía del arquetipo sobre el hecho particular que se describe, primacía que marcará duraderamente la historiografía clerical. Por otra parte, las vidas de los santos tienen frecuentemente una función legitimadora. Se ha demostrado, de forma convincente, que la *Vie de Saint Samson de Dol,* que según algunos autores había sido redactada a finales del siglo VII o principios del siglo VIII, es sin ninguna duda una elaboración del siglo IX destinada a fundamentar con argumentos históricos la pretensión de los obispos de Dol de ser reconocidos como metropolitanos de Bretaña a expensas de los arzobispos de Tours. De ahí la biografía heroica de San Samson, calcada al pie de la letra de la de San Martín por Sulpicio Severo.

Otro género bien representado es el de los Anales y el de las Crónicas. Los Anales consignan secamente los hechos año por año, ocupando un lugar destacado entre ellos los acontecimientos políticos y militares, como las guerras sajonas de Carlomagno o su coronación. Sin embargo, estos Anales fueron escritos normalmente en los monasterios y denotan cuáles eran las preocupaciones de sus autores. Las Crónicas constituyen, desde su inicio, un género con grandes ambiciones. Por ejemplo, la *Chronica de sex altatibus mundi,* redactada por Beda el Venerable, es una imitación de Eusebio de Cesarea, que había relatado la historia universal desde Abraham hasta el año 324.

Más próximas a los modelos antiguos pueden parecernos aparentemente las *Historias* inspiradas en las de Tácito: la *Histoire des Francs,* de Gregorio de Tours, y la *Histoire de Lombards,* de Pablo Diácono. En realidad, el relativo clasicismo de la composición no disimula el evidente desplazamiento del punto de mira al enfocar el pasado. Gregorio de Tours constituye un buen ejemplo al respecto. En muchos aspectos, este hijo de familia senatorial de la Auvernia, educado por sus dos tíos obispos, ordenado diácono en el año 563 y nombrado obispo de Tours en el 573, se escapa del universo mental grecorromano. No por sus pretensiones universales que le inducen a comenzar su relato a partir de la Creación hasta llegar al año 591, o sea, hasta tres años antes de su muerte: en ello es el continuador de Eusebio de Cesarea y de Orosio, quizá más bien por su percepción, esencialmente religiosa, de los acontecimientos y por su arraigada fe en los milagros, que hacen de él un fiel espejo de las creencias de su tiempo. A pesar de estos *a priori* clericales, su forma de narrar es precisa y evocadora. Bastaría para merecer este juicio el relato de la peste que asoló a

Marsella en el año 588: la procedencia de la enfermedad, el contagio, los estragos que causa, las etapas, todo está claramente descrito. En medio del derrumbamiento general sólo se mantienen enhiestos el rey y el obispo, que asumen plenamente su papel de intercesores ante el mundo divino.

En adelante, los protagonistas del teatro histórico serán Dios y sus agentes sobre la tierra, reyes o prelados, únicos seres en condiciones de interceder para apaciguar su cólera. La dialéctica del castigo y de la intercesión será la ley de la historia durante muchos siglos.

Pero Gregorio de Tours, por más cuidadoso que sea a la hora de leer los signos de la intervención divina en este mundo, es también un atento observador de la realidad que se complace en escribir, como lo prueba la siguiente descripción precisa de Dijon y de sus alrededores (*Histoire des Francs*, libro III, XIX).

> «Es una plaza fuerte provista de poderosos muros, situada en medio de una llanura muy agradable; en ella las tierras son fértiles y fecundas, aunque sólo se pase una vez el arado, se echa la semilla y enseguida se obtiene una grande y opulenta cosecha. Al sur se halla la ribera del Ouche, que es muy rico en peces; del lado del aquilón penetra otro riachuelo que entra por una puerta, se desliza bajo un puente y sale por otra puerta; después de haber regado todo el entorno del muro con su plácida undulación, hace girar, delante de la puerta, los molinos con prodigiosa velocidad. En los cuatro extremos se hallan colocadas cuatro puertas, y treinta y tres torres ornamentan el muro del recinto; el muro ha sido edificado con sillares hasta una altura de veinte pies y mas allá con argamasa y guijarros; tiene treinta pies de altura y quince pies de anchura. Ignoro por qué esta localidad no ha merecido la calificación de ciudad. En sus alrededores se hallan preciosos manantiales. Por el lado de occidente hay fértiles colinas llenas de viñas que producen un Falerno tan noble que los habitantes desdeñan el Ascalón. Los antiguos atribuyen al emperador Aurelio su edificación.» *

Se parece esta página a la célebre descripción que hizo el obispo de Tréveris, Niceto, de su ciudad. Por su espontaneidad, el autor de la *Histoire des Francs* nos suministra informaciones irremplazables sobre aquel trágico siglo VI en el que se desintegra el Estado, y la muerte y el bandidaje hacen estragos en todos los sectores de la sociedad. No hay que confundir su sinceridad con ingenuidad porque confronta diferentes fuentes a propósito de los orígenes de la dinastía franca, porque sabe desmarcarse de los testimonios dudosos mediante un simple «muchos dicen...», con lo que demuestra poseer un agudo sentido crítico.

También las *biografías* o las *autobiografías* están inspiradas en las obras antiguas. ¿Cómo negar la continuidad entre las *Confesiones,* de San Agustín, y la *Historia de mis desgracias,* de Abelardo?, ¿o entre la *Vida de los doce Césares,* de Suetonio, y la *Vida de Carlomagno,* de Eginardo? En esta última obra se le confieren, arbitrariamente, al emperador carolingio algunos de los rasgos de carácter de sus antepasados romanos. Sin embargo, una lectura sosegada permite constatar que el trazo del retrato intelectual

* N. de T. Falerno, del nombre de la ciudad italiana de Campania. Antiguo vino de los alrededores de Falerno, muy estimado en la Antigüedad.

y moral del soberano se corresponde con el modelo cultural carolingio, o sea, con el de un humanismo devoto impregnado de tradición latina que ignora casi todo lo aportado por el helenismo.

Se podría prolongar el análisis, pero queda patente ya que, a partir del siglo VI y quizá antes, se ha constituido un nuevo espacio historiográfico. Desde entonces, la interpretación de los designios divinos precede a la búsqueda de los móviles humanos, prima el arquetipo moral o espiritual sobre lo vivido, pero no está prohibido reutilizar los relatos anteriores. Los hechos del pasado no son datos intangibles. La historia es un arsenal del que se extraen hechos-pruebas, hechos-argumentos que poseen, dentro del discurso religioso, una credibilidad comparable con la de las autoridades bíblicas.

2. ¿SE PUEDE CONSIDERAR POR TANTO QUE LOS AUTORES DE LA ALTA EDAD MEDIA (QUE DURA HASTA EL SIGLO XII HACEN GALA DE UNA GENERAL CARENCIA DE SENTIDO HISTÓRICO? EN CASO AFIRMATIVO, ¿POR QUÉ RAZONES?, ¿SON ÉSTAS CONTINGENTES O ESTRUCTURALES?

El historiador americano W. J. Brandt mantiene, en su obra titulada *The Shape Medieval History*, que los hombres de la Edad Media eran partícipes de una mentalidad radicalmente rebelde a la historia [1]. Según este autor, percibían la naturaleza de forma discontinua. Cualquier objeto era a sus ojos único, dotado de una esencia propia y de una virtud particular porque hacía referencia a una idea divina. Por ello resultaba tan difícil establecer relaciones de causalidad en el orden físico. Lo mismo habría ocurrido en el orden de la historia, percibiéndose los acontecimientos de forma aislada, separados los unos de los otros, todos ellos producto de la arbitrariedad divina. Si no hay coherencia ni en la naturaleza ni en la historia, nada impide en cambio la relación de los dos planos. Se puede relacionar, por ejemplo, un acontecimiento histórico con un fenómeno climático, a condición de recurrir a los caminos sinuosos de la voluntad divina, que puede advertir de la inminencia del primero por medio del segundo.

Cualquier hecho, cualquier objeto, son portadores de un sentido oculto. Pero, aparentemente, carecen de coherencia, tanto en la naturaleza como en la actividad humana. También reina lo discontinuo e inesperado en la narración histórica: mera sucesión cronológica en estado puro, sin concatenación de causas y efectos. En realidad los hilos de la intriga están en manos de la voluntad divina.

Otros autores, como B. Guenée, se refieren a razones contingentes (la mediocridad intelectual de muchos cronistas) o institucionales (no se enseñaba historia en las escuelas; la historia sólo servía a la exégesis de los textos sagrados) para explicar la débil calidad de las obras históricas. Mirad, nos dicen, cuán limitadas son las ambiciones de sus autores, que se con-

[1] La tesis de este autor ha sido expuesta por Bernard Guenée, artículo citado de los *Annales* ESC, 1973. Nos limitamos aquí a dar el argumento esencial, el cual constituye el punto de partida de nuestras reflexiones personales.

tentan con relatar los hechos, como Orderico Vital en el siglo XII: «A petición de mis compañeros, escribo una historia sencilla, en la que relato los hechos año por año... Yo no puedo discernir la voluntad divina en virtud de la cual ocurre todo. No puedo divulgar las causas de las cosas.»

Pero la razón profunda por la que la mentalidad medieval ha sido considerada como «ahistórica» podría residir en el hecho de que el hombre no ha llegado, en este período, a apropiarse de la historia, puesto que ésta se reduce a la realización de los designios divinos para con la humanidad. Por otra parte, el *género hagiográfico* pesa enormemente sobre el *género histórico*, corriendo el riesgo de confundirse ambos.

Muchos autores, entre ellos A. Sigal (ver *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest*, 1980-82), defienden la tesis de la identidad esencial entre hagiografía e historiografía, según la cual existe un solo *espectro historiográfico* que comprende los libros de los *Milagros*, las *Historias* y las *Crónicas*. Ambos géneros tienen en común, efectivamente, la misma preocupación por la verdad y por la autenticidad de los hechos, siempre envueltos en toda clase de garantías de lugar y fecha. Ambos persiguen el mismo fin: evitar que los hechos notables caigan en olvido. Además hay otras a caballo entre los dos géneros, como las crónicas enquistadas en las series de los *Milagros* o a la inversa. El extracto de los *Miracles de Saint Philibert* que se halla en el anexo apoya esta tesis. El monje Ermentario fue el autor de esta obra después del año 862. La crónica monástica está imbricada en la gran historia. Las principales etapas de la peregrinación de los monjes, que huyen con las reliquias de su santo ante la invasión de los vikingos, son las siguientes: entre los años 847 y 858, desde Saint Philibert de Grandlieu a Cunault, cerca de Saumur; año 862, desde Cunault a Messay, en el Poitou; en el año 875 termina, finalmente, con la llegada a Tournus. Mucho más valiosas son las informaciones suministradas por el texto acerca de las fases de la invasión normanda y de la actitud de las poblaciones. Ermenterio distingue claramente las dos ofensivas de los piratas, aunque no respeta el desarrollo cronológico de las mismas. En primer lugar, los ataques de los años 848-856 se extienden especialmente sobre La Aquitania y la región del Loira (Burdeos, Tours, Angers, Orleans). Después, la invasión de los años 856-862 afecta sobre todo a las riberas del Sena y el Marne y también las del Somme, Rhin, Loira y Garona. Contorneando España, los vikingos llegan a saquear La Camargue y la Toscana. Evoca sus fechorías de forma estereotipada: matanzas, devastaciones, robos, incendios, etc. Se trata del cumplimiento de un castigo divino: «una plaga procedente del Norte alcanzará a todos los habitantes de la tierra». Las poblaciones la sufren con pasividad total. «Todos los habitantes emprenden la fuga y pocos osan decir: "Permaneced, permaneced, resistid, luchad por vuestro país, por vuestros hijos y por vuestra familia".» Antes pagar tributo que tomar las armas.

El relato de Ermentario tiene valor histórico —nadie osaría discutírselo— e igualmente otros muchos escritos hagiográficos. Sin embargo, a nosotros nos parece que existen diferencias estructurales entre hagiografía e historiografía. El primero de estos dos géneros no recoge necesariamente hechos verídicos, pero «constituye» la verdad de los fenómenos maravillosos, rodeándoles de todas las garantías deseables. La crónica, en cambio, consigna hechos verídicos junto a otros que no lo son. Además cambia la

concepción del tiempo. Los historiadores, por más providencialistas que sean, definen la historia como un *relato verídico fundamentado en la cronología*. En cambio, la hagiografía no se preocupa de la cronología: su ambición queda limitada a aportar un conjunto de *hechos-pruebas* que dan validez a una institución o legitimidad a un culto. Se propone ilustrar la ejemplaridad de un santo o su capacidad de hacer milagros aportando hechos permutables y manipulables. El tiempo circular de la liturgia ejerce su magnetismo sobre la hagiografía. En cambio, el sentido de la duración es algo perceptible en la historia.

Por último, nosotros creemos que la abundancia de la producción hagiográfica ha constituido un freno al advenimiento de una historia que otorgará toda su atención al devenir humano en el tiempo. Sin embargo, este «reproche» no afecta necesariamente a las grandes construcciones teológicas. Porque, si bien las vidas de los santos y los libros de los milagros tienen frecuentemente la cadencia repetitiva de la liturgia, en cambio la teología propone una visión unificadora y orientada de la historia.

3. ¿LA TEOLOGÍA (PARTICULARMENTE EN EL SIGLO XII) AL SERVICIO DE LA HISTORIA?

La representación del pueblo cristiano caminando hacia su beatitud —auténtica filosofía de la historia— ha contribuido a instaurar una visión lineal y finalista del devenir humano. Esto es particularmente evidente en el siglo XII, cuando la teología topa con un movimiento social real y contribuye a la eclosión de una concepción dinámica de la historia.

A) Durante la alta Edad Media, el esquema dominante para pensar la historia procede de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín. Recordemos sus líneas directrices: la ciudad terrestre, dividida entre cristianos y paganos, y reunificada bajo la forma de Imperio romano, camina hacia la Ciudad Celeste. La *Civitas Dei* está ya presente, bajo la forma de Iglesia, en la Ciudad Terrestre, para guiarla. El sentido profundo de la historia se reduce a las conquistas de esta institución fundada por Dios para asociar a los hombres a su propia beatitud. De esta visión se desprende el particular estatuto político e histórico de los cristianos: miembros de la ciudad de Dios, son peregrinos de este mundo, que se sirven de la paz relativa de la Ciudad Terrestre para alcanzar la paz celeste.

Los teólogos han tejido múltiples variaciones sobre esta visión grandiosa. Según Gilson, su concepción de la historia se caracteriza esencialmente por la común referencia a la Encarnación, concebida como punto final de los tiempos pasados y punto de partida de una era nueva; y también por un «finalismo» esencial, en virtud del cual la aventura humana se va definiendo como construcción progresiva de la Ciudad de Dios. De esta manera adquiere *sentido* la sucesión de las generaciones y de los acontecimientos.

Se puede descubrir en cualquier hecho la acción rectora de la Providencia, porque el desenvolvimiento de los acontecimientos depende de la previsión divina en orden a la Salvación.

Según Gilson, dado que la historia del mundo está concebida como la

del progreso (aquí moral y espiritual) orientado hacia una determinada finalidad, se puede hablar de un *orden lineal* que sustituye *el orden cíclico* de los pensadores grecorromanos.

La concepción de la historiografía medieval de Gilson, indudablemente justa, si consideramos su cumbre (el mundo de los prelados y de los grandes abades carolingios, formados, como el arzobispo de Reims, Hincmar, de acuerdo con el pensamiento de San Agustín), resulta más discutible en relación a historiadores más modestos, como Raoul Glaber. Hasta el siglo XII, se puede hablar de una gran indiferencia hacia el tiempo, concebido y vivido esencialmente como *tiempo natural* (el ciclo de las estaciones y de los meses) y como *tiempo litúrgico* (organizado también en fechas fijas). Los acontecimientos históricos interesan más por su *carga simbólica* que por sus antecedentes y consecuencias. Pero, en el siglo XII, nacerá un *nuevo sentido del tiempo*, que conmocionará de alguna manera los marcos de esta historia eclesiológica a la que nos hemos referido anteriormente.

B) El nacimiento de una «consciencia activa» de la historia en el siglo XII (cf. M. D. Chenu, *La Théologie au XIIe. siècle*).

La aparición de un *nuevo sentido del tiempo* va unida a la aparición de un *nuevo sentido de la naturaleza*, o más exactamente, del hombre que actúa en el seno de la naturaleza: *homo faber, homo artifex*, en relación con el desarrollo del comercio y con el crecimiento urbano. Al hombre, según los teólogos del siglo XII (Gilbert de la Porrée, Hugo de Saint-Victor), no le basta con sufrir el mundo exterior, sino que intenta mediante su actividad y trabajo transformarlo (*ars* se impone a *natura*). Así nace también una *nueva visión de la historia*, que se caracteriza por:

1. La atención concedida a las *obras* y a los *actos* de la humanidad, bajo la égida de la Providencia. Muchos son los que se preocupan por la historia, generalmente clérigos que viven cerca de los príncipes: Otón de Freisingen respecto a los emperadores germánicos, Orderico Vital y John de Salisbury en la corte anglonormanda.

2. El deseo de beneficiarse de la herencia de las generaciones anteriores, que expresa Bernard de Chartres con estas palabras: «La verdad es hija del tiempo.» Enanos encaramados sobre los hombros de los gigantes (los autores antiguos y los Padres de la Iglesia), los pensadores del siglo XII desean sin embargo mirar más allá. Se alumbra una noción confusa del progreso en la historia, especialmente en el dominio de las instituciones eclesiásticas y de las reglas morales.

3. La reflexión sobre la *Historia*, especialmente por parte de Hugo de Saint-Victor, el cual precisa su doble sentido. De una parte, la serie de acontecimientos que son producto de la previsión divina en orden a la salvación y están organizados de forma que conducen a un fin preconcebido. De otra parte, la disciplina intelectual que trata de estos acontecimientos, o historia escrita, concebida como *series narrationis*, como sucesión organizada, como continuidad articulada.

4. La elaboración de un *bagaje conceptual* para pensar el tiempo histórico y elaborar una periodización global de la aventura humana. O bien la división de la historia es la misma que la de los días de la semana, que son también los de la Creación, seis días, seis edades de la humanidad (la de Adán, la de Noé, etc.), siendo el séptimo el del reposo y la beatitud.

O bien se hace una tripartición de la historia: *ante legem*, *sub legem*, *sub gratia* (antes de la ley, bajo la ley, bajo la gracia). Este esquema expresa claramente «el dispositivo de la previsión de la salvación». Asimismo, otra visión tripartita corresponde a las tres personas de la Trinidad (la edad del Padre, la edad del Hijo, la edad del Espíritu).

Hay otros dos esquemas, menos influidos por la teología, igualmente muy extendidos. El primero es el de la *translatio imperii* (la transferencia de la soberanía imperial según el transcurrir de los siglos). La soberanía ha recaído sucesivamente en los romanos, los bizantinos, los francos y, por último, en los germanos, a partir de la coronación de Otón I.

El segundo es el de la *translatio studii* (la transferencia del saber), o sea, el desplazamiento de la civilización del Este al Oeste. La Atenas de Pericles constituyó el primer hogar de la cultura occidental, después la Roma de Augusto, antes de que el saber renaciera en Aquisgrán con Carlomagno, para afincarse inmediatamente, en el siglo XII, en las escuelas catedralicias situadas entre el Loira y el Rhin. Se percibe que el destino de Occidente se forja a partir del poder y de la cultura.

Por estas razones se comprende fácilmente que el *relato de los acontecimientos pasados gane en coherencia* entre los historiadores y cronistas del siglo XII. Algunos se preocupan por la búsqueda de las relaciones causales entre los hechos. Por ejemplo, Guillaume de Conches: «Hay que buscar la razón de todas las cosas.» Por ejemplo, Guibert de Nogent (*Gesta Dei per Francos*): «He creído deber exponer en primer lugar los motivos y las circunstancias que hacían urgente tal expedición» (se trata de la segunda cruzada). Por ejemplo, Guillaume de Tyr, que se pregunta por las razones de los éxitos después de los fracasos de las Cruzadas (la disciplina militar, la unión de los enemigos, etc.). Sin embargo, en su pensamiento, las causas humanas están siempre tocadas por los designios divinos: «la primera causa nos remite hacia Dios, autor de todas las cosas».

4. Visión de la historia y sentido común del tiempo

Después de haber considerado las conexiones entre las especulaciones teológicas y la actividad historiográfica, veamos las relaciones existentes entre el bagaje mental común, particularmente la concepción corriente del tiempo pasado, y la visión del pasado dominante entre los memorialistas. Las fuentes a las que recurrir son los relatos de peregrinación a Tierra Santa (siglos XII-XIV), las declaraciones de los testimonios en las investigaciones judiciales en el Mediodía de Francia (1250-1350) y los testimonios iconográficos. Nosotros utilizaremos las actas del coloquio *Le temps et la histoire*, Tours, 1975, publicada en *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest*, 1976/2, y especialmente en los artículos de C. Deluz, M. Gramain y C. Schaeffer.

Los autores de los relatos de peregrinación llegan a tener una idea de la medida del tiempo vivido en relación a su caminar hacia Jerusalén. Indican las principales etapas de su viaje, a veces señalando la fecha y hora de llegada. Pero su sentido del pasado está poco desarrollado. Evocan de forma imprecisa y siempre utilizando los mismos adverbios («antaño», «desde hace tiempo», «hace muchísimo tiempo»...). Sin embargo, la contem-

plación de algunos monumentos agudiza a veces su curiosidad por el pasado. Dedican breves noticias históricas a las ciudades cuyas ruinas son más notables. «Llegué a Roma, que en otro tiempo fue inmensa, como parece por las ruinas de sus edificios.» Rodas, Chipre y Citerea dan pie a la evocación de seres mitológicos. Se despierta un cierto sentido crítico: cuando un autor llega a sostener, en 1335, que se puede ver aún la estatua de sal de Lot, un narrador, al año siguiente, expresa sus dudas («yo no sé si queda algún testimonio de ello»). Una característica más general es la representación de los grandes acontecimientos de la historia sagrada: «En este lugar (el Calvario)... Cristo es desnudado, crucificado, clavado en la cruz...» Todo lo que hace referencia a la salvación se revive regularmente en la representación sagrada. Este presente es el tiempo del mito siempre activo.

Las fuentes jurídicas del Languedoc revelan también un dominio inseguro del pasado. Dan cuenta de investigaciones testimoniales acerca de los límites de los pueblos, por ejemplo, o de las causas de los conflictos entre las comunidades rurales. Preferentemente se interroga a los ancianos y a los notables. La «calidad del recuerdo» generalmente es deficiente. Estas memorias imprecisas, y, curiosamente, poco anecdóticas, poco emotivas, apenas se ocupan de las calamidades y raramente citan fechas y nombres propios, si bien aportan testimonios concordantes sobre lo esencial. Hay más precisión en los clérigos, en los antiguos cónsules e, incluso, en aquellos que se dedican a actividades mercantiles, lo que viene a acreditar la idea de la *construcción social de la memoria*. En términos generales, la medida del tiempo pasado es imprecisa. Entre los hechos más repetidos se encuentra el calendario de actividades rurales, la sucesión de fiestas religiosas y los ritos institucionales, como el tiempo en el que fulano era «bayle» u obispo. Habitualmente, se redondean las edades y las distancias en el tiempo por tramos de cinco o diez años. Se considera inmemorial todo lo que es anterior a la vida del testimonio. Muy raramente se hace referencia a los acontecimientos exteriores al tiempo cerrado del pueblo.

Finalmente recurriremos al testimonio iconográfico para demostrar la confluencia del eterno presente del tiempo religioso y de los acontecimientos contemporáneos de final de la Edad Media. Consideremos la representación de la adoración de los Magos de Jean Fouquet en las *Horas*, de Etienne Chevalier, de entre 1452 y 1457. Schaeffer distingue en esta pintura: de una parte, el acontecimiento litúrgico, el hecho inmutable de la revelación, o sea, una serie de *elementos fuera del tiempo*; por otra parte, todo lo que manifiesta la «proyección de este acontecimiento en la historia del reinado de Carlos VII». Gaspar parece confundirse con el soberano, Melchor con el delfín Luis, Baltasar con Carlos de Francia. La guardia personal del rey está representada con un sentido exigente del detalle (vestido, armamento). En el último plano, la toma de un palacio conmemora probablemente la liberación de Pont-Audemer por las tropas reales. En esta escena cohabita el reportaje con la evocación de lo inmutable. No basta con decir que el pintor presta «ingenuamente» a los reyes magos la apariencia, las vestiduras y la escolta de los soberanos de su tiempo. Pero lo cierto es que se produce aquí «el cabalgamiento entre un hecho de la revelación y un hecho de la historia contemporánea».

Semejantes entrecruzamientos entre el presente y el pasado, semejan-

tes cabalgamientos entre los planos divino y humano se encuentran en las crónicas. Igualmente se encuentra en ellas el dominio imperfecto del pasado, las fluctuaciones de la cronología y la inexactitud de las evaluaciones, en cifras que constituyen el denominador común de la mentalidad propia de la época. Leamos ahora a Joinville.

5. Joinville, cronista y moralista

Jean, señor de Joinville (hacia 1224-1317), procedía de una familia de la más alta nobleza. Fue, como su padre, senescal de Champagne. Acompañó a Luis IX a Egipto en 1248, combatió a su lado en La Mansura y fue hecho prisionero. En cambio no siguió al soberano en la expedición a Túnez de 1270. Fue ya al final de su vida cuando decidió hacer «un libro de santas palabras y buenos hechos» del rey San Luis, en cuya proximidad había vivido. Acabó de dictar sus *Memorias* en 1309. Grande es la parte de los recuerdos personales, pero la compilada no es tampoco pequeña. Joinville tomó muchas cosas de una vida de San Luis escrita por Guillaume de Nangis, el cual se fundamentaba a su vez en escritos del confesor de la corte.

Joinville forma parte de aquellos cronistas que han trabajado para la futura historia mitológica de los franceses. Nos ha dejado grabado por los siglos de los siglos el retrato ideal de este rey en el que veía la encarnación de las aspiraciones más elevadas de su tiempo. «Este santo varón ama a Dios con todo su corazón e imita sus obras... En palabras, el rey santo fue moderado: jamás le oí mentar al diablo... Tomaba su vino con mesura, según lo que consideraba que podía soportar, etc.» Dejemos aquí las imágenes de Epinal, la encina de Vincennes y todo lo demás. Hagiógrafo y cronista a la vez, Joinville atribuye a Dios constantes intervenciones en el transcurso de las acciones humanas: «Dios todopoderoso nos concedió una gran gracia, cuando nos salvó de la muerte y del peligro... Gran gracia nos condedió Nuestro Señor entregándonos Damiette, que no habríamos podido tomar sin rendirla por hambre.» Caballero, se complace en narrar los hechos heroicos y exalta las proezas militares del rey, de su corte, casi las suyas propias, en La Mansura: «Yo decidí, de acuerdo con mis caballeros, perseguir a los muchos turcos que en su propio campo cargaban sus impedimentas con la mano izquierda.» Nos relata, a manera de batalla, una serie de proezas individuales. El ardor en perseguir a los infieles (¡a por ellos, a por ellos!) es tal que distorsiona los planes mejor trazados, sin que ninguno acepte combatir en la retaguardia.

Todas estas observaciones son triviales, pero válidas para otros muchos memorialistas contemporáneos. Hay otro Joinville menos conocido, el que relata detalladamente los tratados subsiguientes a la toma de Damiette por los cruzados. ¿Cómo se va a repartir el botín? ¿Se seguirá el parecer del legado, partidario de reservar para el soberano la mayor parte, o se respetarán las costumbres de Tierra Santa, como piden los combatientes? «Cuando se conquistan las ciudades a los enemigos, de los bienes que se encuentran en ellas, un tercio debe ser para el rey, y para los peregrinos los otros dos.» No habiendo dado satisfacción Luis IX a este requerimiento «muchos se sintieron insatisfechos de que el rey desafiara las buenas costumbres antiguas».

Joinville posee cierta capacidad de observación, una «asombrosa memoria del detalle visual», según Andrée Duby, y presta atención a la diferencia entre las formas de vida y las costumbres. Evoca con trazos precisos las costumbres de los beduinos, en su radical alteridad de nómadas.

> «No habitan en sus pueblos, ciudades o castillos, sino que duermen siempre en el campo. Durante la noche, o durante el día cuando hace mal tiempo, establecen sus enseres, sus mujeres y sus hijos en una especie de abrigos hechos con aros de toneles, atados a varas largas, como los carros de los demás. Por encima, se echan pieles de cordero, llamadas pieles de Damasco, preparadas con alumbre. Los beduinos portan también abrigos de piel que les cubren el cuerpo, piernas y pies. Cuando llueve por la noche o cuando hace mal tiempo, se envuelven en sus abrigos de piel, quitan las riendas a sus caballos y los dejan pacer cerca de ellos. Después, por la mañana, extienden su abrigos de piel al sol, los frotan, los tratan con alumbre y enseguida parece que no se hayan mojado la noche anterior.
>
> Creen que nadie puede morir antes de que le llegue su hora, se niegan a portar armadura y, cuando maldicen a sus hijos, dicen: "Maldito seas, como el franco que se pone una armadura por miedo a la muerte." Sólo portan, en la batalla, la lanza y la espada. Casi todos se visten con sobrepelliz, como los sacerdotes. Su cabeza está envuelta con telas que les llegan hasta debajo del mentón, lo que les hace parecer a nuestros ojos muy feos y repugnantes porque sus cabellos y su barba son muy negros.
>
> Se alimentan de la leche de sus animales y compran a los ricos de las llanuras del país el pasto de sus praderas para que pazcan en ellas sus rebaños. Su número nadie sabría calcularlo, porque háylos en el reino de Egipto, en el de Jerusalén y en todas las otras tierras de sarracenos y de infieles, a quienes pagan grandes tributos cada año.» (Edición A. Duby, col. 10/18, pp. 64-65.)

A parte de los detalles pintorescos que podíamos esperar, algunas anotaciones conciernen a la vida económica, particularmente la obligación de alquilar los pastos a los agricultores ricos sedentarios y la de pagar tributo al Estado. ¿Mirada de conquistador, o de señor que algo sabe de economía rural? Posiblemente se trata de la visión de un cruzado que participaba plenamente de los ideales de la cristiandad enfrentada al mundo musulmán.

6. Los últimos esplendores de la historia cristiana: Bossuet

La concepción providencialista de la historia humana, según la cual Dios posee capacidad para intervenir en todo instante para modificar su curso, ha dejado su impronta, más allá de la Edad Media, durante la Edad Moderna. Generalmente, Bossuet está considerado como su mejor representante. Verdaderamente, su *Discours sur l'Histoire Universelle* (primera edición en 1681, seguida de otra, refundida, en 1700) no debe ser considerada como una afirmación triunfante de la historia providencialista, sino más bien como una respuesta a las amenazas que pesaban sobre ella. En efecto

fue en 1678 cuando Richard Simon publicó una *Histoire critique du Vieux Testament*, introduciendo el conflicto entre la ciencia profana de los textos y la teología dogmática. La segunda parte del *Discours* de Bossuet está dirigida contra aquél y contra Spinoza, quien, negando el milagro, pretende someter a Dios a las leyes de la naturaleza. El obispo de Meaux «no es el constructor apacible de una suntuosa catedral (...) sino, más bien, el obrero que recorre, atareado, apresurado, a repasar brechas cada día más amenazadoras.» (Paul Hazard).

Se puede encontrar en cualquier manual de historia literaria una biografía de Bossuet (1627-1704), que fue el jefe indiscutido de la Iglesia galicana sometida a la Monarquía, y teólogo oficial frente a las amenazas del protestantismo, del jansenismo y del quietismo. Prelado cortesano, fue el encargado de las oraciones fúnebres y de la educación del Delfín, al que dedicó el *Discours sur l'Histoire Universelle*. Esta obra pretendía liberar a la historia de preceptos de sabiduría moral y política, y esclarecer algunas constantes de la naturaleza humana. Era también un ejercicio retórico, en el que la búsqueda de un estilo gallardo prevalecía sobre la preocupación erudita. La preocupación literaria y la preocupación utilitaria, tan nefasta en la historia de la época clásica, según Ehrard y Palmade, están siempre presentes en él.

El *Discours* adopta tres formas sucesivas: primero, la de un simple resumen de la historia universal; después, la de lecciones sobre la historia de la religión, y, finalmente, la de un curso de filosofía de la historia donde se explica el auge y la decadencia de los imperios por el estado de las leyes y de las instituciones. El conjunto da lugar a un libro dividido en tres partes: *Les Époques* (o sea, una cronología); *La Suite de la Religión* (un hermoso sermón donde vemos cómo la Iglesia permanece enhiesta en medio de la ruina de los Imperios); finalmente, *Les Empires*, la parte más viva, sólidamente fundamentada en acontecimientos, según J. Calvet, teniendo en cuenta los límites de la ciencia de la época. En los comienzos de esta tercera parte expone cómo los Imperios sucesivos han servido a los designios de Dios para su pueblo, permitiendo el advenimiento y el triunfo de la Iglesia.

Estas páginas demuestran que la visión de la historia de Bossuet es *utilitaria*. En efecto, deber suponer una enseñanza para los príncipes y para sus súbditos, revelándoles el plan divino para la humanidad. Pero igualmente es retórica literaria porque se aferra a los *grandes objetivos*. Se presenta como una serie sistemática de cuadros (*la serie de la verdadera Iglesia, la serie de los Imperios*) que incluye teoremas básicos. (*En primer lugar, estos Imperios poseen, para la mayoría, una vinculación necesaria con la historia del pueblo de Dios.*) La historia está regida por la necesidad, no por la que procede de los determinismos naturales o sociales, sino por la que se deduce del plan divino para la humanidad.

La demostración del teorema de base se opera en tres tiempos. El primero puede titularse: los Imperios y el pueblo de Dios. Asirios, babilónios, persas, etc., son manipulados por Dios para sus propios fines sucesivos: «castigar, restablecer, proteger, ejercer, sostener su libertad». Finalmente, los romanos «prestan sus manos a la venganza divina». La historia humana queda reducida a las relaciones de Dios con el pueblo elegido, posee un centro de gravedad en torno del cual gravita todo lo demás, de for-

ma subordinada. Los grandes agentes históricos están desprovistos absolutamente de autonomía, tanto sus pueblos como sus jefes. No actúan, están dirigidos como marionetas (por ejemplo: «*han servido para...*», «*han prestado sus manos*»). No tienen siquiera conciencia clara de lo que hacen *(no piensan en ello)*. Asimismo, muchos actores históricos se encuentran en el ejercicio de una misma función actuante, que consiste en servir de auxiliares a la pedagogía divina respecto al pueblo de Israel.

Segundo tiempo: el Imperio romano ha favorecido de diversas formas la difusión del cristianismo. En los planos espacial y étnico (*el comercio entre tantos pueblos diferentes*), ha puesto los fundamentos del universalismo cristiano. Las persecuciones se han vuelto contra él y han servido para revalorizar la Iglesia. Finalmente sometido, pasa a estar al servicio de ésta, como una bestia domada. Tercer tiempo: la Iglesia fue la auténtica heredera del Imperio. Depositaria de la majestad romana, supo imponer su ley a los bárbaros. El reinado de la arbitrariedad divina se ha expresado mediante fórmulas características («*debía caer*», «*debía sufrir su destino*»).

Este providencialismo rígido tiene formas grandiosas porque hace depender a la historia de un amo que tiene en sus manos el desarrollo de los acontecimientos y el propio tiempo. El desorden de los hechos es pura apariencia: todo está ordenado de conformidad con la persecución de un fin. Pero esta visión de la historia es muy unilateral. Sólo o casi sólo se consignan hechos concernientes al mundo judeo-cristiano. Jerusalén sigue constituyendo, como en la Edad Media, el centro del mundo. La historia no comienza antes del año 2500 a. J. C., tal es la cronología que Bossuet mantiene en contra de los conocimientos científicos de su tiempo. Además, su periodización de la historia humana, desde la Creación hasta el año 800, consta sólo de doce épocas, definidas esencialmente por criterios religiosos: después de la época de Adán, la de Noé, después la de Abraham, etc. Aparentemente, nada ha cambiado desde el siglo XII.

La verdad es que Bossuet dice a continuación que la historia no es tan sólo una sucesión de milagros. En el texto siguiente define un dominio en el que actúan causas secundarias y enuncia, con gran perspicacia, algunos de los principios del análisis histórico.

> «Pues este mismo Dios, que es todopoderoso por sí mismo, que ha obrado la concatenación del universo, ha querido, para establecer el orden, que las partes de un todo inmenso dependan las unas de las otras; este mismo Dios ha querido también que el decurso de las cosas humanas tuviera su periodización y sus proporciones; pretendo decir que los hombres y las naciones han alcanzado una calidad proporcional al nivel al que estaban destinados, y que, dejando aparte algunos momentos extraordinarios en los cuales Dios desea que sea patente la intervención de su mano, no llega ningún gran cambio que no tenga sus causas en los siglos precedentes.
>
> Y de la misma manera que en todos los asuntos hay quien los prepara, quien decide emprenderlos y quien consigue hacerlos triunfar, así la verdadera ciencia de la historia consiste en destacar, en cada época, las secretas disposiciones, que han preparado los grandes cambios, y las circunstancias importantes que los han hecho posibles.
>
> En efecto, no basta mirar lo que se tiene delante de los ojos, es decir, no basta con considerar los grandes acontecimientos que deciden de pron-

to la fortuna de los imperios. Quien pretenda comprender a fondo las cosas humanas debe de adoptar una perspectiva más amplia; debe observar inclinaciones y costumbres o, dicho más brevemente, el carácter tanto de los pueblos dominantes en general como de los príncipes en particular y de todos los hombres extraordinarios que, por la importancia del personaje que han tenido que interpretar en el mundo, han contribuido, para bien o para mal, al cambio de los Estados y de la fortuna pública.»

Se constata en estas líneas que el providencialismo de Bossuet no es el reino de la arbitrariedad, sino el del orden, que se impone tanto al cosmos como al tiempo. Existe una ordenación de las cosas humanas, querida inicialmente por Dios, que le dispensa de intervenir constantemente en la historia. Por ello, es posible delimitar un campo de la historia, o sea, una observación situada al nivel de la concatenación de las causas secundarias. Bossuet sugiere un análisis en tres tiempos de los *grandes cambios*: causas remotas, móviles inmediatos, resultados. Para conseguirlo, se impone saber escapar a la fascinación del tiempo breve, remontarse al pasado y lanzarse al estudio de los rasgos específicos de los *pueblos dominantes* y de los *hombres extraordinarios*.

He aquí que estos principios nos recuerdan a Tucídides. Nos queda por saber si «la verdadera ciencia de la historia» no está, en Bossuet, necesariamente viciada por el providencialismo, por la convicción de que Dios ordena, en última instancia, el devenir humano. ¿Podemos estar de acuerdo con J. Calvet cuando asegura que la teología de la historia de Bossuet se superpone a su relato histórico, sin afectarle realmente? ¿Debemos creer que su mística teológica debe situarse en el mismo plano que la mística democrática de Michelet por ejemplo? A fin de cuentas, su información de historiador es sólida, los materiales que utiliza, de buena ley, y nadie osaría negar su perspicacia. En cualquier caso, bajo la aparente permanencia de los esquemas de la historia cristiana, desde el siglo V al XVII, se oculta una mutación profunda.

DOCUMENTO

Ermenterio: Milagros de San Filiberto (después del año 862)

El número de navíos aumenta; la incalculable multitud de normandos no cesa de crecer; por todos lados los cristianos son víctimas de matanzas, saqueos, devastaciones, incendios, cuyos manifiestos testimonios durarán en tanto exista el mundo. Se apoderan de todas las ciudades que atraviesan sin que nadie les resista; se apoderan de las de Burdeos, Périgueux, Limoges, Angulema y Tolosa. Angers, Tours, así como Orleans son aniquiladas; se roban muchas cenizas de santos; así se realiza casi exactamente la amenaza que el señor ha proferido por boca de su profeta: «Una plaga procedente del Norte alcanzará a todos los habitantes de la tierra.»

Nosotros también huimos a una localidad de nombre Cunault, situada en Anjou, en la ribera del Loira, que Carlos, el glorioso rey citado más arriba, nos había donado como refugio antes de la toma de Angers, a causa del peligro que nos amenazaba, mientras que el cuerpo de San Filiberto

permanecía todavía en el monasterio de Déas, a pesar de que hubiese sido incendiado ya éste por los normandos; pero la tierra de Herbauge no se resignaba a dejarse despojar de tan grandioso patrón en tanto que una parte de los monjes pudiera permanecer aún sobre su suelo.

Algunos años después, un número incalculable de navíos normandos remonta el río Sena. El mal aumenta en la región. La ciudad de Ruán es invadida, saqueada, incendiada; las de París, Beauvais y Meaux son tomadas; la plaza fuerte de Melun es devastada; Chartres es ocupada; Evreux es saqueada al igual que Bayeux, y las demás ciudades son sucesivamente invadidas. Apenas queda localidad, ni monasterio, que hayan sido respetados; todos los habitantes emprenden la fuga y raros son aquellos que osan decir: «Permaneced, permaneced, resistid, luchad por vuestro país, por vuestros hijos y por vuestra familia.» En su torpor, inmersos en mutuas rivalidades, rescatan mediante tributos lo que debían de haber defendido con las armas en la mano y dejan zozobrar el reino de los cristianos.

Rápidamente los normandos pasan a España, descienden por el Ródano y devastan Italia. El año 857 de la Encarnación de Cristo transcurrió en medio de este desencadenamiento general de guerras civiles y extranjeras, pero conservamos alguna esperanza de volver a nuestra casa, esperanza que es manifiestamente ilusoria hasta el momento presente. Y mientras que las peripecias de nuestra huida nos obligaban a alojarnos en diversos lugares, el cuerpo de San Filiberto había sido dejado en su lugar, como acabamos de decir, porque en razón de los males que se acumulaban, no habíamos conseguido la garantía de un asilo seguro. No ofreciéndosenos ningún refugio en ninguna parte, no podíamos soportar que el cuerpo del santo nos siguiera en nuestros desplazamientos; también es más exacto decir que casi ha sido arrancado subrepticiamente de las manos de los propios normandos que no hablar de un traslado solemne acompañado de cantos de gloria cuando se le ha colocado en la ciudad de Cunault citada más arriba. Se ha hecho todo a fin de poderlo trasladar desde que las circunstancias lo exigían. Esto ha ocurrido, como se sabe, en el año 862 de la Encarnación, cuando se le ha hecho abandonar Cunault para transportarlo a su dominio de Messay. Se consignarán después para divulgarlos los milagros que sus méritos han hecho resplandecer allí, después de relatar todos los que, como yo he dicho, no han cabido en el libro precedente. Pero he aquí que los paganos prosiguen sin descanso sus persecuciones; he aquí que la rueda del tiempo rehúsa detenerse y que yo veo amenguarse demasiado rápidamente el número de años que me quedan. Aún es tiempo y las circunstancias exigen que estos milagros sean publicados.

(Edición R. Latouche. Textes d'Histoire médiévale, V^{e}-XIe siècle)

CAPÍTULO 3

LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA (II): LOS CRONISTAS DE LOS SIGLOS XIV Y XV

La historia, hija de la desgracia, es también servidora del poder, y más que nunca en los dos últimos siglos de la Edad Media. Las crónicas están llenas de grandes hechos y grandes calamidades: la peste merodea y la guerra se eterniza. Apenas terminó el conflicto franco-inglés, cuando se inicia el enfrentamiento franco-borgoñón. A causa de sus rivalidades, los príncipes no pueden prescindir de los servicios de los historiógrafos, que tienen la misión de exaltarlos y de defender sus derechos. Ni Froissart, ni los cronistas borgoñeses, ni incluso Thomas Basin o Commynes escapan a esta servidumbre. Sin embargo, en estos dos últimos aparece un tono nuevo, que procede de un cierto *distanciamiento* del objeto que tratan. Este *gesto de separar* anuncia la historiografía de los tiempos modernos. Y lo mismo el hecho de que la historia plantee, a partir del siglo XIV, cada vez más aspiraciones colectivas y se convierta en el «vehículo privilegiado del sentimiento nacional».

1. FROISSART, HERALDO DE LA DECLINANTE SOCIEDAD CABALLERESCA

Sin relatar detalladamente la larga existencia de Jean Froissart (1337-1410), retengamos de ella algunos aspectos esenciales: su vertiente de *historiador protegido* (va de una corte principesca a otra), la inestabilidad de sus elecciones políticas (primero pro inglés, tomó partido por los franceses después de 1370) y, finalmente, sus numerosos viajes (a Inglaterra, Escocia, Bretaña, Aquitania; a la corte de Gastón Phebus, conde de Foix, en Orthez), que le permitieron reunir una información bastante amplia. De donde procede cierta dosificación que hay en él entre la compilación (en el primer libro de sus crónicas sigue muy de cerca el relato de su compatriota Jean Le Bel) y datos obtenidos de los actores de los propios acontecimientos en los diferentes teatros del conflicto franco-inglés. Los tres libros de las *Crónicas* comprenden el período que se extiende entre 1328 y 1400. Su composición se distribuye en más o menos medio siglo.

Froissart definió su obra, no sin ambición, como una «crónica historia-

da». Si la crónica es sólo un relato resumido de los acontecimientos, la historia trata la materia *ad plenum*. Froissart nos expone su deseo de «cronicar e historiar a lo largo de toda la materia», sin limitarse a decir: «En aquel tiempo sucedió esto y aquello.» ¿Supo verdaderamente escapar a los límites del género narrativo y «esclarecer la materia» entendiendo por ello explicar los hechos?

Indudablemente, Froissart tuvo la *«preocupación de informarse»* exactamente. Consideremos en primer lugar el caso de la guerra de Sucesión de Bretaña (1341-1364), que todavía no había terminado cuando Froissart llegó a la corte de Eduardo III de Inglaterra en 1361. Nos dice (edición S. Luce, tomo II, XXII, XXIII) que no pudo contentarse con los relatos propalados por «muchos juglares y poetas callejeros», que en sus «canciones de gesta fantasiosa y poemas mentirosos habían evocado el problema de Bretaña y el descontento de Juan el Hermoso, en el que se inspiraba, y su propio descontento. Realmente, estos poemas y estas canciones no se referían, en absoluto, a los «hechos reales», cuyo relato constituía su objetivo. Y añade: «He visitado y recorrido la mayor parte de Bretaña, he llevado a cabo una investigación cerca de los señores y los heraldos a propósito de las guerras, las conquistas, los asaltos, las incursiones, las batallas, los socorros y todos los heroicos hechos de armas acontecidos desde 1340 hasta el final del libro; me he impuesto esta tarea tanto a requerimiento y a expensas de mi señor y maestro (*Eduard III*) como para satisfacerme a mí mismo, para dar autenticidad y bases sólidas a mi trabajo: en todo lo cual mis esfuerzos han sido ampliamente recompensados.» Estas poco conocidas líneas nos revelan un *método* que asocia compilación e investigación sobre el terreno; una *condición* de cronista retribuido por el poder, y finalmente un *objetivo*, o sea, relatar la verdad de los hechos. ¿Hay que derivar de esta proclamación de espíritu «positivo» una cierta precisión en la narración de las guerras bretonas, no exenta sin embargo de burdos errores? Por ejemplo: Froissart analiza con bastante agudeza los errores que surgen en la ciudad de Rennes sitiada por Carlos de Blois en mayo de 1342: los burgueses y el municipio pretenden rendirse, pero el representante de la condesa de Montfort quiere resistir. Únicamente su arresto hizo posible que los habitantes de la ciudad pudieran negociar con el jefe de los sitiadores, cuyo comportamiento fue apreciado de manera imparcial. No se le imputó ninguna crueldad; dejó sanos y salvos a todos los partidarios de Montfort.

Nuestro cronista practicaba con talento la investigación oral, lo que le supone cierta recuperación de interés en nuestros días y el honor de ser mencionado entre los precursores de la «historia inmediata». Página célebre entre todas, he aquí la entrevista con un forajido gascón, Bascot de Mauléon, que Froissart encontró con ocasión de su estancia en la corte de Orthez en 1388-89:

> Vi venir allí a un escudero gascón, que se llamaba Bascot de Mauléon, y que podía tener unos cincuenta y cinco años, con aspecto de hombre de armas atrevido. Y se alojó con gran arrogancia, en el mismo albergue que yo, el de la Luna, en Ernuaulton du Pin y pidió yacijas dignas de un gran barón, y tanto a él como a su gente se le sirvió en vajilla (de plata)...
>
> (...) Me preguntó:

—Señor Jehon, ¿hay lugar en vuestra historia para lo que yo os hablaré?

(...) Con estas palabras empezó su relato y dijo así...

—La primera vez que fui armado, fue bajo el caudillaje de Bouck en la batalla de Poitiers, y, para empezar, conseguí en este día tres prisioneros, un caballero y dos escuderos, que me supusieron entre todos tres mil francos.

Hay que destacar la brillante entrada en escena de Bascot. Parece que fue él quien habría solicitado al historiador un lugar en su relato. ¿Cómo explicaríamos esta inversión de las reales posiciones ocupadas por el *actor* y el *narrador*? ¿Es posible que Froissart no quiere presentarse como buscador de testimonios? ¿O se trata de un subterfugio de composición destinado a crear un «efecto directo»?

Froissart se desdibuja detrás de este testigo de excepción, cuya narración en primera persona es tan viva y colorista. El cronista se siente visiblemente fascinado por el destino fuera de lo común y el éxito material de este hombre de guerra sin escrúpulos (para la continuación del relato, ver la edición Mirot, tomo XII, pp. 95 a 100).

El objetivo confesado de Froissart lo constituye la exaltación de las proezas de los combatientes del conflicto franco-inglés.

A fin de que las grandes maravillas y los bellos hechos de armas que han tenido lugar a causa de las grandes guerras de Francia y de Inglaterra y de los reinos vecinos... sean registradas y vistas y conocidas en la actualidad y en el porvenir, yo me quiero responsabilizar de ordenarlas y ponerlas en prosa...

Para ilustrar este aspecto bien conocido de las *Crónicas*, basta con mencionar la heroica resistencia de la condesa de Montfort en Honnebout, sitiada por las tropas de Carlos de Blois, en 1342:

Y la condesa que llevaba armadura e iba montada en un buen corcel, cabalgaba de calle en calle por la ciudad, y exhortaba a sus gentes para que la defendieran. Y hacía que todas las mujeres de la ciudad levantasen las calzadas y llevasen las piedras a las almenas para lanzarlas a los enemigos. Y hacía llevar bombardas y grandes recipientes llenos de cal viva para lanzarlos sobre los asaltantes.

El estudio detallado de la muy conocida narración de la *Jacquerie* de 1358, en el primer libro de las *Crónicas*, en el cual Froissart se inspira directamente en el canónigo de Lieja, Jean Le Bel, nos permite descubrir lagunas en el historiador en cuanto a la información, la absoluta primicia de la narración sobre la investigación de las causas, y finalmente una toma de posición muy clara en favor de los partidarios del orden aristocrático.

Los hechos se relatan de manera muy incompleta. En 1356, después de la derrota de Poitiers, el rey Juan el Bueno se encuentra prisionero en Inglaterra. El delfín, duque de Normandía, y futuro Carlos V, es el regente. Se enfrenta con la hostilidad de los estados generales, que se niegan a autorizar la concesión de los subsidios necesarios para pagar el rescate del rey sin obtener contrapartidas políticas (control sobre la gestión de los ofi-

ciales, etc.). Las corporaciones parisienses, dirigidas por Etienne Marcel, controlan en parte el Consejo real. Paralelamente, Carlos el Malo, rey de Navarra, descendiente de una rama directa de los Capeto, intriga en beneficio propio aprovechándose del vacío de poder. Su liberación se remonta al mes de noviembre de 1357 y no tuvo ninguna relación con el desencadenamiento de la *Jacquerie*, en Saint-Leu-d'Esserent, cerca de Creil, el 21 ó 22 de mayo de 1358. Unos campesinos atacan a unos caballeros y matan a nueve. Para escapar a la represión, se mantienen armados. La *tribulación* se extiende rápidamente de ciudad en ciudad.

El Beauvais y las regiones cercanas entran en insurrección: la Brie, el Valois, el Laonnais, el Soissonnais. Una tal llamarada procede de un descontento muy profundo contra la nobleza, acusada de haber traicionado a Poitiers, y contra la fiscalidad real. El programa de los sublevados es expeditivo: *destruirlos a todos*.

Después de haber atacado algunos castillos y haber cometido inevitables violencias, eligieron un jefe, «Jacques Bonhomme». Este nombre es despreciativo [2]. Se trataba en efecto de un tal Guillaume Carle, campesino acomodado procedente de Mello, cerca de Creil. Otras fuentes nos lo presentan como muy capaz y «preparado», rodeado de un verdadero estado mayor.

Cuando la revuelta alcanzó su punto culminante, en los primeros días de junio de 1358, cubría un área mucho más vasta de lo que Froissart nos permite creer. De hecho, una quincena de departamentos de la Isla de Francia, desde Normandía a Anxois, fueron pasto de la rebelión. La evaluación de los daños para la región de Corbie y Amiens (más de sesenta casas y muchos castillos) es plausible. Hay que destacar, no obstante, que ninguno de estos desperfectos está datado y localizado exactamente. Se mantiene la duda: ¿se trata de habladurías o de hechos ciertos?

Desde los primeros días de junio de 1358, se organizó la reacción señorial o *contra-Jacquerie;* los nobles de la Isla de Francia apelaron a los del Imperio y de Flandes. La solidaridad aristocrática actuó a fondo en esta guerra de clases. Froissart invierte algo el orden de los acontecimientos. De hecho, el reflujo de la *Jacquerie* no empezó hasta después de la derrota de Catenoy, el 10 de junio de 1358. Carlos el Malo, que después de haber dado la momentánea impresión de apoyar a los campesinos sublevados se entregó a la causa aristocrática, había logrado atraer a Guillaume Carle a una trampa. Desaparecido su jefe, los campesinos se desbandaron. Entocer empezó la *contra-Jacquerie* (*empezaron a matar y a descuartizar a estas gentes malvadas*). La fase más sangrienta duró hasta el 20 de junio de 1358. La revuelta campesina no había durado más de tres meses o cuatro semanas. Su aplastamiento fue seguido de una represión judicial. La *contra-Jacquerie* produjo unas veinte mil víctimas frente a algunos centenares debidas a los campesinos. Froissart no dice ni palabra de todo esto.

Este relato está tejido de inexactitudes y de imprecisiones. Lo comprobamos en las cifras avanzadas por el cronista.

Fueron más de seis mil constituye una evaluación quizá aceptable para la región de Beauvais, para las tropas de choque de Jacques Bonhomme,

---

[2] El término Jacques procede sin duda del jubón de tejido ribeteado de cuero (jacques) que los campesinos llevaban en el combate.

pero demasiado baja para el conjunto del movimiento al nivel alcanzado a finales del mes de mayo y principios de junio. Por el contrario, *pudieran ser más de cien mil* avanza una cifra demasiado elevada. Froissart se hace eco del temor suscitado entre los nobles por esta movilización campesina.

Podríamos profundizar en este análisis confrontando el relato de Froissart con los conocimientos adquiridos por los historiadores actuales (sobre todo gracias al estudio sistemático de los documentos judiciales).

El cronista, está visto, frecuentemente se equivoca. El reproche se extiende también a Jean Le Bel. Otros historiógrafos contemporáneos, tales como el carmelita Jean de Benette, nos ofrecen un relato más documentado de *la Jacquerie*, al mostrar que esta llamarada de revuelta tenía su origen en la gran miseria del campo y en una comprensible hostilidad hacia los nobles, a la vez que denuncian los excesos cometidos posteriormente. «En efecto, ningún noble se atrevía a salir fuera de los castillos, ya que si los campesinos lo hubieran visto o hubiera caído entre sus manos, hubiera sido asesinado, o hubiera escapado muy maltrecho... Ya que aquellos que inicialmente se habían lanzado a esta empresa por amor a la justicia y porque sus señores, lejos de defenderles, les oprimían, se rebajaron a cometer actos viles y abominables», etc. Este fraile mendicante no es totalmente insensible a los sufrimientos del pueblo y subraya los excesos de la venganza de los nobles: «recorriendo los campos, incendiaron la mayor parte de las propiedades; decapitaron miserablemente a los campesinos, tanto a los traidores como a los demás, en sus casas o trabajando en las viñas o en los campos». Froissart, por el contrario, tiene una visión más social que intelectual. Manifiesta ser un portador de la ideología caballeresca.

Este texto procede de un *defensor del orden aristocrático* como lo prueban múltiples detalles. Tanto en lo que se refiere a su aparición como a su desarrollo, despoja a la rebelión campesina de toda lógica. Vemos cómo se suceden acontecimientos aislados (*se reunieron algunas gentes...*; *entonces se fueron a la casa de un caballero; después se fueron a otro castillo*), antes de que se produzca un fenómeno de tipo «bola de nieve». No hay ninguna coherencia en todo ello, más que la que mantiene el hilo de la narración. Por lo demás, según Froissart, la insurrección de los campesinos es tan irracional como desorganizada. Al principio se trata de un rumor (*decían que*) de cuya comprobación no se preocupan (*sin otro consejo*).

Desde la desorganización total (*reunidos sin jefe*) se pasa a una parodia de poder en la persona de Jacques Bonhomme. El no respetar el código militar de la caballería (*sin más armas que estacas, bastones herrados y cuchillos; sin armadura*) desemboca en una violencia (*actuaban como locos*, o sea, una vuelta a la animalidad). Saqueo, violación, asesinato, canibalismo, no falta ningún ingrediente para describir esta vuelta a la barbarie. Lo subrayan las múltiples intervenciones del narrador durante el relato. Los campesinos son calificados así (*gentes malvadas, eligieron al peor de entre los malos*), su comportamiento así (*como perros rabiosos*) o se recurre a la hipócrita omisión de ciertos detalles por decencia (*no osaría escribir*).

Así se va preparando al lector para que considere legítimo el castigo de los sublevados. La coalición señorial es presentada como evidente. Las peores crueldades vengativas no son más que una justa consecuencia (*empezaron a matar y a descuartizar a estas gentes malvadas*). Se prescinde de la contabilidad de estas matanzas. A los ojos de Froissart lo único que im-

porta es el restablecimiento del orden aristocrático. Lo atribuye, en última instancia, a la intervención de la Providencia: «Si Dios no hubiera puesto remedio por su gracia, el infortunio se hubiera multiplicado tanto...» Sin duda alguna no se trata de un simple recurso de estilo. Aparentemente no se encadenaban aquí más que actos humanos, sin una causa bien definida. ¿No es en última instancia Dios el que sostiene los hilos de la intriga?

Froissart, mejor que ningún otro, nos muestra que la crónica de la baja Edad Media puede transmitir un explícito mensaje ideológico bajo la aparentemente ingenua forma del simple relato, en el que el frecuente uso del pretérito indefinido refuerza la ilusión de un encadenamiento automático de los hechos y de los gestos. Después del servicio a Dios, principal preocupación de los historiógrafos del siglo XII, se impone el servicio a los señores y a los príncipes.

2. Los cronistas dependientes de los príncipes

La dependencia de los historiógrafos con respecto al príncipe llega a veces hasta tal punto, que se hace difícil distinguirlos de los panegiristas. Si tenemos en cuenta su relativa independencia, Commynes y Thomas Basin parecen constituir casos peculiares.

Los soberanos Valois, como en otro tiempo los Capeto, tuvieron su historiador, encargado de redactar las *Grandes Chroniques de France*. Durante el reinado de Carlos VII tiene esta responsabilidad Jean Chartier, monje de Saint-Denis. Luis XI establece dos cargos: «por una parte, la autoridad de cronicar» (es decir, de seguir el hilo de los acontecimientos contemporáneos), que supondrá una pensión fija, y, por otra parte, la misión de ser «historiador del rey», retribuida con gratificaciones extraordinarias, cuyo trabajo consistiría en «recoger y buscar las historias y leyendas relacionadas con los hechos de este reino». Thomas Basin jamás tuvo un cargo parecido, aunque haya vivido en el entorno inmediato de Carlos VII. Se pasó a la historia al final de su carrera política y eclesiástica. Nacido en el seno de una familia de comerciantes de Candebec, dotado de una sólida formación universitaria, se convirtió en 1441 en obispo-conde de Lisieux. Después de haberse adaptado durante algunos años a la ocupación inglesa, supo elegir oportunamente el campo francés en 1449. Terminada la reconquista de Normandía, Carlos VII le colmó de favores y le hizo su consejero. Pero perdió esta privilegiada posición durante el reinado de Luis XI por participar en la revuelta feudal llamada del Bien Público. En 1465 tuvo que exiliarse y, estando en Utrecht, redactó sucesivamente la *Histoire de Charles VII* (1471-1472) y la *Histoire de Louis XI* (a partir de 1473), o sea, un panegírico y un arreglo de cuentas.

En cuanto a Philippe de Commynes, nació en 1447 en una familia de funcionarios de los duques de Borgoña. En 1464 entró al servicio del conde de Charolais (el futuro Carlos el Temerario) convirtiéndose en su chambelán. Después de haberle servido diligentemente, en 1472 se unió a Luis XI, que le colmó de honores. Disfrutó del favor del rey hasta 1477, fecha en la que cayó en una semidesgracia, que procuró disimular en sus *Memorias*, antes de ser admitido a compartir los últimos días de su señor. En 1484, tomó partido a favor de los Estados Generales contra la regente

Ana de Beaujeu, lo que le valió estar encarcelado durante algunos meses. Recuperó el favor durante el reinado de Carlos VIII, que le confió diversas misiones diplomáticas, en una de las cuales fue a Venecia. Entre 1489 y 1492 escribió sus *Memorias*, pensadas como materiales preparatorios para una obra en latín, que tenía que redactar Angelo Cato, arzobispo de Viena. Los libros I-VI están dedicados a Luis XI. Los libros VII y VIII, que narran la expedición a Italia, fueron escritos entre 1495 y 1498. Nos dice Commynes que, mediante esta obra, «se podrá conocer la grandeza del príncipe», pero nunca pierde de vista la preocupación de hacer su propia apología.

Pocos príncipes protegieron o estimularon a tantos historiógrafos como los duques de Borgoña. De la lista de los cronistas destacan los nombres de Monstrelet, Mathieu d'Escouchy, Jacques du Clercq, Jean de Wavrin, Georges Chastellain, Olivier de La Marche y Jean Molinet. Algunos de ellos ostentaban a menudo altas funciones en la corte, tales como Jean Le Fèvre († 1468), heraldo de armas de la orden del Toisón de Oro, o cierto Chastellain (1405-1475), primero encargado de la guarda y distribución del pan, más tarde historiógrafo, cronista gratificado con una pensión anual de 657 libras, o incluso Olivier de La Marche (hacia 1425-1502), hombre de armas y maestro de ceremonias. Su misión estaba claramente definida: «recoger en forma de crónica los hechos notables, dignos de ser recordados, que hayan ocurrido y que puedan ocurrir en el futuro». Podía suceder que, con este objetivo, los príncipes les abriesen sus archivos, tal como hizo Carlos el Temerario para Jean de Wavrin.

Se esperaba de los cronistas, por lo menos, dos tipos de servicios. Primero, exaltar las hazañas de los príncipes y de su dinastía, como Molinet, que quiere honrar «la muy ilustre y refulgente casa de Borgoña» y lanza un anatema contra sus enemigos. Además, contribuir a la cohesión de los Estados borgoñeses, conjunto heterogéneo y de reciente constitución, invocando antecedentes históricos, como el reino burgundio o el reino borgoñón del siglo X. El interés muy acentuado por el pasado de las provincias recientemente integradas, como Holanda, Frisia o Brabante, revela la misma preocupación. El discurso historiográfico permite colocar bajo el signo de la necesidad las felices adquisiciones territoriales realizadas por Felipe el Bueno, ofreciendo una versión *conforme* de sus orígenes y de su vinculación al conjunto borgoñón.

También en Bretaña aparecen los cronistas oficiales, aunque un poco más tardíamente que en Borgoña. Todavía a finales del siglo XIV, el trabajo historiográfico se confía a clérigos sin directa relación con la corte ducal. Lo prueba la *Chronique de Saint-Brieuc*, redactada entre 1389 y 1416 por un canónigo, que bebe en las fuentes de las antiguas tradiciones acerca de los orígenes bretones. Nos informa más, aunque involuntariamente, acerca de su propia mentalidad que acerca del pasado de la provincia. Durante el gobierno de Juan V destaca Guillermo Gruel, autor de la *Chronique d'Arthur de Richmond*, al que había seguido durante una parte de su existencia. Es un panegírico del condestable, que acumula «flagrantes errores, apreciaciones falsas, lagunas considerables» y que silencia los episodios molestos. Gruel, bastante bien informado acerca de las operaciones militares, trata los acontecimientos diplomáticos de manera desenvuelta: «Y acordaron lo que les pareció oportuno», sirve de análisis para las cláusulas

de un tratado. Sólo a partir de los reinados de Francisco II y de Ana de Bretaña podemos hablar de historiadores oficiales. Después de Jean de Saint Paul († después de 1476), cuya narración incide sobre todo acerca de la guerra entre Blois y Montfort, hay que citar a Pierre Le Baud, canónigo de Vitré, consejero y limosnero de la duquesa Ana, quien en 1498 le encargó que escribiera la historia de Bretaña. Recupera muchas de las antiguas leyendas, pero también sabe apoyarse en documentos auténticos. Su fama es menos que la de Alain Bouchart, abogado en el Parlamento de Bretaña, secretario de Francisco II, estimulado por la duquesa Ana durante la redacción de sus *Grandes Chroniques de Bretaigne* (1514). La *Épistole*, que sirve de inicio al libro, de la cual damos fragmentos en el anexo, es muy reveladora de su concepto de la historia, en algunos aspectos medieval, renacentista en otros. Conmemoración de las «cosas dignas de recordar», la historia es también una lección moral que nos permite ver «cómo han llegado a suceder unos y otros haciendo bien o haciendo mal». Escribirla constituye una misión con respecto al país natal, al que hay que devolver el recuerdo de sus orígenes, dado que se carece de «texto completo acerca del noble país bretón». Enraizado en un sentimiento nacional profundo («yo que soy bretón, de Bretaña, he querido examinar las historias antiguas y las crónicas»), el trabajo historiográfico de Bouchart contiene tres tiempos principales: investigación, compilación y síntesis resumida. Investigación, donde se han conservado «viejos volúmenes y registros» (¿en los monasterios, como el de Le Baud en Saint-Mathieu de Fineterre; en la cancillería ducal?). Compilación: «y lo que yo haya podido encontrar y extraer, lo he puesto por escrito de manera resumida». Alain Bouchart tan pronto resume los textos como se impone citarlos exactamente, incluyendo en su obra, nos dice, «sentencias, tales como las he encontrado sin añadir nada por escrito que no haya visto y leído». Confía para los acontecimientos recientes en los testimonios orales, y recoge una parte de su información «de lo que los ancianos le han dicho e informado». Síntesis, en fin, que Bouchart concibe como una narración ordenada siguiendo el desarrollo de los reinados. Estableció «ordenadamente los nombres de los reyes, duques y príncipes de este noble país» hasta Francisco II. Una obra de este tipo merece, en su opinión, el nombre de *crónica*. Se trata de un género noble, que relata los *hechos y gestos de tiempos diversos*, por oposición a la *historia*, que se limita a narrar *los hechos presentes al escritor*.

De la dependencia de la historia con respecto al poder se derivan muchas servidumbres para el memorialista: la estrechez de su campo de visión (que se limita a los hechos militares, a la vida de la corte y a las grandes ceremonias religiosas o civiles, ignorando por completo al pueblo), la utilización del estilo noble (o la ampulosa escritura de los borgoñeses, o la imitación de los autores antiguos como Thomas Basin), y, finalmente, tomar partido por el príncipe que encargaba la obra o que, por lo menos, la financiaba.

No hay que fiarse demasiado de los principios enunciados por los cronistas. Chastellain dice que quiere evitar la adulación servil, pero es una voz aislada en el coro de los panegiristas borgoñeses. En cuanto a Basin y Commynes, uno y otro se erigen en campeones de la verdad. Escuchemos cómo Basin define su misión en el prefacio a la *Histoire de Charles VII*: «escribir y transmitir a la posteridad, en forma de auténticos relatos, la histo-

ria del pasado y sobre todo la vida de los personajes ilustres». Y censurar a los aduladores que son legión: «Pero son muchos los que escriben tales relatos más con la esperanza de un beneficio, o para ganarse con la adulación el favor del vulgar ignorante, de los reyes o de los príncipes, que por el ardiente deseo de proclamar y sacar a la luz la verdad.» Imbuido de sus responsabilidades con respecto a las futuras generaciones, se asigna como tarea el relatar aquello de lo que ha sido «testigo ocular» y lo que ha sabido «por autores al abrigo de toda sospecha». Escuchemos a Commynes, que quiere hablar «lo más cerca posible de la verdad», sin ocultar ciertas debilidades de Luis XI, en cuyo entorno ha vivido durante muchos años, pero concediéndole a la vez el lugar eminente que se merece entre los soberanos de su tiempo, ya que no ha conocido «ningún príncipe que, en su conjunto, haya tenido menos vicios que él».

Frecuentemente, las obras no se corresponden con los principios. Son abundantes los silencios hábiles y las versiones partidistas de los acontecimientos, como cuando atribuyen el asesinato de Luis de Orleans (en 1407) no a los secuaces de Juan Sin Miedo, sino a un viento adverso que precipitó al príncipe en tierra. Se lanzan contra Juana de Arco y contra aquellos que la siguieron: *«ellos creyeron que era cosa angélica aquella que tenía el diablo en su seno»* (*Livre des trahisons de France envers la maison de Bourgogne*). Alain Bouchart, por su parte, toma explícitamente partido en contra de Pierre Landais, el todopoderoso tesorero de Francisco II de Bretaña, cuya vertiente de advenedizo le repugna. De manera más discreta, Commynes tiene silencios llenos de significado, por ejemplo cuando relega entre bastidores aquellos que le suplantaron cerca de Luis XI, después de 1477. En sus relatos paralelos del rey de Francia y de Carlos el Temerario, otorga todos los signos de superioridad al primero, mientras que abruma al segundo: mal soldado, mal táctico, apasionadamente vengativo en lo que respecta a las ciudades rebeldes; en resumen, «príncipe del fracaso», cuyo desmesurado orgullo desencadena la venganza divina. ¿No fue simplemente el sentido común lo que llevó a Commynes a abandonar a un señor así para unirse al rey de Francia?

Otra prueba, también reveladora del escaso grado de objetividad de Commynes y de Basin, consiste en confrontar sus apreciaciones acerca de Luis XI. Que haya divergencias acerca del balance del conjunto del reinado, se puede comprender: si Commynes tiene una opinión favorable, Basin, por el contrario, es de los más expeditivos en su «Briève Epitaphe de Louis».

> «Insigne bribón conocido desde aquí hasta los infiernos. Abominable tirano de un pueblo admirable.»

Pero es sorprendente que los dos autores juzguen de manera tan diferente la vestimenta del soberano: modesta en exceso según su antiguo chambelán; grotesca e indigna de un rey para el obispo Lisieux: «Se habría podido pensar en un bufón o en un borracho, más que en un rey o en una persona de distinción.» Sería aburrido seguir la confrontación entre estos dos testigos, siempre en desacuerdo acerca de casi todo.

3. Una diferente percepción de las realidades políticas y militares

En este campo, la oposición se sitúa, por una parte, entre los cronistas borgoñeses, todavía prisioneros del sueño caballeresco y, por otra, en Basin y Commynes, mucho más que en el relato de las prácticas políticas y guerreras. Entre estos últimos se opera un cierto distanciamiento con respecto al objeto del que tratan, actitud que anuncia los tiempos modernos, al considerar al pasado como objeto distanciado del historiador.

Examinamos primero cómo se evoca la vida de corte. Del lado borgoñón, asistimos a la «puesta en escena de un sueño». No hay más que torneos, fiestas, banquetes y entradas principescas de hermético simbolismo, todo ello relatado con todo lujo de detalles. Olivier de La Marche dedica la mitad de su relato del reinado del Temerario, que tiene doscientas cincuenta páginas, a la boda del duque con Margarita de York. ¡Necesitó no menos de sesenta páginas para relatar el famoso banquete del faisán que tuvo lugar en Lille en 1454! Por el contrario, en Commynes no queda gran cosa de este ceremonial aristocrático. Las fiestas se relatan brevemente, la alegría que se desprende de ellas es efectivamente relativa en un mundo violento en el que los príncipes sin escrúpulos intentan destruirse. Las paradas principescas son máscaras que esconden sórdidos manejos; los grandes matrimonios no son más que transacciones interesadas. Por añadidura, estos festejos son ruinosos para el Estado y corruptores para los príncipes, ya que degradan y debilitan el carácter y la inteligencia.

Encontramos el mismo contraste cuando se trata de la guerra. Los cronistas borgoñeses exaltan los «grandes hechos de armas» con inagotable prolijidad (ochenta páginas para el sitio dirigido por Neuss en Molinet). Evocan complacidamente los horrores de la guerra a través de imágenes estereotipadas de débil carga emocional: «unos morían de hambre, otros se pudrían en la miseria» (Molinet). Commynes, por su parte, es menos elocuente acerca de las operaciones militares; se circunscribe básicamente a los tratados diplomáticos y a la evolución del desarrollo de las fuerzas; más que celebrar los grandes hechos de armas nos muestra a los combatientes en lucha con el hambre, el frío y el barro (con ocasión de las guerras de Italia). En sus *Memorias* ya no se realizan heroicas locuras, no se pronuncian históricas frases en plena batalla, la «guerra ya no es una cosa alegre». Reina la fría mirada del memorialista, que se complace en minimizar los éxitos.

Thomas Basin da pruebas de una perspicacia igual cuando nos relata la ocupación inglesa de Normandía. Su evocación de los campos devastados, hacia 1420, es de lo más desgarrador. En 1436, estalla el levantamiento de los campesinos de Caux, agotados por el aumento de la presión fiscal. Pero no encontraron ningún apoyo por parte de los «hombres de armas franceses o de los señores del país que acudieron a estos parajes». Con sorprendente lucidez, Basin nos revela el motivo: «Ellos (los nobles) envidiaban al pueblo por haber iniciado tan bien la acción», cuyo éxito habría amenazado su propio poder en el futuro. Estas líneas, de la misma manera que ciertas páginas de Commynes, nos permiten pensar que la historiografía francesa de fines del siglo XV había alcanzado aquel «momento maquiavélico» a partir del cual se plantea como principal misión el analizar los com-

plejos juegos de la vida política, dejando de lado el descifrar los mensajes enviados por Dios a los hombres a través de los acontecimientos. Commynes sobre todo es el digno contemporáneo de Maquiavelo. Le interesan los análisis de psicología comparada de los pueblos, se muestra muy sensible a las relaciones de fuerzas entre los estados que se enfrentan sobre el tablero europeo, a la vez que quiere dar lecciones a los gobernantes. A partir de ahora el historiador empieza a tener «su papel de técnico-sustituto del príncipe» (M. de Certeau).

4. La historia, «vehículo privilegiado del sentimiento nacional»

Desde fines del siglo XIV se revela claramente esta tendencia, que se refuerza en el XV, a la que no es ajena la guerra franco-inglesa. Nos lo demuestra la redacción de las obras tituladas *Brevis Tractatus (Tratado Breve)* o *Compendium (Resumen)* que anuncian los futuros manuales de historia y de geografía. Nos facilitan cuadros cronológicos acerca de los soberanos de Francia y de las naciones vecinas, junto con algunas consideraciones respecto a la potencia respectiva de sus reinos. Por ejemplo, el *Brevis Tractatus,* de Etienne de Conty († 1413), estudiado por Philippe Contamine, que ofrece un cuadro de la cristiandad latina hacia 1400. En el corazón de ésta, Francia, dividida en tres idiomas (flamenco, bretón y francés), con ciento una ciudades y más de mil villas amuralladas. Ciudades como Barcelona y Cracovia merecen unas pocas líneas fundadas en los «comentarios de muchos nobles y mercaderes» que estuvieron en ellas. Se enumeran de manera resumida los recursos de los diferentes países, tales como la cera y las pieles polacas. Se reparten censuras y elogios entre los distintos pueblos y apunta ya el *chauvinismo* francés. Hay que destacar que el rey de Francia es considerado como «el más grande, el más poderoso, el más noble, el más santo y el más razonable entre todos los reyes cristianos».

La elaboración de arquetipos históricos, que más tarde serán recuperados por la tradición escolar, como las figuras ideales de Clodoveo (Clovis) y San Luis, va en el mismo sentido. Según Colette Beaune, fue a principios del siglo XIV cuando Clovis empezó a ser considerado como el santo fundador de la monarquía francesa. En el siglo XV queda establecida ya su imagen con los rasgos siguientes: en primer lugar, Clovis es un guerrero y, en consecuencia, es «el autor de las fronteras francesas tal como son y serán por toda la eternidad», pero es también un monje próximo a los pobres. Es el rey cristianísimo por excelencia, ungido con el óleo de la Santa Ampolla y cuyas armas con las flores de lis proceden del cielo. En tiempos de Carlos VII, él ostenta «todos los atributos de la monarquía».

Finalmente, ciertas obras se apoyan en un profundo sentimiento nacional. Se puede citar, además del caso estudiado anteriormente de Alain Bouchart, el del humanista Robert Gaguin, autor de un *Compendium de Francorum origine et gestis* (1495) en el que vibra «el amor de la gloria de su patria». Proclama muy alto la superioridad cultural de Francia sobre Italia, contrariamente a la opinión formulada por Petrarca en el siglo anterior: «no se pueden buscar oradores y poetas fuera de Italia.» Es anglófobo como

la mayoría de sus compatriotas, juzga con ponderación a los castellanos, de quienes aprecia sus virtudes guerreras, aunque sean inferiores a las de los franceses, y da una imagen favorable de los alemanes, inventores de la imprenta, y que forman parte de los *poetae christiani*, como los franceses, en oposición a los italianos, impregnados todos de paganismo antiguo. Tal como lo ha señalado Mireille Schmidt-Chazan (*Le Métier d'histoiren au Moyen Âge*, direc. Bernard Guenée, pp. 233-301), el sentimiento nacional de Gaguin asocia al amor de la tierra carnal, cuya fertilidad alaba, el orgullo de pertenecer a un país cargado de historia que ha generado tantos hombres ilustres, sobre todo «por la brillantez de las letras», y la vinculación a unos reyes a quienes presta todos los tributos que les confiere la propaganda oficial: grandes por las vicisitudes que han sufrido y por su poderío actual, servidores de la verdadera fe, protectores de las letras, etc. Al exaltar la monarquía, Gaguin dedica poco espacio al pueblo francés, del que destaca la capacidad de obediencia al príncipe y a la Iglesia, pero del que denuncia con dureza la rapacidad y las inclinaciones lujuriosas. Su visión de la entidad nacional, aunque más elaborada que la de los historiógrafos de principios del siglo XV, sigue siendo incompleta y continúa relegando a las masas entre los bastidores de la gran historia. Expresa las concepciones de un estrecho cenáculo de religiosos, universitarios y grandes oficiales del rey, cuyo patriotismo es a la vez político y cultural, por el deseo de liberarse de la tutela italiana.

En conclusión, sin duda no resulta excesivo decir que el siglo XV está marcado por profundos cambios en las prácticas historiográficas. Ciertamente, sigue siendo dominante la expresión estereotipada de la vida política y militar, pero a partir de ahora ya se lanzan miradas perspicaces sobre los juegos de la guerra y de la diplomacia. A justo título podemos considerar que Commynes procedió a una verdadera «reescritura» de las crónicas contemporáneas, por su aguda mirada que hace recaer sobre los príncipes, por su desconfianza hacia las brillantes apariencias y por su cínico análisis de un mundo gobernado por la codicia y el engaño. Alrededor del 1500, la otra gran evolución reside en la acentuación de la vertiente literaria y retórica de la historia. Por influencia del humanismo, los autores se complacen en calificarse de *orador* o *noble orador*, se defienden contra los reproches de falta de elocuencia o de «estilo agradable» (por ejemplo, Alain Bouchart «teniendo en cuenta que es nativo de Bretaña»), finalmente buscan el equilibrio de la composición. Es significativo el ver cómo Robert Gaguin enuncia, en 1478, la regla de oro de la historia descriptiva destinada a exponer la concatenación de los hechos: «El que escriba estos acontecimientos no satisfará a la historia, si no conoce los hechos, los datos, los proyectos y los resultados.»

Post-scriptum

Habíamos terminado la redacción de estos dos primeros capítulos, cuando apareció la obra maestra de Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médieval*, París, Aubier, 1980, 439 páginas. Extraeremos aquí algunas ideas maestras de aquella obra, para completar algunas de nuestras teorías o para corregir sus perspectivas. Bernard Guenée nos

dice que los hombres de la Edad Media tienen una idea clara de la historia, considerada como «un relato claro y verdadero», contraria a la fábula, «que trenza ficciones». Hugo de Saint-Victor († 1141), por ejemplo, asignó un programa muy claro al conocimiento histórico: «Las personas por las cuales tienen lugar los acontecimientos, los lugares donde suceden y el tiempo en el que suceden.» Los historiadores medievales, poco preocupados por los lugares, quisieron básicamente abrazar todo el desarrollo del tiempo y su final (*ab initio seculi usque ad finem*). No retuvieron más que los hechos (*gesta*) realizados por eminentes actores. El inglés Ranulf Higden (1299-1364) dice: «Hay siete clases de personas cuyos actos son recordados por los historiadores, a saber: el príncipe en su reino, el caballero en la guerra, el juez en el tribunal, el obispo entre los clérigos, el político en la sociedad, el amo en su casa, el monje en su monasterio. A los cuales corresponden siete clases de actividades, a saber: la construcción de ciudades, la victoria sobre los enemigos, la aplicación del derecho, el castigo de los crímenes, la organización de la *res publica*, la gestión en el ámbito familiar, la conquista de la salvación.» He aquí el «armario feudal» en el que la materia histórica está dispuesta en función de la jerarquía de los actores, antes del cuestionario universal de los historiadores positivistas, irónicamente calificado por Lucien Febvre de «cómoda burguesa» con los cajones bien etiquetados. Tal como hemos visto, la historia así concebida no es una disciplina autónoma, es una ciencia auxiliar de la moral, de la teología y del derecho, como lo prueban las numerosas crónicas incluidas en los cartularios monásticos, que tienen, como estos últimos, por objetivo el justificar la posesión de ciertos derechos y privilegios. Para que la historia acceda a una cierta autonomía hay que esperar a los progresos de la reflexión política en la baja Edad Media, a fin de que tenga, por ejemplo, una sección separada en las bibliotecas.

La Edad Media ha conocido una gran variedad de tipos de historiadores. En lo sucesivo ya no nos podremos contentar con recordar, como hemos hecho, a los sempiternos Raoul Glaber, Joinville, Froissart y otros como Commynes. Bernard Guenée ha establecido una verdadera sociología del saber histórico, distinguiendo los tipos de historiador más por los lugares donde ejercen su trabajo que en función de épocas. Primero: *el monje* guardián de los manuscritos y los libros del monasterio, ligado a la defensa de su claustro y a veces también a las grandes causas nacionales (los cistercienses ingleses están inflamados de un ardiente patriotismo anti-escocés). Frecuentemente, tiene éste una vertiente erudita: escribe yuxtaponiendo resúmenes de textos, a veces contrapuestos para buscar la versión más segura, de una manera que anuncia la historia metódica del siglo XIX; sufre la obsesiva preocupación por la cronología, adquirida en el ejercicio del cómputo litúrgico. Según B. Guenée, siempre tiene algo de hagiógrafo, aunque no parece que le sea ajeno el sentido de la distinción de géneros. Al escribir la *Vie du roi Robert le Pieux*, Helgaud de Fluery (1004-1041) se extenderá ampliamente acerca de sus virtudes, pero pasará por alto «el resto, es decir, sus combates, sus enemigos vencidos, los honores conseguidos por su fuerza e inteligencia, dejando (él) a los historiadores el cuidado de escribir». Segundo tipo especificado: *el historiador de corte y de calle*. Así, los juglares que cantan «los hechos de los príncipes y los santos», los capellanes y los secretarios que narran los éxitos de sus pro-

tectores, los literatos como Froissart y Jean Lemaire des Belges, preocupados por ganarse un público, ya que para ellos la historia es un medio de existir. Leen pocos libros, pero sacan provecho de la tradición oral y beben en las fuentes de las epopeyas. Les acechan muchos defectos, como excederse en el panegírico, componer escritos de propaganda y no preocuparse demasiado por la exactitud de los hechos. Tercera categoría: *el historiador burócrata*, personaje característico de la baja Edad Media, en la que se desarrollan los servicios administrativos, especialmente las cancillerías. Así, Jean de Montreuil, durante el reinado de Carlos VI, y Leonardo Bruni, canciller de Florencia entre 1427 y 1444, son literatos que escriben historia de la misma manera que redactan contratos o tratados diplomáticos, sembrándola de fragmentos de oratoria parecidos a los discursos oficiales, cuya redacción tienen a su cargo. Sin embargo, su información depende de la institución en la que desarrollan su labor, y su obra tiene que ser avalada por esta última: así vemos cómo los patronos de la Universidad de Padua aprueban solemnemente la historia de la ciudad escrita por un notario en 1262. Esta rica variedad de historiadores hace palidecer especialmente el brillo de literatos tipo Froissart, demasiado a menudo tomados como referencia, ya que la historia del porvenir, erudita y preocupada por la verdad, no nace en las cortes, sino en los *scriptoria* monásticos y en los despachos. Según B. Guenée, es, en este sentido, que se puede decir que la erudición moderna tiene raíces medievales. ¡Qué singular inversión de perspectiva!

Sin embargo, la historiografía medieval sufre serios *handicaps* en cuanto a las fuentes y todavía más en cuanto a su tratamiento. Pero no precisamente por el hecho de conceder la primacía a lo visto y oído sobre lo leído. En nuestra historia inmediata, en términos generales durante el último medio siglo o un poco más, nos damos cuenta del papel privilegiado de lo oral para conocer el próximo pasado. Para ir más allá, hay que basarse en los testimonios indirectos y en la memoria colectiva, a riesgo de caer en la leyenda. La casi general incapacidad para datar los monumentos y descifrar las inscripciones constituye un problema más grave, así como el carácter reducido de la documentación de los archivos, que muy frecuentemente se limita a un solo establecimiento monástico o a una única casa principesca. Sin embargo, a partir del siglo XIII y, todavía más en los siglos XIV y XV, la mejor clasificación de los archivos permite excepcionalmente investigaciones más amplias como la de Pierre Le Baud, llevada a cabo a partir de 1498 a través de más de veinte bibliotecas monásticas para escribir su historia de Bretaña.

Finalmente, el último *handicap* lo constituye la pobreza y el deficiente mantenimiento de las bibliotecas hasta por lo menos finales del siglo XIII: ninguna clasificación de obras, muy pocos libros de historia (Lucano, Salustio, Eusebio, Orosio y algunos otros), una circulación muy lenta de las obras contemporáneas, etc. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XV mejora verdaderamente la situación desde el momento en que comienza la difusión de la imprenta: en adelante, la disminución del precio de las obras y la mejor clasificación de fondos más surtidos permiten una utilización más masiva de los libros antiguos y modernos (que se conocen más rápidamente). Tal como habíamos anunciado en las páginas anteriores, a partir de los

años 1450, hay una renovación decisiva del panorama intelectual y de la producción historiográfica.

DOCUMENTO

Alain Bouchart: *Les Grandes Chroniques de Bretagne* (**Societé des Bibliophiles Bretons, Nantes, 1896**; texto modernizado por nosotros).

Epístola

Para llegar más fácilmente al mayor honor, es cosa muy conveniente, para aquel que desea hacer su tesoro y su riqueza del precioso don de la sabiduría, volver a traer frecuentemente a su memoria los hechos de los hombres notables precedentes, que han dicho o hecho cosas dignas de ser recordadas y conservadas: ya que haciendo esto y recordando las historias que han sido escritas, podemos ver cuál ha sido su fin, según si han obrado bien o mal... Ahora bien, ocurre que, leyendo y examinando muchas crónicas e historias, a lo que he querido dedicar algún tiempo para evitar la ociosidad, que es la madrastra de la virtud, después de haberme dedicado al estudio de mi vocación en los tiempos y estaciones dispuestas para el reposo, he visto y leído muchas crónicas, historias y otros libros, que tratan de los hechos y gestas de muy gran número de emperadores, reyes y otros príncipes, de los lugares de donde procedían, de los orígenes y primeras creaciones de sus imperios, reinos y principados, de su larga y breve duración. Pero todavía no he visto ningún tratado dedicado por completo al noble país de Bretaña, que antiguamente recibió el nombre de reino de Armórica, ni de los nombres de reyes y de príncipes que ocuparon y poseyeron este país desde que se llamó Bretaña. Por esto, y teniendo en cuenta la bella proposición de Tulio (*Cicerón*) en el primer libro de los oficios (*De officiis*), en el que dice que estamos, desde nuestro nacimiento, obligados no sólo con respecto a nuestros progenitores, sino también con respecto al país donde hemos nacido (...) yo, que soy bretón nacido en Bretaña, he querido examinar las antiguas historias y crónicas y los viejos volúmenes y mostrar los registros, que yo he investigado y buscado en los lugares donde se acostumbran a guardar cartas de perpetua memoria; y de lo que he podido encontrar y extraer he escrito y redactado, de manera resumida (ya que la brevedad es la amiga de la memoria) quién fue el primer bretón, cómo Inglaterra se llamó primero Bretaña, la manera y la época en la que los bretones conquistaron el reino de Armórica en la Galia, al cual desde entonces llamaron Bretaña, y he establecido por orden los nombres de los reyes, duques y príncipes de este noble país hasta tiempos de Francisco II, último duque de Bretaña... y en el período correspondiente al reinado de cada uno de estos príncipes, añadiré, para el disfrute espiritual de lectores y oyentes, algunos hechos dignos de memoria, sucedidos en otras partes, y algunas sentencias y decisiones correspondientes a los propósitos que se tratarán, tal como las he encontrado, sin añadir nada que yo no haya visto y leído.

CAPÍTULO 4

HISTORIADORES Y GEÓGRAFOS DEL RENACIMIENTO

En el siglo XVI se halla ya muy extendido el gusto por la historia en Francia. Aparecen miles de obras, según Henri Hauser (*Les Sources de l'histoire de France au XVIe siècle*, París, 1912). Por su parte, G. Huppert ha hecho una lista de más de setecientos libros de historia publicados entre 1550 y 1610, estimando que constituyen el treinta por ciento de los editados en París a comienzos del siglo XVII. La necesidad de una cultura fundamentada en la historia se manifiesta de dos formas distintas. En general, atraen los compendios, las exposiciones sintetizadas, algo así como «modelos reducidos de la inmensidad». Estas obras se proponen estimular un saber unitario, destacando las líneas maestras. En realidad, escenifican la historia como si de un «gran espectáculo» se tratara. Bosquejan paisajes históricos, en los que las fechas-hitos corresponden a lugares destacados de la geografía. En cada escena intervienen los correspondientes personajes, actores de un «verdadero» drama. Más concretamente, atrae todo lo que se relaciona con lo cotidiano, los anales, los diarios, las memorias. Los diferentes ambientes tienen, cada uno, sus necesidades específicas: los nobles, el relato militar; el clero, la historia religiosa; los parlamentarios, la historia política. La historia está fraccionada, comprendiendo distintos campos. En otro plano, florecen los historiadores locales o regionales.

1. CUESTIONES DE MÉTODO

Una de las grandes innovaciones introducidas por los historiadores del siglo XVI consistió en no contentarse con el relato de la *res gestae*, poniendo en práctica una primera forma de cuestionamiento en relación al método histórico, con la ambición, a veces, de evocar la totalidad de la realidad y de exponer las leyes de su funcionamiento.

Interesa destacar, en primer lugar, algunas tendencias generales, empezando por el rechazo del dogmatismo escolástico, motivado por el descubrimiento de la relatividad de las cosas y de los sistemas políticos, que se intenta someter a las leyes. Se pretende, también, arrancar a la historia del terreno de la fábula, investigando y sometiendo a la crítica los vestigios

dejados por el pasado, a fin de llegar a reconstruir los hechos de la forma más verídica posible. Un testimonio de ello lo constituye la encuesta del jurista Etienne Pasquier, abogado del Parlamento de París, en *Les Recherches de la France* (1560 y sig.). Una vez establecidos los hechos (¿acaso no es la historia la verdad de las cosas singulares?), es preciso reagruparlos en conjuntos para conseguir una exposición correcta, un orden lógico en el relato, que requiere un análisis de las causas. Según Jean Wolf, en su *Recueil de l'art historique*, publicado en 1579, después de haber elaborado el hecho con absoluta seguridad, es preciso situarlo en una cadena de razones históricas y lógicas. Algunos historiadores alientan mayores ambiciones y pretenden construir una historia universal de la civilización o de las civilizaciones, abarcando todos sus aspectos.

La «verdadera» historia deberá comprender lo Natural, los hábitos, las costumbres y «las formas de actuar del pueblo a que se refiere» (Huppert, p. 148). Es preciso lograr «la representación del Todo» (La Popelinière), sin dejar nada al margen de la explicación racional.

Las ambiciones de Jean Bodin (1530-1596), oriundo de Angers, abogado del Parlamento de París, procurador del rey a partir de 1588, magistrado, tan interesado por la política como por la historia, expresadas en su *Méthode pour une connaissance aisée de l'histoire* (*Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 1566), pueden resumirse en lo siguiente: unificar racionalmente la diversidad de la realidad.

El historiador se decanta por los hechos singulares, pero para restablecerlos en lo universal y para reducirlos a leyes, definidas como «productos que se derivan de la naturaleza de las cosas». Semejante tarea es difícil si no imposible, porque la historia de los seres humanos es una innovación perpetua: «Cada día nacen nuevas leyes, nuevas costumbres, nuevas instituciones.» Ciencia abierta a desarrollos imprevisibles, la historia es contraria a las ciencias cerradas que pueden reducirse a principios y leyes.

Aparentemente, la historia se nos ofrece como un caos. Es preciso saber descubrir en ella el orden y descomponerla de forma coherente, proyectando, «sobre la masa informe de los hechos, los marcos racionales del espíritu» (Dubois). Su exigencia de racionalidad se combina con la de universalidad, ya que todas las civilizaciones intervienen en un tiempo único.

Para Bodin, el historiador es, por tanto, una especie de demiurgo que ordena concreciones que son diversas en su esencia. El clima contribuye de forma decisiva a la diversidad, en la medida en la que rige el humor interno; por tanto, las mentalidades. Especialmente el sol ejerce una influencia determinante. Según Bodin, los meridionales (*australes*) son fríos, secos, duros, lampiños, débiles, bajos y tienen la voz aguda; los nórdicos, por el contrario, son cálidos, húmedos, velludos, robustos, tienen la carne tierna, la piel blanca y la voz grave. De estos caracteres se derivan las diferencias psicológicas. Las formas de cada civilización están enraizadas en las circunstancias naturales.

Nos hallamos aquí en los antípodas de la erudición. Bodin se complace en utilizar categorías abstractas. Pretende clasificar a los hombres y a las cosas, concibiendo para ello un *Tableau du droit universel*, regido por la regla de los contrarios, en virtud de la cual, «si el meridional es moreno, el septentrional es blanco; si la talla del último es grande, la del primero es pequeña», etc. (*Methodus*, V, 333). Llevando aún más lejos la sistema-

tización, investiga la influencia que han ejercido los números en la constitución de los imperios, especulando acerca de las fechas de las batallas y de la edad de los héroes en el momento de su muerte. ¿No murieron Aristóteles, Erasmo y Lutero en su sexagésimo tercer año? Tal delirio aritmético le hizo creer que la cifra 496 era determinante para el curso de la historia. ¿No habían transcurrido 496 años desde Augusto hasta Rómulo Augústulo, desde Constantino hasta Carlomagno y desde Siagrio hasta Hugo Capeto? Sus distancias constantes, sus regularidades aritméticas permiten prever el porvenir. El mundo sufre la ley de las cifras (sin quedar reducido a una ecuación, como dicen algunos comentaristas). Corresponde al intelectual descubrir el orden oculto. Las revoluciones humanas se relacionan, siempre en virtud de este ordén, con los cambios astrales y climáticos.

Bodin hace, a la vez que estos laboriosos análisis, geniales anticipaciones. Por ejemplo, intuyó que el tabú del incesto incitaba a extender las alianzas matrimoniales. Quiso edificar una ciencia política, siguiendo a Polibio y adelantándose a Montesquieu (cf. *La République*, auténtica suma política). Intuyó, obscuramente, la existencia de unas leyes que regían el comportamiento del hombre en sociedad.

Lancelot de la Popelinière (1540?-1608) se dedica a la búsqueda de *L'Idée de l'histoire accomplie* (1599). Nos da una definición tradicional de la historia: una narración general, elocuente y juiciosa de las acciones más notables de los hombres y de otros accidentes significativos según el tiempo, los lugares, causas, progreso y acontecimientos. Recurriendo a preguntas, esboza un programa muy amplio y muy nuevo para el conocimiento histórico: «¿Cuáles fueron las diferencias existentes entre los pueblos, entre galos, romanos y germanos en la propia Galia? ¿Cuál (la diferencia) entre franceses y germanos? ¿Cuándo, cómo y por qué penetró, se aceptó, creció, se debatió y mantuvo la religión cristiana en las Galias...? ¿Cómo era la nobleza, cuál su autoridad, poder, actuación, deber y funciones en todas estas naciones? ¿Por medio de qué leyes, costumbres, formas de vida, justicia y policía se mantuvieron estos pueblos, tanto en la paz como en la guerra, bajo la deplorable paciencia de nuestros antiguos padres?»

François Hotman (1524-1590) también tenía grandes aspiraciones. Jurisconsulto, profesor de derecho romano, calvinista convencido, gran viajero, poseía una vasta experiencia. Debió su celebridad a la *Franco-Galia* (1573), en la que se mostraba hostil a las intervenciones del poder real en el dominio espiritual. En el plano histórico, debemos recordar la novedad del proyecto formulado en el primer capítulo y la preocupación, claramente expresada, de que la investigación sobre el pasado tenga utilidad para el presente: «Habiéndome propuesto escribir acerca de las costumbres y de la política de nuestra Francia gala, en tanto pueda servir para uso de nuestra cosa pública y comodidad de los tiempos actuales, me parece conveniente comenzar por deducir cuál fue el antiguo estado de la Galia, antes de que se viera dominada y reducida por los romanos a una Provincia.» El resultado no está a la altura de sus ambiciones. Aunque fundamentado en grandes autores (César, Tácito, etc.), el cuadro de la Galia se revela anacrónico, hallándose aplicado el vocabulario político propio del Antiguo Régimen, sin someterlo a proceso alguno, a las tribus galas: cada año, nos dice Hotman, se reunía una «asamblea general de todo el país, donde se

discutían los asuntos del estado y los concernientes al bien general de la cosa pública». No nos dejemos paralizar por la discordancia entre las palabras y las cosas. Retengamos la novedad del cuestionamiento (luego Hotman se pregunta qué lengua hablaban los galos) y la agudeza de su sentido crítico, que ridiculiza la leyenda del origen troyano de los francos.

2. Lejanos indicios de la nueva historia

Podemos estimar, de forma muy amplia, que las anticipaciones del siglo XVI mantienen algunos nexos con la exaltación surgida de los grandes descubrimientos, con el sentimiento de vivir en un mundo en el que todos los elementos son interdependientes, un mundo en mutación... La anticompartimentación intelectual acompaña a la apertura económica. Sería completamente ingenuo pretender designar, entre los autores del siglo XVI, a un precursor de Fernand Braudel (en la persona de Jean Bodin) o a un hermano mayor de Emmanuel Le Roy Ladurie (¿en la persona de André Thevet?), pero no es gratuito el insistir en las aproximaciones habidas en este siglo entre la historia y otras ramas del saber, como la economía política (todavía en estado balbuciente) y la geografía.

A) Historia y economía política

La principal referencia en esta materia la constituye evidentemente «La Response de Jean Bodin à M. de Malestroit», publicada en 1568. El jurista angevino trata en ella un tema extraordinariamente nuevo, «la carestía de la vida en el siglo XVI», según la expresión de Henri Hauser. Distingue claramente tres causas principales: la abundancia del oro y de la plata procedentes del Nuevo Mundo; los monopolios de mercaderes, artesanos y asalariados que impulsan al alza las mercancías y los sueldos; y la «escasez» que resulta de exportaciones excesivas, destinadas especialmente a España. Sin entrar en el detalle de una argumentación rigurosa (pp. 9-17) citaremos tan sólo la opinión de Henri Hauser: «Algunas ideas de Bodin, aunque su estilo sea obscuro y, a veces, incorrecto..., sobre el papel real de la moneda, los mecanismos de los intercambios internaciones, o la influencia de los metales preciosos..., son tan claras como las de un economista moderno. Descubre en la división geográfica del trabajo una ley providencial o natural, destinada a promover los intercambios y a procurar la paz.» (pp. LIII y LIV.)

B) Historia y geografía: una unión prometedora

En esta materia fue ejemplar el mundo germánico. Generalmente se considera que su primer gran historiador fue un humanista de Selestat, Beatus Rhenanus (?-1547), autor de una *Historia de Alemania* en 1531 en la que cita textos escritos en un alemán arcaico, demostrando un gran sentido de la crítica documental, adquirido al estudiar las obras de Plinio, Tácito y Tito Livio, de los que fue editor. También se reconoce, en general, a Se-

bastian Münster (1489-1552) como el primer geógrafo, como el Estrabón alemán. Cordelier, convertido al luteranismo, enseñó teología y hebreo en Basilea a partir de 1528. Espíritu enciclopédico, publicó en 1544 una enorme *Cosmografía*, especie de geografía universal. La descripción del conjunto de los continentes comienza con un libro de geografía general sobre los círculos (polares, tropicales, etc.) y sobre los volcanes y los glaciares, descritos con bastante exactitud (véase Numa Broc, *La Geógraphie de la Renaissance*, p. 71). La obra contiene comentarios desenvueltos acerca de los diferentes países, como las islas Británicas, atravesadas por dos ríos principales, el Humber y el Támesis. Münster se complace asimismo en los paralelos (por ejemplo, compara la Galia, «fecundada por cantidad de lluvias», y España, obligada a «utilizar riegos sacando aguas de los grandes ríos a través de fosos». Posee el arte de percibir las cualidades propias de las diferentes regiones, como Escania, Laponia o Moscovia: «El país, adornado con muchos y bellos ríos, es llano, sin montañas; no obstante, hay muchos bosques y pantanos casi por todas partes...» (Broc, p. 80). Considera que la lengua permite, mejor que los ríos o que las montañas, individualizar las naciones. Esta percepción de los hechos lingüísticos parece muy nueva.

En lo concerniente a Alemania, las noticias dedicadas por Münster a las diferentes regiones reúnen observaciones geográficas e informaciones históricas, relacionándose ambos saberes mutuamente. Sin embargo, ciertas evocaciones regionales desembocan en un confuso enciclopedismo en el que se mezclan la etimología, la topografía, la enumeración de las principales ciudades y el catálogo de las «maravillas». ¿No es necesario distraer, instruir y edificar a la vez? De hecho, la *Cosmographie*, descripción razonada del globo, fue leída a la vez como una enciclopedia y como una obra de edificación.

Aunque se mantiene tributario de los antiguos y de los viajeros de la Edad Media, Sebastian Münster fue un innovador al iniciar una amplia encuesta destinada a recoger informaciones cerca de los príncipes, de las ciudades y de los sabios. Con ello favoreció en Alemania el desarrollo de la topografía y de las crónicas en las que se multiplicaron los mapas y las perspectivas caballeras de las ciudades.

Entre los sucesores franceses de Münster podemos citar a Belleforest, Thevet y Bodin. El gascón François de Belleforest, historiador del rey, polígrafo, escribió una *Histoire générale de France,* seguida de una *Histoire universelle du monde* y de una *Cosmographie* (1575), adaptación de la de Münster, pero ampliada con una serie de consideraciones sobre la gloria y la caída de los reinos. Supo lograr la colaboración de los eruditos de las provincias.

André Thevet, otro franciscano, cosmógrafo e historiador del rey, también escribió una *Cosmographie universelle* en 1575, después de haber viajado por el Próximo Oriente y América. Proporciona noticias toponímicas, históricas y geográficas por países, cita sus fuentes y hace suyos, por necesidad, los errores de Münster. Thevet provoca una violenta polémica con el sedentario Belleforest, al defender que la geografía debe estar reservada para los viajeros, los únicos que tienen experiencia del mundo. Thevet sabe expresar su pletórica vitalidad, no exenta de cierta ingenuidad, cuando con-

signa sus observaciones (por ejemplo sobre la bahía de Río, sobre el tabaco, las costumbres de los tupinamba, cf. Broc, p. 91).

Finalmente, Jean Bodin se revela tan sistemático en la geografía como en la historia: las costumbres y las instituciones varían, nos dice, según los lugares; se corresponden con las tres grandes zonas climáticas de pueblos (Broc, p. 93). Dentro de esta división, la montaña introduce sus correctivos (hay nieves en el ecuador) y sus ventajas. Dado que el determinismo de Bodin se caracteriza por la falta total de rigidez, no es posible convertirlo en «padre» del medioambientalismo contemporáneo.

Bodin consideró siempre la geografía como una especie de «memoria artificial» de la historia, ya que incita a injertar informaciones y recuerdos en los sitios. A su manera, pretendió construir una ciencia total, que englobase todo cuanto procede de la naturaleza y de la actividad humana. Lejos de limitarse a la cronología, concibió su desplegamiento en el espacio. De hecho, fue un *geohistoriador*, producto consumado del matrimonio (¿por amor o por interés?) entre ambas disciplinas. Convencido de la relación que existe entre todos los hombres, fortalecida a causa de los grandes descubrimientos, Bodin presintió ya la noción braudeliana de economía-mundo (cf. F. Lestringant, *Jean Bodin cosmographe*, Colloque d'Angers, 133-147).

C) Los autores del siglo XVI también son los primeros en ofrecernos ejemplos, aún balbucientes, de la historia-problema, género cultivado con predilección por los maestros de los *Annales ESC*. Sirva como testimonio, este hermoso pasaje de la *Franco-Galia* o *La Gaule française*, en el que Hotman se pregunta cuál era la lengua que usaban los galos:

> «A mi juicio, la opinión que tiene más probabilidad de verosimilitud es la de aquellos que escriben que los galos tenían un lenguaje aparte y apenas algo diferente del de los antiguos ingleses. Y hay dos razones que me obligan a creerlo así. La primera, por aquello que escribe César de que tenían por costumbre trasladarse nomalmente a Inglaterra los que querían tener un conocimiento perfecto de la disciplina de los druidas. Ahora bien, existía la máxima entre ellos de no poner nada por escrito, y no se utilizaba ningún género de libros, ni de escrituras. Por lo tanto, necesariamente, debían de hablar la misma lengua, o al menos, alguna parecida a la que se hablaba en la Galia. La otra, según afirma C. Tácito, en la *Vida de Agrícola*, es que no había gran diferencia entre la lengua de los ingleses y la de los galos. Y si podemos fundar cualquier juicio sobre simples conjeturas, no me parece demasiado impertinente la de Beatus Rhenanus, quien opina que la jerga vulgar de aquéllos a los que llamamos bretones *breton-mants* * es todavía un vestigio de nuestra antigua lengua. En cuanto a las razones en las que se fundamenta, vale más buscarlas en el libro, donde él mismo las deduce, que reiterarlas aquí. Esto es todo lo que podemos decir, con cierta verosimilitud, de la antiua lengua de nuestro primeros galos. Pero, respecto a la lengua que usamos hoy, resulta bastante fácil descubrir que está compuesta por otras muchas. Y para decirlo claramente y con certeza, es preciso dividir nuestra lengua francesa en cuatro; y de estas cuatro partes, primero tendremos que restar exactamente la mitad, restituirla a los romanos, reconociendo

* N. de T. Se llama así a aquel que habla bretón y siente verdadero apego por lo bretón.

que se la debemos a ellos, como bien saben los que han saboreado, por poquito que sea, la lengua latina. Porque sabemos que, por una parte, los galos, sometidos a los romanos, se adaptaban, ya fuera de forma natural o por necesidad, a su manera de ser y a su lengua, y que, por otra parte, los romanos estaban muy interesados en imponer su lengua latina donde habían plantado sus armas, a fin de que fuera recibida por doquier (tal como lo atestigua Valerio el Grande) y, con este fin, construían colegios y universidades en todas las ciudades grandes, como en Autun, Besançon, Lyón y otras partes, lo que se puede saber por Tácito y por el poeta Ausonio.»

(Páginas 20-21, texto modernizado por nosotros.)

Destacaremos la novedad de la cuestión planteada y su arte de argumentar, basándose en autores (entre ellos Beatus Rhenanus), aunque sin dejar de ser prudente. El razonamiento se labra un amplio espacio en el análisis histórico. Hotman anuncia la moderna noción de aculturación de los galos por parte de los romanos, pero su visión del origen del francés es todavía bastante ingenua.

3. El desarrollo de la historia regional. El caso del bretón Bertrand d'Argentré

Después de un eclipse de casi setenta años, el jurista Bertrand d'Argentré, sobrino nieto de Pierre Le Baud, restablece la gran tradición de las crónicas bretonas, publicando, en 1582, una *Histoire de Bretagne* que le había sido encargada por los estados de la provincia.

El senescal de Rennes, editor de la *Nouvelle Coutume de Bretagne* (1580), es un hombre cultivado: ¡geógrafo, lingüista, humanista! Se desmarca de los vulgares cronistas y denuncia sin miramientos sus errores. Dedicóse a realizar una amplia investigación a propósito de las hazañas de los bretones, incluso en Italia y en Escocia. Hizo una selección entre las fábulas y los documentos auténticos, profusamente citados. No carece de sentido crítico, aunque no por ello deje de cometer errores etimológicos, administrativos, geográficos, etc.

Muy vinculado a su país, celebra el particularismo como sus predecesores de la Edad Media: una tierra, descrita con un cierto sentido geográfico; una lengua, que tendría origen galo, idea tomada de Hotman y Beatus Rhenanus; un pueblo, cuyos duques garantizaron su independencia durante mucho tiempo.

Aun aceptando de muy buen grado la integración de su provincia en el reino de Francia, cae en la celtomanía, en el delirio galo del siglo XVI, haciendo de él un uso subversivo en la medida en que utiliza la cuestión céltica en el sentido de provincia, frente a aquellos que se sirven de ella en el sentido real. De esta manera llega a oponerse a los juristas franceses que desconfían de las tesis que añoran el feudalismo. Ello explica que el Parlamento de París condenara su obra en 1582, y que la condena fuese retirada en 1588, a pesar de haber sido la obra retocada. Las obras de Argentré fueron invocadas, hasta el siglo XVIII, para defender los privilegios del ducado (véase en *L'Histoire Littéraire et culturelle de la Bretagne*, tomo I,

las contribuciones de J. Kerhervé y de J. Meyer). La historia continúa rindiendo eminentes servicios a la política, siguiendo el impulso iniciado en la Edad Media.

CONCLUSIÓN

Concluiremos formulando algunas preguntas:

¿No constituye una arbitrariedad distinguir la historia y la geografía en el conjunto de las obras del siglo XVI? Algunos autores, como Thevet a propósito de Enrique II, ¿no son a la vez cosmógrafos e historiadores?

¿Se puede reducir esta historia (en el amplio sentido del término) a una «elaboración de clase cultural» dominante, identificada con los togados, es decir, abogados, jueces, oficiales, que han estudiado en colegios de humanidades y en facultades de derecho, en las que descubrieron la crítica filológica e histórica?

¿Procede únicamente de su formación y de su conciencia nacional el interés por la historia de estos juristas, estimulados por la herida de las guerras de religión? ¿No es preciso reservar un espacio a la influencia italiana, especialmente a la del jurista florentino Guichardino (1483-1540), autor de una *Storia d'Italia* entre 1537 y 1540, reconocido por Bodin como el padre de la historia?

CAPÍTULO 5

LAS FILOSOFÍAS DE LA HISTORIA

Las filosofías de la historia surgieron en el siglo XVIII, en la época de las Luces. Entonces nacen las ideas del devenir de la materia, de la evolución de las especies, del progreso de los seres humanos. Pensadores como Voltaire, Kant o Condorcet creían en el movimiento ascendente de la humanidad hacia un estado ideal. En el siglo XIX, bajo el impacto de la Revolución francesa y otras revoluciones europeas, florecen las filosofías de la historia. Todas, sean religiosas o ateas, optimistas o pesimistas, tienen en común el intentar descubrir un sentido a la historia. Las doctrinas de Hegel y de Comte se pueden considerar como los modelos del género: organizan los períodos, aprecian los cambios o las permanencias, interpretan la evolución general del mundo con ayuda de un único principio: el progreso del espíritu o de la «ley de los tres estados». En cierta manera, Marx, que hace del materialismo histórico una teoría científica ligada a una práctica revolucionaria, no abandona por completo el marco de la filosofía de la historia en la medida en que, para él, la evolución de la humanidad sigue estando orientada hacia un fin. En el siglo XX, los historiadores de la escuela metódica enjuiciaron el proceso de las filosofías de la historia y, globalmente, ganaron el pleito. Después de la Segunda Guerra Mundial, R. Aron tuvo que admitir que «la incertidumbre de la documentación, la inmensidad de las concepciones, la pretensión de someter la complejidad de lo real a un esquema rígido, todos estos defectos, que se atribuyen a los sistemas clásicos, son característicos de la filosofía de la historia». Desde entonces los historiadores profesionales sólo se permiten una reflexión de orden epistemológico acerca de la situación del conocimiento histórico. Sin embargo, en pleno siglo XX, todavía existen filosofías de la historia: son las interpretaciones cíclicas del destino de las civilizaciones tal como las formulan O. Spengler o A. Toynbee; o bien las repercusiones del pensamiento marxista, como las teorías que G. Lukacs expone en *Historia y conciencia de clase*.

1. Kant y las Luces

El pensamiento teleológico que postula un sentido a la historia tiene su origen en un texto de Platón: el *Fedón*. En su diálogo, Platón hace que Sócrates enuncie las siguientes proposiciones: «a) hay orden en el universo; b) todo está ordenado para lograr un resultado mejor; c) una inteligencia ordenadora aplica este concepto al mundo; d) lo mejor se sitúa a nivel intelectual y no material; e) existen la Belleza, la Verdad y el Bien en sí mismos.» Manteniendo las proporciones, Bossuet esboza una teleología —mejor dicho una teología— de la historia cuando afirma «que Dios ha hecho el encadenamiento del universo (...) y ha querido que el curso de las cosas humanas tenga sus consecuencias y sus proporciones (...) que la divina Providencia presida el destino de los Imperios, su expansión y su caída» *(Discurso sobre la historia universal)*. De la misma manera, Leibniz se interroga sobre la tendencia hacia lo mejor: subraya la contradicción entre la existencia de un dios creador, absolutamente sabio y todopoderoso, y la constante manifestación del mal —las guerras, las epidemias y otras catástrofes—; sin embargo, se pronuncia por la racionalidad de la elección divina: «Si estuviéramos en la medida de comprender la armonía universal, veríamos que aquello, a lo que nos sentimos tentados a censurar, ha sido digno de ser elegido» (...) «Vivimos en el mejor de los mundos posibles» *(Ensayos de Teodicea)*.

Sin embargo, la filosofía de las Luces frecuentemente es ahistórica. Es significativa a este respecto la obra de J. J. Rousseau. En principio, en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* se esboza una teoría de la historia. J. J. Rousseau parte de una consideración moral: «Cuando observamos la constitución natural de las cosas, evidentemente, parece que el hombre esté destinado a ser la más feliz de las criaturas; cuando contemplamos su estado actual parece que la especie humana sea la más digna de lástima. Parece que la mayoría de sus males son obra suya.» Establecido este presupuesto, el filósofo va por progresión regresiva, despojando al hombre de todo lo que viene del exterior para remontarse hasta el estado natural. En este estadio (que es una ficción y no una realidad), el hombre vive en una situación no conflictiva, en estado de equilibrio y armonía. Es es en el momento en el que el equilibrio se rompe entre las facultades y las necesidades cuando el hombre entra en la historia, en la que debe actuar.

«A medida que el género humano se extendió, las penas se multiplicaron para los hombres... Años estériles, inviernos largos y duros, veranos ardientes exigieron de ellos una nueva industria.» Desde entonces, la humanidad evoluciona hacia una sociedad cada vez más organizada; poco a poco va apareciendo la propiedad; se ahondan las desigualdades entre ricos y pobres; en instituciones jurídicas sancionan las relaciones de fuerza. A grandes rasgos, este es el paso del estado natural al estado civil. En la reflexión de Rousseau, la historia no es más que una abstracción (el negativo de la naturaleza) puesta al servicio de una demostración moral.

El pensamiento de Kant mezcla una teleología procedente de la tradición cristiana y una reflexión ética propia de la era de las Luces. Kant reconcilia así la herencia de Bossuet y el legado de Rousseau como lo demuestra este fragmento: «La historia de la naturaleza se inicia con el bien, ya que es obra de Dios; la historia de la libertad se inicia con el mal, ya

que es obra del hombre. Por lo que se refiere al individuo que, haciendo uso de su libertad, no piensa más que en sí mismo, se ha salido perdiendo con este cambio. Por lo que se refiere a la naturaleza, preocupada por orientar el fin que ella reserva al hombre con vistas a su especie, fue una ventaja. Por tanto, el individuo tiene razón en registrar a su cuenta, como faltas suyas, todos los males que soporta..., pero al mismo tiempo, como miembro de una especie, tiene razón en admirar la sabiduría del orden...» *(Conjeturas sobre los orígenes de la historia humana)*. A diferencia de Rousseau, que concibe una historia ficticia, Kant quiere pensar «la historia real»... «comprendida de manera empírica». Pero la historia del filósofo no es exactamente la del historiador; es una historia del sentido de la vida humana. Para Kant, la filosofía de la historia se afirma como una parte de la Moral.

Kant expresó su reflexión sobre la historia en una serie de opúsculos, sobre todo en *la Idea de una Historia Universal desde un punto de vista cosmopolita* (1784). Según la hipótesis de Kant, existe una finalidad en el absurdo curso de los asuntos humanos, en la acumulación de los hecho de la historia empírica. Sin embargo, esta finalidad no la ha concebido ninguna inteligencia suprema; no la ha querido ninguna sociedad humana; corresponde a un «plan de la naturaleza». Paradójicamente, la naturaleza realiza sus fines a través de los hombres: «Los individuos e incluso los pueblos no sueñan más que en lograr sus objetivos particulares de conformidad con sus deseos personales y a menudo perjudicando al prójimo, conspirando sin saberlo (ellos) contra el plan de la naturaleza» (p. 60). La razón es el poder con el que está dotado el hombre para realizar sus proyectos. Ya que el plan previsto para el hombre no consiste en que éste alcance el estado natural, sino que consiga el estado cultural, en este aspecto, Kant se opone a Rousseau. Hay que poner de relieve que la naturaleza no es muy generosa en lo que respecta a estos dones: si confía la razón a la humanidad, es que no tiene para ésta ninguna función precisa.

Cuando Kant habla del hombre, se refiere a la especie y no al individuo. Ciertamente, la naturaleza necesita una línea interminable de generaciones para lograr sus fines. La muerte sólo es un accidente para el individuo, pero no afecta al desarrollo de la especie. Aun más, la naturaleza obliga al individuo a limitar su vida, a esforzarse y a aplicarse al trabajo. La consecuencia de su limitación vital obliga al individuo a salir de su pereza, le impulsa a actuar. Kant subraya claramente que el individuo está al servicio de la especie: «lo que en los seres individuales nos sorprende, por su forma intrincada e irregular, podrá no obstante ser conocido en el conjunto de la especie, bajo el aspecto de un desarrollo continuo, aunque lento, de las disposiciones iniciales» (p. 59). El filósofo todavía precisa: «En el hombre —como única criatura razonable sobre la tierra—, las disposiciones naturales que tienden al uso de la razón no debieron recibir su desarrollo completo en el individuo, sino solamente en la especie» (proposición 1). A lo largo de la obra de Kant, el postulado de la vida eterna de la especie humana, afirmado en la filosofía de la historia, juega el mismo papel que el postulado de la inmortalidad del alma en la filosofía moral.

La naturaleza ha dado al hombre «el impulso hacia la humanidad», pero no su humanidad. «Al proveer al hombre de razón, la razón indicaba claramente su plan (...) El hombre no debía ser gobernado por el instinto, ni

secundado por un conocimiento innato; debía extraerlo todo de sí mismo» (proposición 3). Por tanto, la naturaleza ha dejado al hombre la preocupación de inventar su vida material, satisfacer sus necesidades, asegurar sus ocios, pero también extraer de sí mismo «su inteligencia hasta la bondad de su voluntad». En estas condiciones, el hombre debe vivir en sociedad. Es entonces cuando se encuentra en una situación contradictoria: por una parte, un deseo le empuja a vivir con otros hombres, a anudar lazos sociales; por otra, un impulso le conduce a aislarse, a encontrarse solo. Es lo que Kant llama «inclinación a entrar en sociedad a la vez que repulsión a hacerlo». En realidad, el antagonismo entre la sociabilidad y la insociabilidad es el medio de que se sirve la naturaleza para llevar a buen puerto el desarrollo de todas las disposiciones de la humanidad. La discordia a nivel de la especie no es del todo negativa, más bien aparece como un factor de progreso. El destino del hombre no es la felicidad a cualquier precio. En esta perspectiva, la hostilidad entre los individuos los obliga a salir de un estado de beatitud más o menos primitiva y a comprometerse en la realización de tareas difíciles pero grandiosas.

La realización de la sociedad civil es el problema esencial con el que se enfrentará la razón a lo largo de la historia, «administrando el derecho de forma universal». Kant observa: «En líneas generales, se pueda plantear la historia de la especie humana como la realización de un plan oculto de la naturaleza para producir una perfecta constitución política» (proposición 8). Por tanto, se trata de establecer una organización civil tal que las leyes puedan regular los antagonismos e instituir las libertades. Ahora bien, esta compleja empresa se enfrenta con dos obstáculos. El primero es la cuestión de la autoridad. Dada la dualidad de la naturaleza humana dividida entre la aspiración hacia el bien y la atracción por el mal, hay que imponer a los hombres «un soberano que bata en la brecha las voluntades particulares» necesariamente egoístas. Sin embargo, este soberano, que a la vez es un hombre, debe comportarse como un jefe justo, respetando a los demás hombres. Creemos que no es fácil descubrir un individuo provisto de cualidades tan excepcionales. El segundo escollo es el problema de la *entente* entre las naciones. Los pueblos se desgarran, se agreden, se hacen la guerra, frecuentemente de forma sangrienta para las personas y desastrosa para las propiedades. No obstante, Kant no se inmuta: interpreta los conflictos «como otras tantas tentativas para establecer nuevas relaciones entre los estados». De los insensatos enfrentamientos a los que se entregan los hombres acabará por surgir «una comunidad civil universal (...) que administrará el derecho internacional de manera que el estado más pequeño pueda lograr la garantía de su seguridad (...) a partir de una fuerza unida y de una confluencia de voluntades».

Como podemos suponer, el concepto de un soberano justo, árbitro entre los intereses particulares, y el de una «sociedad de naciones» garante de la seguridad de los estados, son «ideales» en el sentido kantiano, un doble objetivo moral que la humanidad debe fijarse y esforzarse por realizar. Por ahora, la especie humana todavía no ha alcanzado la «constitución perfecta»; únicamente está «en marcha hacia la era de las Luces». Ciertamente, la época de la Ilustración no es el paraíso recuperado; recuerda más una «edad de madurez», en la que la especie humana empieza a librarse de tutelas, comprendida la de la dominación divina. Kant percibe signos

anunciadores del avance hacia las Luces: la extensión de las libertades económicas, civiles, religiosas en Inglaterra, en Alemania o en Austria a fines del siglo XVIII; y, al mismo tiempo, la Revolución en Francia. El filósofo celebra este acontecimiento histórico en términos entusiásticos: «Nunca se olvidará un fenómeno así, ya que ha descubierto que existe en el fondo de la naturaleza humana, una posibilidad de progreso moral que hasta el presente ningún hombre político había sospechado» (*El conflicto de las facultades*, 1798).

2. HEGEL Y LA DIALÉCTICA

Georg W. F. Hegel nació en Stuttgart en 1770; su padre era funcionario de Finanzas. Hizo sus estudios secundarios en Stuttgart, emprendió estudios de teología en Tubinga, pero abandonó su idea de ser pastor. Toda su vida estuvo marcada por su formación religiosa luterana. Entre 1793 y 1800 trabajó como preceptor en Berna y Francfort; de 1801 a 1806 enseñó en la universidad de Jena; entre 1806-1807 actuó como redactor en la *Gazette de Bamberg*; dirigió el liceo de Nuremberg de 1808 a 1816. Contrajo matrimonio fue padre de familia. Durante el curso de su carrera como enseñante, Hegel asimiló las obras filosóficas de sus contemporáneos: Kant, Fichte y Schelling. Como toda la *élite* intelectual alemana, Hegel se siente muy influido por el pensamiento de las Luces, admira la Revolución francesa y espera mucho de su difusión a través de Europa, gracias a las conquistas napoleónicas. El trauma de la batalla de Jena (octubre de 1806), que despierta en Fichte un virulento nacionalismo prusiano, no quebranta la confianza de Hegel en las «ideas francesas». Tras la guerra, en 1817, Hegel obtiene una cátedra de filosofía en Heidelberg; después sustituye a fichte en la cátedra de filosofía de Berlín entre 1818 y 1831. Allí accede a la fama, se rodea de discípulos —Von Henning, E. Gans, B. Bauer, etcétera— y actúa como ideólogo del estado prusiano. Muere a causa de una epidemia de cólera en 1831.

Hegel pertenece, indudablemente, al mundo de la Ilustración: cree en la fuerza de la razón. Al dirigirse a sus alumnos les recomienda «confiar en la ciencia, tener fe en la razón». No obstante, Hegel sigue vinculado a la religión; contempla el desarrollo del protestantismo en la filosofía que profesa; por ello se propone elevar la fe desde el sentimiento subjetivo a la certeza racional. Sean cuales fueren las influencias que le marcaron, la obra de Hegel constituye un grandioso intento de construir un sistema en el que todo el universo pueda ser pensado. El proyecto del profesor de Berlín se presenta bajo forma de una amplia deducción que abraza todos los conocimientos posibles. Se distinguen tres secciones: 1) la lógica, que trata de la idea abstracta de la formación de categorías intelectuales; 2) la filosofía de la naturaleza, que examina la difusión de la idea en el mundo natural, y 3) la filosofía del espíritu, que se interesa por la toma de conciencia del espíritu a través de la historia universal. En vida de Hegel sólo se publicaron tres obras: *La fenomenología del espíritu* (1807); *La lógica* 3 volúmenes (1812-1817); y *La filosofía del derecho* (1821). Después de la muerte del maestro, algunos de sus discípulos —Gans, Marheineke y otros— transcribieron sus notas de clase, las reorganizaron y publicaron (entre 1838

y 1845) con el nombre de Hegel dieciocho volúmenes, entre los que se encuentran *La estética*, *La filosofía de la religión* y *Lecciones sobre la filosofía de la historia*.

El pensamiento de Hegel preconiza un idealismo absoluto, que supone una identidad entre el sujeto y el objeto, entre el conocer y el ser. En este sentido, Hegel reecuentra el «realismo» de la Antigüedad, quebrantado momentáneamente por el «nominalismo» de la Edad Media. Podemos apreciar este puro idealismo en este pasaje de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia:* «El espíritu tiene su centro en sí mismo; carece de unidad fuera de él, pero la ha encontrado, está en sí mismo y con sí mismo... El espíritu se conoce a sí mismo; es el juicio de su propia naturaleza; también es la actividad a través de la cual se forma a sí mismo, se produce, se hace lo que es en sí mismo.» Según esta definición, podemos decir de la historia universal que es la representación del espíritu en su esfuerzo por adquirir el conocimiento de lo que es (Introducción, p. 27). En estas condiciones, la filosofía de la historia no podría decir lo que debe ser el mundo, ni producir este mundo *a fortiori*. «La filosofía de la historia sólo significa su consideración reflexionada...» La única idea que aporta la filosofía es que la razón gobierna el mundo y que, en consecuencia, «la historia del mundo es el movimiento gracias al cual la substancia espiritual entra en posesión de su realidad». Es difícil imaginar una construcción más abstracta: la historia del espíritu se confunde con la historia del universo.

Hegel, siguiendo a Bossuet, acentuando a Kant, se mantiene resueltamente en una perspectiva teleológica: no admite que el mundo se haya liberado al azar. «Tenemos que buscar en la historia un objetivo universal, el objetivo final del mundo, no un objetivo particular del espíritu subjetivo o del sentimiento humano. Debemos captarla con la razón, ya que ésta no puede encontrar interés en ningún objetivo particular, sino únicamente en el absoluto.» La realización profana de la finalidad del universo se opera por el progreso del espíritu. «Se trata por tanto del objetivo final que persigue la humanidad, que el espíritu se propague en el mundo y que se realice impulsado por una fuerza infinita. Su objetivo es llegar a la consciencia de uno mismo, de adecuar el mundo a uno mismo.» Y la evolución del espíritu va en el sentido del progreso.

La naturaleza sólo conoce un retorno cíclico de las estaciones; la razón se dirige hacia un último fin: «En la naturaleza, la resurrección sólo es la repetición de lo mismo, una monótona historia que sigue un idéntico ciclo. No hay nada nuevo bajo el sol. No sucede lo mismo con el sol del espíritu. Su marcha, su movimiento no es una autorrepetición. El aspecto cambiante que reviste el espíritu es esencialmente el progreso (*La razón de la historia*).

Hegel introduce la dimensión de la temporalidad. En la tradición medieval, el tiempo se concebía como una degradación ontológica. En la concepción hegeliana, el tiempo deviene una categoría de inteligibilidad. «El espíritu se manifiesta necesariamente en el tiempo; durante todo el tiempo que necesita su concepto puro...» (*Fenomenología del espíritu*). El espíritu, actor principal de la historia, no toma directamente consciencia de sí mismo, sino por un movimiento dialéctico, por una operación a ritmo ternario. El movimiento dialéctico supone tres momentos: la tesis (el ser); la antítesis (el no-ser); la síntesis (el devenir). En su movimiento, el espíritu

se posa en sí mismo, se desarrolla fuera de sí mismo, para volver a sí mismo; a través de estas mutaciones, el espíritu llega a una forma nueva, logra constituir una unidad superior: «El espíritu que se forma madura, lenta y silenciosamente hasta su nueva figura, desintegra fragmento a fragmento el edificio de su mundo precedente... Esta continua fragmentación, que no alteraba la fisonomía del todo, se ve bruscamente interrumpida por la salida del sol que, con su súbdita luz, dibuja una vez más la forma del mundo nuevo» (*Fenomenología del espíritu*). Hegel no se limita a enunciar un puro idealismo, hecho corriente en el siglo XVIII; inventa el movimiento dialéctico, que dominará el pensamiento del siglo XIX.

Hegel se inspira en Kant cuando percibe un «plan oculto», que escapa a la consciencia de la especie humana. La libertad, realización por el espíritu de su propia esencia, es la finalidad absoluta de la historia. ¿Por qué medio progresa la libertad en la historia? Las acciones de los hombres se derivan de sus intereses egoístas con mayor frecuencia que de sus virtudes. Aparentemente, la historia es trágica, ya que la violencia de las pasiones parece determinar el curso de los asuntos humanos: las guerras, las luchas sociales, los conflictos entre estados, etc. En realidad, el espíritu realiza los fines racionales a través de las acciones de los hombres: «Intervienen dos elementos: uno es la idea; otro, las pasiones humanas; uno es la cadena, el otro es la trama del gran tapiz que constituye la historia universal... presentándose así, bajo forma de esencia de la voluntad de la naturaleza..., la necesidad, el instinto, la pasión, el interés particular que existe inmediatamente por sí mismo... Esta inmensa amalgama de voluntad, de interés, de actividad, constituye el conjunto de instrumentos y medios de que se sirve el genio del universo para realizar su fin, elevarlo a la consciencia y realizarlo...» (*Lecciones sobre filosofía de la historia*). Finalmente, la historia universal aparece como un proceso, lento, obscuro, doloroso, a través del cual la humanidad pasa del inconsciente al consciente.

Es entonces cuando Hegel avanza la idea de la «trampa de la razón». En el curso de la historia de las acciones de los hombres se deriva algo diferente de aquello que proyectaron, de lo que sabe o de lo que desean. Los individuos creen realizar sus propios objetivos, defender sus intereses, y no hacen más que realizar, sin darse cuenta de ello, un destino más vasto, que les supera. La razón, mediante una artimaña, saca partido del instinto colectivo para hacer avanzar a la humanidad por la vía de la perfección. Un caso histórico nos hará comprender mejor el mecanismo. Al final de la República romana, a César le mueve la pasión del poder; accede a las principales magistraturas, al mando de las legiones, al gobierno de las provincias (tesis). Sus enemigos —Pompeyo, Craso, etc.—, que también tienen ambiciones personales, ponen obstáculos en su camino; las consecuencias son violentas guerras civiles (antítesis). César triunfa sobre sus rivales, se impone en Roma como único dueño e instaura el principado, según el modelo de una monarquía helenística (síntesis). Durante este enfrentamiento, que incendia todo el mundo meditarráneo, los protagonistas son movidos por fuerzas profundas, sin tener claramente consciencia de sus objetivos. César creó el Imperio sin haberlo querido explícitamente. Se pone de relieve, a la vez, como lo concibe Hegel, el papel de los «grandes hombres». Según él, los individuos fuera de lo común —Alejandro, César, Napoleón, etc.— son los que «el tiempo reclama», aquellos cuyas ambicio-

nes y acciones se adaptan mejor a las circunstancias históricas (*Lecciones sobre filosofía de la historia*).

En definitiva, Hegel deja entrever el objetivo final hacia el que la Razón guía a la humanidad. El filósofo, protegido por la monarquía prusiana, expuso su teoría del estado básicamente en *La filosofía del derecho* (1821). La familia, la sociedad civil, el estado se presentan como los tres estadios de una ascensión hacia lo absoluto. La familia está unida por lazos naturales, pero sólo conoce sus intereses particulares. Para satisfacer las necesidades materiales de los hombres, la sociedad civil se ve obligada a estructurar instituciones económicas, sociales y jurídicas, que no pueden ser perfectas todas. El estado permite acceder a un nivel superior: la administración, que se apoya en la «clase universal» (los funcionarios), logra conciliar los intereses privados y los fines generales. «El estado es la realidad por medio de la cual el individuo posee su libertad y disfruta de ella... El estado es la vida verdaderamente moral, ya que es la unidad de la voluntad general... En la historia universal, sólo se puede hablar de pueblos que forman un estado. En efecto, hay que saber que un Estado es la realización de la libertad, es decir, del objetivo final absoluto» (*Lección sobre filosofía de la historia*). La conclusión hegeliana parece bastante decepcionante: la larga marcha del espíritu, acompasada por los movimientos de la dialéctica, conduce a la creación de un estado moderno, burocrático, que se supone que encarna la moral, la libertad y la razón, la forma última del progreso.

3. Comte y el positivismo

Augusto Comte nació en Montpellier en 1798. Hizo estudios secundarios en su ciudad natal, fue a la capital y entró en la Escuela Politécnica en 1814, de la que fue expulsado por indisciplina en 1816. Tuvo que ganarse la vida dando lecciones de matemáticas, más tarde fue secretario de Saint-Simon. Fue en esta época, entre 1817 y 1824, cuando A. Comte «se emancipa de las creencias religiosas», se adhiere a las ideas racionalistas y se desliza poco a poco hacia ideas «socialistas». A partir de entonces, durante un cuarto de siglo, A. Comte construye su gran obra: *Cursos de filosofía positiva*, que, en unas sesenta lecciones, trata de la formación de las ciencias y la evolución de las sociedades. La publicación de los seis volúmenes del «curso», se extiende de 1830 a 1852 a causa de las correcciones, complementos, prolongaciones, etc. En su vida privada, A. Comte conoció graves dificultades: tuvo penosas relaciones con su esposa, Caroline Massin; sufrió problemas mentales que le condujeron a una tentativa de suicidio, seguida de un internamiento temporal; finalmente, se enamoró perdidamente, sin éxito, de Clotilde de Vaux, y su amor contrariado se convirtió en exaltación mística. A. Comte termina su reflexión con dos obras de tono religioso: *Catecismo positivista,* en 1852, y *El sistema de política positiva,* en 1853-1854. El nuevo profeta de la «religión de la humanidad» murío en París en 1857.

Augusto Comte puede ser considerado, legítimamente, como el «inventor» de la sociología. Su maestro —y jefe—, H. de Saint-Simon, afirma la posibilidad de una ciencia del hombre, concebida como una fisiología am-

pliada de lo orgánico a lo social, en *El catecismo de los industriales* (1823). A. Comte recupera la idea de una ciencia de la sociedad —la «física social»— que sería análoga a las otras ramas de la física o, más ampliamente, a las ciencias de la naturaleza. La física social debe ser «la ciencia de la especie... entendida como una inmensa y eterna unidad social». A partir de la lección 47 de «filosofía positiva», A. Comte denomina «sociología» a este nuevo sector del saber y la define como la «verdadera ciencia de la naturaleza humana... y la clave de la filosofía positiva». Según G. Gurvitch, A. Comte es el padre de la sociología: en efecto, el ápostol del positivismo puso en evidencia el carácter irreductible de la realidad social; intentó determinar la posición de la sociología entre las demás ciencias humanas, y en relación a las ciencias de la naturaleza; pudo enriquecer la sociología con los descubrimientos de la historia y de la etnografía; finalmente, observó la dificultad metodológica de una ciencia en la que el sujeto y el objeto pueden confundirse, en la que un hombre se entrega al estudio de los demás hombres.

Por tanto, según A. Comte, la sociología es «el estudio positivo del conjunto de leyes fundamentales propias de los fenómenos sociales». La susodicha ciencia se divide en dos ramas según se trate de establecer «leyes estáticas» —que conciernen a la existencia de la sociedad— o determina «leyes dinámicas» —que se relacionan con el movimiento de la sociedad—. La «estática social» sería la teoría del orden; la «dinámica social» sería la teoría del progreso. A este nivel, A. Comte desvela, desde la primera edición del curso de filosofía positiva, la «ley de los tres estadios»: «Al estudiar el desarrollo total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de actividad, desde su primer y más simple desarrollo hasta nuestros días, creo haber descubierto una ley fundamental a la que está sujeto por una invariable necesidad, y que me parece sólidamente establecida, sea por las pruebas racionales suministradas por el conocimiento de nuestra organización, sea por las verificaciones históricas surgidas de un atento examen del pasado. Esta ley consiste en que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estadios teóricos diferentes: el estadio teológico o ficticio; el estadio metafísico o abstracto; el estadio científico positivo...»

> En el *estadio teológico*, el espíritu humano, al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, las causas primeras y finales de todos los efectos que le afectan; en una palabra, hacia todos los conocimientos absolutos, se representan los fenómenos como producidos por la acción directa y continua de agentes sobrenaturales más o menos numerosos, cuya intervención arbitraria explica todas las anomalías aparentes del universo. En el *estadio metafísico*, que en el fondo no es más que una simple modificación del primero, los agentes sobrenaturales son sustituidos por fuerza abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas), inherentes a los diversos seres del mundo y concebidas como capaces de generar por sí mismas todos los fenómenos observados, cuya explicación consiste entonces en asignar a cada uno la entidad correspondiente. Finalmente, en el *estadio positivo*, el espíritu humano, al reconocer la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a descubrir sus le-

yes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y similitud, gracias al uso bien combinado del razonamiento y de la observación. La explicación de los hechos, reducida a sus términos reales, no es desde entonces más que la relación establecida entre los distintos fenómenos particulares y algunos hechos generales, cuyo número disminuye cada vez más gracias a los progresos de la ciencia (*Curso de filosofía positiva*, Primera lección, t. I, ed. 1864, pp. 8-10).

En principio, la «ley de los tres estadios» corresponde a una cierta estructura de la inteligencia humana. A. Comte observa: «Cada uno de nosotros, al contemplar su propia historia, ¿no recuerda que ha sido, sucesivamente, en su infancia teólogo, en su juventud metafísico y en su madurez físico?» (*Curso*, t. I, p. 11). De hecho, la «ley de los tres estadios» caracteriza el modo de constitución de las ciencias. Cada rama del conocimiento pasa por los tres estadios y no llega a ser ciencia más que en el estadio positivo. Por otro lado, la emergencia progresiva del estadio positivo en el saber permite clasificar las ciencias por orden de aparición cronológica, de generalidad decreciente y complejidad creciente. Las ciencias fundamentales, a las que se incorporan las ciencias aplicadas, se clasifican en el siguiente orden jerárquico: matemáticas, astronomía, física, química, biología. Según A. Comte, ha llegado el momento de añadir una sexta a la lista: la sociología (o física social). Con esta nueva ciencia positiva, el hombre descubre que es un animal social y que está en situación de comprender las instituciones religiosas, morales, educativas, políticas, jurídicas, etc., las cuales regulan el funcionamiento de las sociedades humanas.

A primera vista, la «ley de los tres estadios» se presenta como una teoría del conocimiento; si la contemplamos más cerca, también se revela como una filosofía de la historia. En efecto, cuando Hegel se plantea el progreso del Espíritu según los tres tiempos de la dialéctica, Comte imagina la progresión del espíritu humano por etapas, según el ritmo igualmente ternario, pero diferente en su esencia, de los tres estadios.

En sus últimos escritos, A. Comte también parece aplicar la «ley de los tres estadios» a la evolución de las sociedades occidentales. En la Edad Media, el espíritu teológico habría impuesto el reconocimiento de una autoridad sacralizada, una confusión de poderes espirituales y temporales, una estricta jerarquía social, influenciando toda la organización de las instituciones feudales. En los tiempos modernos, del Renacimiento al Siglo de las Luces, el espíritu metafísico habría emprendido una crítica radical de las formas del pensamiento y de las organizaciones sociales, pero fundándose en entidades abstractas, como los derechos del hombre, el estado constitucional, etc. En el siglo XIX, cuando la sociedad europea está comprometida en la era industrial, el espíritu positivo debería promover las ciencias y las técnicas e instaurar un nuevo orden en el que los poderes serían compartidos entre los sabios filósofos y los capitanes de industria. La «ley de los tres estadios» permite por tanto interpretar la aventura humana, en sus grandes líneas, por lo menos en Occidente.

Después de haber fundado una sociología, una ciencia de observación, A. Comte ambiciona edificar una política, un método de acción. Así lo expone en el *Sistema de política positiva*, publicado en 1853-1854. En efecto, el conocimiento científico de los hechos sociales confiere el medio de ac-

tuar sobre ellos, de modificarlos, de ordenarlos de manera racional. Sin embargo, la puesta en marcha de una política positiva implica la fundación de una religión positiva. En este estadio, A. Comte toma prestada una idea a su maestro Saint-Simon, según la cual sólo una nueva religión, adaptada a la era industrial, puede dar satisfacción al altruismo inherente a la naturaleza humana. A partir de entonces se vuelca en el delirio místico: celebra la «Religión de la Humanidad», cuyo dogma descansa sobre una curiosa trinidad: El Gran Entorno (el Espacio), el Gran Fetiche (la Tierra), el Gran Ser (la Humanidad); su culto supone la existencia de sacerdotes, de templos, de sacramentos y se orienta hacia la adoración de la Mujer (que se parece curiosamente a Clotilde de Vaux). El pensamiento de A. Comte, marcado inicialmente por un cierto racionalismo, finaliza en una exaltada religiosidad. El caso no es aislado. A mediados del siglo XIX, la mayor parte de los socialistas utópicos —H. de Saint-Simon y sus discípulos Ch. Fourier, V. Considerant, P. Leroux, etc.— mezclan estrechamente los análisis concretos, desvelando los mecanismos de la sociedad capitalista industrial y los sueños más desbocados referentes a la organización armónica de los sistemas económicos, políticos y religiosos, pretendiendo todos asegurar la felicidad de los hombres.

4. Spengler y el destino orgánico

O. Spengler nació en 1880 en la Alemania central, en la región del Harz. Adquiere una formación científica, lo que le permite enseñar matemáticas en distintos colegios secundarios, sobre todo en Hamburgo. Durante estos años de la *Belle Époque* acumula un bagaje de conocimientos librescos y empieza a redactar su *Boceto para una morfología de la historia universal*. La Primera Guerra Mundial retrasó la elaboración de la obra, que no se publicó hasta 1918, al mismo tiempo que la derrota de Alemania, bajo un título tan atrayente como inquietante: *La decadencia de Occidente*. El primer volumen se presenta como una reflexión teórica acerca de los fundamentos de la ciencia y del arte a través de todas las civilizaciones (el libro, compacto, de comprensión difícil, tiene más de 875 páginas en la edición francesa). El segundo volumen, de peso menos agobiante, de lectura más fácil, trata exclusivamente de los problemas de la Alemania contemporánea. La obra tuvo inmediatamente gran éxito: su tirada alcanzó cerca de cien mil ejemplares, es decir, que superó la comunidad científica para alcanzar una fracción bastante amplia de la opinión pública. Más tarde, O. Spengler publicó panfletos políticos —por ejemplo, «Prusianismo y socialismo» en 1920, y artículos sobre la actualidad, reunidos bajo el epígrafe de «Escritos históricos y filosóficos». Durante la república de Weimar, el antiguo profesor de matemáticas actúa de «ideólogo» de la derecha monárquica nacionalista, antirrepublicana y antisocialista. No esconde ciertas simpatías por los nazis hasta su llegada al poder en 1933, pero se separa de ellos después de la «noche de los cuchillos largos» en 1934. O. Spengler murió en Munich en 1936.

En *La decadencia de Occidente*, el autor utiliza constantemente un método comparado: relaciona confusamente todas las civilizaciones aparecidas sobre el planeta y todos los campos de las actividades humanas. Juz-

guemos por este fragmento elegido al azar: «Una mezquita no tiene fachada, debido a que la tempestad iconoclasta de los musulmanes y de los cristianos paulinos, que arrasó también Bizancio en tiempos de León III, desterró del arte plástico el retrato, para no dejar después más que un fondo sólido de arabescos humanos. En Egipto, la parte frontal de una estatua es, como el pilono de un templo para la fachada de su templo, una grandiosa aparición que emerge de la masa pétrea del cuerpo, como vemos en la esfinge hiksa de Tanis, retrato de Amenemhet III. En China, parece un paisaje lleno de surcos y pequeñas cicatrices cargadas de significación.» En menos de diez líneas, el erudito compara las formas de las mezquitas, los templos, las estatuas, pasando desde el Islam a Bizancio, desde el Egipto faraónico a la China imperial. Este enfoque estético nos hace soñar con «El Museo imaginario», de André Malraux, que yuxtapone las obras de arte a través del tiempo y del espacio. La reflexión por analogía, tal como se practica en esta obra, deja el flanco abierto a la crítica, en la medida en que inevitablemente se apoya sobre conocimientos de segunda mano que no siempre son muy seguros. Pero, como dice L. Febvre, la voluntad de síntesis, incluso cuando peca por exceso de ambición, supone un agradable cambio ante la minucia estéril de las monografías demasiado especializadas por las que se inclinaban los universitarios «positivistas», en Alemania y en Francia, a fines del siglo XIX y principios del XX.

En cierto sentido, O. Spengler anuncia el estructuralismo. Su postulado inicial es que la ciencia no es universal. Para demostrarlo, se ve obligado a segmentar la humanidad en bloques absolutamente extraños entre sí. En esta perspectiva, las civilizaciones funcionan como estructuras cerradas que no se comunican entre sí en el plano de las ideas racionales. No obstante, en el seno de una civilización concreta, los elementos se corresponden: las mentalidades colectivas, las expresiones artísticas, las técnicas productivas, las instituciones políticas, todas las creaciones culturales y materiales tienen afinidades entre sí. Es por esta razón que encontramos en el mundo germánico: «La profunda interdependencia física entre las teorías físico-químicas más modernas y las ancestrales representaciones de los germanos; la perfecta concordancia entre el estilo de la tragedia, la técnica dinámica y la circulación monetaria de nuestros días; la identidad primero curiosa, más tarde evidente, entre la perspectiva de la pintura al óleo, la imprenta, el sistema de crédito, las armas de fuego, el contrapunto musical...» En estas condiciones, dado que cada civilización forma una entidad homogénea, cerrada en sí misma, irreductible a las demás, la historia universal se encuentra situada bajo el signo de la discontinuidad. Se cuestiona la visión, que había dominado el pensamiento del siglo XIX, de una historia continua, lineal, progresiva. Con una perspectiva de ironía, O. Spengler rechaza al trastero la tradicional periodificación —Antigüedad, Edad Media, Tiempos Modernos— sobre la que descansa la enseñanza de la historia en las universidades.

Después de Hegel, Marx y otros «faros» de la filosofía alemana, Spengler intenta ofrecer una interpretación global de la historia. Según Hegel, la historia se ilumina por la actividad racional del espíritu del mundo hacia la libertad.

Según Marx, la historia se comprende por el juego de las contradicciones entre los niveles de infraestructura y superestructura hasta el adveni-

miento de una sociedad sin clases. Para Spengler, «los hombres son los esclavos de la voluntad de la historia, los órganos auxiliares ejecutivos de un destino orgánico». En efecto, en la concepción spengleriana, la todopoderosa naturaleza somete a los vivos a impulsos irresistibles. Lo orgánico reina en estado bruto. Como los grandes árboles ahogan a los pequeños para acceder a la luz, los seres humanos deben manifestar su «voluntad de poder», imponer su fuerza frente a sus semejantes menos provistos de energía natural, más resignados a dejarse dominar o aniquilar. Y las sociedades son animadas como vegetaciones extraordinarias: tienen la primavera que confiere esperanza, que ve florecer la creación; un verano que permite la maduración, asegura el progreso; un otoño que hace alcanzar su plenitud a los frutos de una cultura; finalmente, un invierno que corresponde a la degeneración y la muerte. El autor de *La decadencia de Occidente* llega a afirmar: «Para mí, la humanidad es la grandeza zoológica.» El vitalismo de Spengler, que nos puede sorprender en la actualidad, no debió sorprender a sus contemporáneos. A finales del siglo XIX y principios del XX, una influyente corriente de pensamiento, ilustrada por Shopenhauer, Bergson y otros, tiende a edificar los sistemas filosóficos, inspirándose en los resultados de las ciencias naturales. Lo «orgánico spengleriano» corresponde a este universo mental.

Según O. Spengler, «la civilización es el inevitable destino de una cultura». En otras palabras, cada sociedad nace bajo la forma de una «cultura» para degradarse después bajo la forma de una «civilización». Spengler insiste en el famoso ejemplo de Grecia y de Roma. Entre los siglos VI y IV a. J. C., y en torno al mar Egeo, los griegos inventaron una filosofía —con Anaxágoras, Platón, Aristóteles—, una literatura —con Esquilo y Sófocles, Tucídides, Jenofonte e Isócrates—, una escultura —con Scopas, Praxíteles, Lisipo—, una arquitectura —con los templos de Partenón, Delfos, Éfeso, Epidauro—, etc. La epopeya de Alejandro extendió el helenismo a todo el Próximo Oriente. Fue entonces cuando, entre los siglos III y I a. J. C., los romanos, dotados de talento militar y absolutamente incultos hasta entonces, conquistaron y sometieron, a sangre y fuego, el conjunto de los reinos helenísticos. No obstante, los romanos no destruyeron como simples bárbaros; tomaron prestados los modelos culturales de la ciudad, la mitología religiosa, las técnicas de la arquitectura, de la escultura y de la pintura y las impusieron sin renovarlas a todo el mundo mediterráneo. La cultura griega acaba en la civilización romana. Desde hace veinte siglos, de Polibio a Mommsen, los escritores están más o menos de acuerdo acerca de la evolución general del «mundo helenístico y romano». Spengler no aporta ningún elemento nuevo al tema. Su originalidad consiste en que aplica el mecanismo propio del mundo grecorromano a todas las sociedades, en Babilonia, Egipto, India, China... y en el Occidente cristiano... que, de manera irremediable, habrían pasado de la «cultura» a la «civilización».

Si todas las sociedades tienen que recorrer el mismo ciclo «orgánico», están abocadas a la decadencia y, más tarde, a su desaparición. Por tanto, Spengler anuncia una filosofía de la historia radicalmente pesimista. Afirma: «no veo ni progreso ni objetivo para la humanidad, si no es en el ce-

rebro de los *Homais* [3] progresistas de Occidente. Ni siquiera veo un espíritu y, menos todavía, una unidad de esfuerzos y sentimientos (...) en la masa de las poblaciones». El filósofo se esfuerza por matenerse impávido ante el caos: «E incluso cuando perecen pueblos enteros y se hunden en la ruina viejas civilizaciones, la tierra continúa siempre girando y los planetas siguiendo su curso.» Ahora bien, el término irrevocable también existe para la civilización occidental: «Francia e Inglaterra han realizado, Alemania está a punto de realizar, un paso de gigante hacia lo anorgánico, hacia el fin.» La obra, que proclama la «decadencia de Occidente», llega a su hora, en el momento del armisticio de Rethondes y del tratado de Versalles. La poderosa Alemania, en plena ascensión en la *Belle Époque,* ha perdido la guerra mundial, se halla con un ejército vencido, un territorio ocupado y parcialmente amputado, una moneda despreciada, un régimen político convulsionado. La insurrecciones comunistas y los *putschs* nacionalistas están a punto de derribar la república socialdemócrata en cualquier momento. El libro de Spengler, que, en otras épocas habría podido dormitar en cualquier biblioteca, encuentra un gran auditorio en el público alemán, ávido de justificar su propio desastre a causa de la teoría general de las catástrofes.

5. Toynbee y el ciclo de las civilizaciones

Arnold Toynbee, historiador y ensayista, nació en los últimos años del siglo XIX en Gran Bretaña. En agosto de 1914, cuando estaba enseñando en Oxford, se da cuenta de que él, Toynbee, se encuentra sumergido en la Primera Guerra Mundial como Tucídides en la guerra del Peloponeso. Decidió, para el resto de su vida, ser a la vez actor y espectador, «tener siempre un pie en el presente y otro en el pasado». De hecho y durante décadas, Toynbee trabajó en el Anuario de Asuntos Exteriores para el Foreign Office; lleva a cabo misiones, redacta estudios acerca del «África árabe y el África negra», «la cultura de China y de Japón», «el papel de las ciudades en la historia», etc. Al mismo tiempo elabora un inmensa síntesis acerca del nacimiento, desarrollo y decadencia de las civilizaciones. La monumental obra *A Study of History* se publicó en doce volúmenes entre 1934 y 1961. En el ocaso de su vida, por deseo de llegar a un público más amplio, el autor publicó el volumen decimotercero, que resume los anteriores. Esta vez el libro se tradujo a varios idiomas. R. Aron señala que la principal obra de Toynbee es «la obra más célebre y controvertida de la historiografía contemporánea», y «que es rechazada con una mezcla de indignación, envidia y desprecio por la mayoría de los historiadores profesionales».

En efecto, Toynbee cuestiona francamente la trayectoria seguida por los historiadores franceses desde los «positivistas» tradicionales a los innovadores de los *Annales*. El ensayista británico considera que la jerarquiza-

[3] *Homais*. Uno de los personajes de M. Bovary, que simula un anticlericalismo volteriano y tiene pretensiones científicas. Personifica la pequeña burguesía a la que Flaubert fustiga por sus lugares comunes. (N. del T.)

ción de las tareas en el plano intelectual refleja falsamente la división del trabajo en la sociedad industrial. Ahora bien, considera que la escuela histórica francesa funciona a tres niveles: primero, numerosos historiadores se dedican a la laboriosa recogida de «materias primas» —vestigios arqueológicos, recogida de inscripciones, uniformes, correspondencias, periódicos, series estadísticas, documentos de todo tipo—; después, la mayor parte de los investigadores elaboran estudios con carácter monográfico acerca de un personaje, un grupo social, una región, un sector de la actividad dentro de unos estrechos límites arqueológicos; finalmente, algunos «maestros», que pretenden saber más, yuxtaponen las observaciones de las monografías para redactar obras de síntesis. Según Toynbee, se deduce de este método que: 1) la importancia de las fuentes determina los conocimientos (así estamos bien informados acerca del Egipto ptolemaico, ya que la sequedad de las orillas del valle del Nilo ha permitido conservar gran número de papiros, mientras que ignoramos casi todo acerca de la Siria seléucida, ya que las condiciones de conservación de los documentos eran menos favorables en el Creciente Fértil); 2) que los historiadores frecuentemente se contentan con puntos de vista parciales, reducidos al horizonte de su especialidad. Para Toynbee, lo que cuenta es la visión de conjunto; prefiere los amplios horizontes, la reflexión planetaria, superponiendo los siglos y los continentes, a fin de que el «espíritu abarque el universo entero».

Por tanto, Toynbee realiza una historia comparada, por influencia de Spengler, que descansa sobre una documentación de segunda mano, y usa, y a veces abusa, del razonamiento por analogía. El ensayista británico, como el pensador alemán, prefigura el «estructuralismo» en las ciencias humanas. En *A Study of History*, la evolución de las sociedades deja de ser continua, lineal, orientada. Toynbee sólo se interesa por la unidad histórica, la más amplia en el espacio, la más larga en el tiempo, a saber, «la civilización». Lo que define como «la tentativa de crear un estado de sociedad en el que todos los hombres puedan vivir juntos, en armonía, como miembros de una misma y única familia». En algunos aspectos, la visión de Toynbee no estaba muy alejada de la de Marx. Cuando el historiador británico escribe: «los componentes de la sociedad no son los seres humanos, sino las relaciones que existen entre ellos», lo podemos transcribir en la teminología marxista como: «la sociedad está encerrada en una red de relaciones sociales de producción». Fuere lo que fuere, el autor de *A Study of History* percibe las civilizaciones como entidades cerradas, compartimentadas unas en relación a otras, menciona alrededor de treinta y cuatro «grandes civilizaciones» desde el año 3000 a. J. C. hasta nuestros días: por ejemplo, el Egipto faraónico, Mesopotamia (de Sumer a Assur), la China imperial, el Perú de los incas, el Imperio otomano, etc. Una «gran civilización» puede tener «satélites»; por ejemplo, alrededor de la civilización china, los satélites coreano, japonés y vietnamita. Y las civilizaciones no se suceden inevitablemente, pueden coexistir. En el siglo XX, cinco grandes civilizaciones se dividen el planeta: Occidente, la Unión Soviética y sus zonas de influencia, el Islam, la India y el Extremo Oriente.

Toynbee se pregunta acerca del nacimiento de las civilizaciones. Es aquí donde se introduce su modelo más original: el mecanismo del «challenge and response», del desafío y la respuesta. Una civilización puede aparecer

cuando se enfrenta a un obstáculo, a una prueba; nace de la dificultad y no de la facilidad.

Frecuentemente, el desafío procede del entorno natural. Cuando, después de la glaciación, los desiertos sustituyeron a las ricas praderas del Sahara y del Próximo Oriente, las comunidades de ganaderos se negaron a desaparecer, se hundieron en los malsanos valles del Nilo y del Éufrates, y se lanzaron a drenar, a hacer diques y canales de las zonas pantanosas para transformarlas en campos cultivados. Fue así como emergieron las civilizaciones de Egipto y de Caldea. De la misma manera, los mayas tuvieron que desforestar la selva virgen antes de construir las ciudades del Yucatán; los incas instalaron sus templos y sus palacios en el altiplano, muy poco hospitalario, de los Andes; los prusianos recuperaron las tierras frías y húmedas del Brandeburgo. A veces, el determinismo puede ser de orden humano. Los aqueos, aún bárbaros, aplastaron a los cretenses, más refinados, superaron el obstáculo del espacio marítimo y edificaron la brillante civilización helénica alrededor de la cuenca del Egeo. Los turcos sufrieron el espantoso choque de los mogoles, lograron sobrevivir y, medio siglo más tarde, iniciaron la construcción del Imperio otomano. Si seguimos a Toynbee, «cuanto mayor es la dificultad, más poderoso se hace el estímulo». Pero nos podemos preguntar si la ley de «challenge and response» actúa en cualquier circunstancia. La civilización cristiana occidental, que floreció alrededor de París y Londres, se estableció en tierras fértiles, de clima templado y no ha sufrido invasiones dolorosas. En este caso, conocemos la «respuesta», pero buscamos en vano el «desafío».

Después del decisivo momento del nacimiento, toda civilización se compromete en un proceso de crecimiento. A veces, el desafío es demasiado difícil de superar y la civilización «aborta» o «queda en suspenso»: así los esquimales intentaron vencer el entorno polar demasiado inhumano, y sólo han logrado mantener rígidas estructuras de supervivencia; los polinesios de la isla de Pascua no pudieron dominar la inmensidad del Pacífico, se mantuvieron aislados y desaparecieron; los celtas tuvieron que enfrentarse a demasiados asaltos —los romanos, los germanos, los vikingos— y sus instituciones no lograron alcanzar la madurez. Cuando el estímulo es suficiente, sin ser excesivo, la civilización se desarrolla: controla cada vez más el entorno natural y aumenta las producciones materiales; elabora instituciones civiles, militares y religiosas cada vez más complejas; crea abundantes obras literarias y artísticas. El movimiento es lanzado por personalidades excepcionales —Confucio, San Pablo, Mahoma, Lenin, etc.— o por minorías innovadoras —los aristócratas griegos, los junkers prusianos, los bolcheviques, etc.—. En el período de crecimiento podemos distinguir tres variantes principales: 1) el modelo helénico, caracterizado por el paso de unidades políticas restringidas, las ciudades-estado, a un imperio mundial (en este caso, el Mediterráneo helenístico y romano); 2) el modelo chino, marcado por la alternancia, en períodos de larga duración, de decadencias y de renacimientos de un estado con vocación universal; 3) el modelo judío, ligado al fenómeno de la «diáspora», en el que el grupo humano, privado de un territorio nacional, intenta preservar su identidad gracias a la estricta observancia de una religión y de una manera de vivir.

Después del nacimiento y del crecimiento viene la decadencia. Como se ha subrayado irónicamente, Toynbee es «un gran asesino de civilizacio-

nes». Mientras que, según Spengler, una civilización perece porque es víctima del envejecimiento biológico, según Toynbee, una civilización declina porque quiere, porque se abandona. Atenas, Venecia o Constantinopla se hundieron, renunciaron a defenderse porque sólo soñaban con sus pasadas glorias. Es peligroso para una civilización dormirse en sus laureles. Los signos precursores de la degeneración son los conflictos sociales, las guerras civiles o la formación de imperios militares: los de los aqueménidas, de los romanos, de los guptas. En el último estadio, dos agentes se pueden encargar de la ejecución: o bien un proletariado interior, o bien un proletariado exterior, o los dos a la vez. Así, de los siglos III al V d. J. C., las revueltas de los cristianos, los bagaudas y otras capas populares en el interior de las provincias y las invasiones de los godos, los alamanos, vándalos y otros bárbaros que franquearon las fronteras, sumaron sus efectos para provocar la caída del Imperio romano. En nuestra época, en el siglo XX, los derramamientos de sangre y las destrucciones de las dos grandes guerras y los choques de las luchas obreras, que anuncian las revoluciones socialistas, incluso comunistas (curiosamente, el autor no dice ni palabra de las atroces maquinaciones fascistas), evidencian el debilitamiento de la Europa occidental. En definitiva, tanto Toynbee como Spengler constatan el retroceso de la Vieja Europa y la ascensión al poder de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Lo hemos señalado, Spengler publicó *La decadencia de Occidente* al día siguiente de la derrota del Segundo Reich alemán. Toynbee redacta su *A Study of History*, desde los inicios de los años treinta a finales de los cincuenta, en la época en que la Gran Bretaña perdía su imperio colonial. No son simples coincidencias. Los dos autores deducen de sus propias experiencias la convicción de que «las civilizaciones son mortales». Sin embargo, mientras que Spengler cae en un nihilismo fuertemente teñido de racismo y xenofobia, Toynbee no se abandona al pesimismo y se vuelve hacia el deísmo. Al final de su obra, Toynbee se interesa por las religiones universales —el budismo, el islam, el cristianismo— que sobreviven a los imperios, hacen nacer nuevas civilizaciones y permiten acceder a realidades espirituales superiores. Ciertamente, la Iglesia terrenal nunca será la perfecta trasposición de la Ciudad de Dios. Pero Toynbee llega a la conclusión de que el objetivo de la religión es salvar las almas, no las instituciones: «El sentido de la historia es hacer del mundo una provincia del reino de Dios (...) Los hombres son sólo peones reducidos a la impotencia, en la gran partida que Dios juega sobre el tablero de los días y de las noches, moviéndolos en todos los sentidos, inmovilizándolos, retirándolos y volviéndolos a poner, uno a uno, en su caja.» *A Study of History,* que al principio se presenta como una filosofía de la historia, enseñada de manera empírica, desemboca al final en una teología de la historia, fundada sobre un providencialismo de aspecto arcaico.

CAPÍTULO 6

LA HISTORIA ERUDITA DESDE MABILLON A FUSTEL DE COULANGES

Los límites impuestos a este capítulo son necesariamente un tanto arbitrarios, aunque no falten argumentos para justificarlos. De entrada, nos apoyaremos en la autoridad de Marc Bloch que veía en el año 1681, año de la publicación del *De re diplomatica*, de Dom Mabillon, un gran hito en la historia del espíritu humano, «ya que en esta ocasión» se estableció definitivamente la crítica de los documentos de archivo. Y hay que saludar este momento en el que la duda sistemática se convierte en método de investigación y nos vimos liberados del viejo «se dice». Sin embargo, nada nos impide remontarnos más atrás en nuestra investigación. Desde el siglo XVI se observa una erudición metódica junto a otra «confusa y desordenada». Se apoya la primera en textos más seguros, usa diccionarios, se preocupa de la epigrafía y la numismática, invalida viejas leyendas, como la del origen troyano de los francos. Ya Jean Bodin, preocupado por remontarse desde los hechos a sus causas, se interroga acerca del «oficio del historiador»; todavía más Lancelot de la Popelinière, para quien un simple relato no sería una *historia perfecta*. Se asigna la tarea de «menos contar y más comprender y hacer comprender». En cuanto al límite inferior podemos invocar la autoridad de Fustel de Coulanges. ¿Acaso no escribía en 1872: «La historia que amamos es la verdadera ciencia francesa de antaño, la erudición tan tranquila, tan simple, tan alta de nuestros benedictinos, de nuestra Academia de Inscripciones (...) que sembraron, por así decirlo, toda la erudición de nuestros días»?

En las páginas siguientes pretendemos demostrar que los orígenes de la *escuela metódica de los historiadores profesionales*, frecuentemente llamada «positivista», está más en relación con los eruditos del siglo XVIII que con los escritos de Augusto Comte. En segundo lugar, esta escuela, que sin duda utilizó algunas fórmulas de éste, heredó de los primeros sus procedimientos de la crítica textual y la práctica de la duda metódica en el examen de los testimonios. Además, no podremos ignorar una cierta relación institucional entre los círculos eruditos del siglo XVIII y las sociedades científicas del XIX. Hay que mencionar que entre 1680 y 1780, algunos historiadores se sintieron tentados por perspectivas más amplias que las de la erudición silenciosa. Aspiraron a estudiar las costumbres y la civilización

en general. Voltaire es representativo a este respecto: como los eruditos, se preocupa por la narración exacta; como filósofo, está abierto a todo lo que es humano. Habrá que mencionar aquí a todos los que presintieron las exigencias de la historia global.

1. Obstáculos para el desarrollo de la historia metódica (XVII y XVIII)

Algunas de estas trabas son «heredades», tales como el freno intelectual constituido por la historia providencialista, cuyos esquemas de pensamiento proceden de los teólogos medievales, como el funcionamiento circular del pensamiento simbólico, todavía en boga en el siglo XVI: «El mundo se enroscaba en sí mismo; la tierra reflejaba el cielo, los rostros se miraban en las estrellas, y la hierba envolvía en sus tallos los secretos que servían al hombre» (M. Foucault). La sabiduría se convertía así en prisionera de las «grandes figuras circulares». El esfuerzo del espíritu consiste en «revelar las firmas», puestas sobre las cosas, y proceder a su «desciframiento».

Hay otras trabas propias del pensamiento clásico, el cual es poco favorable a la historia. Aquél «tiende a lo permanente y a lo universal», mientras que la historia «parece el lugar de lo contingente y lo particular». Así se comprende que la noción de *Orden* tome el relevo al de *Similitud* como categoría fundamental del pensamiento. Ahora bien, el orden se acomoda mal al cambio, ley imperiosa de la historia. Además, las ciencias de la naturaleza avanzan rápidamente y su prestigio supera al de la historia, considerada como la pariente pobre, ciencia sepultada en los libros, totalmente dependiente de la memoria, según Pascal.

Por tanto, la historia está relacionada con las letras. En función de este prejuicio literario, se intenta hacer una obra bella antes que una obra exacta y minuciosa. Hasta el punto de que los historiadores famosos desprecian la erudición y hacen poco caso de los documentos originales. El género histórico tiene así sus oradores, para los que la historia sólo es «un conjunto de acontecimientos maravillosos (...) dramas de todas clases, guerras, rebeliones, alteraciones, procesos, amores» (P. Hazard). Tiene también sus compiladores, como Rollin, denunciado por Voltaire en sus *Nouvelles considérations sur l'Histoire*, en 1774, que plagia a diferentes autores para componer su *Histoire ancienne*, repitiendo «célebres tonterías que abundan en los historiadores antiguos», y tiene a aquellos que ponen «la historia en píldoras» resumiendo la historia civil, natural, política, etc., de todos los pueblos, como el padre Buffier, que pretende que sólo la palabra *Rabismaf* permite recordar la sucesión de los reyes de Aragón y de sus conquistas. Otros ponen la historia de Francia en verso. Así se afirma acerca de Faramond, presunto fundador del estado franco en el año 480, d. J. C.: «Por la ley sálica, que siempre se siguió, prohibió a las mujeres acceder al trono.» Otros componen listas de nombres y resúmenes cronológicos, llenos de fechas inexactas y de acontecimientos dudosos. Se preocuparon sobre todo por escribir *Disertaciones para ser leídas*, y proclaman, como el abad Goyer en 1755: «La erudición, las espinosas investigaciones nos fatigan, y preferimos correr ligeramente sobre las superficies que encerrarnos pesadamente en las profundidades.»

También hay otro peligro que amenaza a la historia: su subordinación a la teología o a la filosofía. Este prejuicio utilitario condujo a esperar lecciones de la historia y a confundirla parcialmente con la moral. «Es necesario que muestre la derrota del vicio y el triunfo de la virtud, los buenos siempre serán recompensados, los malos siempre castigados» (Paul Hazard). Los filósofos del siglo XVIII no se libraron de esta concepción. Leen la historia con muchos prejuicios antipapistas y anticlericales. A sus ojos, la Edad Media es más un error a rechazar que un hecho histórico a comprender. Según Bolingbroke, «la historia es la filosofía que, a través de ejemplos, nos señala cómo tenemos que conducirnos en todas las circunstancias de la vida pública y privada» (1751). Durante estos dos siglos, es también muy evidente la subordinación de la historia a la política, tanto si se trata de defender al absolutismo real como —a la inversa— de apoyar las pretensiones de los Parlamentos. Los filósofos dirigen preferentemente su mensaje a los príncipes «condenados a ver a los hombres sólo bajo la máscara», esperando así animarlos a trabajar por la felicidad de sus pueblos.

2. Los precursores de la postura crítica (fines del siglo XVII)

Marc Bloch ha reconstruido brillantemente esta «generación que nace hacia el momento en que se publicó el *Discurso del método»,* la de Mabillon y de Spinoza, nacidos en 1632; también la de Le Nain de Tillemont y de Richard Simon, nacidos, respectivamente, en 1637 y en 1638. ¿Cartesianos? No del todo, sin duda; más bien espíritus influidos por la filosofía cartesiana «a través de una especie de ósmosis», hasta el punto de que, cuando ellos publicaron sus libros entre 1680 y 1690, el «pirronismo histórico» era la moda intelectual. Una palabra clave califica su gestión, la *crítica,* la cual designa la actitud del espíritu que «consiste en no creer con ligereza y en saber dudar en muchas ocasiones». Esta crítica se extiende a todos los campos de la actividad intelectual; haciendo «tabla rasa de la fe», dejando de apoyarse en las autoridades tradicionales, intenta «llegar por este medio a nuevas certezas (o a grandes probabilidades), debidamente comprobadas a partir de entonces». De este modo toma como blanco la tradicional creencia en el *milagro,* que la razón no puede admitir en la medida en que va en contra de las leyes de la naturaleza. Primero ocurrió el asunto de los cometas de 1680-1681, considerados por la gente crédula como presagios enviados desde lo alto. Bayle denunció en ello la supervivencia de supersticiones paganas. Después fue Fontenelle el que se dedicó a la cuestión de los oráculos y de las sibilas en 1686. Estos oráculos, dice, proceden de la picardía humana y no de una intervención divina. Son imposturas, posibilitadas por la ignorancia de las multitudes. Y al relatar la historia del *diente de oro,* que algunos creyeron entregado por Dios a un niño de Silesia para consolar a los cristianos afligidos por los turcos (en 1593), se comprobó finalmente que «era una hoja de oro aplicada al diente con mucha destreza». Fontenelle deduce de ello, con fría ironía: «Asegurémonos bien del hecho, antes de inquietarnos por la causa.»

Las Sagradas Escrituras no podían quedar al margen de esta crítica ge-

neral del milagro. Del lado protestante, un profesor de Oxford llegó a asimilar las Sagradas Escrituras con las fábulas de Oriente (en 1695); del lado judío, Spinoza sugiere interpretar la Biblia del mismo modo que la naturaleza, e interrogarse acerca de «las diversas suertes que hayan podido sufrir los libros de los profetas (...), la vida, los estudios del autor de cada libro»; del lado católico, Mabillon y el abate Fleury invalidan cierto número de leyendas. Pero fue el oratoriano Richard Simon el que realizó la *ruptura crítica:* «Los que hacen profesión de críticos no deben detenerse más que para explicar el sentido literal de sus autores y evitar todo lo que es inútil para su plan» *(Histoire Critique du Vieux Testament,* 1678). De origen humilde, Richard Simon entró en los oratorianos en 1662. Atraído por la erudición estudia hebreo, se sumerge en los libros orientales, va directamente a las fuentes. Convencido con esta experiencia quiere hacer reconocer los derechos de la crítica. Esta debe establecer, en primer lugar, el grado de seguridad y autenticidad de los textos estudiados: «Primeramente, es imposible entender perfectamente los libros sagrados a menos que se sepa por anticipado los distintos estados en que se han encontrado los textos de estos libros, según las distintas épocas y los diferentes lugares.» A continuación, la crítica excluye las consideraciones estéticas y morales, lo mismo que, *a priori,* las teologías, afirmándose plenamente dueña de sus propias actuaciones. Finalmente, la crítica se apoya ante todo en la filología, a la que se confiere la condición de ciencia soberana. Esta preocupación por la correcta comprensión de los textos anuncia la *crítica interna,* que sería definida por los maestros del siglo XIX. Gracias a esta metódica labor, Richard Simon aporta respuestas muy nuevas al problema de la inspiración divina de los textos sagrados. Presentan, dice, rastros de alteraciones; su cronología es incompleta y no menciona a los soberanos señalados por los autores profanos. Si consideramos el caso del Pentateuco, hay que reconocer que se atribuyó falsamente a Moisés, ya que fue otro el que procedió a ponerlo por escrito. «¿Se podrá decir, por ejemplo, que Moisés sea el autor del último capítulo del Deuteronomio, en el que se describe su muerte y sepultura?» Igualmente descubre incoherencias en el relato de la Creación. El espíritu crítico prevalece en él sobre el espíritu de la fe.

A pesar de ello, Richard Simon no dejará nunca de considerarse fiel a la ortodoxia. De hecho, no niega la inspiración divina de los libros sagrados e, incluso, la extiende a los que retocaron los textos. No obstante, fue perseguido por las autoridades religiosas y civiles: exclusión del Oratorio en 1678; secuestro de su obra por orden del Consejo del Rey; incluso en el Índice en 1683; ataques de Bossuet, etc. A pesar de todo continúa su obra, publicando en 1690 una *Histoire critique du Text du Nouveau Testament.* Considera que la gramática tiene que imponerse a la teología para lograr explicar bien el Nuevo Testamento, después de haber establecido el sentido literal. Cada vez más sospechoso a los ojos de las autoridades, Richard Simon se extinguió cristianamente en 1712. Retengamos sobre todo de su obra el hecho de que fustiga la tradición, fundamentada en que «*siempre se ha creído; ha sido constantemente enseñado*», y que afirma, con vigor, los deberes y los derechos de la crítica, cuyos principios son los mismos tanto si se trata de la *Ilíada* como del Pentateuco. En algunos historiadores encontramos una actitud semejante, pero dicho con menos audacia.

Dom Mabillon (1632-1701) se sitúa en primera fila entre éstos; benedictino de la congregación de San Mauro, establecido en Saint-Germain-des-Prés, a quien se deben las *Acta sanctorum ordinis sancti Benedicti* (nueve volúmenes, 1688-1701) y sobre todo el *De re diplomatica* (1681), que fundó la ciencia de la diplomática, suministrando los medios de distinguir los diplomas auténticos de los que fueron falsificados, reelaborados o interpolados. He aquí precisamente un pasaje del *Librorum de re diplomatica supplementum* (París, 1704), en el que Mabillon trata la interpolación con mucha sagacidad:

> «¿Por qué medios se hace la interpolación? Hay una gran diferencia entre los documentos falsos y los documentos interpolados (*interpolare = alterar, falsificar*). Nada puede justificar las falsificaciones, pero la interpolación es excusable la mayoría de las veces. Puede producirse por añadidura, por cambio o por error. Tomemos el caso de los que reunían las cartas auténticas de una iglesia o de un monasterio en una sola obra que llamamos cartulario: si encontraban en alguna parte la mención de los años del reinado de papas, reyes o emperadores, puesta en la parte inferior de antiguos documentos, ellos mismos añadían los años de la encarnación o incluso de la indicción para que se conociera con exactitud la fecha de un documento dado. En este asunto, pecaban frecuentemente contra las reglas de la cronología, pero no contra las leyes de la justicia. Una práctica parecida constituye la interpolación por adjunción. Otra categoría procede de una modificación aportada al documento, así cuando una palabra se traduce por otra o se retoca de manera temeraria, lo que a veces sucede a investigadores poco experimentados que se creen expertos, tales como los que leían *fevun* en los antiguos documentos y lo sustituían por la palabra *feodum*, que todavía no se usaba en aquellos tiempos. Finalmente, la interpolación procede sobre todo de un error del escriba, o bien poco versado en la difícil lectura de un documento auténtico, o víctima de un error ocular, o que se salta una línea o que transcribe una o dos palabra por otras distintas. Y de aquí proceden las diversas lecturas de los documentos transmitidos de mano en mano; su diversidad no debe lesionar la autoridad de los documentos auténticos.»
>
> (Traducido del latín.)

¿Quién, con la mínima experiencia de trabajo en archivos y especialmente en el estudio de documentos medievales, no suscribiría estos pertinentes comentarios? ¿No es una regla de oro de la disciplina hacer la guerra a los errores y a las falsificaciones?

Le Nain de Tillemont, digno contemporáneo de Mabillon (1637-1698), antiguo alumno de los Solitarios de Port-Royal, publica primero la *Histoire des Empereurs... qui ont régné durant les six premiers siècles à l'Église* (1691 y sigs.) e inmediatamente *las Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiatique des six premiers siècles, justifiés par les citations des autors originaux avec une chronologie ou l'on fait un abrégé de l'histoire ecclésiastique et avec des notes pour éclaircir les difficultés des faits et de la chronologie* (1693 y sigs). Título largo, de acuerdo con la costumbre de la época, pero muy significativo; no hay historia fiable sin material de buena ley, revalidado por un escrupuloso examen que demuestra un naciente espíritu crítico. Inmediatamente, en el prefacio, las grandes líneas de su procedimiento. Lejos de

buscar el efecto literario, se inclina por un estilo simple y no teme la abundancia de detalles: «Con vistas a suministrar datos a aquellos que quieran emprender algún trabajo acerca de éste, se ha considerado oportuno reunir todo lo que se encuentra en los autores a fin de que puedan juzgar ellos mismos lo que es oportuno decir y callar.» Ya que la obra no va dirigida a un público amplio, sino a «aquellos que quieren saber de las cosas a fondo, sea simplemente para conocer la verdad y nutrirse de ella, sea para componer a continuación una obra más importante», la distribución de este libro lo destina a los eruditos: lejos de ser una narración continua, está dividido «por títulos en los que sólo se ve una cosa a la vez», así la biografía de un santo o el relato de una persecución, sin mantener relación con los demás acontecimientos religiosos. He aquí el anuncio de una cierta historia que tendrá por misión estudiar, separadamente, las distintas categorías de hechos, teniendo en cuenta que la cronología debe reinar como señora en cada uno de los pequeños compartimentos así definidos. Le Nain de Tillemont no pretende otra cosa que «representar la verdad de lo que pasó durante los primeros siglos y establecerla siempre que sea posible por el testimonio de los autores más antiguos» (considerados como los más seguros). Por tanto, las fuentes han sido sometidas a una severa selección: junto a piezas originales, Le Nain de Tillemont ha conservado otras que presentan «un aire de antigüedad que hace aventurar que por lo menos el fondo procede de documentos originales», pero no le concede una confianza ilimitada («se ha tenido cuidado en distinguir éstas de las primeras y en marcar, bien en el texto o bien en las notas, el caso que se les debe hacer»). Finalmente, trata sin consideraciones los documentos más tardíos, procedentes de una época «en la que la verdad de la historia se ve alterada por diversas tradiciones populares y, frecuentemente, por ficciones inventadas a propósito». Parece que, a sus ojos, la calidad básica del historiador reside en un cierto arte para distinguir lo verdadero de lo falso. Es una especie de olfato adquirido por la experiencia. ¿Cómo discernir, se pregunta, las verdaderas vidas de los santos de las falsas? Al leer las verdaderas «se adquiere un especial olfato para discernir lo que tiene cierto aroma de antigüedad y de verdad, frente a lo que huele a fábula y a tradición popular». Así, poco a poco, se aprende a juzgar lo que puede haber sido escrito en una época y lo que indudablemente está muy alejado de ella. El historiador está ya a punto de convertirse en un profesional.

3. El nacimiento de la erudición (fines del siglo XVII y principios del XVIII)

Dado que este fenómeno ha sido muy bien estudiado en el plano institucional por los autores precedentes (tales como Ehrard Palmade), nos limitaremos a señalar las creaciones de academias y bibliotecas, que permiten el nacimiento de una vida científica colectiva, y a mencionar los trabajos de los jesuitas bollandistas especializados en la publicación de vidas de santos (*Acta sanctorum*), las de los oratorios (edición y revisado de la compilación de la *Gallia Christiana*) y, sobre todo, las de los benedictinos de la Congregación de San Mauro. Fieles a la enseñanza de Dom Mabillon, se lanzan a grandes empresas de edición de documentos antiguos. Después

de los *Monuments de la Monarchie Française* (1729-1733), de Bernard de Montfancon, vienen *L'Histoire littéraire de la France* (a partir de 1733) y el *Recuil des Histoirens des Gaules et de la France*, iniciado por Dom Bouquet en 1738, sin olvidar *L'art de vérifier les datos des faits historiques, des chartes, des Chroniques et autres anciens monuments, depuis la Naissance de Nòtre Seigneur* (primera edición, 1750). Una provincia como Bretaña disfruta igualmente de esta erudición benedictina, como lo prueban por ejemplo las *Mémoires pour servir de Preuves a l'Histoire de Bretagne* (París, 1742), de Dom P.-H. Morice, y *Les Vies des saints de Bretagne,* de Dom Alexis Lobineau, del convento de Santa Melania de Rennes (1666-1727). Fuera de los claustros, la erudición oficial nació con la *Académie royale des Inscriptions et Belles-Lettres* (1663), que tiene primero una precisa función al servicio del poder monárquico: «redactar las divisas de las medallas y las inscripciones de los monumentos» a la mayor gloria de Luis XIV. Muy pronto se convirtió en caldo de cultivo de eruditos, e inició la publicación de *Mémoires* en 1717, así como el *Recueil des Ordonnances des Rois de France*. Todos estos trabajos, por importantes que hayan sido para el nacimiento de la ciencia histórica, en general fueron poco considerados por los contemporáneos. A título de ejemplo, he aquí cómo el presidente de Brosses cuenta una visita que hizo al ilustre Muratori en su biblioteca de Módena: «Encontramos a aquel buen viajero con sus cuatro pelos blancos y su calva cabeza, trabajando (...) en aquella galería glacial en medio de un montón de antigüedades, de trastos viejos italianos, ya que no me atrevo a calificar de antigüedad a todo lo que se relaciona con aquellos obscuros siglos de ignorancia.»

Examinemos con mayor detalle los *procedimientos* de esta historia erudita, que parecen anunciar muchas de las características que impondrá la escuela metódica después de 1876. Primera característica: el culto a los documentos originales, mapas, documentos reales, bulas pontificias, etc., así como los sellos y las armas, ligados unos y otros a la obsesión por aclarar los orígenes de los poderes y de las instituciones. En segundo lugar, la preocupación por interpretar correctamente estos documentos requiere la publicación de instrumentos de trabajo adaptados, tales como el glosario de latín medieval de Du Cange (1678), la *Paléographie grecque,* de Montfaucon, o el *Grand Dictionnaire historique,* de Moreri (veinte ediciones de 1674 a 1759). Desde entonces, la investigación histórica se define ante todo como un trabajo sobre los textos, tomando como base los métodos de la gramática y la exégesis. Tiende esencialmente, y ésta es su tercera característica, a construir un *cronología exacta,* a través de la confrontación sistemática de los testimonios. Veamos el Prefacio *L'Art de vérifier les dates* (p. 1):

> «La importancia de este arte, que nos enseña a establecer el orden de los acontecimientos en el tiempo, está tan generalmente reconocida, que es ocioso revelar aquí sus ventajas. Nadie ignora que la cronología y la geografía son como los dos ojos de la historia que, guiada por sus luces, pone en sus relatos la distribución y la claridad convenientes y que, sin ellas, el conjunto de los hechos, cuyo conocimiento nos ha llegado, no es más que un caos tenebroso, que sobrecarga la memoria sin iluminar el espíritu. ¡Cuántos errores se introdujeron en la historia, tanto eclesiástica como pagana, a causa de la privación de estas dos ciencias! Son

innumerables. Pero, gracias a los trabajos de los cronologistas (hay que decir lo mismo de los geógrafos), que desde hace más de un siglo se han dedicado a estudiar la historia en las fuentes, muchos de estos errores han sido corregidos o por lo menos reconocidos como tales. No obstante, sus sabias y penosas investigaciones no han disipado todas las nubes y allanado todas las dificultades. Por el contrario dejaron pendientes cantidad de espinosas cuestiones cuya solución depende menos de la sagacidad del espíritu que del auxilio del arte. Por tanto, es hacer un favor esencial a la República de las Letras el establecer reglas generales y seguras para comprobar las fechas de los monumentos históricos, marcar las épocas de los acontecimientos y conciliar, cuando se pueda, a los autores, que tampoco están de acuerdo entre sí y a veces ni siquiera parecen estarlo consigo mismos.»

La misión ya está trazada para los historiadores del futuro: considerarán acabada la historia cuando hayan constituido ininterrumpidas cadenas de hechos. Esta cronología hay que distribuirla jerárquicamente, dedicándose primero a las instituciones más importantes, para tener en cuenta más tarde las de menor rango. Primero, la lista de concilios «que informa acerca de las épocas de los triunfos que la Iglesia ha logrado sobre las herejías y las de los cambios que ha hecho en su disciplina». Sólo después «se pasa a la historia civil. Los emperadores romanos abren la escena (...). De Oriente (...) pasamos a Occidente, del que se recorren primero y sucesivamente todas las monarquías y, a continuacion, los principados subalternos que se deriven de ellas. Entre las monarquías occidentales, Francia es el primer tema que se trata y aquel en el que se entretienen con mayor complacencia. El interés que inspira la patria no es el único motivo de esta predilección y estaremos de acuerdo, dejando de lado cualquier prejuicio, que no hay ningún reino de Europa que merezca más que Francia la atención y la curiosidad del lector». Una distribución así prefigura directamente la de los manuales de historia de los años 1880-1940; no falta nada, ni siquiera el *chauvinismo* nacional. Esta secuencia de hechos, repartidos con arreglo a determinados *a priori*, está basada en fuentes más seguras: «En la elección de los autores no nos hemos dejado arrastrar ni por la prevención ni por la reputación, que muchos adquirieron con toda justicia. Hemos buscado la verdad por todas partes, y allí donde se ha creído verla, hemos considerado un deber indispensable el seguirla.» Servir la verdad, extirpar el error, rechazando cualquier prejuicio e iluminándose con la «antorcha de la crítica», ésta es la cuarta característica básica de la historia erudita. Es precisamente en nombre de la verdad que Dom Morice se muestra muy crítico con respecto al cronista Alain Bouchart en el prefacio de *L'Histoire ecclésiastique et civile de Bretagne* (París, 1750): «El autor ha admitido fábulas, que eran moneda corriente en su tiempo (...), Con respecto a los hechos, podemos decir que trata con ligereza lo que hay de verdadero y se detiene mucho en lo que es falso.» Nuestro benedictino es digno contemporáneo de Voltaire, que se mofa de las «célebres tonterías que repiten los historiadores antiguos», y de Diderot, que subraya: «Quien dice historiador dice narrador fiel, relator exacto y sincero de los acontecimientos, que se apoya en su propio testimonio o en el informe de personas dignas de crédito.» A partir de entonces, es práctica corriente el someter los testimonios a una serie de preguntas de sentido común, que constituyen los pri-

meros elementos de un método histórico: «¿Quiénes son los testigos?, ¿qué valor tienen?, ¿son instruidos?, ¿son contemporáneos de los hechos relatados?» Se aconseja no conservar más que lo que es indudable. La duda o la sospecha crecen y se extienden, sobre todo en lo que se refiere a períodos muy antiguos. Una memoria presentada a la Academia de Inscripciones en 1723 avanza que «no sabemos nada seguro acerca de Rómulo» y de los orígenes de Roma en general. La incertidumbre también afecta a la Edad Media y, más ampliamente, se extiende al conjunto de hechos maravillosos contados por los historiadores del pasado. Pero ocurre que esta actividad crítica se detiene a mitad de camino. Así, Dom Lobineau rechaza algunos milagros atribuidos a San Samson de Dol por su biógrafo merovingio («no podemos prestar atención a lo que dice el autor (...) ni nos podemos creer el milagro de una horrible serpiente que se dice que él expulsó»), pero reconoce otros que se sitúan en el plano espiritual. Sólo ha cuestionado una parte de la leyenda primitiva, sin destruirla por completo. Los historiadores del siglo XIX irán más allá en su aplicación de la sospecha a todo lo que se refiera a hechos irracionales. Nos queda por mencionar una última particularidad de la erudición de los tiempos clásicos: se dedican con mayor frecuencia a trabajos concretos, sin «lanzarse a los espacios infinitos y a los tiempos ilimitados». Se cultiva, en primer lugar, la historia nacional o provincial, casi la monografía, de la cual la *Histoire de Charles XII*, de Voltaire, constituye un buen ejemplo. Esta tendencia a los estudios fragmentarios florecerá ya plenamente en el siglo XIX, siglo en el que la historiografía se enraizará en el suelo nacional y en el terruño campesino.

4. Voltaire y la ampliación de las perspectivas históricas

Voltaire (1694-1778) se convirtió progresivamente a la historia. Su fama de poeta ya estaba sólidamente fundada cuando se lanzó a escribir su obra *Historia de Carlos XII* (1731). Se aficionó al estudio del pasado al componer sus grandes epopeyas *Edipo* (1718) y *La Henriada* (1723). Al final del reinado de Luis XIV, muchos contemporáneos tenían el sentimiento de haber vivido una gran época, y querían pintarla para la posterioridad. Las desgracias de 1709-1710, tanto más dolorosamente sentidas, puesto que Francia se había constituido (por el hecho de la centralización monárquica) en «un todo regular, cada una de cuyas líneas conduce al centro» (René Pomeau), no hacían más que avivar este sentimiento. Más allá de estas razones coyunturales, se prestaba atención más específica a la vida en sociedad y a los sistemas políticos. Voltaire, participando de este entusiasmo, aborda como literato y moralista este campo de estudio nuevo para él. A sus ojos, la historia debe estudiar los motivos y las pasiones que guían las acciones humanas. Debe presentar grandes héroes, como Carlos XII de Suecia, elegido porque era «excesivamente grande, desgraciado y loco». Héroes enfrentados que pueden dar lugar a bellas antítesis, como la que se desarrolla entre el conquistador sueco y el zar Pedro el Grande, su adversario en Poltova en 1709: Carlos XII, ilustre por los nueve años de victorias; Pedro Alexievich, por los nueve años de dificultades que padeció tra-

tando de formar tropas iguales a las suecas; el monarca sueco, liberal por grandeza de alma, lleno de gloria por haber civilizado a los suyos (...), el moscovita sin apenas más haber que las apariencias. El historiador debe tener la preocupación de complacer, escribiendo brevemente y sin llenar su relato de detalles inútiles. Ciertamente, su información tiene que ser sólida: «Se ha redactado esta historia sobre relatos de personas conocidas, que pasaron muchos años junto a Carlos XII y Pedro el Grande, emperador de Moscovia, y que, habiéndose retirado a un país libre, mucho tiempo después de la muerte de estos príncipes, no tenían ningún interés en disfrazar la verdad.» De hecho, Voltaire se documentó concienzudamente; además de obras históricas, consultó libros de geografía y mapas, lo que no impide que su visión de Polonia no sea más que una serie de lugares comunes. De entre la ingente información reunida realizó una severa selección: «Sólo se han elegido los acontecimientos más interesantes de su vida. Estamos convencidos de que la historia de un príncipe no consiste en todo lo que ha hecho, sino en todo lo hecho que sea digno de ser transmitido a la posteridad.» Es una delicia leer las réplicas de Voltaire a los comentarios poco agradables que M. de La Motraye había hecho a su obra. A su contradictor, que se lamenta de que no cuente la historia de los prisioneros rusos liberados por los suecos después de «haberles cortado en dos la cintura de sus calzas, las cuales se veían obligados a sostener con las dos manos», Voltaire responde mordazmente: «Está por ver si es una falta importante el haber omitido la aventura de los calzones de los moscovitas.» A pesar de las múltiples podas, el relato de las guerras ocupa todavía un lugar esencial en la obra, y el autor lo lamentará algunos años más tarde: «Me avergüenzo de haber hablado tanto de combates, de tantos hechos negativos para los hombres (...). Habría hecho mejor evitando todos estos detalles de combates librados en el país de los sármatas y hubiera debido insistir con mayor profundidad acerca de lo que ha hecho el zar por el bien de la humanidad. Me interesa más una legua cuadrada roturada que una llanura cubierta de cadáveres.»

Voltaire hizo justicia a la historia de la civilización con *El siglo de Luis XIV,* iniciado en 1732, casi acabado en 1739 y publicado en 1751 en Berlín, tal como lo anuncia en su carta al abate Dubos del 30 de octubre de 1738, carta que es muy reveladora de la génesis de la obra: «No son los anales de su reinado; es más bien la historia del espíritu humano extraída del siglo más glorioso que ha habido para el espíritu humano.» Pero los acontecimientos diplomáticos y militares continúan ocupando en ella un lugar esencial. Voltaire enumera a su corresponsal la lista de los capítulos de su obra: hay veinte para los «grandes acontecimientos», uno para la vida privada de Luis XIV, dos para la «política interior» del reino, comprendido el comercio, otros dos para los asuntos eclesiásticos, cinco o seis para la historia del arte. En esta misma carta expresa una gran preocupación por ir a lo esencial y decirlo con concisión extrema: «Para la vida privada de Luis XIV tengo las Memorias de M. Dangeau en cuarenta volúmenes, de las que he extraído cuarenta páginas.» Voltaire está al acecho de las confidencias de los «viejos cortesanos, ayudas de cámara, grandes señores y otros»; incluso persigue, si cabe, más los documentos inéditos, como el *Mémorial écrit de la main de Louis XIV* que desearía poder consultar, como las Memorias de los intendentes de las que obtiene informaciones acerca

de los *entresijos del reino*. Concibe su obra como una serie de cuadros, a riesgo de no respetar siempre la cronología, y de presentar a veces antes el efecto que la causa. En esto no hace más que plegarse a las reglas clásicas de la «pintura histórica». Busca, lo mismo en el conjunto del libro que en cada uno de los cuadros en particular, un cierto efecto de perspectiva (en primer plano, el tumulto de las guerras; en segundo, los esplendores de la corte; al fondo, las querellas religiosas): «Los principales personajes están en primer plano; la multitud, al fondo.» Es pintor a la vez que dramaturgo, al tratar la historia como el desarrollo de una intriga. Presentación, nudo y desenlace se suceden en la primera parte del *Siglo;* y ya *la Historia de Carlos XII* estaba distribuida como una tragedia en cinco actos. Voltaire mantiene a sabiendas la intriga: «Mi secreto consiste en forzar al lector a preguntarse ¿será destruida Holanda?, ¿sucumbirá Luis XIV?» Todo esto no estaba desprovisto de segundas intenciones interesadas: se trataba de llamar la atención del estado componiendo grandes cuadros históricos y redactando la crónica de los hechos contemporáneos. En 1745, se confió a Voltaire el cargo de historiógrafo del rey, pero por poco tiempo.

Fue entonces cuando puso las bases de una historia universal llamada *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones,* redactada entre 1740 y 1756, en la que Voltaire expresó claramente su ambición de renovar el género histórico. En efecto, las *Nuevas consideraciones sobre la historia* (1744) se inician con una verdadera profesión de fe, en la que algunos han visto el primer manifiesto de la historia total. Voltaire nos dice de entrada que la historia no es un género inmutable. La manera de concebirla está relacionada con el movimiento científico general. El despertar del espíritu crítico está a punto de arruinar algunas persistentes leyendas. En este amplio proceso de desmitificación se incluye tanto la mitología antigua como el mundo sobrenatural medieval y, por tanto, cristiano. También hay que dedicarse a la historia moderna, digamos contemporánea. Malditos sean los innumerables relatos de batallas y fiestas, malditos sean los comadreos de la corte que llenan tantas obras; dejemos sitio para los hechos llenos de enseñanzas y para los «conocimientos de mayor utilidad y más duraderos». ¿Por qué no dedicarse a edificar «la historia de los hombres» en lugar de la de «los reyes y las cortes»? Hay que intentar evaluar las ventajas y desventajas de las guerras y de las conquistas coloniales. Hay que establecer, sobre todo, las bases de una ciencia demográfica, para atajar un debate que inquieta a muchos: ¿es cierto que la tierra se despuebla, como lo sostiene Montesquieu en las *Cartas Persas*? Después de haber avanzado numerosas pruebas de lo contrario, Voltaire denuncia el carácter anticuado y moralizante de la tesis de la despoblación. Espera que confirmen sus puntos de vista los primeros balbuceos de la demografía y, sobre todo, la aplicación de la regla del holandés Kersseboom (1691-1771), según la cual basta con multiplicar el número de nacimientos por treinta y cuatro para obtener la cifra total de la población. Con los años, los criterios se afinan. Hacia 1760, el abate Expilly estima que hay que multiplicar la media anual de nacimientos por veinticinco para conocer el número de habitantes. En Anjou, los intendentes aplican el coeficiente de 23 2/3, que, según un especialista contemporáneo, permite obtener una primera aproximación verosímil. Voltaire formula más tarde otras exigencias. La primera se mantiene dentro de los esquemas antiguos de la historia como juez: «Se bus-

cará cuál ha sido el vicio radical y la virtud dominante de una nación.» La segunda es muy nueva, ya que urge la necesidad de lograr un «cálculo global» de la riqueza comercial e industrial de cada país, utilizando fuentes hasta entonces sin explotar, como los registros de exportaciones. Finalmente, define el gran objeto de la historia del porvenir, o sea, «los cambios en las costumbres y en las leyes».

A partir de Bossuet, este objetivo se había desplazado notablemente, de modo que ya no se trata de evocar las acciones de los grandes hombres ni los grandes *golpes* de la Providencia, sino los elementos reguladores de la sociedad civil en su conjunto. A partir de él, la historia debe abrirse a todo lo que es humano y, por tanto, a la diversidad de las civilizaciones. Por lo demás, en el *Ensayo sobre las costumbres*..., Voltaire denuncia el judeocentrismo de Bossuet («parece haber escrito únicamente para insinuar que todo se ha hecho en el mundo en torno a la nación judía»), y le reprocha haber «olvidado enteramente a los antiguos pueblos de Oriente, a los indios y a los chinos, que han sido tan importantes antes de que nacieran las otras naciones». Dice, en la misma obra, que hay que conciliar el conocimiento de la naturaleza humana, que «se parece desde un extremo al otro del universo», y el conocimiento de la diversidad de las costumbres, ya que «la cultura produce frutos diversos». Tales son las vías que permiten «escribir historia moderna verdaderamente política y verdaderamente filosófica». Consideremos que el conocimiento del hombre y la administración de la ciudad ganarán con ello.

Expuesto el programa, dentro de su radical novedad, surge la inevitable pregunta: ¿qué se hizo de la práctica de Voltaire como historiador? ¿Fue fiel a los principios que declaraba? ¿Quién le discutiría su preocupación por desmitificar algunas piadosas leyendas ante sus compañeros? ¿No arruinó, por ejemplo, la heroica versión del cruce del Rhin por los ejércitos de Luis XIV, que habían forjado Boileau y Bossuet? ¿No procedió a pacientes investigaciones documentales, de acuerdo con la regla cartesiana de los censos completos? ¿No tuvo, en sumo grado, el arte de aunar el relato y los conocimientos útiles? Hemos visto que se mantiene cerca de los hechos, buscando siempre el detalle significativo. Voltaire sigue dedicándose ampliamente a la crónica militar y diplomática; así, en su *Historia del Imperio de Rusia bajo Pedro el Grande* (1759) aún consagra la mitad de su desarrollo a las guerras del zar; en el *Tratado del siglo de Luis XIV* únicamente la conclusión evoca «los progresos del espíritu humano». Pero Voltaire, al interesarse por los problemas demográficos y económicos, abrió una vía hacia el porvenir. Por limitadas que nos parezcan sus informaciones acerca del comercio y la industria, no son menos fiables que las de la mayoría de sus contemporáneos. He aquí cómo saluda la obra realizada por Colbert: «Desde el año 1663 al 1672, en cada año de este ministerio se estableció alguna manufactura. Los paños finos, que antes se importaban de Inglaterra y de Holanda, se fabricaron en Abbeville. El rey adelantaba a los fabricantes dos mil libras por cada telar, además de considerables gratificaciones. En el año 1669, se contaba con cuarenta y cuatro mil doscientos telares de lana en el reino. Las manufacturas de seda, perfeccionadas, dieron lugar a un comercio de más de cincuenta millones de aquella época (...). Las tapicerías de Gobelinos superaron a las de Flandes. En el amplio recinto de Gobelinos, había entonces más de ochocientos obreros; trescien-

tos se alojaban en él (...), mil seiscientas jóvenes se dedicaban al encaje, se hizo venir a treinta obreras principales de Venecia y doscientas de Flandes; y se les dio treinta y seis mil libras para estimularlas» (*El siglo de Luis XIV,* capítulo XXIX). Son los primeros y tímidos inicios de la *historia-dato*. Queda todavía una regla de oro de la historia crítica que Voltaire mantuvo más difícilmente: hay que «abandonar todo espíritu de partido». Abramos la historia de Rusia mencionada. Los juicios *a priori* del filósofo de las Luces son constantes: los monjes son ignorantes, ociosos, estériles; las obligaciones religiosas sólo dificultan la actividad productiva, como el ayuno de la Cuaresma. ¿Al menos supo ser Voltaire plenamente libre respecto a los grandes de este mundo con los que convivía, que le protegían y a veces le vigilaban? De hecho, escribió como hombre libre que sabía hacer concesiones. Así aceptó someter su historia de Rusia al visto bueno de la censura, que silenciaba ciertos agitados episodios del reinado de Pedro el Grande. Lo explicó cínicamente: «Me dieron muy buenas pieles, y soy muy friolero.»

De la obra de Voltaire se desprende una filosofía de la historia que a veces choca con sus propios principios. Así sucede, por ejemplo, con el tema de las «sorpresas de la historia», con el del acontecimiento que desmiente las previsiones, en un campo en el que «lo verosímil no siempre sucede», y en el que son posibles todos los cambios. Siempre hay una parte de contingencia en el devenir humano, y los imponderables pueden tener grandes consecuencias. De ello procede la tendencia a valorar el pequeño detalle. Es una manera de cuestionar la creencia de que la historia tenga un sentido establecido por Dios desde toda la eternidad y de destruir el providencialismo al estilo de Bossuet. Voltaire dedicó una importancia esencial a los grandes hombres, tanto como a las pequeñas casualidades. Las cuatro épocas principales que distingue en la historia humana tienen grandes soberanos por emblema; la Grecia de Filipo y Alejandro, la Roma de César y Augusto, la Florencia de los Médicis y la Francia de Luis XIV. La acción de algunos individuos excepcionales pudo desencadenar, en efecto, grandes cambios. En la primera fila de los héroes figura Pedro el Grande, que saca a Rusia de la barbarie de la misma manera que hace surgir Petersburgo de los pantanos del Neva, que desarrolla la civilización entre sus súbditos, que prohíbe los trajes largos o las barbas y, con la reforma de la vestimenta, hace a sus súbditos más aptos para recibir las luces. En Francia, por ende, «todo es salvaje» hasta Luis XIV, que derrama sobre ella «la honestidad» bajo forma de disciplina social impuesta a todos. En este sentido, Voltaire se mantiene muy en la línea de la concepción heredada de los «humanistas», según la cual las sociedades son modeladas por sus guías. Como agentes de una cultura uniformizante, forjan las naciones al «forzar a la naturaleza». Quién podría negar las virtudes reaccionarias de esta filosofía política, que preconiza de buen grado el uso de la coacción (por déspotas ilustrados, naturalmente) y que además se adapta a las desigualdades sociales, basándolas en el orden natural: «El menestral, el obrero, debe quedar limitado a lo necesario para trabajar: la naturaleza del hombre es así. Es necesario que la mayor parte de los hombres sean pobres.» A pesar de todo, Voltaire fue considerado por sus contemporáneos como el enemigo del pasado, como el que anunciaba el advenimiento de una ciudadanía mejor.

Nos parece que su legado historiográfico es doble. Por su sagacidad crítica, por su desconfianza hacia los fenómenos irracionales, por su exigencia de claridad y concisión, así como por su preocupación por la composición ordenada y equilibrada, creemos que anuncia a algunos maestros de la historia de fines de siglo XIX. La revalorización de los pequeños acontecimientos no encontrará eco hasta estos últimos; así Charles Seignobos, cuando afirma que una parte importante de los acontecimientos «resulta de accidentes debidos al azar». En cambio, los principios enunciados por el padre putativo de la historia total encontraron un amplio eco ya en la primera mitad del siglo XIX. Primero en Guizot, en la introducción de su *Curso de historia moderna* en 1828: «¿No creen, en efecto, señores, que el hecho de la civilización es el hecho por excelencia, el hecho general y definitivo en el que desembocan todos los demás, en el que se resumen? Tomen todos los hechos de los que se compone la historia de un pueblo, que estamos acostumbrados a considerar como los elementos de su vida; tomen sus instituciones, su comercio, su industria, sus guerras, todos los detalles de su gobierno; cuando queremos considerar estos derechos en su conjunto, en su relación, cuando queremos apreciarlos y juzgarlos, ¿qué les preguntamos? Les preguntamos en qué han contribuido a la civilización de este pueblo, qué papel han jugado en él, que influencia han ejercido (...).» Más tarde, leemos en Chateaubriand, en el prefacio de sus *Estudios históricos* (1831): «Frecuentemente el historiador sólo era un viajero que contaba lo que había visto... Ahora la historia es una enciclopedia; hay que meterle de todo, desde la astronomía a la química, desde el arte del financiero hasta el del fabricante, desde el conocimiento del pintor, del escultor y del arquitecto hasta el del economista, desde el estudio de las leyes eclesiásticas, civiles y criminales hasta el de las leyes políticas.» Finalmente, a Michelet le gustaba saludarle como «nuestro maestro Voltaire», sin compartir su «materialismo». Creía que el *Ensayo sobre las costumbres...* había abierto la fase ascendente de la historia.

5. Las primicias de la institución histórica (1800-1870)

Cuando, en 1876, se lanzó la *Revue historique*, Gabriel Monod juzgó muy severamente a los historiadores de la primera mitad del siglo XIX ya fueren románticos o liberales. Entre las razones que alegaba a propósito de la inferioridad de la producción francesa respecto a la alemana, invocaba «el genio de la nación» y, sobre todo, la ausencia de tradiciones científicas: «Quizá hemos ganado en originalidad, por lo menos desde el punto de vista de la forma literaria, pero hemos perdido en cuanto a la utilidad científica de los trabajos de nuestros historiadores.» Y denunciaba a continuación los nefastos efectos de las pasiones políticas y religiosas, así como el muy extendido pecado de proceder a «precipitadas generalizaciones». Estas reticencias son bien comprensibles. Un buen conocedor de la historia romántica nos dice que ésta se caracteriza, en ciertos aspectos, por el retroceso de espíritu crítico. «La historia oscila entre la novela y el drama, buscando su vía propia» (P. Moreau). Se exhibe un gusto algo sospechoso por el color local: «Si se permite ser minucioso, tiene que ser aquello que

identifica al color local lo que haya de caracterizar a la historia» (Augustin Thierry). Se cultiva más el cuadro de género que la reconstrucción verídica. El entusiasmo por la Edad Media pronto cae en los excesos del estilo Viollet-le-Duc. Queda, sin embargo, la actividad erudita que se reemprendió, inmediatamente después de la Revolución, entre los benedictinos de Solesmes, los cuales reanudan las tradiciones de los frailes de San Mauro y continúan, en la Academia de las Inscripciones, las colecciones que habían quedado interrumpidas en ella, e igualmente en la *École des Chartes* [4] fundada en 1821. Esta «efervescencia histórica» se intensifica durante la monarquía de julio: «La Sociedad de Historia de Francia inicia sus trabajos; la escuela arqueológica de Atenas se organiza en 1846; la provincia trabaja en sus sociedades científicas, en sus academias.» Luis Felipe es un entusiasta de la arqueología, Guizot dirige la publicación de los documentos de historia de Francia, mientras que Mérimée ejerce desde 1833 las funciones de inspector general de los movimientos históricos. Así emprende una metódica prospección en las provincias francesas, cuyos resultados consigna en sus notas de viaje (1834-1840). Todos estos trabajos contribuyen a reconocer la importancia que tienen, junto a los impulsos de la imaginación, las virtudes tradicionales del historiador, como la escrupulosa preocupación por la exactitud y la prudencia en los juicios.

Según Pierre Moreau, el propio Augustin Thierry «no avanza ninguna interpretación de los hechos sin antes corregirla, verificarla y contrastarla». ¿Esta «titubeante oscilación» que descubre en el autor de los *Tiempos merovingios* no anuncia las «temblorosas prudencias» de la escuela positivista? En la paz de las bibliotecas y de los archivos, laboriosos eruditos, tales como Guigniaut, al que Jules Simon califica de «sabio que desesperaría a los alemanes», reúnen los materiales para las futuras síntesis: «Sabía todo lo que no necesitábamos saber, y lo que sabía era lo que nos enseñaba...» Su opinión acerca de la existencia de Homero «tenía tantos paréntesis, notas marginales y notas a pie de página, que renunciamos a comprobarla». Se trata de una acusación, pero contiene su parte de verdad. A partir de 1830, se distinguen dos escuelas claramente diferenciadas, representadas por Sainte-Beuve y Michelet: «Una camina por la orilla de un río, con un paraguas en una mano y un microscopio en la otra. Michelet viaja en globo, con un anteojo: no se pueden encontrar.» Merced a la multiplicación de las sociedades científicas crecen notablemente, entre 1830 y 1870, las filas de los adeptos de la escuela del microscopio.

FUNDACIONES EN TERRITORIO FRANCÉS

	1830-1849	*1850-1870*
Sociedades históricas y arqueológicas . .	23	27
Sociedades de intereses múltiples	25	28

[4] Centro superior de enseñanza de las ciencias auxiliares de la historia, destinado a formar a archiveros, paleógrafos y bibliotecarios. (N. del T.)

A partir de 1830 proliferan las Academias, sociedades históricas y sociedades de anticuarios, especialmente en torno a París, Toulouse, Caen y Poitiers. Unas son estrictamente históricas y arqueológicas, otras hacen alarde de múltiples curiosidades, como las sociedades polifacéticas y las sociedades de emulación. E incluso en estas últimas aumentan los trabajos históricos. Se ha podido representar gráficamente el ascenso de la historia en el departamento de El Marne desde 1860, y el correlativo descenso de la agronomía y de las ciencias en general. Entre los años 1840-1870, sobre diecinueve sociedades activas, hay trece dedicadas a la historia. Y si al principio sólo están dedicados a temas históricos una cuarta parte de sus trabajos, después el porcentaje crece hasta un tercio.

Dado que no es posible calibrar la producción de todos estos cenáculos eruditos, dispersos a través de Francia, Ch. O. Carbonell ha intentado valorar la importancia respectiva de los diferentes dominios de la historia a través de los 1.884 títulos publicados entre 1870 y 1874. Creemos interesante explicar la situación existente antes del nacimiento de lo que se ha llamado *la escuela metódica de los historiadores profesionales* en torno a *La Revue historique*, fundada en 1876. La historia religiosa disfruta de evidente preeminencia, ya que cubre la quinta parte de la producción, o casi la cuarta parte si tenemos en cuenta las monografías y las ediciones de texos. Uno de cada seis historiadores es sacerdote o religioso. Esta producción es más hagiográfica que histórica; en el mejor de los casos, se le atribuyen algunas veleidades científicas, pero casi siempre se dan pruebas de una «metódica credulidad» en lo que respecta a las fuentes. Las ediciones de textos (250 obras en total) constituyen otro sector importante de la producción histórica, tanto si se trata de cartularios, como de libros de cuentas, de crónicas o de memorias. Muchos libros aparecen «acompañados de documentos inéditos, apoyados en piezas justificativas» como signo de un auténtico culto a las fuentes escritas. A pesar del desigual valor de estas publicaciones, en unos treinta años se pasa de la edición pasiva a la edición crítica, como lo demuestra el número creciente de las notas a pie de página. También se ponen de moda las monografías locales: entre 1870 y 1875 se publican 400; en general, su amplitud está en función del número de habitantes de la ciudad o pueblo que se estudian (desde 16 páginas para un pueblo de 171 habitantes a 925 para París, ¡casos extremos!). Estas obras, frecuentemente muy heteróclitas, verdaderos trasteros documentales, están llenas de pequeños hechos y dejan de lado la demografía y la economía, todo a la mayor honra y gloria de los héroes epónimos de la ciudad. Si hemos de creer al abate Goudé, por ejemplo, Chateaubriand, «desde su nacimiento, no podía esperar otra vida que la que le venía legada por sus barones». La arqueología y la historia del arte ocupaban una décima parte de la producción, o sea, unos 180 folletos y obras, entre las cuales ocho novenas partes estaban dedicadas al sagrado territorio nacional, con una preferencia muy acusada por los monumentos religiosos de la Edad Media. La ausencia de un método uniforme se deja sentir en estos trabajos, ya que las elevaciones líricas y las consideraciones esotéricas más desenfrenadas aparecen junto a análisis pseudointelectuales con una fuerte dosis de jactancia terminológica («los dobles arcos abocinados de ojiva», etc.) y con llanas enumeraciones propias de espíritus escrupulosos. Un último carácter de la historiografía francesa de los años 1870 merece ser subrayado: las es-

casas obras dedicadas a otros países que no sean Francia. Se publican solamente cinco historias universales, 41 estudios sobre Europa y nueve sobre las colonias, contra 168 consagrados a la historia nacional. En ellas se despliega un eurocentrismo a ultranza. Como prueba, he aquí la opinión emitida por Riancey en su *Historia del mundo,* cuyas perspectivas de hecho son más estrechas que las del *Ensayo sobre las costumbres*: «La tiranía musulmana» encuentra «su principio en la cobardía e incurable sensualidad de los hombres degenerados que habitan en estas regiones». Si añadimos a esta miopía, tan francesa, y a esta autosatisfacción del hombre occidental, la gran miseria que afecta a la filosofía de la historia, hay que reconocer que el cuadro es poco halagüeño. Recordaremos sobre todo algunas torpezas: la atracción ejercida por los problemas de ámbito local, el persistente peso de la Iglesia sobre la historiografía y, más ampliamente, el casi total acaparamiento de la historia por las clases dominantes. Sin embargo, a pesar de todas estas debilidades, se prepara un caldo de cultivo favorable a investigaciones más profundas (ediciones de documentos, revistas, coloquios, etc.). La institución histórica francesa de los años 1870-1875 financia algunas misiones en el exterior, pero se apoya fundamentalmente en unos 500 «monógrafos y aqueólogos locales que, como la máquina de Wells, remontan el tiempo sin cambiar nunca de lugar» (Ch. O. Carbonell).

Queda preguntarnos en qué medida se detecta en este ambiente todavía angosto de los historiadores franceses, en el que se percibe la necesidad de un «discurso del método», la influencia de los tres venerables patriarcas que son Taine, Renan y Fustel de Coulanges. Todavía son un mito, nos dice Ch. O. Carbonell con su acostumbrada vivacidad. De hecho, nos dice, estos tres grandes personajes de los años 1860-1870 son muy poco representativos, muy poco «creadores de escuela». Sus obras más importantes, la *Historia de la literatura inglesa* (1863), *La ciudad antigua* (1863) y *La vida de Jesús* (1864) fueron leídas, pero nunca influyeron particularmente en la corporación de los historiadores. Taine preconizó una historia experimental y se autoconsideró, en el prefacio de los *Ensayos de crítica y de historia* (1866), el Claude Bernard de la ciencia histórica. El método en cuatro etapas, por él preconizado, anuncia el sistema que recomendarán Langlois y Seignobos en 1898: a) el *análisis*, que consiste en buscar los hechos y aislarlos; b) la *clasificación* de los hechos, considerando aparte cada clase de ellos (religión, arte, filosofía, industria, comercio, agricultura, etc.); c) la *definición* de los hechos, en forma de «frase abreviada», que resuma el proceso anterior, y d) el *estudio* de las conexiones existentes entre las diferentes definiciones, así entre «un precepto de versificación en Boileau, una ley de Colbert sobre las hipotecas, una sentencia de Bossuet sobre la realeza de Dios», para ver en qué medida forman un *sistema*. Por el contrario, otras ideas maestras de Taine encuentran menor eco en los historiadores profesionales, por ejemplo la afirmación de que las leyes, que la razón irá descubriendo progresivamente, gobiernan a los hombres. Son las leyes de la naturaleza, que se aplican igualmente a la historia. Si aceptamos esto, todo se puede conocer de la misma manera: «Los naturalistas han probado (...). Por un método probado (...). Por un método parecido, los historiadores (...).» Explicar la génesis de una obra literaria en función de la raza, el medio geográfico y la época no es, después de todo, más que

un problema de mecánica, con la diferencia de que la medida de la grandeza no puede tener la misma precisión que la física. Taine encarna, más que ningún otro, la ambición científica: «Creo que todo es posible mediante la inteligencia humana. Creo que con datos suficientes, los que nos podrán proporcionar los instrumentos perfeccionados y la observación continuada, se podrá saber todo acerca del hombre y de la vida. Los propios problemas mentales dependen del tratamiento científico: el vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar. No parece que muchos historiadores contemporáneos, partidarios de la primacía de la psicología, compartan este intrépido reduccionismo. También Renan había proclamado igualmente muy alto su fe en *El porvenir de la ciencia* (1848) y en una ciencia exacta de las cosas del espíritu. Pero no es seguro que *La vida de Jesús* se adapte por completo a este programa. En el prefacio de esta obra, redactada en 1867, el autor reconoce que no se limita a conocimientos sólidamente establecidos: «Si sólo se avanzan cosas seguras» —dice—, «habría que limitarse a algunas líneas.» Más tarde, en las columnas de *La Revue historique*, se le puede reprochar, a la vez que se admira, su «predilección por las épocas conocidas a medias, a través de documentos de procedencia dudosa, cuya erudición y crítica no bastan para reconstruir la verdadera imagen». Por el contrario, el escepticismo que le gana al final de su vida y que le conduce a no ver en la historia más que una «pobre ciencia coyuntural», nos parece anunciar la resignada prudencia de la generación siguiente.

En cuanto a Fustel de Coulanges (1830-1889), siempre manifestó sus reservas respecto a las ambiciones científicas: «La historia no resuelve las cuestiones: nos enseña a examinarlas.» Visto el mesurado carácter «tucididiano» de estos propósitos, ¿no podría haber inspirado una escuela? Ch. O. Carbonell de nuevo responde con una negativa: *La ciudad antigua,* en la que prevalece el espíritu del sistema, es un caso único en los años durante los cuales pululan las monografías. Fustel está considerado básicamente como un profesor de moral cívica que denuncia las querellas entre los historiadores franceses de las distintas escuelas, en un momento en que la erudición alemana «ha armado a Alemania para la conquista». Creemos sin embargo que hay que ponderar esta apreciación de Ch. O. Carbonell. Fustel de Coulanges nos parece que ha contribuido notablemente a establecer los procedimientos de la historia erudita. Primero, por el hecho de considerar el pasado como un objeto separado del historiador, que puede ser observado con «una mirada más serena y segura» que el presente, lo que permite distinguir más fácilmente la ilusión de la verdad. Y también por las repetidas prevenciones contra los impulsos de la imaginación y los excesos de la subjetividad: «La historia es una ciencia; no imagina; sólo ve.» O, incluso, la historia exige «un espíritu absolutamente independiente y libre, sobre todo con respecto a uno mismo». Finalmente, por el enunciado de una regla de oro según la cual la historia debe basarse esencialmente en la crítica de los documentos escritos. Este credo que practicó durante treinta y cinco años, a pesar de la hostilidad de los espíritus sistemáticos y los semieruditos, lo expone una vez más, un año antes de su muerte, en el primer capítulo de *La monarquía franca* (1888). No hay salvación fuera de los documentos escritos: «Leyes, cartas, fórmulas, crónicas e historias, es necesario haber leído estos documentos sin haber omitido ni uno

solo. Ya que ninguno de ellos, tomado aisladamente, da una idea exacta de la sociedad. Se completan o se rectifican entre sí los unos a los otros. El escritor sólo debe pensar a partir de los documentos y escribir bajo su dictado: «Su única habilidad consiste en sacar de los documentos todo lo que contengan y en no añadirles lo que no contengan. El mejor historiador es el que se mantiene más cerca de los textos y los interpreta con mayor exactitud, aquel que no escribe, ni siquiera piensa, más que a partir de ellos.» Abramos *La ciudad antigua,* obra de madurez. De entrada, sorprende la perspectiva sistemática: «Nos proponemos mostrar aquí en virtud de qué principios y qué reglas fueron gobernadas las sociedades griega y romana.» Lejos de afligirnos con laboriosos análisis, antes de hacernos disfrutar con las alegrías de la síntesis, el autor empieza por exponer con toda claridad su idea motriz: «La historia de Grecia y la de Roma son testimonio y ejemplo de la estrecha relación que siempre hay entre las ideas de la inteligencia humana y el estado social de un pueblo. Contemplad las instituciones de los antiguos sin pensar en sus creencias, las encontraréis obscuras, raras, inexplicables... Pero situad las creencias frente a estas instituciones y a estas leyes, veréis como los hechos se clarificarán inmediatamente, y su explicación será obvia.» He aquí la enunciación de una ley histórica, según la cual el hecho religioso explica el hecho social. De donde se deduce el interés de conocer las creencias más antiguas. En ausencia de textos sagrados (¿pero dónde están los himnos de los antiguos helenos?), es posible descubrir los vestigios de los cultos antiguos entre los griegos de la época de Pericles y los de los romanos de la época de Cicerón. Con la perspicacia de un etnólogo, el autor examina la discordancia existente entre los ritos muy arcaicos y las creencias, más recientes, del ciudadano romano del siglo I a. J. C.: «Contemplad de cerca los ritos que observa o las fórmulas que recita, y encontraremos el rastro de lo que creían los hombres quince o veinte siglos antes de él.» Dado que la religión ha sido pues el principio constitutivo de la familia antigua, e inmediatamente de la ciudad, la boda fue la ceremonia por excelencia. Se trataba, para la joven, de abandonar el hogar paterno para adoptar otra religión doméstica. En límpidas páginas, Fustel de Coulanges describe el matrimonio romano. Lejos de satisfacerse con el minucioso análisis del ritual, apoyándose siempre en los textos sin recurrir a la documentación figurada, se interroga acerca del sentido de estas prácticas. También razona ampliamente en función de la verosimilitud. Por ejemplo, cuando se pregunta la razón por la cual el marido «rapta» a su mujer para hacerla entrar en la nueva casa: «¿Para qué este rito?, ¿es un símbolo del pudor de la joven? Esto es poco probable (...) ¿No querrá significar que la mujer, que hará sacrificios en este hogar, no tiene ningún derecho por sí misma, que ella no se acerca a este hogar por propia voluntad, y que es necesario que el señor de este lugar y la divinidad la introduzcan por un acto de su poder?» Los razonamientos del historiador se esfuerzan por llenar los vacíos de la documentación. No se contenta con escribir bajo el dictado de las fuentes. Decididamente, Fustel de Coulanges no quiere dejarse encerrar en las prudentes reglas que enunció, al contrario que Voltaire, cuyas obras históricas no siempre respondían al ambicioso programa que él mismo había trazado para la disciplina.

I. Una visión estereotipada de la historia en la primera mitad del siglo XVII. He aquí cómo nos presenta Desmarets de Saint-Sorlin (1595-1676), en sus *Jeux historiques des rois de France, reines renommées*, a algunos de los reyes que construyeron Francia:

«Ni buenos ni malos»

26.° Carlos el Calvo, emperador. Guerreó sin razón.
27.° Luis el Tartamudo. Emperador. Sólo reinó dos años y dejó a su mujer embarazada de Carlos el Simple.
60.° Francisco II. Murió muy joven.

Crueles

6.° Childeberto cruel y avaro.
7.° Clotario mató por su propia mano a sus sobrinos.
8.° Chereberto.
8.° Chilperico. Estranguló a su esposa.
14.° Childerico II. Hizo azotar a un gentilhombre a quien mató.

(Citado, con ilustraciones, en *L'Histoire Générale de l'Énseignement et de l'education en France*, tomo II, *De Gutemberg aux Lumiéres,* por F. Lebrun, M. Venard y H. Quéniart, París, 1981, p. 520).

II. Le Nain de Tillemont, *Memoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles. Notes sur Saint Irénée*, edición de 1701, pp. 620-621.

NOTA II. *De cómo San Ireneo no fue obispo hasta después de la muerte de San Pothin.*

El P. Halloix parece inclinado a creer que S. Pothin, muchos años antes de su muerte, había ordenado obispo a San Ireneo para que le asistiera en su vejez y le sucediera. Era avanzar una cosa contraria a la costumbre de la Iglesia, sin nigún dato positivo, dado que, según confiesa él mismo, las razones en que se apoya sólo son probabilidades y conveniencias, que podemos calificar de imaginarias. Tiene en contra las afirmaciones de San Eusebio y San Jerónimo, que dicen que San Ireneo recibió el episcopado de Lyón después de la muerte de S. Pothin. Pero incluso tiene en contra la de los Mártires de Lyón que, cuando escriben al papa Eleuterio, o inmediatamente antes de la muerte de S. Pothin, o quizá cuando ya estaba muerto, dicen que la jerarquía que tenía S. Ireneo era la de sacerdote; de donde concluyó Eusebio que entonces era sacerdote de Lyón, sin preocuparse de que, a veces, la palabra sacerdote se pueda considerar equivalente a la de obispo.

NOTA III. *De si Ireneo era el único obispo de las Galias.*

Lo que dice Eusebio de que S. Ireneo gobernaba las Iglesias de las Galias (...) seguramente da pie al P. Quesnel a creer que entonces S. Ireneo era el único obispo de las Galias: y este Padre todavía subraya que Eusebio, después de haber dicho que la cuestión de la Pascua había sido juzgada por los obispos del Pont, añade *y por las Iglesias de las Galias*, cambiando la palabra Obispos por Iglesia. San Saturnino también le apoya cuando dice que este santo fue a Toulouse hacia el año 250, cuando sólo había pocas iglesias en las Galias. Se puede oponer a esto lo que dice Eusebio, que los evangelistas, después de haber anunciado la ley en un país, inmediatemente nombraban allí pastores; lo que según las costumbres antiguas quiere decir jefes de las Iglesias, es decir, Obispos. Luego, vemos por la historia que, desde los tiempos de S. Pothin, había cristianos en Vienne y en Autun, y Eusebio, como acabamos de ver, reconocía la existencia de muchas Iglesias en las Galias en tiempos de San Ireneo.

CAPÍTULO 7

MICHELET Y LA APREHENSIÓN TOTAL DEL PASADO

Para los partidarios de la «Nueva Historia», Michelet constituye una referencia ritual obligada, puesto que se había consagrado a la «resurrección del pasado integral». Pretendió ser portavoz de una historia *otra*, diferente, apta para hacer hablar a los «silencios», que diera amplio espacio a las pulsiones irracionales. Ser un «resucitador», recrear la vida misma, constituye la ambición suprema de cualquier historiador después de haber dedicado su vida a la investigación erudita. En los tiempos actuales, en los que prevalece un tipo de historia tan diferente, con sus análisis seriales, curvas y gráficas, Michelet resulta un modelo fascinante. Nos podemos preguntar si no es Michelet un mito piadosamente conservado. Antes de llegar a ninguna conclusión, habremos de precisar los límites de su proyecto histórico, comprobar cómo le da cumplimiento en sus escritos, y tener presentes los obstáculos que encontró, ideológicos unos e inconscientes otros, en su aprehensión global del pasado.

1. El proyecto-testamento de Michelet

Para analizarlo, nos basaremos principalmente en el célebre *Préface à l'histoire de France*, que incluimos al final del capítulo. Fue redactado por Michelet entre el 22 de febrero y el 12 de septiembre de 1869, a petición de su editor, que quería reeditar la *Histoire de France*, cuyo decimoséptimo y último tomo estaba a la venta desde 1867. Michelet afirmaba orgullosamente su ambición de haber decidido ser, desde el comienzo de su carrera, el resucitador de la totalidad nacional en gestación a través de los siglos. Tal proclamación exige algunos correctivos y algunas aclaraciones.

A. Este *Prefacio* está *escrito al final* y no en otro momento de la carrera de Michelet. Tiene por objeto situar toda su obra dentro de las coordenadas de un proyecto único. Es, por tanto, un texto madurado durante mucho tiempo, que ha sido previamente esbozado muchas veces, por ejemplo en: «Materiales de un prefacio aplazado: mi vida, mis enseñanzas, mis libros». Es un texto que resume toda su vida, de la que vamos a recordar

tan sólo algunos momentos cruciales. Nacido en París en 1798, hijo de un artesano impresor, Michelet hace sus estudios en el colegio Carlomagno y en la Sorbona. A partir de 1821 es *agrégé* de Letras; inmediatamente después, siendo ya profesor de la Escuela Normal, escribe manuales de historia. Accede a la notoriedad a partir de 1830: profesor de la hija de Luis-Felipe, llega a ser jefe de la sección histórica de los Archivos nacionales; después, *catedrático* en la Sorbona, y, finalmente, profesor del Colegio de Francia y miembro del Instituto (1833). Redacta su *Précis d'Histoire*. A partir de 1842, se alinea en la corriente de la pequeña burguesía liberal y anticlerical; embargado por los ideales de 1789, se adhiere a las aspiraciones revolucionarias de 1848. Su hostilidad hacia el partido del orden y hacia el príncipe-presidente le cuesta el verse suspendido en la docencia en 1851. Durante todos estos años prosiguió sin descanso su monumental *Histoire de France*, publicando primero *La Edad Media* (6 volúmenes, 1833-1844) y después *La Revolución* (7 volúmenes, 1847-1853).

Desde 1852 hasta su muerte, en 1874, vive pobremente en Nantes y en París, apasionadamente dedicado a escribir una obra literaria de acentos proféticos: *La mujer* (1859), *La bruja, La Biblia de la humanidad* (1864). Al mismo tiempo concluye su *Historia de Francia* con *El Renacimiento* y *Los Tiempos Modernos* (1857-1867).

B. Toda la obra del historiador, a decir verdad muy diversa, está contenida en el *Prefacio* de 1869, dentro de las coordenadas de una única pulsión creadora. Es el «relámpago de julio» (párrafo 1), luminosa revelación de Francia, fruto del trabajo de cuarenta años. ¡Botón de muestra de la ideología pequeño-burguesa, al igual que la evocación de aquella «brillante mañana de julio»! (párrafo 10). Parece evidente la trasposición de los valores cristianos.

Se trata de una iluminación mística, en la que «la llama lo simplifica todo». Esta obra, «concebida en un instante», (párrafo 1), de hecho cambia en sus facetas, como lo demuestran las visiones sucesivas de la Edad Media, que explicaremos más adelante. Los grandiosos ímpetus románticos de los párrafos 7 y 8 nos conmueven más que su mística republicana. Su pasión es la del historiador en busca de la «vida misma». Su «violenta voluntad» de rehacerlo todo es análoga a la de Gericault. Michelet irá «aprehendiendo y apropiándoselo todo» —se sobreentiende como materia histórica—, para confesar al final de sus días: «He bebido demasiada sangre de los muertos.» Burócrata por su forma de trabajar, nunca permitirá que se apacigüen en él ni las pasiones ni las furias.

C. Michelet desea *alejarse radicalmente de la práctica histórica dominante*, pero manteniendo respeto y reverencia hacia sus colegas, de ahí que frecuentemente entone alabanzas ante la institución histórica en germen: «Hombres eminentes lo habían estudiado» (párrafo 2); «el ilustre Sismondi», «perseverante trabajador» (p. 3); «esta noble pléyade histórica» que, de 1820 a 1830, «brilla tan intensamente» (p. 5). Pero, a pesar de todos estos personajes distinguidos, en 1830 ¡en Francia no había más que «los anales, en absoluto historia»! (p. 2). Michelet reprocha algunas debilidades a los ilustres representantes de la historia liberal: A. Thierry, Guizot, Mignet, Thiers y otros. En primer lugar les reprocha lo limitado de su información. Sismondi «no entra apenas en la investigación erudita» (p. 3); sus colegas dejan lo mejor «sumido en las fuentes inéditas» (p. 24). Aquí se

expresa el antiguo jefe de la sección histórica de los Archivos nacionales, «cementerios de la historia» que tanto estimulaban su imaginación: «No tardé en darme cuenta de que había, en el aparente silencio de aquellas galerías, un movimiento, un murmullo que no era el de la muerte (...), todos vivían y hablaban (...) y, a medida que yo soplaba sobre su polvo, los veía incorporarse.»

La ignorancia acerca de «las fuentes primitivas, la mayor parte inéditas» (p. 4), ha permanecido hasta 1830-1836, incluso para el propio Michelet, cuya documentación era sobre todo libresca en el momento en que escribía *Précis d'Histoire Moderne* (1828) y su *Introduction à l'Histoire Universelle* (1831).

Formula un segundo motivo de queja respecto a sus eminentes colegas: carecen del sentido de la historia total. Dan demasiada importancia a la política (p. 2) a expensas de otras instancias de la realidad. Sólo tienen puntos de vista fragmentados, lo que les conduce a aislar los objetos de estudio (la raza, las instituciones, etc.) sin aprehender las interrelaciones que hay entre los distintos dominios (p. 5).

De esta manera se pierde de vista «la armonía superior», o sea, en el lenguaje actual, la preocupación por la globalidad. Esta historia, «demasiado poco material, demasiado poco epiritual» (pp. 22 y 23), descuida tanto el sustrato material como las elaboraciones del «alma nacional», situándose en un terreno intermedio entre lo político y lo institucional.

Tercer motivo de queja: la noble pléyade es víctima de los *a priori* ideológicos. Así el admirable Thierry queda anclado en la teoría de la «perpetuidad de las razas» (p. 14), tomada de algunos historiadores del siglo XVIII, lo cual le induce a subrayar las sucesivas dominaciones de los galos, los francos, etc. Tal interpretación expresa la exaltación del sentimiento nacional, vinculado al movimiento romántico, y le impulsa a traducir los conflictos de clases en conflictos raciales, por ejemplo: ¡la aristrocracia franca se opone al tercer estado galo! Pero la obra de Thierry conserva su atractivo en la medida en que escapa a una visión sistemática y surge espontáneamente de las vibraciones de un «corazón conmovido» por la invasión extranjera, al que mueven los ideales patrióticos (p. 14). Esta vibración interna «se halla también en los escritos de Michelet cuya pasional temática subyacente es muchas veces más atractiva que las ideas explícitamente afirmadas».

D. Aquí la *ambición de totalidad* está más claramente afirmada que nunca. La «totalidad vivida» que pretende reconstruir Michelet se sitúa a un nivel más profundo que el «global» de los historiadores actuales. Se trata de aprehender la *unidad viva* y no solamente instancias interrelacionadas. Todos los escalones de la realidad, habitualmente separados, se subsumen en una *armonía superior* (p. 5). «Yo he sido el primero en verla (a Francia) como un alma y una persona» (p. 2). El historiador accede a lo uno, no divino, sino nacional. La muy tradicional metáfora del organicismo (p. 6) explicita la noción de la armonía superior. La vida implica la solidaridad de los órganos, su mutua influencia, etc...

La ambición del historiador consiste por tanto en *reencontrar la vida histórica* (p. 7) por dos caminos complementarios:

a) *seguirla en todas sus vías,* lo que implica extensa información, un trabajo minucioso de reconstrucción;

b) *restablecer... la acción recíproca de las diversas fuerzas en un poderoso movimiento,* actitud que responde evidentemente a una filosofía vitalista, tomada de Vico y de algunos historiadores alemanes, según la cual hay un principio vital en la historia de la humanidad.

Así podemos abarcar con más precisión el *problema histórico* de Michelet (p. 9), o sea, la *resurrección de la vida integral*, comprendido en sus cálidas entrañas, en «sus organismos interiores profundos». Añade en otra parte: «son necesarios el ardor y la emoción». Tal proyecto es hijo, más que de una decisión racional, de la pasión, del deseo de abarcar la materia histórica viva y, también, de su relación con los muertos. Para aprehender así la historia por dentro, es necesario percibir el pasado en otra onda, de manera que la narración histórica deje de ser un *puzzle* inerte y se convierta en vida y movimiento. Michelet nos proporciona el sustituto laico de la resurrección de los muertos: «Un inmenso movimiento se agita ante mis ojos» (p. 11).

Precisa los caracteres de la auténtica vida que hace renacer (p. 12): no se trata de un calor de laboratorio, ni de movimientos convulsivos artificialmente producidos en un cadáver (galvanismo), sino de un crecimiento lento, de una continuidad. La vida vegetal nos suministra el modelo. Enraiza en un *substrato* geográfico y climático (p. 16) que no es tan sólo el escenario de las actividades históricas, sino del conjunto de las condiciones ecológicas que modelan los seres vivos («de tal nido, tal pájaro»). A pesar de tan atractiva proclama, los actores de Michelet «flotan» un tanto «en el aire», en los espacios vaporosos de la mística republicana, como la Francia «hija de la libertad» (p. 20).

Esta última expresión nos incita a evocar *el trabajo sobre sí misma* (p. 18) de toda sociedad que, según Michelet, constituye el propio movimiento de la historia, cuya concepción es para él esencialmente dinámica. También evoca *el gran trabajo de las naciones* (p. 17), algo así como una gestación continua de su propia personalidad, lo que le permite hacer justicia al fatalismo racial. Se produce una operación de trituración y amalgamación, en la que todos los elementos originales se funden para dar nacimiento a un organismo original. Se trata de una actividad moral, de una toma de conciencia progresiva y no sólo de progresos yuxtapuestos. Esta idea vuelve a aparecer en el párrafo 19, en el que queda manifiestamente claro que el pensamiento de Michelet está vinculado a lo que se podría llamar «vitalismo evolucionista», donde el principio vital usurpa los atributos de Dios. *Así marcha la vida histórica* trata de cómo se hace la fusión y la amalgama que conducen a la elaboración de las personalidades nacionales diferentes. El modelo en la materia es, como no podía por menos de ser, Francia, portaestandarte de la libertad del mundo.

E. La relación existente entre el historiador y su obra está formulada en términos muy originales. El autor está profundamente implicado en la operación que ha realizado. La objetividad, según Michelet, es un falso problema. El historiador no debe pretender siquiera eclipsarse ante su trabajo, sino estar presente en él, a todos los niveles, con sus pasiones y emociones. La presencia del historiador en su obra es comparable con la del artista en la suya (p. 26).

Nada hay más pernicioso que el historiador que se eclipsa, como Ba-

rante. «Sólo se pueden penetrar los misterios del pasado» con la propia personalidad (p. 27). Únicamente una relación amorosa con el tema permite llegar a tener una segunda percepción (p. 28). Es evidente la inclinación de Michelet, bastante turbulenta, por el «grandioso, sombrío, terrible siglo XIV», tiempo de pestes y de guerras, en cuyo contacto hallan resonancia los propios fantasmas del autor.

La propia vida de Michelet se «halla involucrada» (p. 25) en la *Histoire de France*, libro nacido de la «tormenta (otra vez la inclinación a la turbulencia) de la juventud» (p. 29), una locura, un trabajo abrumador, al que se ha dedicado como si se tratara de la resolución de un problema crucial (ver p. 9). «Ese ha sido mi único gran acontecimiento» (p. 25), frase que suena a confesión: para el historiador, su auténtica vida se halla entre los personajes del pasado, viviendo el tiempo presente por delegación. Para Michelet, la historia se detiene en 1789, o más exactamente en 1790, en la Fiesta de la Federación.

A su vez, este libro es el producto de toda una vida dedicada al trabajo, lo que explica su homogeneidad, su profunda coherencia (p. 13): ha ido creciendo lentamente, como una planta, a partir de un único método. Se presenta como un conjunto armónico, pleno de múltiples ecos. Tales afirmaciones enmascaran muchas variaciones de fondo, si no de forma.

Operando una inversión en la relación entre el autor y su obra, encontramos líneas sorprendentes acerca del historiador engendrado por el texto (p. 29):

«Este hijo ha hecho a su padre.» A continuación proporciona la explicación: «Me ha hecho crecer en fuerza y en clarividencia», etc. Leyéndolo se tiene al sensación de que Michelet ha resuelto sus problemas interiores al hilo de sus páginas, llegando a alcanzar un estado de paz, una vez concluida su tarea de resucitador. Suena como un desafío a la historia objetiva, que estaba tratando de precisar sus procedimientos en los años 1860-1870.

Este célebre texto puede ser leído a dos niveles, con apreciaciones opuestas en cada ocasión. Es, en muchos aspectos, un monumento de la ideología pequeño-burguesa. Una simple reagrupación léxica en torno de *Francia* resulta abrumadora: «luz, alma, persona, hija de su libertad, ha hecho Francia», etc. Pero también expresa la relación vital existente entre el autor y su obra. En torno del entrañable término-*libro* se agrupan: «vida, lentitud, método, forma, color, armónico, único acontecimiento, me ha creado», etc. La obra de Michelet se salva por esta pasión que le devora. Roland Barthes ha dicho de él que era un devorador de la historia, animado de un amor furioso por el trabajo, sometido a una disciplina monacal a fin de saciar su apetito insaciable. Su ingestión de la historia tiene resonancias de ritual («he bebido demasiado la sangre de los muertos»), pero también algo de animal: «ramonea la historia», dice Barthes. Es en este nivel donde radica la emoción y el atractivo de los escritos de Michelet.

2. Fracaso de la globalidad

La grandiosa ambición enunciada en el *Prefacio* de 1869 no llega a realizarse a lo largo de la carrera de Michelet. Dos series de razones explican

su fracaso. El autor de la *Histoire de France* contempla el pasado con las lentes de su ideología y sufre el peso de su inconsciente, lo que determina que su aproximación a la materia histórica sea selectiva.

Sin pretender reprochar a Michelet el faltar a la objetividad que jamás predicó, vamos a destacar, en primer lugar, dos ejemplos de la influencia determinante que sus *opciones ideológicas* y políticas han ejercido sobre su visión del pasado.

Su concepción de la Edad Media fluctúa en función de su historia personal y de sus compromisos sucesivos, como lo ha demostrado admirablemente Jacques Le Goff: *a)* Desde 1833 a 1844, bajo la influencia de la corriente romántica, monta una «hermosa Edad Media», a la vez material y espiritual, en el seno de la cual se realiza «el gran movimiento progresivo, interior, del alma nacional». Época de piedras plenas de vida que «se anima (n) y se espiritualiza (n) bajo la ardiente y severa mano del artista», época de la infancia de Francia, en la que se suceden los bárbaros desbordantes de sangre nueva, los pastorcillos de las cruzadas populares y Juana de Arco. Michelet todavía considera que el Cristianismo es una fuerza positiva que ha trabajado por la liberación de los humildes. Celebra la unión de la religión y de pueblo, cuyos sufrimientos y luchas (la *Jacquerie,* los trabajadores flamencos) descubre. *b)* A partir de 1855 domina «la sombría Edad Media», «mi enemiga Edad Media»; así se expresa tratando de rectificar sus obras precedentes. Hasta entonces no había visto más que el ideal, ahora descubre la realidad, su «estado extraño y monstruoso». Es su anticlericalismo, cada día más y más virulento, el que le impele a esta negación. Incluso ya no halla gracia en su arte. La Iglesia, lejos de ser la protectora del pueblo, no es más que una institución represiva, y a cuyas víctimas rehabilita (tanto a Abelardo como a los albigenses). La Iglesia prohíbe la fiesta y hace imperar la ignoracia. *c)* Con *La bruja* (1862), Michelet descubre una Edad Media subterránea, en la que Satanás es el árbitro. Satanás, «raro nombre de la libertad, la cual es cambiante, joven militante en principio, negativa, creadora; después, más y más fecunda». Ve en la bruja a la madre de la ciencia moderna, por su conocimiento de la naturaleza, del cuerpo y de la medicina. Un siglo, el siglo XIV, que ejerce una sombría fascinación sobre Michelet, está pintado, más que cualquier otro, con colores diabólicos. *d)* Otro último cambio de Michelet; ya envejecido, asqueado por el triunfo del maquinismo, del capital durante el segundo Imperio, retorna a la Edad Media de su juventud, período de vida desbordante y de creatividad...

Su visión de conjunto de la historia se ordena siguiendo una *bipolaridad* que es como mínimo esquemática. Se enfrentan los principios antitéticos en una especie de sustitución de la psicomaquia de los autores medievales: gracia y justicia, fatalidad y libertad, Cristianismo y Revolución. Todos lo excesos que se producen a lo largo del desarrollo de la historia están curiosamente asociados a la acción de la gracia, enemiga de la justicia, fuente de arbitrariedad y de tiranía. Entre sus agentes se encuentran tanto los jesuitas como Bonaparte, mientras que los valdenses y la bruja, por ejemplo, son heraldos de la justicia. A esta oposición binaria se suma otra: la antítesis entre Cristianismo y Revolución. La segunda usurpa los atributos de la primera: ¿no tiene, acaso también su eucaristía (la Fiesta de la Federación), su pasión y su gran sacerdote (el propio Michelet)? Michelet es

consciente del carácter sagrado de su trabajo de historiador: «Portaba el pasado como hubiera portado las cenizas de mi padre o de mi hijo.»

Michelet, mago de la historia republicana, ha sido objeto de ataques muy vivos no totalmente injustificados, por parte de Maurras, el cual dice con ironía: «Su procedimiento usual consiste en elevar a la dignidad de Dios cada sedimento de idea general que se le ocurre. Michelet elaboró el pensamiento con el corazón, hizo que su corazón pensase sobre toda clase de temas: la historia de la humanidad, la de la naturaleza, la moral, la religión (...). Esta mixtura, horneada al calor de su imaginación y de su pasión, se convierte en un producto con consistencia, algo así como un humilde corpus de filosofía popular.»

El peso del inconsciente ha sido revelado por Roland Barthes mediante un análisis temático profundo. En su opinión, la obra de Michelet constituye «una red organizada de obsesiones», lo cual se manifiesta, por ejemplo, en su eterno volver a los mismos temas, o en la identificación entre bárbaro y empuje de la sangre nueva, entre monarquía y sangre agotada, entre jesuita y sequedad. Es evidente que estos temas responden a la actitud que Michelet adopta ante la vida o la materia, y que están estrechamente unidos a su sistema de valores.

Para ilustrar esta interpretación psicoanalítica, formulada de forma fascinante por Roland Barthes, vamos a examinar algunas de las obsesiones mayores de Michelet, sin pretender agotar el registro, muy abundante por cierto. Primero aparece el gusto por la homogeneidad y la continuidad, tanto en la materia como en la duración. Por ejemplo, Francia es el producto de una fusión que se dio en la Fiesta de la Federación de 1790; entonces se desvanecieron las particularidades provinciales y nació la patria común, sólidamente arraigada en la tierra. El principio nacional, como el principio democrático, ha tenido, a lo largo de los siglos, un crecimiento lento y continuo, de tipo vegetal. La historia «a lo Michelet» no es un encadenamiento mecánico de causas y efectos, sino una «cadena de identidades», por lo que pueden ser presentadas como (pre) figuras del pueblo nada menos que Louis Le Débonnaire, Roberto el Piadoso, Godofredo de Bouillon y Juana de Arco. ¡Cómo no pensar en los manuales destinados a la enseñanza pública durante la III y la IV República, en los que tantas figuras históricas encuentran eco a través de los siglos (Carlomagno y Jules Ferry, etc.)! Esta *historia-árbol,* esta serie de identidades, se aviene muy bien con un cierto evolucionismo, situando las sucesivas figuras, que responden a un mismo principio, en estadios diferentes de crecimiento.

Michelet estaba igualmente obsesionado por el deseo de entrar en relación con los muertos y de llegar a encontrar su «substancia corruptible». Los documentos, para él, eran voces que había que escuchar. Quería rendir plena justicia a sus autores, cumpliendo, como signo de respeto hacia ellos, un «gesto reparador», que consistía en desvelar el sentido profundo de su existencia y devolverles una vida plena:

> «He hablado del oficio que ocupa Camoens en la orilla mortífera de la India: administrador del bien de los fallecidos.
>
> Sí, cada muerto deja un pequeño bien, su memoria, y quiere que sea cuidada. Para aquel que no tiene amigos, la magistratura debe suplirlos. Porque la ley y la justicia son más seguras que nuestra ternura olvidadiza; muy pronto se secan nuestras lágrimas.

La historia es esta magistratura. Y los muertos son, utilizando las palabras del derecho romano, *miserabiles personae*, de los que debe preocuparse el magistrado.

En mi carrera, nunca he perdido de vista este deber de historiador. He dado a muchos muertos demasiado olvidados asistencia, asistencia que yo mismo necesitaré.

Les he exhumado y dado una segunda vida. A muchos de ellos les he hecho nacer yo, ya que carecieron de vida en su momento. Otros nacieron un poco antes de que nuevas y sobrecogedoras circunstancias los destruyeran, aniquilando su memoria (ejemplo, los héroes protestantes muertos antes del brillante y desmemoriado siglo XVIII, antes de Voltaire y Montesquieu).

La historia acoge y renueva las glorias desheredadas; da vida a los muertos, los resucita» (*Histoire du XIXe siècle*, tomo II, «El directorio», prefacio (p. 11), citado por R. Barthes).

No hay resurrección posible si no se devuelve a los difuntos su «complexión», su circulación sanguínea y la textura viva de su piel. Los retratos de Michelet no son el resultado de meditada elaboración; por el contrario, los esboza rápidamente y uno o dos adjetivos bastan para evocar lo esencial del individuo, a expensas de su anatomía. Vemos desfilar así, en una especie de museo Grevin, a Luis XV, seco como un sarmiento; a Luis XVI, pálido y graso; a Napoleón, amarillo y cerúleo; a un Robespierre-gato, en contraste con un Marat-sapo:

«El personaje tenebroso se colocó al sol, sonriendo con su vasta boca. Su presencia en la tribuna agitó a todo el mundo: parecía sucio. Su rostro ancho y plano, que apenas se destacaba del cráneo y del cuerpo; sus manos gruesas, ordinarias, posadas sobre la tribuna; sus ojos saltones no parecían corresponderse con la idea de un hombre, sino más bien con la de un sapo...» (*Histoire de la Révolution*, tomo IV, libro III, cap. 3).

En cuanto a las mujeres, unas son dulzonas, otras evocan la mantequilla, o la crema blanda (Mme. de Pompadour) o «el agua estancada, como un pantano sospechoso» (la duquesa de Orleans) (¡!). Cada uno de estos personajes tiene su atractivo, o bien suscita repulsión, dependientes uno u otro tanto de su epidermis como de las convicciones políticas de Michelet (recordemos que la monarquía es sinónimo de vanidad, de sangre agotada). Sus actores históricos mantienen relaciones de tipo pasional o erótico, dignas de las mejores evocaciones novelescas. Cuando relata el matrimonio de Napoleón y María Luisa, Michelet da libre curso a su desbordante imaginación y a sus fantasmas:

«Fue un sacrificio humano. María Luisa, a pesar del esplendor de su sangre y de la frescura de sus veinte años, parecía muerta. Era entregada al Minotauro, al gran enemigo de su familia, al asesino del duque de Enghien. ¿No iba a devorarla? (...) Su amarilla piel de corso se había vuelto, a causa de la grasa, blanquecina, fantasmagórica. A la hija del Norte, una rosa (una rosa un tanto vulgar, según la descripción que de ella hace Prud'hon), le producía espanto su contacto» (*Histoire du XIXe siècle*, tomo III, libro IV, cap. 8).

En las muchas citas de las líneas anteriores ya lo hemos visto: Michelet

está obsesionado por la sangre, que es para él la «substancia cardinal de la historia». Roland Barthes ha hecho una sugestiva clasificación de las sangres de los héroes de Michelet. La valiente hermana Margarita María de Alacoque, propagandista de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a finales del siglo XVII, está afectada por un exceso de sangre:

> «Las Salesas, como es sabido, esperaban la visita del Esposo, y se llamaban *Hijas del Corazón de Jesús*. Pero el Esposo no llegaba. La adoración del Corazón (pero del Corazón de María) había surgido en Normandía con poco éxito. Pero en la espirituosa Borgoña, donde sexo y sangre son exuberantes, una muchacha borgoñona, religiosa salesa de Paray, recibió la visita prometida, y Jesús le permitió besar las llagas de su corazón sangrante. Margarita María de Alacoque (era su nombre), con la palidez de la madrugada debida al frío régimen conventual, no se había abatido. Tardíamente enclaustrada, en la plenitud de la vida y de la juventud, la pobre muchacha era víctima de su sangre pletórica. Cada mes había que sangrarla. Y, a pesar de ello, no dejó de tener, a los veintisiete años, un éxtasis supremo de celeste felicidad. Fuera de sí misma, se confesó de ello con su abadesa, mujer hábil que tuvo la osadía de extender un contrato de matrimonio entre Jesús y Margarita María de Alacoque, la cual firmó con su sangre. La superiora firmó osadamente por Jesús. Lo más fuerte del caso es que hubo nupcias. A partir de entonces, cada mes, la esposa fue visitada por el Esposo» *(Histoire de France*, tomo XIII, cap. 15).

En cambio, Carlos XII de Suecia y Saint-Just tuvieron una sangre «pálida y seca», y Robespierre una sangre insípida que contrasta con la muy generosa de las mujeres de Thermidor que asisten a su ejecución, las cuales «ofrecían un espectáculo intolerable. Impúdicas, medio desnudas bajo pretexto de que era julio, cargadas de flores sus gargantas, acodadas sobre terciopelos, con medio cuerpo inclinado sobre la *rue* Saint Honoré, rodeadas de hombres situados a sus espaldas, chillaban: ¡A muerte, a la guillotina!» El visionario Michelet es asaltado por los fantasmas de la sangre derramada, lo mismo cuando las matanzas de San Bartolomé que cuando las de los leprosos y apestados del «terrible siglo XIV», y, muy especialmente, cuando las de septiembre.

En conclusión, podemos preguntarnos si Michelet, dada su percepción selectiva y partidista del pasado, se ha limitado a mimar el sueño de la resurrección de la vida integral. La respuesta es que, a pesar de sus limitaciones, ha realizado, parcialmente, su proyecto. Poseyó, indudablemente, el sentido de las grades fuerzas colectivas en la obra de la historia. Su héroe por excelencia es el pueblo, término mágico, a cuya invocación se resuelven las contradicciones y se reabsorben las oposiciones, ya sean de edad, clase o sexo. El pueblo es andrógino, masculino y femenino a la vez, porque asocia inteligencia e intuición. Es un niño por sus aspiraciones e ímpetus; un viejo por su sabiduría, fruto de la experiencia. Es un «potencial de calor», una matriz, un seno:

> «En la nacionalidad, como en la geología, el calor está debajo. Descended, comprobaréis que el calor aumenta; en las capas interiores hay fuego.
>
> Los pobres aman a Francia por obligación, porque tienen deberes ha-

cia ella; los ricos la aman porque les pertenece, por reconocimiento. El patriotismo de los primeros es un sentimiento de deber; el de los segundos es un sentimiento de exigencia, la pretensión de un derecho.

El campesino, ya lo hemos dicho, se ha desposado en legítimo matrimonio con Francia; es su mujer, para siempre; vive con ella. Para el obrero, es su hermosa querida; no posee nada, pero tiene su Francia, su noble pasado, su gloria. Liberado de las ideas locales, adora la gran unidad. Para que se debilite en él este sentimiento hace falta ser muy miserable, hallarse envilecido por el hambre y el trabajo; de otra forma nunca llega a extinguirse en él tal sentimiento» (*Le peuple,* I, cap. 8).

El pueblo, que ha ido emergiendo progresivamente a través de la historia, tiene la vocación de congregar a todo el mundo. Efectivamente, ser pueblo es ante todo un estado de espíritu: «Yo soy pueblo, tengo al pueblo en mi corazón.» Hay que sumergirse en él, vibrar con él, especialmente al relatar lo ocurrido en los años que van de 1789 a 1792. Michelet ha sido el primero en reconocer la importancia decisiva de las masas en la historia. Un poderoso hálito, el grandioso viento de la fraternidad democrática, recorre todo su relato de la Revolución. Porque ama al pueblo, sabe apreciar con justicia, y sin excesiva complacencia, su comportamiento. Cuando relata las matanzas de septiembre, analiza de forma bastante convincente la psicología de los comerciantes en bancarrota, que engrosan las filas de los matones, y la de la muchedumbre, deseosa de barrer de París la plaga contrarrevolucionaria, pero siempre dispuesta a enternecerse cuando el tribunal pronuncia una absolución. Pueblo versátil, blando de corazón y olvidadizo a la vez (...). Cuando relata los inicios de la insurrección monárquica de la Vendée en 1793, Michelet «siente» el comportamiento de los campesinos con mucho acierto y no disimula el rigor de la ley de requisición, pero, al mismo tiempo, denuncia la propaganda y las manipulaciones del clero obscurantista, y celebra, con emoción, a los mártires republicanos:

«El clero, después de cuatro años, a pesar de su rabia y de su violencia, no conseguía atraerse a las masas. Más furioso que convencido, no hallaba los medios, sencillos y poderosos, capaces de conmover la fibra sensible del pueblo. No bastaba con proclamar y comentar las bulas pontificias; el Papa estaba en Roma y quedaba muy lejos de la Vendée. Apenas había milagros. Por sencillo que fuera el pueblo, no resulta arriesgado pensar que muchos tenían sus dudas. Sus artimañas turbaban a unos y volvían tibios a otros. Cathelineau imaginó algo ingenuo y leal que produjo mayor impresión que todas las mentiras juntas: en las procesiones en las que se portaba la cruz, las parroquias de los curas juramentados llevarían su Cristo envuelto en crespones negros.

Tuvo un efecto inmenso. Todas las mujeres sencillas lloraban viendo a Cristo de esta manera humillado, sufriendo la Pasión por segunda vez (...). ¡Qué reproche a la dureza, a la insensibilidad de los hombres, capaces de soportar la cautividad de Nuestro Señor! (...). Los hombres se acusaban, se hacían recíprocos reproches. Ocasionó celos y rivalidades entre los pueblos próximos. Los que sentían vergüenza de no sacar a su Cristo con el rostro descubierto eran vilipendiados públicamente por el resto como cobardes que soportaban tiranía (...).

La ley de la requisición había intensificado el odio del campesino contra Cholet, contra las ciudades en general, contra los ayuntamientos. En virtud de esta ley, la Convención imponía a los funcionarios municipales

la terrible carga de improvisar un ejército, personal y material, hombres y cosas, todo. Les otorgaba el derecho de conseguir los reclutamientos y también el equipamiento, la indumentaria y los transportes. Se decía que la República iba a requisar los animales (...). ¡Tocar a los bueyes! ¡Dios omnipotente! (...) Eso bastaba para tomar las armas.

La ley de la requisición autorizaba a los comunes a resolver entre ellos mismos cómo formar el contingente total. Si un muchacho era muy necesario en su familia, la municipalidad lo dejaba en ella y tomaba otro. Precisamente la arbitrariedad del sistema multiplicaba las disputas. Parecía que la Convención, debido a lo imprudente de esta ley, hubiera hecho un llamamiento general a la discusión. Las autoridades municipales no sabían a quién escuchar. Se injuriaba y se amenazaba por igual a los republicanos y a los monárquicos. Un municipal monárquico a quien los campesinos querían liquidar, les decía: "¿Que os creéis? (...) jamás encontraréis otro que sea más aristócrata."

El día 10 explotaron los odios, atroces en Machecoul. Tocaban a rebato cuando una enorme masa rural caía sobre la pequeña ciudad. Los patriotas se echaron a la calle intrépidamente, doscientos hombres frente a muchos miles. La multitud pasó por encima de sus cuerpos. Entró como una marea apoderándose de todo. Era un domingo; llegaban con el propósito de vengarse y divertirse. Por diversión, crucificaron de cien formas al cura constitucional. Le mataron a golpes, infligidos sólo en la cara. Después se dedicaron a la caza de los patriotas» *(Scènes de la Révolution Française)*.

Cantor del pueblo, de sus sufrimientos y de sus triunfos, Michelet supo encontrar espacio en su historia para describir el medio geográfico y climático y las interacciones entre los cuerpos y el medio. Se interesa no sólo por la entidad del pueblo, sino por las condiciones de la vida concreta de las masas. Dedica su atención al presupuesto familiar, a su alimentación e indumentaria, con sus connotaciones sociales. También se interesa por todo lo que hasta entonces había quedado al margen de la sociedad y del análisis histórico: lo irracional, la herejía, los maleficios, los proscritos y los marginados, la cultura popular... En este aspecto puede ser considerado como el precursor directo de toda una línea de historiadores actuales [5] que se dedican a hacer resurgir todo cuanto fue objeto de rechazo en el pasado.

DOCUMENTO

Prefacio a la historia de Francia, 1869

Esta obra, elaborada durante cuarenta años, fue concebida en un instante, en un relampaguear del mes de julio. En aquellos memorables días, se hizo la luz, intensísima, y vi a Francia.

Francia tenía anales, pero no historia. Hombres eminentes la habían estudiado, sobre todo desde el punto de vista político. Ninguno la había pe-

[5] Entre las obras más significativas de esta corriente historiográfica merecen citarse los trabajos de C. Ginzburg, *Le Fromage et les Vers* (1980) y *Les Batailles nocturnes* (1980). Del primero hay traducción al castellano en Muchnik, Barcelona.

netrado en los infinitos detalles de los múltiples desarrollos de su actividad (religiosa, económica, artística, etc.). Ninguno la había abarcado en la unidad viva de sus elementos naturales y geográficos. Yo fui el primero en verla como un alma, como una persona.

El ilustre Sismondi, perseverante trabajador, honesto y juicioso, se eleva excepcionalmente, en sus anales políticos, a concepciones de conjunto. Pero, por otro lado, apenas penetra en las investigaciones eruditas. Él mismo confiesa lealmente (cuando escribe en Ginebra) que carece de actas y manuscritos.

Por lo demás, hasta 1830 (incluso hasta 1836), ninguno de los notables historiadores de esta época había sentido aún la necesidad de buscar los hechos, más allá de los libros publicados, en las fuentes primitivas, inéditas la mayoría entonces, que se hallaban en los manuscritos de nuestras bibliotecas y en los documentos de nuestros archivos.

La noble pléyade histórica integrada por los señores de Barante, Guizot, Mignet, Thiers, Thierry, y que brilla entre 1820 y 1830, enfoca la historia desde diversos puntos de vista específicos. Uno se preocupó por el elemento étnico, otro por las instituciones, etc., sin comprender quizá cuán difícil es aislar estos elementos y cómo influyen los unos en los otros. La raza, por ejemplo, ¿permanece idéntica sin sufrir la influencia de las costumbres cambiantes? ¿Pueden estudiarse las instituciones, sin tener en cuenta la historia de las ideas y las mil circunstancias sociales de las que emergen? Las especialidades son siempre algo artificiales; pretenden esclarecer aspectos determinados, pero pueden darnos falsos perfiles y equivocarnos sobre el conjunto, perdiendo de vista la armonía superior.

La vida es soberana y muy exigente. No es verdaderamente vida si no es completa. Sus órganos son solidarios los unos respecto a los otros y actúan conjuntamente. Nuestras funciones están vinculadas y se superponen las unas a las otras. Basta que falte una y las otras dejarán de vivir. En otro tiempo se creía poder aislar mediante el escalpelo y seguir aisladamente cada uno de nuestros sistemas, pero no es posible porque todo influye sobre todo.

Por tanto, o todo o nada. Para reencontrar la vida histórica, hay que seguirla pacientemente en todas sus vías, en todas sus formas, en todos sus elementos. Pero también es necesario rehacer y restablecer, con mayor pasión aún, el juego de todo ello, la acción recíproca de las diversas fuerzas en un poderoso movimiento que volvería a ser la vida misma.

Géricault, el maestro, cuya genialidad sin duda no me ha sido dada, pero sí su violencia voluntad, no se turbó al entrar en el Louvre (el Louvre de entonces, que reunía en su seno todo el arte europeo). Dijo: «¡Está bien! Yo voy a rehacerlo.» Mediante rápidos esbozos iba tomando y apropiándoselo todo. Y de no haber tenido lugar el año 1815, hubiera cumplido su palabra. Esto es pasión, la furia de la juventud.

Mi problema histórico era más complicado aún, más pavoroso, porque su objetivo era la *resurrección de la vida integral*, no en su superficie aparente, sino en sus organismos internos y profundos. Ningún hombre prudente lo hubiera soñado. Felizmente yo no lo era.

Una brillante mañana del mes de julio mi joven corazón no se espantó ante tal empresa sobrehumana, ante su enorme esperanza, su potente electricidad. A ciertas horas no existen los obstáculos. La llama lo simplifica

todo. Mil cosas intrincadas se resuelven, se hallan sus auténticas relaciones y (se armonizan) se iluminan. Muchos resortes, que aislados son pesados e inertes, se mueven por sí mismos si son emplazados en el conjunto.

Al menos ésta fue mi fe, y este acto de fe, fuere cual fuere mi debilidad, dio resultado. Se agitó ante mis ojos un inmenso movimiento. Las múltiples fuerzas, naturales y artísticas, se buscaron, se combinaron, con dificultades al principio. Los miembros del gran cuerpo, pueblos, razas, comarcas, se recompusieron desde el mar hasta el Rhin, hasta el Ródano, hasta los Alpes, y desfilaron los siglos por la Galia y la Francia.

Todos, amigos, enemigos, dirán «qué vivo estaba». Pero ¿cuáles son los verdaderos signos de la vida? Con cierta destreza se puede conseguir la animación, una especie de calor. Puede parecer que el galvanismo, con sus saltos, sus fuerzas, sus contrastes llamativos, sus sorpresas y pequeños milagros, va más allá de la propia vida. Pero la verdadera vida tiene un signo completamente diferente, su continuidad. La vida nace de golpe, dura, crece plácidamente, lentamente, *uno tenore*. Su unidad no es como la de una obra de teatro en cinco actos, sino la armónica identidad del alma (en su desarrollo muchas veces inmenso).

La crítica más severa, si juzga el conjunto de mi libro, no dejará de reconocerme en él por la fuerza de la vida. No ha sido hijo de la precipitación; al menos posee el mérito de haber sido elaborado con lentitud. El método ha sido siempre el mismo, desde el primero al último volumen; igual en mi Geografía que en mi Luis XV y en mi Revolución. Se sostienen la forma y el color, lo que no deja de ser excepcional en un trabajo que ha durado tantos años. Siempre las mismas cualidades y los mismos defectos. Si éstos hubieran desaparecido, la obra hubiera perdido homogeneidad color, personalidad. Tal cual, es preferible que se mantenga armónica, un todo vido.

Cuando comenzaba mi obra, existía un libro genial, el de Thierry. Sagaz y penetrante, intérprete delicado, gran cincelador, admirable trabajador, sin embargo, Thierry era esclavo de un señor. Su señor, su tirano, era el punto de vista exclusivo, sistemático, de la perpetuidad de las razas. Lo atractivo de este gran libro consiste en que, debajo de este sistema que podría parecer fatalista, se siente respirar un corazón emocionado, embargado por el alma nacional y el derecho a la libertad, que lucha contra la fuerza fatal, la invasión.

Le amo y le admiro mucho. Sin embargo, me cuesta decirlo, ni lo material ni lo espiritual de su libro me satisfacen.

Me parece que lo material, la raza, el pueblo, que es su continuador, está necesitado de que se le ponga debajo una base importante, la tierra que lo sostenía y lo nutría. Sin un fundamento geográfico, el pueblo, el actor histórico, parece caminar en el aire como en las pinturas chinas en las que falta el suelo. No creáis que el suelo es tan sólo el escenario de la acción. Influye de cien maneras, mediante el alimento, el clima, etc. De tal nido, tal pájaro. De tal patria, tal hombre.

La raza, elemento importante y dominante en los tiempos bárbaros, antes de que se forjaran las naciones, ha ido perdiendo importancia, debilitándose, extinguiéndose, a medida que cada nación iba madurando y personificándose. El ilustre S. Mill lo explica muy bien: «La justificación más fácil, para dispensarse del estudio de las influencias morales y sociales, se-

ría atribuir las diferencias de carácter a diferencias naturales indestructibles.»

Contra aquellos que en los tiempos modernos buscan el elemento étnico y lo exageran, yo destacaba un echo moral, enorme y bastante desapercibido, de la propia historia. Es el poderoso *trabajo de ella sobre sí misma,* en el que Francia va transformando todos sus elementos brutos mediante su propio progreso. A partir de los elementos aportados por el urbanismo romano, por las tribus alemanas, por el clan céltico, una vez anulados, desaparecidos, hemos ido extrayendo, a lo largo de la historia, resultados diferentes e incluso contrarios, en gran parte, a todo aquello que les precedió.

La vida posee sobre sí misma una acción de gestación personal, capaz de crear, a partir de los materiales preexistentes, cosas absolutamente nuevas. Del pan y de las frutas que hemos comido hacemos sangre roja y salada, que nada tiene que ver con los alimentos de los que la elaboramos. Igual ocurre con la vida histórica: cada pueblo se va haciendo, se va engendrando, va triturando y amalgamando los elementos que permanecen indudablemente reducidos a un estado obscuro y confuso, que son bien poca cosa en relación al largo camino de trabajo que supone la construcción de la gran alma nacional.

Francia ha hecho a Francia, y el elemento étnico, dado por el destino, me parece secundario. Francia es hija de su libertad. La parte esencial en el progreso humano es la fuerza viva, el hombre. *El hombre es su propio Prometeo.*

En resumen, la historia, tal como yo la veo en estos historiadores eminentes (y algunos admirables), me parece débil en sus dos métodos:

Demasiado poco material porque tienen en cuenta las razas, pero no el suelo, el clima, los alimentos y tantas otras circunstancias físicas y fisiológicas.

Demasiado poco espiritual porque hablan de leyes, de actos políticos pero no de las ideas, de las costumbres, del gran movimiento progresivo, interior, del alma nacional.

Especialmente se echa de menos la curiosidad por el pequeño detalle erudito, donde lo mejor quizá debía permanecer escondido en las fuentes inéditas.

En este libro está toda mi vida, que ha transcurrido con él. Ha sido mi único acontecimiento. Tal identidad entre el libro y el autor ¿no encierra un peligro? ¿Puede la obra dejar de estar coloreada por los sentimientos y la edad de aquel que la escribe?

Siempre es así. Ningún retrato, por exacto y conforme al modelo, que sea, deja de poseer algo subjetivo que el artista ha introducido en él. Los maestros de la historia no se apartan de esta ley. Tácito, en su Tiberio, describe (con el tono sofocante de su tiempo) «los quince largos años» de silencio. Thierry, al hacer el relato de Clodoveo o de la conquista de Guillermo, está sintiendo la honda emoción de la Francia recientemente invadida y su oposición a un reinado que le parece extranjero.

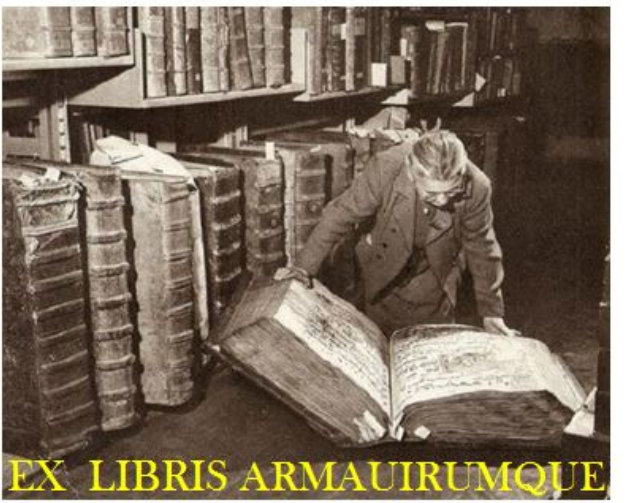
Si ello constituye un defecto, hay que confesar que nos ha sido útil. El historiador que no cae en este defecto, que procura eclipsarse al escribir, que pretende no ser e ir detrás de la crónica contemporánea (como ha he-

cho Barante para Froissart), no es, en absoluto, un historiador. El antiguo cronista, extraordinariamente atractivo, es absolutamente incapaz de decir al pobre criado que va detrás de él lo que es el grandioso, sombrío y terrible siglo XIV. Para alcanzar a saberlo se necesita toda nuestra capacidad de análisis y toda nuestra erudición. Hace falta un gran ingenio para descubrir los misterios, inaccesibles para el narrador. ¿Qué ingenio, qué instrumento? La personalidad moderna, tan potente y tan amplia.

Al ir penetrando más y más en el tema, se le ama y entonces se le contempla con creciente interés. El corazón emocionado posee un segundo sentido, ve mil cosas que son invisibles para el pueblo indiferente. Historiador e historia se unen en esta contemplación. ¿Ello es bueno? ¿Es malo? Ocurre en este punto algo que nunca se ha descrito y que vamos a revelar:

La historia, con el correr del tiempo, hace al historiador en mayor medida que el historiador hace la historia. Soy hijo de mi libro. Soy su obra. Este hijo ha hecho a su padre. Si bien, en principio, el libro ha salido de mí, de mi tempestuosa juventud, él ha acrecentado en mí la fuerza y la clarividencia, la vehemencia fecunda, el poder real de resucitar el pasado. Si nos parecemos, estupendo. Los rasgos que tiene de mí son en gran medida aquellos que le debo, los que he conseguido gracias a él.

Michelet, *Préface à l'Histoire de France*, para la edición de 1869. (Texto citado por J. Ehrard y G. Palmade, *L'Histoire*, Armand Colin, pp. 261 a 265).



CAPÍTULO 8

LA ESCUELA METÓDICA

La escuela histórica que llamamos «metódica» o que, con mayor frecuencia, llamamos «positivista», aparece, se desarrolla y prolonga durante la Tercera República en Francia. Sus principios básicos se exponen en dos textos-programa: el manifiesto, escrito por G. Monod, para lanzar *La Revue historique* en 1876; y la guía que Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos redactaron para los estudiantes en 1898. La escuela metódica quiere imponer una investigación científica, dejando de lado cualquier especulación filosófica, y pretendiendo la absoluta objetividad en el campo de la historia. Procura lograr estos fines aplicando técnicas rigurosas en lo que respecta al inventario de las fuentes, la crítica de los documentos y la organización de las tareas profesionales. Los historiadores «positivistas» participan en la reforma de la enseñanza superior y ocupan cátedras en las nuevas universidades; dirigen grandes colecciones —E. Lavisse: *Histoire de France*; A. Rambaud: *Histoire générale*; L. Halpen y Ph. Sagnac: *Peuples et civilisations*—, formulan los programas y elaboran los libros de historia destinados a los alumnos de los colegios secundarios y escuelas primarias. Ahora bien, los manuales escolares alaban, muy explícitamente, el régimen republicano, alimentan la propaganda nacionalista y aprueban la conquista colonial. Por tanto, esta corriente de pensamiento funda una disciplina científica y, simultáneamente, segrega un discurso ideológico. Ante este «monstruo intelectual», uno se siente tentado por la duda acerca de la capacidad de cualquier rama del conocimiento en ciencias humanas para abstraerse del medio ambiente del que procede. La escuela metódica continuó dominando la enseñanza y la investigación histórica en las universidades hasta los años 40; y marcó una evolución mítica de la colectividad francesa —en forma de una galería de héroes y de combates ejemplares— en la memoria de las generaciones de escolares hasta los años 60.

1. «La revue historique»

En 1876, la fundación de *La Revue historique* por G. Monod y G. Fagniez marca la constitución de una escuela histórica deseosa de acoger a to-

dos los investigadores serios, en el marco de un cierto eclecticismo ideológico. El «Preámbulo», que abre el primer número, no oculta las ambiciones de lo que debía llegar a ser «una publicación periódica destinada a dar a conocer investigaciones originales acerca de los diversos períodos históricos y a suministrar informaciones exactas y completas sobre los estudios históricos, tanto en el extranjero como en Francia». En realidad, *La Revue historique* pretende cubrir principalmente la historia europea desde la muerte de Teodosio (395) hasta la caída de Napoleón I (1815). Por una parte, bajo forma de artículos eruditos, y por otra, con ayuda de recensiones de lecturas.

En el consejo de redacción, en el que figuran los colaboradores más activos, coexisten dos generaciones: la de los «antiguos», que alcanzaron su madurez durante el Segundo Imperio, y son conocidos por sus obras como filósofos e historiadores, tales como Duruy, Renan, Taine, Boutaric, Fustel de Coulanges; y la de los «jóvenes lobos», que darán su plena medida en los primeros decenios de la Tercera República, como Monod, Lavisse, Guiraud, Bémont, Rambaud. De los cincuenta y tres fundadores, treinta y uno son enseñantes —en el Colegio de Francia, en la Escuela de Altos Estudios, en las facultades de Letras—, diecinueve son archiveros y bibliotecarios. El círculo es más bien estrecho. Es evidente la voluntad de crear una revista destinada a los profesionales integrados en el ambiente de las universidades, en contacto con los fondos de los archivos.

La Revue historique se erige contra su hermana mayor *La Revue des Questions historiques*, que le precedió en diez años. G. Monod no oculta la analogía ni la oposición entre las dos publicaciones: «El éxito de *La Revue des Questions historiques*, los felices resultados que ha producido, el provecho que hemos obtenido de su lectura han sido un estímulo para imitarla. Pero, al mismo tiempo, se aparta sensiblemente del ideal que nos proponemos (...). No ha sido fundada con un objetivo desisteresado y científico, sino para la defensa de ciertas ideas políticas y religiosas» (*Manifiesto*, 1876). En efecto, *La Revue des Questions historiques* fue constituida por aristócratas —el marqués de Beaucourt, el conde Henri de l'Empinois, el conde Hyacinthe de Charencey— y por plebeyos —Leon Gautier, Marius Sepet, etc.— que compartían el gusto por la erudición, la vinculación a la fe católica y una tendencia políticamente reaccionaria. En esta revista, la mayoría de los artículos tratan acerca de la monarquía y de la iglesia francesa, insistiendo sobre la vuelta a las tradiciones y el respeto por las jerarquías sociales. Además, el director de la publicación es un consejero político del conde de Chambord. *La Revue des Questions historiques* traduce, a todos los efectos, el pensamiento de la derecha ultramontana y legitimista que triunfa en la época del «orden moral».

En principio, *La Revue historique* no se pronuncia por ninguna religión, ninguna doctrina, ningún partido. Sin embargo, si contemplamos de cerca el equipo de sus redactores, vemos que se vincula a un grupo bastante homogéneo a nivel social y político. Gabriel Monod, dirigente de la revista, desciende de una familia de pastores ginebrinos y entre sus primos hermanos se cuenta no menos de catorce pastores. También son protestantes numerosos colaboradores de la publicación, así Rodolphe Reuss, Xavier Mossmann, Pierre Vaucher, Charles Bayet, Arthur Giry, Camille Jullian, Georges Parrot, Paul Meyer, Alfred Leroux y otros. Junto a ellos se en-

cuentran algunos judíos, por ejemplo Gustave Bloch y James Darmesteter, y librepensadores francmasones tales como Ernest Lavisse, P. Guiraud o Ernest Havet. Los católicos son escasos. El codirector, G. Fagniez, que pertenece a la religión dominante en Francia, intenta asegurar una apertura, mantener un pluralismo doctrinal; pero, desde 1881, presenta la dimisión a causa de los virulentos ataques de *La Revue historique* contra la Iglesia católica y —¡traición!— se pasa a la Acción francesa y a *La Revue des Questions historiques*. Ahora bien, son los intelectuales protestantes o librepensadores, formados en la Escuela normal superior y en la «Escole des Chartes», como la mayor parte de los miembros de *Revue historique*, los que crearon la Escuela alsaciana, y la Escuela de Ciencias políticas, que poblaron la Escuela práctica de Altos Estudios, que ocuparon las direcciones del ministerio de Instrucción pública en los años 1870. Se trata del mismo «lobby» protestante y francmasón que hizo adoptar las leyes Ferry, instituyendo la enseñanza primaria laica, gratuita y obligatoria a principios de los años 1880.

G. Monod, en su *Manifiesto* de 1876, bosqueja un cuadro de la historiografía francesa desde el siglo XVI. *La Revue historique* se considera como el punto final de una tradición, que nace en la reflexión de los humanistas del Renacimiento —J. J. Scaliger, J. Bodin—, se prolonga a través de la investigación erudita de los benedictinos de San Mauro —D. Mabillon, D. Montfaucon—, continúa con la abundante producción de los románticos —D. Barante, A. Thierry, J. Michelet—.

A mediados del siglo XIX, la disciplina histórica descansa en sólidas instituciones, tales como la «Ecole des Chartes», la Escuela práctica de Altos Estudios, la Sociedad de la historia de Francia, o las numerosas sociedades científicas. G. Monod se muestra más original cuando reconoce la deuda de los historiadores franceses con respecto a los alemanes: «Se debe atribuir a Alemania la mayor parte del trabajo histórico de nuestro siglo (...). Publicación de textos, crítica de fuentes, paciente explicación de todas las partes de la historia, examinadas una a una y desde todos los puntos de vista, nada se ha dejado de lado. Es suficiente citar los nombres de Lassen, Boeck, Niebuhr, Mommsen, Savigny, Eichhorn, Ranke, Waitz, Pertz, Gervinus; recordar la colección del «Corpus Inscriptionum», la de los «Monumenta Germaniae», la de los «Jahrbücher des Deutschen Reichs», la de las «Chroniken de Deutschen Staedte»... (*Manifiesto,* pp. 315-316). Ciertamente, el director de *La Revue historique,* que pasó un tiempo en las universidades del otro lado del Rhin, se limita a apreciar los logros de la erudición alemana, pero al hacerlo demuestra una cierta valentía desafiando el *chauvinismo* francés sólo unos años después de Sedán.

G. Monod y sus amigos consideran modestamente que en Francia la historia está en sus inicios : «A pesar de todos los progresos realizados, todavía estamos en un período de preparación, de elaboración de materiales, que servirán más tarde para construir edificios más vastos» (*Manifiesto,* p. 320). Sin embargo, los redactores de *La Revue historique* consideran que actúan de acuerdo con un método científico:

«Conservaremos en *La Revue historique* un carácter literario, sin ser una pura erudición, nuestra revista sólo admitirá trabajos originales y de primera mano que enriquezcan la ciencia, o bien por la propia investigación o bien por sus resultados, que figurarán en su conclusión, pero recla-

mamos a la vez de nuestros colaboradores una exposición estrictamente científica, en la que cada afirmación se acompañe de pruebas, de referencias a las fuentes y citaciones que excluyan las vaguedades y los excesos de oratoria («Preámbulo», p. 295). Y en la enseñanza superior debe insertarse: «Todos los que se dedican a la investigación científica son solidarios los unos de los otros; trabajan en la misma obra, realizan partes diversas de un mismo plan, tienden al mismo objetivo. Es útil, es indispensable que se sientan unidos y que sus esfuerzos sean coordinados para ser más fuertes (*Manifiesto*, p. 321). A grandes rasgos, los principios definidos en el texto inaugural de G. Monod —el trabajo de archivos, la referencia a las fuentes, la organización de la profesión— aparecerán expuestos veintitrés años más tarde en el manual de Langlois y Seignobos.

En el período de su madurez, entre 1880 y 1900, Monod ejerce un verdadero magisterio moral sobre la «profesión histórica»: es el director único de *La Revue historique,* codirector de *La Revue critique,* profesor en la ENS, presidente de la sección cuarta de EPHE, responsable de diversas comisiones universitarias y sociedades científicas. En *La Revue historique,* el director se encarga personalmente del «boletín crítico» consagrado a la bibliografía francesa; insensiblemente orienta sus comentarios hacia las cuestiones contemporáneas; llega a dar lecciones de moral y de política. A nivel de declaración de intenciones, *La Revue historique* se considera neutra e imparcial, inclinada «a la ciencia positiva», «cerrada a las teorías políticas y filosóficas». En cuanto a las acciones concretas, *La Revue historique* toma postura en favor de la República oportunista; aprueba la acción de los gobiernos Waddington, Freycinet, Ferry, Gambetta; aplaude la aprobación de las leyes escolares; apoya la instauración de la libertades públicas entre 1870 y 1884. En el entierro de Gambetta, G. Monod desfiló precedido de una pancarta en la que se leía: «La historia es maestra de la ciencia». En la misma época, *La Revue historique* participa en la reinterpretación de la Revolución francesa de 1789-1793, que se convierte en el mito fundador de una Tercera República, garantizando la vida democrática y asegurando la defensa de las fronteras. Fue entonces cuando se entronizó en 14 de julio como día de fiesta nacional. Más tarde, Monod condena la oleada boulangerista, el militarismo que amenaza las instituciones republicanas entre 1885 y 1889. En los años 90, el director de *La Revue historique* habla menos en sus crónicas de política interior, no porque se haya apoderado de él un cierto escrúpulo de neutralidad, sino porque presta mayor atención a la política extranjera.

De la misma manera, *La Revue historique*, que oficialmente rechaza todo «credo dogmático», se compromete resueltamente en el combate anticlerical. Aunque los protestantes sean muy numerosos en el comité de redacción, la historia de la religión reformada no ocupa un gran lugar en la revista. Si consultamos los cuarenta primeros números, de un total de ochenta y tres estudios, sólo nueve artículos abordan temas relacionados con el protestantismo (así la herejía de los Patarinos en Florencia —núm. 4—; la biografía de Miguel Servet —núm. 10—, etc.). Por el contrario, la historia del cristianismo aparece ampliamente tratada. Los autores parecen favorables a la Iglesia de los primeros siglos y tolerantes con la Iglesia de la Edad Media; pero se muestran agresivos hacia la Iglesia católica, surgida del Concilio de Trento, que practica la Contrarreforma. Un ejemplo:

Ch.-L. Livet critica violentamente las reducciones jesuíticas del Paraguay «que sólo tenían un objetivo, el aumento de las riquezas de la orden; y sólo un medio, el sometimiento de los indígenas» (*RH*, t. 18, p. 325). No obstante, después de los violentos ataques tendentes a destruir la influencia de una Iglesia católica conservadora y legitimista, a finales de los años 70 y en los años 80, los análisis de *La Revue historique* se hacen más matizados en consonancia con la «adhesión» de la Iglesia a la República en los años 90. G. Monod llega incluso a escribir: «Nadie puede evitar, al contemplar la Iglesia católica, un sentimiento de admiración y veneración por la institución más importante, tanto por su influencia como por su duración, que el mundo haya conocido» (*RH*, 1895, núm. 1).

Finalmente, *La Revue historique* alardea de una preocupación ética de resonancia nacional. Monod considera que la solidaridad liga a los hombres del presente con los hombres del pasado: «El historiador sabe que la vida es un cambio perpetuo; pero que este cambio siempre es una transformación de elementos antiguos, nunca una creación *ex novo*. Da a las generaciones presentes el vivo sentimiento, la profunda consciencia de la feliz y necesaria solidaridad, que les une a las generaciones anteriores» (*Manifiesto*, p. 323). Este tipo de simpatía intuitiva juega tanto más en la ocasión en que el especialista se dedica a la historia nacional: «El estudio del pasado de Francia es una tarea primordial (...) por medio de la cual podemos devolver a nuestro país la unidad y la fuerza moral» («Preámbulo», 1876). Se trata, después de la grave derrota de 1870, «de despertar la conciencia de sí misma en el alma de la nación a través del conocimiento profundo de su historia». Las revoluciones son consideradas buenas o malas según los casos: se celebra el levantamiento de 1789, que permite la declaración de los Derechos del Hombre y la supresión de los privilegios señoriales; se denigra en cambio la insurrección de 1871, que conduce a las luchas fraticidas ante la mirada del enemigo. En lo que respecta a la evolución interior, *La Revue historique* se inclina por un «justo medio», alejado de todo exceso. En la valoración de la situación exterior, *La Revue historique* se desliza, con el paso de los años, desde un feroz nacionalismo hacia un sabio pacifismo. Hacia 1880, Monod denuncia «el crimen de la invasión prusiana», llora a causa de la anexión de Alsacia y Lorena, y casi reclama venganza; hacia 1890, empieza a hablar en favor de una reconciliación franco-alemana, único medio de solucionar las diferencias evitando las atrocidades de la guerra.

2. El discurso del método

Un cuarto de siglo después de la fundación de *La Revue historique*, sus colaboradores invadieron las cátedras de historia en las universidades recientemente creadas o reformadas. Fue entonces cuando dos de ellos, Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, definieron las reglas aplicables a la disciplina en una *Introduction aux études historiques* (Hachette, primera edición, 1898). Charles-Victor Langlois es un medievalista, interesado por los fondos de los Archivos nacionales y el Public Record Office, que redactó obras sobre la Inquisición y sobre el ducado de Bretaña, y participó en la primera serie de la *Historia de Francia*, dirigida por Ernest Lavisse,

escribiendo el tomo III: *Saint Louis, Philippe Le Belet les derniers Capétiens (1226-1328)-(1901)*. Charles Seignobos es un modernista autor de una serie de manuales destinados a la enseñanza (de la clase 6.ª a la terminal), de una *Histoire de l'Europe au XIXe siècle* (1897). También colaboró en la segunda serie de Ernest Lavisse, al escribir *Le Déclin de l'Empire et l'établissement de la République (1859-1875)*, tomo VII de la *Histoire de la France Contemporaine*, y el tomo VIII: *L'evolution de la Troisième République (1875-1914)- (1921)*. Es igualmente autor, junto con P. Miliukov, L. Eisenemann y otros especialistas, de una *Histoire de la Russie* en tres volúmenes (desde los orígenes a la revolución bolchevique) en 1932. Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos, ambos profesores en la Sorbona y miembros del Instituto, tienen el mérito, en relación con sus colegas, de preocuparse por los problemas epistemológicos. Su «breviario» aspiraba a formar generaciones de historiadores. De hecho, la obra expresa, exactamente, el punto de vista de la «escuela metódica», que domina la producción francesa entre 1880 y 1930.

Langlois y Seignobos aportan una contribución decisiva para la construcción de una historia científica. Consideran con indiferencia —a veces con desprecio— la teología de la historia, al estilo de Bossuet, la filosofía de la historia según Hegel o Comte, y la historia literaria al estilo de Michelet: «El procedimiento más natural de explicación consiste en admitir que una causa trascendente, la Providencia, dirige todos los hechos de la historia hacia un objetivo sólo conocido por Dios. Esta explicación sólo puede ser la conclusión metafísica de una construcción científica, ya que la ciencia sólo estudia las causas determinantes. El historiador no tiene por qué buscar la causa primera a las causas finales, de la misma manera que tampoco lo hace el químico o el naturalista. De hecho, hoy ya casi nadie se para a discutir la teoría de la Providencia en la historia, bajo su forma teológica. Pero la tendencia a explicar los hechos históricos mediante causas trascendentes se mantiene en teorías más modernas, en las que la metafísica se disfraza bajo formas científicas. La mayor parte de los historiadores del siglo XIX ha sufrido de manera tan acusada la acción de la educación filosófica, que introducen, incluso, sin darse cuenta, fórmulas metafísicas en la construcción de la misma.» La escuela metódica realiza así una verdadera «ruptura epistemológica» al descartar el providencialismo cristiano, el progresismo racionalista o el finalismo marxista.

Según Langlois y Seignobos, «la historia sólo es la puesta en práctica de documentos». La fórmula supone una teoría del conocimiento —una relación entre el sujeto (el historiador) y el objeto (el documento)— que no se explicita. En realidad, se trata de la «teoría del reflejo» que procede de Von Ranke (a ella se aludirá más tarde). De entrada, la escuela metódica deja de lado el papel esencial de las preguntas que el historiador plantea a sus fuentes, y recomienda la desaparición del propio historiador detrás de los textos. ¿Qué es para Langlois y Seignobos un documento?: «Entre los pensamientos y los actos de los hombres, son muy pocos los que dejan huellas visibles y, cuando se producen, duran poco; basta un accidente para borrarlos. Luego cualquier pensamiento y cualquier acto que no hayan dejado vestigios, directos o indirectos, o cuyos vestigios visibles hayan desaparecido, se ha perdido para la historia.» No podemos hacer otra cosa que aceptar esta evidencia, de una enorme trivialidad. Sin embargo, los dos au-

tores precisan que los documentos escritos, los testimonios voluntarios: cartas, decretos, correspondencia, manuscritos diversos, son los «vestigios dejados por los pensamientos y los actos de antaño». No piensan en los documentos no escritos: por ejemplo, los yacimientos arqueológicos, que reflejan la vida económica, la estructura social o la organización militar. Ni en los testimonios involuntarios: por ejemplo, los manuales de los confesores, que expresan las mentalidades religiosas. La concepción muy estrecha del documento limita la ambición de la disciplina: «La cantidad de documentos que existen, por lo menos de documentos conocidos, es fija; el tiempo, a pesar de todas las precauciones que se han tomado, la disminuye sin cesar; no aumentarán nunca (...). Los progresos de la ciencia histórica se ven limitados por esta causa.»

Por tanto, «la historia dispone de un limitado *stock* de documentos». Para Langlois y Seignobos, la tarea prioritaria es establecer el inventario de materiales disponibles: «Buscar, recoger los documentos es una de las partes principales, lógicamente la primera, del oficio de historiador.» En Alemania se dio a esta disciplina el nombre de *heurística.* Continuando la actividad iniciada por los eruditos del siglo XVIII, y principios del XIX, los partidarios de la escuela metódica de fines del siglo XIX y principios del XX se dedican a «proteger los documentos contra el olvido, las pérdidas, los incendios y otras destrucciones; y conservarlos en depósitos como el Museo Británico de Londres y las Bibliotecas Nacionales de París, Bruselas, Florencia o San Petersburgo». Los propios historiadores se preocupan por clasificar los fondos de los archivos: «La heurística sería más fácil si se hubieran realizado buenos inventarios descriptivos de todos los fondos documentales (...) y si se hubieran hecho repertorios generales (con tablas alfabéticas sistemáticas, etc.); finalmente, si fuera posible consultar en algún lugar la colección completa de todos estos inventarios y de sus índices respectivos.» Los deseos de Langlois y Seignobos se han visto realizados parcialmente, por lo menos en su país. En el momento en que escriben, especialistas, frecuentemente procedentes de la «École des Chartes», realizan ya el catálogo de los Archivos nacionales, el de la Biblioteca Nacional, los ficheros de los Archivos departamentales. Al mismo tiempo, la Sociedad de Historia de Francia dirige un enorme trabajo de publicación, transformando fuentes manuscritas en obras impresas (un ejemplo entre cien: Las cartas de los embajadores de Milán en Francia durante los reinados de Luis XI y Francisco Sforza, desde 1461 a 1466, en cuatro volúmenes, editados en 1916).

Con el documento ya a salvo, registrado, clasificado, conviene someterlo a una serie de operaciones analíticas. El primer paso es la *crítica externa* (erudita). Elijamos un caso, para demostrarlo: «El homenaje de Gastón Febus al Príncipe Negro por Marsan y Gabardan» (citado por R. Boutruche, *Segnoires et Féodalité,* t. 1, 1959, pp. 337-338). Si seguimos el procedimiento de la escuela metódica, primero debemos encontrar la fuente. En esta circunstancia, el acta se conserva en el Public Record Office, con la signatura E. 361/189, fss. 14 V y 15. A continuación, examinar si se trata de un original, una copia, o un documento falso. La técnica de la paleografía permite constatar la autenticidad del documento. Finalmente, establecer los puntos de referencia, señalar los firmantes —por una parte Gastón Februs, conde de Foix, vizconde de Bearn; por otra, Eduardo, prínci-

pe de Aquitania, hijo del rey de Inglaterra—; indicar la fecha —el 12 de enero de 1364—, y el lugar —la casa de los Dominicos en Angen—. «El análisis del texto debe dar lugar a la realización de una ficha en una hoja suelta, que se pueda trasladar, con una mención de su procedencia (...). La movilidad de las fichas permite clasificarlas a voluntad con multitud de combinaciones.» El sistema de fichas da al historiador el medio de trabajar en profundidad, manipulando más fácilmente sus materiales, y conduce a la proliferación de las notas a pie de página, gracias a las cuales cada lector de una obra histórica, a condición de que sea erudito, puede volver a la fuente y verificar lo fundadas que eran las afirmaciones de su colega.

El segundo paso es la *crítica interna* (o hermenéutica). Se trata de volver a la ficha, incluyendo en ella las precisiones suministradas por la crítica erudita y completarla resumiendo los datos esenciales inscritos en el documento. Según Langlois y Seignobos, hay que realizar: «1) El análisis del contenido del acta y la crítica positiva de la interpretación para asegurarse de lo que quiso decir el autor; 2) el análisis de las condiciones en las que se produjo el documento y la crítica negativa necesaria para controlar las opiniones del autor. La hermenéutica a veces obliga a recurrir a un estudio lingüístico para determinar el valor de palabras o frases. Así, en las obras redactadas en latín, la significación de las palabras pueden variar según las épocas. La lengua de Cicerón no es la de Gregorio de Tours, que no se corresponde con la de San Bernardo. Y es mejor evitar los contrasentidos. Además, la hermenéutica obliga a interrogarse acerca de las intenciones de las personas que han escrito los documentos. Tomemos otro caso, a título de ilustración. Durante el verano de 1534, en un discurso pronunciado en Toulouse, Etienne Dolet declara: «Os pido que creáis que de ninguna manera formo parte de esta secta impía y obstinada de los luteranos...» (citado por L. Febvre, *La Religión de Rabelais,* 1942, p. 51). ¿Es sincero Etienne Dolet? En esta época es posible suponer que miente, ya que puede ser condenado a la hoguera si se le reconoce culpable de herejía. También podemos suponer que dice la verdad y que simplemente profesa un evangelismo erasmista. Éste es el tipo de preguntas que formula la crítica interna.

Cuando han finalizado las operaciones analíticas, queda abierta la vía para las *operaciones sintéticas*. Es aconsejable actuar por etapas. El primer estadio consiste en comparar varios documentos para establecer un hecho particular. Por ejemplo, si intentamos precisar algún episodio de la conjuración de Catilina, podemos comparar el relato de Cicerón y la versión de Salustio. «Tomados aisladamente, muchos hechos probados sólo parcialmente pueden confirmarse los unos con los otros, de manera que den una certidumbre de conjunto.» El segundo estadio conduce a reagrupar los hechos aislados en los marcos generales. Se reúnen los hechos relativos a las condiciones naturales: la geografía, el clima, etc.; las producciones materiales: la agricultura, la industria, el comercio, etc.; los grupos sociales: las familias, los clanes, las profesiones, las clases, etc.; las instituciones políticas: el gobierno, la justicia, la administración, etc. El tercer estadio apunta a manejar el razonamiento, sea por deducción, sea por analogía, para relacionar los hechos entre sí y para colmar las lagunas de la documentación. Por ejemplo, si ignoramos casi todo acerca de las acciones de los rugios y los bastarnos, los alanos y los suevos, nos imaginamos que, más o menos,

se comportan como los pueblos bárbaros mejor conocidos, como los ostrogodos, los visigodos y los francos. El cuarto estadio obliga a realizar una elección entre la masa de los acontecimientos: «Una historia en la que no se sacrificase ningún hecho debería contener todos los actos, todos los pensamientos, todas las aventuras de todos los hombres en todas las épocas. Sería un conocimiento completo, que nadie llegaría a hacer suyo, no por falta de materiales, sino por falta de tiempo.» El último estadio conduce al historiador a intentar algunas generalizaciones, a arriesgar algunas interpretaciones, sin pretender mantener la ilusión «de penetrar en el misterio de los orígenes de las sociedades» (p. 275). Todo ocurre como si, a nivel de síntesis, la escuela metódica temiera la conclusión.

En su manual, Langlois y Seignobos proponen, dada la complejidad de las distintas actividades en historia, instaurar una división del trabajo que abarcarse al conjunto de la profesión. Primero, tiene que existir una categoría de expertos que dominen perfectamente las técnicas de la erudición. Son los archiveros y bibliotecarios, «obreros de los catálogos descriptivos y los índices (...) restauradores y editores de textos». A continuación, es importante que «jóvenes investigadores» se consagren exclusivamente a las monografías, observando las reglas del método (crítica de documentos, realización de fichas, etc.),«con el objetivo de elucidar un punto especial, un conjunto limitado de hechos». Así, el aprendiz de historiador, bajo el control de un tutor experimentado, inicia su carrera con una monografía: de un pueblo, una empresa, una batalla, una personalidad, una obra de arte, etc. Finalmente, corresponde a los profesores titulares de enseñanza superior «consagrar todo su tiempo a estudiar estas monografías, con el fin de combinarlas de manera científica en esquemas generales. Los «maestros» se encierran así en su especialidad; cuando quieren realizar una síntesis, se dividen los capítulos de una obra o los volúmenes de una colección (por ejemplo, la serie de la *Histoire de France*, dirigida por E. Lavisse). Desde fines del siglo XIX, la organización «racional» de la investigación histórica concuerda con la institución del «mandarinato» en la universidad.

3. Lavisse y la historia de Francia

Ernest Lavisse, nacido en 1842, hijo de un tendero, comerciante de «novedades» en Nouvion-en-Thiérache, realiza estudios secundarios en el colegio de Laon, pretende entrar en Saint-Cyr y más tarde se decide por la Escuela Normal Superior. En su juventud lee apasionadamente a los autores «republicanos» y frecuenta a hombres políticos hostiles al imperio como L. Gambetta, Ch. Floquet, G. Clemenceau, etc. Cuando abandona la *rue* d'Ulm, es nombrado profesor del Liceo Heri IV. Fue entonces cuando E. Lavisse tuvo la suerte de llamar la atención de Victor Duruy, ministro de Instrucción pública, que le convierte en su jefe de gabinete (sin el título) y le recomienda como preceptor del príncipe imperial. En 1868, con veintiséis años, el brillante «normalien» ya está instalado en los aledaños del poder y sueña con acceder en el futuro a las más altas responsabilidades. Dos años más tarde, en 1870, el desastre de Sedán precipita la caída del Segundo Imperio (...) y, de paso, arruina las ambiciones del eventual «consejero del príncipe». Paradójicamente, la derrota de Francia incita a Er-

nest Lavisse a establecerse en Alemania. Permanece durante tres años en las universidades de más allá del Rhin, saca provechosas lecciones relacionadas con el oficio de historiador, y regresa con una tesis titulada «La Marche de Brandebourg; essai sur les origines de la monarchie prussienne» (1875). Más tarde continúa interesándose por el pasado germánico al publicar estudios acerca de *L'Histoire de la Prusse* (1879), *Trois Empereurs d'Allemagne* (1888) y *Le Grand Frédéric* (1891).

En el último cuarto del siglo XIX, cuando los políticos «oportunistas» manejan los asuntos de la República francesa, Ernest Lavisse escala brillantemente los sucesivos peldaños de su carrera universitaria: es catedrático en 1878, en la Sorbona en 1888, director de la Escuela Normal Superior en 1904. Su influencia supera ampliamente las aulas: es elegido miembro de la Academia francesa en 1893; en 1894 se convierte en jefe de *La Rue de Paris;* es acogido en los salones más famosos y el Todo-París se apresura a acudir a sus conferencias. Jules Isaac le describe así: «Se imponía en todas partes, gracias a una cierta majestad natural, olímpica, que lo relacionaba con un Monnet-Sully o un Victor Hugo (...). Como conferenciante, cautivaba al auditorio con su maravillosa dicción, que daba vida y relieve a las menores observaciones. Cuántas veces me he dicho al salir de la sala donde acababa de oírle: "¡Qué gran orador, qué gran actor hubiera sido este hombre!"». La influencia de Ernest Lavisse se extiende más allá de los círculos universitarios, hasta el ministerio de Instrucción y las editoriales: «Con sesenta años lo gobernaba todo, lo presidía todo: *rue des* Écoles, la Sorbona, los Estudios históricos (...) *boulevards* Saint-Germain y Saint-Michel, Hachette, Armand Colin, grandes firmas de la edición, publicaciones especializadas, incluso escolares (...); *rue* Grenelle, el Consejo Superior de Instrucción pública, sin mencionar inmumerables comisiones y ceremonias» (citado por I. Isaac, *Espériences de ma vie* 1959, pp. 265-267).

Ernest Lavisse, aunque se deja cubrir de elogios, títulos y condecoraciones, no abandona su interés por las medidas concretas. En 1896 es uno de los redactores de la ley Poincaré que reforma la enseñanza superior, regula los cursos para los estudiantes, crea el diploma de Estudios superiores, dispone el concurso de la *agregation* y consolida la red de universidades provinciales. En 1904, desde su cargo de director, modifica el funcionamiento de la Escuela Normal Superior. Este destacado intelectual se sitúa, con los animadores de *La Revue historique* entre los historiadores más destacados de la escuela metódica. Sin embargo, a diferencia de Monod y sus amigos liberales y republicanos, Lavisse mantiene sus simpatías bonapartistas, y se halla en correspondencia con el príncipe imperial. No se compromete en las grandes batallas por la República: con ocasión de la crisis boulangerista no aparece en público; en el momento de *l'affaire* Dreyfus, evita tomar posiciones. En realidad, Ernest Lavisse es más nacionalista que republicano. El hundimiento francés de 1870-1871 le humilló profundamente, hasta el punto de ir a buscar en el adversario alemán los modelos para imitarle mejor, para vencerle mejor. Y se mantiene próximo a los ambientes militares a causa de sus relaciones familiares, ya que su hermano es general. Cuando el consejero del ministerio de Instrucción pública sugiere una reforma de la enseñanza secundaria, redacta una serie de manuales destinados a la escuela primaria con la intención de «forjar ge-

neraciones de jóvenes patriotas». Cuando este habitual de los salones bonapartistas da su adhesión a las instituciones republicanas, es porque considera que «fortificar la democracia es un medio de armar a Francia».

Dentro de esta perspectiva, hacia 1890, Ernest Lavisse concibe la necesidad de una vasta reconstrucción del pasado nacional; reúne un equipo de conocidos historiadores, casi todos catedráticos universitarios, e inicia una colección monumental, en nueve tomos (y diecisiete volúmenes), que aparecerán a lo largo de los años 1900. He aquí la lista de las obras que componen la *Histoire de France de l'époque gallo-romaine à la Révolution:*

— t. I. P. Vidal de la Blache: *Tableau de Géographie de la France*. 1903;
— t. II. 1. C. Bayet, C. Pfister, A. Kleinclausz: *Le Christianisme, les Barbares, les Mérovingiens et les Carolingiens, 1903*; 2. A. Luchaire: *Les Premiers Capétiens* (987-1137), 1901.
— t. III. 1. A. Luchaire: *Louis VII, Philippe Auguste, Louis VIII (1137-1226)*, 1901; 2. Ch.-V. Langlois: *Saint Louis, Philippe le Bel et les Derniers Capétiens (1226-1238)*, 1901.
— t. IV. 1. A. Coville: *Les Premiers Valois et la Guerre dè Cent Ans (1328-1422)*, 1902; 2. Ch. Petit Dutaillis: *Charles VII, Louis XI, Charles VIII (1422-1492)*, 1902.
— t. V. 1. H. Lemonnier: *Charles VIII, Louis XII et François I. Les Guerres d'Italie (1492-1547)*, 1903; 2. *La Lutte contre la Maison d'Autriche. La France sous François I et Henri II (1519-1559)*, 1904.
— t. VI. 1. J. Mariéjol: *La Réforme, La Ligue et l'Édit de Nantes (1559-1598)*, 1904; 2. *Henri IV et Louis XIII (1598-1643)*, 1905.
— t. VII. 1. E. Lavisse: *Louis XIV, la Fronde, le Roi, Colbert (1643-1685)*, 1905; 2. *Louis XIV, la Religion, les Lettres et les Arts, la Guerre (1643-1685)*, 1906.
— t. VIII. 1. A. de Saint-Léger, A. Rebelliau, Ph. Sagnac, E. Lavisse: *Louis XIV et la Fin du règne. (1685-1715)*, 1908; 2. H. Carré: *La Régence et le Règne de Louis XV (1715-1774)*, 1909.
— t. IX. 1. H. Carré, Ph. Sagnac, E. Lavisse: *Le Règne de Louis XVI (1774-1789)*, 1911; 2. *Tables analytiques*, 1911.

El plan general de la colección evidenciaba algunos principios, a menudo implícitos, que guían los trabajos de los historiadores de la escuela metódica. En primer lugar, el propio título —*Historia de Francia*— atestigua que el tema del estudio se centra en un estado-nación, que se supone que existe desde la época de Clodoveo hasta la de Luis XVI, *a fortiori* hasta los gobiernos de Gambetta, Ferry o Clemenceau. Segundo: la periodificación se articula en función de los reinados. Por ejemplo, en el tomo III, Luis VII, Felipe Augusto, Luis VIII sirven de jalones entre 1137 y 1226. Ciertamente, estas cesuras cronológicas se sitúan en la tradición de los viejos anales, pero dejan entender que cada soberano incide de manera decisiva en el curso de los acontecimientos. En el mismo orden de ideas, hombres ilustres —Sully, Richelieu, Colbert y otros— desempeñan un papel primordial. Tercero: los hechos políticos, militares y diplomáticos centran la atención. Por ejemplo, en el tomo V, las guerras de Italia (batallas de Marignan, Pavía, etc.) se describen con tal lujo de detalles que colmarían de satisfacción a un oficial de estado mayor.

Por el contrario, los hechos económicos, sociales y culturales son tratados con menor atención y situados siempre en posición subordinada, planteados en el cuadro de una estrategia política. Por ejemplo, en el tomo VII, cuando se hace alusión a los inicios del reinado de Luis XIV (1661-1685), se examinan, bajo el epígrafe «El gobierno económico», las finanzas, la agricultura, la industria y el comercio. En definitiva, a lo largo de toda la obra está latente una tesis que Lavisse trata de demostrar concluyendo que, aunque la monarquía capeta se inclinara hacia el absolutismo, construyó una administración, suprimió los particularismos, reunió las provincias; en última instancia, «reforzó la unidad francesa».

La obra está incompleta, ya que la formación del estado-nación no se interrumpe con el fin del Antiguo Régimen. Por ello, la obra se prolongó después en una *Histoire de la France contemporaine, de la Révolution à la Paix de 1919*. En esta ocasión, Ernest Lavisse se limitó a otorgar su patronazgo, abandonando la dirección efectiva en manos de su discípulo Charles Seignobos. La nueva serie comprende nueve volúmenes, que se publicaron en menos de tres años, en la inmediata posguerra. Ernest Lavisse tuvo la alegría de ver las últimas obras acabadas antes de fallecer. La colección presenta el siguiente orden:

— t. I. Ph. Sagnac: *La Révolution (1789-1792)*, 1920.
— t. II. G. Pariset: *La Révolution (1792-1799)*, 1920.
— t. III. G. Pariset: *Le Consulat et l'Empire (1799-1815)*, 1921.
— t. IV. S. Charletty: *La Restauration (1815-1830)*, 1921.
— t. V. S. Charletty: *La Monarchie de Juillet (1830-1848)*, 1921.
— t. VI. Ch. Seignobos: *La Révolution de 1848 et les débuts du Second Empire (1848-1859)*, 1921.
— t. VII. Ch. Seignobos: *Le Déclin de l'Empire et l'établissement de la Troisième République (1859-1875)*, 1921.
— t. VIII. Ch. Seignobos: *L'Evolution de la Troisième République (1875-1914)*, 1921.
— t. IX. H. Bidou, A. Gauvain, Ch. Seignobos: *La Grande Guerre (1914-1918)*, 1922.

En esta *Histoire de la France contemporaine* volvemos a encontrar los axiomas que condicionan las reflexiones de los historiadores de la *Belle Époque*. La trama del tiempo se divide en grandes períodos, según los regímenes (Restauración, monarquía de Julio, Segunda República, etc.); en períodos más cortos, según los gobiernos (Waldeck-Rousseau, Combes, Rouvier, Clemenceau, etc.). El relato encadena los acontecimientos, respetando la causalidad lineal y multiplicando las precisiones (el relato de la «Gran Guerra» no omite ningún ataque, ningún contraataque en todos los frentes, desde julio de 1914 a noviembre de 1918). Y «la política sigue ocupando el centro neurálgico del interés político»: las combinaciones ministeriales, los debates parlamentarios, las elecciones legislativas ocupan mayor espacio que los descubrimientos científicos, las actividades industriales o las costumbres campesinas.

4. Los manuales escolares

En 1875 se adoptan las leyes constitucionales que definen los procedimientos de designación y las reglas de funcionamiento de las dos cámaras y del gobierno. Entre 1877 y 1879, sucesivas elecciones llevarán mayorías de izquierda a la Cámara de diputados, después al Senado. Mac Mahon debe primero «someterse», y más tarde «dimitir». La República triunfa. Desde entonces, durante cinco o seis años, los ministerios «oportunistas» conceden la amnistía a los miembros de la Comuna (1880), instauran las libertades públicas: prensa, reunión, etc. (1881), legalizan los sindicatos (1884), e imponen la escuela laica (marzo 1880), gratuita (junio 1881) y obligatoria (marzo 1882). Los dirigentes políticos «oportunistas» —L. Gambetta, J. Ferry, Ch. de Freycinet, W. Wadington, L. Say, etc.— son animados, aconsejados, guiados en su obra escolar por los responsables del ministerio de Instrucción pública —P. Bert, F. Buisson, F, Pécaut, J. Steeg y otros— y por J. Macé y sus amigos animadores de la Liga de la Enseñanza. En contra de lo que se acostumbra a decir, las leyes Ferry no «escolarizaron» a los franceses. Pero las medidas tomadas permitieron construir una red de edificios que cubría todas las comunas; formar un cuerpo homogéneo de profesores y profesoras laicos en las escuelas normales, y extirpar el analfabetismo, al integrar el tercio de la población infantil que entonces escapaba todavía a la educación. Sin embargo, los republicanos «burgueses» mantuvieron un profundo abismo entre la escuela primaria, destinada al pueblo, y la secundaria, reservada a la elite.

La historia «metódica» participa en la obra escolar de la Tercera República. En efecto, los inspiradores de las leyes Ferry —F. Buisson, P. Bert, J. Macé, etc.— y los colaboradores de *La Revue historique* —G. Monod, E. Lavisse, A. Rambaud, etc.— pertenecen a los mismos ambientes; frecuentan todos los despachos del ministerio de Instrucción pública, las Escuelas normales superiores, los templos protestantes o las logias masónicas. Altos funcionarios o destacados universitarios, todos tienen los mismos objetivos: formar a las nuevas generaciones en el amor a la República, a fin de consolidar el soporte social del régimen; rechazar el obscurantismo clerical, retirándole a la Iglesia el control sobre los espíritus; preparar la venganza contra el enemigo hereditario, contra el Reich alemán. Estas ideas directrices son las que, a través de las instrucciones ministeriales, orientan los programas y conforman los manuales de historia, geografía e instrucción cívica. El más célebre es el «Petit Lavisse» que se publicó por primera vez en 1884 (sobre un total de 240 páginas tenía 100 grabados). Con este motivo, el profesor de la Sorbona condensó hasta el extremo los elementos que figurarán en su extensa serie universitaria de la *Historia de Francia*. El «Petit Lavisse» conoció inmediatamente un éxito inmenso: se publicó por centenares de miles de ejemplares, se reeditó muchas veces (en 1895 se alcanzó la septuagésimo quinta edición). El autor somete la obra a constantes revisiones, hasta la versión definitiva de 1912 (272 páginas con 142 grabados). Los demás manuales no supondrán una amenaza para el monopolio casi absoluto de difusión del «Lavisse» y difieren poco de él, tanto por la forma como por el contenido. Así por ejemplo los «Cursos de historia» de Aulard y Debidour (1894), el de Calvet (1899), el de Brossolette

(1904), el de Gautier y Deschamps (1905), el de Guiot y Mane (1906), el de Rogie y Despiques (1908), etc.

En los libros destinados a niños de siete a doce años, el discurso ideológico es tanto o más evidente cuanto que, necesariamente, el relato carece de matices y su lenguaje es muy simple. La escuela metódica expone sus principios candorosamente, sin ninguna máscara. Además, el grupo republicano, que crea la escuela laica, gratuita y obligatoria, afirma claramente que la escuela no es neutra; que tiene que estar al servicio de un proyecto político. En 1884, F. Buisson, director de enseñanza primaria, saluda la salida del «Petit Lavisse» en estos términos: «He aquí un libro de historia verdaderamente nacional y verdaderamente liberal, que necesitábamos como un instrumento de educación, incluso de educación moral.» En 1912, en el prólogo a la última edición de su manual, E. Lavisse todavía se muestra más explícito: «Si el escolar no lleva consigo el recuerdo vivo de nuestras glorias nacionales, si no sabe que sus antepasados combatieron en mil campos de batalla por nobles causas; si no ha sabido cuánta sangre y esfuerzos ha costado la unidad de nuestra patria y el obtener del caos de nuestras viejas instituciones aquellas leyes que nos han hecho libres; si no se convierte en un ciudadano convencido de sus deberes y un soldado que ama su fusil, el profesor habrá perdido el tiempo.» La tarea del maestro está de esta manera perfectamente definida: durante las clases de historia tiene que formar a republicanos conscientes y soldados valientes.

Si repasamos los manuales de historia publicados entre 1884 y 1914, percibimos en ellos fácilmente algunos postulados fundamentales. La primera noción es la de una «Francia eterna», desde «nuestros antepasados los galos» hasta los ciudadanos de la Tercera República. Los habitantes de este bello país pertenecen a una colectividad que, progresivamente, ha llegado a ser nacional. No hay nada que los separe: se han borrado los particularismos nacionales; las desigualdades sociales se han atenuado. Los «otros», los individuos diferentes, se identifican con los extranjeros, los enemigos, los agresores. La larga marcha hacia la formación del estado-nación se desarrolla como una sucesión de acontecimientos excepcionales en los que destacan virtuosos héroes. El manual de historia tiene el aspecto de una pinacoteca: Vercingetorix en Alesia, Clovis rompiendo el vaso de Soissons, Carlomagno ante los escolares, Felipe Augusto en Bouvines, San Luis bajo el castaño de Vincennes, los burgueses de Calais, Juana de Arco en la hoguera, Francisco I en Marignan, Richelieu en el asedio de La Rochelle, Luis XIV en Versalles, el mariscal de Sajonia en Fontenoy, la toma de la Bastilla, Bonaparte en el puente de Arcole, etc. Una línea divisoria separa los «buenos», que reforzaron la autoridad del estado y unificaron las provincias —por ejemplo, Du Guesclin, Luis XI o Richelieu—, y «los malos», que se lanzaron a guerras ruinosas y dejaron perder provincias o colonias —por ejemplo, Carlos VIII y Luis XII, quizá Luis XIV, y ciertamente Luis XV—. Por ello, leemos en el «Petit Lavisse»: Enrique IV y su amigo Sully trataron de lograr que los franceses fueran lo más felices posible (...). «El mal rey Luis XV no prestó ninguna atención a las reclamaciones contra las injusticias. Decía que le tenían sin cuidado.»

La segunda toma de postura es la apología del régimen republicano. La herencia de la Revolución se recupera, francamente en lo que se refiere al período 1789-1792; con vacilaciones para el período 1792-1794. La recons-

trucción privilegia los episodios moderados: se insiste acerca de la reunión de los Estados Generales, la declaración de los Derechos del Hombre, la Fiesta de la Federación; y se pasa como sobre ascuas por los enfrentamientos en la Convención, y las brutalidades del terror, o se las esconde tras los éxitos de los soldados del Año II. De todas maneras, la Revolución de 1789 aparece como una ruptura radical que hace emerger la soberanía de la nación, instaura el respeto por la ley, introduce la libertad de conciencia y la libertad de trabajo (manual Gautier-Deschamps). Si examinamos un mural realizado por Ch. Dupuy para los escolares, la historia de Francia del siglo XIX puede interpretarse según un esquema bipolar: «Revolución de 1789: se conquistan la libertad y la igualdad; Primer Imperio: Francia experimenta el despotismo; Restauración y monarquía de julio: de nuevo se ensaya la realeza; Segunda República: se reconquista la libertad por un instante; Segundo Imperio: se pierde la libertad de nuevo; Tercera República: finalmente, el pueblo es dueño de sus destinos.» Los regímenes absolutistas presentan un signo −, son «peyorativos»; los regímenes republicanos están provistos de un signo +, son «mejores». A fin de cuentas, la Tercera República se presenta como «el mejor de los mundos»: «Ha llevado a Francia a su rango de gran nación; ha impuesto el servicio militar igual para todos; ha creado la enseñanza laica, gratuita y obligatoria; ha restaurado las libertades públicas: de prensa, reunión, asociación; ha separado la Iglesia del estado; y ha constituido un imperio colonial» del manual Gautier-Deschamps). La Tercera República garantiza una armoniosa organización difícilmente superable; la Comuna se describe como un súbito acceso de locura, casi incomprensible; y no se plantea jamás la perspectiva de un régimen socialista.

La tercera opción es una permanente exaltación de la Madre Patria. De 1880 a 1898, con la primera generación, la propaganda nacionalista es desenfrenada, en proporción a la humillación sentida después de la derrota de 1870-1871. En mayo de 1882, el periódico *L'École* recomienda las consignas patrióticas, los relatos heroicos y los cantos marciales, como el *Escolar-soldado:*

Pour être un homme, il faut savoir écrire
Et tout petit, apprendre à travailler.
Pour la Patrie, un enfant doit s'instruire
Et dans l'école apprendre a travailler.
L'heure a sonné, marchons au pas, Jeunes, enfants, soyons soldats *(bis)*.

[Para ser un hombre, hay que saber escribir y aprender a trabajar desde pequeño. Por la patria, el niño se debe instruir. Y en la escuela aprender a trabajar. Ha sonado la hora, marchemos al paso, niños, seamos soldados (bis).]

Este canto se enseñaba en la escuela de párvulos y en el grado elemental.

En un clima de este tipo, los manuales de historia seleccionan los hechos de armas que ilustran la defensa del territorio contra el invasor, desde la revuelta de la Galia hasta el combate de Valy. Y Juana de Arco se convierte en la heroína nacional, el símbolo de la resistencia: «Juana de Arco es la figura más conmovedora que nunca haya aparecido sobre la tierra. Ningún otro pueblo tiene en su historia una Juana de Arco» (manual Gautier-Deschamps). Con la segunda generación, de 1899 a 1914, el naciona-

lismo se matiza más. Con el tiempo, la herida de Sedán va cicatrizando. La opinión pública, que cuenta con las alianzas que Francia ha contraído con Rusia y Gran Bretaña, se siente menos amenazada y, por tanto, menos agresiva. Y el movimiento socialista, con vocación internacionalista, empieza a influir en ciertas capas sociales, sobre todo entre los profesores. Desde entonces, los manuales intentan demostrar a los niños que la guerra puede ser una sagrienta calamidad; que es preferible recurrir a la negociación; que es bueno preservar la paz. En el panteón de los héroes nacionales, los hay civiles —Hugo o Pasteur—junto a guerreros como Rolando, Bayard u Hoche. No obstante, la guerra defensiva sigue siendo legítima: «La guerra, esta plaga, este asesinato, se convertiría en santa, si el extranjero, amenazando nuestras fronteras, tuviera intención de arrebatarnos la independencia» (manual Guiot y Mane).

Esta última orientación tiende a justificar la colonización. Los gobiernos oportunistas, que edificaron las instituciones republicanas, emprendieron también las conquistas coloniales en Túnez, en Tonkin, en Madagascar; y sus sucesores, moderados o radicales, prosiguieron la obra ocupando Sudán, Dahomey, Congo y más tarde Marruecos. Los manuales escolares recuperan los argumentos oficiales para explicar las operaciones militares. He aquí un ejemplo en el que la voluntad de simplificar bordea el ridículo: «En 1881, Jules Ferry decidió castigar a los Krumirs, turbulenta tribu que invadía sin cesar nuestra Argelia. En el curso de la persecución nuestros soldados se vieron obligados a ocupar Túnez, que retuvimos» *(sic)* (manual Brossolette). En el espíritu de los dirigentes de la Tercera República, la constitución de un imperio colonial permite encontrar una compensación a la pérdida de Alsacia y Lorena y otorgar a Francia el nivel de gran potencia, al igual que Gran Bretaña y Alemania. Sin embargo, la perspectiva de sacar partido de los productos exóticos no está ausente: fosfatos de Túnez, cacahuetes del Senegal, madera de Gabón, caucho de Indochina, etc. Los manuales escolares confirman el móvil de la explotación económica: «Jules Ferry quiso que Francia dispusiera de magníficas colonias que aumentarían su riqueza comercial» (manual Gautier-Deschamps). Siempre, la empresa colonial está cubierta con el pretexto de una misión civilizadora: «Los pueblos indígenas apenas son civilizados y a veces completamente salvajes» (manual Lemonnier-Scharader-Dubois). Los franceses, poseedores de la cultura, vienen para salvar de la barbarie a los primitivos. Los libros de historia y de geografía muestran a los educadores instalando escuelas, a los médicos organizando hospitales, a los administradores suprimiendo inhumanas costumbres. Una imagen clave representa a Savorgnan de Brazza liberando a esclavos en el Congo. En definitiva, la buena conciencia está por completo a favor del hecho colonial: «Francia quiere que los niños árabes sean tan bien educados como los niños franceses. Esto prueba que Francia es buena y generosa con los pueblos que ha sometido» (manual Lavisse).

5. La objetividad en la historia

Es un error que se haya calificado y que todavía se califique a la escuela histórica que se impuso en Francia entre 1880 y 1930, como corriente «positivista». En efecto, la verdadera historia positivista fue definida por

L. Bourdeau en *L'Histoire et les Histoirens: essai critique sur l'histoire considérée comme science positive*, publicado en 1888. Como buen discípulo de Comte, L. Bourdeau se sitúa en un plano filosófico. Según él, la historia es «la ciencia de los desarrollos de la razón», y tiene por objeto «la universalidad de los hechos que la razón dirige o cuya influencia sufre». La historia, que toma modelo de la sociología, debe estudiar el movimiento de la población, la organización de la familia, la forma del hábitat y de la alimentación; en términos más generales, todas las actividades humanas, en todas sus dimensiones. Por el contrario, esta disciplina puede dejar de lado los acontecimientos singulares y los personajes ilustres: «Es necesario que los aristócratas de la gloria desaparezcan ante la importancia cada vez mayor de las multitudes (...). Ocupémonos de las masas» (esta clase de concepción, que pretende la «totalidad», rechazando el «puro relato de los acontecimientos», complacería a la escuela de los *Annales*). L. Bourdeau, fiel al pensamiento de A. Comte, establece para la historia científica el objetivo de «buscar las leyes que presiden el desarrollo de la especie humana». Esta leyes se pueden clasificar en tres grupos: 1) las leyes de *orden*, que muestran la similitud de las cosas; 2) las leyes de *relación*, que hacen que las «mismas causas provoquen los mismos efectos»; y 3) la ley *suprema,* que *regula* el curso de la historia. En suma, se trata de una filosofía de la historia, resueltamente determinista, que pretende a la vez reconstituir el pasado y prever el porvenir.

Ahora bien, el programa de Bourdeau se sitúa en el lado opuesto del proyecto común de Monod, Lavisse, Langlois, Seignobos y sus amigos. En el *Manifiesto* con el que se inicia *La Revue historique* en 1876, G. Monod emplea la fórmula «ciencia positiva», pero en un sentido muy alejado de la doctrina de Comte: «Nuestra revista será una publicación de ciencia positiva y de libre discusión; sin embargo, no abandonará el campo de los hechos y se mantendrá cerrada a las teorías políticas y filosóficas». Cuando aparece la obra de L. Bourdeau, G. Monod parece muy reticente al respecto; afirma entonces: «La historia sólo será una ciencia descriptiva, actuando sobre elementos siempre en movimiento, en mutación y devenir perpetuos. Como máximo se la podría comparar con la meteorología» (*RH,* 1888, núm. 3, p. 385). Unos años más tarde, cuando se plantea un debate sobre el papel de las ciencias sociales en las nuevas universidades, G. Monod revisa su opinión acerca de L. Bourdeau: «Los libros de este autor no tienen toda la reputación que se merecen (...). Su hora llegará cuando estemos convencidos en Francia, como ya lo están en Estados Unidos, de que la ciencia social no es solamente la base sólida de la historia, sino la parte esencial de la misma. Es sorprendente que Francia sea el país en el que las geniales opiniones de A. Comte acerca de la sociología hayan producido hasta el momento los menores frutos» (*RH,* 1896, núm. 2, p. 92). G. Monod se muestra conciliador porque pretende vincular la historia con las demás ciencias humanas a nivel de la enseñanza superior. Pero sus compañeros no le siguen: Langlois y Seignobos rechazan toda referencia a la «filosofía positiva» y se mantienen, en 1898, dentro de un riguroso empirismo en su *Introducción a los estudios históricos*.

En realidad, los partidarios de la escuela metódica no se inspiraron en el francés Augusto Comte, sino en el alemán Leopold von Ranke. Inmediatamente después de la guerra 1870-1871, muchos jóvenes historiadores

franceses —G. Monod, E. Lavisse, C. Jullian, Ch. Seignobos y otros— fueron a completar su formación en centros de investigación y enseñanza más allá del Rhin. Creyeron que la victoria de Alemania se explicaba por la perfecta organización de sus instituciones militares, civiles e intelectuales, que era conveniente observar para, más tarde, imitar estas ejemplares realizaciones a fin de garantizar la recuperación de Francia. Así se vieron influidos por los eruditos alemanes, los Mommsen, Sybel, Treitschke, Waitz, Delhrück, etc., y tomaron como modelo los programas, los métodos y las estructuras de las universidades alemanas. En 1896, Camille Jullian admite el valor del sistema germánico, a la vez que cuestiona la pretendida inferioridad francesa: «Alemania triunfa por la solidaridad y la cohesión (...); siempre careceremos de este espíritu de disciplina que ellos tienen (...). No obstante, en Alemania la historia se desmorona y dispersa (...), no es superior a la historia francesa.» Asistimos a un curioso fenómeno en materia de difusión de ideas. La escuela francesa toma de la escuela alemana una doctrina científica que origina una práctica histórica, sin atreverse a señalar sus orígenes, y a veces ni siquiera a enunciar sus principios, debido a una reflejo de «pudor nacionalista».

Por tanto hay que acudir a la fuente. A mediados del siglo XIX, la tesis de L. von Ranke cuestionaron las filosofías de la historia «especulativas, subjetivas» y «moralizantes»; y avanzaron fórmulas «científicas», «objetivas» (o «positivas») que influyeron en dos o tres generaciones de historiadores, primero en Alemania, más tarde en Francia. Los postulados teóricos de Ranke se encadenan de la siguiente manera: 1.ª regla) al historiador no le corresponde «juzgar el pasado ni instruir a sus contemporáneos, sino simplemente rendir cuentas de lo que pasó realmente»; 2.ª regla) no hay ninguna interdependencia entre el sujeto conocedor —el historiador— y el objeto del conocimiento —el hecho histórico—. Por hipótesis, el historiador escapa a cualquier condicionamiento social; lo que le permite ser imparcial en su percepción de los acontecimientos; 3.ª regla) la historia —conjunto de *res gestae*— existe en sí misma, objetivamente; incluso tiene una forma dada, una estructura definida, que es directamente accesible al conocimiento; 4.ª regla) la relación cognoscitiva se adapta a un modelo mecanicista. El historiador registra el hecho histórico, de manera pasiva, como el espejo refleja la imagen de un objeto, como el aparato fotográfico fija el aspecto de una escena o de un paisaje; 5.ª regla) la tarea del historiador consiste en reunir un número suficiente de hechos, apoyados en documentos seguros; a partir de estos hechos, el propio relato histórico se organiza y se deja interpretar. Toda reflexión teórica es inútil, incluso perjudicial, porque introduce un elemento de especulación. Según Ranke, la ciencia positiva puede alcanzar la objetividad y conocer la verdad de la historia.

La escuela metódica, que aplicó al pie de la letra el programa de Ranke, hizo progresar verdaderamente la historiografía en Francia. No obstante, al examinar su obra no podemos evitar una sensación de malestar. Ya que la contradicción es evidente entre los principios declarados y las realizaciones efectivas. En 1876, G. Monod proclama su neutralidad: «El punto de vista estrictamente científico en el que nos situamos bastará para dar a nuestra obra la unidad de tono y de carácter (...). No profesaremos ningún credo dogmático; no nos pondremos a las órdenes de ningún partido (...).» En 1898, Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos descartan cualquier es-

peculación «acerca de la causa primera y las causas finales», cualquier reflexión sobre la naturaleza de las sociedades; y consideran, con una cierta candidez, que la «historia se constituirá (...) cuando todos los documentos hayan sido descubiertos, purificados y ordenados». Ahora bien, al mismo tiempo, *La Revue historique* toma posición en favor de los gobiernos oportunistas; se enfrenta con la Iglesia católica, monárquica y ultramontana; defiende la escuela laica, gratuita y obligatoria. E. Lavisse, a través de su monumental *Histoire de France*, crea el mito de un estado-nación, que surge en el período intermedio entre los galos y los merovingios, se consolidan gracias a las medidas administrativas y a las conquistas militares de los Capetos, y alcanza una estructura ideal: la República democrática, moderada y centralizadora. Los manuales escolares sobre todo, directamente inspirados por los notables universitarios, no dudan en hacer el elogio de la Tercera República, para ampliar en el porvenir su clientela electoral, reforzando por tanto su base social. Celebrando el culto a los héroes nacionales, excitan permanentemente el sentimiento patriótico para preparar la venganza de la nueva generación contra el enemigo hereditario, el bárbaro germánico. Y, con el subterfugio de una misión civilizadora, justifican la expansión colonial de Francia. En estas condiciones, la ciencia histórica, que pretende la imparcialidad, la objetividad, demuestra que es un discurso ideológico que sirve a los intereses de un régimen político o manifiesta las aspiraciones de una comunidad nacional.

La escuela metódica, con fundamentos poco estables y graves contradicciones, no tardó en ser atacada por todas partes. Desde los años 1920 en *La Revue de Synthèse*, más tarde, durante los años 1930, en *Les Annales*, L. Febvre, M. Bloch y sus amigos atacaron a los herederos de E. Lavisse, a Ch. Seignobos, L. Haphen, Ph. Sagnac y otros que entonces ocupaban importantes funciones en las universidades. El grupo de los *Annales* dirige a la historia tradicional —llamada por aquél «historizante»— cuatro reproches principales: 1) La historia historizante sólo presta atención a los documentos escritos, a los testimonios voluntarios (decretos, cartas, informes, etc.), mientras que los documentos no escritos, los testimonios involuntarios (vestigios arqueológicos, series estadísticas, etc.), informan igualmente acerca de las actividades humanas. 2) La historia historizante pone el acento en el acontecimiento, el hecho singular, que sucede en un tiempo corto (por ejemplo el combate de Fontenoy), mientras que es más interesante conocer la vida de las sociedades, que se revela en los hechos ordinarios, repetidos, que se desarrollan en un período de tiempo largo (por ejemplo el cultivo del trigo). 3) La historia historizante privilegia los hechos políticos, diplomáticos y militares (así el asesinato de Enrique IV, la paz de Westfalia o la batalla de Austerlitz) y menosprecia, erróneamente, los hechos económicos, sociales y culturales (como la innovación que supuso el molino de viento, los derechos señoriales o la religiosidad jansenista). 4) La historia historizante, «la de los vencidos de 1870», tiene «temblorosas prudencias», teme comprometerse en un debate, raramente se arriesga a una interpretación y renuncia por anticipado a cualquier síntesis. Sin embargo, la escuela de los *Annales* no plantea la cuestión de la objetividad histórica; no pone de relieve la discordancia, la incompatibilidad entre el compromiso de la neutralidad científica y la toma de posición política de los historiadores de la escuela metódica.

El pensamiento «relativista» o «presentista» que se expresa especialmente en Gran Bretaña y en Estados Unidos en los años 1930-1940, realiza una crítica más radical de la historiografía «positivista», al poner en duda los presupuestos teóricos de Ranke. Ch. Beard considera que la pretensión científica traduce una elección ideológica: «¿En qué se ha convertido este historicismo que permitía al historiador imaginarse que se puede conocer la historia tal como se ha desarrollado realmente? Esta filosofía —porque esta corriente es una filosofía, aunque negase la filosofía— ha experimentado un fracaso» (*The American Historical Review*, 1937, vol. LXIII, núm. 3, p. 81). La tendencia relativista considera enteramente falsa la teoría positivista del conocimiento según la cual el sujeto reenvía simplemente la imagen del objeto; hace valer que, en su trabajo, el historiador siempre tiene una actitud activa constructiva, jamás pasiva. Ch. Oman afirma: «La historia no es un asunto puramente objetivo; es la manera con la que el historiador capta y pone en relación toda una serie de acontecimientos» (*On the Writing of History*, 1939, p. 7). R.G. Collingwood cree también que el historiador selecciona deliberadamente en la masa de los hechos históricos; y que, necesariamente, se ve impelido a describir el pasado en función del presente: «El pensamiento histórico es una actividad de la imaginación (...). Se tiende a reconstituir el pasado en relación al presente (...). En historia, ningún conocimiento adquirido es definitivo. Un testimonio, válido en un momento dado, cesa de serlo desde el momento en que se modifican los métodos y en cuanto que cambia la formación de los historiadores» (*The Idea of History*, 1946, pp. 247-248). C. Becker lleva hasta el límite la lógica del presentismo: «Cada siglo reinterpreta el pasado para que éste sirva a sus propios fines (...). El pasado es una especie de pantalla sobre la que cada generación proyecta su propia visión del porvenir; y mientras viva la esperanza en el corazón de los hombres, las «historias nuevas» se sucederán (*Everyman his own Historian*, 1935, pp. 169-170). Un relativismo de este tipo condujo a dudar de la posibilidad de fundar una ciencia de la historia.

El materialismo histórico es un fiel reflejo del «positivismo», seguro de alcanzar la objetividad, y del «presentismo», preocupado por mostrar el papel de la subjetividad. Desde 1846, Karl Marx se interroga, en los manuscritos de *La ideología alemana*, acerca del proceso del conocimiento; con este propósito, pone en evidencia dos mecanismos fundamentales. Por una parte, el individuo que toma conciencia está socialmente determinado: «Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas (...), pero los hombres reales, actuantes, están condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por las relaciones que le corresponden». Por otra parte, el conocimiento es una actividad no abstracta sino concreta; está relacionada con la «praxis»: «Hasta aquí, el principal defecto de todos los filósofos (...) es que, para ellos, la realidad, el mundo sensible, sólo son captados en forma de objeto o de intuición, pero no en tanto que la actividad humana concreta, no en tanto que práctica» (*Tesis sobre Feuerbach*). Por tanto, el sujeto conocedor no sabría ser espontáneamente imparcial, ya que pertenece a un grupo profesional, a una clase social, a una comunidad nacional de la que puede, consciente o inconscientemente, expresar sus opiniones, defender sus intereses. Lo cual, por ejemplo, explica que las posiciones ideológicas de los historiadores de la escue-

la metódica reflejen, confirmen, sostengan las orientaciones políticas de los ambientes burgueses, republicanos y liberales. A diferencia de los presentistas, que se contentan con la reconstitución del pasado subjetivo y temporal, los marxistas esperan alcanzar una comprehensión científica y objetiva de la evolución de las sociedades humanas, teniendo en cuenta las determinaciones sociales del conocimiento, utilizando los conceptos de materialismo histórico, y situándose «desde el punto de vista de clase del proletariado».

DOCUMENTO

G. Monod: Los principios de «La Revue historique»

Pretendemos mantenernos independientes de cualquier opinión política y religiosa, y la lista de hombres eminentes que han querido otorgar su patronazgo a la *Revue* demuestra que ellos creen que este programa es realizable.

Están lejos de profesar todos las mismas doctrinas en política y en religión, pero creen, con nosotros, que la historia puede ser estudiada en sí misma, y sin preocuparse de las conclusiones que se pueden sacar en favor o en contra de tal o cual creencia. Sin duda, las opiniones particulares siempre influyen en cierta medida sobre la manera con que se estudian, se ven y se juzgan los hechos y los hombres. Pero debemos esforzarnos por separar estas causas de prevención y de error, para no juzgar los acontecimientos y los personajes más que en sí mismos. Admitiremos no obstante opiniones y apreciaciones divergentes, a condición de que se apoyen sobre pruebas seriamente discutidas y sobre hechos, no sobre meras afirmaciones. Nuestra *Revue* será una publicación de ciencia positiva y libre discusión, pero se encerrará en el dominio de los hechos y se mantendrá cerrada a las teorías políticas o filosóficas.

Por tanto, no enarbolamos ninguna bandera, no profesamos ningún credo dogmático; no nos ponemos a las órdenes de ningún partido; lo que no quiere decir que nuestra *Revue* vaya a ser una «Babel» en la que se manifiesten todas las opiniones. El punto de vista estrictamente científico en el que nos situamos bastará para dar a nuestra publicación unidad de tono y de carácter. Todos los que aceptan este punto de vista muestran un mismo sentimiento con respecto al pasado: una simpatía respetuosa, pero independiente. En efecto, el historiador no puede comprender el pasado sin una cierta simpatía, sin olvidar sus propios sentimientos, sus propias ideas, para apropiarse por un instante de las de los hombres de antaño, sin juzgar los hechos en el miedo en el que se han producido. Al mismo tiempo, el historiador aborda este pasado con un sentimiento de respeto, ya que siente mejor que nadie los mil vínculos que nos unen a nuestros antepasados; sabe que nuestra vida está formada de la suya, nuestras virtudes y nuestros vicios de sus buenas y malas acciones, de todas las cuales somos solidarios. Hay algo de filial en el respeto con el que el historiador intenta penetrar en su alma, se considera como el depositario de las tradiciones de su pueblo y de las de la humanidad.

Al mismo tiempo, el historiador conserva su perfecta independencia de

espíritu y no renuncia a sus derechos de crítico y juez. Las antiguas tradiciones se componen de los elementos más diversos, son fruto de una sucesión de períodos diferentes, incluso de revoluciones, las cuales, cada una a su tiempo, han tenido su legitimidad y utilidad relativas. El historiador no se convierte en el defensor de unos contra otros; no pretende borrar a unos de la memoria de los hombres para conceder a otros un lugar inmerecido. Se esfuerza por desentrañar sus causas, definir su carácter, determinar sus resultados en el desarrollo general de la historia. No hace el proceso de la monarquía en nombre de la feudalidad, ni el del 89 en nombre de la monarquía. Muestra los vínculos necesarios que relacionan la Revolución con el Antiguo Régimen, el Antiguo Régimen con la Edad Media, y la Edad Media con la Antigüedad, subrayando sin duda las faltas cometidas, y que es bueno conocer para evitar que se repitan, pero recordando siempre que su papel ante todo consiste en comprender y explicar, no en loar o condenar.

Nuestra época, más que cualquier otra, es la apropiada para este estudio imparcial y simpático del pasado. Las revoluciones que han estremecido y trastornado al mundo moderno han hecho desaparecer de las almas los respetos supersticiosos y las ciegas veneraciones, pero al mismo tiempo han hecho comprender toda la fuerza y vitalidad que pierde un pueblo cuando rompe violentamente con el pasado. Especialmente, en lo que respecta a Francia, los dolorosos acontecimientos, que crearon en nuestra patria partidos hostiles, vinculándose cada uno de ellos a una tradición histórica especial, y los que, más recientemente, han mutilado la identidad nacional lentamente creada a lo largo de los siglos, convierten en un deber el despertar, en el alma de la nación, la conciencia de sí misma por medio del profundo conocimiento de su historia. Sólo así podrán comprender todos el vínculo lógico que une todos los períodos del desarrollo de nuestro país, e incluso todas sus revoluciones. Así, todos se sentirán retoños del mismo suelo, hijos de la misma raza, sin renegar de ninguna parte de la herencia paterna, todos hijos de la vieja Francia y, al mismo tiempo, todos ciudadanos con el mismo título de la Francia moderna.

Es así como la historia, sin proponerse otro objetivo ni *otro fin que el provecho que se saca de la verdad*, trabaja de manera secreta y segura por la grandeza de la patria, al mismo tiempo que por el progreso del género humano.

(*La Revue historique*, en reprod. (1976), del texto original del *Manifiesto* de 1876; G. Monod, «*Du progrés des études historiques en France*».)

CAPÍTULO 9

LA ESCUELA DE LOS «ANNALES»

Contra el dominio de la «escuela positiva» se erige una nueva tendencia en la historiografía francesa, la cual empieza a expresarse discretamente, en la *Revue de Synthése* en la década de 1920 y, más francamente, en la década de 1930, en la revista *Annales*. La nueva corriente menosprecia el acontecimiento y hace hincapié en los períodos de larga duración; desplaza la atención de la vida política hacia la actividad económica, la organización social y la psicología colectiva, y trata de aproximar la historia a las otras ciencias humanas. Sus orientaciones generales se exponen en los polémicos artículos de L. Febvre (*Combats pour l'histoire*), en el manifiesto inacabado de M. Bloch (*Métier d'historien),* y se ponen en práctica en obras ejemplares, como las tesis de F. Braudel (la *Méditerranée à l'époque de Philippe II*) y de P. Goubert (*Beauvaix el les Beauvaisis aux XVIIe y XVIIIe siècles*) entre otros. Después de la Segunda Guerra Mundial, la «nueva historia» se impone mediante una revista —*Les Annales ESC*— cuya notoriedad va acrecentándose, mediante el instituto de investigación y enseñanza —la sexta sección de la «Escuela Práctica de Altos Estudios»—, y gracias a la buena relación con las editoriales y la prensa. Entre los años 1950 y 1960, los colaboradores de los *Annales* profundizan en la geografía histórica, en la historia económica y en la demografía histórica; en la década de 1970 inician el cultivo de la historia de las mentalidades. Después de medio siglo de experiencias, la mayor parte de los historiadores de Francia y algunos historiadores extranjeros —de Europa occidental, Estados Unidos, América latina— se muestran influenciados por el espíritu de los *Annales*, a pesar de que éste no haya podido vencer completamente la resistencia universitaria.

1. Febvre y los «Annales»

Lucien Febvre, nacido en 1878, adquiere su formación de historiador en Nancy, después en París (en la Escuela Normal Superior y en la Sorbona), en una época en la que la «escuela metódica» exalta la preocupación por el dato, privilegia la dimensión política y parece fascinada por el acon-

tecimiento. El joven Febvre se ve obligado a someterse a las leyes del género universitario en boga: hace su tesis de doctorado sobre un asunto diplomático y militar; pero intenta ampliar su visión al ámbito social, en el marco de una región; de ahí su título —«Felipe II y el Franco Condado»— y el subtítulo, «Estudio de historia política, religiosa y social» (1911). Inmediatamente después, L. Febvre redacta su *Histoire de la Franche-Comté* (1912), que demuestra su vinculación a esta provincia. Nombrado profesor de Estrasburgo en 1919 y después, en 1933, profesor del Colegio de Francia, prosigue su obra de especialista del siglo XVI, en la enseñanza y en la investigación. En sus pricipales libros cultiva el género tradicional de la biografía, confrontando a sus héroes con la sociedad de su tiempo; se desliza desde la reflexión sobre un personaje ilustre hacia la exploración de las mentalidades colectivas. Esta misma inclinación se vuelve a encontrar en *Un destin: Martin Luther* (1928); *Origène et Des périers ou l'enigme du Cymbalum mundi* (1942); *Le Problème de l'incroyance au XVIe siècle: la religion de Rebelais* (1942); *Autour de l'Heptameron, amour sacré, amour profane* (a propósito de Margarita de Navarra) (1944). Este especialista del siglo XVI despliega también su talento en muchos artículos, como: «G. Budé y los orígenes de humanismo francés» (*Revue de Synthèse*, 1907); «La guerra de los campesinos en Alemania» (*Annales*, 1934); «El capitalismo de Lieja en el siglo XVI» (*Annales*, 1949), etc.

Muy pronto, Lucien Febvre se une a la empresa de Henri Berr, el cual es uno de los primeros filósofos en reaccionar contra la «escuela metódica»; su concepción de la historia —ciencia del progreso de la humanidad— es muy distinta del puro ejercicio de la erudición. Es lo que anuncia textualmente su tesis: «Porvenir de la filosofía: esbozo de una síntesis de los conocimientos fundamentada en la historia» (1893). En 1900, H. Berr funda *La Revue de Synthèse*, que dirigirá durante medio siglo. Su publicación deviene una encrucijada en la que se encuentran E. Durkheim y sus discípulos sociólogos; P. Vidal de La Blache y sus amigos geógrafos; F. Simiand y otros economistas; H. Wallon y otros psicólogos; L. Febvre y los historiadores hostiles a los «positivistas». Para H. Berr, la historia, resultado de las experiencias humanas, está llamada a ser la ciencia de las ciencias. Para F. Simiand, la historia debe diluirse en ciencia social con profundidad temporal. L. Febvre duda entre ambas concepciones extremas y mantiene la idea de la unidad de las ciencias humanas. En 1920, H. Berr edita una gran colección: «La evolución de la humanidad» —cuarenta volúmenes publicados en el período de entreguerras—. L. Febvre aporta su contribución a la obra colectiva, especialmente *La terre et l'Évolution humaïne* en 1922. L. Febvre intenta, haciendo suya la elección de Vidal de la Blanche, tender un puente entre la historia y la geografía. Pretende, «por medio de la comparación y de la abstracción, destacar el papel que tienen en las historias humanas determinados factores considerados especialmente como geográficos: la distancia, el espacio, la situación...» (p. 37). Este libro, a pesar de ser demasiado general, quizá prematuro, inaugura la geohistoria, «la verdadera geografía humana retrospectiva».

Durante la década de 1920 —Alsacia-Lorena es de nuevo francesa—, la universidad de Estrasburgo reúne profesores brillantes e imaginativos. En ella se encuentran y se hacen amigos L. Febvre y M. Bloch, los cuales forjan el proyecto de renovar la historia; dialogan con el geógrafo H. Bau-

lig, el psicólogo C. Blondel, el sociólogo G. Le Bras y otros colegas abiertos al intercambio entre las disciplinas. Habiendo alcanzado la edad de la madurez y disponiendo del apoyo de la Editorial A. Colin, M. Bloch y L. Fevbre fundan la revista *Les Annales d'Histoire économique et sociale* en 1929. El editorial del primer número proclama dos objetivos: 1) acabar con el monopolio de la especialidad, promover la pluridisciplinariedad y favorecer la unión de las ciencias humanas; b) pasar del estadio de los debates teóricos (los de *La Revue de Synthèse*) al estadio de las realizaciones concretas, hacienco hincapié en las encuestas colectivas para la historia contemporánea. Integran el comité de redacción, además de los directores, cuatro historiadores: A. Piganiol, G. Espinas, H. Pirenne y H. Hauser; un sociólogo: M. Halbwachs; un politólogo: A. Siegfried; un geógrafo: A. Demangeon. A partir del momento en que son designados profesores L. Febvre, en 1933, en el Colegio de Francia, y M. Bloch, en 1936, en la Sorbona, la revista *Les Annales* se traslada de Estrasburgo a París, aumenta el número de sus lectores, ataca duramente a los historiadores tradicionales y despierta vocaciones entre los jóvenes investigadores. Sin embargo, entre 1939 y 1944, debido a la guerra y a la ocupación, la revista atraviesa dificultades administrativas y pierde a muchos de sus animadores (en particular a M. Bloch). Tras la liberación, se impone el cambio. A partir de 1946, L. Febvre conserva, él solo, la dirección; se rodea de un equipo nuevo —F. Braudel, G. Friedmann, Ch. Morazé y P. Leuillot—, adopta otro título: *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, y dirige la orientación de la historia económica y social hacia la historia de las mentalidades. En resumen, L. Febvre aparece como el principal inspirador de una revista en la que ha publicado 924 artículos, notas, críticas y recensiones entre 1929 y 1948.

A través de sus múltiples artículos, aparecidos en *La Revue de Synthèse* y en los *Annales*, L. Febvre instruye proceso a la «historia historizante». Por ejemplo, harán la crítica de *La Histoire de la Russie* (3 vol., 1932), de Ch. Seignobos, Ch. Eisenemann, P. Miliukov y otros colaboradores, en *La Revue de Synthèse*, núm. VII, 1934. En primer lugar, L. Febvre criticará la distribución de la obra: «La historia de Rusia propiamente dicha comienza en la página 81 con el artículo de Miakotine que introduce a las tribus eslavas en la historia de la Europa oriental, hacia el siglo VII. ¡En la página 81, el siglo VII; en la página 150, ya, Iván el Terrible; en la página 267, Pedro el Grande! Recapitulemos: en una historia de 1.416 páginas, en tres volúmenes, se dedican 200 páginas a diez siglos (XII-XVII), frente a 1.140 páginas a dos siglos y medio (1682-1932).» Podemos preguntarnos por qué L. Febvre cuenta tan meticulosamente el número de páginas y la razón por la cual es tan importante el equilibrio en el tratamiento de los períodos, pero es fácilmente comprensible cuando leemos la justificación que alega Ch. Seignobos en su prefacio: en diez siglos de historia rusa —dice—, desde los orígenes hasta Pedro el Grande, 200 páginas, «no hay acontecimientos ni documentos». Por tanto, L. Febvre rechaza la concepción de la historia como simple registro de una serie de acontecimientos apoyados en documentos escritos. «Ustedes lo aseguran: ¡se desconoce la historia de diez siglos!... No estoy de acuerdo. Sí que se puede conocer. Todos los que la estudian lo saben; todos aquellos que no se limitan a transcribir documentos, y que se las ingenian para reconstruir el pasado utilizando una pano-

plia de disciplinas convergentes.» Así pues, L. Febvre aconseja utilizar documentos no escritos (por ejemplo, vestigios arqueológicos) y recurrir a las ciencias próximas (por ejemplo, a la lingüística y a la etnología).

Acto seguido, L. Febvre subraya los *a priori* ideológicos de Ch. Seignobos y de sus amigos «positivistas»: «Pero ¿cómo se dosifican las "materias", como se dice en farmacología? En primer lugar, la cuestión política. ¡Sólo Maurras puede decirlo! Pero nuestros historiadores no se limitan a decirlo; lo ponen en práctica. Tienen un sistema, o mejor quizá, un contrasistema. Una vez más, Ch. Seignobos entona un canto de gloria en honor de la historia-cuadro (...). Se trata de lo que yo llamo "sistema de la cómoda" (...). ¡Todo bien colocado y ordenado! Primer cajón, la política; a la derecha, la política interior; a la izquierda, la política exterior, sin confusión posible. En el segundo cajón: en el rincón de la derecha, "los movimientos de la población"; en el rincón de la izquierda, "la organización de la sociedad (...). En el tercer cajón, la historia de Rusia, o bien los fenómenos económicos: la agricultura, la industria, el comercio (...). En realidad no tenemos una historia de Rusia, sino un manual de historia política de Rusia desde 1682 a 1932, con una introducción de unas doscientas páginas sobre la Rusia anterior a Pedro el Grande (...). Es evidente que, en el cuadro tradicional de los reinados M. Miliukov y sus colaboradores han sabido hacer un relato muy preciso y bastante repleto de "acontecimientos" de la historia rusa —acontecimientos económicos, sociales, literarios y artísticos, en la medida en que dependen de la acción política de los gobiernos—.» Dicho de otra manera, L. Febvre recomienda, por una parte, no aislar en compartimentos la realidad social, hacer patentes sus interacciones; por otra parte, invertir la jerarquía de las instancias: no descender de lo político a lo económico, sino remontar de lo económico hacia lo político.

Al finalizar su crítica, L. Febvre esboza el perfil de otra historia —la de los *Annales*— totalmente opuesta a la tradición de la «escuela metódica». «Hojeo la *Histoire de la Russie* (de Ch. Seignobos, P. Miliukov y otros). ¡Qué espectáculo!, zares extravagantes que parecen escapados de *Ubu rey*; tragedias palaciegas; ministros concusionarios; burócratas-papagayos; multitud de pricazes y ucases. En cambio no nos dice nada acerca de la vida vigorosa, original y profunda del país; ni de la forma de vivir en el bosque y en la estepa, ni del flujo y reflujo de las migraciones de la población, de la gran marea humana, del ritmo irregular que, saltando los Urales, se desplaza hasta el Extremo Oriente siberiano; nada acerca de la vida de los ríos, de los pescadores, los barqueros, del tránsito; nada a propósito del trabajo agrícola de los campesinos, de sus útiles, técnicas, rotación de cultivos, pastos, explotación forestal (...); nada del funcionamiento del gran dominio y del gran terrateniente y su forma de vida; nada a propósito del nacimiento de las ciudades, de su origen, desarrollo, instituciones y caracteres, o de las grandes ferias rusas, o de la lenta constitución de lo que llamamos la burguesía (...); o del papel desempeñado por la fe ortodoxa en la vida colectiva rusa (...); o de los problemas lingüísticos; o de los antagonismos regionales.» L. Febvre esboza así lo que él considera una historia total, que abarca todos los aspectos de la actividad humana.

L. Febvre, lejos de invertir todas sus energías en combatir la «historia historizante», fue también capaz de construir una obra modelo que abra

nuevas perspectivas, como lo demuestra, por ejemplo, la obra titulada: *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle: la religion de Rabelais*, publicada en 1942. Al principio, en un primer tiempo, L. Febvre contradice la tesis de A. Lefranc —cf. *Études sur Gargantúa* (1912), sobre *Pantagruel* (1922), y sobre el *Tiers Livre* (1931)—, según la cual Rabelais era un no creyente, un librepensador, un racionalista. El director de los *Annales* vuelve a estudiar los documentos y los examina de forma más erudita. En efecto, hacia 1536-1537, muchos poetas —J. Visagier, N. Bourbon, J. C. Scaliger— habían acusado a Rabelais de ser un «sectario de Luciano» [6]. L. Febvre demuestra que tales acusaciones son injurias sin mayor alcance, frecuentes en los medios literarios. Más tarde, hacia 1543-1544, J. Calvino, G. Postel y los teólogos de la Sorbona, consideraron a Rabelais como un «ateo». L. Febvre demuestra que en aquella época la noción de ateísmo implicaba solamente una desviación en relación a la religión oficial. En cuanto a las burlas que esmaltan sus novelas —por ejemplo, el nacimiento de Gargantúa, a través de la vena cava y de la oreja izquierda de su madre, evidente alusión a la inmaculada concepción de Jesucristo—, L. Febvre recuerda que se trata de «malicias clericales», familiaridades anodinas frecuentes en los sermones de los frailes franciscanos, y Rabelais había pertenecido a la orden franciscana durante doce años. En definitiva, L. Febvre reprocha a A. Lefranc haber cometido un anacronismo, «leyendo un texto del siglo XVI con la mentalidad de un hombre del siglo XX».

Más tarde, en un segundo tiempo, L. Febvre intenta definir el cristianismo de Rabelais. De hecho, en *Pantagruel* (1532) y *Gargantúa* (1534), la carta de *Grandgousier* a su hijo, o la descripción de la abadía de Thélème y otros pasajes revelan orientaciones religiosas singulares. Si se sigue el «Credo de los gigantes», existe un Dios en tres personas de las cuales el Hijo es el predilecto. El primero y casi único deber respecto a Dios es leer, meditar y practicar el Evangelio. La vida religiosa debe ser completamente interior. Las supersticiones, la venta de indulgencias, las peregrinaciones, el culto a los santos son objeto de sarcasmos, y por tanto rechazables. El clero no parece desempeñar un papel esencial. Por todos estos indicios parece que Rabelais conocía el Evangelio y que se había visto afectado por la predicación de Lutero. Sin embargo, el antiguo monje franciscano no suscribió el dogma luterano de la justificación por la fe. L. Febvre explica que la religión de Rabelais debe comprenderse teniendo en cuenta las referencias de la *Filosofía de Cristo,* de Erasmo, el cual se apoya en la lectura del Nuevo Testamento, confiesa su predilección por el Hijo, suprime la mediación de la Virgen y de los santos, reduce el valor de los sacramentos, atenúa la mancha del pecado original y proclama su confianza en la naturaleza humana. En consecuencia, hay que situar a Rabelais junto a Erasmo, Lefèvre d'Etaples, Tomás Moro y entre los «evangelistas», que esperaban, entre 1500 y 1535, una transformación sin conmociones del cristianismo; y no se le puede clasificar entre los «protestantes» como Calvino,

[6] Luciano de Samosata, escritor de origen egipcio y cultura griega que ridiculiza a los dioses antiguos en sus mejores obras: *Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos, Prometeo* (...), y al cristianismo en su obra *La muerte de Peregrinos*. (N. del T.)

Farel, Bèze y otros, los cuales aceptan el cisma y fundan una Iglesia reformada entre 1535 y 1565.

En un tercer tiempo, L. Febvre investiga sobre la posibilidad de la incredulidad en el siglo XVI, ya que en aquella época la religión estaba siempre presente en la vida cotidiana. La Iglesia registra los bautismos, los matrimonios y los entierros; impone prescripciones alimenticias y prohibiciones sexuales; fija el calendario de los días festivos y de los laborables; enmarca las ceremonias públicas (misas, procesiones, diversiones); forma a los intelectuales y censura los libros. Por otra parte, se carece del utillaje mental para expresar un pensamiento lógico. La lengua no dispone de vocabulario suficiente (faltan las nociones de causalidad, de síntesis, de deducción, etc.), ni de una sintaxis adecuada (la frase es desordenada; no concuerdan los tiempos; las formas son excesivas). El universo espiritual medieval ciertamente se vio quebrantado por el «renacimiento» de los modelos grecorromanos, por el progreso de la imprenta, por el descubrimiento de los nuevos continentes. Sin embargo, las ciencias —las matemáticas, la astronomía, la física, la medicina— no poseen los instrumentos necesarios para poderse constituir (un ejemplo: siendo excepcional el uso del reloj, sigue siendo incierta la medida del tiempo). Los sabios —L. da Vinci, A. Paré, M. Servet, G. Bruno, Copérnico— viven como precursores, solitarios y amenazados. Tendrá que pasar un siglo para que el *Discurso del método,* de Descartes; la *Gramática,* de Port-Royal, y la lente utilizada por Galileo suministren los medios para poder enunciar un racionalismo fundamentado en la ciencia. Dicho en otros términos, en la época de Rabelais, es inconcebible el ateísmo: «Pretender hacer del siglo XVI un siglo libertino, un siglo racionalista (...) es el peor de los errores (...); por el contrario, fue un siglo que buscaba, por encima de todas las cosas, el reflejo de lo divino.» Con esta demostración magistral, L. Febvre introduce el estudio de las estructuras mentales en la historia.

2. M. BLOCH: EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Marc Bloch, nacido en 1886, en el seno de una familia burguesa judía, pasa por la Escuela normal superior, sigue los cursos de F. Lot, Ch. Pfister, P. Vidal de La Blache en la Sorbona, permanece algún tiempo en las universidades alemanas de Leipzig y Berlín, y, después, enseña historia en los *Liceos* de Montpellier y Amiens hasta 1914. Vive, como oficial, la dura experiencia de la Primera Guerra Mundial. Al finalizar el conflicto defiende una tesis abreviada —«Reyes y siervos»— sobre las manumisiones concedidas por los últimos capetos de línea directa. De 1919 a 1936, M. Bloch fue profesor de la universidad de Estrasburgo, donde las autoridades habían expulsado, por razones de prestigio, a algunos intelectuales de valía. En este hogar cultural anudó relaciones fructíferas con los historiadores —L. Febvre, A. Piganiol, Ch.-E. Perrin, G. Lefèvre— y los psico-sociólogos —Ch. Blondel, M. Halbwachs, G. Le Bras—. El grupo de Estrasburgo acrecienta entonces su audiencia a partir de la publicación, en 1929, de su revista: *Les Annales d'histoire économique et sociale.*

Especialista de historia medieval, M. Bloch se dio a conocer con tres obras importantes: *Les Rois thaumaturges* —un estudio acerca del carácter

sobrenatural atribuido al poder real, especialmente en Francia y en Inglaterra (primera edición, 1923)—, *Les caractéres originaux de l'histoire rurale fraçaise* —análisis de la evolución de las estructuras agrarias en el Occidente medieval y moderno desde el siglo XI al XVIII (primera edición, 1931)— y *La Société féodale* —síntesis de los conocimientos de aquel momento acerca de la organización social en la Edad Media (primera edición 1936)—. Con ellos crece el prestigio de M. Bloch: da conferencias en Madrid, Londres y Oslo; multiplica su artículos y críticas en los *Annales*; finalmente, sucede a Hauser en 1936 en la Sorbona.

Cuando se halla en plena actividad, tratando de crear un instituto de historia económica en la universidad de París, M. Bloch se ve obligado a interrumpir sus trabajos. De nuevo movilizado, debe incorporarse en septiembre de 1939 a la llamada «guerra de broma» y presencia la catástrofe de mayo-junio de 1940. Puede escapar con dificultades del cerco y se refugia en la Creuse, donde redacta, todavía recientes los acontecimientos, entre julio y septiembre de 1940, *L'Étrange Défaite.* La obra, testimonio extraordinariamente lúcido, pone de relieve los desequilibrios de la sociedad francesa; descubre las debilidades de los militares, de los políticos, de los hombres de negocios y de los intelectuales; y explica las causas de la derrota del ejército, del «éxodo» y suicidio de la República. A pesar de ser judío asimilado, ateo por convicción, además de ex combatiente, M. Bloch se siente amenazado por las medidas antisemitas adoptadas por los alemanes de la ocupación y por sus colaboradores franceses. En 1941 y a comienzos de 1942, el gobierno de Vichy le permite ejercer la enseñanza en Clermont-Ferrand y después en Montpellier. Pero, en noviembre de 1942, cuando el ejército alemán invade la zona libre, se ve obligado a pasar a la clandestinidad. Algunos meses después, M. Bloch se une a la Resistencia en la región de Lyón. En vísperas de la Liberación, en junio de 1944, es detenido, torturado y fusilado por los nazis.

Durante su estancia en la Creuse, en 1941, Bloch intentó, «tratando de hallar un poco de equilibrio espiritual», reflexionar sobre el *método* en la historia a partir de la experiencia del grupo de los *Annales*. Su manuscrito, incompleto, fue arreglado y publicado por L. Febvre con un título doble: *Apologie pour l'histoire ou Métier d'Historien*. A pesar de su carácter fragmentario, el cuaderno de notas de M. Bloch se nos presenta como una respuesta al manual de Ch-V. Langlois y Ch. Seignobos, como un manifiesto de la escuela de los *Annales*, contrario al breviario de la escuela metódica. Sin embargo, M. Bloch es algo menos crítico que L. Febvre respecto a la «historia historizante», y aprecia el progreso de la erudición en el siglo XIX: «La escuela alemana, Renan, Foustel de Coulanges, han dado categoría intelectual a la erudición. El historiador ha sido conducido por ellos al taller.» Sin embargo, M. Bloch admite que la erudición puede moverse en el vacío en las obras de los discípulos de G. Monod: «Los márgenes inferiores de las páginas ejercen, sobre muchos eruditos, una atracción casi vertiginosa.» Bloch condena, al igual que L. Febvre, la falta de ambición de los historiadores «positivistas»: «Muy preocupados, debido a su educación primera, por las dificultades, las dudas, las frecuentes repeticiones de la crítica documental, extraen de estas constataciones, ante todo, una lección de humildad desengañada. No les parece que la disciplina a la que dedican su

talento sea capaz, a fin de cuentas, de darles conclusiones completamente ciertas para hoy, ni muchas perspectivas de progreso para el futuro.»

M. Bloch afirma, contrariamente a lo que sostienen Ch-V. Langlois y Ch. Seignobos, que «el *stock* de documentos» del que dispone la historia no es limitado; aconseja no utilizar exclusivamente documentos escritos y recurrir a otros materiales (arqueológicos, artísticos, numismáticos, etc.): «Nuestro conocimiento de las invasiones germánicas depende tanto de la arqueología funeraria y del estudio de la toponimia como del examen de las crónicas o de las cartas (...). Las imágenes pintadas o esculpidas, la disposición de las tumbas y su mobiliario pueden documentarnos sobre sus creencias y actitudes por lo menos tanto como muchos escritos.» Respecto a la Antigüedad grecorromana, es verdad que los documentos son excepcionales, que nos son conocidos, que están clasificados, traducidos y comentados. Así todas las obras de los autores griegos —Platón, Aristóteles, Jenofonte, Plutarco, etc.— y de los autores latinos —Cicerón, César, Tito Livio, etc.— están reunidas en los doscientos o trescientos volúmenes de la colección Budé. Sin embargo, en el momento en el que escribe M. Bloch, se comenzaba a profundizar en la percepción del mundo helenístico y romano y a renovar la metodología de las excavaciones arqueológicas. Un ejemplo: gracias al descubrimiento de los templos, teatros, termas, mercados, tiendas, casas, calles y plazas de Ostia y Pompeya, J. Carcopino puede escribir su *Vie quotidienne à Rome* (primera edición, 1938). El propio M. Bloch no se limita, para el estudio de la Edad Media occidental, a los cartularios, actas de cancillería y vidas de santos, sino que se interesa por los tesoros enterrados en los períodos turbulentos, lo que le impulsa a esbozar una «Historia monetaria de Europa» (cf. algunos capítulos publicados, a título póstumo, en 1954). Simultáneamente, E. Salin arroja nueva luz sobre el tiempo oscuro de los reinos bárbaros, haciendo un inventario de las armas, adornos y muebles depositados en las tumbas, y escribe en 1943 «El hierro en la época merovingia». Cofundador de los *Annales*, al proponer extender el concepto de documento a las fuentes no escritas, consigue Bloch que los trabajos arqueológicos adquieran un desarrollo considerable después de la Segunda Guerra Mundial (ejemplo: P.-M. Duval, *Paris, des origines au IIIe siècle*, 1961; M. de Bouärd, *Manuel d'archéologie médiévale*, 1975; R. Buchanan, *Industrial Archeology in Britain*, 1972, etc.).

M. Bloch no pretende tan sólo explorar nuevos documentos, sino descubrir nuevos campos. De todos los responsables de los *Annales*, es el más inclinado hacia el análisis de los hechos económicos. En este terreno, aunque no lo haya reconocido explícitamente, está influido por Marx, el cual le inspira el interés por poner en relación las estructuras económicas y las clases sociales; también queda influenciado por las investigaciones del economista F. Simiand y del historiador H. Hauser, que le animan a apreciar las fluctuaciones económicas a partir de las series de precios. M. Bloch realiza indudablemente su obra maestra con *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française du XIe au XVIIIe siècle* (1931). Observar en este libro las formas de ocupación del suelo, las técnicas de producción, las formas de poblamiento, las condiciones señoriales, las prácticas comunitarias durante una etapa de larga duración y en el conjunto del territorio nacional. La vía por él trazada es seguida por los medievalistas de la generación siguiente, como lo demuestran la obra de R. Boutruche, *Seigneurie et Feo-*

dalité (1959), o *L'Économie rurale et la Vie des campagnes dans l'Occident médiéval* (1962), de G. Duby. Además, M. Bloch desea que la historia económica se dirija más hacia el mundo contemporáneo: «¿Se puede creer que para comprender la sociedad actual basta con zambullirse en la lectura de los debates parlamentarios y en los archivos de protocolos? ¿No es necesario saber también interpretar un balance bancario, que puede resultar para el profano más hermético que muchos jeroglíficos? ¿Es aceptable, en una época en la que reina la máquina, que el historiador ignore cómo están hechas las máquinas y cómo se modifican?» Veinte años después, la lección ha sido ya aprendida, como lo demuestran las obras siguientes: *L'industrie textile sous le Second Empire* (1956), de C. Fohlen; *La formation de la grande entreprise capitaliste, de 1815 à 1848* (1959), de B. Gille; o *La Naissance du Crèdit Lyonnaise, de 1863 à 1882* (1961), de J. Bouvier.

M. Bloch desea ampliar el campo de la historia hacia otras direcciones. La frecuente relación con A. Varagnac le hizo interesarse por la prehistoria, y la lectura de A. Van Gennep le demostró cuán interesante es el folclore. Iniciado en la etnología, se arriesga a escribir *Les Rois Thaumaturges* (1923), ensayo innovador en el que examina la dimensión mágica de la autoridad monárquica —especialmente el poder, atribuido al rey capeto, de curar a los escrófulos mediante simple imposición de manos—. Pero no continúa este trabajo de antropología histórica, dejando a sus amigos la preocupación por ir estableciendo los jalones de la historia de las mentalidades, como puede verse en las recopilaciones de artículos de G. Le Bras, *Études de sociologie religieuse* (1956), y de L. Febvre, *Au coeur religieux du XVIe siècle* (1957). Por otra parte, M. Bloch percibe bien la importancia de la lingüística: «Cómo se pueden permitir ignorar las adquisiciones fundamentales de la lingüística personas que, la mayor parte de las veces, no podrán alcanzar los objetivos que se proponen en sus estudios más que a través de las palabras (...).» En su *Apologie pour l'histoire,* M. Bloch se pregunta, al ir escribiendo sus páginas, por el sentido de términos como «siervo» (p. 81), «pueblo» (p. 82), «Imperio» (p. 82), «colono» (p. 84), «feudalismo», (p. 86), «revolución» (p. 87), «libertad» (p. 88), etc.: «Algunos de nuestros predecesores, como Fustel de Coulanges, nos han dejado admirables modelos de estudio sobre el sentido de las palabras, de la semántica histórica. Desde entonces los progresos de la lingüística han agudizado nuestros instrumentos. Que los jóvenes investigadores no dejen de manejarlos.» De hecho, las instituciones de M. Bloch no se plasmaron hasta mucho más tarde, hacia los años 1960 y 1970, en realizaciones ejemplares en materia de etno-histórica y semántico-histórica.

M. Bloch insiste en la necesidad de dar una instrucción sólida a los jóvenes historiadores: «Es conveniente que el historiador posea al menos un barniz de las principales técnicas de su oficio (...). La lista de las disciplinas que proponemos a nuestros alumnos es demasiado corta.» Convendría, pues, añadir, al aprendizaje de la epigrafía, la paleografía y la diplomática, una iniciación a la arqueología, a la estadística, a la historia del arte y a las lenguas antiguas y modernas. Y todo esto todavía no basta. Para llegar a ser un auténtico profesional de la historia, hay que conocer asimismo las ciencias próximas: geografía, etnografía, demografía, economía, sociología, lingüística: «Si no le es posible a un solo hombre (el historiador) alcanzar el dominio de tal multiplicidad de competencias (...) se puede tratar de

combinar las técnicas practicadas por diferentes eruditos.» O sea, organizar un trabajo en equipo, reagrupando especialidades de distintas disciplinas. Éste es el programa que llevará a la práctica la escuela de los *Annales,* unos años más tarde, al constituir la sexta sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios. El permanente recurso al método comparativo, la preocupación por dar al historiador una formación pluridisciplinar, la decisión de realizar una investigación colectiva, se explican por la convicción, arraigada en M. Bloch, de la unidad de las ciencias humanas, que define textualmente de la siguiente manera: «Lo que constituye el objeto de la historia es el espectáculo de las actividades humanas.» Y también: «No hay más que una ciencia humana en el tiempo, que necesita incesantemente unir el estudio de los muertos y de los vivos.»

El ensayo de Bloch se inicia con la siguiente pregunta, que formula el historiador a su padre: «Papá, dime, ¿para qué sirve la historia? La respuesta se proporciona más tarde en la obra: "Basta para explicarlo una palabra: comprender." El historiador debe poseer la pasión de comprender, lo que implica que renuncia, tanto como sea posible, al juicio de valor.» Las ciencias se han mostrado siempre más fecundas cuando han abandonado el antiguo antropocentrismo del bien y del mal. En consecuencia, el historiador debe entregarse a una especie de ascesis, de catarsis, desembarazándose de sus prejuicios, de sus sentimientos y de sus referencias intelectuales: «Para penetrar una consciencia, es necesario casi despojarse de uno mismo.» Así pues, la escuela de los *Annales* comparte con la escuela metódica el deseo —o la pretensión—de alcanzar un saber objetivo. Sin embargo, el esfuerzo de abstracción, el rechazo del juicio moral, la exclusión de todo finalismo no significan para M. Bloch una huida hacia adelante ante los problemas que plantea la sociedad de su tiempo. La reflexión sobre *L'Étrange Défaite* de 1940, así como su compromiso con la Resistencia de 1943, demuestran que este historiador no se encierra en su «torre de marfil». Según M. Bloch, «es necesario comprender el pasado a partir del presente», así como «comprender el presente a la luz del pasado». El perpetuo vaivén entre pasado y presente permite enriquecer el conocimiento de las sociedades antiguas e iluminar el de la sociedad actual.

3. F. Braudel: los tiempos de la historia

Fernand Braudel, nacido en 1902, hizo sus estudios de historia, aprobó la *agrégation* y pasó diez años en Argelia, de 1923 a 1932. En Argelia descubre el Mediterráneo («el Mediterráneo de la otra orilla, visto al revés»). Encontró después a L. Febvre, que será su «maestro» y su amigo, y quien le aconsejará cambiar el tema convencional de su tesis, «La política mediterránea de Felipe II», por una investigación original sobre «El Mediterráneo en la época de Felipe II». El cambio de título supone subvertir la perspectiva. A lo largo de muchos años, F. Braudel examina los fondos de los archivos, de acceso más o menos fácil, de Simancas, Madrid, Génova, Roma, Venecia y Dubrovnik. De 1935 a 1937, una misión en el Brasil le aleja temporalmente de sus preocupaciones mediterráneas, pero le abre los horizontes americanos. Después de este intervalo feliz, vive una ruptura dolorosa. Desde 1939 a 1945, la guerra mundial le somete a pruebas intermi-

nables, siendo capturado con la ocupación e internado en un campo de prisioneros cerca de Lübeck. Durante su cautividad en Alemania, sin libros, sin notas, trabajando de memoria, pone en orden su investigación y escribe un primer manuscrito. De vuelta en Francia, entre 1945 y 1946, verifica su documentación, acaba su redacción y defiende su tesis de doctorado. En realidad, *La Méditerranée* es la obra de su vida: esboza el proyecto hacia 1929; la publicación inicial data de 1949, y la versión corregida y puesta al día aparece en 1966. Se trata de un gran libro, en el que toma forma concreta la innovación metodológica, y de un libro grueso (1.160 páginas en la primera edición; 1.222 páginas en la segunda edición), que fija el «tipo-ideal» de lo que debía ser una tesis doctoral, en Francia, para unas cuantas generaciones de historiadores.

La obra, característica del espíritu de los *Annales,* vuelve la espalda a la tradición de la «historia historizante». El protagonista no es Felipe II, un hombre de estado, sino el Mediterráneo, un espacio marítimo. F. Braudel ha asimilado las lecciones de la geografía humana —*Tableau de la France,* de P. Vidal de La Blache; las tesis regionales de R. Blanchard, de J. Sion o de A. Demangeon—, que dan cuenta de la formación de los paisajes a partir de la evolución histórica. Y se ha inspirado en la experiencia de L. Febvre, que había iniciado el diálogo entre la geografía y la historia en *La Terre et l'Évolution humaine.* Siguiendo la vía de sus predecesores, el autor de *La Méditerranée* intenta realizar una «geo-historia», cuyo programa define así: «Situar los problemas humanos, tal como los ve una geografía humana inteligente, en el espacio —y si es posible cartografiados—; situarlos en el pasado teniendo en cuenta la época; emancipar la geografía del seguimiento de las realidades actuales (a las que se aplica únicamente o casi), obligándola a reestudiar, con su método y especificidad, las realidades del pasado. Hacer una verdadera geografía humana retrospectiva, superando la tradicional geografía histórica, al estilo de Longnon [7], dedicada casi exclusivamente al estudio de las fronteras de los Estados y de las circunscripciones administrativas, sin preocuparse por la propia tierra, el clima, el suelo, las plantas y los animales (...); obligar a los geógrafos a prestar más atención al tiempo (lo que sería relativamente fácil), y a los historiadores a preocuparse más por el espacio (lo que será más arduo)...» Reflexionando sobre la dialéctica del tiempo y del espacio, F. Braudel concibe la idea de la pluralidad de las duraciones: «Así hemos llegado a la descomposición de la historia en planos escalonados. O, dicho de otra manera, a la distinción de un tiempo geográfico, un tiempo social, un tiempo individual.»

Primer plano: «una historia casi inmóvil, la del hombre en relación con el medio que le rodea; una historia lenta en un transcurso y en su transformación, hecha de vueltas constantes, de ciclos incesantemente recomenzados». En la primera parte de su tesis, F. Braudel presenta el nivel de *larga duración.* Describe las montañas —el Atlas, los Apeninos, el Taurus, etc.— y a los montañeses que las pueblan, con sus costumbres ancestrales y sus trashumancias regulares; las llanuras litorales —Languedoc, Campa-

[7] Auguste Honoré Lognon (París, 1844-1911) es considerado como uno de los fundadores de la geografía histórica, autor de *Géographie de la Gaule au VIe. siècle,* 1878. (N. del T.)

nia, Mitidja [8]—, con sus aguas pantanosas, sus habitantes minados por la malaria; las «llanuras líquidas» —el mar Negro, el Egeo, el Adriático, etc.—, cuyas costas y cuyos vientos y corrientes determinan las formas y los ritmos de la navegación; las islas —Cerdeña, Creta, Chipre, etc.—, que son, a la vez, escalas para los marinos, nidos de piratas y centros de emigración. El autor precisa los límites de la cuenca mediterránea: al norte, las regiones templadas habitadas por sedentarios, tierras cristianas; al sur, los desiertos áridos, recorridos por nómadas, tierras islámicas. Y define los rasgos singulares del clima, marcado por el predominio de la sequedad, con inviernos templados y veranos cálidos. El tiempo geográfico parece confundirse con la eternidad; parece que el espacio mediterráneo no haya cambiado entre los tiempos de Augusto y de Felipe II. Sin embargo debe corregirse esta impresión de inmovilidad: al correr de los siglos, el clima ha podido registrar variaciones; la vegetación ha sufrido degraciones; las ubicaciones de las ciudades, a veces se han desplazado, a veces se ha modificado el trazado de las vías. Así la observación geográfica nos lleva a «descubrir las oscilaciones más lentas que conoce la historia».

Segundo plano: «una historia de ritmos lentos (...), una historia estructural; se diría de buena gana una historia social, la de los grupos y los agrupamientos». El nivel de la duración cíclica es examinado en la segunda parte de su tesis. F. Braudel señala los ejes de comunicación, los terrestres y los marítimos; mide las distancias comerciales, en función de las velocidades medias de los navíos; calibra la dimensión de los mercados —de Toscana o de Andalucía—, o el radio de acción de los puertos —Venecia, Livorno o Marsella—. Calcula el número de los habitantes en aquella época (debían ser quizá unos sesenta millones) y su reparto, señalando las regiones vacías —por ejemplo, el Algarve— y las regiones ocupadas —por ejemplo, Malta—; evalúa el crecimiento demográfico (Sicilia tiene, en 1501, 600.000 habitantes, y en 1607, 1.100.000). Se interesa por los mecanismos monetarios, demostrando que el oro del Sudán se agota a finales del siglo XV; y que el aflujo de oro y plata, procendente del Caribe y de México y, después, la plata del Perú, que llega a Sevilla, pasa primero a través de Amberes, después a través de Génova, extendiéndose por los países mediterráneos durante el siglo XVI. La abundancia de metales preciosos provoca la subida de los precios, de acuerdo con una tendencia secular (de 1530 a 1620), modulada por fluctuaciones decenales (baja de 1558 a 1567; alza de 1567 a 1576; baja de 1576 a 1588, etc.). El movimiento de los precios incide en las rentas: negociantes y señores se enriquecen; obreros y campesinos se empobrecen. F. Braudel estudia la coyuntura en el Mediterráneo del siglo XVI, cuando Labrousse acaba de analizar la evolución de los precios en la Francia del siglo XVIII. Con ambas contribuciones, la historia económica francesa establece sus fundamentos.

Tercer plano: «una historia tradicional, o si se quiere, una historia hecha no a la medida del hombre, sino del individuo (...); una agitación superficial, las olas que los mercados alzan con su potente movimiento. Una historia con oscilaciones breves, rápidas, nerviosas». El nivel del tiempo corto es abordado en la tercera parte de su tesis, donde el autor presenta

[8] Mitidja es una fértil llanura de Argelia.

los imperios rivales —el español y el turco— describiendo sus complejas instituciones, sus diversas provincias, sus poblaciones heterogéneas; estima las fuerzas militares respectivas considerando la organización de los ejércitos, el valor de las flotas, la red de las fortificaciones. Montado el decorado, el historiador pone la escena en acción; pasa revista a los principales «acontecimientos»: la abdicación de Carlos V (1556), la paz de Cateau-Cambrésis (1559), la guerra hispano-turca (de 1561 a 1564), el golpe de fuerza en Malta (1564), la formación de la alianza contra el turco (de 1566 a 1570), la batalla de Lepanto (1571), las treguas hispano-turcas (de 1578 a 1581 y 1583), y otros episodios de un enfrentamiento que dura medio siglo. El relato, bien documentado, bien escrito, enriquece la historia militar y diplomática. Pero su autor no se apasiona por un género tan tradicional: por ejemplo, respecto de la batalla de Lepanto, se interesa más por sus efectos duraderos que por sus peripecias: «Si la atención no se polariza exclusivamente en torno a los acontecimientos, capa brillante y superficial de la historia, entonces surgen mil realidades nuevas que, sin fanfarrias, sin ruidos, caminan más allá de Lepanto. Se rompe el encantamiento del poder otomano (...); reaparece la carrera activa de la cristiandad (...); se disloca la enorme armada turca.» F. Braudel, al prestar atención a la historia «de las batallas», hace una concesión a la escuela «positivista», cuya afirmación seguía siendo fuerte en la institución universitaria; sin embargo, como digno representante de la escuela de los *Annales*, relega el acontecimiento a un segundo plano. A la frase de E. Lavisse «primero la política», sucede la de F. Braudel, «la política después».

Tras haber defendido su tesis, F. Braudel realiza una carrera excepcional. Durante más de veinte años, desde 1946 a 1968, primero junto a L. Febvre y después solo, dirige la revista *Annales*, preside la sección 6.ª de la Escuela práctica de Altos Estudios, ocupa una cátedra en el Colegio de Francia y dirige las investigaciones de muchos historiadores que se inician. A lo largo de este período redacta una serie de artículos de carácter metodológico, que reúne y publica con el título de *Écrits sur l'Histoire*, en 1969. En general, F. Braudel permanece fiel a las orientaciones de L. Febvre y de M. Bloch: preconiza la unidad de las ciencias humanas, intenta construir una «historia total», y mantiene la unión entre el pasado y el presente: «Después de la fundación de los *Annales* (...) el historiador ha querido ser, y se ha hecho, economista, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista (...). El historiador es, puede decirse, uno de los oficios menos estructurados de la ciencia social; por tanto, uno de los más flexibles, de los más abiertos. La historia ha continuado nutriéndose, en esta misma línea, de las otras ciencias humanas (...). Hay una historia económica (...), una maravillosa historia geográfica (...), una demografía histórica, incluso una historia social (...). Pero si la historia omnipresente pone en duda lo social en su sentido plenario, siempre lo hace a partir del propio movimiento del tiempo (...). La historia dialéctica de la duración (...) es del estudio de lo social, de todo lo social; y, por tanto, del pasado tanto como del presente» (*Écrits*, pp. 103-104 y pp. 106-107). Aunque se defiende de pretender instaurar el «historicismo» —una especie de imperialismo de la explicación histórica—, F. Braudel sitúa su disciplina en una posición dominante, en la encrucijada de las ciencias humanas.

Manteniendo un diálogo constante con sus colegas —el sociólogo

G. Gurvitch, el demógrafo A. Sauvy, el etnólogo C. Lévi-Strauss—, el historiador F. Braudel busca los puntos de contacto entre las ciencias sociales. En su opinión, existen convergencias en torno a las nociones de «duración», de «estructura» y de «modelo». He aquí algunos ejemplos. Mientras que G. Gurvitch distingue entre temporalidades múltiples: «El tiempo de larga duración y de marcha lenta, el tiempo-engaño o tiempo sorpresa, el tiempo cíclico o de movimiento ondulado, el tiempo de pulsaciones irregulares, el tiempo en retraso respecto a sí mismo, etc.», F. Braudel sitúa la historia sobre tres planos: «En la superficie, una historia de los acontecimientos, que se inscribe en el tiempo corto (...); a media pendiente, una historia coyuntural, que sigue un ritmo más lento; en profundidad, una historia estructural, de larga duración, que afecta a siglos.» Es entonces cuando C. Lévi-Strauss opone una historia que se preocuparía por la evolución lineal, en la dimensión de la diacronía, a una etnología que se interesaría por la estructura, en la dimensión de la sincronía; y también cuando afirma que ambas disciplinas «se distinguen especialmente por sus perspectivas complementarias: la historia organizando sus datos en relación a expresiones conscientes; la etnología, en relación a las condiciones inconscientes de la vida social». F. Braudel alega que «la escuela de los *Annales* se ha dedicado a tomar tanto los hechos repetitivos como los singulares; las realidades conscientes al igual que las inconscientes». Cuando A. Sauvy utiliza modelos, decididamente matemáticos, para apreciar la relación óptima entre población y producción total, media y marginal, F. Braudel invita a los historiadores a seguir su ejemplo, a utilizar modelos «que no son más que hipótesis, tentativas de explicación (...)». O bien: «La investigación debe de ir interminablemente desde la realidad social hacia el modelo, después desde éste hacia aquélla y así sucesivamente, introduciendo una serie de retoques, realizando viajes pacientemente renovados. El modelo es, alternativamente, ensayo de explicación (...), instrumento de control, de verificación (...) de la propia vida de una estructura dada.»

F. Braudel acomete una segunda obra monumental, que inicia con la preparación de sus enseñanzas en el Colegio de Francia, a finales de los años 1950, toma forma en una publicación reducida (un volumen) hacia mediados de 1960, y aparece, en una versión ampliada (tres volúmenes), en 1980. Su título: *Civilisation matèrielle. Économie et Capitalisme du XVe au XVIIIe siècle*. En el primero de esos volúmenes estudia «las estructuras de lo cotidiano, la vida de cada día, tal como se impone a los seres humanos»; el segundo va dedicado a los «intercambios (...) de los mecanismos de la economía y del comercio estructurados por el capitalismo»; el tercero al «sistema de dominación internacional (...), al funcionamiento de los poderes económicos y políticos». El aspecto más original reside en la revalorización de la «vida material»: «Por todas partes, sobre la superficie del suelo, se nos presenta una vida material hecha de rutinas, de herencias, de triunfos muy antiguos. La vida agrícola, por ejemplo, enormemente prioritaria en el mundo entero hasta el siglo XVIII, remonta sus raíces, mucho más allá del siglo XV, a una época milenaria. Tal ocurre con el trigo, el arroz, el maíz y su utilización en la cocina, que figuran entre los hábitos alimenticios más antiguos de los seres humanos. Igualmente son tan viejos como las plantas cultivadas, los útiles rudimentarios, poco complicados, que multiplican y suavizan el esfuerzo humano: la palanca, el torno, el pe-

dal, la manivela, la polea (...). La expresión vida material designará preferentemente, por tanto, los gestos repetidos, los procedimientos empíricos, las viejas recetas, las soluciones venidas de la noche de los tiempos (...). Una vida elemental que no es una vida sufrida pasivamente ni, en absoluto, inmóvil» (primera edición, 1967, p. 10).

4. Las producciones históricas

La escuela de los *Annales* abre la cantera de la historia económica desde la década de 1930. La gran depresión incita a los contemporáneos a preguntarse por qué se alternan los tiempos de expansión y los tiempos de recesión en las actividades económicas; una demostración de esta preocupación es el libro de F. Simiand: *Les Fluctuations économiques et la Crise mondiales* (1932). Desde el punto de vista de la historiografía se opera una verdadera mutación con la obra de C.-E. Labrousse: *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle* (1933). En su primera tesis, el autor, un jurista por su formación convertido a la economía y a la historia, compara las series de los precios —del trigo, del centeno, del vino, etc.— registrados en los mercados durante el período de estabilidad monetaria que se extiende de 1726 a 1789; gracias a estos datos estadísticos, cuidadosamente elaborados y verificados, aprecia el movimiento de larga duración (el «trend» secular), los flujos y reflujos en los veinticinco años (las fases A y B de Simiand), los ciclos cortos de menos de diez años (intra-decenales) y las fluctuaciones estacionales que se producen cada pocos meses; compara la evolución de los precios de los productos de la agricultura y de la industria con la evolución de las rentas (la renta de los bienes raíces, el provecho del negociante, el salario obrero). En su segunda tesis, C.-E. Labrousse estudia *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime* (1943), y establece que en el prolongado crecimiento del siglo XVIII tiene lugar una recesión intercíclica de 1774 a 1791, sobre la que se inserta una crisis de subsistencia entre 1788 y 1789; con este motivo, construye el «modelo» de la crisis del Antiguo Régimen, predominantemente agraria, en la que una mala cosecha accidental provoca una subida brutal de los precios de los cereales, lo que entraña una reducción del consumo popular y desencadena una superproducción en la industria tradicional, haciendo ver con ello cómo los desequilibrios económicos afectan de manera diferente a las clases sociales e incluso conducen a enfrentamientos políticos. Observar que el «maximum» del precio del pan coincide con la toma de la Bastilla a mediados de julio de 1789, equivalía a descubrir una nueva dimensión de la Revolución francesa.

C.-E. Labrousse no pertenece, estrictamente, a la escuela de los *Annales*; está excesivamente influenciado por el pensamiento de Marx y por la actividad de Jaurés, pero aceptó colaborar con los discípulos de M. Bloch y de L. Febvre. Por ello enseñaba simultáneamente en la antigua Sorbona y en la sección 6.ª de la Escuela práctica de Altos Estudios y, en ambas instituciones, entre 1946 y 1966, formó una generación de historiadores economistas. Los métodos estadísticos elaborados por C.-E. Labrousse se aplican entonces en muchos trabajos que tratan de los ciclos y las crisis: por ejemplo, la tesis de A. Chabert, «Ensayo acerca del movimiento de los pre-

cios en Francia desde 1789 a 1820» (1945), o la encuesta colectiva realizada por el propio C.-E. Labrousse, G. Désert, A. Tudesq, M. Agulhon y otros, *Aspects de la dépression en France de 1846 à 1851* (1956). Además, la «historia de la coyuntura», fundada por C.-E. Labrousse, y la «geo-historia» renovada por F. Braudel, se hallan estrechamente mezcladas en investigaciones concernientes a los cambios comerciales habidos en grandes espacios y largas duraciones, como por ejemplo: P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique 1504-1650* (1956); F. Mauro, *Le Portugal et l'Atlántique 1570-1670* (1957); F. Crouzet, *L'Économie britannique et le Blocus continental 1806-1813* (1958). Tanto la historia económica, que se apoya en series de precios de producción y de rentas, como la historia demográfica, que se fundamenta en series de nacimientos, matrimonios y defunciones, son objeto de muchas tesis, encuadradas en un espacio regional y en una duración plurisecular. Las más conocidas son las de P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis aux XVIIe et XVIIIe siècles* (1960); R. Baehrel, *La Basse Provence rurale du XVIe au XVIIIe siècle* (1961); P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne* (1962); E. Le Roy Ladurie, *Les Paysans du Languedoc du XVe siècle* (1966).

C.-E. Labrousse no pretendía limitar únicamente la «historia serial» a la dimensión económica; también se interesa igualmente por la dimensión social. En el congreso internacional de Roma, en 1955, presentó su plan para una encuesta sobre la burguesía de los siglos XVIII y XIX a base de estudiar las listas electorales, los registros fiscales, los inventarios que siguen a los fallecimientos y los contratos matrimoniales, definiendo la categoría social teniendo en cuenta la posición económica, el estatuto jurídico y la actividad profesional. El plan se llevó a cabo, parcialmente, con la obra de A. Daumard, *La Bourgeoisie parisienne de 1815 a 1848* (1963), y la de A.-J. Tudesq, *Les Grands Notables en France 1840-1849* (1964); y será objeto de nuevos debates en diversos coloquios: *Les sources et les méthodes de l'histoire sociale* (1965), *Les niveaux de culture et les groupes sociaux* (1966), *Les ordres et les classes* (1967). Por otra parte, hallamos la inspiración de C.-E. Labrousse en estudios que utilizan la historia cuantitativa como base de la historia social. Caso primero: J. Bouvier, F. Furet y M. Gillet, en *Le Mouvement du profit en France au XIXe siècle* (1965), donde intentan estudiar la evolución de las rentas patronales en las sociedades siderúrgicas, en las explotaciones carboníferas y en los bancos, a partir de los archivos empresariales, mediante un análisis complejo de los balances, para proceder luego a trazar curvas de producción de valores y beneficios. Caso segundo: M. Perrot, en *Les ouvriers en grève, de 1871 a 1890* (1971), donde hace una estadística de las huelgas utilizando los documentos disponibles (periódicos, relaciones de la policía, etc.), dado que en aquella época las autoridades no registraban con regularidad los días de paro; introduce los datos en el ordenador, hace cuadros, dibuja curvas, y consigue explicar la huelga obrera en todos sus aspectos —amplitud, intensidad, duración, resultados— teniendo en cuenta edad y sexo de los huelguistas, oficios y estaciones del año.

La escuela de los *Annales* descubre el dominio de la historia demográfica después de que finalizara la segunda «gran guerra». En 1946, en un artículo de la revista *Population*, Jean Meuvret pone en relación, por primera vez, las crisis de subsistencias y los accidentes demográficos durante el

Antiguo Régimen, y demuestra que a una mala cosecha, acompañada siempre de una rápida subida de los precios de los cereales, corresponde un repunte de la mortalidad y un hundimiento de la nupcialidad y de la natalidad. Hacia 1950, instruido por la doble experiencia de C.-E. Labrousse y de J. Meuvret, Pierre Goubert comienza a explorar de forma sistemática, por una parte, las «mercuriales» de los precios, y por otra, los registros parroquiales. A partir de un conjunto de parroquias pertenecientes a una pequeña provincia, el historiador se dedica incansablemente a realizar recuentos pesados y fastidiosos, correpondientes a un siglo entero, extrayendo series muy interesantes de nacimientos, bodas y defunciones. La tesis de P. Goubert, «Beauvais et le Beauvaisis de 1600 a 1730», marca un giro historiográfico: ofrece el modelo para evaluar el movimiento de la población en la época de la preestadística. Al mismo tiempo, un demógrafo, L. Henry, y un archivero, M. Fleury, elaboran un *Manuel de dépouillement* de los registros parroquiales (primera edición, 1956). El método es riguroso. En una primera fase, se trasladan a fichas especiales no sólo las actas —bautismos, matrimonios y sepulturas—, sino también todas las informaciones que contienen —apellidos, nombres, edad, sexo, relaciones familiares, orígenes geográficos, etc., y también de los hijos, padres y testigos—. En una segunda etapa, conviene reconstruir, en otras fichas, las familias durante dos generaciones, lo que permite calcular la edad media de matrimonio y de vida, así como la duración de la unión, la tasa de fecundidad, el intervalo entre los embarazos, el porcentaje de hijos ilegítimos, la importancia del celibato, de la viudedad y de las segunda nupcias. El manual Fleury-Henry nos otorga procedimientos para apreciar la vida de la célula familiar en la sociedad tradicional.

La demografía histórica, una vez inventada la metodología, pasa al estadio de las realizaciones prácticas. A partir de 1958, el Instituto Nacional de Estudios Demográficos realizó en Francia una encuesta por sondeo sobre una muestra de cuarenta parroquias, a fin de rehacer la historia de la población francesa desde la época de Luis XIV hasta nuestro días. Al mismo tiempo, aparecen las primeras monografías locales de pueblos elegidos al azar: E. Gautier y L. Henry, *La Population de Crulai* (1958); P. Gouhier, *La Population de Port-en-Bessin* (1962); J. Ganiage, *Trois Villages de l'Ile-de-France* (1963), etc. En 1962 se organizaba una sociedad de demografía histórica por iniciativa de M. Reinhard, P. Goubert, L. Henry, L. Chevalier y J. Dupaquier, celebrándose seminarios y coloquios. Además, organiza la sociedad un laboratorio del CNRS y funda una revista especializada, los *Annales de Démographie historique*. En las universidades de provincia se forman equipos en torno de P. Chaunu en Caen, de A. Armangaud en Toulouse, de J. P. Poussou en Burdeos, etc., que orientan a los estudiantes hacia la exploración de los registros parroquiales a la hora de realizar sus trabajos (memorias de licenciatura y tercer ciclo). Paralelamente, algunas tesis ejemplares comparan la evolución económica y demográfica, ponen de relieve las estructuras específicas en materia de nupcialidad, fecundidad y mortalidad en el marco de una región durante un tiempo de larga duración. A este respecto, merecen citarse *Les Paysans du Languedoc du XVe au XVIIIe siècle* (1966), de E. Le Roy Ladurie, y *Les Hommes et la Mort en Anjou aux XVIIe et XVIIIe siècles* (1971), de F. Lebrun. Otros historiadores se interesan por las poblaciones de las ciudades,

más difíciles de aprehender que las poblaciones campesinas: M. Garden estudia *Lyon et les Lyonnais au XVIIIe siècle* (1970); J. C. Perrot examina *Caen au XVIIIe siècle* (1975). J. Dupaquier, por su parte, toma en consideración fuentes hasta entonces casi del todo desestimadas por su inseguridad: los censos y las listas de la talla para el servicio militar. Tras dedicarse a hacer una crítica seria de su valor documental, las utiliza para estimar la distribución de la población en el espacio. Su valor queda demostrado en su tesis, «La Population rurale du Bassin parisien à l'époque de Louis XIV» (1979). Progresivamente, gracias a las múltiples monografías locales y a los grandes estudios regionales o urbanos, pudo establecerse el cuadro demográfico de la Francia del Antiguo Régimen.

En el último decenio, la escuela de los *Annales* se desplaza desde la demografía histórica, de carácter cuantitativo, hacia la antropología histórica, de carácter más cualitativo. En 1948, Philippe Ariès, un francotirador, mostró la vía a seguir en su *Histoire des populations françaises et de leur attitude devant la vie depuis le XVIIIe siècle*. El autor observa: «Las estadísticas demográficas nos descubren la manera de vivir de los hombres, la concepción que poseen de sí mismos, de su propio cuerpo, de su existencia familiar (...)» (reedición 1971, p. 15). Siguiendo su consejo, el grupo de los *Annales* dirige su atención hacia el examen del cuerpo, sano o enfermo, acercándose por esta vía a una historia de la medicina. En este aspecto, merecen mencionarse *Les Hommes et la Peste en France et dans les pays méditerranéens* (1975), de J. N. Biraben, y *Les Médicins dans la France de l'Ouest au XIXe siècle* (1976), de J. Leónard. Por otra parte, la historia de la población se desvía en dirección hacia la historia de la familia, la cual engloba a una historia de la sexualidad que aborda los problemas de las prohibiciones religiosas, de las prácticas anticonceptivas y de las relaciones legítimas e ilegítimas. Testimonio de ello son las obras siguientes: J. L. Flandrin, *Les Amours paysannes du XVIe siècle* (Archives) (1975); F. Lebrun, *La Vie conjugale sous l'Ancien Régime* (1975); J. Solĕ, *L'Amour en Occident à l'époque moderne* (1976). Al mismo tiempo, la investigación intenta penetrar en un terreno de difícil acceso en el que se mezclan lo biológico y lo mental. Se reflexiona sobre la actitud humana frente a la vida, al informarse acerca de la concepción, el embarazo, el alumbramiento y la primera infancia: por ejemplo, en los libros de Ph. Ariès, *L'Enfant et la Vie familiale dans la France d'Ancien Régime* (1960, reedición 1973); en el de J. Gèlis, M. Laget, M. F. Morel, *Entrer dans la vie: naissances et enfances dans la France tradionnelle* (1978); en el de M. Laget, *Naissances* (1982). Asimismo se formulan interrogantes sobre la actitud humana frente a la muerte, haciendo encuestas acerca de las costumbres funerarias, las cláusulas testamentarias y las representaciones del más allá: por ejemplo, en los libros de M. Vovelle, *Mourir antrefois* (Archives) (1974); Ph. Ariès, *L'Homme et la Mort* (1977), o P. Chaunu, *La Mort à Paris, du XVIe au XVIIIe siècle* (1978). Todos estos libros indican el desplazamiento del objeto de los análisis desde los mecanismos demográficos al análisis de los comportamientos colectivos.

Desde el comienzo de los años 1920, M. Bloch y L. Febvre habían manifestado su interés por la prehistoria, el folclore y la historia de las religiones. Sin embargo, sólo hacia finales de los años 1960 la escuela de los *Annales* empieza a relacionar la historia y la etnología. E. Le Roy Ladu-

rie, en *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324* (1975), recupera uno de los expedientes de la Inquisición concerniente a los últimos cátaros del Languedoc; relee los interrogatorios practicados a los sopechosos, plantea nuevas preguntas a los textos; en fin, se comporta como un etnólogo transplantado al pasado. De esta forma hace revivir a una comunidad rural de comienzos del siglo XIV, reconstruyendo sus trabajos del campo, las formas de la ganadería, las del hábitat, los gestos cotidianos, los clanes familiares, las prácticas sexuales, las creencias religiosas, los ritos mágicos, las relaciones con las autoridades. Y llega a descubrir un mundo coherente, en el que la vida social se organiza en torno de la «casa», centro de la red de los parientes y de sus alianzas. Por su parte, N. Wachtel, en *La Vision des vaincus* (1971), dedica su atención a los pueblos del antiguo Imperio inca que habitaban los altiplanos de los Andes; no le basta la visión de los vencedores —los españoles dominadores— que nos presentan las crónicas, la correspondencia y las relaciones administrativas de la época colonial, e intenta hallar la visión de los vencidos —los indios dominados— cuyas huellas subsisten en los cuentos, los bailes, las fiestas y otras manifestaciones folclóricas de la época actual; las dos aproximaciones combinadas, la del historiador y la del etnólogo, le permiten comprender el violento traumatismo que afectó a la población india del siglo XVI, diezmada, simultáneamente, por la conquista militar, por la embestida microbiana y la terrible explotación. Los prestigiosos trabajos del etnólogo C. Lévi-Strauss, especialmente su serie *Mythologiques* (1964-1972), incitaron a los historiadores de los *Annales* a aplicar los métodos del análisis estructural a las leyendas medievales, como lo demuestran los artículos de J. Le Goff y E. Le Roy Ladurie, «Melusine, maternelle et défricheuse» *(Annales,* 1971), y de J. Le Goff y P. Vidal-Naquet, «Lévi-Strauss en Brocéliande» —a propósito de un poema de Cherétien de Troyes— (*Annales*, 1975). Parece que la aproximación entre la etnología y la historia da excelentes resultados.

Según una fórmula de M. Vovelle, la escuela de los *Annales* se remonta «de la bodega al granero», desde una historia económica y demográfica, muy productivas en los años 50 y 60, hacia una historia cultural en pleno desarrollo en los años 70. Aprendidas las lecciones de los historiadores precursores —L. Febvre y Ph. Ariès—, fascinados por los resultados de etnólogos o filósofos muy próximos a ellos —C. Lévi-Strauss y M. Foucault—, los investigadores de la nueva generación de los *Annales* desean explorar las estructuras mentales, que se sitúan a medio camino entre la organización social y el discurso ideológico, en la frontera entre lo consciente y lo inconsciente, en «una prisión de larga duración». La historia de las mentalidades trata decididamente de los modos de pensamiento, de las *élites* y de las creencias populares, de las tradiciones religiosas y de las costumbres civiles. A este respecto, son significativas las obras de R. Mandrou, *Magistrats et Sorciers en France au XVIIIe siècle* (1968); M. Agulhon, *Pénitents et Franc-Maçons de l'Ancienne Provence* (1968), y M. Vovelle, *Pieté baroque el Déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle* (1978). La historia de las mentalidades se ocupa igualmente de las formas de la sociabilidad, especialmente de la fiesta que pueden revelar, brutalmente, las contradicciones sociales reprimidas. A este respecto, son características las obras de M. Vovelle, *Les Métamorphoses de la féte en Provence de 1750 à 1820*

(1976); M. Ozouf, *La fete révolutionnaire de 1789 à 1799* (1976); E. Le Roy Ladurie, *Le Carnaval de Romans à la fin du XVIe siècle* (1979). Muy próximas a la elaboración de la psicología histórica son las manifestaciones de la confrontación entre el psicoanálisis y la historia. A. Besançon se esfuerza por esclarecer la relación que mantiene el soberano con sus súbditos en Rusia a la luz del complejo de Edipo en *Le Tsarévitch inmolé* (1968). M. de Certeau mezcla la historia política, la sociología religiosa y la psicopatología para comprender un asunto de brujería del siglo XVIII: *La Possession de Loudun* (1970). Sin embargo, la historia psicoanalítica, falta de conceptos operativos que le permitan llegar al inconsciente colectivo, da la impresión muy pronto de no progresar, mientras que la historia de las mentalidades mantiene el impulso inicial, ya que sus métodos inciertos, sus límites poco precisos, le autorizan a asimilar las aportaciones de otras disciplinas.

CAPÍTULO 10

LA NUEVA HISTORIA, HEREDADA DE LA ESCUELA DE LOS «ANNALES»

La *nueva historia*, he aquí una especie de marchamo lanzado al mercado en 1978 por algunas grandes figuras de la escuela de los *Annales* (cf. el diccionario de *La Nouvelle Histoire*, París, 1978, dirigido por Jacques Le Goff con la colaboración de Roger Chartier y Jacques Revel. Hay traducción en Bilbao, Mensajero), y que está lejos de ser aceptada unánimemente en el mundo de los historiadores. Primero, en el propio seno de la escuela de los *Annales*, donde algunos manifiestan un súbito interés por la historia antigua a la manera de Fustel de Coulanges, mientras que otros echan la culpa al tópico según el cual todos los colaboradores de la prestigiosa revista compartirían una común concepción de la disciplina, y nos recuerdan, como François Furet, que los padres fundadores preconizaron ante todo «experimentar en todos los campos». Después, por los marxistas, que opinan que la novedad que se enarbola tan alto, frecuentemente no es más que el redescubrimiento de algunas enseñanzas básicas de Marx, puestas al día, después de haberse mantenido ocultas durante lustros. Finalmente, por los grandes batallones del gremio de los historiadores, en el que se denuncia confusamente el lado publicitario de la empresa, las concesiones al lenguaje «mediático», el aventurerismo de ciertas investigaciones dirigidas bajo el signo de la etno-historia o la psico-historia y, sobre todo, el imperialismo intelectual de una corriente que reivindica «la renovación de todo el campo de la historia», ignorando deliberadamente la aportación de algunos innovadores de primera fila. En efecto, ¿no es asombroso el silencio que se mantiene acerca de la obra de Henri-Irénée Marrou, en la aburrida, desigual y a menudo intrascendente enciclopedia de *La Nouvelle Histoire*? ¿Cómo no asombrarse, en sentido inverso, de la autosatisfacción pregonada por algunos ante el «milagro francés» en materia de historia? Por celebrarse excesivamente éste, no podían dejar de atraerse los comentarios poco amenos, pero muy pertinentes, de un historiador holandés, W. de Boer, para quien los *Annales* y la «nueva historia» se beneficiaron de un mecanismo muy conocido en la historia de las ciencias, que se llama el fenómeno de concentración épica o *principio de San Mateo* : «Este consiste en atribuir las invenciones de numerosos sabios sólo a un pequeño número de ellos. Como dice el Evangelio: se dará a aquel que ya

tiene y tendrá mucho más; pero a aquel que no tiene se le despojará incluso de lo que tiene» (*L'Histoire et ses Méthodes*, Presses Universitaires de Lille, 1981, pp. 90-91). Y este autor añade: «Tanto en Francia como en muchos otros países, había ideas, programas y ensayos semejantes a los de los *Annales*, pero databan de mucho antes de la creación de estos últimos.» Propiamente hablando, Marc Bloch y Lucien Febvre no inventaron gran cosa, pero hicieron posible «un enfoque moderno de la historia, alcanzar el éxito pronto en Francia, llegar a ser una institución, lo que supuso la creación de puestos de trabajo e hizo posible la investigación y la publicación». Nos tememos que este discurso se dirige también a la nueva historia, que continúa haciendo actuar en beneficio propio el *principio de San Mateo* y se encarga de elaborar su propia historiografía, como lo demuestran dos artículos aparecidos en *Les Annales ESC* en 1979, debidos uno a André Burguière y otro a Jacques Revel, que tratan acerca de los *Annales* entre 1929-1979. Por muy objetivos que sean ambos textos, lo menos que se lee es que el espíritu de los *Annales* se ha convertido en «el bien común de la mayor parte de los historiadores y que la edición y la prensa multiplican» una producción que, a veces, es una adaptación libre de la historia según los *Annales*, implícitamente considerada como el paradigma absoluto.

Abandonando aquí cualquier espíritu polémico y dejando a otros el cuidado de describir, con tanto talento como humor, las curiosas costumbres de la tribu de los intelectuales, intentaremos de una manera más clásica describir los apoyos institucionales de los que dispone la nueva historia, analizar las referencias más corrientes de sus adeptos, delimitar los objetos de sus investigaciones y, finalmente, evocar su consumado arte de la relectura de documentos y el reciclaje de materiales antiguos al servicio de problemáticas *up to date*. Señalaremos, de paso, las modificaciones que la nueva historia ha impuesto al espíritu de los primeros *Annales*.

1. Una poderosa institución

Desde la muerte de Lucien Febvre en 1956, la escuela de los *Annales* y la revista que es su emblema adquirieron un puesto dominante en la historiografía francesa. Fernand Braudel fue su guía indiscutible, asumiendo la mayor parte de las responsabilidades hasta 1968. Después de esta fecha, se rodeó de un comité en el que figuran J. Le Goff, E. Le Roy Ladurie y M. Ferro; y de un secretariado en el que se sucedieron R. Mandrou, A. Burguière y J. Revel. En los años 1960 y 1970, la revista publicó seis números —alrededor de 1.500 páginas— por año; ocupa el primer lugar entre las revistas de ciencias humanas en Francia y extiende su campo de influencia a Europa occidental y los Estados Unidos. Basta leer sus «sumarios» para distinguir sus orientaciones principales. Los *Annales* se mantienen siempre vinculados a reflexiones metodológicas (ejemplos: E. Le Roy Ladurie, *Histoire et Climat*, núm. 1, 1959; J. M. Gouesse, *Parenté, Famille et Mariage en Normandie*, núm. 5, 1972), favorecen el diálogo entre las disciplinas (ejemplos: *Histoire et Structures*, núm. especial 3-4, 1971; *Histoire et Sciences*, núm. especial 5, 1975). Los *Annales*, que pretenden ser pluridisciplinares, abren sus columnas no sólo a los historiadores (ejemplo: D. Richet, *Croissances et Blocages en France du XVe, au XVIIIe siècle*,

núm. 4, 1968), sino también a los sociólogos (ejemplo: P. Bourdieu, *Les Stratègies matrimoniales*, núm. 3, 1972) y a los economistas (ejemplo: C. Furtado, *Développement et Stagnation en Amérique latine*, núm. 1, 1966). Y los *Annales* tienen pretensiones ecuménicas, pretenden cubrir todos los períodos de la historia y todas las regiones del mundo (ejemplo: G. Ville, *La fin des combats de gladiateurs à Rome*, núm. 4, 1979; R. Trexler, *Les Religieuses à Florence à la fin de Moyen Âge*, núm. 6, 1972; C. Milsky, *La Réforme de l'écriture en Chine avant 1949*, núm. 2, 1973, etc.).

El grupo de los *Annales* se apoya en una institución universitaria. En 1947, L. Febvre logró de los gobiernos de la Liberación la fundación de la sección sexta de la Escuela Práctica de Altos Estudios (EPHE), especializada en «ciencias económicas y sociales». Febvre mismo presidió este organismo y definió sus objetivos: garantizar una estrecha relación entre enseñanza e investigación, difundir los conocimientos en el marco de los seminarios, estimular las investigaciones colectivas, organizar el encuentro entre las ciencias humanas. En 1956, F. Braudel sucede a L. Febvre y mantiene las líneas directrices anteriores. A finales de los años 50 y 60, la sección sexta de la Escuela reúne alrededor de treinta «directores de estudios»: historiadores muy próximos a la revista *Annales* —J. Le Goff, E. Le Roy Ladurie, F. Furet, M. Ferro—; historiadores más independientes, a menudo economistas o demógrafos —C.-E. Labrousse, J. Meuvret, P. Vilar—; sociólogos —G. Friedmann, A. Touraine—; psico-historiadores —A. Besançon, M. de Certeau—. En principio, están representadas la mayor parte de las ciencias humanas; en realidad, la historia acapara la mayor parte de los cargos. Según F. Braudel, la historia puede «aportar un lenguaje común», «dar la dimensión fundamental del tiempo», «preservar la unidad de las ciencias sociales». En 1968, F. Braudel logra realizar un proyecto muy deseado: la creación de la MSH (Casa de las Ciencias del Hombre). El régimen gaullista acepta instalar la sección sexta de la EPHE en un vasto inmueble —núm. 56 del *boulevard* Raspail, París— en el que se reunieron progresivamente los diversos centros y laboratorios hasta entonces dispersos por el barrio latino. La *Maison* ofrece un equipamiento sólido, indispensable para la investigación, con despachos, salas de conferencias, una biblioteca, sistemas de reproducción, ordenadores; y, desde luego, personal para hacer funcionar los diferentes servicios. Poco después, la sección sexta de la Escuela Práctica de Altos Estudios se transformará en Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (EHESS). La EHESS adquirió entonces estatuto universitario, lo que facilita la concesión de créditos, la inscripción de estudiantes y la concesión de títulos académicos.

El grupo de los *Annales* dispone de otros apoyos extrauniversitarios. En efecto, sus responsables suelen estar muy introducidos en las editoriales. P. Nora dirige la «Biblioteca de las Historias» en la editorial Gallimard, que selecciona las obras uniendo la historia al resto de las ciencias humanas (ejemplos: E. Le Roy Ladurie, *Montaillou*; M. Foucault, *Histoire de la folie*). J. Le Goff inspira la colección «Etnología histórica» en la editorial Flammarion, que privilegia el estudio de los usos, costumbres y vestidos (ejemplos: M. Segalen, *Mari et femme dans la société paysanne*; A. Burguière, *Bretons de Plozevet*). J. Goy dirige la serie «Ciencia» (Sección histórica) de la editorial Flammarion, en la que aparecen grandes tesis en versión resumida (ejemplos: P. Goubert, *Cent Mille Provinciaux au*

*XVII*e. *siècle;* A. Kriegel, *Les Origenes du comunisme francais*). P. Nora y J. Revel dirigen la colección «Archivos» de la editorial Gallimard, en la que cada tema se estructura a partir de una serie de documentos presentado por un especialista (ejemplos: G. Duby, *L'An Mil*; Etiemble, *Les Jésuites en Chine*; J. Rougerie, *Procés des communards*). La revista *H. Histoire*, lanzada por Hachette en 1979, pretende recurrir a la historia para comprender mejor la actualidad (ejemplos: núm. 3, «Les Juifs en France»; núm. 4, «Les États-Unis»); esta publicación está patrocinada por el equipo de los *Annales*, deseoso de no abandonar a los competidores el mercado de las revistas de historia destinadas al gran público. Además, el equipo de los *Annales* mantiene sus posiciones entre los medios de comunicación de masas. Sus colaboradores realizan la crítica histórica en ciertos periódicos y semanarios. E. Le Roy Ladurie y E. Todd dan sus consejos en *Le Monde*; F. Furet, J. y M. Ozouf hacen sus comentarios en *Le Nouvel Observateur*. Además, J. Le Goff y D. Richet animan una emisión de radio —«Los lunes de la historia»— en la que los historiadores presentan sus obras. Los representantes de los *Annales* no controlan ninguna de las filiales televisivas, pero aparecen frecuentemente con motivo de debates históricos, políticos o literarios. Como dice J. Chesneaux, el *holding* de los *Annales* es uno de los núcleos del poder intelectual en Francia.

A principios de 1970, F. Braudel divide su herencia entre sus sucesores, sobre todo J. Le Goff y E. Le Roy Ladurie. El nuevo equipo se encargará de realizar un balance con motivo del cincuentenario de los *Annales*. En 1974, J. Le Goff y P. Nora reúnen, con el título de *Faire l'Histoire*, tres colecciones de artículos que plantean «nuevos problemas», esbozan «nuevos puntos de vista» y marcan «nuevos objetivos». En 1978, J. Le Goff publica la enciclopedia titulada *La Nouvelle Histoire*, en la que se mezclan artículos de fondo (acerca de la noción de estructura, el concepto de larga duración, o la historia inmediata, etc.); notas acerca de los protagonistas (H. Berr, G. Dumézil, F. Simiand, etc.) y notas sobre terminología (clima, lenguaje, psicoanálisis, etc.). En ambas empresas se encuentran, con más o menos participación, Ph. Ariès, J. P. Aron, A. Burguière, M. de Certeau, R. Chartier, M. Ferro, F. Furet, D. Julia, J. Le Goff, P. Nora, J. Revel, R. Roche, A. Schnapp, J. C. Scmitt, P. Vidal-Naquet, M. Vovelle y algunos otros.

La producción de toda esta constelación de historiadores, por abundante que sea, está lejos de recubrir todo el campo de la historia. En efecto, debido quizá al impulso inicialmente dado por L. Febvre y F. Braudel, la escuela de los *Annales* se interesa prioritariamente por Europa occidental y sus dependencias, desde la Edad Media al Siglo de las Luces. E. Le Roy Ladurie no logra citar más que a «modernistas» (*L'Histoire*, núm. 2, junio 1978), al bosquejar un cuadro-palmarés de la producción histórica reciente, siempre dentro del estilo «series de precios» al que es tan aficionado. En la EHESS, la clara denominación de los *modernistas* y de algunos *medievalistas* se acompaña de una casi exclusión de los estudiosos de la Antigüedad y de los *contemporaneístas*. Por tanto, la mayor parte de los estudios relacionados con la Antigüedad se elaboran fueran del círculo de los *Annales* (por ejemplo en la Escuela de Atenas o la Escuela de Roma) y también la mayor parte de las investigaciones acerca del mundo contemporáneo (por ejemplo en la Fundación de Ciencias Políticas o en el Insti-

tuto del Tiempo Presente). Además, en Francia existen una treintena de UER, de departamentos o laboratorios en los que desarrollan su trabajo varios centenares de historiadores profesionales. Su simple existencia recuerda que la EHESS no es más que un centro de investigación como otro cualquiera, pero que disfruta de lo que François Furet, no sin orgullo, llama la «hegemonía de la reputación».

2. El culto a los antepasados

Nada define mejor una corriente de pensamiento que los textos sagrados que invoca. Paradójicamente, esta corriente puntera ha experimentado la necesidad de dotarse de una gloriosa genealogía y de establecer una versión casi mítica de sus orígenes, dedicando un verdadero culto a sus padres fundadores. No nos extrañemos de encotrar, entre los antepasados venerados por Jacques Le Goff («L'Histoire nouvelle», en *La Nouvelle Histoire*, pp. 219-241), al Voltaire del *Essai sur les Moeurs,* ni al Michelet del *Preface* de 1869, invocado de manera casi ritual, sin duda por nostalgia de una historia total que ya no se puede realizar hoy. Pero nos sorprenderá aun más encontrar a Chateaubriand, muy interesado, en sus *Écrits historiques*, por evocar todos los aspectos de lo cotidiano, y a Guizot, el perspicaz analista del *hecho civilizador*.

Los *Annales* nacen en 1929, fecha mítica, más conocida hasta entonces por cierto viernes negro, en el que la fundación de los *Annales d'histoire économique et sociale* vienen a abrir un campo nuevo en la historia, abatiendo las antiguas barreras entre los hechos de naturaleza diferente y dejando que avance el triunfo del «comparativismo». Seamos justos: la deuda de Bloch y Febvre con respecto a algunos de sus predecesores (Berr, Pirenne, Simiand) se menciona siempre. Pero no es menos cierto que, en 1929, empieza la gesta de los padres fundadores contra los partidarios de la historia historizante y otros «positivistas» tardíos. En 1946 (revolución dentro de la revolución), la revista-emblema de la historiografía francesa cambia de sigla y pasa a llamarse, *Annales ESC*. Lucien Febvre descubre a su legítimo heredero, Fernand Braudel, que tiene que batirse con los Burgraves de la historia universitaria en este campo cerrado que es el tribunal de la *agrégation* de historia entre 1950 y 1955. Pasan los años y el mismo Fernand Braudel ve crecer a sus sucesores: Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Le Goff, Marc Ferro.

Esta geneología de intelectuales tiene diversas funciones. En primer lugar legitima, ya que convierte a un limitado círculo de historiadores en los depositarios del espíritu de los primeros *Annales*. Después de Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Georges Duby, vienen André Burguière, Roger Chartier, Jacques Revel, Jean-Claude Schmitt... Esta genealogía también constituye un argumento de peso en la conflictiva cohabitación con los demás sectores de la ciencia histórica. Que todos invoquemos a los venerable antepasados permite evitarnos enfrentamientos demasiado violentos. ¿No nos dice Jacques Le Goff, con el espíritu de conciliación que le caracteriza, que la nueva historia se apoya *en una larga y sólida tradición y que una parte de los logros técnicos del método positivista sigue siendo válido?* ¿No celebra el *sólido bagaje* de los historiadores profesionales y la *fir-*

me base institucional de la disciplina? He aquí cómo se apaciguan los temores de los Burgraves de la institución histórica.

Buscando más la unión que el enfrentamiento, reflejo muy explicable de parte de una corriente de pensamiento que se ha asegurado una posición hegemónica, la nueva historia se muestra «definitivamente molesta con las huelgas». Y se abandona perezosamente al culto a la personalidad, como la Rusia de Breznev. En un artículo tan brillante como excesivo («Allergico cantabile», *Annales ESC*, 1981, pp. 623 y sig.), Michel Morineau relató con detalle los sinsabores que vivió por haberse atrevido a discutir las tablas de la ley de los «santos Simiand y Hamilton», a propósito de las remesas de metales preciosos de la Europa moderna. Afirma que ni siquiera se atreven a señalar los errores de Simiand, y que se demuestra una igual ceguera con respecto a trabajos más recientes que contienen errores groseros (calificados sin miramientos de burdos). En la acusación final dice: «Denuncio un cierto número de graves errores que se han introducido en muchos sectores básicos de la historia económica moderna; denuncio la tolerancia de la que han disfrutado simplemente por el hecho de la notoriedad de sus autores (...), denuncio la invasión del culto a la personalidad en historia (...).» Para hacerse una opinión acerca del último agravio, basta con proceder a un rápido recuento de las referencias a la obra de Fernand Braudel en *La Nouvelle Histoire*. Raros son los colaboradores que han omitido el incienso para el autor de *La Méditerranée et le Monde méditeranéen à l'époque de Philippe II*. En 1978, los estudiantes habían aprendido la lección: habían canonizado espontáneamente a Fernand Braudel, habían situado su efigie en su biblioteca, le dirigían plegarias («San Fernando, patrón de la nueva historia, haz que pase sin problemas mi examen de epistemología») y le habían ofrecido conmovedores exvotos (postales, manuales de historia, cuadernos, etc.) como prueba de reconocimiento.

Intentemos ser equitativos con respecto a la idealizada versión que la corriente de los *Annales* ofrece a propósito de sus inicios y de la mayor parte de sus hallazgos. La sobrevaloración épica puede comprenderse entre aquellos que, como Jacques Le Goff, siempre estuvieron en la vanguardia del combate contra los sectores más conservadores de la disciplina histórica. Por el contrario, la autosatisfacción y la perpetua invocación de algunas grandes figuras sólo lastiman a numerosos investigadores que no tienen acceso a esta meritocracia cooptada, y que se niegan a ver cómo su venerable disciplina sufre la ley del *star system*. Dicho esto, los dos herederos que son André Buguière y Jacques Revel dan muestras, en los artículos anteriormente mencionados, de una valerosa objetividad. El primero llega incluso a decir que los mismos Marc Bloch y Lucien Febvre formaban parte del *establishment* universitario y que, en resumidas cuentas, su originalidad consistía más «en su manera de afirmar su programa que en el propio programa». Aunque ello no complazca a Michel Morineau, los discípulos no son siempre tan dóciles como para gritar, ante una verdad molesta: «Apagad la luz.»

3. Ni Jesús, ni Mao, ni Toynbee; un poco de Marx y la mayor cantidad de ciencia posible

Los nuevos historiadores evitan una opción ideológica clara, después de haber coqueteado algunos de ellos con el marxismo y de haber militado en las filas del partido comunista. Siguen los pasos de los maestros fundadores, siempre alerta contra las esquematizaciones reductoras, ya que tenían conciencia de la extraordinaria complejidad de los fenómenos sociales y de la multiplicidad de las interrelaciones entre los diferentes niveles de la realidad. ¿No se declara el propio Marc Bloch más sorprendido por los resultados económicos de los fenómenos religiosos que por las implicaciones económicas de lo religioso? Sus discípulos evitan también cualquier clase de determinismo estricto, casi cualquier «determinación en última instancia»: prefieren las explicaciones plurales, las interrelaciones dialécticas entre las diversas instancias de lo real, la actualización de los múltiples códigos que rigen la vida social...

Consecuentemente, los sitemas filosóficos globales, que pretenden enunciar el sentido de la historia, apenas son apreciados en los *Annales*. La misma aversión les inspira tanto la teología de la historia, comprendidos los trabajos contemporáneos de H. I. Marrou y P. Ricoeur, como las grandes interpretaciones del devenir humano propuestas por De Vico, Hegel, Croce y Toynbee (que no se rehabilita ya después de la durísima crítica de Lucien Febvre, el cual le reprocha a un tiempo su mirada selectiva del pasado y la liviandad de sus conocimientos), como el mismo marxismo dogmático, recusado por su concepción lineal y finalista de la historia. Sin duda es «la más global y la más coherente de las visiones sintéticas de la historia», nos dicen Le Goff y Nora en el prefacio de *Faire de l'Histoire*, pero sus conceptos fundamentales (la ideología como reflejo de lo real, la explicación económica en última instancia) no resisten ante los recientes progresos de las ciencias humanas.

Se abandona pues la inclinación a la sistematización, se proclama la primacía de la investigación científica sobre las opciones filosóficas y, sin entregarse a un cientifismo pasado de moda, se pretende que el historiador sea un científico relevante, aunque «no pueda ser Einstein» y siga sufriendo «la promiscuidad de los divulgadores de poca categoría», particularmente en «los periódicos, revistas y demás medios de comunicación» (Le Goff, Nora).

Como el físico o el naturalista, el historiador debe proceder a hilvanar hipótesis que someterá después a su verificación y a rectificación. Porque no existen hechos históricos en sí mismos, ni basta con extraerlos de los documentos y trabarlos con otros hechos históricos, para constituir una serie cronológica «natural», sino que, para proseguir el trabajo de Lucien Febvre, es necesario tener en cuenta «lo ya inventado y hecho», y ayudarse con hipótesis y coyunturas, mediante un trabajo delicado y apasionante. Al igual que sus colegas en otras disciplinas, el historiador va construyendo el objeto de su análisis, al mismo tiempo que va compilando un *corpus* de documentos de naturalezas diversas (textos, escritos, objetos, fotografías, imágenes, entrevistas, etc.), a fin de responder a preguntas que se formula sobre el pasado (¿tuvo lugar la invasión dórica?, ¿cuándo se inició la creencia en el Purgatorio?, ¿la consideración de la infancia es algo natural o una

adquisición cultural de la época moderna?, etc.). Interesa la *historia de los problemas*, obra de un analista y no de un narrador o de un profeta. El historiador se esfuerza en proponer, en función de la pregunta formulada, la interpretación racional de los datos (previamente homogeneizados) que le suministra la compilación hecha. Nos dice Michel de Certeau, orfebre en la materia, que el historiador «elabora lo pensable con los documentos».

En la búsqueda de lo pensable, el historiador recurre a tecnologías de punta que le faciliten el acceso al estatuto, tan deseado, de hombre de ciencia. La lista de ciencias auxiliares que utiliza se ha alargado de manera importante desde Langlois y Seignobos e incluso desde 1929: dendrocronología, estudio del polen fósil, dotación por radiocarbono, arqueología aérea, tratamiento informático de los datos, análisis automático del discurso; no hay nada imposible para el nuevo historiador. Desde los años 1950, los *Annales* están llenos de series estadísticas. No importa demasiado si tienen algunos errores: cifras falsas o curvas verdaderas. En los años 70, la computadora fascina, y vemos a algunos de los más eminentes modernistas ceder a los hechizos de la *New Economic History*, cuyos maestros Fogel y Engerman someten el desarrollo económico pasado a modelos hipotéticodeductivos, y para verificar estos últimos recurren a hipótesis contrafactuales. Por ejemplo, para determinar el efecto económico de una innovación, ¿no hay que crear un modelo de sociedad sin esta innovación y medir a continuación las diferencias que observamos? Cayendo en la historia-ficción, los «cliométricos» llegan a imaginar los Estados Unidos sin ferrocarriles (nos hacen saber que no eran indispensables para el crecimiento) y el Sur sin esclavos (que, al tiempo de su desaparición, constituían «una inversión sumamente rentable»). Estas conclusiones, consideradas en la actualidad con cierto escepticismo, se presentaban como verdades objetivas hasta hace poco, porque tenían una base matemática. Le Goff y Nora desconfían del *omnipotente ordenador* e insisten acerca de los «riesgos de una subordinación a lo mensurable». Lo que no impide de ninguna manera el análisis factorial, muy bien representado en los *Annales*; lo prueba, por ejemplo, el artículo de H. Millet, «La composición del capítulo catedralicio de Laon: un análisis factorial» (enero-febrero 1981).

La nueva historia conserva del marxismo algunas aportaciones científicas, aunque son rechazados muchos de sus aspectos filosóficos. Fernand Braudel también reconoce la deuda con respecto a Marx; para él, el autor de *El capital* fue el primero que estableció «verdaderos modelos sociales» operativos para períodos de larga duración; mientras que, para J. Le Goff, Marx es el antepasado de las periodizaciones amplias y del análisis estructural de lo social. Para los historiadores marxistas esta deuda es todavía más importante. Pierre Vilar considera que el mérito principal de Simiand, Febvre y Bloch es haber sabido recobrar algunas enseñanzas importantes de Marx (*Une histoire en construction*). Por su parte, Guy Bois, en «Marxisme et Histoire nouvelle» (en *La Nouvelle Histoire*), deja entender claramente que las tesis centrales y los caracteres importantes de la nueva historia están en germen en el marxismo. Para él, la historia global no es más que una nueva designación del *modo de producción* o de la *formación económica y social*, términos marxistas que designan el todo social articulado. En cuanto a los métodos cuantitativos, Marx ya los practicaba. También privilegiaba las estructuras profundas y la acción del hombre de la calle, a

expensas de los hechos de gran relieve y de los éxitos de las individualidades destacadas. Por lo demás, prosigue Guy Bois, hace mucho tiempo que el marxismo ejerce una *difusa e indirecta influencia* sobre los historiadores franceses. Se la puede localizar en el papel esencial que se reconoció a la historia económica en los años 50 y en la insistencia acerca de las luchas de clases, así como sobre la apropiación injusta del producto social, tal como aparece en la obra de Ernest Labrousse. Esta influencia se ve reforzada en la actualidad, ya que, lejos de limitarse a la instancia económico-social, gana los demás niveles de la realidad y se extiende al análisis de la totalidad de las prácticas humanas. Los conceptos centrales del marxismo (especialmente los del *modo de producción* y el de *ideología*) se utilizan implícitamente en libros recientes, aunque no se adopte en ellos la terminología clásica del marxismo, y aunque se evite toda referencia explícita al materialismo dialéctico. Hay una completa confluencia de las dos grandes corrientes de la historiografía contemporánea, lo que no impide que los historiadores marxistas sigan teniendo un papel original (por ejemplo, en el análisis del discurso y en la historia cuantitativa de las mentalidades), que de ninguna manera pone fin a un contencioso que sigue siendo muy gravoso. Como bien dice Guy Bois, algunas prácticas de la nueva historia constituyen trampas a los ojos de los marxistas. ¿No es la sacrosanta cuantificación prisionera del estado de las fuentes, y no se arriesga a privilegiar las realidades sociales emergentes (tales como los datos demográficos) a expensas de otros, también esenciales, que se mantienen ocultos (como los mecanismos de la plusvalía por ejemplo)? La sucesión de estudios seriados (el libro en el siglo XVIII, los exvotos marinos de Ponant, los retablos de las ánimas del Purgatorio del siglo XV al XX), ¿no pueden llegar a atomizar la realidad histórica, no pueden suponer una fragmentación de las perspectivas y, finalmente, prohibir el recurso al concepto unificador del modo de producción? El papel concedido a las profundidades mentales, que a veces adquieren, entre los historiadores de la nueva historia, el carácter de infraestructuras determinantes, ¿no diluye los principios de explicación marxistas y no hacen perder de vista la primacía de las relaciones de producción? Finalmente, ¿no actúan como armas de guerra contra el marxismo las ciencias nuevas, tales como una cierta etno-historia que, a fuerza de insistir acerca del inconsciente colectivo, la sociabilidad y otros comportamientos perennes de los grupos humanos, devalúa la explicación sobre la lucha de clases, cuando no enarbola las relaciones de parentesco contra las relaciones de producción? Teniendo en cuenta estos peligros, Guy Bois invita a los marxistas auténticos a renovar el desafío de la nueva historia, demostrando una fidelidad sin fisuras a los conceptos centrales del marxismo, que, según él, son los únicos que pueden permitir pensar el pasado de forma coherente, total y dinámica.

4. Los avatares de la globalidad

Este concepto clave, por no decir este término mágico de la nueva historia, ha presentado y continúa presentando muchas facetas distintas, incluso casi contrapuestas.

La nueva historia, sin duda por fidelidad a Voltaire y Michelet, pero

también bajo la influencia de la escuela geográfica francesa y de la geografía braudeliana, ha buscado siempre la comprensión de los grandes espacios y las grandes masas históricas. Lo demuestran el papel esencial concedido en los *Annales* a la cartografía histórica, que visualiza los fenómenos masivos de larga duración. No es solamente descriptiva, permite plantear preguntas nuevas y hacer avanzar la interpretación de los fenómenos. El historiador holandés W. den Boer sitúa, a justo título, entre los elementos constitutivos del paradigma de los *Annales* el hecho de que «la estadística y la semiología gráfica sustituyen la crítica filológica de los textos, a veces con menor penetración». Esta última reflexión, poco gratificante, no tiene en cuenta el hecho de que la cartografía estadística, frecuentemente, tiene como función poner en imágenes el contenido de los documentos, desplegarlo (en el sentido propio del término) antes de abordar su interpretación. Puede verse, para convencerse de ello, el estudio de Emmanuel Le Roy Ladurie «Exploitation quantitative et cartographique des archives militaires françaises (1819-1826)», en *Le Territoire de l'historien*, Gallimard, 1977, pp. 33 a 88. Estos archivos ofrecen las informaciones siguientes acerca de los reclutas: oficio, estatura, anomalías físicas, alfabetización, eventual vocación eclesiástica. El conjunto es tanto más precioso cuanto que en esta época todavía no existen estadísticas nacionales detalladas, excepto para algunos sectores. De donde se puede plantear un posible estudio de antropología comparada de los reclutas franceses, teniendo en cuenta su región de origen, gracias al tratamiento informático de los datos y el establecimiento de mapas cartográficos. Se constata por ejemplo que las *élites* (jóvenes procedentes de las grandes escuelas, profesores...) se localizan fundamentalmente en el Nordeste; por tanto, en la Francia desarrollada e instruida. En cuanto a los estudiantes eclesiásticos, se localizan sobre todo en Bretaña, en las regiones pobres y montañosas del Sur (Pirineos, Macizo Central, Alpes) y en el Este, como un avance de la cartografía de la práctica religiosa en el siglo XX. Si tenemos en cuenta la estatura de los reclutas, los más altos se localizan al Nordeste de la línea entre Saint Malo y Ginebra, y los más bajos en las regiones del Oeste, el Centro y el Midi. Si hacemos intervenir otros criterios (como el reparto socioprofesional, entre otros) aparece el contraste entre las dos Francias: los factores relacionados con el desarrollo y la modernización se localizan en el Norte; por el contrario, las características de «subdesarrollo», y a veces de arcaísmo, se agrupan en el Sur, Centro y Oeste, donde se concentran los jóvenes que no saben ni leer ni escribir. Los resultados son bastante sugerentes en sí mismos, pero además abren el camino a múltiples correlaciones con otros datos recogidos por los socio-historiadores del siglo XIX.

La preocupación por las masas se manifestó, en primer lugar, en el desarrollo de la demografía histórica, cuyas producciones se analizaron en el capítulo VII. Según François Furet, es la única producción rigurosa de la nueva historia que ha sabido deslizarse «en el molde de otra disciplina, sin modificar los objetivos, los conceptos o los procedimientos de investigación». Por el contrario, se muestra más reservado con respecto a la historia sociológica, en la que, según él, el historiador no se sirve de un riguroso sistema conceptual, sino solamente de una orientación de su curiosidad, que le lleva a promover al hombre común (el médico, el sacerdote, el pro-

fesor) y a analizar el funcionamiento de los organizadores de masas (ver la tesis de Antoine Prost acerca de *Les Anciens Combattants,* 1914-1940).

El llamamiento lanzado en el siglo pasado por Michelet, Augusto Comte y Bourdeau, un discípulo suyo demasiado olvidado, para estudiar la historia de los no graduados ha sido plenamente escuchado por los *Annales* y su movimiento.

La aspiración por la globalidad también se manifiesta en la preocupación braudeliana por evocar las diferentes carencias del tiempo histórico y por «reunirlas» en un tiempo único. Ya que la famosa distinción entre las tres duraciones (ver capítulo VII), corresponde de hecho a tres niveles sucesivos de observación. Después habrá que mostrar la interferencia de estas duraciones en una coyuntura única, «el imperioso tiempo del mundo».

Los discípulos de Braudel se han fijado sobre todo en la primacía de la larga duración, hasta el punto de llegar a concebir una *historia inmóvil* (en este caso, la de la Francia rural entre 1300 y 1700), y dejar de lado la turbulenta historia contemporánea, a la que se habían consagrado entre un tercio y la mitad de los artículos en los primeros *Annales.* A este respecto, destaquemos que un tema como el de la Revolución francesa, *locus classicus* de la historiografía nacional, relato que «une el cambio y el progreso» (F. Furet), es ignorado casi por completo por parte de los nuevos historiadores.

Éstos también se lanzaron al análisis global de períodos muy amplios, coherentes en su organización social y económica y coronados por un sistema homogéneo de representaciones. Estas «totalidades pensadas» se caracterizan por una profunda unidad de inspiración, por una atmósfera general, como *La Civilisation de l'Occident médieval* descrita por Jacques Le Goff como una cristiandad en la que la religión regula toda la vida social, incluidos los comportamientos económicos y la percepción del mundo. *Le Temps des cathédrales,* de Georges Duby, y *La Civilización de la Renaissance,* de Jean Delumeau, señalan igualmente esta percepción global de la materia histórica. Bellas construcciones, seductoras totalidades culturales, pero ¡edificios inevitablemente frágiles, marcos demasiado estrechos para una realidad plural! También, sin renunciar a buscar la globalidad, se ha querido alcanzarla, sobre una base espacial más restringida, en el marco de los estudios regionales. El «Beauvaisis» de Pierre Goubert, «en el que se ha estudiado y presentado la totalidad de una sociedad», ha tenido continuadores: el Anjou de Lebrun, el Latium de Toubert, la Picardía de Fossier, la Bretaña de Alain Croix. Sagrada letanía que recitan piadosamente los estudiantes. Como había que ir siempre más lejos en el análisis, la búqueda sin fin de la globalidad se ejerció a continuación a escala de la monografía urbana o rural, a veces con la colaboración de muchos equipos especializados (los *Bretones de Plozévet* han sido estudiados de espaldas, de cara y de perfil bajo la dirección de André Burguière); otras haciendo converger una pluralidad de puntos de vista sobre un documento único (para extraer la quintaesencia de las declaraciones realizadas por los habitantes de Montaillou ante el inquisidor, Le Roy Ladurie sabe ser, por turno, geógrafo, demógrafo, lingüista y etnólogo, en un brillantísimo *show*). El término *antropología histórica*, cada vez más utilizado, expresa muy bien esta aspiración por captar a los hombres del pasado en el conjunto de un entorno a la vez ecológico, tecnológico, afectivo, simbólico, etc. Una tarea

de este tipo sólo se puede realizar, desde luego, sobre una base espacial restringida.

Otra modalidad de la historia global se define en referencia al *hecho social total*, y tal y como lo aborda Marcel Maurs, y entendiendo por tal un hecho social particular que remite al conjunto de un sistema y que revela sus estructuras profundas. Hemos visto surgir historias aparentemente sectoriales, que de hecho remiten «a la totalidad de la sociedad» y hacen intervenir hipótesis muy amplias: así el evergetismo grecorromano, que Paul Veyne analiza en *Le Pain et le Cirque,* está estrechamente ligado al modo de circulación de riquezas en la sociedad antigua, y constituye una forma de redistribución de una parte del excedente acaparado por los dominadores. Otros historiadores, a instancias de Paul Veyne, han definido temas de investigación globalizadores, situados en la intersección de multiplicidad de fenómenos sociales, tales como el *encastillamiento* de las poblaciones rurales de la Italia central a principios del siglo XI, estudiado por P. Toubert (ver capítulo IX).

Sin embargo, algunos historiadores evitan adoptar una perspectiva global y se asignan como tarea el rendir cuentas de la coherencia de series documentales de la larga duración. Así J. C. Schmitt, quien, en *Le Saint Levrier,* analiza la pervivencia y las inflexiones del culto del santo perro Guinefort, desde el siglo XIII al XX, en un alejado cantón de Dombes. De lo que se revela que hay una temporalidad propia de los comportamientos supersticiosos, asombrosamente rígidos, que es ampliamente independiente de las evoluciones y las turbulencias que afectan lo económico y lo político. Muchos jóvenes historiadores llevarían de buena gana hasta lo extremo la fórmula de Ernest Labrousse: «Lo social va detrás de lo económico, y lo mental detrás de lo social.» Esta nueva concepción del hecho histórico ha sido sistematizada por François Furet en un artículo titulado «L'Histoire quantitative et la construction du fait historique» (en *Faire de l'Histoire*, I, pp. 42-62), donde se puede leer una especie de manifiesto de la historia seriada. Ésta se puede definir como una conceptualización del pasado, esforzándose por «constituir el hecho histórico en series temporales de unidades homogéneas y comparables, para poder medir así la evolución por intervalos de tiempo dados, generalmente anuales». Lejos de limitarse al acontecimiento único, como la historia historizante, se dedica a la «repetición regular de datos seleccionados y construidos en función de su carácter comparable». La realidad histórica se puede así descomponer en subsistemas, entre los cuales se pueden establecer las articulaciones. Pero, de entrada, no se intenta estudiar el conjunto de la masa documental concerniente a todos los aspectos de la realidad en una época dada, ni a construir un sistema de interpretación global. En consecuencia, el problema de las fuentes se plantea en términos nuevos: lo que importa no es tanto la relación que los documentos mantienen con la realidad como el valor relativo de los documentos relacionados entre sí, en el seno de series documentales constituidas por el investigador y organizadas para que puedan ofrecer datos comparables. Tanto si se encuentran en las listas de impuestos, en los cartularios monásticos o en los cuadernos de quejas, son en general «reducibles a un lenguaje susceptible de programación» y pueden utilizarse de manera más o menos sustitutiva: por ejemplo, hay que saber pasar de una curva de precios a un análisis de la coyuntura económica, de la

evolución del precio de los alquileres a la de la población. Así se toma conciencia de la «extraordinaria elasticidad» de las fuentes históricas y de la multiplicidad de mensajes que pueden transmitirnos.

Con todo esto, lo que se ha modificado radicalmente es la relación entre el historiador y los hechos. Mientras que la historia de los acontecimientos se fundaba en la unicidad, lo que implicaba el *corto plazo* y el *finalismo* (la historia nos hacía asistir al advenimiento de las grandes verdades filosóficas o políticas como la libertad, la democracia, la razón, etc.), la historia serial se relaciona con los fenómenos repetitivos y descompone la realidad en niveles diferentes. Dicho de otra forma: a) estudia las variaciones a largo plazo y ya no está sometida al «misterioso empuje del acontecimiento»; b) suspende cualquier concepción global de la historia y, por tanto, al *a priori* según el cual todos los elementos de una sociedad tienen una evolución homogénea. El análisis global vendrá a continuación, mediante la elaboración del «sistema de sistemas», después de lo cual se establecerán las coyunturas diferenciales, de acuerdo con los niveles de actividad considerados. Mientras tanto, las periodizaciones de conjunto de la historia tradicional se deben someter a nuevo examen. Así, «el concepto de *Renacimiento* es sin duda pertinente con relación a los indicadores de historia cultural, pero carece de sentido en relación a los datos de la productividad agraria» (p. 60). Dejando de lado el estudio de las totalidades históricas, en lo sucesivo hay que delimitar en un conjunto los niveles en evolución rápida y los «sectores con una fuerte inercia».

5. Aprovecharlo todo: el arte del reciclaje y la revisión de textos

La nueva historia da pruebas de un gran ingenio para inventar, reinventar o reciclar fuentes históricas hasta entonces dormidas o consideradas como definitivamente agotadas. Jacques Le Goff nos dice que se basa «en una multiplicidad de documentos: escritos de todas clases, documentos, productos de excavaciones arqueológicas, documentos orales, etc. Una estadística, una curva de precios, una fotografía, una película o el polen fósil, para un pasado más lejano, un útil, un exvoto son, para la nueva historia, documentos de primer orden». Estas pocas líneas, llenas de referencias implícitas a destacados trabajos, citan confusamente vestigios del pasado y materiales elaborados por el historiador (estadística, curva de precios). De hecho, hay que distinguir muchos casos de invención de documentos nuevos.

Puede ser, primero, el descubrimiento *stricto sensu,* por ejemplo merced a la arqueología aérea. En ésta confluyen una técnica (la fotografía aérea), un sistema de lectura de los vestigios del terreno (en función de sus distintas tonalidades y del crecimiento diferencial de la vegetación), una problemática planteada por el historiador y, a veces, hasta una casualidad: así, la sequía de 1976 motivó un aumento extraordinario de los conocimientos acerca del suelo francés (ver *Les Dossiers de l'archéologie,* núm. 22, junio 1977). Después de algunas semanas de sequía sahariana, las variaciones en la humedad del suelo (que se conserva mejor en los antiguos fosos que en los muros enterrados) aparecieron con una claridad sin preceden-

tes, revelando a los hitoriadores la existencia de centenares de yacimientos neolíticos, de establecimientos galorromanos y de fortalezas feudales. En Beauce se han descubierto diversos yacimientos protohistóricos, una ciudad antigua en Verdes, cerca de Cháteaudun, en la que todavía se puede ver el perímetro, las termas, las tiendas, etc. En Vendée se han decubierto ciento diecisiete nuevos yacimientos, entre los cuales hay quince campos neolíticos delimitados por uno o varios recintos circulares, y veinticinco pueblos galorromanos (cuyos planos completos fueron fotografiados por primera vez en la región). Se obtuvieron resultados muy importantes en el Este, donde se pudieron establecer los planos de las ciudades con una precisión inigualable, y también en Corseul, en Bretaña, donde se pudo detectar la estructura urbana de la *civitas Coriosolitum*, en una extensión aproximada de veinte hectáreas.

Después, la corriente de los *Annales*, entendida en un sentido muy amplio, supo promover los documentos hasta entonces dejados a los gacetilleros del pasado, relegados en lo marginal, lo pintoresco o lo anecdótico. Los relatos de fiestas y ceremonias, o las relaciones de desfiles y procesiones, dejaron de ser privativos de los eruditos locales y accedieron a la gran historia. A partir del momento en que se ha hecho prevalecer la búsqueda del sentido sobre la minuciosidad de la descripción, los rituales aparecen como excelentes reveladores de las bases profundas de un sistema social. Es significativo el caso de las «fiestas revolucionarias francesas», estudiadas por Mona Ozouf *(Faire de l'Histoire)*. En efecto, estas fiestas habían sido estudiadas por Aulard unas y por Mathiez otras, pero únicamente desde el punto de vista conmemorativo (los grandes momentos de la Revolución) y político. Aquí el punto de vista es diferente, e incide sobre los mecanismos profundos de la fiesta, sobre el deseo que se expresa en ella de reorganizar, de reescribir la historia. La autora insiste acerca de los siguientes caracteres de la celebración revolucionaria: a) Enseña la Revolución a los que no la han conocido, componiendo una historia anual y conmemorativa de esta Revolución, cuyas grandes etapas relata. Dice, de manera inagotable, a golpe de rótulos y máximas, mucho más de lo que muestra. b) Presenta caracteres permanentes a los ojos de los testigos, que frecuentemente sitúan en el mismo plano tanto las fiestas de la Razón como las del Ser supremo. Esta función de culto de sustitución, sustituto del cristianismo, procedería de una analogía entre lo religioso y algunas manifestaciones de la vida social, situadas bajo el signo de la unanimidad y la exaltación. c) Más que mantener un recuerdo, significa fundamentalmente volver a empezar, la muerte del viejo mundo y la instauración en «un tiempo rehecho de nuevo». Es también un error el proporcionar solamente una interpretación racional (y política) de estas celebraciones. Por tanto, es todo *lo vivido* de la fiesta revolucionaria (y no solamente el *sentido pretendido* de ésta, ya estudiado por sus predecesores) lo que Mona Ozouf ha pretendido con su análisis histórico.

Un número de la revista *Ethnologie française* (1977/1) muestra todo el partido que se puede sacar de las procesiones y entradas reales o principescas en las ciudades. Puede constatarse que el estudio estructural y el análisis histórico (explicación a partir de los orígenes) se completan más que se oponen, por ejemplo en el trabajo de T. Jolas, *Parcours cérémoniel d'un terroir villageois;* en este caso con el de Minot para Costa de Oro.

Los menús y los libros de cocina (cf. J.-P. Aron, «La Cuisine, un menu au XIXe siècle», *Faire de l'Histoire,* III, pp. 192 y siguientes) también provocaron la bulimia de los historiadores. Hasta no hace mucho, este tipo de fuentes daba pretexto a los cronistas y gacetilleros para extasiarse ante el formidable apetito de nuestros antepasados; ahora se busca en ellos, con desigual fortuna, indicaciones acerca de estructuras sociales y mentales. El autor tiene en cuenta «tres conceptos del documento culinario». Primero, la relación y el costo de los alimentos consumidos en 1846 y 1847 en los hospitales generales de la Beneficencia pública en París, lo que supone informaciones sobre medicina, economía y administración. Los menús apenas acusan la influencia de la crisis de subsistencias de 1846-1847 y constituirían «una imagen de los deseos populares», encubierta por la ideología burguesa. El autor evalúa igualmente la ración energética de la que dispone cada enfermo, que se sitúa entre 2.200 y 2.600 calorías diarias, o sea, lo necesario para subsistir.

Después J.-P. Aron examina los menús de los restaurantes parisienses en los años 1880, «para delimitar la sensibilidad alimentaria». De donde se desprende un análisis del desigual prestigio de los diferentes alimentos, y una puesta de relieve de la «contracción de la gama alimenticia» a fines del siglo XIX (¿efecto de la democracia niveladora?) con relación a la profusión que había caracterizado el final del siglo XVIII y el principio del XIX, en los que la mesa burguesa había tomado el relevo de la principesca (...). Finalmente, el análisis del servicio de mesa del restaurante parisiense propiedad de Antonin Carême (nombre predestinado) en los años 1820-1840, revela el *carácter sincrónico* de la gastronomía del siglo XIX, puesto que «todo se consumiría simultáneamente» (sopas, entrantes, pescados, carnes, entremeses, todo se llevaba al mismo tiempo), y permite reconstruir los hábitos de glotonería de la época de la burguesía en ascenso.

Otra fuente recién descubierta, el *folclore*, ya no se relega a la intemporalidad, ni se deja como objeto de curiosidad sólo para etnógrafos y viajeros. En *La vision des vainçus,* Nathan Wachtel nos muestra cómo el folclore actual de los indios del Perú, Méjico y Guatemala conserva vestigios del traumatismo provocado por la conquista española del siglo XVI. Por una parte, conserva el recuerdo de las reacciones del siglo XVI (resistencia a los conquistadores o sumisión, según los casos). Por otra parte, deforma los acontecimientos con una cierta lógica, para compensar el traumatismo inicial y ofrecer una salida imaginaria a sociedades que la conquista desintegró: también puede presentar la imagen de una conjunción, y no de un enfrentamiento entre indios y españoles, basada en la superioridad india (anverso onírico del sometimiento a los nuevos señores...). Pero no se detienen aquí los casos de reinvención de documentos. Los libros de milagros de la Edad Media, por ejemplo, han demostrado ser útiles indicadores acerca de la nosología de esta época, mientras que las vidas de santos y las colecciones de ejemplos utilizados por los predicadores nos transmiten algunos fragmentos de tradición oral y vestigios de la religión subterránea rechazada por el cristianismo triunfante.

A través de los ejemplos que acabamos de citar, podremos ver que la nueva historia propugna la *relectura* (a menudo inspirada en la lingüística, la semiótica o el psicoanálisis) de fuentes conocidas, antes que la lectura de documentos nuevos. Esta prioritaria preocupación por proponer nuevas

interpretaciones, después de decenios de pasiva transcripción de fuentes, no puede ser más legítima, pero corre el peligro de encerrar a los historiadores en los legados textuales del siglo XIX. Ante este peligro, hay también una preocupación por exhumar y editar nuevas fuentes: lo prueba la investigación realizada por Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt acerca de los *exempla* medievales.

La contrautilización de documentos, ya sugerida por Bloch y Febvre (cuestionarse acerca del sentido de un error, de una falsedad...), también demuestra ser una vía prometedora. Marc Ferro nos lo demuestra en «Le Film: une contra-analyse de la société» *(Faire de l'Histoire,* III, pp. 236-256), donde manifiesta que la película no se debe considerar como el simple reflejo de una sociedad, sino como un medio de acceder a ésta o de provocar la caída de un cierto número de máscaras. Según Ferro, por ejemplo, el análisis de los noticieros de las manifestaciones populares de Petrogrado, entre febrero y octubre de 1917, parece mostrar que los manifestantes eran, con mayor frecuencia, soldados en lugar de obreros. He aquí lo que cuestionaría, si en algún momento estuvo definitivamente establecido, muchas de las ideas acerca de las «manifestaciones de masas» en las que el papel de vanguardia les correspondería necesariamente a los obreros, proletarios conscientes y organizados, y no a los soldados, que eran en su mayoría «campesinos de uniforme». Una tradición histórica falsificadora quedaría así cuestionada.

Algunos pioneros de la nueva historia piensan incluso poder ir más allá de la contrautilización de fuentes, y poder razonar, en ausencia de cualquier documento, acerca de ella. En *Les Trois Ordres ou l'imaginaire du féodalisme,* Georges Duby se extiende muy ampliamente acerca del eclipse del esquema tripartito (según el cual la sociedad medieval se divide entre los que rezan, los que combaten y los que trabajan), entre 1030 y 1180 en las regiones septentrionales de Francia. Duby ve en ello diversas razones: los monjes de esta época rechazan el modelo ternario porque prefieren las construcciones binarias (los perfectos se oponen a los perfectibles) o cuatripartitas (monjes-clérigos-caballeros-trabajadores); la diversidad es tal que los teólogos ya no pueden mantener el viejo esquema y deben tener en cuenta la variedad de los estatutos reales (...). He aquí que la ausencia adquiere sentido, he aquí que los silencios hablan y que se disipan las zonas de sombras. Pero se necesita todo el virtuosismo del autor para lograr deducir tantas enseñanzas de un vacío documental. Este arte de producir texto (¡un centenar de páginas!) en ausencia de cualquier texto encuentra rápidamente sus límites, y podría revelarse como peligroso si se dedicasen a él demasiados epígonos.

Hay otro límite con el que tropieza la nueva historia: «los métodos» críticos de estos documentos nuevos están más o menos calcados de los establecidos por los eruditos de los siglos XVII, XVIII y XIX (...). Se ha esbozado apenas un nuevo concepto del documento y de la crítica que hay que hacer (J. Le Goff). Por más que se multipliquen las nuevas fuentes, frecuentemente los métodos de tratamiento siguen siendo tradicionales, excepto los trabajos de los *cliómetras* y los de los «peregrinos de la estructura» (ver el capítulo IX). Muchos de los textos redescubiertos sólo fueron utilizados en forma de montajes apresurados: la colección «Archives» da bastantes ejemplos de ello. No ha muerto el buen y antiguo método de *ti-*

jeras-bote de goma. Otros textos son analizados superficialmente con un completo desconocimiento de las categorías lingüísticas más elementales. El tratamiento de la iconografía todavía es más decepcionante: frecuentemente, las obras se descomponen en elementos, se atomizan, no se analizan en sus profundas coherencias. Hay más frecuencias comparadas de María, José, Pedro o Pablo en los retablos de cualquier región francesa, que estudios estructurales de retablos precisos, bien entroncados en su ambiente simbólico y ritual.

Utilizando instrumentos metodológicos de calidad desigual, los nuevos historiadores han sabido provocar múltiples revisiones del renovado conjunto de fuentes documentales del que disponían, para satisfacer los nuevos temas de su insaciable curiosidad. Es inútil extasiarse una vez más ante los «nuevos ropajes de Clío», y traer aquí un muy conocido dicho acerca de las nuevas historias que han florecido en estos últimos veinte años (sobre clima, los mitos, el inconsciente, las comidas, la bebida, el nacer y el morir, el leer y el escribir, el sentir y el tocar, etc.). Esta letanía reclama algunos comentarios. No carece de concesiones a la moda y las demandas del gran público, aficionado a los estudios acerca de las actitudes corporales y, más especialmente, acerca de la vida sexual (ver J.-P. Aron, *Le Pénis et l'Occident).* Siempre se valora *la periferia* a expensas del *centro:* los marginales, los heterodoxos y las brujas disfrutan actualmente de un trato de favor. El anverso de lo vivido (lo imaginario, los sueños, las construcciones ideológicas) retiene más la atención que las condiciones reales de la existencia. Interesa estudiar las sombras: fantasmas y obsesiones (ver los miedos evocados por Jean Delumeau, los de la noche, del lobo, del mar, de la mujer, del diablo); impulsos reprimidos; *sabbats* y otras brujerías (ver la introducción de A. Danet al *Marteau des sorcières,* de J. Sprenger y H. Institoris). Después de haber pasado un siglo estableciendo cronologías y veinticinco años consagrados a las series estadísticas, la historia se sumerge en una atmósfera neorromántica: los espectros recorren los campos, Satán multiplica sus maleficios, la bruja es la señora del pueblo, la llegada del Anticristo es inminente (...). La historia francesa se ha convertido en un *show* permanente, en el que las producciones con una fuerte carga fantasmagórica se suceden con acelerada cadencia, y en el que las *vedettes* de estilo más brillante pueden estar agotadas en pocos años. Qué lejos parecen los tiempos de los apacibles listados cronológicos, sólo interrumpidos por algunos tranquilos cuadros, y el de los patriarcas que, como Lavisse, podían reinar en la ciencia histórica durante decenios. A partir de aquí, la historia queda sometida a la ley del mercado y corre el riesgo de ser víctima de una rápida obsolescencia de los protagonistas y de los conceptos. Los herederos de Dom Mabillon a veces dan la impresión de haber optado, no sin peligro, por el *show business.*

CAPÍTULO 11

EL MARXISMO Y LA HISTORIA [9]

Karl Marx nació en Tréveris, en 1818, en el seno de una familia burguesa judía convertida al protestantismo y atraída por el espíritu de la Ilustración. Realiza sus estudios, entre los años 1830 y 1835, en el instituto de Tréveris, y después, entre 1835 y 1840, en las universidades de Bonn y Berlín. Defiende su tesis sobre el pensamiento griego (el estoicismo, el epicureísmo, etc.) en Jena en 1841; colabora en revistas —*Gaceta renana,* los *Anales franco-alemanes*— y, tras un largo noviazgo, se desposa con Jenny von Westphalen, en 1843. El «joven Marx» asimila la filosofía de Hegel y después la pone en duda, dialoga con los «jóvenes hegelianos» —Ruge, Bauer, Feuerbach— y redacta sus primeros manuscritos —*Economía política y filosofía* (1844), *La ideología alemana* (1845-1846)—. Entre 1844 y 1850 vive en París, Bruselas y Londres; anuda con F. Engels una amistad a toda prueba y una entente intelectual fructífera; entra en contacto con los socialistas franceses, como lo prueba su polémica con P. J. Proudhon —*Miseria de la filosofía* (1847)—; participa en la Liga de los comunistas y se entusiasma con las revoluciones europeas —*Manifiesto del partido comunista* (1848)—; estudia especialmente los acontecimientos que se desarrollan en Francia —*La lucha de clases en Francia* (1850); *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852)—. A partir de 1851, Marx y su familia se instalan con carácter definitivo en Londres, y viven de los artículos que Marx escribe para grandes diarios —*New York Tribune, Neue Order Zeitung,* etc.—, beneficiándose de vez en cuando de la ayuda financiera que le presta su amigo Engels. En 1864, Marx interviene en la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores, cuyos «estatutos» y «discurso inaugural» redacta. En los años siguientes se enfrentan, en el seno de la organización, los amigos de Marx con los partidarios de Proudhon y, después, con los de Bakunin. Tras la experiencia de la Comuna —*La guerra civil en Francia* (1871)—, los marxistas abandonan la AIT, dominada por los anarquistas. Sin embargo, durante más de treinta años, Marx consagra lo esencial de su energía a leer muchísimo, a acumular voluminosos cuadernos y

[9] Por regla general, las citas de Marx y Engels están extraídas de sus obras completas, según la versión francesa de las Editions Sociales.

a publicar algunos bosquejos —*Los principios de economía* (1857), *La crítica de la economía política* (1859)—, hasta llegar a la publicación de su obra más importante: el libro I de *El capital*, en 1867. Después, Marx continúa dedicado a su tarea, pero la enfermedad le va debilitando, y muere en 1883. F. Engels acabará *El capital,* a partir de las notas dejadas por su amigo y de sus propias reflexiones, publicando el libro II en 1885 y el libro III en 1894.

1. El materialismo histórico

Durante sus años de formación, Marx asimila la filosofía de Hegel, sistema de pensamiento dominante en Alemania en el segundo cuarto del siglo XIX. En 1842, con ocasión del asunto de la leña, cuya recogida fue considerada por la Dieta renana como un robo, el joven filósofo toma conciencia de que el derecho protege la propiedad, de «que las relaciones jurídicas (...) no pueden ser entendidas sólo por ellas mismas ni por la pretendida evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones de la existencia material». En 1843, Marx redacta su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel,* en la que demuestra que no es el estado el que determina la sociedad civil, sino que, por el contrario, es la sociedad civil la que determina el estado. Después, el filósofo alemán se dedica a estudiar a los economistas ingleses (A. Smith, D. Ricardo, J. S. Mill, etc.) y franceses (J. B. Say, S. Sismondi, etc.). En sus *Manuscritos* de 1844 *(Economía política y filosofía),* Marx descubre el mecanismo de la alienación: «el obrero está, repecto a su trabajo, en la misma relación que respecto a un objeto extraño», y subraya el papel de la historia, «que es la reproducción del hombre por el hombre a través del trabajo y del enfrentamiento al mundo». En aquellos momentos, F. Engels describe concretamente *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (una encuesta social publicada en 1845). Entonces, los dos amigos se dedicaron juntos a revisar la filosofía idealista en *La Sagrada Familia, las «Tesis sobre Feuerbach»* y otros cuadernos de *La ideología alemana* escritos en 1845-1846. En esta fecha, el pensamiento marxista había elaborado ya sus principios fundamentales. Pero serán necesarias la experiencia de las revoluciones de 1848 y una larga reflexión —más de diez años— sobre la economía política para que Marx presente su esbozo de *El capital*: la *Contribución a la crítica de la economía política* en 1859. En el breve prefacio que procede a esta obra, Marx resume las ideas directrices del materialismo histórico.

«En la producción social de su existencia, los hombres entran (...) en relaciones de producción, las cuales corresponden a un grado de desarrollo determinado de sus fuerzas productivas materiales» (Prefacio I, 3-6). El primer concepto —«las fuezas productivas»— parece fácil de definir. A primera vista, las fuerzas productivas comprenden las fuentes de la energía (leña, carbón, petróleo, etc.), las materias primas (algodón, caucho, mineral de hierro, etc.), las máquinas (molino de viento, máquina de vapor, cadena de montaje, útiles de todas clases); examinadas de forma más detenida comprenden también los conocimientos científicos y técnicos (por ejemplo, los inventos de Lavoisier aplicados a la fabricación de la industria

química) y a los trabajadores (según su peso demográfico, su distribución en el espacio, su cualificación profesional). Las fuerzas productivas no son simplemente materiales; también son humanas. Además a Marx le importa menos su estado, su cantidad, que su nivel. El segundo concepto —las relaciones de producción— remite a las relaciones sociales que los hombres tejen entre sí con el objeto de producir y repartirse bienes y servicios. En las sociedades rurales del Occidente medieval se entiende por relaciones de producción: el marco del dominio señorial, con el reparto de las tierras entre la reserva y los feudos, el sistema de corveas, las detracciones de tasas y, también, las diversas categorías de los campesinos —siervos, manumisos, colonos, propietarios de alodios— y la organización de la comunidad campesina, con la rotación de cultivos, pastos comunales, landas y bosques comunales. En las sociedades industriales del Occidente contemporáneo son relaciones de producción: la propiedad del capital, que permite tomar decisiones, elegir las inversiones, repartir beneficios: el funcionamiento de las empresas, con el personal jerarquizado, la disciplina del taller, la fijación de normas y horarios; y la situación de los obreros, que varía según los salarios, el procedimiento de contratación y de despido y la importancia de los sindicatos. Las fuerzas productivas y las relaciones de producción constituyen la infraestructura económica de una sociedad.

«A partir de la base concreta (de la infraestructura económica) se constituye una superestrutura jurídica y política, a la que corresponden las formas de la conciencia social» (Prefacio I, 7-9). La noción de «superestructura jurídica y política» se comprende fácilmente: reviste las formas de las relaciones jurídicas, instituciones políticas y formas de estado. Veamos dos ejemplos. En la época de la República romana, desde el siglo IV al I a. J. C., las instituciones políticas preveían el reparto de los poderes entre los magistrados, el Senado y la Asamblea del pueblo; definían los derechos y deberes de la ciudadanía; organizaban las legiones en función de las clases, de la edad y de las categorías fiscales; reglamentaban la administración de los municipios, de las colonias y de las provincias. En la época de la Tercera República en Francia, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, las instituciones políticas tienen un ejecutivo débil —un presidente decorativo y unos gobiernos efímeros—, un legislativo fuerte —el Senado y, sobre todo, la Cámara de los diputados—, una administración centralizada que controla los departamentos, una vida democrática asegurada por elecciones regulares y leyes liberales de prensa, asociación y de enseñanza. La noción de «conciencia social» resulta más difícil de definir. Adopta diversas formas que van desde expresiones literarias y filosóficas hasta los ensayos de Kant, Voltaire o Rousseau pasando por los tratados de Platón, Aristóteles o Cicerón, incluyendo las novelas de Balzac, Stendhal o Flaubert. También es lícito incluir entre ellas las doctrinas religiosas, tanto los mitos concernientes a los dioses griegos, como el dogma de la Trinidad en la Iglesia católica o el sistema simbólico de la franc-masonería; y las creaciones artísticas, desde las pirámides de Gizeh y los templos de Karnak hasta los cuadros de Miguel Angel, Rafael o Tiziano, y las esculturas de Rodin o Zadkine. Todas estas manifestaciones de la conciencia social se califican como «formas ideológicas» (Prefacio I, 25-26).

El esquema marxista de la organización de las sociedades puede concebirse de dos maneras. Según una primera interpretación, como una especie

de bipolarización: de una parte, la infraestructura económica; de otra parte, la superestructura ideológica; entre ambos polos sus relaciones dibujan la arquitectura de la sociedad. Según un segundo esquema, podemos imaginar un escalonamiento de niveles: en la base se hallan las fuerzas productivas, sobre las que reposan las actividades económicas, las cuales sirven de base a las relaciones sociales y a las instituciones políticas y dan forma a los discursos ideológicos. En una construcción de esta guisa podemos distinguir niveles intermedios, aunque lo más importante, en la concepción marxista, es la relación entre los niveles, «la articulación entre las instancias del todo social», mientras que el pensamiento idealista se complace en hacer compartimentos estancos, en separar los niveles de la organización social. Así, la historia de la filosofía tradicional se presenta como un encadenamiento de ideas, que se originan las unas a las otras, desde Platón a Heidegger, careciendo de referencias a las sociedades en las que estas teorías han sido concebidas, expresadas y discutidas. Así, la historia positivista se permite aislar los acontecimientos políticos, desentendiéndose de las relaciones sociales y de las actividades económicas. El materialismo histórico plantea el grave problema del determinismo entre los niveles de la realidad social. Una tendencia antigua del marxismo, calificada como «economicista» —por ejemplo, la corriente dirigida por J. Guesde—, tiende a reducir directamente todos los fenómenos, situando en el nivel de la superestructura todos los mecanismos que dependen del nivel de la infraestructura. Una tendencia posterior del marxismo —especialmente el grupo constituido en torno de L. Althusser— propone una visión menos mecanicista, según la cual «cada uno de los niveles constituye por sí mismo una estructura relativamente autónoma», y «la relación entre la infraestructura y la superestructura tiene doble dirección, de una hacia otra y de otra hacia una», si bien, «en última instancia, la economía es determinante» (*Lire le capital*, t. II, p. 45 y p. 221).

«El modo de producción de la vida material condiciona en general el proceso de la vida social, política e intelectual»... (Prefacio I, 10-11). Según la opinión de P. Vilar, que en este aspecto coincide con Althusser: «El concepto central, el todo coherente, el objeto teórico de Marx, es el modo de producción, como estructura determinada y determinante» (*Faire de l'Histoire*, t. I, p. 179). Según E. Balibar, el modo de producción se presenta como «un sistema de formas»..., «una combinación, casi una combinatoria (...) en la que los elementos (siempre los mismos) son virtuales, al margen de su relación según un modo determinado (...). Estos elementos son: 1) el obrero que dispone de su fuerza de trabajo; 2) los medios de producción (...); 3) el no obrero que se apropia de la plusvalía (*Lire le capital*, t. II, p. 205). K. Marx precisa que el modo de producción capitalista sólo se da allí donde el detentador de los medios de producción y de subsistencia halla en el mercado al trabajador libre que viene a venderle su fuerza de trabajo; y esta única condición encierra todo un mundo nuevo. Lo que caracteriza a la época capitalista es, pues, el hecho de que la fuerza de su trabajo adquiere para el propio trabajador la forma de una mercancía que le pertenece; y su trabajo, consecuentemente, la forma de un trabajo asalariado» (*El capital*, libro I, p. 719). El historiador marxista P. Vilar subraya la originalidad del concepto de modo de producción: 1) es «el primer objeto teórico susceptible de expresar el todo social» (...); 2) es «estructu-

ra de funcionamiento y desarrollo» (...); 3) «al implicar el principio de contradicción, implica también la necesidad de su destrucción» (*Faire de l'Histoire*, t. I, p. 179). El historiador no marxista F. Braudel ve en la noción de modo de producción el equivalente de un modelo: «El genio de Marx, el secreto de su duradero poder, reside en que ha sido el primero en fabricar verdaderos modelos sociales, y a partir de períodos de larga duración» (*Escrits sur l'Histoire*, p. 80). Marx distingue una sucesión de modos de producción a través de la historia. «A grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser considerados como épocas progresistas» (Prefacio, I, 41-43). Esta periodización recuerda la clasificación establecida por Hegel, en sus *Lecciones de filosofía de la historia* (aparecido hacia 1838), en las que el espíritu humano pasa de Oriente a Grecia, a Roma y a la Europa cristiana; y recuerda aun más a la evolución trazada por A. Blanqui, en su *Histoire de l'économie politique* (1837), en la que la organización social pasa por tres grandes fases correspondientes a la Antigüedad, a la Edad Media y a los tiempos modernos. Indudablemente, K. Marx ha tomado de sus predecesores su perpectiva. La novedad reside en que define cada modo de producción por las relaciones de producción que le sirven de base, y los caracteriza de forma clara: 1) el modo de producción antiguo —cuya relación de producción es la esclavitud—, que coincide con el mundo helenístico y romano; 2) el modo de producción feudal —cuya relación de producción es la servidumbre— que hace referencia evidentemente al Occidente medieval (el término «señorial» sería más conveniente que el término «feudal», pero aquí se trata de un detalle historiográfico); 3) el modo de producción capitalista —cuya relación de producción es el asalariado—, que se introduce en Europa en la época de la revolución industrial, y que está extendido a todo el planeta en la época actual. En *La ideología alemana* (1846) y en el *Manifiesto* (1848) se indican sólo tres modos de producción: antigua, feudal y capitalista. En el prefacio a la *Crítica de la economía política* (1859) menciona el modo de producción asiático —cuya relación de producción está mediatizada por el Estado— que recuerda la organización del Egipto faraónico, de la China imperial o del Perú incaico.

La periodización de la historia propuesta por Marx no se presta a una lectura simplista. En primer lugar, no está fijado de manera precisa el número de modos de producción. En sus *Principios de una crítica de la economía política* (1858) —un manuscrito que ha permanecido mucho tiempo inédito—, Marx habla de «comunidad tribal», que tiene «la condición de la utilización común del suelo», y hace alusión a una «propiedad germánica» y a una «propiedad eslava», distintas de la «propiedad romana». ¿Cuántas formas de producción existen: tres, cinco, diez? Ciertamente Marx estaba dispuesto siempre a revisar sus modelos, a modificar los caracteres de los modos de producción, en función del progreso de los conocimientos de la historia, de la economía y de la etnología. Además, en opinión de Marx, la evolución de la humanidad no sigue un curso lineal, sino que procede por mutaciones de una estructura a otra. ¿Cómo se opera la transición? Los modos de producción pueden sucederse unos a otros por la vía revolucionaria, corta y brusca, y también mediante transformaciones más lentas a lo largo de muchos siglos; incluso pueden coexistir, predominando una y quedando relegada a un estadio secundario la otra. En el siglo XVIII

emerge, en la Europa occidental, «el trabajo asalariado», mientras que se implanta la servidumbre en la Europa oriental y en tanto que se extiende la esclavitud de los negros en América. Además no hay que confundir «modo de producción», que es un modelo de funcionamento, y «formación social, que corresponde a un sociedad concreta. Así, en el cuadro del modo de producción feudal, se hallan formaciones sociales tan diferentes como el Sacro Imperio Romano Germánico del siglo XI, la Francia de los Capetos del siglo XIII, o el Japón de los Tokugawa del siglo XVIII.

Marx hace suyo el método dialéctico de Hegel, pero revolucionándolo, poniéndolo «patas arriba». Para Hegel, el movimiento del pensamiento, que personifica en el término Idea, es el demiurgo de la realidad, la cual no es más que la forma fenomenológica de la Idea. «Para mí (Marx), por el contrario, el movimiento del pensamiento no es más que reflejo del movimiento real, trasladado al cerebro humano (...). El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista lo siente el burgués, de forma muy acusada, por las vicisitudes de la industria moderna a través de su ciclo periódico, cuyo punto culminante es la crisis (...). Marx recupera la noción de la contradicción, la sumerge en el seno de la realidad social y la convierte en "el motor de la historia". En un cierto momento de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción; entonces se inicia una época de revolución social. El cambio en la base económica subvierte, más o menos, toda la enorme superestructura.» Los diversos niveles de la realidad social dejan de coincidir los unos con los otros; la contradicción entre las instancias desemboca en la destrucción de una estructura y en la aparición de otra estructura. Esta reflexión teórica se puede ilustrar por medio de dos ejemplos históricos. El primer caso, el más célebre, concierne a la Revolución francesa. En el siglo XVIII, el desarrollo económico, unido al progreso de las ciencias y de las técnicas, a la renovación de los cultivos, al crecimiento de la población, choca con el orden antiguo, con la administración monárquica, con el marco señorial, con el sistema corporativo gremial. Sobreviene la tormenta de la Revolución y, después, la estabilización del Imperio entre los años 1789 y 1815. En el siglo XIX, se introduce la sociedad capitalista liberal, dirigida por una burguesía de empresarios que explota a la masa de los obreros asalariados. El segundo caso, menos conocido quizá, se refiere a los Estados Unidos de mediados del siglo XIX. La existencia de plantaciones esclavistas en el Sur entorpece el funcionamiento de la industria capitalista del Norte. El conflicto se resuelve mediante la guerra de Secesión, de 1861 a 1865. Vencedor, el grupo dirigente del Nordeste libera a los antiguos esclavos negros, atrae la inmigración europea, multiplica las empresas industriales, conquista nuevos espacios.

El materialismo histórico parece postular un determinismo social. «En la producción social de su existencia, los hombres entran en unas relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad.» Así pues, las relaciones sociales no son libres y no siempre son conscientes: «De la misma manera que no se puede juzgar a un individuo por la idea que éste tiene de sí mismo, tampoco se puede juzgar una época de subversión por la conciencia que ésta tiene de sí misma.» Desde el punto de vista marxista, es grande la tentación de creer que el curso de los acontecimientos se desarrolla al margen de las decisiones humanas. Sin embargo, Marx evita

caer en el determinismo, introduciendo el concepto de «praxis», de práctica social. Para el autor de *El Capital*, la acción y la conciencia están estrechamente unidas. Un grupo humano sólo puede comprender la evolución comprometiéndose en el proceso del cambio. En otros términos, los hombres, aunque estén insertos en las estructuras sociales, no son objetos pasivos, sino sujetos activos de su propia historia. Sin embargo, Marx no escapa completamente del evolucionismo del siglo XIX, que se halla presente en su propio ambiente intelectual. Al igual que Hegel y otros pensadores de menor envergadura, Marx mantiene la idea del sentido de la historia, de la finalidad de las acciones humanas: «Las relaciones de producción burguesas son la última forma contradictoria del proceso de producción social (...). Con esta formación social se acaba por tanto con la prehistoria de la sociedad humana.» Si se le comprende bien, todo el proceso de la historia (calificado como prehistoria) se nos presenta como el período de la procreación del comunismo. Al final de una larga evolución marcada por dolorosas contradicciones —crisis, epidemias, migraciones, guerras, etc.—, la historia alumbra la sociedad comunista de la paz y de la abundancia. El porvenir radiante de los marxistas posee alguna semejanza con el paraíso de los cristianos.

2. La sociología de las clases

Karl Marx esboza una sociología de las clases a través de lo que generalmente se llaman sus «obras históricas»: publicaciones de pequeña dimensión (un centenar de páginas por cada opúsculo), escritas sobre la marcha, desde la perspectiva del combate. En noviembre de 1847, K. Marx y F. Engels son los encargados de redactar el programa de la Liga de los comunistas —una red de comités obreros ingleses, franceses y, sobre todo, alemanes—; cumplen su tarea escribiendo una síntesis de la historia de la humanidad qe concluye con un llamamiento a la «subversión violenta del orden establecido»; y lanzan el *Manifiesto comunista* en la primavera de 1848, cuando la revolución agita a Francia, Alemania, Italia y Austria. Siempre comprometido en la actividad de la Liga comunista, consciente del reflujo de la marea revolucionaria, K. Marx contempla atentamente la situación francesa: estudia en *La lucha de clases en Francia* (1850), los acontecimientos que condujeron desde el estallido de febrero de 1848 hasta el repliegue de 1849, y en *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852), los conflictos sociales y políticos ocurridos desde la represión de la insurrección obrera, en junio de 1848, hasta el golpe de estado que acabó con el régimen parlamentario en diciembre de 1851. Más tarde, como miembro del consejo general de la AIT, K. Marx relata, desde el otoño de 1870 a la primavera de 1871, la génesis de la Comuna de París, el intento de establecer una nueva forma de estado y su aplastamiento por el ejército de Versalles, en *La guerra civil en Francia* (1871). Cuando escribe estas obras, K. Marx se comporta, a la vez como un periodista que describe la actualidad, la «historia inmediata»; como un dirigente político que se dirige a las organizaciones obreras —la Liga comunista y la Asociación Internacional de los Trabajadores; y como un científico que se esfuerza por comprender el funcionamiento de la sociedad. Este método conduce, a veces, a la «cima de la

reflexión marxista» (según P. Villar), pero acusa frecuentemente limitaciones —falta de perspectiva, información insuficiente, mezcla de géneros—.

En la segunda mital del siglo XVIII, los filósofos de la Enciclopedia —Diderot, D'Alembert, etc.—, y los fundadores de la economía política —A. Smith y sus discípulos— emplean los términos «estados» u «órdenes» para designar los grupos sociales fudamentales. El término de «clase» aparece, por vez primera, en plena Revolución: en 1794, Babeuf exige «que no haya más divisiones de los ciudadanos en muchas clases». Hacia 1820, Saint-Simon estima que la clase industrial «debe ocupar la primera fila (...), debiendo trabajar las otras clases para ella». En los años 1830 y 1840, los socialistas franceses —Fourier, Proudhon, Pecqueur, Luis Blanc, Cabet, etc.—, que denuncian los males del capitalismo liberal, no cesan de hablar de «clases propietarias», «clases medias» y «clases trabajadoras». Por tanto, K. Marx no inventa el concepto de clases, sino que extrae este concepto del acervo del socialismo francés; pero lo utiliza de forma personal, situándolo en el centro neurálgico de su sistema de pensamiento. El *Manifiesto* se inicia con la siguiente afirmación perentoria: «La historia de la humanidad, hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, amos y siervos, maestros y oficiales; en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre; mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó, unas veces, con la transformación revolucionaria de toda la sociedad; otras, con el hundimiento de las clases en lucha.» Desde la perspectiva del materialismo histórico, cada modo de producción exige una clase dominante, poseedora de los instrumentos de producción, que se apropia una fracción del trabajo de los otros y una clase dominada, que no posee más que la fuerza de su trabajo y que no dispone más que de una parte del valor por ella producido. La extorsión de la plusvalía toma diversas formas: trabajo forzoso del esclavo en el modo de producción antiguo; prestación de servicios del siervo en el modo de producción feudal; plusvalía arrebatada al asalariado en el modo de producción capitalista. Debido a ello, cada modo de producción porta en sí mismo una contradicción de intereses y provoca un antagonismo de clases.

El *Manifiesto* afirma la existencia de las clases en las sociedades precapitalistas: «La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases.» Más tarde, cuando tiene lugar la reedición, F. Engels añade una nota: «La historia de la humanidad (...) más exactamente escrita.» Entre la edición de 1848 y la de 1888, F. Engels conoce los trabajos del etnólogo L. Morgan sobre la «comunidad primitiva», sociedad que desconoce la escritura, fundada sobre la familia en el sentido amplio del término, y que garantiza la propiedad colectiva. En 1858, estudiando «las formas precapitalistas de la producción», K. Marx sólo tiene en cuenta las comunidades tribales entre «los celtas, los germanos, los eslavos, los indios salvajes de América» y los pueblos pastores de Oriente, pero no distingue todavía las clases en las sociedades despóticas de México, Perú o Persia: «No hay nada contradictorio, al igual que en la mayor parte de las formas asiáticas, en las que la unidad centralizadora, que se erige por encima de las pequeñas comunidades, desempeña la figura del propietario supremo y único.» Así pues, las clases sociales no aparecerán hasta «después del comunismo primitivo, hasta después del modo de producción asiático», con los modos de

producción «antiguo» y «feudal». El *Manifiesto* precisa: «En las épocas históricas antiguas encontramos casi por todas partes una organización completa de la sociedad en clases distintas, una jerarquía variada de posiciones sociales. En la Roma antigua tenemos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores, vasallos, maestros, compañeros, siervos; y, casi en cada clase, nuevas divisiones jerárquicas.» En nuestra opinión, si los autores del *Manifiesto* hubieran dispuesto de informaciones históricas más completas y serias, habrían disociado «estados», «órdenes», «castas» y otros grupos de «clases sociales» propiamente dichas en las sociedades precapitalistas de la Antigüedad y de la Edad Media.

La estratificación de las clases parece responder adecuadamente a las sociedades capitalistas. Pero aún así se presentan los problemas cuando se lee atentamente el *Manifiesto*. En una nota, F. Engels hace algunas definiciones: «Por burguesía entendemos la clase de los capitalistas modernos, propietarios de los medios de producción, que explotan el trabajo asalariado. Por proletariado, entendemos la clase de los trabajadores modernos, que, no poseyendo ningún medio de producción, se ven obligados a vender la fuerza de trabajo para vivir» (reedición de 1888). Así, el modo de producción capitalista enfrenta a dos clases: empresarios y asalariados. Pero el *Manifiesto* tiene en cuenta la existencia de otras clases: aristocracia terrateniente, campesinado, pequeña burguesía; y concreta la composición de la clase media, nombrando a los «pequeños industriales, pequeños comerciantes, artesanos, agricultores...». Al mismo tiempo, el *Manifiesto* considera que las clases medias están llamadas a desaparecer: «Nuestra época (...) se diferencia de las otras por un rasgo peculiar: ha simplificado los antagonismos de las clases. Cada vez más, la sociedad se divide en dos grandes campos enemigos, en dos clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.» En el *Manifiesto*, la obra menos elaborada y sin embargo más leída, K. Marx y F. Engels no separan nítidamente el análisis concreto de una formación social —por ejemplo, la sociedad inglesa victoriana, que comprende diversas capas sociales: aristócratas, industriales, comerciantes, rentistas, artesanos, obreros, campesinos, etc.— de la reflexión teórica sobre el modo de producción capitalista, que tiende a instaurar un sistema dicotómico, una relación coflictiva entre dos bloques, el uno constituido en torno de la burguesía industrial, y el otro, en torno del proletariado obrero.

K. Marx profundiza en su concepto de las clases sociales estudiando la sociedad francesa bajo la Segunda República, en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. La revolución de febrero de 1848 está descrita en los siguientes términos: «Todos los elementos que habían desencadenado o hecho la revolución, la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía republicana democrata, la clase obrera socialdemócrata, hallaron provisionalmente su lugar en el gobierno.» La insurrección obrera de junio de 1848 da lugar a este comentario: «La república burguesa se impuso: tenía a su favor a la aristocracia financiera, a la burguesía industrial, a las clases medias, a la pequeña burguesía, al ejército, al lumpen proletariado organizado en «ejército de reserva», a los intelectuales, a los clérigos y a toda la población rural; en cambio, a favor del proletariado no había nadie.» El golpe de estado de 2 de diciembre de 1851 es juzgado de la siguiente manera: «Bonaparte, en cuanto es un poder ejecutivo que se ha

hecho independiente de la sociedad, se siente llamado a asegurar el orden burgués. Pero la fuerza de este orden burgués descansa en la clase media. Por ello se erige en representante de esta clase (...). A la vez, Bonaparte se opone a la burguesía en cuanto que representa a los campesinos y al pueblo.» La lectura detenida de estos textos demuestra que la visión marxista de las clases es singularmente compleja, incluso, a veces, obscura. Por una parte, en la sociedad francesa de mediados del siglo XIX se nombran, al menos, media docena de clases: aristocracia, burguesía, pequeña burguesía, proletariado obrero, campesinado, subproletariado. Por otra parte, las clases se confunden con otros grupos, casi con instituciones: sacerdotes, intelectuales, militares, etc. Finalmente, las clases tienen caracteres imprecisos, unas veces económicos —la burguesía industrial—, otras políticos —la burguesía republicana.

En *El 18 brumario*, K. Marx sitúa las clases sociales en relación con el poder político. Primera constatación: las clases se expresan a través de los partidos: «Durante la Restauración, los grandes propietarios habían sido los amos y, consecuentemente, eran legitimistas. Durante la monarquía de julio, los amos habían sido la aristocracia financiera y los grandes industriales y, consecuentemente, eran orleanistas.» «En 1848, el partido proletario aparecía como un simple anexo del partido demócrata pequeño-burgués (...). El partido demócrata, a su vez, se apoya sobre los hombros del partido republicano burgués.» Segunda constatación: las clases anudan alianzas y se enfrentan en las luchas: «Durante las jornadas de junio de 1848, todas las clases y todos los partidos se habían unido en el "partido del orden", frente a la clase proletaria con los partidarios de "la anarquía", del socialismo, del comunismo (...). Los dirigentes del partido del orden habían recuperado las viejas palabras del orden —"propiedad, familia, religión"— y las habían lanzado a sus tropas, llamándolas a la cruzada contrarrevolucionaria.» Tercera constatación: las posiciones recíprocas de las clases determinan los regímenes políticos: «La República parlamentaria era algo más que el terreno neutro donde las dos fracciones de la burguesía francesa —la legitimista y la orleanista; la gran propiedad de la tierra y la industria— coexistían con iguales derechos. La República era la condición indispensable de su común dominación, la única forma de estado en la que podían quedar subordinadas las pretensiones de las diferentes fracciones, y las de todas las otras clases sociales, a su interés general de clase.» Última constatación: el aparato del estado puede estar al servicio de la clase dominante, pero puede conseguir también cierta autonomía: «Cuando la monarquía absoluta, cuando la primera Revolución y cuando Napoleón I, la burocracia fue tan sólo el medio de preparar la dominación de la burguesía. Durante la época de la Restauración, de Luis Felipe y de la República parlamentaria, fue el instrumento de la clase dominante (...). Fue con el segundo Bonaparte cuando devino completamente independiente.»

¿Existe una definición de clase marxista? En un fragmento del manuscrito redactado para el libro III de *El Capital*, Marx determina las clases en función de su posición en el modo de producción capitalistas: ¿Cómo llegan a constituir los trabajadores asalariados, los capitalistas y los terratenientes las tres grandes clases sociales? A primera vista, a causa de la identidad de sus recursos y de las fuentes de los mismos: he aquí tres grandes grupos sociales cuyos miembros individuales viven, respectivamente,

del salario, del beneficio y de la renta, es decir, del valor de su fuerza de trabajo, de su capital, de su tierra. Marx no va más allá en su reflexión; Engels no vuelve a ocuparse verdaderamente del problema; será Lenin quien, finalmente, dará una definición de las clases fundamentada en criterios económicos: «Se llaman clases a vastos grupos humanos que se distinguen por el lugar que ocupan en un sistema histórico definido de la producción social, por su relación con los medios de producción, por su papel social en la organización social del trabajo y, en consecuencia, por los medios de obtener las riquezas sociales y la cantidad de éstas de que disponen.» En principio, la clase social se caracteriza por la posesión o no posesión de los instrumentos de producción, por el origen y el nivel de sus ingresos, por la comunidad de intereses económicos.

Sin embargo, según Marx, un grupo humano exclusivamente determinado por su estatuto económico es tan sólo un estrato social, o «una clase en sí». Para llegar a ser completamente una clase social, o dicho de otra manera, «una clase para sí», el grupo debe manifestar la solidaridad entre sus miembros, tomar conciencia de sus intereses colectivos. Marx lo demuestra al describir al campesinado francés en *El 18 brumario*: «En la medida en que millones de familias campesinas viven en condiciones que les separan de otras clases sociales y se enfrentan a ellas por su género de vida, intereses y cultura, constituyen una clase. Pero no la constituyen en la medida en que la similitud de sus intereses no crea entre ellos ninguna solidaridad, ninguna vinculación nacional, ninguna organización política. Por ello los campesinos son incapaces de defender, por sí mismos, sus intereses de clase.» Marx lo precisa igualmente en *La ideología alemana*: «Los individuos aislados no forman una clase en tanto que no necesitan luchar conjuntamente contra otra clase.» Así pues, un grupo económico se transforma en clase social a través de la toma de conciencia, la cual se manifiesta en los actos: lucha en forma de huelgas, manifestaciones, alborotos; el voto en las elecciones; la organización de partidos, asociaciones y sindicatos; la expresión de una ideología —liberalismo, radicalismo, socialismo, etc.—. En definitiva, mientras que el concepto de clase desempeña un papel considerable en la doctrina marxista, en cambio no se halla una teoría elaborada de las clases sociales en ninguno de los escritos de Marx y Engels. Pierre Vilar observa, respecto a las «obras históricas lo siguiente: Marx habla de historia como habla de política, con la única intención de establecer haces de probabiliddes, pero no certidumbres (...); con la esperanza de reducir el campo de lo incierto. Todavía no es una ciencia. Y Marx no se hace ninguna ilusión al respecto (...). Se trata tan sólo de un ejercicio empírico que va sin cesar del ejemplo al razonamiento y del razonamiento al ejemplo, y que han practicado (casi siempre mal) los políticos y los historiadores.» A propósito de la sociología de las clases, apenas esbozada en las obras de Marx, se pueden retener algunas ideas fundamentales. Primero: la definición de clase supone una doble referencia: a) a un criterio económico: la posición en el modo de producción; b) a un criterio psicológico y político: la toma de conciencia. Segundo: es menos pertinente considerar una clase en sí misma, aisladamente, que la estructura de clases sociales, en la medida en que las clases existen sobre todo por sus relaciones recíprocas. Tercero: la lucha de clases «determina», en gran parte, los conflictos políticos, pero no se debe reducir, de manera simplista, el nivel político

al nivel social, porque cada instancia tiene cierta autonomía en su funcionamiento. Cuarto: los grupos sociales se parecen a las clases —y pueden llamarse así, a falta de mayor precisión— en las sociedades precapitalistas, pero no tienen los mismos caracteres, ni las mismas funciones, ni los mismos comportamientos que tienen las clases en las sociedades capitalistas.

3. El concepto de ideología

Se conoce con el nombre de «ideólogos» a un grupo de científicos franceses que han desempeñado un papel intelectual y, frecuentemente, también político de primera categoría entre 1789 y 1830. Se trata de profesionales y especialistas, como el médico Cabanis, el geógrafo Volney, el escritor B. Constant, el archivero Daunou, el filósofo Destutt de Tracy. Este último inventó, en una memoria presentada en el Instituto en 1796, el término «ideología» para reemplazar las nociones de metafísica y de psicología. La ideología pretende ser una «ciencia de ciencias», centrada en el estudio del hombre, pero extendiéndose a las ciencias naturales, biológicas, morales y políticas. Enuncia algunas ideas nuevas: la voluntad de renunciar a todo tipo de explicación trascendental para explicar el conocimiento; la voluntad de constituir un sistema metodológico tal que puedan encontrar en él su lugar las diversas disciplinas y deducirse las unas de las otras; la intención de concretar este proyecto científico por medio de las instituciones de enseñanza e investigación. Un ejemplo: según Destutt de Tracy, la ciencia, la economía y la política tienen estrechas relaciones y doble sentido. En consecuencia, es posible edificar una ciencia de la economía que será la de la justa necesidad y la justa propiedad, y una ciencia de la política que será la de la verdadera libertad. Inversamente, si se la dota de buenas instituciones, se puede esperar de ella el progreso de las opiniones y de las conciencias, a través de las realizaciones científicas y educativas. Durante la Convención, el Directorio, el Consulado y el Imperio, los ideólogos contribuyeron a edificar las instituciones culturales, proponiendo la reorganización del Instituto, la fundación de la Escuela Normal, la realización de las escuelas centrales (los futuros liceos); e intervinieron en las instituciones políticas, participando en las asambleas, proponiendo leyes, aprobando o criticando los gobiernos. A través de los diferentes regímenes, los «ideólogos» siguieron siendo liberales moderados. Por lo que se explica que denunciaran el despotismo imperial y que, en revancha, Napoleón los calificara de doctrinarios abstractos.

El pensamiento de los «ideólogos» —que es una prolongación de la filosofía de las Luces— pasó de Francia a Alemania en el momento de las conquistas militares y de las anexiones de estados durante la Revolución y el Imperio. Pero, en el último tercio del siglo XIX, a pesar del entusiasmo despertado por las ideas francesas más allá del Rhin, las *élites* alemanas estaban sobre todo pendientes de su propios filósofos: Kant, Fichte, Hegel. Este último dio forma a un sistema por completo idealista en *La fenomenología del espíritu, La filosofía del derecho, Las lecciones sobre la filosofía de la historia,* etc. Según Hegel, la historia universal se corresponde con la marcha dialéctica del espíritu hacia un objetivo final: la conciencia de sí mismo. Entre los años 1830 y 1840, muerto el «maestro» de Berlín, sus discí-

pulos —E. Gans, A. Ruge, B. Bauer, L. Feuerbach, etc.— completan sus manuscritos y los publican. K. Marx, que hacía entonces sus estudios universitarios, se sumerge en las obras de Hegel y se relaciona con los «jóvenes hegelianos». Sin embargo, hacia 1843-1844, después de conocer a F. Engels y de su colaboración en la *Rheinische Zeitung*, y después de haber leído a los historiadores fraceses y a los economistas ingleses, K. Marx se distancia de la filosofía de Hegel. En los años 1845-1846, K. Marx y F. Engels redactan los cuadernos de *La ideología alemana*, «a fin de arreglar cuentas con (su) conciencia filosófica de otro tiempo». Se lanzan a hacer una crítica violenta, no de los eventuales discípulos alemanes de los «ideólogos» franceses, sino de Hegel y de los jóvenes hegelianos. No encontrando editor para su voluminoso manuscrito, sus autores lo abandonan «a la crítica roedora de los ratones». El público no conocerá, pues, *La ideología alemana* hasta ser, por primera vez, publicada en 1933.

En las «Tesis sobre Feuerbach» —la primera parte de *La ideología alemana*—, Marx y Engels demuestran que el idealismo hegeliano toma por realidades objetivas sus construcciones imaginarias: «En la ideología, los hombres y sus relaciones aparecen con la cabeza en los pies, como en una cámara fotográfica». Y también: «Una vez reparadas las ideas dominantes de los individuos que dominan y de las relaciones de producción (...) entonces es muy fácil abstraer las diferentes ideas, la Idea, como elemento que domina la historia (...). El propio Hegel confiesa, al final de su *Filosofía de la historia*, que examina únicamente la progresión del concepto.» O bien: «En la imaginación de los jóvenes hegelianos, las relaciones humanas y todos los hechos y gestos de los hombres son producto de su conciencia.» Marx y Engels operan una inversión de los términos, haciendo depender la formación de las ideas de las condiciones de vida: «Frente a la filosofía especulativa que desciende del cielo a la tierra, es la tierra la que se alza hacia el cielo aquí» (...); «La producción de las ideas, de las representaciones y de la conciencia está, en primer lugar, directa e íntimamente unida a la actividad material de los hombres» (...); «No es la conciencia quien determina la vida, sino la vida quien determina la conciencia».

A partir de entonces, Marx y Engels integran su concepción de la ideología en el marco del materialismo histórico: «Son los hombres quienes son productores de sus representaciones y de sus ideas, pero hombres reales, actuantes, tales como realmente son, condicionados por un determinado desarrollo de su fuerza productiva y por las relaciones que corresponden a aquél»; «La nueva concepción de la historia se fundamenta en el desarrollo del proceso real de la producción (...); vincula el modo de producción a la forma de las relaciones humanas, es decir, a la sociedad civil (...) y explica, a partir de ésta, el conjunto de las producciones teóricas y de las formas de conciencia —religión, filosofía, moral, etc.—».

F. Engels ilustra la utilización marxista del concepto de ideología en un artículo dedicado a «La guerra de los campesinos» que tuvo lugar en Alemania a principios del siglo XVI (publicado en la *Nueva gaceta renana*, en 1850). Para comprender mejor el análisis de Engels, conviene recordar algunos acontecimientos históricos. En 1517, Lutero, al fijar sus «95 tesis» en Wittemberg, rompe con la doctrina oficial defendida por el papado en Roma. El reformador pone el acento sobre el pecado original, sobre la predestinación, sobre la salvación por la fe, despreciando las obras; recomien-

da la lectura, en exclusiva, de la Biblia; sugiere la simplificación de los sacramentos y defiende el matrimonio de los sacerdotes, al tiempo que cuestiona la jerarquía eclesiástica. El teólogo de Wittemberg logra escapar a la hoguera reservada a los herejes cuando consigue el apoyo de los príncipes alemanes —Alberto de Brandeburgo, Juan de Sajonia, Felipe de Hesse, etc.—. Éstos secularizan los bienes del clero en sus estados y dirigen la Liga de Smalkalda contra el emperador Carlos V. Sin embargo, la predicación de Lutero impulsa el viento de la insurrección en Alemania. En los años 1522-1523, la pequeña nobleza empobrecida, con Hutten y Sickingen a la cabeza, se agita y se organiza, hasta ser aplastada por las tropas del elector de Tréveris. Al mismo tiempo, Tomás Müntzer y el grupo de los «iluminados» de Zwickau pretenden ir más allá de las reformas de Lutero: insisten en la revolución interior del espíritu, demandan la supresión de los clérigos, predican el bautismo de los adultos y exigen la comunidad de bienes. Este programa, audaz tanto desde el punto de vista religioso como social, es bien acogido por las capas rurales más pobres. Los campesinos de la Alemania del Sur, en las regiones de Schaffhouse, Ulm, Bamberg, Friburgo, rehúsan los diezmos y las corveas, se apoderan de las tierras, atacan los castillos, entran en las ciudades. Entonces Lutero condena a Müntzer y a sus amigos y anima a los señores a reprimir la *Jacquerie* de los siervos. En 1525, son exterminadas las bandas de los campesinos insurrectos por los ejércitos de los príncipes de Turingia.

En su estudio, F. Engels adopta una concepción diametralmente contraria a la de los «ideólogos» alemanes, «que no ven en las luchas de la Edad Media más que violentas querellas teológicas»; «que son bastante crédulos como para aceptar, como si fuera dinero contante y sonante, las ilusiones que aquella época se hacía de sí misma». El amigo de K. Marx da su interpretación del cisma protestante: «En las llamadas guerras de religión del siglo XVI (en Alemania), lo verdaderamente importante eran los intereses materiales, los intereses de clase; aquellas guerras eran guerras de clases; de la misma manera que las colisiones de clases que se produjeron más tarde en Inglaterra y en Francia. Si las luchas de clases, en aquella época, adoptaban un carácter religioso, si los intereses, las necesidades, las reivindicaciones de las diferentes clases se disimulaban bajo la máscara de la religión, ello no cambia para nada el fondo de la cuestión.» Consecuentemente, según F. Engels, el movimiento de la Reforma, en la Europa occidental del siglo XVI, no debe ser entendido en función de sus discursos religiosos —sobre la salvación por la fe, la supremacía del Evangelio, la comunión bajo las dos especies, etc.—, sino por los conflictos sociales que estos discursos traducen indirectamente —la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio de los príncipes, la ascensión de los comerciantes enriquecidos en las ciudades, la decisión de los campesinos de liberarse de los derechos señoriales, etc.—. En el caso concreto de Alemania, entre los años 1517 y 1525, al principio, todas las clases sociales se habían unido y seguido a Lutero para desembarazarse de la tutela de Roma; a continuación, los intereses de los grupos se hicieron divergentes y las clases dominantes hicieron callar, mediante una represión sanguinaria, las reivindicaciones de las clases dominadas. Desde esta óptica, Lutero adopta la figura del «reformador burgués» y Müntzer la del «revolucionario plebeyo».

K. Marx y F. Engels, herederos del racionalismo de las Luces, son no

creyentes absolutos. El marxismo y el ateísmo son indisociables. Desde el punto de vista del materialismo histórico, la religión cristiana es una ideología que refleja, oculta o deforma la estructura de clases. En apoyo de esta afirmación teórica, se pueden citar casos concretos. El sistema de los tres órdenes —oradores, militares, trabajadores—, visión de la sociedad elaborada por la Iglesia del siglo XI, justifica, bajo el pretexto del intercambio de servicios mutuos, la explotación de la masa de los trabajadores —los campesinos— por los dos grupos de no trabajadores —clérigos y caballeros—. Las cruzadas, presentadas como la marcha purificadora del pueblo cristiano organizado para rescatar los Santos Lugares, favorecen la expansión de la nobleza militar de Occidente, ávida de hacerse con feudos en Oriente —en Grecia, en Chipre, en Palestina—, en los siglos XII y XIII. La sublevación de la Vendée, en nombre de Cristo-Rey, corresponde a la reacción de los nobles que arrastran a los campesinos fanáticos contra la República jacobina de los burgueses y de los *sans-culottes* en los años 1793-1794. Se podría continuar la serie de las interpretaciones que reducen las representaciones religiosas a reivindicaciones sociales. De hecho, en «La guerra de los campesinos», F. Engels no se limita a esta clase de demostración simplista; su reflexión va más lejos cuando explica que, en la Edad Media, los sacerdotes tuvieron el monopolio de la cultura intelectual y la propia cultura adoptó un carácter esencialmente teológico: «Los dogmas de la Iglesia eran igualmente axiomas políticos y los pasajes bíblicos tenían fuerza de ley ante los tribunales (...). Consecuentemente, todas las doctrinas revolucionarias, sociales y políticas debían ser, a la vez y principalmente, herejías teológicas.» Por tanto, la religión no es solamente el «opio del pueblo», un instrumento de dominación; se revela también como un lenguaje que expresa los intereses económicos, sociales y políticos. Y su institución, la Iglesia, desempeña el papel de «aparato ideológico del estado».

A fin de cuentas, ¿cómo se define la ideología en términos marxistas? A través de los diversos textos, se desprende un primer sentido del concepto: la ideología se confunde con una parte de la súper estructura o con el conjunto de la misma. En las «Tesis sobre Feuerbach» la ideología se identifica unas veces con carácter restringido, con un aspecto de la filosofía, en particular con el sistema de Hegel; otras veces, con carácter más amplio, con la producción de las ideas: «Las fantasmagorías en el cerebro humano son sublimaciones que resultan necesariamente de la vida material (...). Por este hecho, la moral, la religión, la metafísica y el resto de la ideología, así como las formas de la conciencia que le corresponden, pierden rápidamente cualquier apariencia de autonomía.» En el prefacio a la *Crítica de la economía política*, el terreno de la noción ideología se amplía todavía más: «Es necesario ditinguir siempre entre la alteración material de las condiciones económicas de producción y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en resumen, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres toman conciencia de este conflicto y lo llevan a cabo.» Para Marx, en término extremo, las «formas ideológicas» engloban todas las representaciones, discursos y teorías producidos por las instituciones políticas, jurídicas, religiosas y culturales. En este estado de cosas, el término ideología se vuelve demasiado vago como para ser operativo.

El concepto de ideología, a través de otros escritos marxistas, adopta otro sentido: el de la falsa conciencia. En «La guerra de los campesinos»,

F. Engels hace esta observación: «Los ideólogos no ven en la revolución de 1789 más que un debate algo violento acerca de las ventajas de la monarquía constitucional en relación con la monarquía absoluta (...); en la revolución de 1848 tan sólo una tentativa de resolver la cuestión: república o monarquía (...).» Aquí, la ideología se presenta como un conocimiento imperfecto: los ideólogos no perciben las luchas de clases que explican las revoluciones políticas, sencillamente porque son intelectuales ciegos. En la tantas veces citada obra «La guerra de los campesinos», Engels escribe a propósito del papel de la Iglesia en la Edad Media: «La soberanía de la teología en el terreno de la actividad intelectual era (...) la consecuencia necesaria de la situación de la Iglesia, la síntesis más general y la sanción de la dominación feudal.» Entonces, la ideología es descrita, a la vez, como una concepción global, una visión del mundo, y como un discurso mixtificador que tiende a justificar la explotación social. Por último, en las «Tesis sobre Feuerbach», Karl Marx concibe la ideología como el sistema de valores que un grupo dirigente impone a toda la sociedad: «El pensamiento de la clase dominante es también el pensamiento dominante de cada época (...). La clase que dispone de los medios de producción material detenta al mismo tiempo los medios de producción intelectual.» De un texto a otro, hay variaciones: el concepto de ideología, al igual que el concepto de clases, no ha sido objeto de una verdadera elaboración teórica.

4. La esclerosis dogmática

Los partidos socialistas, que se reúnen en la Segunda Internacional entre 1891 y 1914, adoptan en su mayoría el marxismo como doctrina oficial, como fundamento teórico de sus programas respectivos. Pero, después de la muerte de Engels en 1895, los dirigentes socialistas ya no pueden seguir a un «mentor» que les garantice la exacta interpretación de las obras de Marx; frecuentemente caracen de la cultura filosófica necesaria para asimilar el materialismo histórico, y se dejan influir por las ideologías del momento, particularmente por el positivismo y el darwinismo social. En tales condiciones, el marxismo se transforma en un sistema cerrado, empobrecido y anquilosado y es divulgado, de forma simplificada, no sólo en libros, sino en folletos, artículos, conferencias. A partir de entonces, el materialismo histórico sufre desviaciones; sobre todo el «cientifismo» y el «economicismo». La primera deformación —el «cientifismo»—, que se hallaba en germen en los trabajos de Engels, consiste en convertir la investigación de Marx en una «ciencia positiva» que descansa sobre un conjunto de conceptos definitivamente establecidos, lo cual dispensa de hacer nuevas reflexiones filosóficas y nuevas investigaciones sobre la sociedad. La segunda deformación —la economicista— consiste en afirmar, en cualquier circunstancia, la primacía de la economía; en reducir directamente los fenómenos de la superestructura a partir de la infraestructura, y en creer en la evolución ineluctable del capitalismo hacia el socialismo. En Alemania, estas posiciones fueron defendidas por el principal teórico de la socialdemocracia, K. Kaustsky, en obras tales como *La doctrina económica de Marx* (1887), *La revolución social* (1902), *El camino del poder* (1910). En Francia, las mismas orientaciones vuelven a encontrarse en los discursos y artículos de

J. Guesde, en el resumen de *El capital* de G. Deville, en los libros de P. Lafargue: *El materialismo económico* (1884), *La teoría de la plusvalía* (1985), etc. En el seno de la Segunda Internacional, existen diversas corrientes —los austromarxistas, los revisionistas, los izquierdistas— que rechazan las corrientes kautskystas y guesdistas. Sin embargo, son estas últimas las que prevalecen, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en la versión del marxismo destinado a las masas.

Lenin impugna por errónea la tendencia economicista, que generalmente va unida a la orientación reformista; de modo que reanuda directamente el camino de Marx en la medida en que utiliza el materialismo histórico como un método de investigación que le permita comprender las situaciones concretas. Esto es lo que lleva a cabo en *La evolución del capitalismo en Rusia* (1898) o en *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo* (1916). Lenin sitúa en el centro de su reflexión la noción de «praxis»; insiste en la unidad dialéctica entre al actividad teórica y la actividad práctica, entre el conocimiento de la realidad y la acción que pretende transformarla. Por ello perfila el modelo de un partido revolucionario capaz de luchar contra la autocracia zarista en *¿Qué hacer?* (1902); y define la estrategia de la toma del poder, que implica la dictadura del proletariado, en *El estado y la revolución* (1917). Pasando a los hechos, el partido bolchevique, dirigido por Lenin, consigue «liderar» el movimiento de masas y apoderarse del aparato del estado entre febrero y octubre de 1917; y consigue, mediante el control de la economía, la constitución de la policía política y la movilización del «ejército rojo», eliminar a los partidos rivales, vencer al ejército blanco y rechazar las agresiones exteriores, entre noviembre de 1917 y marzo de 1921. Durante el período de la Nueva Política Económica, de 1921 a 1928, se instauran las instituciones soviéticas y se reparan los estragos de la guerra civil. Pero, después de la desaparición de Lenin, se desencadenan las luchas de las facciones por apoderarse de la dirección del partido bolchevique. A partir de 1928, y hasta 1938, el grupo de Stalin, que se ha desembarazado primero de la «oposición de izquierdas» (Trotsky, Zinoviev, Kámenev) y después de la «oposición de derechas» (Bujarin, Rykov, Tomsky), acrecienta el terror policiaco, impone la colectivización agraria y construye la industria pesada a costa de inmensos sacrificios humanos.

Desde entonces, el «marxismo-leninismo» se convierte en un sistema ideológico cuya función es la de justificar la dictadura del partido-estado. Dado que él es la encarnación de la clase trabajadora, dado que ha hecho la revolución y dado que es el que determina el curso de la historia, el partido comunista no puede equivocarse. Su saber legitima su poder. La obra titulada *La historia del partido comunista* (bolchevique) *de la URSS*, redactada por una comisión —de la que formó parte Stalin— y aprobada por el comité central del PCUS en 1938, refleja perfectamente la regresión teórica de la era estalinista. En conjunto, el materialismo histórico fue elevado a la categoría de ciencia exacta, capaz de establecer las leyes que permitieran conocer el pasado y prever el futuro: «Marx y Engels han descubierto las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista y han demostrado científicamente que el desarrollo de la sociedad capitalista y la lucha de clases, en el seno de esta sociedad, entrañarán ineluctablemente la caída del capitalismo, la victoria del proletariado, la dictadura del proletariado.»

La ciencia histórica, si pretende ser una verdadera ciencia, no puede reducir la historia del desarrollo social a los hechos de los reyes y de los jefes de los ejércitos, a los hechos de los conquistadores y de los avasalladores en nombre del estado. La ciencia histórica debe ocuparse ante todo de los bienes materiales, de la historia de las masas trabajadoras, de la historia de los pueblos (...). El partido del proletariado, si pretende ser un auténtico partido, deber adquirir ante todo la ciencia de las leyes del desarrollo económico de la sociedad. El estalinismo acentúa la desviación «cientifista» del marxismo.

En la *Historia del partido comunista de la URSS* se perciben los enfrentamientos políticos como luchas de clases. Tal es la interpretación que se da a las agitaciones de 1905: «La revolución demuestra que la burguesía liberal buscaba la alianza, no con el pueblo, sino con el zar, que era una fuerza contrarrevolucionaria (...). La revolución demuestra que solamente la clase trabajadora puede dirigir la revolución democrática burguesa; que solamente ella es capaz de hacer recular a la burguesía cadete-liberal, de aniquilar a los latifundistas (...).» Así pues, la lucha de clases es el motor de la historia. Pero, en medio de estos conflictos, hay un actor colectivo protagonista: el partido comunista, como ocurre, por ejemplo, cuando los acontecimientos del año 1917: «En ocho meses, de febrero a octubre, el partido bolchevique realiza una de las tareas más difíciles: hace que millones de campesinos se sitúen al lado de la revolución socialista; sustrae a las masas a la influencia de los partidos pequeños-burgueses (socialrevolucionarios, mencheviques, anarquistas); despliega una intensa actividad política en el frente y en la retaguardia, preparando a las masas para la revolución de octubre.» La clase obrera cede el protagonismo a su «vanguardia», y, a su vez, el partido bolchevique tiende a diluirse detrás de la dirección del mismo. Por ejemplo, después del fracaso de las jornadas de julio de 1917: «Los bolcheviques se veían obligados a reunirse clandestinamente, y Lenin, jefe del partido proletario, se veía obligado a esconderse (...). No pudo asistir al congreso, pero lo dirigió, desde el lugar al que se había retirado, por medio de sus compañeros de Petrogrado: Stalin, Sverdlov, Molotov, Ordjonikdzé (...). Las posibilidades de desarrollo pacífico de la revolución desaparecieron. Sólo se podía hacer una cosa, dijo el camarada Stalin: tomar el poder por la fuerza, derribando el gobierno provisional.» Paradójicamente, el estalinismo se desvía (al insistir en las contradicciones sociales), de la concepción marxista de la historia, hacia una concepción más tradicional que concede mayor importancia a la intervención de un grupo de hombres —en esta ocasión, Lenin, Stalin y adláteres—.

La *Historia del partido comunista de la URSS* se escribió en la época en que Stalin instaura su poder absoluto y liquida a todos sus adversarios. Los acontecimientos históricos que van desde la creación del partido bolchevique en 1902-1903 a las grandes purgas de 1936-1938 son revisados, corregidos, ajustados en función de las necesidades políticas del momento. En el seno del partido comunista, los únicos que han tenido siempre razón y han realizado hechos positivos son, por una parte, Lenin y, por otra, Stalin y sus amigos. En cambio, siempre se equivocaron y sólo hicieron cosas negativas el resto de los dirigentes —Trotsky, Kámenev, Rykov, Bujarin, etc.—. Es desde esta óptica como se nos presentan las negociaciones de Brest-Litovsk: «El 10 de febrero de 1918 se interrumpieron las negociacio-

nes. Aunque Lenin y Stalin hubiesen insistido en nombre del comité central en que se firmase la paz, Trotsky, presidente de la delegación soviética, traicionó las órdenes expresas del partido bolchevique; declaró que la República de los soviets rehusaba firmar la paz en las condiciones propuestas por Alemania, y aseguró a los alemanes que la República de los soviets no haría la guerra, que proseguiría la desmovilización de las tropas.» La colectivización de las tierras se describe desde idéntico punto de vista: «En 1928, la agitación dirigida por el bloque trotskista-zinovievista contra la política del partido, contra la construcción del socialismo, contra la colectivización, e igualmente, la agitación de los partidarios de Bujarin, que decían que la empresa de los kolkhoses no triunfaría, que era necesario no tocar a los kulaks (...), que el enriquecimiento de la burguesía no constituía ninguna amenaza para el socialismo, toda esta agitación tuvo eco entre los elementos capitalistas del país.» La deformación de los hechos llega a límites extremos con la interpretación de los «procesos de Moscú»: «En 1937 y 1938, los procesos revelaron que los monstruos trotskistas y bujarinistas se habían propuesto, por orden de sus patronos de los servicios de espionaje burgueses, destruir el partido y el estado soviético (...), preparar la derrota del ejército rojo, desmembrar la URSS, entregar a los japoneses la provincia marítima de Extremo-Oriente; a Polonia, Bielorrusia; a Alemania, Ucrania.»

Permanentemente, el historiógrafo soviético construye el pasado en función del presente. Las sucesivas ediciones de la *Historia del partido comunista de la URSS* sufren retoques —se desfiguran los acontecimientos, se escamotean personajes—, a medida de las fluctuaciones de la línea política. En 1956, después del XX Congreso, Stalin, condenado por Khruschev, desaparece prácticamente de la historia, y sus víctimas con él; permanecen veladas las deportaciones masivas. Y se alude, para explicar la evolución de la URSS entre 1928 y 1953, a un partido comunista anónimo, omnisciente y omnipresente. Se añaden, a las revisiones políticas concernientes a la historia del PC y a la construcción del socialismo, las deformaciones nacionalistas que respectan a la historia de Rusia y, después, a la de la URSS. Desde 1934, las instrucciones oficiales precisan que «una correcta enseñanza de la historia debe convencer de que el pueblo soviético está a la cabeza de las naciones (...); debe insistir en las guerras para alimentar el patriotismo.» Ésta es la razón por la cual los manuales escolares no hablan del papel desempeñado por los varegos —invasores germánicos o escandinavos— en la fundación del estado ruso hacia el siglo IX, por la que olvidan la influencia de la conversión a la religión ortodoxa en la constitución de la identidad colectiva en los siglos X al XII; glorifican las luchas de liberación de los rusos contra los caballeros teutónicos y las «hordas tártaras» de los siglos XIII y XIV; descubren los méritos del «despotismo ilustrado» de Pedro el Grande y Catalina II en el siglo XVIII; presentan la conquista colonial del Asia central en el siglo XIX como una liberación del yugo feudal; y acrecientan la participación de la URSS y disminuyen la de Gran Bretaña y de los Estados Unidos en la victoria sobre la Alemania nazi, hacia mediados del siglo XX.

La visión de la historia concebida en la época de Stalin permanece casi intacta en la epoca de Khuschev y de Breznev. No hace tantos años, un equipo de historiadores soviéticos dio a la luz una *Historia de Francia*. El

primer volumen sobrevuela dieciocho siglos, desde la batalla de Alesia a la toma de la Bastilla. El relato es muy breve porque es muy difícil interpretar, de acuerdo con el principio de lucha de clases, la conquista de las Galias, las invasiones bárbaras, la guerra de los Cien Años o la construcción de Versalles. Respecto a la Edad Media, se minusvalora la función de la Iglesia: no se dice ni una palabra de las peregrinaciones; apenas se habla de las cruzadas; se menciona la construcción de las catedrales únicamente para destacar el progreso de la técnica. Respecto a los tiempos modernos, se expone favorablemente la empresa de la monarquía capeta que tiende a consolidar un estado nacional, pero se insiste machaconamente en las revueltas campesinas en Poitou, en Bretaña, en Languedoc y otras provincias. El segundo volumen está dedicado al siglo XIX, desde 1789 a 1918. Los historiadores soviéticos tratan esta época con mayor desenvoltura, no tienen más que inspirarse en los escritos de Marx, Engels y Lenin para poner en evidencia la decadencia de la aristocracia feudal, la ascensión de la burguesía capitalista, la formación del proletariado obrero, la importancia de las clases medias, y relatar las alianzas y enfrentamientos entre las clases, especialmente en 1789, en 1815, en 1830, en 1848, en 1871, en 1880, en 1914. El tercer volumen se limita al período que va de las elecciones de 1919 a las de 1978. Se trata, esencialmente, de una historia del partido comunista en su relación con la sociedad francesa. Se relatan, con todo lujo de detalles, las huelgas obreras, las escisiones y las reunificaciones de las organizaciones sindicales, los heroicos combates de la Resistencia. Pero se silencian los espisodios comprometedores: la presencia de Doriot en la dirección en la década de los años 1920 y comienzos de la década de 1930; el peso de Stalin en los cambios de línea en 1828, 1934, 1939 y 1947; los contactos entre algunos dirigentes comunistas y los nazis de la ocupación, durante el verano de 1940, y tantas otras cosas.

5. La renovación marxista

Antes de la Primera Guerra Mundial, en el marco de la Segunda Internacional, las escuelas filosóficas reaccionaron contra la orientación cientifista y economicista otorgada al materialismo histórico. En Austria, Max Adler pide que se tomen en cuenta, simultáneamente, los diversos factores que determinan la evolución histórica: no sólo el desarrollo de las fuerzas productivas, el progreso de las luchas de clases, sino también los juicios morales que se desprenden de las contradicciones sociales y que pesan en los enfrentamientos políticos. Otros representantes del «austro-marxismo» han tenido el mérito de esclarecer problemas delicados: Otto Bauer trata *La cuestión de las nacionalidades* (1907); Rudolf Hilferding examina *El capital financiero* (1910), etc. En Alemania, E. Bernstein hace una «revisión» completa del marxismo en su libro *Socialismo teórico y socialdemocracia* (1900): critica los análisis económicos de *El capital*, rechazando la teoría de la plusvalía e introduciendo la noción de utilidad marginal; se aparta de la dialéctica, dice no percibir el cambio a través del juego de las contradicciones, de las mutaciones brutales; por el contrario, ve más claros los progresos lentos y regulares; cree que la sociedad avanza hacia el socialismo no por efecto del determinismo económico, sino bajo el impulso de un ideal

de orden moral. En Francia, Jean Jaurès intenta hacer una síntesis entre la tradición democrática, heredada de la Revolución francesa, y el socialismo, de origen más reciente, de inspiración marxista.

En la introducción a su *Histoire socialiste* (1902), Jaurès pretende ser «materialista con Marx y místico con Michelet». Para el dirigente de la sección francesa de la Internacional Obrera (SFIO), el motor de la historia no está en la tensión de las relaciones de producción, sino en la contradicción entre las aspiraciones altruistas del hombre y su negación en la vida económica. Como hemos visto, la obra de Marx se presta a múltiples exégesis.

Después de la revolución de 1917, los bolcheviques adquieren inmenso prestigio y aparecen a los ojos de los militantes revolucionarios como «maestros del pensar». Durante cerca de cuarenta años, desde los años 20 a los años 60, el pensamiento marxista es exprimido en el molino estalinista. Sin embargo, Antonio Gramsci, el teórico de los consejos de fábrica en 1920, uno de los fundadores del PCI entre los años 1921 y 1926, víctima del fascismo, arrestado en 1927 y muerto en 1937, aporta una reflexión rica y original en sus artículos del periódico *Ordine nuovo* y en sus *Cartas desde la prisión*. A. Gramsci critica el determinismo económico expuesto en el manual de vulgarización soviética de N. Bujarin y E. Preobrajenski, titulado *El ABC del comunismo*: «La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de explicar toda fluctuación de la política y de la ideología como una expresión inmediata de la estructura económica debe ser combatida, teórica y prácticamente, como un infantilismo primitivo (...), con el propio testimonio de Marx, autor de escritos históricos y políticos.» En *El materialismo histórico*, A. Gramsci hace tres observaciones importantes: 1) las leyes económicas no funcionan como las leyes físicas —como máximo permiten evaluar las «tendencias», pero jamás las «constantes»—; 2) los mecanismos de la dialéctica no pueden ser simplificados, «divinizados», haciendo creer que actúan ineluctablemente; 3) los hechos políticos conservan cierta autonomía en relación con las luchas de clases y las estructuras económicas. En otros textos, A. Gramsci inventa nuevos conceptos, por ejemplo, la noción de «catarsis», equivalente a la toma de conciencia, para designar el paso de la economía a la política, de lo objetivo a lo subjetivo, de la necesidad a la libertad; o bien la idea de «bloque histórico», formado en una circunstancia precisa por la alianza de muchas clases o fracciones de clase. En términos generales, el pensamiento de Gramsci rechaza todo dogmatismo. Por ello, durante mucho tiempo el PCI, influido por el estalinismo, no difundió su obra en extractos cuidadosamente elegidos, y se abstuvo de hacer traducciones.

Hay que esperar al final de la década de 1950 y comienzos de la década de 1960 para que sean conocidas y discutidas en los círculos militantes las obras de A. Gramsci, O. Bauer, G. Lukàcs y otros autores, que han mantenido viva la reflexión marxista a pesar de la esclerosis estalinista. En Francia, en esta época, Louis Althusser forma un grupo de jóvenes intelectuales comunistas —E. Balibar, R. Establet, P. Macherey, J. Rancière, etc.—. Solo o con sus discípulos, publica sucesivamente *Pour Marx* (1965), *Lire le capital* (1966), *Lénine et la philosophie* (1969), *Réponse à J. Lewis* (1973). Evidentemente, L. Althusser permanece fiel al cientificismo. Distingue, en la obra de Marx, entre los escritos de juventud —por ejemplo, los *Manuscritos* de 1844—, que proceden del terreno de la ideología, y los escritos

de la madurez —por ejemplo, el libro I de *El capital,* de 1867—, que pertenecen ya al terreno de la ciencia; entre ambos se sitúa un momento decisivo: la «ruptura epistemológica». Además, L. Althusser pretende desenraizar el «humanismo» de que estaba impregnado el marxismo: «El hombre es un mito de la ideología burguesa», afirma. De donde se deduce su concepción de la historia, «que es un inmenso sistema natural-humano en movimiento cuyo motor es la lucha de clases. La historia es un proceso sin protagonista. Desaparece completamente la cuestión de saber cómo el hombre hace la historia» (*Réponse à J. Lewis*, p. 31). De hecho, L. Althusser se atiene a la estricta ortodoxia del marxismo-leninismo. Sin embargo, la filosofía comunista, al proceder a la relectura de la obra de Marx, a la luz del estructuralismo en boga, consigue afirmar muchos conceptos —modo de producción, fuerzas productivas, formación social, ideología, etc.— que devienen más claramente operativas para los historiadores, sociólogos o economistas que los utilizan.

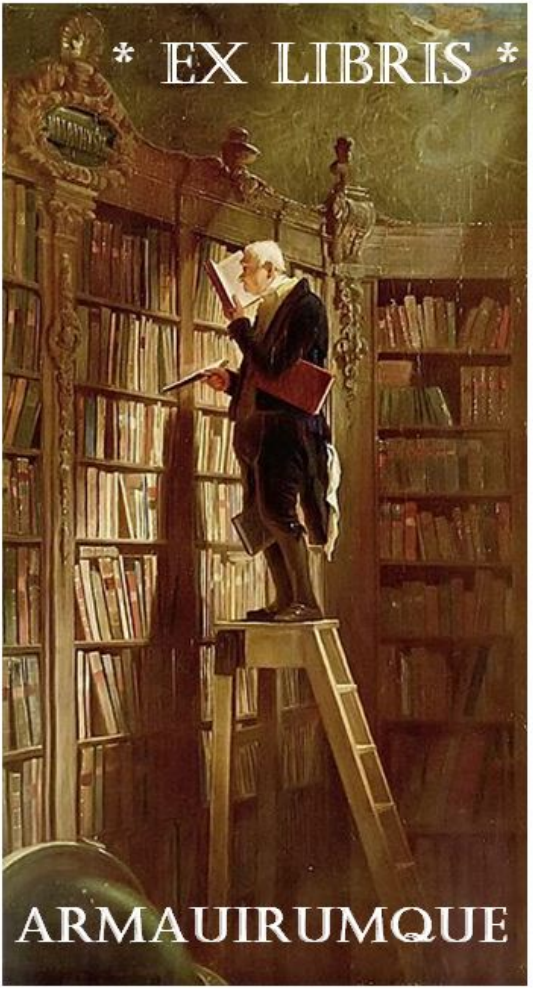
Mientras que los filósofos han contribuido, aunque tardíamente, a dar a conocer mejor el materialismo histórico y olvidar el catecismo estalinista, los historiadores han sabido, tempranamente, extraer de las obras de Marx los instrumentos de análisis al servicio de la historia económica y social. M. Bloch acusa la influencia implícita de K. Marx cuando redacta *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931) o *La Société féodale* (1936). Prueba de ello es su definición de la «clase señorial»: «Si el campo o, más excepcionalmente, la tienda o el taller avituallan al noble, siempre eran gracias al trabajo de los otros hombres.» C.-E. Labrousse se inspira, a la vez, en *El capital*, de K. Marx, y en los trabajos sobre el «salario» de F. Simiand para elaborar su *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle* (1933) y su *Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime* (1943). Nos proporciona una auténtica lección de historia marxista cuando demuestra la incidencia de las fluctuaciones de precios sobre los recursos de las diferentes capas sociales —terratenientes, pequeños propietarios campesinos, obreros agrícolas, artesanos urbanos, etc.—. Igualmente cuando construye el modelo de subproducción agrícola, oponiéndola al modelo de superproducción industrial. Concluye: «Las economías sufren las crisis de sus estructuras.» Toda la historia económica que se ha hecho en Francia, entre 1945 y 1965, está influida simultáneamente por el «espíritu de los *Annales*» y por un «marxismo difuso». Sirvan de prueba las tesis de J. Bouvier sobre «El nacimiento del Crédito Lyonais» (1961) y de P. Vilar sobre «Cataluña en la España moderna» (1962).

En los años 1960 y 1970, la huella del marxismo no queda limitada a la historia económica —al nivel de la «infraestructura»—. sino que se extiende a la historia de las mentalidades —al nivel de la «superestructura»—. Así el medievalista G. Duby comienza su carrera con una vasta síntesis sobre *L'Économie rurale et la Vie des campagnes dans l'Occident médiéval* (1962); después se interesa más y más por los comportamientos, las sensibilidades, las ideas, como lo demuestra su último estudio sobre el matrimonio: *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre* (1981). En un capítulo de *Faire de l'Histoire* (1974), G. Duby intenta definir el concepto de ideología: toma, sin dudarlo, una cita de L. Althusser que dice textualmente que la ideología es «un sistema (que posee su propia lógica) de representaciones (imágenes, mitos, ideas según los casos), dotado de una existencia y de un pa-

pel históricos en el seno de una sociedad dada». A continuación propone su particular interpretación, en la que las ideologías aparecen como «representaciones globalizantes, deformantes, concurrentes, estabilizantes (...) que inscriben, en la memoria de los tiempos pasados, objetiva y mítica, el proyecto del advenimiento de una sociedad más perfecta». G. Duby continúa el análisis iniciado por K. Marx y F. Engels en *La ideología alemana*, pero sin considerarse inserto en la corriente marxista. A la inversa, otros historiadores que proclaman su pertenencia al partido comunista se arriesgan a introducirse en los terrenos abiertos por los no marxistas, más o menos próximos a los *Annales*. M. Vovelle cree que la historia de las mentalidades no se opone a la historia social, sino que es «su remate y culminación»; lo demuestra dedicándose a investigaciones concretas a partir de largas series de testamentos, con el objetivo de discernir las actitudes de los hombres ante la muerte; y, concluida su encuesta, publica una obra ejemplar: *Pieté baroque et Déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle* (1973). La historiadora R. Robin procura convencer a los historiadores de «que el recurso del método lingüístico puede ser una magnífica ayuda»; pretende «llegar a una teoría del discurso, principalmente del discurso político»; por ello, la historiadora intenta aproximar dos disciplinas, hasta entonces muy alejadas, en su libro *Histoire et linguistique* (1973).

P. Vilar hace un balance de todo ello en su artículo «Historia marxista, historia en construcción», publicado en el colectivo *Faire de l'Histoire*. En primer lugar, P. Vilar recuerda que K. Marx jamás ha sido historiador en el sentido estricto del término. Lo cual no le ha impedido, para construir su obra maestra, *El capital*, obligarse a hacer largas lecturas históricas —acerca de la moneda, del comercio, la tecnología, la población, el colonialismo, etc.—. Sin embargo, en *El capital*, si bien el procedimiento de investigación es de carácter histórico, el procedimiento de exposición es el que corresponde a la teoría económica. No hay que buscar en los trabajos de Marx una ciencia de la historia, definitivamente hecha, cuyos principios bastaría aplicar para comprender el funcionamiento de las sociedades. Es mejor inspirarse en la práctica de Marx, por ejemplo en el procedimiento que utiliza para realizar los análisis del *18 brumario de Luis Bonaparte* u otros escritos «históricos». A continuación, P. Vilar señala las convergencias entre la historia de los *Annales* y la historia marxista. El materialismo no histórico puede integrar perfectamente los descubrimientos de los *Annales*, ya que tratan de la cuantificación de los datos, de la percepción de los hechos en el espacio, de la distinción de los tiempos sociales, o de la voluntad de conseguir la «historia total». A su vez, el grupo de los *Annales* no debe oponer ninguna objeción al proyecto, tomado de Marx, de fundar «una ciencia de la sociedad humana que sea a la vez: coherente, gracias a un esquema teórico sólido y común; total, o sea, capaz de no dejar fuera de su jurisdicción ningún campo de análisis útil; dinámica, porque, no pudiendo ser eterna ninguna estabilidad, nada es más útil que descubrir el principio de los cambios». En fin, P. Vilar cree que la tarea del historiador marxista se confunde con la de cualquier historiador, en la medida en que consiste en confrontar los conceptos elaborados teóricamente con las realidades concretas que aparecen en contacto con los documentos; en la medida en que implica un vaivén constante de la teoría a la práctica y de la práctica a la teoría, evitando el peligro del idealismo y del empirismo. En

opinión de P. Vilar, «hoy... la historia de los historiadores (si no colocamos entre ellos a Castelot) se parece más a la historia según Marx, o según Ibn Khaldun, que a la historia según Raymond Aron, que es de la época de Tucídides».



CAPÍTULO 12

EL ESTRUCTURALISMO Y LA HISTORIA

El estructuralismo, que ha ejercido auténtica fascinación sobre la casi totalidad de las ciencias humanas en la década de los años 60, ha influido tardíamente en la historia. Sin embargo, el historiador de la década de los años 80 ha terminado por seguir el camino iniciado por el filósofo Lévi-Strauss con un entusiasmo que Hélène Védrine describe, en términos humorísticos, así: «decepcionado de la razón (...), acomplejado por la ciencia (que apenas conoce), el filósofo se lanza al estructuralismo, persuadido de que así escapa de la ideología y se vuelve a hallar en el seguro terreno del saber, desembarazado por fin de los efluvios perniciosos del idealismo». De ahí la proliferación, en las revistas, de una «ciencia» que se propone desvelar «al profano la estructura de las tertulias de café, los modelos de la dominación feudal, la semiótica de *La pilosophie dans le boudoir,* el cierre del campo epistémico del comercio de gatos entre los Zigons de Tsoudon...». En historia, el estructuralismo nunca ha despertado una admiración total, sin reservas, siempre ha topado con la firme resistencia de los defensores de la libertad del sujeto y del carácter imprevisible de los acontecimientos. Fieles a la crítica documental clásica, partidarios de los hechos bien establecidos, han denunciado el carácter esquemático de los modelos elaborados para explicar el funcionamiento de la sociedad en la historia o para interpretar textos concretos. Cuando André Burguière escribió en 1971 —en el número especial de los *Annales ESC* dedicado a *Histoire et Structure*—: «Nunca habrá guerra entre la historia y el estructuralismo», manifestaba un optimismo exagerado, explicable indudablemente por la «coyuntura de apaciguamiento» a propósito de la cual estaba escribiendo. Porque conflicto lo hubo desde finales de los años 50, y no se trataba de una simple «querella retórica». Y conflictivas han sido algunas sonadas proclamaciones, como cuando Lévi-Strauss decía en *Race et histoire* (1952) que la historia «le horripilaba», porque otorga la primacía al acontecimiento y porque afirma el «progreso» ineluctable del pensamiento. Después limitaba el papel que le corresponde en el campo de las ciencias humanas, «que procede directamente de la contingencia irreductible» *(Du miel aux cendres,* 1966, p. 408). El enfrentamiento ha dado sin embargo paso a compromisos, no exentos de malentendidos. De esta forma se van definiendo

los procedimientos de una historia estructural, que ha sabido hacer suyos los adelantos de la etnología, de la lingüística y de la semiótica, con tal de lograr la inteligibilidad profunda de los hechos pasados, más allá de la espuma de los acontecimientos y del «pulular de los destinos individuales».

1. Estructuralismo e historia: debates y combates (de los años 50 a los 70)

Nos limitaremos aquí a las principales etapas del debate entre la historia y la etonología, ya que nos parece el más rico en enseñanzas, pero las dificultades entre la historia y la lingüística no han sido menores a propósito de la diacronía y la sincronía. Fijémonos, en primer lugar, en *Race et histoire*, redactado por Lévi-Strauss en 1952, poco después de su tesis sobre *Les structures élémentaires de la parenté*, para formar parte de una serie de publicaciones patrocinadas por la UNESCO sobre el problema del racismo. Este escrito nos permite hacernos una idea del antagonismo existente, en aquellas fechas, entre las concepciones del padre del estructuralismo y el historicismo remante en el mundo occidental. En principio toma el etnocentrismo y el evolucionismo implícitos en los europeos, que les hacen considerar los diferentes estados de las sociedades humanas como estadios o etapas de un desarrollo único de la humanidad. Nos dice que el progreso no es ni necesario ni continuo; procede mediante saltos, brincos, mutaciones, cambiando —por necesidad— de dirección. Hay unos períodos y unas sociedades más *acumulativos* que otros en cuanto a adquisiciones de todas clases, técnicas o intelectuales. Lejos de oponer, de forma rígida, a una *historia estacionaria* —la de las *sociedades frías*— una *historia acumulativa* —la de las *sociedades calientes*—, Lévi-Strauss destaca el carácter acumulativo de las culturas, sin que ninguna de ellas permanezca completamente inmóvil. ¿Acaso no depende todo del criterio que se utilice? Si el mundo occidental ha acumulado triunfos en el aspecto mecánico, por ejemplo, ¿no ha quedado atrasado, respecto a Oriente, en lo referente al conocimiento del cuerpo? La aparición de una cultura más acumulativa sería, de hecho, análoga a la que «sale», como resultado de una combinación compleja, en un juego de azar. Para teorizar sobre el gran juego de la civilización, el autor busca un modelo interpretativo por el lado de la ruleta, aun reconociendo su carácter aproximativo. De la misma manera que el cálculo de probabilidades nos enseña que una coalición de envidadores tiene más posibilidades de ganar que un jugador en solitario, así muchas culturas que tengan relación mutua serán más creadoras que una sola. De ahí el absurdo que supone «declarar que una cultura es superior a otra», ya que el progreso es el resultado de las interacciones entre diferentes talantes culturales. A veces hay que esperar a que «salga» la combinación buena: ver el contraste existente entre una prehistoria estacionaria y una prehistoria acumulativa. El progreso de la humanidad no tiene nada de ineluctable, puesto que, en cada momento, hay pluralidad de posibilidades, limitándose la historia a actualizar una entre todas ellas. La aventura humana no tiene nada que ver con una progresión triunfal hacia el punto omega, por el contrario es más bien un «camino incierto con múltiples desviaciones, lleno de fracasos y arrepentimientos, sin que jamás la humanidad

deje de especular (referencia a la tesis avanzada en *La pensée sauvage* según la cual los hombres siempre han pensado por demás. Las sociedades solitarias son las más inmovilistas mientras que las agrupaciones de sociedades parecen más innovadoras. La contribución de una cultura a la «puesta» en común no reside precisamente en las invenciones que es capaz de forjar, sino, principalmente, en las variaciones que presenta en relación a las otras culturas. Estas variantes diferenciales son también indispensables en su propio seno, si es que se trata de que inciten a inventar. La relación, en sentido doble, entre adquisiciones técnicas y desigualdades sociales puede constatarse tanto en la revolución neolítica como en la revolución industrial. A propósito de estas afirmaciones, Maxime Rodinson decía: «Hay motivo para desanimar a Billancourt», expresando así, con humor, la radical oposición entre la visión dialéctica de la historia y la concepción estructuralista, que da mayor importancia a la correlación funcional en la sicronía.

Con la *Anthropologie structurale* (1958), se inicia una cierta aproximación entre la historia y la etnología, sin que esta última renuncie por completo a un cierto imperialismo. Desde sus primeras páginas, Lévi-Strauss se desmarca de los etnólogos funcionalistas que pretenden, como Malinowski, hacer la historia de un presente sin pasado y un análisis sincrónico de los sistemas culturales sin más. Lévi-Strauss considera indispensable conocer el desarrollo histórico que ha desembocado en las actuales formas de la vida social: sólo este conocimiento nos permite «sopesar y evaluar, en sus relaciones respectivas, los elementos del presente». Muchos elementos aproximan a la historia y a la etnología: una y otra tienen por objeto estudiar la vida social para llegar a «un mejor conocimiento del hombre». Pero, en cuanto a sus métodos, «varían solamente en la dosificación de los procedimientos de investigación». Sigue habiendo, sin embargo, una clara diferencia de perspectiva, ya que la «historia organiza sus datos en relación con las expresiones conscientes de la vida social, y la etnología con las condiciones inconscientes de la misma». Entendemos que la historia se sitúa en el plano de lo dicho, de lo manifestado, a partir de testimonios, mientras que la etnología investiga en un terreno que está más allá de lo dicho y de lo manifestado, inspirándose en el método lingüístico. Una cultura, en efecto organiza, silenciosamente, los comportamientos cotidianos, de la misma manera que el sistema lingüístico organiza el discurso al margen de la consciencia del sujeto que habla. Armado con el instrumento lingüístico, puede lanzarse a investigar «la estructura inconsciente, subyacente en cada institución o en cada costumbre, a fin de obtener un principio de interpretación válido para otras instituciones y otras costumbres». Lévi-Strauss cita, a título de ejemplo de estructura inconsciente, que perdura a través de los accidentes históricos, la organización dualista de las sociedades guineanas, que se ha mantenido a pesar de las múltiples divisiones de los clanes y de los pueblos. La etnología no puede descuidar las vicisitudes históricas, pero sólo las utiliza para proceder, a través de ellas, a la filtración de los datos estructurales. De la misma manera toma en cuenta las expresiones conscientes de los fenómenos sociales (lo que los historiadores denominan testimonios), pero para buscar, a través de ellos, la estructura oculta: «Su fin es alcanzar, más allá de la imagen consciente y siempre diferente que los hombres se hacen de su devenir, el inventario de las posi-

bilidades inconscientes, que no son ilimitadas, y cuyo repertorio y relaciones de compatibilidad o incompatibilidad, que cada una teje con todas las demás, suministran la arquitectura lógica de los desarrollos históricos, que pueden ser imprevisibles, pero jamás arbitrarios.» Si traducimos este razonamiento en términos lingüísticos, podríamos decir que se trata de renunciar al «contenido lexicográfico» para aprehender la sintaxis. Los historiadores están bastante poco familiarizados con esta práctica, aunque no ignoren totalmente los «elementos inconscientes de la vida social», especialmente en sus investigaciones sobre la historia económica y sobre la historia de las mentalidades. Indudablemente, sería mejor decir que estos trabajos esclarecen ciertas determinaciones profundas, pero no propiamente inconscientes, de los comportamientos humanos. Lévi-Strauss se las anexiona abusivamente cuando proclama: «Todo buen libro de historia (...) está impregnado de etnología.»

Por muchas razones, el célebre artículo de Fernand Braudel titulado «Histoire et sciences sociales. La longue durée» (*Annales ESC*, núm. 4, 1958, pp. 725-753, recogido en *Écrits sur l'Histoire*) puede parecer una respuesta sin concesiones a Lévi-Strauss, a cuyo deseo de aproximarse a la historia alude de paso. Sólo nos referiremos a dos tomas de posición importantes: a) el estudio de las estructuras constituirá en el futuro la misión principal de la historia; b) no es cuestión de establecer una distinción demasiado neta entre el análisis de los procesos conscientes y el de las formas inconscientes de la vida social, pero es necesario, por el contrario, organizar una prospección social en profundidad recurriendo a los instrumentos del conocimiento que son modelos abstractos. La vocación del historiador de estudiar las estructuras está íntimamente ligada a la primacía que concede Braudel a los análisis de períodos de larga duración sobre los de duración corta o media. Así pues, da más importancia, sin discusión, a la historia «de amplitud secular». A este nivel aprehende la estructura, de la que Braudel da una definición memorable: «Por estructura, los observadores de lo social entienden una organización, una coherencia, relaciones bastante establecidas entre realidad y masa social. Para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un conjunto, una arquitectura; o mejor aún, una realidad que el tiempo utiliza mal y vehicula durante demasiado tiempo. Determinadas estructuras, al durar mucho tiempo, devienen elementos estables para infinidad de generaciones; obstruyen la historia, impidiendo su movimiento, o sea, conformándola. Otros se desmoronan más rápidamente. Pero todos sirven, a la vez, como apoyos y obstáculos. Obstáculos porque son como límites (curva envolvente, en sentido matemático) que el hombre y sus experiencias no pueden franquear. Pensad en la dificultad que entraña romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, incluso determinadas coacciones espirituales: los marcos mentales son prisiones de larga duración.» Es evidente que Braudel tiene de la estructura una concepción que sigue siendo descriptiva (*una organización, una coherencia*) próxima a la de los arquitectos, sociólogos y especialistas de la geografía humana. Sin embargo, la estructura no es inerte; en parte es el resultado de procesos dialécticos, de interacciones entre las diversas instancias de lo real (*relaciones bastante establecidas entre realidades y masas sociales*). La aportación principal de Braudel consiste en conferir a la estructura una dimensión tem-

poral, en someterla a la imperiosa ley del *panta rei*. Esta *realidad, que el tiempo utiliza mal y vehicula demasiado tiempo,* constituye un zócalo resistente, pero en absoluto inmutable, del devenir histórico; un marco perenne, pero no eterno, que conforma los comportamientos humanos. Cualquier formación social engloba muchas estructuras de duración variable (viene a la memoria la fórmula de Ernest Labrousse: «Lo social siempre marcha con retraso respecto a lo económico, y lo mental respecto a lo social»), cada una de las cuales desempeña una función bivalente: son *apoyos* en la medida en que facilitan la reproducción social, y son también *obstáculos* porque frenan la innovación. En suma, la estructura de Braudel es viva, incluso cuando actúe despacio: tiene una esperanza de vida variable, es plural, abarca todas las instancias de lo social, sin someterse a la sacrosanta infraestructura material de los marxistas; carece de existencia más allá de lo real, como en Lévi-Strauss, pero expresa nítidamente las líneas directrices y las regularidades de lo vivido-percibido. Este enraizamiento en lo concreto se manifiesta claramente cuando Braudel evoca, a grandes rasgos, el ecosistema mediterráneo: «Mirad el papel de la trashumancia en la vida montañesa (...) mirad la duradera implantación de las ciudades, etc.» Nos parece que, en este caso, se trata de un pensamiento concreto, y no de una arquitectura lógica «inmanente a lo real», susceptible de acoger los más variados contenidos históricos.

Tomemos la segunda afirmación fudamental de Braudel, que consiste en rechazar una división demasiado tajante entre la historia de las formas conscientes y la de las formas insconscientes de la vida social: en primer lugar, porque «la separación entre superficie clara y profundidades obscuras —entre ruido y silencio— es difícil, aleatoria»; en segundo lugar, porque la historia llamada inconsciente «es frecuentemente mejor percibida cuando no se pretende explicarla mucho». De ahí que la tarea asignada a las ciencias sociales, y especialmente a la historia, consista «en abordar de frente la semiobscuridad», para esclarecer las «regularidades» de la vida social sobre las cuales los contemporáneos no tenían conciencia clara. Para conseguirlo, es necesario forjar modelos interpretativos, definidos como «hipótesis, sistemas de explicaciones sólidamente vinculados por sus formas de ecuación o sus funciones: esto igual a aquello, o esto determina a aquello. Una determinada realidad no parece si tal otra no la acompaña, y se revelan relaciones estrechas y constantes entre ésta y aquélla. Estos modelos, que son los instrumentos idóneos para redescribir lo real extraído de sus profundas coherencias, pueden ser estáticos o dinámicos (cuando se trata de pequeños grupos humanos) o estadísticos (para conjuntos más amplios). Son aplicables «a otros medios sociales de la misma naturaleza, a través del tiempo y del espacio». Deben poder resistir la prueba de la duración, que entraña alteraciones y modificaciones de la estructura inicial. Además, en general, sólo tienen carácter aproximativo y muy raramente entrañan una auténtica sistematización científica. Éste es el caso, efectivamente, de los planes de modelos propuestos por Braudel para explicar el ciclo de desarrollo de las ciudades italianas de los siglos XV al XVIII (en las que se suceden las fases mercantil, industrial, comercial y bancaria) o, más ampliamente, determinadas constantes de la historia europea entre 1300 y 1750 (fragilidad demográfica, primacía de la circulación por mar, papel esencial del tráfico exterior). Estos esquemas interpretativos no deben ser

montados en abstracto: es necesario evaluar siempre su operatividad sometiéndolos a variadas pruebas en contacto con la realidad y retocándolos en consecuencia. Naturalmente deben integrar el factor duración. El ejemplo, en esta materia, proviene de Marx, que fue el primero en construir «auténticos modelos sociales» en un marco temporal preciso. A su vez, Braudel reafirma la particularidad de la historia, sometiendo los conceptos fundamentales del estructuralismo a la ley del tiempo.

A comienzos de la década de los 60, Lévi-Strauss reiteró sus ataques contra el estatuto privilegiado de la historia en el pensamiento occidental. En el capítulo IX de *La pensée sauvage* (1962), critica apasionadamente determinadas tesis defendidas por Sartre en la *Critique de la raison dialectique*. Rechaza, particularmente, la oposición sartriana entre razón analítica y razón dialéctica, siendo esta última inseparable de la conciencia histórica. Definiéndose cómo materialista y «esteta», que estudia a los hombres como si fueran hormigas, pretende descubrir las constantes «invariables» independientes de la diversidad de sociedades (y entre estas *invariables*, el hecho de que la humanidad haya pensado siempre igual de bien, o casi, puesto que el pensamiento salvaje dispone de los instrumentos lógicos adecuados para «poner en orden» la diversidad de lo real). Tampoco puede aceptar que Sartre menosprecie a «los pueblos sin historia», distinguiendo entre «la verdad dialéctica» y «la dialéctica repetitiva y a corto plazo» de las sociedades primitivas. Ni puede dejar de denunciar la función propiamente mítica de la historia en el pensamiento sartriano, y de afirmar que la historia es una «investigación complementaria» de la etnología, que no puede aspirar a ejercer ninguna soberanía sobre aquélla. Hace suya así una antigua distinción entre la ciencia de la *diversidad en el tiempo* y la ciencia de la *diversidad en el espacio*, para erigirse contra el «prestigio especial» concedido a la «dimensión temporal», cuyas razones no se le escapan: el efecto de continuidad que produce el relato histórico prevalece sobre la discontinuidad que reina en la etnología; además, nos concebimos a nosotros mismos como producto de la historia y proyectamos nuestra ilusión personal sobre la sociedad, tomando el relato de los orígenes como la exposición de las causas. Así la historia nos hace sumergirnos en una ilusión propiamente metafísica (reencontrar, fuera de nosotros mismos, el mismo ser del cambio), impidiéndonos ver que no es más que una aproximación fragmentaria de la realidad. Así pues, procede por abstracción y por selección, siendo por definición todo hecho histórico inagotable, resolviéndose en multitud de fenómenos individuales. El historiador elige, pues, para evitar el caos de la infinita dispersión del análisis de los destinos individuales. Hablar de historia universal es un fraude porque es empresa imposible, que comporta en sí misma el principio de explosión infinitesimal y, por tanto, de su propia destrucción. De hecho, la historia no puede ser más que *parcial*, en la medida en que trata de subconjuntos y no de la totalidad, y *parcial*, porque dominan sobre ella puntos de vista inconciliables e igualmente veraces. Retendremos de estas páginas, en las que no todo es nuevo, que Lévi-Strauss proclama la primacía de la etnología, denuncia la ilusión historicista y tiende implícitamente a reducir la historia a una recitación cronológica, al considerar que el código de esta disciplina «consiste en establecer una cronología». Cuando proclama: «no hay historia sin fechas» (¡para convencerse no hay más que ver la experiencia corriente de los pe-

dagogos!), y cuando nos recuerda que «toda su originalidad y especificidad residen en la aprehensión de la relación existente entre el antes y el después», creemos que el etnólogo utiliza un lenguaje de otro tiempo, escasamente versado en las conquistas de la reciente historia estructural, que no tiene en cuenta los «cortes de historia lenta», a partir de los cuales Braudel aconsejaba repensar el conjunto de la disciplina.

A nuestro entender, uno de los resultados más ilustres del debate entre historia y estructuralismo ha sido el conseguido por Nathan Wachtel en las primeras páginas de *La vision des vaincus* (1971), que constituye algo así como la carta magna de la recientísima etno-historia. Al adoptar el punto de vista del otro, en este caso el de los indios de América, víctimas de la conquista española del siglo XVI, el autor debe superar dos obstáculos: uno, habitual en la historia, el de la distancia en el tiempo; y el otro, nuevo, el de la separación entre el mundo marginal y la cultura dominante. Para ello es imprescindible superar las antítesis entre historia y etnología, como la oposición entre diacronía y sincronía, entre lo formal y lo concreto. De hecho, ambas disciplinas deben moverse sobre el eje sincrónico y sobre el diacrónico: la historia, porque la concepción de tiempo uniforme ha sido superada por la de temporalidades diferenciadas que es necesario intentar conciliar en las construcciones sincrónicas; la etnología, porque se necesita estudiar la génesis de los sistemas de relaciones que se analiza. Una y otra construyen modelos abstractos al seleccionar los datos empíricos y al traducir sus relaciones a «fórmulas rigurosas» (Wachtel da un ejemplo paradigmático de ello, relacionando el funcionamiento del estado inca con el juego de los principios de reciprocidad y redistribución). Ambas se proponen pasar de la diversidad de lo vivido a las reglas que lo ordenan (en historia, pueden ser las oscilaciones de los precios o las curvas de la natalidad). En los dos casos, se puede hablar de un «vaivén entre análisis y concreción». Sin embargo, a pesar de todas estas divergencias, las perspectivas siguen siendo distintas, ya que la historia vuelve finalmente a lo singular, mientras que la etnología está esencialmente vinculada al sistema y a las reglas.

A comienzos de la década de los 70, pareció ya llegado el tiempo de las convergencias, como lo demuestra la introducción de André Burguière en el número de los *Annales* dedicado a *Histoire et structure*. El autor reconoce que algunos ataques contra la historia están bien fundamentados, especialmente el que se dirige contra el vicio historicista que consiste en desplazar el análisis de los fenómenos hacia el estudio de su génesis. Al mismo tiempo, y de forma quizá excesiva, pide cuentas por la prolongada complicidad de sus colegas historiadores con el estructuralismo: «Si el análisis estructural consiste en revelar la permanencia», en mostrar de forma evidente, tras de la aparente dispersión de los datos, «un sistema de transformaciones que comporta leyes en cuanto que es un sistema», los historiadores están obligados a reconocer, «aún a riesgo de parecer que reivindican un nuevo derecho de primogenitura, que este camino les es familiar desde hace mucho tiempo». Burguière, animado con las recientes conquistas realizadas en su disciplina, particularmente la acostumbrada permeabilidad de las fronteras entre datos conscientes y condiciones inconscientes de la vida social, ataca la costumbre de «hacer de la histora el chivo expiatorio de las ciencias humanas», critica la actitud de no dejarle más

campo que el de lo contingente y lo no formalizable, y de asignarle como estatuto el de «quedar eternamente anclada en el imperio de lo accidental». Clío podría sin embargo reivindicar para sí el alumbramiento del estructuralismo como fruto de su larga cohabitación con el marxismo, el cual le ha enseñado a buscar, en cualquier sociedad, su forma de funcionamiento y, en cualquier texto, el mensaje que oculta detrás de lo que dice. Del mismo modo, conoce los modelos más sofisticados, incluso las hipótesis contra-factuales forjadas por los cliómetras (por ejemplo: ¿cómo habría sido el desarrollo económico de los Estados Unidos en el siglo XIX sin los ferrocarriles?), o los «modelos complejos» de la demografía histórica, que «integran datos cuantitativos y síntomas de comportamientos». Añade un último argumento que suena a revancha: está a punto de iniciarse un reflujo general hacia la historia. ¿No es indispensable investigar los antecedentes de las estructuras constituidas? ¿No se concede, a partir de entonces, una gran atención tanto a las rupturas epistemológicas, que esconden la historia de las ideas, como a las mutaciones que afectan a los sistemas sociales? Una constatación parece imponerse: «Un poco de estructuralismo aleja de la historia; mucho estructuralismo conduce a ella.» ¿Se han superado realmente todos los antagonismos?

2. Ambigüedades y dificultades persistentes (década de los años 70)

Si la historia y el estructuralismo han llegado finalmente a un compromiso, y a veces a una entente cordial, subsisten muchas ambigüedades persistentes: a) la cohabitación de muchas concepciones de la estructura; b) la desigual conciencia, entre los historiadores, de las dificultades inherentes a la evolución del estructuralismo; c) en consecuencia, la diversidad de aspectos presentada por la producción histórica que se llama estructuralista —la mayoría de los historiadores permanece vinculada a la concepción tradicional de la estructura, concebida como *la manera en la que las partes de un todo se ajustan entre ellas*—. Es ésta una concepción esencialmente descriptiva, que consiste en tomar en consideración las líneas directrices de un conjunto, ya sea social, institucional o ideológico. De ahí la proliferación de obras tituladas *Structures politiques* o *Structures sociales de*, etc. Nos parece que estas aproximaciones estructurales de vastos conjuntos están muy alejadas del análisis estructural practicado por los lingüistas y los etnólogos, que se fundamenta en una concepción de la estructura como si fuera una *arquitectura lógica inmanente a lo real*. Para Lévi-Strauss, la estructura se oculta bajo las apariencias. La geomorfología constituye una magnifica iniciación al respecto, ya que se dedica a interpretar las formas superficiales del relieve en función de la disposición en profundidad, de los estratos de la tierra. Un paisaje puede ser transposición directa, o derivada, o inversa, de la estructura oculta. No podemos dejar de evocar la célebre página de *Tristes tropiques*, en la que Lévi-Strauss nos relata sus maravillosos descubrimientos en el Midi francés, propios de un geólogo que se inicia: todo paisaje se presenta, a primera vista, como un inmenso desorden, dejándonos en libertad para que escojamos el sentido que prefiramos darle.» Pero ¿no reside el principio ordenador en el sustrato geológi-

co, en «una línea pálida y confusa, en una diferencia muchas veces imperceptible que se halla en la forma y consistencia de los detritus rocosos?» He aquí lo que conduce a la profunda intelegibilidad del paisaje, mediante el desplazamiento de lo sensible a lo racional, entendiendo que «la naturaleza de lo verdadero se hace visible precisamente en el cuidado que pone en ocultarse». Lévi-Strauss lo desarrolla más ampliamente en su *Anthropologie structurale*, I, página 303 y siguientes, al tratar de «la noción de estructura en etnología». Esta noción, nos dice, «no se refiere a la realidad empírica, sino a los modelos construidos a partir de ella». Por tanto, no hay que confundir estructuras sociales con relaciones sociales. Estas últimas constituyen solamente la materia prima para la elaboración de modelos, que pondrán de manifiesto la propia estructura. Para poder hablar de estructura deben cumplirse cuatro condiciones: a) debe tener «carácter de sistema», de manera que la modificación de uno de los elementos repercuta sobre todos los demás; b) el modelo estructural debe pertenecer «a un grupo de transformaciones»; c) debe ser posible «prever de qué forma reaccionará el modelo en caso de que se modifique uno de los elementos»; d) el funcionamiento del modelo deberá «dar cuenta de todos los hechos observados». Situándose más allá de los fenómenos directamente observables, en una especie de inconsciente social, la estructura es inmanente a las relaciones sociales, como la gramática lo es a la lengua hablada. Es un esquema conceptual, una forma que impone tal o cual configuración a los diversos datos. Una concepción próxima se halla en el psicólogo Jean Piaget: «Una estructura es un sistema de transformaciones que comporta leyes en tanto que sistema (por oposición a las propiedades de los elementos), y que se mantiene o se enriquece por el propio juego de las transformaciones, sin que éstas se extralimiten fuera de sus fronteras o apelen a elementos externos.» La estructura presenta, por tanto, tres caracteres esenciales: totalización, o sea, replegamiento del sistema sobre sí mismo; transformación; autorregulación fundada sobre regulaciones internas. Todos estos caracteres se hallan en la definición propuesta por Paul Ricoeur, el cual entiende por estructura «un ente autónomo de dependencias internas». En los diferentes autores encontramos los mismos caracteres pertinentes de la estructura: la interdependencia de todos los elementos, el replegamiento del conjunto sobre sí mismo, la sincronía, la posible realización de múltiples variables. No es seguro que los modelos interpretativos de los historiadores puedan (y deban) corresponderse de forma plenamente satisfactoria con todas estas características, porque, entre otras razones, no pueden ignorar ni los procesos temporales de erosión lenta de las estructuras ni la irrupción accidental de acontecimientos exteriores que alteran los conjuntos más estables. A título de ejemplo podemos ver la destrucción rápida de la sociedad inca después de la conquista española.

Nos será indudablemente útil acercarnos ahora a un caso concreto de análisis estructural, realizado por el propio Lévi-Strauss, para mejor comprender su naturaleza y percibir la dificultad que hay en conciliarlo con el análisis histórico clásico. Tomaremos el ejemplo del *triángulo culinario* (*L'Arc*, núm. 26, pp. 19 a 29). La cocina, tan universal como el lenguaje, reposa sobre un sistema triangular que asocia *lo crudo, lo cocido y lo podrido*. Si lo crudo constituye el polo no marcado de este conjunto, lo cocido resulta de la transformación cultural de lo crudo, y lo podrido resulta

de la transformación natural de lo crudo. A cada una de estas formas vacías, cada cultura le confiere una tonalidad particular que determina la forma con la que cada alimento debe ser cocido. Si consideramos las modalidades de la cocción, constataremos una diferencia significativa entre el asado y el hervido. El primero es resultado de la exposición directa, no mediatizada, al fuego; una práctica bastante próxima a la naturaleza una cocina poco elaborada, una especie de compromiso entre lo crudo y lo quemado. Por el contrario, lo hervido es resultado de una doble mediatización, la del agua y la del recipiente. Esta cocción elaborada se sitúa del lado de la cultura (la marmita es signo de civilización tanto en Irlanda como en Nueva Caledonia); es la cocina de dentro, la endo-cocina, que presenta alguna afinidad con lo podrido. Y prosigue el análisis, mediante asociaciones y oposiciones sucesivas; así lo asado se situaría del lado de lo depredador, de la prodigalidad y de la vida agreste del cazador, mientras que lo hervido se situaría del lado de la vida sedentaria, de la conservación y de la economía doméstica regida por las mujeres. Lévi-Strauss introduce entonces una tercera práctica culinaria, el ahumado, o sea una cocción no mediatizada, lenta, profunda, que presenta una oposición significativa con las dos prácticas anteriormente analizadas. Se pueden resumir en el siguiente cuadro:

hervido	*asado*	*ahumado*
— cocción lenta — presencia del agua — utensilio duradero (marmita) — resultado precario	— cocción rápida — sin agua — sin utensilio	— sobre un ahumador — objeto cultural destruído después de su uso; por tanto, precario — resultado duradero; la cama ahumada se conserva mucho tiempo

En última instancia, la infinita variedad de prácticas culinarias se podría reducir a un modelo abstracto de tipo triangular:

CRUDO

asado

(−)	(−)
Aire	Agua
(+)	(+)
ahumado	hervido
COCIDO	PODRIDO

Este esquema puede —y debe— ser ampliado, para añadir la fritura, la cocción a vapor, etc. Se puede intentar aún superponerle otros esquemas concernientes a la relación hombre-mujer, organización del trabajo, relaciones entre el poblado y la sabana. Así descubriremos que la cocina de una sociedad es un lenguaje mediante el cual ésta traduce inconscientemente su estructura y desvela sus contradicciones. Tal guía puede ser útil al historiador deseoso de estudiar las modalidades de la mesa en una época

dada, a condición de dar vida y color al marco vacío y de introducir los efectos de la diversidad social: la cocina en sí no existe, sólo existen las costumbres alimenticias en ambientes concretos. Quizá este ejemplo contribuya a hacer comprender mejor cómo era problemática en la historia la aclimatación de los principios de la etnología estructuralista.

¿Cómo sacar partido de la inmovilidad de la estructura? ¿Qué estatuto conferir a la discontinuidad (que nos permite pensar en el paso de un sistema cerrado a otro)? ¿Qué papel reconocer a las normas inconscientes de la vida social? Podríamos formular muchas que podrían suscitar otras tantas respuestas. De ahí la extrema variedad de la historia estructural, de ahí que nos parezca posible distinguir, a riesgo de hacer una simplificación abusiva, *cuatro corrientes principales*: a) una corriente braudeliana que pretende conceptualizar vastos conjuntos humanos sometidos a evoluciones lentas; b) una corriente mutacionista, especialmente representada por Michel Foucault, que analiza los estados estables de la estructura social, pero otorgando una atención privilegiada al paso de un estado a otro y situando el concepto de discontinuidad en el epicentro; c) una corriente de estricta obediencia estructuralista que preconiza el trabajo sobre un *corpus* cerrado (sistema ritual, texto, documento figurado) y que recurre a la elaboración de modelos abstractos «para forjar lo pensable» a partir de este material documental; d) finalmente, la antropología histórica, disciplina muy joven, de vastas ambiciones, que parece capaz de conjugar las corrientes citadas y de integrar tanto las adquisiciones de la historia cuantitativa como las de la historia de la cultura material. Vamos a tratar brevemente de la primera, aunque volveremos a insistir más ampliamente sobre las tres últimas.

El recentísimo texto histórico titulado «La historia de las estructuras», de K. Pomian (en *La Nouvelle Histoire*, pp. 528 a 553) nos parece de inspiración braudeliana. Las referencias fundamentales del autor son características: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* ciertamente, pero también *Les structures du Latium médiéval,* de Pierre Toubert. Una de las más importantes aportaciones de esta tesis consiste en esclarecer el carácter propiamente revolucionario del *incastillamento* de los siglos X y XI, entendiendo por tal el reagrupamiento autoritario de las poblaciones próximas a las fortalezas, que se efectuó, bajo la égida de los señores, durante la primera época feudal. En estrecha relación con la constitución de un hábitat concentrado y situado en alto, se opera la reorganización de los terruños dispuestos en zonas concéntricas y se recomponen conjuntamente las relaciones de explotación, los poderes de la autoridad y el sistema judicial. La nueva estructura, que se ha introducido en las proximidades del Año Mil, es «un conjunto coherente de elementos, en el que la transformación de cualquiera de ellos provoca la de todos los demás». Durante más de quinientos años constituirá «un invariable cuadro estable, en cuyo interior se despliegan las actividades de las poblaciones campesinas». Este caso ejemplar permite a Krzysztof Pomian destacar los caracteres fundamentales de la historia estructural, concebida como la «historia de las poblaciones totales» que desdeña lo excepcional para interesarse «por lo que es banal, repetitivo, presente en la vida cotidiana»; como una historia psicológica, en la que el tratamiento estadístico de fenómenos como la nupcialidad y la natalidad, por ejemplo, permite descubrir actitudes más secretas; como una historia de los fenómenos sociales totales que

se sitúan, según es propio de la concepción de la época, «en el punto de intersección de lo económico y de lo político, de lo social y de lo mental»; finalmente, como una historia biológica, que analiza las reacciones de los hombres ante las coacciones naturales (clima, invasiones microbianas, etc.). Aun otorgando un lugar privilegiado a los marcos estables que organizan la cotidianeidad, la historia estructural revaloriza también el concepto de revolución de dos formas: por una parte, en tanto que ruptura que entraña el hundimiento de la antigua estructura y el advenimiento de la nueva; por otra parte, en tanto que proceso silencioso y muy lento, como la revolución agrícola o la progresiva alfabetización de los franceses (que se desarrolla a lo largo de trescientos años aproximadamente). Concebida así, la revolución no es «la serie de acontencimentos únicos» que hacía las delicias de los maestros de la historia historizante, sino una «oleada de innovaciones que se propaga a partir de un punto inicial a través de innumerables repeticiones».

Concepciones próximas a las de K. Pomian son las que, a nuestro parecer, guían algunos trabajos de Emmanuel Le Roy Ladurie, especialmente «L'Histoire inmobile» de la Francia tradicional rural entre los años 1300 y 1730 (*Annales ESC*, mayo-junio 1974, pp. 673 y s.) y de Pierre Chaunu. En *Le temps des réformes, 1250-1550*, Chaunu propone, refiriéndose explícitamente a la noción de «estructura autónoma formada», un modelo interpretativo particularmente esclarecedor para *pensar la vida religiosa* de los humildes a finales de la Edad Media. Las articulaciones fundamentales son: transmisión oral del mensaje; primacía del hacer sobre el saber, socialización de la ascesis, que tiene como eje fundamental las prohibiciones alimenticias y sexuales; valoración de los ritos de iniciación y de integración, tales como el bautismo y la confirmación; en fin, la búsqueda de una «sociabilidad compensadora» que halla su satisfacción tanto en el rito de la misa dominical como en el bautismo, ocasión de tejer vínculos protectores respecto al niño, eligiéndole muchos padrinos y madrinas. Como vemos, se hace referencia a lo demográfico y a lo social para interpretar lo religioso. En el seno de esta rígida estructura de representaciones y comportamientos madura una revolución que desembocará en la gran ruptura del siglo XVI. En efecto, la separación entre clérigos y laicos se atenúa desde una doble perpectiva: en primer lugar, sexual, ya que el progresivo retraso de la edad de casarse mantiene a muchos laicos adultos en el mismo estado de continencia propio de los clérigos; en segundo lugar, cultural, porque cada vez crece más el número de los «que leen y escriben». Por ello los laicos aspiran a acabar con el monopolio sacerdotal de explicar las Sagradas Escrituras y de manipular lo sacro bajo todas sus formas. Este estudio, elegido por su carácter representativo, muestra la vitalidad de la historia que Pomian denomina *structurale* y a la que nosotros proponemos denominar *structurelle*, porque no nos parece que responda totalmente a la ambición estructuralista de aprehender los fenómenos «al margen de sus manifestaciones conscientes» y de conseguir «sistematizar sus relaciones y transformaciones de conjunto a partir de un reducido número de variables».

3. Michel Foucault, pensador de la discontinuidad y de la relación

Michel Foucault nunca negó ciertos enfrentamientos, por lo demás evidentes, con el estructuralismo, pero, sobre todo, tuvo la valentía de «explayar los principios» de la transformación que estaban teniendo lugar en la historia. Indudablemente aludía a las prácticas de la historia estructural y seriada, a propósito de la cual procuró extraer todas sus consecuencias teóricas. Nos convenceremos fácilmente leyendo, de forma paralela, su celebérrima introducción a *L'Archéologie du savoir* (1969) y la reflexión, casi contemporánea, de François Furet acerca de «L'histoire quantitative et la construction du fait historique» (*Annales ESC* , 1971, núm. 1, pp. 63-75). Aparentemente nada hay más opuesto que la historia seriada, que se desarrolla en la diacronía, y el *mutacionismo* de Foucault, que da máxima importancia a las rupturas bruscas y a la emergencia de estructuras nuevas. De hecho, ¿quién no percibe que los estudios seriados se fundamentan en la discontinuidad porque implican, a la vez, la delimitación de un espacio para el análisis, el establecimiento de las censuras cronológicas significativas, y la distinción de las temporalidades propias de las diversas instancias de lo real? Además, estos estudios, desarrollándose en períodos de larga duración, actualizan las permanencias y regularidades subyacentes bajo las oscilaciones superficiales. O sea, que estos trabajos hacen aflorar zócalos estructurales de naturaleza variada (rigidez del sistema económico, rutina mental, etc.). En las primeras páginas de *L'Archéologie du savoir* [10], Foucault señala precisamente el desplazamiento de la mirada del historiador, que le ha hecho dirigirse hacia «los grandes zócalos inmóviles y mudos», hasta entonces ocultos bajo los acontecimientos. A partir de este momento el investigador distingue «capas sedimentarias diversas», analiza los fenómenos de desnivel en profundidad, descubre las discordancias entre un estrato de la realidad y otro. Tal problemática cuestiona la concepción clásica del documento. Este ya no es considerado como un reflejo del pasado, sino como un material que hay que tratar, descomponer, repartir en series. La historia ya no pretende ser la memoria de la humanidad, sino que se define, más modestamente, como un trabajo a realizar a partir de la «materialidad documental». Por su parte, la historia de las ideas estudia desde este momento las *rupturas epistemológicas, las transiciones y las transformaciones de los conceptos*. Desplaza su interés desde las continuidades culturales (cambios, influencias, etc.) hacia las coherencias internas de los diferentes sistemas conceptuales, y sobre todo hacia la transición de un sistema a otro. Por este hecho, la discontinuidad adquiere un papel central en todas las formas de la historia (social, intelectual, etc.). Hasta entonces, la discontinuidad se percibía como un obstáculo, como un elemento «escandaloso» que había que asimilar. De ahora en adelante, la discontinuidad es resultado de una operación deliberada del historiador que aísla los niveles específicos del análisis. Y también es resultado del análisis que se

[10] La reflexión se organizará aquí a partir de este libro y de *Surveiller et Punir*, 1975. No es cuestión de tomar en consideración la totalidad de una obra tan considerable, que va desde la *Histoire de la folie à l'âge classique* pasa el *Droit de savoir*, pasando por *Les Mots et les Choses*. Pretendemos sólo iluminar un problema, no escribir un artículo de diccionario.

propone estudiar las rupturas y mostrar las inflexiones significativas en el seno de la realidad observada. Consciente de la novedad que supone su investigación, Foucault prevé protestas vehementes por parte de los eruditos: «Exclamarán que la historia ha sido asesinada, cada vez que vean utilizar, de forma demasiado manifiesta, en un análisis histórico —y especialmente si se trata del pensamiento, de las ideas o de los conocimientos—, las categorías de la discontinuidad y de la diferencia, las nociones de umbral, de ruptura y de transformación, la descripción de las series y de los límites. Se denunciará que constituye un atentado contra los derechos imprescriptibles de la historia y contra el fundamento de cualquier posible historicidad. Pero no nos equivoquemos: lo que se llora con tanto énfasis no es la desaparición de la historia, sino la desparición de una forma de historia que se refería por completo, aunque secretamente, a la actividad sintética del sujeto.»

Veamos ahora más de cerca, siempre a través de *L'Archéologie*, cómo este postulado discontinuista arrastra al autor a desmarcarse de la tradicional historia de las ideas. Es necesario, nos dice, transgredir los conceptos comúnmente admitidos, como los de tradición, influencia (que suministra un apoyo a los hechos de transmisión y de comunicación), de evolución (que relaciona toda una serie de acontecimientos con un único y mismo principio organizador) o, incluso, de mentalidad de una época (que postula la existencia de un *principio ordenador*). Hay que abandonar todas estas explicaciones perezosas. Hay que dudar de las separaciones habituales entre disciplinas (filosofía, derecho, historia, etc.) y de nociones tan simples como aquellas que dicen que tal libro o tal obra tienen un autor. Porque todo texto nos remite a otros textos, se inscribe en el campo de los discursos asociados, y reposa ampliamente sobre lo ya dicho. Así pues, hay que renunciar a atribuir valores desiguales a los enunciados, dando mayor importancia a lo nuevo en relación a lo antiguo, a lo inédito a expensas de lo repetido, etc. En el futuro, la historia no deberá ya espiar los «acontecimientos» del pensamiento, sino aferrarse a las reglas que condicionan la producción de los discursos en una época dada. Estos discursos hay que considerarlos como realizaciones verbales regidas «por un conjunto de reglas económicas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y en el espacio, que han definido, en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística determinada, las condiciones del ejercicio de la función enunciativa». Puede notarse en estas líneas la preocupación por conciliar la disciplina estructural, que estudia los valores del funcionamiento de un sistema, con las exigencias de una aproximación histórica, en el sentido pleno del término.

Surveiller et Punir-Naissance de la prison, publicada en 1975, constituye una muestra de una nueva forma de escribir la historia que seduce y turba a la vez a los profesionales del género. La reflexión del autor parte de la constatación de la diferencia entre dos formas de represión distantes en tres cuartos de siglo: la atroz ejecución de Damiens [11] en 1757 y el mi-

[11] Damiens (1715-1757). Desequilibrado mental, regicida de Luis XV, al que asestó una cuchillada cuando salía del Palacio de Versalles sin móvil político alguno. Detenido inmediatamente, fue condenado a muerte y descuartizado. Equivocadamente se intentó involucrar en el hecho a los jansenistas o a los jesuitas. (N. del T.)

nucioso empleo del tiempo previsto en una casa de jóvenes encarcelados durante la monarquía de julio. Estos dos estilos penales contrastados traducen «una redistribución de la economía del castigo en Europa y en los Estados Unidos», que reside en la desaparición de «la sombría fiesta punitiva» que constituía la ejecución de los condenados, así como en el recurso generalizado a la prisión para castigar a los delicuentes. La encarcelación se practicaba desde la antigüedad, pero se convierte en «pieza principal» del sistema penal en la transición del siglo XVIII al XIX. Los propios contemporáneos tuvieron conciencia de este cambio brusco, que constituye el tema de reflexión de Michel Foucault. Éste no considera las prácticas judiciales y penales aisladamente, sino como elementos indisociables de la estructura social en su conjunto. Ven en el castigo penal una función social compleja, y en los métodos punitivos técnicas que es necesario reemplazar en el campo general de los procedimientos del poder. La economía del castigo depende de la «economía política del cuerpo», orquestada por los diferentes poderes que cercan al individuo, «le marcan, le encarrilan, le torturan, le somenten a trabajos forzados». Esta sujeción del cuerpo va unida a su utilización económica como fuerza productiva. Implica la convergencia de todo un conjunto de prácticas disciplinarias, que actúan desde la escuela al cuartel, pasando por la fábrica y el taller. Merece la pena señalar el carácter global de esta aproximación y enfoque, que nos muestran la estrecha conexión existente entre los diversos aparatos de domesticación de los individuos. Así se ilustra la génesis del sistema de castigo generalizado, de donde procede *el anónimo carcelario* de los tiempos actuales. Foucault afronta el difícil problema de la emergencia y de la consolidación de una nueva estructura (punitiva en esta ocasión), que constituye un escollo en el debate entre historia y estructuralismo. Invoca toda una serie de factores interrelacionados, entre ellos los cambios en la criminalidad (a la época de las grandes bandas sigue la de la delincuencia individual, los crímenes y las leyes se suavizan), el desarrollo del aparato judicial (que permite «el más estrecho control penal del cuerpo social») y, finalmente, la menor tolerancia ante las diferentes formas de ilegalidad, como el contrabando y la rapiña, a los que el Antiguo Régimen se había acostumbrado. Se imponía, pues, la transformación del sistema penal a finales del siglo XVIII, pero ¿cómo? Según los reformadores influidos por los ideales de la Luces, hacía falta instaurar la estabilidad y normalización de los castigos (en lugar del sombrío relámpago del suplicio), establecer una relación de comunicación simbólica entre la pena y el crimen, y asegurar la publicidad de la reparación impuesta al condenado. Pero quedarán en letra muerta los proyectos de construir «mil pequeños teatros de castigo» para moralización del cuerpo social entero. Europa optó por el firme funcionamiento del «poder de castigar», generalizando el encarcelamiento. No se puede negar, en esta materia, la influencia en Francia o España de los modelos extranjeros, tanto holandeses como anglosajones, aunque sólo pudo implantarse por razones internas, ya que, a finales de la época moderna, había aparecido por doquier una sociedad disciplinaria en la escuela, en el cuartel, en el taller, y eficaces técnicas de domesticación permitían forjar «cuerpos dóciles». La disciplina revestía en todas partes el mismo rostro: clausura, contención de los individuos, control, asignación a lugares precisos, minuciosa distribución del tiempo, sumisión del cuerpo a los imperativos temporales, y tam-

bien total «visibilidad» de los actores. Estas mil y una formas de coaccionar confluyen en la estructura-prisión, cuyo modelo perfecto lo construye Bentham en su *Panóptico*, casa ideal para los detenidos, donde el comportamiento de cada condenado, encerrado solo en una cédula de vidrio, había de ser constantemente visible y apreciable por el vigilante instalado en una torre central. El poder de castigar a partir de entonces está asegurado mediante un funcionamiento suave: se fundamenta en la maquinaria encargada de la distribución de los cuerpos, las luces y las superficies. Naturalmente, las prisiones reales están muy lejos de parecerse a este arquetipo; pero no por ello dejan de constituir las mallas de una única red carcelaria que se introduciría en 1840. Una abstracción, lo *carcelario*, ha dejado su impronta por toda la sociedad. Estructura imbricada donde las haya, esta maquinaria anónima y un tanto kafkiana, persigue cualquier forma de desviación, organiza carreras disciplinarias continuas que persiguen desde la pequeña delincuencia a la gran criminalidad, y confiere al poder de castigar un carácter «natural» y «legítimo». Este análisis de lo *carcelario* es significativo en una andadura que une siempre la diversidad de lo concreto (en este caso el mundo abigarrado de las prisiones) con una textura de conceptos que permite acceder a su profunda inteligibilidad.

Esta interpretación del nacimiento de la prisión moderna es objeto de apasionadas reticencias por parte de los historiadores y, en particular, de Jacques Léonard, en su artículo titulado «L'historien et le philosophe» (escrito en 1976 y recogido en *L'imposible prison*, 1980, pp. 9 a 28). Vamos a extraer de esta brillante requisitoria de un contemporaneísta los argumentos más llamativos, y, en primer lugar, lo reproches. Según Léonard, Foucault sólo posee una información puntual; ignora soberanamente muchos hechos conocidos por los historiadores, como son las reformas penales de la Revolución y del Imperio («El escamoteo de la Revolución impide comprender (...) por qué se impone el encarcelamiento»). Es un «cosaco de la historia», amante de las grandes cabalgadas (corre a rienda suelta tres siglos, como un caballero bárbaro) y sus irrupciones en el campo histórico tienen algo de devastador, aunque algunas de sus hipótesis son incontestablemente fecundas. Normalmente proclive al anacronismo («Foucault no siempre experimenta *desde el interior*, todas las realidades del pasado»), exagera la normalización y el autoritarismo en la Francia de Luis Felipe, donde la resistencia de los antiguos hábitos «del desorden» sigue siendo importante, donde la mayoría de los niños, por ejemplo, no va al internado-cuartel. Le gusta criticar el racionalismo burgués, olvidándose de denunciar los males del obscurantismo clerical que no contribuyó en pequeña medida a la empresa del control del cuerpo desde el siglo XVIII. Más grave aún, Foucault no concede papel alguno a los actores de la historia. El sistema carcelario, para él, queda limitado a un cojunto de reglas de funcionamiento anónimas, a una geometría abastracta, a una «maquinaria sin maquinista», lo que se traduce estilísticamente en el abuso del *se* y en la utilización de vocablos imprecisos tales como *poder, estrategia, táctica, técnica,* etc. Esta vez el reproche llega muy lejos, ya que Léonard critica, de hecho, la opción estructuralista de Foucault, en virtud de la cual los agentes históricos son simplemente sujetos-soportes de los mecanismos estructurales. De ahí la réplica de Foucault, en «Lapoussière et le nauge» (publicado como siempre en *L'impossible prison*, pp. 29 a 39), con que re-

procha a su contradictor el no haber comprendido el sentido profundo de su teoría-razonamiento. Es demasiado simple, dice, instalarse en la posición del especialista («el caballero de la exactitud, el doctor de conocimientos inagotables»), sin hacer el esfuerzo de discernir desde un comienzo «la diferencia de procedimiento entre el análisis de un problema y el estudio de un período». El problema, en esta ocasión, estriba en saber la razón por la cual un nuevo mecanismo punitivo se ha introducido hacia 1800. ¿No es legítimo entonces, para intentar resolverlo, elegir los materiales pertinentes, centrar excesivamente el análisis y describir el campo de las relaciones, en el que se inscribe la nueva práctica punitiva (lo que nos induce a tener en cuenta la escuela, el cuartel, etc.)? Si se tratase de estudiar un período sería necesario decirlo todo, teniendo en cuenta a los diferentes especialistas, en cada tema como en una lección magistral de acceso al cuerpo de profesores. Pero sería vano el intento de conciliar el análisis sistemático de la *racionalidad de una práctica* con la descripción, sabiamente equilibrada, de la sociedad. Además, ¿en nombre de qué privilegiar así la sociedad, como la instancia en la que se da la realidad (¡otro mito incombustible entre los historiadores, éste de reconstruir la realidad!)? Pero ¿aquello de lo que trata Foucault —«un tipo de racionalidad, una manera de pensar, un programa, una técnica, un conjunto de esfuerzos racionales y coordinados»— no participa también de lo real, tan cara a su contradictor, sin ser en sí lo real objeto inaccesible?

Veamos ahora la réplica a ataques precisos. El debate suscitado por *Surveiller et Punir* proporcionó también a Foucault la ocasión de sistematizar su posición («mis libros [son] fragmentos filosóficos de las canteras históricas»), con ocasión de una mesa redonda en la que intervenía juntamente con muchos historiadores (*L'imposible prison*, pp. 40 a 56). El objeto central de su reflexión consiste, nos dice, en «hacer el análisis de un *régimen de prácticas* —considerando las prácticas como el lugar de encuentro entre lo que se dice y lo que se hace, entre las reglas que uno se impone y las razones que da, entre los proyectos y las evidencias—». ¿Es Foucault el pensador por excelencia de la discontinuidad? De hecho, se convenció de la existencia de un «cambio brusco» en los mecanismos punitivos y se interrogó sobre las condiciones que posibilitaron esta mutación. Nadando a contra corriente de una historia que cada vez deja más de lado el acontecimiento, pretende «trabajar en el sentido de una *événementialisation*». Entendemos por *événementialisation* (en castellano sería equivalente a eventualización) la pretensión de Foucault de hallar el sentido de ciertas singularidades, frecuentemente sumergidas bajo las constantes o las evidencias que invoca el discurso histórico, y la de «construir, en torno del acontecimiento singular, analizado como proceso, un *polígono*, o mejor, un *poliedro de inteligibilidad* cuyo número de caras no esté definido de antemano y no pueda estar considerado jamás como acabado del todo». Así cualquier práctica social debe de ser reemplazada en el seno de un conjunto de *redes*, de *juegos de fuerzas* y de *estrategias* que la condicionan. Se asiste por este hecho a «una especie de multiplicación causal» cuyas conexiones establecidas entre prisión, escuela, cuartel, convento y taller constituyen un buen ejemplo. Cuanto más progresa el análisis de la estructura, mayor es la necesidad de hacer intervenir las *relaciones de inteligibilidad externa*. Este aspecto del pensamiento de Foucault ha sido nítidamente subrayado

por Paul Veyne: «Cada práctica depende de todas las demás y de sus transformaciones, todo es histórico y todo depende de todo»; o bien: «La filosofía de Foucault no es la filosofía del *discurso*, sino la filosofía de la *relación*. *Relación* es el término que designa lo que se ha llamado *estructura*. En lugar de un mundo hecho de sujetos, de objetos o de su dialéctica (...) tenemos un mundo en el que lo primero es la relación: son las estructuras las que dan sus aspectos objetivos a la materia.» Justa consideración, en perspectiva estructural, de una obra a la que los historiadores han reprochado, paradójicamente, que privilegiaba puramente el proceso eventual de los acontecimientos. Ciertamente, Foucault no ha pretendido jamás asimilar las rupturas, sino que su principal ambición ha consistido en buscar, detrás de los actos, las reglas que rigen su realización; y bajo los enunciados, la gramática que los ordena.

4. Las conquistas de la historia estructural (análisis de los mitos, textos y rituales)

Nos queda por estudiar lo que anteriormente hemos denominado la «estricta obediencia» estructuralista. Los años 1970-1980 han sido pródigos en obras notables, directamente inspirados en los trabajos de Lévi-Strauss o en la semántica estructural de A. J. Greimas. *L'Analyse des mythes* constituyó el primer sector de las investigaciones, en la línea de los principios enunciados por Lévi-Strauss en su *Anthropologie structurale* y en «Le temps du mythe» (*Annales ESC*, 1971, pp. 533-540). Después de haber subrayado las carencias del análisis tradicional de los mitos (considerados como juegos gratuitos o expresiones de sentimientos fundamentales o reflejos de las estructuras sociales), el etnólogo constata que, en un mito, puede ocurrir cualquier cosa, sin respetar ni la lógica ni la continuidad. No puede conferirse una significación precisa a los mitos. Lo que da sentido al mito es una combinación de elementos, y, también, la relación que mantiene con un conjunto más vasto, porque está inserto en un sistema de transformaciones. Está formado por un conjunto de unidades constitutivas o *mitemas* cuya identificación exige tener en cuenta todas las versiones del relato. Tal es la operación realizada por Lévi-Strauss en el mito de Edipo, cuyos *mitemas* ordena en un plano paradigmático (*Anthropologie structurale*, p. 236), para extraer de él su significación profunda: «Expresaría la imposibilidad en la que se encuentra una sociedad que profesa creer en la autoctonía del hombre (...), de pasar de esta teoría al reconocimiento factual de que cada uno de nosotros nace realmente de la unión de un hombre y una mujer.» De aquí se deduce que el objeto del mito es «aportar un modelo lógico para resolver una contradicción». Hay que buscar cuáles son las operaciones lógicas que se hallan en la base del pensamiento mítico. Éste procede de la toma de conciencia inicial de la oposición entre el cielo y la tierra, lo alto y lo bajo, la tierra y el agua, etc. Es esta disparidad de lo real lo que hace oscilar la especulación mítica, como si funcionase un aparato «montado de antemano en el entendimiento». El pensamiento salvaje, al mismo tiempo, intenta superar estas oposicones recurriendo a elementos mediadores: por ejemplo, el coyote desempeña la misma función de intermediario entre los herbívoros y los carnívoros que la niebla entre

el cielo y la tierra. Por tanto, hay que considerar el mito como un «modo universal de organizar los datos de la experiencia sensible», regido por una lógica «algo diferente» de aquélla en la que se fundamenta el pensamiento positivista. Es también un instrumento lógico para neutralizar las vicisitudes históricas, porque permite restablecer, en el plano imaginario, un estado de equilibrio que eclipsa las perturbaciones provocadas por los acontecimientos en el sistema social.

En *Les Jardins d'Adonis* (1979), Marcel Détienne y el autor de su prefacio, Jean-Pierre Vernant, practican la rigurosa ortodoxia de Lévi-Strauss. Los relatos míticos, nos dice Vernant, nos revelan «el alfabeto que los griegos han utilizado para deletrear el mundo». ¿Cómo leerlos? Desde luego no de una forma comparativa general, ni buscando en los personajes metáforas de lo real. Un dios no tiene esencia en sí mismo, ni se puede definir más que en relación (de complementariedad, de oposición) con las otras divinidades, dentro de un panteón peculiar. Ha de ser dentro del marco de un conjunto mítico donde hay que descubrir las desviaciones, las inversiones o las simetrías entre los diversos elementos. Así no basta con decir que Adonis, el dios que muere y resucita, simboliza el ciclo vegetal. Hay que reparar en que nace de la mirra (planta solar y aromática) para morir en la lechuga (planta fría y cruda). Esto nos lleva a tener en cuenta el código botánico, en el que ocupan un lugar central los cereales: Adonis escapa de su mundo, como signo de vida, y fuera de la norma. El código botánico nos remite al código zoológico y al código astronómico (ya que las substancias aromáticas vegetales son plantas «caniculares»). Así el mito de Adonis es objeto de un erudito desciframiento. El tema del matrimonio es esencial en él. ¿No desaparece Adonis en el momento en el que alcanza la edad de la unión conyugal, después de una infancia entregada al amor? Su falta de acceso al matrimonio se corresponde con la ausencia de cereales en el registro botánico, en la medida en que hay un vínculo entre matrimonio y agricultura, ambos bajo el patrocinio de Démeter. Se desemboca así en una interpretación nueva del mito ritual de Adonis, que realizan, en el momento de la canícula, las cortesanas y las concubinas acompañadas de sus amantes, en un clima licencioso. El rito consiste en depositar en la azotea de las casas pequeños «jardines» metidos en potes de cerámica. Las plantas germinan enseguida y mueren rápidamente. Esta antiagricultura contribuye a valorar la verdadera agricultura, de la misma manera que la atmósfera de desenfreno sexual se opone a la gravedad de las Tesmoforias, las fiestas de Démeter celebradas por mujeres casadas obligadas a someterse a una ascesis severa. El análisis estructural permite progresar así en la interpretación de un sistema mítico y ritual, parcialmente opaco hasta entonces.

El desciframiento sistemático de *los rituales* más variados (fiestas antiguas como acabamos de ver, procesiones cristianas, manifestaciones políticas) constituye uno de los ejercicios favoritos de los etno-historiadores, puedan o no puedan apoyarse en textos. Emmanuel Le Roy Ladurie nos ha dado una inolvidable evocación del *Carnaval de Romans* de 1580, fiesta ensagrentada en la que los notables de esta ciudad del Delfinado eliminaron, dirigidos por el juez Guérin, a los jefes del partido pupular, encabezados por Paumier, los cuales había desencadenado una situación revolucionaria desde hacía algunos meses. Cuando tuvo lugar el carnaval de 1580,

las posiciones sociales de los actores de la fiesta se expresaron simbólicamente mediante los nombres de los diferentes *reynages* (término que designa las agrupaciones, bajo nombres de animales, constituidas con motivo de la elección del rey y de su corte). El bestiario de los *reynages* de los habitantes de Romans traduce, con particular claridad, la oposición que existe ente ricos y pobres: a los primeros les corresponden animales que vuelan, «caracterizados sexualmente»; a los segundos, animales de tierra, castrados o sexualmente indiferentes.

(Alto) Ricos: gallo, águila, perdiz (animales que vuelan).

(Bajo) Artesanos y labradores: oso, oveja, liebre, capón, asno (animales de tierra).

Además, se representaron los programas políticos de las dos facciones opuestas en los ritos de carnaval. Del lado plebeyo se utilizó el eslogan «¡Ricos, restituid!» y la amenaza encarnada en danzas que contenían rastrillos, escobas y tejidos mortuorios. Del lado patricio, se exhibió la inversión de la tarifa de los artículos alimenticios para hacer burla de las reivindicaciones populares, y también se organizó un gran desfile de los estados de la sociedad, como forma de consagrar el orden vigente. Todo reviste aquí una dimensión a la vez política y mítica: cuando los partidarios de Paumier bailaron la danza de las espadas, ésta aparece con connotaciones sociales amenazadoras para los ricos, y también con reminiscencias agrarias y sexuales.

Aparte de este lenguaje particular del carnaval de 1580, referente a la lucha social, descubrimos los rasgos permanentes del carnaval de las sociedades tradicionales, la gran fiesta del invierno, pródiga en múltiples conexiones: el ritual de cambio de año, en el que se distinguen gestos propiciatorios destinados a asegurar la fertilidad; y el preludio de la cuaresma, tiempo de francachelas y violencia en el que se deja libre curso a los actos irracionales y locos, tiempo destinado a expulsar el mal social mediante bromas e insultos. La interacción entre el plano de las estructuras profundas, constituido por los caracteres perennes del carnaval y el plano de los acontecimientos explosivos de 1580 es analizado con extraordinaria agudeza. Es, a nuestro entender, uno de los casos excepcionales en que el análisis estructural ha sabido adaptarse al breve período de unas luchas sociales y en el que el desciframiento de un ritual complejo se vincula a la crónica política.

El *análisis estructural de los textos*, trátese de una obra en su totalidad, de una página precisa o de un documento elegido entre los más ordinarios, constituye igualmente una nueva vía para el trabajo histórico. Algunos investigadores, entre los que se puede citar a Nathan Wachtel, Jacques Le Goff y Michel de Certeau, se han inspirado en Propp, Greimas y Brémond para renovar radicalmente la crítica de los textos. Su programa puede definirse así: «Se trata de sustituir, mediante la representación fónica o gráfica del discurso (...) una representación artificial, construida al poner en evidencia las correlaciones o relaciones que articulan, entre ellas, las unidades elementales de la significación» (Jean Calloud). Esta práctica puede ser pródiga en enseñanzas para el historiador. Testimonio de ello es el ejemplar estudio de Nathan Wachtel, *Pensée sauvage et acculturation* (*Annales ESC*, 1971, pp. 793-841), que restituye los paisajes mentales contrastados de dos peruanos aculturados del siglo XVI a partir del estudio de sus obras.

Uno, Garcilaso de la Vega (nacido en 1531), es un perfecto asimilado que somete la historia de su país al tiempo lineal e irreversible de los occidentales; el otro, Poma de Ayala (nacido hacia 1535), reinterpreta las aportaciones occidentales a través de la lógica indígena: su historia sagrada, por tomar un único ejemplo, se divide en cinco períodos, de acuerdo con la visión de la historia de los incas. Este estudio pionero no ha envejecido en absoluto, aun cuando los historiadores, con la ayuda de la semiótica, lo han sometido a una formalización más o menos rigurosa del contenido de los textos, en el sentido de una creciente abstracción. Podremos juzgarlo con la lectura del análisis de la *Histoire d'un voyage faict en la terre du Brésil*, de Jean de Lery, que realiza de forma sorprendente Michel de Certeau en *L'Escriture de l'histoire* (capítulo V, «Ethnograhie. L'oralité, ou l'espace de l'autre: Léry», pp. 215-248). Esta *Histoire d'un voyage*, publicada en 1578, relata una estancia en un «refugio» calvinista de la bahía de Río entre 1556 y 1558, después de tres meses de vagabundeo entre los tupinamba de la costa y, finalmente, la vuelta a Occidente. El conjunto del relato se organiza, según De Certeau, en torno a la diferencia estructural entre el *aquí y el allá abajo*; supone una *fractura* constante, tanto en lo que afecta a la travesía como a la diferencia entre la sociedad tupí y la sociedad occidental. El texto se nos presenta así como un trabajo para conducir *lo otro a lo mismo*. De partida, puede hacerse una figura geométrica en función de un eje horizontal que separa *por este lado* (lo mismo) y *por el otro lado* (lo otro). «El trabajo que efectúa puede representarse como un giro de 90 grados de esta línea, creando así un eje lo otro/lo mismo, perpendicular al eje por este lado/por aquel lado. Por este hecho, el "por aquel lado" no coincide ya con la alteridad. Una parte del mundo que parecía por completo *otro* es conducido a *lo mismo* por el efecto del desnivelamiento que desmonta la extrañeza para convertirla en una *exterioridad*, más allá de la cual se puede reconocer una *interioridad*, única definición del hombre». Entonces tendríamos, de hecho, el modelo de cualquier escritura etnológica, que consiste en descubrir detrás de la irreductible extrañeza, la presencia de algunas constantes invariables que se encuentran vinculadas a una sola y misma naturaleza humana, así como a una lógica universal. Este relato de viaje *es una hermenéutica de lo otro* y esta primera forma de etnología es un sustituto de la exégesis cristiana, en la que el problema de la relación con la alteridad judía ocupa un lugar central. Vasta conclusión, de innegable importancia para los historiadores, extraída de un análisis sobre el *corpus* cerrado, dirigida según las reglas de la semántica estructural.

Aunque quizá no sea prudente llegar a una conclusión, en una disciplina en la que cambian tan rápidamente las perspectivas, se puede adelantar que, actualmente, parece que están en camino de federarse las diferentes corrientes de la historia estructural bajo la denominación de *antropología histórica*. Las perspectivas de esta última han sido recientemente trazadas con notable claridad por André Burguière («L'anthropologie historique» en *La Nouvelle Histoire*, pp. 37 a 61). La antropología histórica tiene por objeto, nos dice, estudiar el hombre en su ambiente bio-climático, técnico, familiar, social, etc. Para ello, analiza las múltiples redes que lo aprisionan (niveles de edad, prácticas de relación, comportamientos en la mesa, sistemas de representaciones, etc.) y pretende ver cómo rigen los comporta-

mientos corporales, las relaciones domésticas, lo *cotidiano* en su conjunto (ver *Montaillou, village occitan*, de Emmanuel Le Roy Ladurie). Se trata, en suma, de evocar toda la trama de la vida biológica y social, de iluminar los «sistemas ocultos», lo reprimido, lo no-consciente. Es necesario penetrar el sentido de las actitudes silenciosas y de los más automáticos gestos, exhumar las significaciones perdidas de los sistemas simbólicos, como los rituales de vasallaje o los de matrimonio en la Francia tradicional (ver Jacques Le Goff, «Le rituel symbolique de la vassalité», en *Pour un autre Moyen Âge*, 1979, y Martine Ségalen, *Mari et femme dans la société traditionelle*, 1980). El objetivo último es establecer, a partir de una descripción etnográfica rigurosa, los comportamientos del pasado, *meta lógica del pensamiento y de las actitudes humanas*. Una investigación de este tipo exige ir más allá de las «racionalizaciones» elaboradas por los agentes históricos, y que hay que considerar como máscaras que disimulan los datos estructurales; requiere también adoptar una nueva actitud ante el tiempo: sin caer en la trampa de la historia inmóvil, hay que privilegiar lo repetitivo, lo «reactivado» incluso, a expensas de lo cambiante, dedicando especial atención a los fenómenos de petrificación social y a las fuerzas que inciden en él.

CAPÍTULO 13

LA DUDA ACERCA DE LA HISTORIA

Reconozcamos de entrada que este título es capcioso, ya que incluye andaduras tan diferentes como las de Henri Marrou, Paul Veyne, Michel de Certeau y Jean Chesneaux. Pero sigue siendo útil para designar una corriente muy amplia de sometimiento en cuestión de algunas certidumbres sobre las que descansaba la ciencia histórica desde el siglo XIX. Hay que buscar su origen en el relativismo que, desde el período de entre guerras, se dedicó a arrasar la noción de *hechos establecidos*, mostrando que únicamente se trataba de criterios que, en un momento dado, habían sido consensuados por parte de los historiadores. En lo sucesivo, entre estos últimos, será de buen tono dar pruebas de un «agnosticismo resignado», como en la obra maestra de la *New Cambridge Modern History* en 1957: puesto que ya que se sabe que la historia no puede «componerse de partículas elementales e impersonales que nada podría alterar», la ambición de los autores se limitará entonces a «decir simplemente lo que se sabe en la actualidad», en tanto que se espera a «que los resultados de sus esfuerzos sean siempre cuestionados y superados». Con el paso de los años, la duda acerca de la historia, todavía equilibrada en la obra de Henri Marrou por un saludable optimismo, se transformó mediante el sistemático proceso al que se ha visto sometida. Se conocen los testigos de la acusación: el presente del historiador, que determina su punto de vista acerca del pasado; las falsas «leyes» de la historia, que, en el mejor de los casos, no son más que regularidades aproximativas en el desarrollo de los acontecimientos; los conceptos inadecuados, abusivamente aplicados a las sociedades del pasado; el peso de la institución histórica, tan envarada en sus tradiciones; finalmente, los artificios del propio texto histórico, que mantiene la ilusión de reconstruir el pasado.

No encontramos todos estos argumentos en cada uno de los cuatro autores anteriormente mencionados, pero algunos temas circulan del uno al otro, sufriendo a veces notables inflexiones. Si Marrou y Veyne reconocen, como principal mérito de su disciplina, el ser una inigualable colección de historias verdaderas, De Certeau insiste igualmente acerca del lugar que ocupa el elemento narrativo en el discurso histórico. Cuando Marrou exige al historiador que exponga los motivos y las condiciones de

su investigación, ¿no anuncia la exigencia formulada por De Certeau de «unir, a la reconstrucción de un pasado, el itinerario de su andadura?». Cuando Paul Veyne denuncia la inconsistencia del texto histórico, un método de análisis empírico le conduce a intuiciones próximas a ciertas conclusiones a las que llega Michel de Certeau a través del análisis semiótico. Finalmente, ¿quién no descubriría un cierto parecido entre los acerados comentarios de Michel de Certeau acerca del ambiente de los historiadores y la vitriólica crítica de Jean Chesneaux, que, por otra parte, recupera algunas ideas maestras del mencionado en primer lugar? En la línea de la controversia posterior al 68, uno y otro han considerado que el debate con sus colegas no era únicamente intelectual, sino que tenía que incidir sobre las estructuras de la propia corporación de los historiadores.

1. Del «presentismo» optimista de Henri Marrou al hipercriticismo de Paul Veyne

A) Dos lapidarias fórmulas nos servirán de introducción a la obra clásica de Henri Marrou, *De la connaissance historique*: «La historia es inseparable del historiador» y también «la historia es consecuencia del esfuerzo por el cual el historiador establece la relación entre el pasado que evoca y el presente que es el suyo». Aunque no era nueva, muchos historiadores hicieron suya esta filosofía a finales de los años 50. Escuchemos a Hegel: «El historiador normal y mediocre, que pretende que su actitud es simplemente receptiva, que se somete al dato, no es en absoluto pasivo en su pensamiento, aporta sus categorías, viendo los hechos a través de ellas» *(Lecciones sobre la filosofía de la historia,* 1822). Escuchemos a los maestros del *presentismo* anglosajón de los años 1930-1940. Según R.G. Collingwood: «El pensamiento histórico es una actividad de la imaginación (...). En historia, ninguna experiencia es definitiva. Un testimonio, válido en un momento dado, deja de serlo desde que se modifican los métodos y desde que cambian las competencias de los historiadores» (*The Idea of History*, 1946). Para C. Becker, «cada siglo reinterpreta el pasado de manera que éste sirva para sus propios fines (...). El pasado es una especie de pantalla sobre la que cada generación proyecta su visión del porvenir.» Raymond Aron se inscribe en la misma corriente: «Desde que se plantea el trabajo del historiador, la pluralidad de las interpretaciones es evidente. Por eso surgen tantas investigaciones como sistemas, es decir, en términos amplios, concepciones psicológicas y lógicas originales. Más aún, podemos decir que la teoría precede a la historia» (*Introduction à la philosophie de l'Histoire*, p. 111). Esta serie de citas demuestran que, para los relativistas, la actividad del protagonista es esencial en el proceso del conocimiento histórico. Lejos de contentarse con extraer de las fuentes el pasado, el historiador infunde contenidos afectivos, intelectuales e ideológicos en su obra. De hecho, responde a los problemas surgidos en su presente, de donde se deduce la perpetua falta de conclusión de la historia, que evoluciona con aquéllos.

Marrou recupera por su cuenta estas afirmaciones, de la misma manera que utiliza ciertos argumentos de Bloch y Febvre cuando se trata de echar la culpa a Langlois y Seignobos, sus bestias negras. A diferencia de los vie-

jos maestros «positivistas», Marrou afirma el primado de la actividad intelectual realizada por el historiador a partir de las fuentes de que dispone. Como en el caso de los fundadores de los *Annales*, la pregunta ocupa el primer lugar en la historia, pero esta vez está lastrada por la angustia existencial y teñida de personalismo: no es sólo un problema por resolver, es una actividad que arraiga en las más profundas aspiraciones del sujeto por descubrir al otro. Por tanto, no puede haber para ello un método único. «El historiador no es un simple obrero dedicado a la transformación de una materia prima, ni el método histórico es una máquina-herramienta en la que se introduciría como por un embudo el documento bruto y de donde saldría un fino tejido de conocimiento». En cada caso particular, para captar el pasado, habrá que «encerrarlo, sin escapatoria posible, en una red de preguntas». Dado que éstas pueden variar hasta el infinito, no hay que temer el agotamiento de la documentacion, obsesión de Langlois y Seignobos. Gracias a su ingenio y a sus conocimientos personales, el historiador contribuye a crear su documentación, no dejándose limitar por las noticias diversas procedentes de los inventarios de los archivos.

En todas las etapas del trabajo histórico debe haber un compromiso activo del sujeto conocedor que establece una relación entre dos niveles de humanidad, el de los hombres de antaño, y el presente en el que vive, marcado por un esfuerzo de «recuperación de este pasado». Éste nunca podrá ser aprehendido en sí mismo, sino como conocimiento, es decir, después de haber sido remodelado por las categorías mentales del investigador y por las servidumbres lógicas y técnicas que se le imponen. Yendo más lejos-insistiendo acerca de la «comunión fraterna» que se debe establecer entre el historiador y el documento, Marrou dirá que el valor del conocimiento histórico es directamente proporcional a la riqueza interior y a la calidad espiritual del sabio. Lejos de ser un *diletante*, movido únicamente por la curiosidad, el historiador se enraiza por añadidura en un «medio social, político, nacional, cultural» que lo ha modelado, y «al que retorna y aprovecha todo lo que aquél hace». En el historiador así concebido hay algo de gran sacerdote, depositario de las aspiraciones fundamentales del grupo, partero de las grandes preguntas colectivas, sin dejarse llevar nunca por las exigencias de la propaganda.

El conocimiento histórico, lejos de ser una simple reproducción del pasado, es una reelaboración de él, ya que inevitablemente pasa por la conceptualización. Conocer históricamente es sustituir los datos en bruto por un sistema de conceptos elaborados por el espíritu. Marrou clasifica los conceptos utilizados por el historiador en cinco grandes categorías que, hoy en día, pueden parecer bastante anticuadas: 1) conceptos de ambición universal, 2) imágenes singulares utilizadas analógica o metafóricamente (así la noción de barroco), 3) nociones relativas a un medio dado (tales como *patricio* o incluso *virtud romana*, según Plutarco), 4) tipos ideales weberianos (la noción de *ciudad antigua*) y, finalmente, 5) nociones históricas que denotan medios humanos particulares (Bizancio, el Renacimiento, la Ilustración). Taxonomía anticuada, ya que no concede ningún lugar a algunos temas clave de la historia conceptualizante actual, tales como las nociones de estructura o de modo de producción. Quedan las páginas acerca de los *tipos ideales* inspirados en Max Weber. Se trata, como el concepto de *ciudad antigua* bosquejado por Fustel de Coulanges, de esquemas abstractos

de valor relativamente general, que permiten hacer inteligible la diversidad de sociedades históricas concretas. Son de naturaleza ideal, en la medida en que los caracteres seleccionados para bosquejarlos no son necesariamente los que suministran los casos concretos más numerosos, sino los más representativos, los más inteligibles. Marrou dio un buen ejemplo de ello en la *Nouvelle Histoire de l'Église,* donde esboza el retrato ideal de padre de la Iglesia. Una vez elaborado el tipo ideal, el historiador debe volver a lo concreto: si éste encaja con el *idealtypus,* a partir de entonces se encuentra dotado de inteligibilidad; a falta de ella, su singularidad aparece mejor. El gran peligro sería transformar en cosa estos conceptos, convertirlos en ideas platónicas, más reales que la propia realidad. Paul Veyne lo repetirá: son únicamente construcciones del espíritu, «etiquetas verbales» provisionales, situadas sobre una realidad diversa e inasequible. En la última fase de su elaboración, el conocimiento histórico revela su radical nominalismo. Deletrea imperfectamente una realidad infinitamente diversa.

La explicación histórica tiene que hacer frente a muchas limitaciones. Ciertamente, actualiza los fenómenos de coordinación e interrelación entre los hechos; sucede que los datos históricos se distribuyen en amplios conjuntos, pero muchos de ellos escapan a los marcos así forjados por el espíritu. Marrou desconfía del mito de la unidad estructural de las civilizaciones: pueden incluir en su seno sistemas articulados, pero a la vez siempre quedarán elementos aislados y otros yuxtapuestos de manera completamente empírica. Junto a las estructuras inteligibles, hay que saber dejar lugar a las anomalías, que proceden de la diversidad de lo singular. Marrou hace prueba de una prudencia igual cuando se trata de la causalidad. A sus ojos, la tradicional investigación sobre las causas, que proceden de una visión mecanicista de la historia y que sólo adquieren sentido dentro de una concepción estrictamente *evenemencial* de la misma, debe dejar de retener toda la atención del investigador. Hay que esforzarse en reconstruir los *desarrollos coordinados*. La explicación en historia ya no se limita a la tradicional concatenación de hechos, sino que consiste en el análisis de los «mil lazos» que unen, unos a otros, los diversos aspectos de la realidad. Hay que huir de la tentación, propia de los filósofos, de llevarlo todo a la unidad. «La realidad histórica es inagotable, a la vez que equívoca» (Raymond Aron). Por tanto, la historia sólo debe intentar ser una *descripción razonada* de las múltiples coordinaciones que componen la textura de lo real, pero no puede pretender establecer las leyes del comportamiento humano. Debe desterrar el espíritu de sistema y guardarse de las filosofías totalizadoras como el marxismo, casi tan maltratado por Marrou como por Veyne.

Esta crítica de la razón histórica no desemboca en el escepticismo: la historia sigue siendo capaz de elaborar un conocimiento verdadero (aunque parcial) del hombre, en su riqueza y su complejidad. No hay que oponerlo estrictamente a las ciencias exactas, ya que no hay conocimiento del objeto tomado al 100 por 100, sin intromisión del sujeto conocedor. Pero podemos calificar a una ciencia de objetiva cuando los procedimientos definidos le permiten alcanzar algo de lo que pertenece al objeto. ¿No es esto lo que ocurre en historia, en la que los conocimientos progresan gracias a las controversias y las polémicas? La historia es comprensión parcial del objeto, al mismo tiempo que aventura espiritual del sujeto conocedor. En

toda obra debería ser posible distinguir lo que pertenece al objeto de lo que es aportación personal del historiador. Dado que sólo aprehende la verdad parcialmente, este último debe tener plena consciencia de las servidumbres que pesan sobre él: límites de la documentación, bagaje lógico y técnico heredado, incapacidad de todo aquel que no sea Dios para sondear riñones y corazones de los hombres del pasado. El investigador deberá tener en cuenta todas estas limitaciones, ofreciendo a sus lectores una detallada exposición de su itinerario intelectual y elaborando un texto a dos niveles, a la vez narrativo y explicativo. No basta con satisfacer la normal honestidad profesional, ofreciendo a todo el mundo los medios de controlar sus asertos, hay que saber realizar una introspección como historiador comprometido en un proceso de conocimiento. No sería exacto hablar de psicoanálisis, ya que Marrou no hace intervenir las motivaciones inconscientes del trabajo histórico, tampoco menciona el condicionamiento social del conocimiento. Sólo quiere mantener los postulados y los proyectos conscientes del investigador. Esta actitud no es plenamente operativa dada su falta de lucidez. Hay que dejar pasar los años para que se establezca un cierto distanciamiento entre el autor y su obra, haciendo que esta *retrospección* sea más fecunda. Estas páginas esbozan una verdadera revolución de la escritura histórica, al invitar a los colegas a no contentarse ya con enunciar los resultados de sus investigaciones (*lo cierto, lo establecido*) y a practicar desde entonces una *enunciación distanciada*, en la que una parte del texto juzga a la otra. El propio Marrou dio ejemplo al finalizar su tesis acerca de *Saint Augustin et la fin de la culture antique* con una *retractatio*. Aunque niega toda vinculación al relativismo, ciertamente se inserta en esta amplia corriente, sin que vacile totalmente su sólido optimismo de cristiano comprometido que se considera *comisionado a la búsqueda de la verdad* para compartirla con los demás. Fuera inspirado por él, por Raymond Aron o para Lucien Febvre, el relativismo ejerció su hegemonía entre los historiadores franceses de los años 50, sufriendo algunos ataques por parte de los últimos positivistas y de los marxistas. Algunos de estos últimos se vieron influidos por él vinculándose a un *relativismo objetivo*, tal como lo formula Adam Schaft en *Historia y verdad* (1971): habida cuenta de los diferentes condicionamientos, comprendidos los afectivos, que pesan sobre el historiador, la verdad histórica alcanzada es solamente parcial, pero el conocimiento progresa «por el infinito proceso de acumulación de verdades relativas».

B) Paul Veyne inauguró la renovación espistemológica de los años 70, pero sobre la base de los logros de la década de 1950. *Comment on écrit l'histoire* (1971) vino a llenar un vacío teórico, en una época en la que reinaban en nuestra disciplina las cifras, las curvas y las reconstrucciones globales de amplios conjuntos sociales, frecuentemente inspirados en el marxismo. Paul Veyne, ante estos historiadores imperialistas, mantendrá el discurso tradicional del humanismo occidental, teñido de hondo escepticismo. Humanista, hace justicia al sujeto historiador, que ve ante todo como un narrador, un novelista de la verdad. Escéptico, da pruebas de una total desconfianza respecto a las pretensiones de la historia de erigirse en ciencia, lo mismo que respecto a todas las tentativas de conceptualización *new-look*, tanto si son de tipo estructuralista como marxista. No se priva de volcarse en un hipercriticismo de buen tono cuando afirma sin parpa-

dear: «Desde Herodoto y Tucídides, el método histórico no ha hecho ningún progreso».

Sigamos primero a Paul Veyne en la busca de la verdadera naturaleza de la historia. Su crítica es a veces estimulante, incluso a veces corrosiva. Una cura de escepticismo no podría perjudicar a nadie. ¿Qué es, por tanto, la historia? Un relato verídico que narra «acontecimientos cuyo actor es el hombre», plegándose a las exigencias del género narrativo: «Como la novela, la historia elige, simplifica, organiza, hace que un siglo quepa en una página.» Esta narración se centra en lo individual, entendámonos, sobre los seres y acontecimientos situados en un preciso momento del tiempo. Es un conocimiento *ideográfico* (que trata de lo particular) por oposición a las ciencias *nomográficas* que establecen leyes, tales como la física o la economía. La historia interesa precisamente porque cuenta, y quizá más que la novela, porque trata de acontecimientos ciertos, marcados además por el signo de la diferencia cultural: «La historia es un saber decepcionante, que enseña cosas tan banales como nuestra vida, si no fueran diferentes.» Esta exigencia de tipo novelesco es lo que incita al historiador a querer mantener la ilusión de reconstruir íntegramente el pasado.

De hecho, la historia es un conocimiento mutilado e incompleto que intenta disimular sus debilidades. En muchos pasajes, como en la obra de Paul Veyne, especialista en el mundo antiguo, se manifiesta este agudo sentimiento por la pérdida documental que afecta al historiador de períodos lejanos. Por lo demás, una crítica lógica denuncia, con bastante exactitud, la ilusión de exhaustividad mantenida por los títulos capciosos y el funcionamiento en circuito cerrado de la investigación histórica: «Los documentos que nos suministran las respuestas también nos dictan las preguntas.» De acuerdo, ¿pero no se trataría de la miopía de los maestros del siglo XIX? ¿No es excesivamente fácil subrayar las debilidades de la historia, en nombre de un estado superado de ésta? ¿Quién, hoy en día, se prohíbe el plantearse cuestiones ajenas a su documentación? La utilización de un *cuestionario preestablecido*, explícitamente recomendado por Voltaire desde 1744, es una regla en los *Annales* desde los años 30. ¿La lectura *sustitutiva* de los documentos, así como su interpretación *en profundidad*, no se han convertido en prácticas corrientes desde principios de los años 60? Sucede que el relato histórico es incompleto, de manera variable, según los períodos y que intenta disimular esta debilidad bajo bellas construcciones simétricas. Detrás de estas fachadas aparece la heterogeneidad de las carencias: por ejemplo, se conoce mejor la vida política que la social durante la República romana, y ocurre lo contrario para el Imperio. También constatamos que la historia, lejos de contarse con un mismo ritmo, se escribe «con las desigualdades de tiempo, que se corresponden con la desigual conservación de los vestigios del pasado». Unas veces, diez páginas para el relato de una jornada; otras, dos líneas para diez años: el lector debe confiar cada vez en el narrador.

También comprobamos que la historia es un conocimiento de ámbito indeterminado, que se pliega a una única regla: que todo lo que se cuente haya tenido lugar. De donde procede la impresión de discontinuidad y fragmentación que suscita. Se extiende potencialmente a todo lo que ha constituido la vida cotidiana de los hombres. En este ámbito es una idea-límite, la prosecución de un objetivo inaccesible. En un territorio tan mal defini-

do, la arbitrariedad del historiador se puede ejercer a placer. Cada cual practica «su» división de la materia histórica, ora temática, ora cronológica. Cada cual diseña a su albedrío los itinerarios en el campo de los acontecimientos, eligiendo resaltar tal o cual aspecto de las cosas, dando a los detalles «la importancia relativa que exige la buena marcha de la intriga». El historiador trata de describir en lugar de narrar; por tanto, elegirá un conjunto *de rasgos pertinentes* para instaurar una coherencia, que será la del texto, y no la de la realidad que evoca. El trabajo al que se entrega tiene algo de radicalmente subjetivo y encuentra su fin en sí mismo: «La historia es una actividad intelectual que atiende a satisfacer la simple curiosidad por medio de formas literarias cosagradas.» Este aforismo sería válido para el individuo historiador (según Marrou nos encontramos lejos del intelectual enraizado en su medio con todas las fibras de su ser», o del historiador weberiano definido en «relación a sus valores») y para los grupos humanos: el nacimiento de la historia no habría que atribuirlo tanto al despertar de la consciencia del sí, sino a una general curiosidad acerca de los orígenes, dando lugar al nacimiento de un género literario particular.

¿Cómo definir por tanto la tarea del historiador? Consiste en comprender y en narrar más que en conceptualizar. En historia, la explicación no consiste en asignar un hecho a su principio, sino, ante todo, en construir una narración clara y documentada. Hace intervenir una multiplicidad de factores: el azar, las causas materiales, la libertad, los fines perseguidos. Cualquier interpretación siempre es parcial. No hay que encerrarla en ningún corsé, sino aprender a evocar el mundo vivido «con seres concretos que hacen y que aman». De ello se deriva que «la historia no tiene método», si no es aquel que nos permite comprender el mundo en que vivimos. E igualmente que Paul Veyne proclame que los grandes historiadores «no tienen ideas». De donde procede un ataque en regla contra la historia conceptual que encierra el pasado en abstracciones y hace intervenir siempre las mismas «grandes fuerzas familiares» (tales como *la ciudad* o *la burguesía* en la obra de Jaurès). A decir verdad, los historiadores no pueden arreglárselas sin los conceptos, comprendidos los partidarios de lo concreto, ya que describen «lo individual a través de los universales». Pero, frecuentemente, los usan de manera inadecuada (¿no hablan algunos de *capitalismo* desde el siglo XII y de *revolución industrial* en pleno período feudal?). Más grave aún, estos conceptos son representaciones compuestas, desenfocadas e inestables, que parece que sirven para comprender, pero que más frecuentemente sólo son incitaciones en sentido contrario. Más aún, estos conceptos a menudo son cosificados incluso personificados en el texto histórico, donde adquieren el *status* de fuerzas que actúan en el devenir, cuando en realidad sólo se trata de etiquetas provisionales puestas sobre complejos procesos. Este pertinente análisis denuncia el recurso a las explicaciones que sirven para todo (véase la costumbre actual de poner la *sociabilidad,* o la oposición entre *centro* y *periferia*, en todas las salsas) y advierte contra la tentación de poner en pie maquinarias y modelos abstractos considerados como más verdaderos que los complejos encadenamientos del devenir histórico (lo *carcelario* de Michel Foucault no escapa a este reproche). Paul Veyne quiere evitar, con estas llamadas de atención, que la historia no se convierta en una serie de objetos uniformes, una monótona galería de universales, cuando hay que poblarla de seres y acontecimientos

únicos. Atención, pues, a los conceptos, «falsos porque están desdibujados», y «desdibujados porque su objeto se mueve sin cesar». La historia se relaciona con la geografía de un mundo en el que las fronteras cambiarían sin cesar y en el que todo mapa, apenas establecido, quedaría anticuado. No logra superar el «divorcio de lo uno y de lo múltiple», ni el del ser y el del devenir. No puede pasar de las palabras para decir cosas que, a causa de sus cambios continuos, convierten a las palabras en inadecuadas. Por todas estas razones, el concepto aparece como la piedra angular del conocimiento histórico. Hay que forjar, para cada período, conceptos adecuados a los hechos sujetos a interpretación, con el peligro de lograr sólo un cóctel de narración cierta y nociones inestables.

Esta implacable crítica de la razón histórica también incide sobre la causalidad en historia, considerada como irregular y confusa la mayoría de las veces, excluyendo el juego de determinismos rigurosos. Frecuentemente, el historiador sólo conoce el efecto, y se esfuerza por remontarse a la *causa* por el mecanismo de la *retrodicción*. Etimológicamente consiste ésta en el arte de decir remontándose al pasado, entendiéndose por ello el procedimiento que consiste en retroceder desde el efecto conocido hasta su hipotética causa, y que permite «llenar los vacíos» del texto histórico. Ejemplo-tipo: aquel que hace derivar la impopularidad de Luis XIV, al final de su reinado, de lo gravoso de los impuestos. El historiador, al realizar esta operación, tan corriente que a veces llega a ser inconsciente, sólo desemboca en una conclusión más o menos verosímil, que pretende el razonamiento por analogía. El relato histórico funciona ampliamente siguiendo esta lógica de lo verosímil. Por tanto, el método del historiador tiene que ver con el conocimiento, con la experiencia adquirida, que hace posible captar las regularidades (pero no las leyes) de un período. Es un arte que implica un largo aprendizaje, pero no una ciencia, aunque en él abunden las ideas generales. La historia no es científica aunque ello disguste a los positivistas y a los marxistas: explica acontecimientos concretos como consecuencia de causas particulares y verosímiles, pero es incapaz de traducirlas a leyes. Se relaciona con una intriga dramática que solamente será explicable escena a escena, dada la constante entrada en el escenario de nuevos actores. De donde procede un desenlace inesperado, aunque sea natural.

Rechazando todo determinismo y desconfiando de la abstracción, Veyne señala su hostilidad hacia el marxismo, al que trata caballerosamente. Nos dice que «no ha previsto nada, ni explicado nada», ya que en historia no hay ninguna instancia decisiva, susceptible de determinar una «constante jerarquización causal». Hay que dejar esta doctrina «en entredicho» mientras el marxismo no nos proponga explicaciones coherentes acerca, por ejemplo, de la manera como el molino de agua generó la servidumbre. Última pirueta de un pensamiento que se complace en la paradoja y que gusta de los juicios perentorios, Paul Veyne actúa como discípulo de Marrou llevando la crítica más lejos que el maestro y añadiéndole una total carencia de compromiso con el presente, para no buscar en la historia más que la satisfacción de insaciable curiosidad intelectual.

2. El asalto conjugado del marxismo, la semiótica y el psicoanálisis

Michel de Certeau y Jean Chesneaux, «hombres límite», dirigieron después de 1970 los asaltos más contundentes contra la historia universitaria, considerada bajo el doble aspecto de sus estructuras «disciplinarias» y de sus producciones intelectuales. La época más importante de su producción epistemológica se sitúa en 1975-1976.

A) Ellos forjaron las *armas de su crítica* a lo largo de itinerarios personales muy ricos. Jean Chesneaux tiene un pasado de militante político comprometido en las luchas antiimperialistas y de investigador especializado en la historia social y política del Extremo Oriente contemporáneo. Revolucionario, vivió con cierta mala conciencia su existencia de universitario privilegiado (ver las primeras páginas de su obra *Du passé faisons table rase*). Para arrancar a la historia de su embotamiento y para instaurar una «relación activa con el pasado», sólo hay un arma a sus ojos: el marxismo en su versión maoísta. Michel de Certeau siguió un itinerario completamente diferente, durante el cual adquirió una formación pluridisciplinar de filósofo, historiador, psicoanalista y semiótico. Como historiador, se interroga acerca de la naturaleza de su disciplina: es una acto de dividir, de separar el presente del pasado, práctica ignorada en las sociedades tradicionales, ligada a la particular relación que Occidente mantiene con la muerte. Nuestra civilización niega la pérdida «afectando al presente el privilegio de recapitular el pasado en un saber». Historiador de la vida religiosa, analiza el funcionamiento de su sub-disciplina, tratada por turno desde distintos ángulos, místico, folclórico o sociológico, para señalar que, en cada ocasión, las preocupaciones del presente son las que han marcado el punto de vista del pasado (*Faire de l'Histoire,* 1970, reeditado en *L'Écriture de l'Histoire,* 1975). Partidario de las técnicas modernas, sobre todo del análisis estructural de textos, ve en la historia una compleja operación y no la ilusoria resurrección de algo vivido. No reserva el uso de la semiótica para el estudio de los documentos antiguos, sino que también lo utiliza para descifrar el discurso histórico contemporáneo. Psicoanalista lacaniano, se enfrenta a esa antigua convicción que tienen los historiadores de enunciar lo real. No hay «lugares en los que se dé la realidad», por muy objetivo que sea aparentemente su discurso. Lo real siempre lleva máscara y nunca se puede diferenciar totalmente de la ilusión (ver el debate con R. Robin, *Dialectiques,* núm. 14). Tal punto de vista está relacionado con la crítica marxista de las ideologías, en la medida en que se dedica a denunciar los falsos semblantes y a remitir cualquier discurso a sus segundas intenciones ocultas, a lo que se «organiza en silencio»: las leyes del inconsciente, pero también el medio social del que participa el historiador.

B) *Una mirada sin complacencia sobre el mundo de los historiadores.* Jean Chesneaux bosqueja con acritud una «Pequeña sociología del saber histórico». Echa la culpa sobre todo a las muy jerarquizadas estructuras de la corporación. La máquina que produce la historia «tiene sus blusas blancas, sus pequeños jefes» y algunos mandarines en la cima. Hay que cumplir ciertos ritos de paso para franquear las escaleras de la pirámide: en Francia, la *agrégation*, la tesis de licenciatura, la del doctorado, y más tar-

de, publicar «trabajos importantes». El autor les niega cualquier valor en sí mismos y sólo les reconoce una función: «Hacen posible que actúe la cooptación en lo alto.» El ejercicio de esta última corresponde a un pequeño número de mandarines de la corporación, presentes en el comité consultivo universitario, en los tribunales de tesis y en las comisiones del CNRS, que controlan a la vez los nombramientos, las promociones y las atribuciones de créditos. Son los mismos que encontramos en la dirección de las grandes revistas, dedicadas en esta ocasión a la filtración de los artículos. La concentración de poderes va en aumento, hasta el punto de que la sección sexta de la EHESS funciona como un «holding», coronando la investigación de punta y esforzándose en rentabilizarla a través de los medios de comunicación de masas. A partir de aquí, la máquina histórica es tan poderosa que encuentra la finalidad en sí misma, tiene que conocer una expansión continua a base de investigaciones, artículos y tesis, «a imagen de la producción capitalista». Como consecuencia de este crecimiento se definen verdaderas propiedades en historia que obligan a cada investigador a situarse en un sector preciso de la investigación, y rentable, si es posible. Las relaciones de poder entre historiadores ejercen así una influencia directa sobre la configuración del saber histórico.

Michel de Certeau puso de relieve este aspecto de la situación en unas páginas, que se convertirían en clásicas, acerca de la *institución histórica* (*L'Écriture de l'Histoire*, pp. 63 y sigs.). Según el autor, es legítimo aplicar a la propia historia su problemática corriente, según la cual toda producción intelectual tiene que remitirse a uno o dos medios portadores. Tomar conciencia de los condicionamientos de la historia es una exigencia de su carácter científico. La disciplina no puede resguardarse indefinidamente detrás de las proclamaciones de objetividad. Los historiadores no viven en una esfera separada: cumplen una función social muy precisa y están insertos en redes institucionales opresoras (ver el papel pasado de las Academias y los círculos de especialistas en el nacimiento de la historia erudita). Su saber se articula sobre la institución, su «discurso ideológico se adapta a un orden social», imponiéndole silencio casi siempre. Sin embargo, puede suceder que se levante el velo sobre «lo que no ha sido dicho», como sucedió en 1965, cuando Jean Glénisson denunció las torpezas más visibles de la historiografía nacional. Con mayor frecuencia, las gentes del oficio aceptan plegarse a reglas silenciosas, determinadas por relaciones de poder. Esta dependencia deja vestigios lingüísticos: el uso del *nosotros* borra la individualidad del autor y manifiesta que la verdadera instancia de enunciación es la corporación de historiadores. De donde procede la equivocación acerca del verdadero destinatario del libro de historia: aparentemente el público, de hecho los colegas, que calibran la conformidad del producto a «las leyes del medio», antes de concederle la etiqueta de la corporación y antes de permitir que su autor acceda al rango de portavoz habilitado. Pero este reconocimiento por parte de los colegas no es el único criterio que define la obra histórica de valor. También se aprecia en función de un «estado de la cuestión» (¿aporta alguna novedad?) y de los puntos candentes de la investigación (¿desplaza las preguntas?). En resumen, debe insertarse en el *conjunto operativo* que hace avanzar la investigación. Debe contribuir a perfeccionar la máquina de hacer historia y darle materia para que funcione en el porvenir.

Ahora bien, resulta que los famosos «métodos históricos», de hecho, sólo son las prácticas de iniciación a un grupo, de integración a unos equipos y a una jerarquía, y de reconocimiento de las autoridades del momento. La historia está así «estrechamente configurada por el sistema en el que se elabora» y ahora más que nunca. En ella funcionan reglas implícitas, en nombre de las cuales se permiten ciertas producciones y se prohíben otras. Las elecciones ideológicas prosiguen su marcha subterránea en la institución, incluso aun cuando los tiempos ya no son proclives a las grandes proclamaciones de fe. El color indefinido que adquiere el discurso dominante no debe equivocarnos a este respecto.

C) *La crítica del discurso histórico* constituye el terreno de ataque preferido para nuestros dos autores. No perdamos el tiempo acerca de las manifestaciones explícitas de la ideología en el texto histórico, aunque no deja de ser pertinente la requisitoria de Jean Chesneaux contra una cierta historia ligada al poder del estado. Denuncia la fragmentación del pasado siguiendo normas ideológicas (la división en cuatro de la historia asocia su culminación al triunfo de la burguesía, y la teoría estaliniana de los cinco estadios cumplió la misma función con respecto al proletariado), el arte de los gobernantes de buscar las justificaciones en el pasado y de descubrir en él las prefiguraciones de las realidades presentes, las manipulaciones de la memoria colectiva con ocasión de los grandes aniversarios, sin olvidar la ocultación de los episodios molestos por los historiadores que escriben al dictado. Su crítica es más nueva cuando actualiza la ideología implícita en el funcionamiento aparentemente más *neutro* y más *objetivo* del discurso histórico universitario. Echa la culpa a «lo que es evidente en el oficio» (ver el capítulo 6: «Las falsas evidencias del discurso histórico»), tal como la convicción, que perdura, de poder establecer el hecho histórico en toda su pureza, el culto a las fuentes y a la bibliografía (una obra es apreciada en función del número y de la garantía de sus referencias), así como la manía de la periodización, el culto a la cuantificación sin crítica previa del material cifrado y, finalmente, el uso sin discernimiento de las categorías lingüísticas de sincronía y diacronía. A partir de estas falaces evidencias se edifica el discurso de los historiadores profesionales que debería ser *técnico y profesional* y, por ende, vetado a los «amateurs»; *intelectualista*, entregándose a él como a una «actividad autónoma del espíritu»; *productivista,* sometido a la ley de bronce del *publica o perece*; y, finalmente, *acumulativo*, al acecho de «almenas» explotables, como si el saber se construyese pieza a pieza.

Nos falta espacio para hacer distinción entre los reproches justificados (por ejemplo, el juego de las connivencias y la práctica de la cita simulada, o incluso el uso de una fraseología prestada) y los ataques infundados (¿quién puede poner en duda seriamente la inmensa aportacion de las técnicas cuantitativas o la de los análisis coyunturales?). Contentémonos con denunciar dos peligros: el primero consiste en volver sumariamente a las reglas que gobiernan la producción histórica, las que los directores de empresa imponen a la economía capitalista, como si el sujeto-autor no dispusiera del menor margen de autonomía; el segundo reside en la total confusión entre ideología y ciencia, que conduce a poner, sobre un mismo plano, la palabra falible de un memorialista y el resultado de una investigación científica.

Michel de Certeau destaca por descubrir la ideología escondida en el texto histórico, bajo la forma de presupuestos que determinan las iniciales elecciones realizadas por el investigador (período, tema, etc.). Pero se dedica ante todo a desvelar los mecanismos secretos del discurso histórico, del que revela a la vez la inconsistencia y su aspecto engañoso. En los orígenes de su actitud, la crítica de Roland Barthes: el discurso histórico se caracteriza por la desaparición del tema de la enunciación que, en general, sólo deja hablar a la referencia. Este discurso colma el vacío y racionaliza el caos. Produce un *efecto de realidad* muy fuerte, en la medida en que juega con el prestigio de «lo sucedido». Se mantiene fundamentalmente narrativo, lo que se manifiesta en el uso del pasado o del presente histórico, en el papel jugado por los indicadores temporales y en el hecho de que la causa se distingue difícilmente del antecedente. Admitiendo todo esto, De Certeau insiste igualmente acerca del *lado persuasivo* del discurso histórico: «Se presenta como constatativo o narrativo, pero es conminatorio.» Aparentemente relata la historia pasada, pero de hecho intenta hacer historia actual, influir en las prácticas presentes y futuras. Consagrándose a inventariar la realidad (ver el papel de los nombres propios en la materia), de hecho impone el confiar en el historiador (que no puede contarlo todo) en nombre de su profundo conocimiento de los documentos. Este discurso funciona ampliamente en lo que se refiere a la verosimilitud, a las correlaciones y a los encadenamientos cronológicos, pero muy poco en cuanto a los razonamientos rigurosos. Para convencer mejor, recurre a una importante maquinaria (referencias, fuentes, bibliografía, etc.). Y lo que es más grave, pone juntos «los elementos articulados por una teoría, y lo que no está controlado por ella». De donde procede un diagnóstico cruel pero justo (léanse, para convencerse, las ponencias a los congresos): «Este sistema (*el discurso histórico*) une lo que ya se puede *pensar* con lo que todavía hay que creer.» La historia combina el cientifismo con una especie de retórica *performativa*.

La escritura histórica da una imagen invertida de la práctica del investigador. En efecto, presenta como un inicio (el punto de partida cronológico) lo que es un punto de llegada, ya que la investigación parte del presente. El texto está marcado por un principio de *cierre*, mientras que la investigación es, en sí misma, indefinida. Se presenta como un saber (de donde proceden sus aspectos didácticos e impersonales) enmascarando las incertidumbres de la investigación. Por muy cerrado que sea aparentemente el texto, en realidad, es inestable; su organización estructural y su división en grandes unidades cronológicas son cuestionadas constantemente a causa del aumento de la masa de la información. Género ambiguo, juego de máscaras, el discurso histórico también es un *género desdoblado*, en el que una mitad del texto se apoya sobre la otra: la primera es continua, mientras que la segunda está diseminada (el hormigueo de notas al pie del enunciado).

Este *algo mixto* que es la historia (entre ciencia y narración, entre ciencia y retórica) permite satisfacer los impulsos profundos. Esta vez el psicoanálisis toma el relevo de la semiótica. ¿No habría resabios de canibalismo en el hecho de que el historiador se ponga en el lugar de la tradición, que ocupe el «lugar del muerto»? Y, ante todo, se trata de poner en escena una multitud de muertos. De donde procede la *estructura de la galería*

del texto histórico que «representa a los muertos a lo largo de un itinerario narrativo». Escribir historia es, finalmente, proceder a un *rito de enterramiento* para apaciguar a los espectros que nos podrían importunar, y dejar sitio así a un actuar presente.

D) A lo largo de estas líneas aparece un tema, recurrente, que podríamos calificar de inadecuación entre el discurso histórico y la realidad del pasado. No es exclusivo de Michel de Certeau, ya que lo encontramos también en los maestros que reflexionan sobre la historia seriada, particularmente en François Furet («Le quantitatif en histoire», en *Faire de l'Histoire*, I, pp. 42 a 62), para quien las prácticas de la historia cuantitativa nos inducen a plantearnos en términos nuevos el problema de las fuentes. A partir de entonces, cuando se dedica a utilizar los datos seleccionados y construidos en función de su carácter comparable, lo que importa no es tan sólo la relación que existe entre los documentos y la realidad, sino el valor relativo de unos documentos en relación con otros documentos. Al utilizarlos, el historiador no pretende evocar la realidad total, limitándose a dar una interpretación de uno o varios sub-sistemas que ha captado en el seno de la misma. Jean Chesneaux no comparte en absoluto esta problemática; como marxista, está convencido de poder hallar la realidad bajo las apariencias que la enmascaran y de poder renconstruir el movimiento real de las sociedades en su conjunto. En esto se diferencia radicalmente de Michel de Certeau. A partir de *Faire de l'Histoire* (artículo escrito en 1970), este último distingue claramente dos clases de historia: una, dedicada a hacer revivir el pasado; otra, a elaborar modelos para constituir y comprender las series de documentos, los cuales transforman los vestigios del pasado en algo *pensable* y exponen detalladamente las condiciones de su propia producción (hipótesis, postulados de partida, etapas de la investigación, etc.). En este trabajo se combinan «las acciones del autor y las resistencias de su material». El conocimiento del pasado tiene impreso el carácter del procedimiento con que es elaborado. El examen de la operación efectuada por el historiador adquiere tanta importancia como la tentativa de reconstrucción del pasado: «Es necesario unir a la reconstrucción del pasado el itinerario de las acciones que conducen a él» y, por ende, tomar conciencia de los límites de la interpretación histórica, y de las *regiones silenciosas* que escapan a la misma.

Estas reflexiones se continúan en «L'opération historiographique» (*L'Écriture...*, pp. 63 a 120). Esta última es analizada como una serie de *manipulaciones*, como un trabajo que se hace «a partir de un material para transformarlo en historia». Inventariar las fuentes equivale a transformar en *documentos* los vestigios escritos o los objetos, a cambiarles su *status*. Hacerles hablar equivale muchas veces a cambiar su lenguaje primigenio en un discurso diferente (por ejemplo, hacer historia demográfica a partir de fuentes fiscales). Viene a ser el resultado del tratamiento impuesto a los datos reunidos (econometría, lingüística cuantitativa, etc.). Lo más importante es la coherencia en la realización, que debe ser *inicial*, mientras que, en otro tiempo, era *terminal* (la síntesis elaborada al final de la colecta). Esta historia conceptual deviene un banco de ensayos para los modelos interpretativos procedentes de las ciencias próximas (economía, sociología, etnología). Una obra como *Montaillou, village occitan* nos suministra una magnífica ilustración de lo que son estas prácticas: una fuente única, el re-

gistro del inquisidor Jacques Fournier, se halla sometida en ella a diversos tratamientos sucesivos, que han sido posibles gracias a masivas importaciones de problemáticas exteriores. Sin embargo, sería un error pensar que el texto de Emmanuel Le Roy Ladurie sea un espejo de la realidad, ya que esta última se refracta a través de la red de los cuestionarios actuales, de la misma manera que el inquisidor imponía a las declaraciones de los habitantes de Montaillou la impronta de las categorías de su pensamiento. Volvamos a Michel de Certeau para evaluar la distancia infranqueable que media entre la historia tradicional, sólidamente adherida a la realidad, y la práctica que él preconiza, que pretende forjar lo *pensable* y fijar el *límite de lo pensable,* porque la norma encuentra en ello la resistencia de lo particular. Recuperando la terminología de Guy Lardreau, ¿se puede decir que tal historia «se sostiene sobre lo real» o que la *historia*, objeto construido, se erige sobre lo real? Para Michel de Certeau, la realidad es la práctica histórica, con sus conexiones técnicas, sociales y demás, «y no una mera relación con una realidad exterior». La maquinaria de la historia es más *auténtica* que los productos que elabora.

En conclusión, hay que dejar un hueco a las *perspectivas abiertas*, o a las misiones que nuestros cuatro epistemólogos confieren a la disciplina histórica. En este terreno coinciden Henri Marrou y Paul Veyne: al menos la historia tiene el mérito de superarnos y de suministrar al *imaginario* colectivo un irreemplazable repertorio de relatos verídicos. También sirve de permanente vacuna contra el dogmatismo, dada la multiplicación de explicaciones posibles de cada acontecimiento, dada la variedad de comportamientos y sistemas sociales que descubre, y dadas las posibilidades de descubrimientos que maneja. Es una escuela de libertad, porque no es posible aceptar ni rehusar la herencia de nuestros antepasados, cuya historia nos descubre su precio de importancia.

Otro breve tema tratado, desde Henri Marrou a Jean Chesneaux, por grande que fuera la desconfianza del primero hacia la intrusión del político en la investigación, es el del compromiso activo del historiador respecto a la sociedad en la que vive. Marrou le confiere una misión social eminente, que no puede ser realizada más que por un profesional: «Normalmente, la investigación histórica debe concluir en una obra, una enseñanza oral, curso, conferencias, y, más frecuentemente, un escrito, memoria, artículo, libro. Digamos que esto constituye una exigencia de carácter práctico social.» El historiador no debe limitarse a enriquecer su *experiencia interior*, sino que debe compartir el fruto de su investigación con sus contemporáneos, practicando una especie de eucaristía intelectual. Para conseguirlo le será preciso plegarse a la *dolorosa servidumbre* de la escritura. Jean Chesneaux preconiza, de forma muy diferente, el compromiso del historiador respecto a las luchas sociales y políticas contemporáneas. En su opinión, la doctrina marxista no debe ser un simple instrumento intelectual que hace posible analizar el pasado. Nos recuerda que es una teoría revolucionaria que aspira a cambiar la sociedad actual. Por tanto, nuestra mirada hacia el pasado deberá ser selectiva y «plegarse a los requerimientos del presente». Para él lo esencial es buscar en las sociedades pasadas lo que les ha conducido al capitalismo, examinar el papel unificador que éste ha desempeñado a escala planetaria a partir del siglo XVI y descubrir las contradicciones que le son inherentes, para examinar las perspectivas de su caída. Para

poder dirigir las luchas anticapitalistas actuales, hay que saber utilizar la experiencia de los movimientos populares del pasado, «constituirnos en herederos de todo lo que hay en él de más precioso» (Mao tse-Tung). Esta historia, definida como relación activa con el pasado, tiene que elaborarse con la participación de las masas, recusando el «profesionalismo» del historiador. Ejemplos de reconquista del pasado, otorgándoles valor operativo en el presente, Jean Chesneaux los descubre en 1975 tanto entre los habitantes de Quebec como entre los tupamaros, casi en Idi Amin Dada (¡!). El historiador, afirma, no puede limitarse a trabajar *sobre* las masas, debe actuar *con* ellas, plegándose a la demanda social y renunciando a las ventajas de la división del trabajo. Así se pondrá fin a la historia académica, saber aislado e inerte. Así los historiadores se convertirán en «intelectuales orgánicos», insertos en la lucha de masas. Pero ¿cómo evitar que esta historia no degenere en propaganda? Sobre Chesneaux se perfila la silueta de Jdanov, el gran sacerdote de la ciencia y de la cultura proletarias, únicas verdaderas frente a los productos viciados de la burguesía.

Absolutamente opuesto a Chesneaux, Veyne preconiza el no compromiso del investigador, como hemos visto. Se trataría de que la historia absorbiera a la sociología, en la que no ve, con la falta de matices que le es habitual, más que una «pseudo-ciencia, nacida de los convencionalismos académicos que limitan la libertad de la historia». Sería nada más que la historia que los historiadores no quieren escribir. Como quiera que ambas disciplinas hacen una *descripción comprensiva* de los hechos humanos, podrían fundirse en una *historia completa*, al menos para estudiar la época contemporánea. Veyne cree profundamente en las virtudes de la historia comparada, que asimila a la geografía general y a los estudios sobre períodos de larga duración. No se puede menos que estar de acuerdo con él cuando se propone liberar a nuestra disciplina de dos convencionalismos que la obstaculizan actualmente: la oposición pasado-presente (este último abandonado al sociólogo o al periodista) y el respeto por el sacrosanto *continuo* espacio-temporal. Verdaderamente, ¿tenemos que pararnos en los proyectos formulados por Veyne en 1971? Su pensamiento ha evolucionado mucho desde entonces. Ha vuelto a tratar, en 1975, el problema de la conceptualización en historia («L'Histoire conceptualisante», en *Faire de l'Histoire*, pp. 62 a 92). Insiste aquí de nuevo en la necesaria adecuación entre conceptos y objetos estudiados, pero hace especial hincapié en que en «la conceptualización reside el interés de la historia». La vincula al «movimiento que impulsa a las sociedades modernas hacia la racionalización» y le atribuye un impacto considerable sobre la vida colectiva, como medio para tomar conciencia susceptible de acelerar algunos cambios sociales. Los hombres tienen la posibilidad de «actuar sobre lo que ellos son, a partir del momento en que toman conciencia». Es una perspectiva seductora, en la medida en que confiere a la historia «de punta» una eficacia en el presente, sin correr el riesgo de hacerla esclava de las ideologías políticas.

Michel de Certeau reconoce también que la historia está, bajo todas sus formas, al servicio de la sociedad presente. La historia permite explicar la *identidad social*, al situar la sociedad presente en relación a las otras. La historia confiere a nuestra sociedad la enjundia de un pasado legitimador. La historia también nos permite contemplar sus contradicciones y, por ello

mismo, las obliga a cohabitar. El discurso histórico «exhibe», para el grupo, la posibilidad de vivir, al mismo tiempo, sus diferencias y, por ende, conserva algunos vestigios de los mitos y de las teologías antiguas. Se mantiene la posibilidad de elegir entre dos clases de historiografía: la una, *conformista*, que mantiene la ilusión realista; la otra, *crítica*, que pretende descubrir las exclusiones practicadas por los historiadores y su sentido. Esta crítica no podrá desarrollarse más que a condición de que se articule en relación a los movimientos históricos actuales. Por brillante que sea la argumentación de Michel de Certeau, ¿podrá nuestra generación contentarse con jalonar los silencios de los historiadores que nos han precedido y con analizar las reglas secretas que se imponen, en la hora presente, a los servidores de Clío?

CONCLUSIÓN

Si le bastara a la historiografía con hacer un simple fresco relatando la sucesión de las escuelas [12] que han tenido lugar y el destino de cada uno de sus representantes, constituiría indudablemente un conocimiento bastante decepcionante, un simple apéndice de la gran historia. Hemos procurado preservarnos contra este riesgo, obviando el hacer mención en este libro de todos los cronistas y todos los historiadores que han contribuido a forjar la memoria colectiva de los franceses desde la alta Edad Media. Por la misma razón, no hemos mencionado a todos los historiadores eminentes que han existido durante todo este tiempo. ¿De qué serviría otorgar a unos los primeros premios; a otros, un accésit, y a los terceros, ánimos para que continúen su obra? Si algunos se han enojado por haber sido olvidados, que conserven la esperanza: tenemos el proyecto de hacer, pasado algún tiempo, la continuación de esta obra, dedicándonos en ella a los intercambios entre la historia y las otras ciencias humanas (demografía, sociología, geografía, etnología, lingüística, etc.). Así tendremos la ocasión de reparar algunas injusticias cometidas en este libro. Así pues, lo que nosotros hemos pretendido ha sido ilustrar los procesos del pensamiento comunes a los historiadores de diferentes épocas estudiadas, lo que nos ha obligado a seleccionar los casos significativos, aunque no siempre sean los más brillantes. Por ello, un monje tan obscuro como Ermenterio ocupa en este libro un lugar más destacado que Eguinardo, el biógrafo de Carlomagno; al igual que el modesto cronista Alain Bouchart respecto a Commynes, y Le Nain de Tillemont respecto a Bossuet.

Teniendo en cuenta esta clase de estudio que privilegia el análisis de las actitudes mentales comunes en los medios intelectuales, a expensas de los caracteres psicológicos y estilísticos propios de los autores-historiadores, se puede tener la esperanza de conseguir mayor lucidez acerca de la forma de escribir la historia en la actualidad. Así pues, la historiografía, a falta de utilidad directa, sirve al menos para despertar una legítima desconfianza, ya que nos muestra a los historiadores que nos han precedido,

[12] El término *escuela* es discutible, muchos historiadores son inclasificables. Pero es cómodo, en la medida en que nos permite hacer una primera ordenación de la producción histórica.

sus disputas y múltiples coacciones ideológicas, políticas e institucionales, profiriendo juicios apriorísticos y cometiendo yerros más o menos graves. ¿Cómo podría la historia presente escapar a estos defectos, a pesar de sus alardes de objetividad y de todo el aparato científico de que se rodea? En este sentido, la historiografía es una inmejorable vacuna contra la ingenuidad. Nos revela hasta qué punto el discurso histórico es, por naturaleza, inestable, susceptible de toda clase de metamorfosis, cambios de sentido e inversiones de signo. Una magnífica desmostración de ello nos la ofrece Philippe Joutard en *La Légende des Camisard* (París, 1977). Desde hace unos treinta años, ¿no han sido sucesivamente comparados los insurrectos de los Cévennes con los maquis de 1942-1945, con los combatientes antiimperialistas del Tercer Mundo y, finalmente, con los defensores de la causa occitana? Puesto que la historia se manifiesta maleable según los deseos y elecciones partidistas de cada cual, puesto que «tiene una nariz de cera» (*auctoritas cereum nasum habet*), como la autoridad escrituraria a los ojos de los pensadores escolásticos, toda producción que se precie debe ser objeto del siguiente interrogatorio: ¿de qué *lugar* social o institucional trata su autor? ¿Cuáles son sus motivos profundos, su elección metodológica, sus opciones políticas o filosóficas? Procediendo así, se evitarán muchos errores de interpretación y pérdida de tiempo. Al formular estas recomendaciones de simple sentido común, no podemos evitar pensar, no sin alguna emoción retrospectiva, en la época en que, al comenzar nuestros estudios de historia, leíamos con idéntica actitud los escritos de Gustave Glotz y Pierre Lévéque sobre la Grecia de Pericles, los de Achille Luchaire y Marc Bloch acerca de la sociedad feudal, o los de Jacques Chastenet y René Rémond sobre la vida política francesa del siglo XX. Con el paso de los años hemos conseguido elaborar la perspectiva con que deben leerse estos autores y muchos otros en relación a las corrientes de pensamiento dominantes y a precisas escuelas históricas. Algunos conocimientos elementales de metodología nos habrían permitido hacer esta elaboración de forma más rápida y segura.

La introspección del historiador, indispensable en la medida en que, «en opinión de Alain Besançon, no es en absoluto investigación lo que no es investigación en sí mismo», se ve enormemente facilitada por la historiografía, concebida, en un sentido muy amplio, como el análisis de los mecanismos que rigen la producción histórica. Aunque sea calificada como historia de segundo grado o como metadiscurso sobre la disciplina, nos induce necesariamente a hacernos una serie de preguntas: ¿qué es lo que ha impulsado a mis predecesores a escribir historia?; ¿qué es lo que me determina en el momento presente a hacerlo yo mismo?; ¿de qué bagaje documental, metodológico y teórico dispongo para comprometerme a llevarlo a cabo?; ¿cuáles son los obstáculos y problemas que hallaré en el camino, y a los que habré de encontrar solución? En este aspecto es ejemplar la forma de actuar de Alain Croix en *La Bretagne aux XVIe et XVIIe siècles, la vie, la mort, la foi* (París, 1981). En cada etapa de su trabajo, el autor hace el inventario de la documentación utilizada y las dificultades encontradas. En materia de historia demográfica, los registros parroquiales bretones son excepcionalmente ricos: ha vaciado 5.000, correspondientes a 541 parroquias, que le han suministrado 3.100.000 actas de estado civil, las cuales han sido sometidas a un método de trabajo semiindustrial (re-

cuento anual de defunciones, bautismos y bodas; relación de datos interesantes; redacción de una ficha de síntesis por parroquia; tratamiento aritmético de los datos y trazado de curvas; modificación del cuestionario a la vista de los primeros resultados). La misma honradez y el mismo rigor intelectual se vuelven a encontrar en los inicios de la tercera parte dedicada a la *cultura macabra*; ¿qué partido extraer, se pregunta el autor, de las fuentes escritas tradicionales, de los testamentos, de las imágenes y objetos, de la tradición oral, etc.? Realmente es una admirable iniciación a la historia cuantitativa de las mentalidades. De forma muy diferente, Jean Delumeau nos invita a recorrer *Un chemin d'histoire* (París, 1981) y destaca, de entrada, las principales etapas de su reflexión sobre la historia religiosa: «Al principio, lo que quería era conocer —y hacer conocer— mejor la Reforma protestante (...). Desde un punto de vista puramente metodológico —pero método y ecumenismo eran coincidentes en esta perspectiva—, me parecía inútil volver a hacer un estudio demasiado largo, después de lo que habían hecho tantos otros, acerca de las controversias que habían dividido y enfrentado a las dos fracciones religiosas del mundo occidental (...), pero me proponía conseguir un segundo objetivo: descubrir las relaciones existentes entre teología y aspiraciones colectivas (...). Al ampliar mi investigación, progresivamente fui comprendiendo que me había referido sobre todo a las *élites* cristianas, etc.» Qué reconfortable resulta este discurso en primera persona, al igual que el del prefacio del mismo autor en *La Peur en Occident* (París, 1978): «A medida que tejía mi obra —nos dice— me vi sorprendido al constatar que recomenzaba, cuarenta años después, el itinerario psicológico de mi infancia y que recorría de nuevo, bajo el pretexto de una investigación historiográfica, las etapas de mi miedo a la muerte.» Después de Jean Delumeau, sería conveniente que los historiadores se pregunten si el hecho de lanzarse a hacer un trabajo histórico no es para ellos una forma de escribir sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. Procediendo así, dedicando un tiempo a la introspección, llega el historiador a una «enunciación distanciada» (Regine Robin), mediante la cual reconstruye un itinerario al mismo tiempo que expone los resultados provisionales. Esta práctica es infinitamente más estimulante para los lectores que el discurso cerrado y autosuficiente de la historia que se presenta como acabada y que se preocupa más de enmascarar sus debilidades que de hacer una confesión sincera de sus lagunas.

CAPÍTULO 14

LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA POLÍTICA

Quizá pueda parecernos algo paradójico que una obra que versa sobre las escuelas históricas dedique un capítulo a la historia política como tal: en efecto, desde un punto de vista riguroso, ¿no constituye ésta *un ámbito de investigación*, al igual que, por ejemplo, la historia económica o la historia religiosa, y no una corriente historiográfica específica? Desde un punto de vista muy empírico, justificaría por sí misma esta elección una aproximación a la red de la geografía intelectual y universitaria en Francia: los investigadores de la historia política constituyen, evidentemente, una comunidad propia, reagrupada en torno a unos animadores decisivos (principalmente René Rémond) y a unos lugares privilegiados (Fondation Nationale des Sciences Politiques, Institut d'Études Politiques, Université París X, Nanterre), frecuentemente al margen de otros grupos de historiadores, especialmente de los *Annales* y de la «Nouvelle histoire». Desde un punto de vista mas teórico, pero evidentemente complementario del anterior, ocurre que los miembros de esta comunidad comparten completamente una determinada visión de los fenómenos históricos, un determinado número de rechazos y predilecciones que les hacen confluir en un camino epistemológico, fundamentado, en primer lugar, en la voluntad de afirmar la *autonomía* relativa del hecho político y de otorgarle un espacio como *factor de la historia*. Únicamente desde esta perspectiva puede ser considerada la noción de escuela en relación a aquello que les concierne, en términos de nebulosa, de *escuela de límites imprecisos*, más que de grupo rígido o de capilla...

Escuela hoy muy dinámica o, mejor dicho, redinamizada bajo la presión de la crítica. Porque, en efecto, la historia política había sufrido frontalmente la profunda renovación realizada por la investigación histórica francesa desde los años 30, y era objeto de virulentos ataques que le negaban cualquier posibilidad de abarcar la realidad y de alcanzar un auténtico carácter científico. Además, los historiadores del hecho político hubieron de llevar a cabo un largo combate, de una parte, para desempolvar la práctica de sus predecesores y operar un verdadero *aggiornamento* historiográfico, y, de otra parte, para reconquistar una legitimidad tan intensamente impugnada en el propio seno de la disciplina histórica.

Desde esta perspectiva, ya nadie puede poner en duda el éxito de la empresa; pero *reconquista* no equivale a *restauración*: habiendo sabido efectuar una amplísima mutación para responder a los múltiples desafíos que se le habían hecho, la historia política se ha convertido en una *historia nueva*, casi, a su manera, en una *historia total*.

1. Una historia política controvertida

En un artículo aparecido en 1974, Jacques Julliard resumía, en breves palabras, la situación de la historia política dentro de la reciente evolución de la investigación histórica realizada en Francia: «La historia política tiene mala prensa entre los historiadores franceses. Condenada desde hace unos cuarenta años por los mejores entre ellos, como un Marc Bloch o un Lucien Febvre, víctima de su solidaridad, de hecho, con las más tradicionales formas de la historiografía de comienzos de siglo, todavía conserva hoy un perfume Langlois-Seignobos que aparta de ella a los mejor dotados y más innovadores de los jóvenes historiadores franceses» (*Faire de l'histoire*, tomo II, bajo la dirección de J. Le Goff y P. Nora). Independientemente del último período de la frase, que merecería ser particularmente matizado respecto a los trabajos ya en curso en el momento de la redacción de esta sombría constatación, el escenario de la evicción de la historia política se halla aquí bosquejado con toda su sequedad y amplitud. Para captar la trama es preciso recordar lo que era la historia política tradicional y los vigorosos replanteamientos de que fue objeto al emerger la «escuela» de los *Annales*.

Nacida de su propia historia, que la había conducido desde las crónicas apologéticas a la sacralización del estado monárquico y, después, a la exaltación militante del republicanismo, la historiografía dominante de comienzos de siglo revestía una coloración totalmente política, y ello debido a su propia función política de legitimación del poder. Prisionera de su propio estatuto y de sus fuentes (escritas y oficiales), se concentra en el estado, las instituciones, la luchas por el poder, etc., empleando un relato rico en erudición pero considerablemente desprovisto de contenido, de densidad y de profundidad explicativa (...). Puesto que no constituía nada más que «una crónica perfeccionada del estado» (P. Chaunu, *Histoire, Science sociale*), tal historia debía de hacer cristalizar, lógicamente, en contra suya al pensamiento de los *Annales*, a los que servía de acicate en su intento de definir una nueva práctica de la historia.

En efecto, en la medida en que invocaban una «historia a la vez ensanchada y profunda» (M. Bloch, *Apologie pour l'histoire*), M. Bloch y L. Febvre concentraron el fuego de sus críticas en la tradición positivista de los Lavisse, Seignobos o Langlois, convirtiéndose así la historia política en un auténtico *contra-modelo*, en una especie de impronta en negativo de la *nueva historia*. Tomando al respecto tesis ya formuladas por François Simiand o por Henri Berr, fundador de la *Revue de Synthèse*, M. Bloch y L. Febvre, y después F. Braudel y los partidarios de la nueva historia, poco a poco, hicieron un retrato totalmente peyorativo de la historia política y, preciso es admitirlo —al menos en los inicios—, bien fundado.

Así, puede decirse que, mojón a mojón, se van enfrentando la historia

de los *Annales* y la historia política tradicional. Allí donde es preciso interesarse por las estructuras profundas y el plazo largo, la historia política aborda tan sólo la coyuntura y la contingencia. Allí donde es preciso concebir los fenómenos históricos en función de las masas, razona según la lógica elitista, psicologizante y prosaicamente biográfica de los «grandes hombres». Allí donde es preciso poner al desnudo los mecanismos enterrados, se sumerge en un idealismo ingenuo, según el cual la historia la hacen las ideas y la voluntad de los individuos. Allí donde, finalmente, es preciso desarrollar una aproximación a una serie, se limita a lo cualitativo. Narrativa, lineal, descriptiva, limitada al relato de las crisis ministeriales, a los cambios de régimen o de jefe de gobierno, se limita a peripecias superficiales... En suma, «la historia política de los acontecimientos, subjetivista, psicologizante, idealista, reunía todos los defectos del género histórico cuyo reinado una generación de historiadores pretendía clausurar, precipitando su caducidad» (R. Rémond, *Por une histoire politique*, 1988).

Sin embargo, mirándolo más de cerca, jamás los inspiradores de la historia de los *Annales* cerraron totalmente la puerta a la posibilidad de una historia política *renovada*. Así, si bien F. Braudel considera que «la historia política no es forzosamente la historia de los acontecimientos, ni está condenada a serlo» (*Écrits sur l'histoire*, 1969), quizá sea M. Bloch quien ha llegado más lejos en el intento de fundar una historia política diferente, con su estudio sobre *Les Rois Thaumaturges* (1924). Analizando el ritual de tocar a los escrofulosos, M. Bloch se esfuerza en delimitar el carácter sagrado de un poder soberano, capaz de actuar sobre la misma naturaleza: afirma, de manera muy significativa, «haber querido contribuir con ello (...) esencialmente, a la historia política de Europa, en un sentido amplio, en el verdadero sentido de la palabra». De esta manera manifestaba que la ocultación progresiva de la historia política no tenía nada de ineluctable. (Además, ¿no formaba parte del comité de redacción de los *Annales* el politólogo André Siegfried desde su creación?...) Si bien la renovación aportada por los *Annales* se define por su rechazo de la historia política tradicional y esclerotizada, el proyecto de historia total no excluía, en modo alguno, en principio, la ambición de integrar una nueva forma de historia política, fundamentada en un ensanchamiento de su problemática y en una revisión actualizada de sus métodos. Pero fue la actitud de *combate* que adoptaron los historiadores de los *Annales* lo que aportó, poco a poco, esta posibilidad (véase A. Garrigou, «La construction de l'objet *pouvoir* chez Bloch et Febvre», *Politix*, núm. 6, 1989). De ahí proviene, de hecho, la progresiva radicalización de la crítica y del rechazo: en la década de los años 30, la revista incluía, significativamente, una despectiva sección titulada «Histoire politique et historisante», dedicada particularmente a publicar feroces informes de los trabajos de historia política... Después, al fecundar los *Annales*, la «nueva historia», se desarrolló una concepción de la «historia inmóvil» (E. Le Roy Ladurie), convirtiéndose el hecho político en «el horizonte muerto del discurso analista» (F. Dosse, *L'Histoire en miettes*, 1987): por ejemplo, la enciclopedia sobre *La Nouvelle Histoire*, publicada en 1978 (J. Le Goff, R. Chartier, J. Revel), no incluye en sus páginas ningún comentario dedicado a la política.

Poco a poco se va imponiendo, más profundamente aún, la idea de que no se trata de criticar una aproximación falseada de la historia política, sino

de rechazar *el hecho en sí*, de reconocer su importancia a los fenómenos políticos. En efecto, puesto que el ritmo de los cambios obedece a unos ciclos que exceden a la duración de una vida (la «larga duración» de Braudel), los hombres son juguetes de fuerzas que los superan: bajo la doble influencia del marxismo y de la tradición sociológica que sigue los pasos de Durkheim, los historiadores de los *Annales* conciben la vida política como un simple *reflejo*, desprovisto de autonomía y realidad propias. Desde entonces no se puede ver en ella un elemento de verdadera causalidad histórica, ni un objeto digno de interés: para L. Febvre, la historia política tan sólo presenta «una historia de superficie. Una espuma. Unas olas con crestas que animan superficialmente el poderoso movimiento respiratorio de la masa oceánica» (informe de la tesis de F. Braudel a propósito de *La Mediterranée au temps de Philippe II*, *Revue Historique*, 1950).

2. Los hombres y los lugares de la renovación

Sospechosa, atacada y desacreditada, la historia política no ha desaparecido, sin embargo, de la escena historiográfica francesa. Sin duda conservó durante mucho tiempo su preeminencia, frecuentemente bajo su vertiente más tradicional, en la concepción de los programas escolares, conformando —al menos hasta los años 70— una parte de la identidad colectiva. Pero hubo algunos pioneros que supieron descifrar y enriquecer enseguida nuevos campos, renovando el patrimonio de los historiadores del hecho político.

Incluso antes de la irrupción del movimiento de los *Annales*, ya están sembrados, de hecho, los gérmenes de una historia política diferente. Los trabajos de Georges Weill sobre el catolicismo liberal, sobre la historia de la idea laica, o quizá mejor aún su *Histoire du parti républicain en France* (1900) ponen las bases de una historia contemporánea enraizada en la duración, insistiendo especialmente sobre la perennidad y el peso de los fenómenos ideológicos en la vida política. Las propias investigaciones de Ch. Seignobos, que fue, sin embargo, uno de los blancos favoritos de los adversarios de la historia política tradicional, desarrollan la intuición de la existencia de actitudes políticas regionales específicas y duraderas y, en este sentido, fecundan el estudio de las consultas electorales. Emerge principalmente con André Siegfried, cuyo *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la Troisième République* (1913) inaugura las investigaciones de la geografía electoral, observando el juego de los diversos factores que determinan las votaciones (estructuras geográficas y sociales, parámetros culturales y religiosos, fenómenos de implantación local, etc.). A continuación, es la historia de las ideas la que mantiene, a su vez, la antorcha de la historia política: Albert Thibaudet, en el período de entreguerras (*La République des professeurs*, *Les idées politiques de la France*), delimita las líneas maestras del tiempo presente; Jean-Jacques Chevalier (*Les grandes oeuvres politiques, de Machiavel à nos jours*), profesor de Sciences Po entre 1943 y 1965, desarrolla todo su conocimiento de la pedagogía para bosquejar, en síntesis, un vasto fresco del encadenamiento de las teorías políticas en la historia.

Pero, a continuación, corresponde ante todo a René Rémond el papel

principal en la renovación de la historia política después de la Segunda Guerra Mundial, principalmente con la aparición de *La droite en France* (reeditada y puesta al día en 1982 con el título *Les droites en France*). En este libro decisivo, la historia política rompe definitivamente con la crónica de los acontecimientos, y «asimila, de golpe, lo mejor de los combates de los *Annales* (J. P. Rioux, en M. Guillaume, *L'état des sciences sociales en France*, 1986). Convertido en clásico entre los clásicos, el libro de R. Rémond ofrece una visión de larga duración de la historia de las familias políticas, desde la Revolución hasta nuestros días, fundamentada en la distinción, a partir de entonces bien conocida, entre tres tradiciones distintas: la derecha «orleanista», conservadora y liberal; la derecha legitimista, tradicionalista y reaccionaria; la derecha «bonapartista», populista, que preconiza una democracia plebiscitaria y autoritaria. Constituye, por el examen de sus fundamentos ideológicos y sociológicos, de su implantación espacial, de sus formas de expresión y organización, de sus reacciones ante el acontecimiento y sus evoluciones, etc., una aproximación *global* a los componentes de la derecha francesa que se efectúa abriendo paso a una nueva visión de la historia política.

Desde entonces se va constituyendo, poco a poco, generalmente en torno de R. Rémond que ejerce una función central como inspirador y animador, una nueva familia de historiadores de la política, cuya geografía se estructura principalmente con arreglo a dos polos con frecuencia asociados, de una parte el binomio Fondation Nationale des Sciences Politiques-Institut d'Études Politiques y, de otra parte, la Universidad de París X, Nanterre (P. Nora o J. Julliard, ambos directores de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, ilustran la posibilidad de configuraciones diferentes, aunque —cuantitativamente— siguen siendo secundarias). Más recientemente, un nuevo foco ha venido a unirse, parcialmente, a los otros dos, con la creación del Institut d'Histoire du Temps Présent (IHTP) por el CNRS, animado por su director F. Bédarida y por J.-P. Rioux, redactor jefe de una nueva revista, fundada en 1984, *Vingtième siècle. Revue d'histoire*. Afirmando su voluntad de abordar sin distinciones todas las facetas de la investigación histórica, no deja de expresar, ya desde el principio, su decisión de otorgar «especial atención a las de carácter político e ideológico que adquirieron, a partir de la irrupción de las masas y de los sistemas cerrados, su propia densidad y su autonomía («Déclaration de naissance», núm. 1, 1984).

En 1988, al confluir estos centros de la historia política, un libro daba testimonio del dinamismo colectivo cristalizado en torno a R. Rémond: *Pour une histoire politique*. Dirigido por el propio R. Rémond, «este libro no es, propiamente hablando, un manifiesto» (introducción colectiva), sino el fruto de la «sorpresa» (*ibíd.*) de sus autores ante la forma excesivamente caricaturesca, en su opinión, de presentar la historia política. Reuniendo las aportaciones de diversos especialistas, S. Berstein, J.-P. Rioux, J.-J. Becker, M. Winok, A. Prost, P. Milza, J.-P. Azéma, etc., la obra pretende proponer un balance prospectivo de las numerosas aportaciones de una «historia política rejuvenecida (que) encuentra todas sus virtudes en un ambiente científico que ha cambiado completamente en los dos últimos decenios» (*ibíd.*), afirmando con ello la riqueza y —sobre todo— la validez de la historia política. En cierta manera, se puede ver en ello una especie

de equivalente, en relación a la historia política, de lo que fueron las síntesis historiográficas de los años setenta sobre la nueva historia (*Faire de l'Histoire*, J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel) y, en este sentido, leer la huella, si no de una inversión que nadie reivindica, al menos de una renivelación y (re)legitimación de las perspectivas de la historia política.

3. Las raíces del retorno de la historia política

A título anecdótico, pero no obstante revelador, puede sorprender observar la evolución de las cuestiones del programa de historia contemporánea de la *agregation* de historia: si, en 1982 y 1983, los candidatos debían trabajar sobre «la evolución económica de Francia, de Alemania, Rusia o de los Estados Unidos desde 1850 a 1914», en 1984 y 1985 se les pedía, en cambio, decantarse hacia «la vida política de Francia, de la Alemania Federal o de Gran Bretaña de 1945 a 1969»... ¿No supone ello, al menos de forma simbólica, un importante remozamiento de la historia política? De hecho, dos series de parámetros dan cuenta de este retorno: de una parte, unos factores exógenos, propios de la evolución de las reacciones y comportamientos respecto a la dimensión política de la historia, y, de otra parte, unos factores endógenos, ligados a las metamorfosis de la producción historiográfica.

En el terreno de las determinaciones extra-históricas, J. Julliard insistía desde 1974 (en *Faire de l'Histoire*) sobre el fenómeno del progresivo *ensanchamiento* de la noción del hecho político, debido al peso, cada vez más grande, adquirido por la dilatada esfera política en las sociedades contemporáneas («política económica», «política cultural», «política familiar», etc.). Más recientemente (*Pour une histoire politique*), R. Rémond hace, a su vez, un razonamiento similar: el retorno de la historia política es el resultado de la historia próxima que ha demostrado la autonomía y la preponderancia de lo político en muchísimos dominios, tanto por la irrupción del acontecimiento en el devenir colectivo (por ejemplo, el impacto de las guerras) como por el acrecentamiento del campo de intervención de los estados, como por la creciente politización de situaciones en otro tiempo apolíticas (la ecología, por ejemplo). Además, tanto lo uno como lo otro denotan la pérdida de influencia de los modelos de análisis marxista: caen en desuso, favoreciendo así el (re)descubrimiento de los factores específicamente políticos, las tesis, según las cuales la política constituiría tan sólo, en el mejor de los casos, un simple reflejo, y, en el peor, un pobre camuflaje de las infra-estructuras socio-económicas, determinadas en última instancia.

Inevitablemente, tal tendencia se traduce progresivamente en las ciencias sociales. Como lo apunta Marcel Gauchet: «La organización intelectual del campo de las ciencias sociales en el cenit de su expansión, a finales de los años 60 y comienzos de los 70, podría ser esquemáticamente descrita como un sistema que abarca tres grandes términos: la lingüística, una disciplina modelo, portadora de la esperanza de una semiología unificadora; la sociología y la etnología, dos disciplinas reinas en el plano de las aplicaciones; y dos teorías de referencia, el marxismo y el psicoanálisis. Un mismo paradigma hegemónico asegura la articulación del conjunto: el para-

digma *crítico*, que tiene su expresión filosófica en el pensamiento de la *sospecha*» («Changement de paradigme en sciences sociales?», *Le Débat*, núm. 50, 1988). En este sistema intelectual y científico, hallaba su lugar natural una historia basada en las series, dedicada a los ciclos de larga duración y a las grandes masas económicas y sociales, absolutamente contraria a una historia política, todavía acusada de decantarse sospechosamente hacia los acontecimientos, y falaz, a causa de su voluntad de atribuir un cierto peso a la política... Pero lentamente ha ido apareciendo un «cambio de paradigma» (*ibíd.*), distinguido por el retorno de la conciencia (...) y la rehabilitación de la parte explícita y reflexionada de la acción» (*ibíd.*) (véase, por ejemplo, A. Ranaut, *L'Ere des individus,* 1989). Dos razones explican este hecho: de una parte, la crisis de los años 70-80, que supuso, ante un presente decepcionante y un futuro imprevisible, un aumento del interés por la historia, y, de otra parte, el hundimiento de todas las escatologías revolucionarias con fundamentos más o menos mecanicistas, lo que induce a interrogarse sobre el individuo y la contingencia. De esta manera, «esa figura general de un devenir, resultado de largas necesidades y de reorientaciones contingentes, se va a convertir enseguida en un objeto privilegiado: la historia política occidental» (*ibíd.*).

En la confluencia de tales cambios culturales, intelectuales y científicos, se halla finalmente la definición misma de la esfera política que se ha transformado. Al respecto, el paso semántico de «la» política hacia «el» hecho político puede percibirse como un hecho revelador: a *la política*, actividad específica y —aparentemente— bien delimitada, se agrega *el hecho político*, campo englobador y polimorfo, abierto a todas las orillas de la gestión de lo real y de las relaciones de poder que aquélla cristaliza. ¿No integra, por ejemplo, en sus páginas, siguiendo la línea de los manuales de historia de ideas políticas (J.-J. Chevalier, J. Touchard), la *Nouvelle Histoire des idées politiques*, aparecida en 1987, dirigida por P. Ory, unos capítulos dedicados al psicoanálisis y a la política o, incluso, al sexo y a la política?

Después de los impulsos de los años 50 y 60, también la historia política, al ampliar su propósito, ha transformado profundamente su práctica, precediendo en este caso los factores endógenos a los exógenos que contribuyen a «consagrarlos» y a reforzarlos. Al hacer el balance de la renovación interna de su disciplina, R. Rémond estima que «la impugnación de que ha sido objeto la historia política le ha sido muy saludable: el desafío ha excitado la imaginación y estimulado la iniciativa» (*Pour une histoire politique*). Desde la ensanchada perspectiva de una esfera política ampliada a la casi totalidad de los campos de la realidad colectiva, la historia política se ha convertido en una «ciencia encrucijada» (R. Rémond, *ibíd.*), ampliamente pluridisciplinar, atenta a las nuevas fuentes de información [un ejemplo: el cine, con el estudio de R. Lacourbe sobre *La guerre froide dans le cinéma d'espionnage*, 1985, o el de F. Garçon titulado *De Blum à Pétain. Cinéma et société française (1936-1944)*, 1984] decantándose hacia la politología, la sociología, el derecho público, la lingüística o la psicología social, donde se utiliza, a su vez, el tratamiento estadístico de datos, del análisis cuantitativo, cartografía, historia oral, etc.

La «nueva» historia política ha realizado, en la sombra, una completa mutación. Integrando a todos los actores por medio del estudio de la opi-

nión pública, ya no se interesa exclusivamente por los «grandes hombres». Trabajando a partir de una amplia recopilación de datos numéricos (análisis electorales, sociología de los partidos, lexicología...), sabe mostrarse cuantitativa cuando hace falta. Atenta al acontecimiento, pero también a los movimientos de gran amplitud (las ideologías, de larga duración, por ejemplo) y a las estructuras, especialmente a través de la noción de cultura política, ya no se limita al desarrollo descriptivo de una simple crónica de los acontecimientos. En suma, «la nueva historia de lo político satisface actualmente las principales aspiraciones que habían suscitado la justificada rebelión contra la historia política tradicional (...). Abrazando decididamente los grandes nombres, trabajando a base de ciclos de larga duración, aprehediendo los fenómenos más globales, investigando en las profundidades de la memoria colectiva o del inconsciente las raíces de las convicciones y los orígenes de los comportamientos (la historia política) ha hecho una revolución completa» (R. Rémond, *Pour une histoire politique*). Al tratar de aprehender todas las facetas de la realidad colectiva, ¿no se ha convertido la historia, con esta actitud, en una forma de *historia total*?

4. ¿Es la nueva historia política una historia total?

Profundizada, renovada y ampliada en sus problemáticas, objetivos y métodos, la historia política multiplica los campos de investigación, en constante movimiento entre *la política* en el sentido clásico del término (el poder y la vida política), estudiada en los manuales clásicos de síntesis tales como el de F. Goguel sobre *La politique des partis sous la IIe République* (1946) o el de J. Chaspal sobre *La vie politique sous la Ve République* (última edición, 1987), y *el hecho político* en sentido global (los diversos aspectos de la «cultura política» y de las determinaciones políticas que inciden en los individuos y los grupos).

Desde este punto de vista, la historia política puede orientarse, en primer lugar, hacía el análisis de los *fundamentos teóricos* y de los *cuadros institucionales* del poder. Mucho más allá de los límites de la pura historia contemporánea, ¿no responden a una cierta dimensión de la historia política obras como *Les Trois Ordes ou L'Imaginaire du féodalisme* (1978), de G. Duby, que esclarece especialmente el surgimiento de un cuerpo de «profesionales» de la política a finales del siglo XIII, o *Les Deux Corps du roi,* de Ernst Kantorowicz (1957, traducción francesa 1989), que estudia el simbolismo del poder medieval a través de la imagen dual del cuerpo real, natural e imperfecto por una parte, inmortal e infalible por la otra? En otra dirección completamente distinta, los trabajos de teoría política comparada también contribuyen al enriquecimiento de la historia política: por ejemplo, en *Le Droit dans l'État. Sur la démocratie en France et en Amérique* (1985), L. Cohen-Tanugi puede oponer el modelo francés de «democracia monopolística, dirigida por el estado en el cuadro del derecho público prevalente sobre el derecho común, al modelo norteamericano de democracia resplandeciente, fundamentada en la autorregulación judicial y jurisprudencial. Igualmente, diversos juristas, politólogos e historiadores, bajo la dirección de O. Duhamel y de J.-L. Parodi, estudian *La Constitution de la Cinquième République* para delimitar motivaciones, mecanismos e inciden-

cias, esclareciendo especialmente la trayectoria del progresivo consenso establecido en torno a ella...

Pero, de forma más central, la historia de «la política» extrae el máximo partido del fenómeno electoral, considerado como uno de sus materiales básicos. El análisis electoral, ilustrado por A. Siegfried, después por F. Goguel, cuyas *Chroniques électorales* constituyen una referencia, y por J. Chapsal, A. Lancelot y la escuela de los politólogos de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, se revela tanto más fructífero cuando se apoya sobre un ciclo de larga duración (en Francia, el sufragio universal es ya antiguo), favoreciendo el poder hacer fecundas comparaciones. Utilizando cada vez mejores procedimientos, especialmente estudiando la abstención, los cambios de voto en la segunda vuelta, etc., los investigadores del CEVIPOF (Centre d'étude de la vie politique française contemporaine) pueden interpretar de manera rápida y fiable las diversas consultas: por ejemplo, la obra *Les élections de l'alternance* (1986, bajo la dirección de A. Lancelot) pone de relieve la movilidad, casi la volatilidad, de un electorado que, cada vez más, vota en «contra» más que «a favor», y demuestran hasta qué punto la victoria de la izquierda, en las legislativas de junio de 1981, fue más bien resultado de un azar coyuntural que de una auténtica marejada de fondo. Pero, más allá de lo coyuntural, el estudio electoral permite aprehender las lentas mutaciones estructurales: en su *Chroniques électorales* (tomo 3, 1983), F. Goguel compara las elecciones de 1902 y las de 1981 y llega a la conclusión de que las especificidades regionales, muy acusadas a principios de siglo, se hallan hoy debilitadas, lo que indica que actualmente pesa mucho más el acontecimiento que la cultura política local.

Junto a las elecciones, los *partidos* ocupan un lugar predilecto en el campo de la historia política. Influenciado por los politólogos franceses (Maurice Duverger) y americanos, el estudio de los partidos abandona las monografías de los acontecimientos y/o militantes en las que se hallaban encastilladas tradicionalmente, a fin de privilegiar diversos ángulos complementarios de ataque, eventualmente desunidos pero, a veces, reunidos en una investigación de gran amplitud, como en la tesis de S. Berstein sobre la *Histoire du Parti redical* (1980). En primer lugar, un partido se presenta como un *foco de mediación política*, que traduce algunas aspiraciones difusas del cuerpo social: por ejemplo, el partido radical como partido de las clases medias. Por ello mismo, el partido constituye un rico *espejo* de la sociedad de una época dada, en la medida en que tan sólo puede emerger y durar si responde a determinados problemas fundamentales del país. Pero también pueden intervenir progresivos fenómenos «de inercia de lo político» (S. Berstein), generando o cristalizando el partido una política que, en virtud del peso que ha tenido en el pasado, le permite continuar desempeñando una función importante sin que, sin embargo, haya sabido adaptarse a las nuevas cuestiones aportadas por los nuevos tiempos (es lo ocurrido al partido radical en el período de entreguerra)... En segundo lugar, el estudio de los partidos puede orientarse hacia la vía *sociológica*, combinando el análisis de militantes y responsables, el del electorado y el de la imagen que tiene el partido o que pretende dar de sí mismo (por ejemplo, B. Pudal, *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*, 1989). Tal enfoque se ve acompañado, a veces, de una reflexión en términos de *generaciones* (J. F. Sirinelli, «Génération et histoire politique», *Vingtième siè-*

cle. Revue d'histoire, núm. 22, 1989): en *Les communistes français* (1968), Annie Kriegel insiste sobre la sucesión de muchas generaciones en el seno del PCF, definidas por su fecha de adhesión (generación sectaria de la fase de bolchevización, generaciones abiertas del frente popular y de la Resistencia, ambas integradas —contrariamente a la precedente— en el consenso nacional y republicano, generación de combate de la guerra fría), revelándose cada una de estas generaciones portadora de valores y matices muy distintos... En tercer lugar, la historia de los partidos políticos se interesa igualmente por la organización y *funcionamiento* de los mismos, en la línea de los trabajos fundadores de Roberts Michels (*Les partis politiques*, 1914) que observan la naturaleza oligárquica del partido socialdemócrata alemán. Así, S. Berstein distingue entre el juego, a veces complejo, de las estructuras y del aparato del partido radical. A. Kriegel trata de hacer un «ensayo de etnografía política», definiendo al PCF como una verdadera «contra-sociedad», con sus reglas, sus normas, su jerarquía, su lenguaje cifrado, su ritual, etc. Finalmente, el estudio de los partidos políticos, muy próximo a la historia de las ideas, se decanta claramente por los fenómenos *ideológicos*, esforzándose especialmente en delimitar la *cultura política* del partido a que se hace referencia (recuerdos, referencias obligadas, textos sagrados, símbolos, ritos, vocabulario, etc.). En suma, los partidos están considerados como elementos de «estructuración social» (S. Berstein, *Pour une histoire politique*): bajo este título lo que pretende hacer, tanto por sus métodos como por su actitud, es una historia total.

Desde esta perspectiva, la historia política se orienta, cada vez más, conjuntamente con el estudio de los partidos en cuanto tales, hacia la historia de las *asociaciones* y de su intervención en la esfera de lo político, para delimitar la «malla asociativa que contiene una sociedad, una cultura y una forma política» (J. P. Rioux, *Pour une histoire politique*). Desde una etnología política que extrae sus referencias de fuentes ampliamente pluridisciplinares (ejemplo, Geneviève Poujol se inspira en los trabajos del sociólogo Pierre Bourdieu para comparar, en *L'Éducation populaire*, la actividad de la Association Catholique de la Jeunesse Française, la de la protestante Unión Chrétienne des Jeunes Gens y la de la laica Ligue Française de l'Enseignement), el estudio de las asociaciones permite aprehender mejor los procesos de la socialización política, entre el área de la sociedad civil y la del poder. Las asociaciones, lugares de articulación entre la sociabilidad cotidiana y la dimensión política (M. Agulhon, *La République au village*, 1970), lugares de formación (G. Cholvy, *Mouvements de jeunesse. Chrétiens et juifs: sociabilité juvénile dans un cadre européen, 1799-1968*), lugares de reflexión (Ph. Reclus, *La République impatiente ou le club des Jacobins, 1951-1958*, 1987), lugar de protesta combativa (E. Weber, *L'Action française*, 1962; J. P. Rioux, *La Ligue de la patrie française,* 1976), lugar del sindicalismo y de su relación con la política (A. Bergaunioux, *Force ouvrière*, 1982; A. Monchablon, *Histoire de l'UNEF*, 1983), lugar, en fin, de concentración conmemorativa y de presión respecto al poder (A. Prost, *Les Anciens Combattants et la Société française*, 1977), constituyen un observatorio de predilección para delimitar el estado de la vida política. Así, parece cada vez más probable que pueda establecerse una correlación entre los períodos asociativos de pleamar y los de «crisis» política y ruptura del consenso...

El *personal político*, muchas veces formado en el cuadro del movimiento asociativo, roto después por las reglas de la vida de los partidos, también presenta un punto de vista recientemente desarrollado por la historia política. Paradójicamente bastante mal conocido, es ya objeto de investigaciones socio-políticas que permiten delimitar mejor el funcionamiento del estado y los determinantes de su actividad. Así, estudiando *Les Sommets de l'État* (1977), el politólogo P. Birnbaum propone un «ensayo sobre la *élite* del poder en Francia», en el que pone de relieve la oposición entre, de una parte, la Tercera y la Cuarta Repúblicas, caracterizadas por la profesionalización del cuerpo político, bastante alejado, por este hecho, de la alta función política y del poder económico, y de otra parte, la V República, en la que se opera una fusión parcial entre el poder ejecutivo, la alta administración y, en menor medida, el mundo de la economía. De la misma manera, aunque utilizando una forma que responde más a la sociología histórica que a la historia política, la tesis de Ch. Charle (*Les Élites de la République, 1880-1900*, 1987), al estudiar las trayectorias y las estrategias sociales y profesionales de las *élites* intelectuales, económicas y administrativas, nos ofrece una perspectiva nueva sobre las carreras políticas durante la Tercera República. Captamos en ella todo el interés que ofrece un amplio trabajo prosopográfico: ya esbozado por J. Estèbe (*Les Ministres de la République, 1871-1914,* 1982), adquiere, particularmente, la forma de una amplia encuesta sobre el personal parlamentario de la Tercera República, empezada en 1984 en el marco de la CNRS por J. M. Mayeur y M. Agulhon, que desembocaría en una visión global de las *élites* políticas (ambiente de procedencia, formación, patrimonio, inserción social y cultural, carrera política, etc.). De la misma vena prosopográfica, el inmenso proyecto colectivo de un *Dictionaire biographique du mouvement ouvrier français*, puesto en marcha por Jean Maitron, aporta un instrumento insustituible para el conocimiento de las formaciones sindicales y de los partidos de izquierda, tanto para los responsables como para los militantes de base.

La historia política suma, a estos enfoques en términos semi-individuales, semi-colectivos, una práctica renovada de la *biografía política*, cuyo retorno constituye un rasgo sorprendente en el paisaje historiográfico de los años 80, en virtud de la rehabilitación del papel desempeñado por el individuo en la historia y de la preocupación por reintroducir la singularidad en las ciencias sociales. Sin embargo, difiriendo en ello de las biografías tradicionales, que siguen obteniendo grandes éxitos de librería, las biografías «nuevo estilo» no dirigen tanto sus esfuerzos a presentar el perfil exhaustivo del individuo como a delimitar mejor la historia colectiva mediante el esclarecimiento de la historia singular. Vemos así multiplicarse las biografías políticas: monumentos a propósito de los «grandes hombres» (el *De Gaulle,* de J. Lacouture; el *Clemenceau,* de J. B. Duroselle), exhumación de los «personajes de segunda fila» desvalorizados demasiado rápidamente (en 1984, han sido dedicados, por ejemplo, dos coloquios a Henri Queuille), descubrimiento del discreto poder de los «hombres en la sombra» (P. Assouline, *Une éminence grise. Jean Jardin*, 1986), examen de tal o cual vasto problema a través de la biografía (en *François de Wendel en République*, 1976, J. N. Jeanneney estudia las relaciones entre los ambientes de los negocios y la vida política durante la Tercera República; en *Un pretre démocrate, l'abbé Lemire*, 1968, J. M. Mayeur observa las reacciones de la

opinión católica respecto a la propia Tercera República), etc. En general, esta superabundante cantidad de biografías sobrepasa sistemáticamente la estricta dimensión narrativa para alcanzar nuevas orillas: por ejemplo, Sylvie Guillaume (*Antoine Pinay ou la confiance en politique*, 1984) desarrolla, a través del caso Pinay, un análisis de los fenómenos de imagen característica, de memoria y de mitologización en la política, y S. Berstein (*Edouard Herriot ou la République en personne*, 1985) se interroga sobre los mecanismos de la representatividad política, haciendo de su personaje una especie de símbolo de la Francia republicana, desde el punto de vista de los orígenes sociales (el niño de clase media), de la trayectoria individual (la ascensión a partir de la escuela y el propio mérito) y de la cultura (el humanismo literario, histórico y racionalista)...

Así evaluamos hasta qué punto la historia política es deudora de las *ideas políticas*. Representada por las personalidades de J.-J. Chevalier y de J. Touchard, ambos profesores de Ciencias Políticas, ésta seguirá siendo, durante mucho tiempo, una «historia-galería», «una historia de cumbres» (*ibíd.*), según su actual sucesor en la calle de Saint-Guillaume (M. Winock, *Pour une histoire politique*). Todavía hoy privilegia frecuentemente el siempre necesario estudio monográfico de un hombre (G. Leroy, *Péguy entre l'ordre et la révolution*, 1981; M. Rebérioux, *Jaurès et Classe ouvrière*, 1981), de una obra (P. Rosanvallon, *Le Moment Guizon*, 1985), de una corriente (L. Girard, *Les Libéraux français, 1814-1875*, 1985; A.-M. Duranton-Crabol, *Visages de la nouvelle droite*, 1988; P. A. Taguieff, «L'identité nationaliste», *Lignes*, núm. 4, 1988), o de un tema (J. Freund, *La Décadence*, 1984). Pero, poco a poco, se van sumando a estas monografías indispensables, además de la exhumación de hombres y de corrientes mal conocidos (J. Julliard, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe*, 1971; Z. Sternhell, *La droite révolutionnaire, 1885-1914*, 1978; S. Sand, *L' Illusion du politique. Georges Sorel et le débat intellectuel 1900*, 1985), los frutos de un *ensanchamiento del corpus*, cada vez más abiertos a los fenómenos de resituación, difusión y recepción de ideas, a fin de «destacar (su) rastro en todos los sectores de la sociedad (...), descendiendo del olimpo de las *grandes obras*» (M. Winock, *ibíd.*). Dos tesis abrirán, precozmente, el camino de esta ambiciosa actitud: primero, en 1959, la tesis de R. Rémond sobre *Les États-Unis devant l'opinion française, 1815-1852;* después, en 1968, la de J. Touchard sobre *La gloire de Béranger*. En ambos casos, se lleva a cabo una verdadera aprehensión de la cultura política a través de la imagen de un modelo extranjero y del extraordinario impacto que produce un autor de canciones populares del siglo XIX. A partir de la brecha abierta, la historia de las ideas no ha dejado de diversificarse, pasando por el cedazo de su investigación los fenómenos de aculturación política que se realizan en la escuela (J. Ozouf, *Nous les maîtres d'école*), las revistas (M. Winock, *Histoire politique de la revue «Esprit»*, 1975), los procesos de atracción ideológica (Ph. Burrin, La *Dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery*, 1986), los «animadores» (en su tesis sobre una *Géneration intellectuelle. Khâgneux et normaliens dans l'entredeux guerres*, 1988, J.-F. Sirinelli pone de relieve el papel de Alain en la formación política de sus alumnos), las representaciones colectivas *(L'Amérique dans les têtes. Un siècle de fascinations et d'aversions,* bajo la dirección de D. Lacorne, J. Rupnik y M.-F. Toinet, 1986), las relaciones entre arte e ideolo-

gía (*Art et Fascisme*, bajo la dirección de P. Milza, 1988), o incluso, los factores de cohesión susceptibles de agrupar a varias familias políticas contra un adversario real o supuesto (R. Rémond, *Histoire de l'anticléricalisme en France*, 1976; J.-J. Becker y S. Berstein, *Histoire de l'anticommunisme en France*, 1987). En suma, a partir de este momento, la *cultura política* se convierte en el tema por excelencia de la historia de las ideas políticas, y ello constituye la noción central, común al conjunto de los enfoques de la historia política, como lo testimonian por ejemplo, los trabajos de Cl. Nicolet sobre *L'Idée républicaine en France* (1982), los de M. Winock que analizan la vida política francesa en términos de recurrentes «guerras franco-francesas», organizadas siguiendo estructuras de larga duración (*La Fievre hexagonale*, 1986) o también los de Raoul Girardet, que en *Mythes et mythologies politiques* (1986) no se arredra en adentrarse en terrenos vírgenes para definir lo «imaginario en política» a través de cuatro mitos políticos de gran magnitud: los del *Complot*, el *Salvador*, la *Edad de Oro* y la *Unidad*...

Para conseguirlo, y ello constituye quizá una de las aportaciones más relevantes del *aggiornamento* de la historia política, se recurre cada vez más, a veces de forma sistemática (con más frecuencia de forma parcial), a *instrumentos lexicológicos* procedentes de la lingüística. A partir de 1962, la tesis de J. Dubois sobre *Le Vocabulaire politique et social en France de 1869 a 1972* ilustra la fecundidad de este tipo de investigación, realizada desde entonces por el laboratorio de lexicología política de la École Normale Supérieure de Saint-Cloud, e ilustrada por la fundación de la revista *Mots* en 1980. Por una parte, su tránsito por la lexicología —muchas veces difícil, casi repelente, debido a su tecnicismo y al carácter aleatorio de sus resultados— permite demostrar por la vía cuantitativa, con más rigor, lo que las citas, incluso numerosas, no pueden *probar* auténticamente: así, D. Peschanski demuestra que, entre enero de 1934 y agosto de 1936, *L'Humanité* sustituye, especialmente a partir de julio de 1935, el vocabulario de clase por otro vocabulario que gravita sobre el ecumenismo del «pueblo», conforme a la dinámica de la formación del Frente popular. *Et pourtant ils tournent. Vocabulaire et stratégie du PCF (1934-1936)*, 1988.

Por otra parte, puede añadirse una función heurística a la función demostrativa, ya que el estudio de las estructuras relativas al léxico pueden desvelar, por ejemplo, las figuras mentales que rigen el discurso (A. Prost, *Vocabulaire des proclamations électorales de 1881, 1885 et 1889*, 1974; D. Labé, *Le discours communiste*, 1977).

Seguramente, tal historia política domina tanto el estudio de las series como el de la duración. ¿Equivale a decir que se ignora a partir de este momento el *acontecimiento*? Lejos de ello, muy al contrario, en una epistemología que reconoce toda su importancia a las incertidumbres de ciclo corto (R. Rémond, «Le siècle de la contingence?», *Vingtième siècle. Revuel d'histoire,* núm. 1, 1984), «el acontecimiento, especialmente en su vertiente política, no se puede considerar como un simple *producto*; no es el grano de arena convertido en perla dentro del cuerpo de la ostra-estructura; por el contario, aunque materialice un punto de revisión de la historia, es, al mismo tiempo, *productor* de estructura» (J. Julliard, *Faire de l'Histoire*). Por ejemplo, un hecho cualquiera, por muy anecdótico que parezca, puede demostrar muchos agarrotamientos en los engranajes consensua-

les, como lo pone de manifiesto M. Winock en *Drumont et Cie*, al estudiar el incendio del Bazar de la Charité con la finalidad de esclarecer las estructuras mentales del antisemitismo político a finales del siglo XIX, o J. P. A. Bernard al intentar definir el ambiente de Francia durante los años de la guerra fría, evocando sus distintos hechos más sobresalientes («Faits divers des années froides», *Silex*, núm., 20, 1981). Asimismo, no se abordan solamente las grandes «jornadas» en sí mismas, sino que, integradas en un *trend* que las engloba, tanto hacia arriba como hacia abajo, cristalizan inquietudes anteriores y recuerdos posteriores, convirtiéndose, a su vez, de esta manera, en factores de historia (S. Berstein, *Le 6 février 1934*, 1975; O. Rudelle, *Mai 58, De Gaulle et la République*, 1988).

De esta manera,no se concibe lo estructural y lo coyuntural, el ciclo largo —o el medio— y los acontecimientos como términos antinómicos, sino más bien como los dos polos de una dialéctica compleja, por la que actúan recíprocamente, mediante los fenómenos de la *memoria*, *estructura* y *coyuntura*, cada una sobre la otra. Un buen ejemplo de semejante imbricación lo suministra la tesis de Paul Bois a propósito de los campesinos de la Sarthe (*Paysans de l'Ouest. Des Structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sarthe*, 1960), que demuestra cómo la sublevación de los chuanes, determinada por los cuadros de la producción agrícola en el siglo XVIII, introduce unas estructuras políticas casi sin cambios hasta el umbral de los años 60... Más recientemente, el interés se ha desplazado a un campo particularmente fecundo para la historia política, el de la relación entre *memoria*, *imagen* y *política*, ilustrando muy bien la fórmula de R. Aron, según la cual el objeto de la historia se constituye a partir de la «vivido cristalizado» (*Dimensions de la conscience historique*, 1961). Maurice Agulhon, pionero en la materia (*La République au village*, 1970; *Marianne au combat*, 1979; *Histoire vagabonde*, 1988), se decanta por el ingreso de la política en las costumbres del siglo XIX, por la forma en la que se convierte en un elemento de la realidad social, tanto a través de estructuras de sociabilidad como a través de los monumentos y de la estatuaria... En *Batailles pour la mémoire* (1983), G. Namer estudia también la forma en la que el poder político, a partir de 1945, ha organizado, apropiándosela, la memoria de la Segunda Guerra Mundial, percibida por todos como una apuesta política de primera magnitud (lo que demuestra, desde una perspectiva diferente, H. Rousso en *Le Syndrome de Vichy*, 1987). A. Boureau se aventura en el terreno de la semiología política, analizando los símbolos del poder y su función en la memoria (*L'Aigle. Chronique politique d'un emblème*, 1985), como Ph. Burrin cuando observa los mecanismos de la escenografía política ((Poigs levès et bras tendus. La contagion des symboles au temps du Front populaire», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 11, 1986). Pero lo que mejor caracteriza esta reciente orientación de la historia política es una empresa de gran amplitud: *Lieux de mémoire*, publicadas bajo la dirección de P. Nora desde 1984, que dirigen sus esfuerzos a intentar ofrecer al «juego de la oca de la identidad francesa» (H. Rousso), presentando una historia de la memoria colectiva de los franceses, un «inventario de los lugares en los que electivamente se ha encarnado por la voluntad de unos determinados hombres y por el trabajo de los siglos, quedando como sus símbolos más esplendorosos» (P. Nora). El conjunto (tres tomos repartidos en cua-

tro gruesos volúmenes) multiplica los puntos de referencia sobre los símblos (La *Marseillaise*, Versalles), monumentos (el Panthéon) las fiestas (14 de julio), referencias (*Histoire de France,* de Lavisse), recuerdos sagrados (Verdun), etc., que cristalizan la conciencia nacional *y* política... Desde esta perspectiva, cultura política y *espacio* pueden ser puestas últimamente en relación, ya sea mediante la observación monográfica de un fenómeno de duradera implantación local (A. Fourcant, *Bobigny baulieu rouge*, 1986), ya sea mediante ensayos de síntesis globalizante (*Géopolitiques des régions françaises*, bajo la dirección de Yves Lacoste, 1986).

Con tal sesgo, se comprende que la historia política se afirme como historia de la *opinión pública*. Ciertamente, resultado de una compleja «alquimia entre las mentalidades y el contexto» (J. J. Becker, *Pour une histoire politique*), difícil de definir y más aún de estudiar, la noción de opinión pública presenta delicados problemas metodológicos (P. Laborie, «De l'opinion publique à l'imaginaarie social», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 18, 1988). Su análisis permite, no obstante, completar y enriquecer considerablemente la historia política, esclareciendo la forma en que se perciben las realidades e indicando cómo se convierte, a su vez, la propia percepción de la realidad en factor histórico (véase, por ejemplo, R. Schor, *L'Opinion française et les Etrangers, 1919, 1939*, 1985). Viéndose obligada a diversificar lo más posible sus fuentes (prensa, literatura, cine, iconografía, publicidad, correspondencias, diarios íntimos, debates políticos, sondeos, archivos gubernamentales y judiciales, informes policiales, hechos diversos, fuentes orales, etc.), el historiador de la opinión pública se va confrontando con una visión especialmente amplia del cuerpo social por él estudiado, lo que le permite reconstituir «secuencias sintomáticas de lo imaginario colectivo» (P. Laborie). De esta manera, P. Laborie demuestra, al estudiar minuciosamente la opinión de Lot durante la ocupación, las progresivas transformaciones de una población que, marcada por la derrota, se revela desde el comienzo, mayoritariamente, en pro de Vichy, alejándose paulatinamente del mariscal, sobre todo a partir de 1942 (*Résistants. Vichyssois et Autres. L'évolution de l'opinion et des comportements dans le Lot de 1940 a 1944*, 1980). Igualmente, J. J. Becker esclarece, multiplicando innumerables fuentes y actuando con una cronología muy precisa, la forma en que los franceses pasan, en el momento de entrada en la Primera Guerra Mundial, entre el momento de la movilización y el de las primeras partidas, de la consternación a la resignación y, después, a la toma de una resolución (*1914: comment les Français sont entrés dans la guerre*, 1977).

Desde entonces, la historia política no puede obviar, al abordar el campo de la cultura política y el de la opinión pública, el estudio de unos *parámetros determinantes de las preferencias políticas*, por ejemplo, los ambientes intelectuales y los medios de comunicación de masas (J. N. Jeanneney, «Les médias», *Pour une histoire politique*).

Recusando vigorosamente determinismos sociológicos, a los que consideran reductores y a los que acusan de ocultar la especificidad y la autonomía relativa del campo político, los historiadores del hecho político no dejan por ello de desarrollar análisis en términos de ambientes socioculturales, aunque insistiendo en que las dependencias sociológicas no son decisivas. Una obra colectiva como *L'Univers politique des classes moyennes* (1983), que reúne a politólogos e historiadores bajo la dirección de G. La-

vau, G. Grunberg y N. Mayer, ilustra perfectamente esta actitud orientada ante todo hacia la apuesta que constituyen las clases medias y el lugar que éstas ocupan en el discurso político.

Por el contrario, muchas veces se consideran los factores religiosos por encima de los factores sociales, como parámetros más importantes a la hora de las preferencias y de los comportamientos políticos, en la medida en la que aquéllos poseen más valor de predicción, por ejemplo en lo concerniente a las elecciones, que los elementos socio-profesionales o geográficos (G. Michelet, M. Simon, *Classe, Religion et Comportament politique,* 1977). La propia historia religiosa, ampliamente renovada (R. Rémond, «L'historie religieuse de la France au XXe siècle», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 17, 1988), bajo el impulso de la sociología religiosa surgida a partir de los trabajos de G. Le Bras y de F. Boulard, aporta a la historia política importantes esclarecimientos, que permiten relacionar *Forces religieuses et attitudes politiques dans la France contemporaine* (R. Rémond, 1965). Desbordando —¡por una vez!— los límites excesivamente franceses de la presente obra, podemos hallar una buena ilustración en el estudio de G. Kepel, *Le Prophète et le Pharaon* (1984), que analiza, a través de los movimientos islámicos, las relaciones de los hechos religiosos y de los políticos en el Egipto contemporáneo...

A semejanza del hecho religioso, el cultural se revela también susceptible de fecundar la historia política (P. Ory, «L'histoire culturelle de la France contemporaine. Question et questionnement», *Vigtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 16, 1987). Por ejemplo P. Yonnet desarrolla en *Jeux, Modes et masses. La société fraçaise et le moderne* (1985), una «sociología de la apariencia» que, con su estudio de los comportamientos culturales (PMU, *jogging*, moda, *rock*, etc.), cuestiona a los historiadores del hecho político lo siguiente: si el espíritu democrático no se reconcentra más sobre la actividad cívica, si la existencia de un cuerpo social, un tanto homógeneo, se diluye en la atomización de *L'Ere du vide* (G. Lipovetsky, 1983), ¿no está llamada la vida política, en su vertiente tradicional, si no a desaparecer al menos a transformarse de manera radical?

Quizá pueda aportar elementos de respuesta una nueva dimensión de la historia política, la de la historia de los intelectuales. Recientemente desarrollada, permite evaluar el proceso de formación y de difusión de una cultura política dada, aunando el análisis de los itinerarios individuales, el generacional y el de la sociabilidad de los ambientes intelectuales (J.-F. Sirinelli, «Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 9, 1986). En *Génération intellectuelle. Khagneux et normaliens dans l'entre-doux-guerres* (1988), J.-F. Sirinelli esclarece, por ejemplo, los fenómenos de impregnación pacifista en la Francia de los años 30; en *Le Réveil des somnambules. Le Parti communiste, les intellectuels et la culture* (1987), J. Verdés-Leroux ilustra los avatares del PCF, siguiendo la evolución de los intelectuales comunistas en los últimos decenios, al igual que P. Gremion lo hace respecto al conjunto de la izquierda a través del prisma de la cuestión checoslovaca en *Paris-Prague. La gauche face au renouveau et à la répression tchécoslovaques* (1985).

Esta última obra nos lleva a enfocar un último aspecto de la renovación de la historia política: los trabajos dedicados al extranjero y las investiga-

ciones acerca de las *relaciones internacionales*. Por una parte, los historiadores franceses del hecho político intensifican su aproximación a la dimensión internacional del tema que estudian: tal es el caso, por ejemplo, de la dinámica revista *Communisme*, o el de los autores de *L'Internationale socialiste* (dirigida por H. Portelli, 1983). Por otra parte, son muchos lo que dedican todo o parte de sus trabajos a la historia política de tal o cual país extranjero: entre otros muchos, L. Bianco o M. C. Bergère, a la China; F. Bédarida o Ch. F. Mougel, a la Gran Bretaña; Cl. Fohlen, A. Kaspi o P. Mélandri, a los Estados Unidos; H. Carrère d'Encause, a la URSS; A. Grosser, a Alemania; R. Ilbert, al mundo musulmán; el politólogo G. Hermet, a España; etc. Finalmente, bajo el impulso de sus dos maestros, Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle, autores de una común *Introduction à l'histoire des relations internationales* (1964), los especialistas en relaciones internacionales han establecido intercambios, de día en día más profundos y fructuosos, con los historiadores del hecho político. En *La décadence* (1979), más tarde en *L'Abime* (1982), el propio J. B. Duroselle concede gran espacio, al estudiar la política exterior de Francia antes de la Segunda Guerra Mundial, a factores de política interior: igualmente, muchas tesis (P. Milza, *Français et Italiens à la fin du XIXe siècle*, 1981; M. Vaisse, *Sécurité d'abord, la politique française en matière de désarmement*, 1984) realizan una constante confrontación entre la política interior y relaciones internacionales, hasta el punto de que ambas son realmente inseparables. ¿No son también relevantes las guerras (J. P. Azéma, «La guerre», *Pour une histoire politique*) para una parte de la historia política, tanto como laboratorios privilegiados que descubren el juego social y político, que como factores de legitimación política de un hombre (De Gaulle) o de un partido (el PCF)?

5. Historia política e historia del tiempo presente

Constatamos que la historia política se afirma hoy en Francia como una historia dinámica, revivificada por la travesía del desierto que le impusieron sus detractores, tan interesada como las demás en conseguir una visión global de los fenómenos históricos. Reacia a los enfoques demasiado estrictamente deterministas, se manifiesta atenta a la contingencia y al acontecimiento que caracterizan «el fracaso de una cierta racionalidad, pero de ninguna manera la confusión de la inteligencia» (R. Rémond, *Pour une histoire politique*), pero se revela ya abierta a los horizontes de la duración, de la estructura, de la memoria y de la cultura política. Considerando, a este título, la política como «el lugar de gestión de la sociedad global» y «el punto donde confluyen la mayor parte de las actividades», pretende, por tanto, inscribirse en una perspectiva global en la que la política es un punto de condensación» (*ibíd.*).

Allí donde la «nueva historia» se cuestiona («Les *Annales*, por ejemplo, han descuidado excesivamente el volver a pensar la historia política», A. Burguière, *L'histoire*, núm. 119, 1989), la historia política puede, por tanto, preciarse de tener completa y entera legitimidad. Sin embargo, le queda por ganar una última batalla: aquella de la que depende imponer su

orientación —no exclusiva ciertamente, pero sí muy representativa— respecto a la historia próxima, la «historia del tiempo presente», que algunos confunden con una pura crónica periodística, rehusándole cualquier estatuto científico. Si no es preciso demostrar el interés, la pertinencia y la validez de los trabajos que versan sobre un pasado tan próximo que se confunde con el presente, forzoso es admitir, sin embargo, que sus méritos no han conquistado todavía a la comunidad de los historiadores en su totalidad. Sin embargo, ¿no fueron, en su tiempo, Tucídides o Michelet «historiadores del tiempo presente»?

Pascal Balmand

BIBLIOGRAFÍA

Para el capítulo 1

Los historiadores griegos y latinos son fácilmente accesibles en las ediciones Akal/Clásica, Clásicos del CSIC y Clásicos Gredos. Los estudios introductorios aportan en general informaciones de gran utilidad. Además pueden consultarse:

H. van Effenterre, *L'Histoire en Grèce,* París, A. Colin, 1967, coll. «U».
F. Hartog, *Le Miroir d'Hérodote,* París, Gallimard, 1980.
J. de Romilly, *Thucydide et l'Impérialisme athénien,* París, Les Belles Lettres, 1947.
Histoire et Raison chez Thucydide, París, Les Belles Lettres, 1967.
P. Pédech, *La Méthode historique de Polybe,* París, Les Belles Lettres, 1964.
A. Momigliano, *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne,* París, Gallimard, 1983.
G. Sabbah, *La Méthode d'Ammien Marcellin,* París, Les Belles Lettres, 1978.
C. Nicolet, *L'inventaire du Monde,* París, Les Belles Lettres, 1988.

Para el capítulo 2

F. Gilson, *La Philosophie au Moyen Âge,* París, Pavot, 1922 (reed. 1976).
M. D. Chenu, *La Théologie au XIIe siècle,* París, Vrin, 1957. R. Delort, *Introduction aux sciences auxiliaires de l'histoire,* París, A. Colin, 1969.
B. Guenée, «Le Métier d'historien au Moyen Âge», *Études sur l'historiographie médiévale,* París, Sorbona, 1977.
«Les genres historiques au Moyen Âge», *Annales ESC,* París, Julio-agosto, 1973; págs. 997-1.016. «L'historiographie en Occident du Ve au XVe siècle», núm. spécial de los *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest,* 1980/2.
J. Paul, *Histoire intellectuelle de l'Occident médiéval,* París, A. Colin, 1973.

Para el capítulo 3

J. Foissart, *Chronique,* ed. Kervyn de Lettenhove (1867-1877), 28 vol. (reimp. 1967).
J. J. N. Palmer (bajo la dirección de), *Froissart historien,* Londres, Boydell Press, 1981.
P. Tucoo-Chala, «Froissart, le grand reporter du Moyen Âge», París, *L'Histoire,* núm. 44, págs. 52-63.

P. Abraham et R. Desné, «Histoire Littéraire de la France», tomo I, *Des origines à 1492,* París, Ediciones Sociales, 1974.
J. Dufournet, *La Destruction des mythes dans les «Mémoires» de Philippe de Comynes,* Ginebra, Droz, 1966.
J. Dufounet, *Études sur Philippe de Commynes,* París, Champion, 1975.
B. Guenée, *Histoire et Culture historique dans l'Occident médieval,* París, Aubier, 1980.
C. Beaune, *Naissance de la nation France,* París, Gallimard, 1985.
J. Kerhervé, «Aux origines d'un sentiment national, les chroniqueurs bretons de la fin du Moyen Âge», en el *Bulletin de la Société archéologique du Finistère,* t. CVIII, 1980, págs. 165-206.

Para el capítulo 4

C. G. Dubois, *La Conception de l'histoire en France au XVIe siècle,* 1560-1620, París, A. G. Nizet, 1977.
G. Huppert, *L'Idée de l'histoire parfaite,* París, Flammarion, «Nouvelle bibliothèque scientifique», 1972.
N. Broc, *La Géographie de la Renaissance (1420-1620),* París, Bibliothèque nationale, 1980.
Colloque Jean-Bodin, Angers, Presses de l'université d'Angers, 1985.
La Réponse de Jean Bodin á M. de Malestroit, 1568 (ed. H. Hauser, París, 1932).

Para el capítulo 5

Además de los textos originales de Kant, Hegel, Compte, Spengler y Toynbee, se pueden consultar las siguientes obras generales:

J. Chevalier, «Histoire de la pensée», tomo IV, *La pensée moderne de Hegel à Bergson,* París, Flammarion, 1966. (Hay traducción incompleta.)
R. Aron, *Introducción a la filosofía de la historia,* Buenos Aires, Siglo XX, 1983 (reedición).
H. I. Marrou, *Del conocimiento histórico,* Buenos Aires, 1973.
H. Vedrine, *Les Philosophies de l'histoire, déclin ou crise?* París, Payot, 1975.
L'Histoire, núm. 3.
Les Philosophies de l'histoire (recopilación de estudios de E. Detape, M. Jamet, A. Villani, S. Simha, P. Quillet, etc.).

Para el capítulo 6

G. Huppert, *L'idée de l'histoire parfait,* París, Flammarion, 1973.
P. Hazard, *La crisis de la conciencia europea,* Madrid, Pegaso, 1941; (reed. en Alianza Editorial), 1988.
P. Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII,* Madrid, Alianza Editorial, 1986.
J. Ehrard et G. Palmade, *L'Histoire,* París, A. Colin, 1965.
R. Pomeau, *Voltaire, Oeuvres historiques,* París, «La Pleyade», Gallimard, 1962.
Voltaire par lui-méme, París, Seuil, 1955.
Ch. Rihs, *Voltaire, Recherches sur les origines du matérialisme historique,* Ginebra, Droz y París, Ménard, 1962.
Ch. O. Carbonell, *Histoire et Historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885,* Toulouse, Privat, 1976.

B. Neveu, *Un historien à l'École de Port-Royal, Sébastien Le Nain de Tillemont, 1636-1698*, La Haya, 1966, 337 págs.

Para el capítulo 7

J. Michelet, *Le Moyen Âge*, Laffont, 1981.
Histoire de la Révolution française, París, Laffont, 1979.
Revistas: *Europe*, nov.-dic., 1973, y *L'Arc*, núm. 52, dedicadas a J. Michelet.
R. Barthes, *Michelet par lui méme*, París, Seuil, nueva edición 1975.
J. Le Goff, «Les Moyen Âge de Michelet», en *Pour un autre Moyen Age*, París, Gallimard, 1977, págs. 19-45.

Para el capítulo 8

Una obra esencial:

Ch. O. Carbonell, *Histoire et Historiens, une mutation ideologique des historiens français, 1865-1885*, Toulouse, Privat, 1976.

Es aconsejable también la lectura de:

1) A propósito de *La Revue historique*, el volumen del centenario, núm. 518, abril-junio 1976; reedición del manifiesto de G. Monod, págs. 297-324; Ch. O. Carbonell, *«La naissance de la RH»*, págs. 331-351; A. Gérard, *«La RH face à l'histoire contemporaine»*, págs. 352-405.

2) Respecto al tema de los manuales escolares:

P. Nora, E. Lavisse, «Son róle dans la formation du sentiment national», *La Revue historique*, julio 1962, págs. 63-106.
J. P. Rioux, «Les métamorphoses d'E. Lavisse», *Politique aujourd'hui*, nov.-dic. 1975, págs. 3-12.
M. Ozouf, *L'École, l'Église et la République*, 1871-1914, colec. «Kiosque», A. Colin, París, 1963.

3) A propósito de la crítica del positivismo:

L. Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1982 (5.ª ed.).
A. Schaff, *Historia y verdad*, Barcelona, Crítica, 1976.
Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, Hatchette, 1989.
G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Martínez Roca, 1974.
S. Citron, *Enseigner l'histoire aujourd'hui. La Mémoire perdue et retrouvée*. París, Éditions ouvières, 1984.

Para el capítulo 9

Solamente algunas obras de carácter metodológico:

L. Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1982 (5.ª ed.).
M. Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1967 (5.ª ed.).
F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968 (hay reediciones).
Hacer la historia (bajo la dirección de J. Le Goff y P. Nora, con la participación de treinta y tres especialistas), Barcelona, Laia, 1978, 3 vols.: 1) *Nuevos problemas*, 2) *Nuevos enfoques*, 3) *Nuevos objetos*.

La Nueva Historia (bajo la dirección de J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel, diez artículos de fondo y ciento veinte notas biográficas o temáticas), Bilbao, Mensajero, 1988.
A. Burguière, *Diccionario de ciencias históricas*, Akal, Madrid, 1991.

Para el capítulo 10

Hacer la historia (bajo la dirección de J. Le Goff y P. Nora), 3 vols., Barcelona, Laia, 1978.
La Nueva Historia (bajo la dirección de J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel, diez artículos de fondo y ciento veinte notas biográficas o temáticas), Bilbao, Mensajero, 1988.
L'Histoire et ses méthodes, Presses Universitaires de Lille, 1981, 229 págs.
F. Furet, «En marge des Annales, Histoire et sciences sociales», *Le Débat,* núm. 17, dic. 1981, págs. 112-127.
A. Burguiére, «La naissance des Annales»; J. Revel, «Histoire et sciences sociales, les paradigmes des Annales», *Annales ESC,* 1976/6, págs. 1.347-1.376.
M. Morineau, «Allergico cantabile», *Annales ESC,* julio-agosto, 1981, pág. 623 y sig.
H. Couteau-Bégarie, *Le Phénoméne «Nouvelle Histoire»,* París, Economica, 1983.

Para el capítulo 11

K. Marx/F. Engels: *Obras escogidas* (3 vols.). Akal, Madrid, 1974.

Entre las muchas exégesis del marxismo merecen citarse:

L. Althusser (y colaboradores), *Para leer El capital,* Madrid, Siglo XXI, 1976.
G. Gurvitch, *Teoría de las clases sociales,* Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971.
S. Ossowski, *La Structure de classes dans la conscience sociales,* París, Anthropos, 1971.
G. Bois, «Marxismo y Nueva Historia», en *La Nueva Historia,* Mensajero, 1988.
P. Vilar, *Historia marxista, historia en construcción,* Barcelona, Anagrama, 1975 (2.ª ed.).
P. Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* Barcelona, Crítica, 1980.

Para el capítulo 12

Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades,* México, Siglo XXI, 1979.
F. Braudel, «La historia y las ciencias sociales», Madrid, Alianza, 1968; *Annales ESC,* 1971, núms. 3 y 4, «Histoire et structure».
M. Foucault, *Microfísica del poder,* Madrid, La Piqueta, 1978.
M. de Certeau, *L'Écriture de l'histoire,* París, Gallimard, 1975.
La Nueva Historia (bajo la dirección de J. Le Goff, R. Chastier y J. Revel), Bilbao, Mensajero, 1988.
Michelle Perrot (bajo la dirección de J. Le Goff, R. Chastier y J. Revel), Bilbao, Mensajero, 1988.
Michelle Perrot (bajo la dirección de), *L'impossible prison,* Seuil, 1980.
E. Le Roy Ladurie, *Le Carnaval de Romans,* París, Gallimard, 1979.
P. Veyne, *Foucault révolutionne l'histoire,* París, Seuil, 1979.

Para el capítulo 13

H. I. Marrou, *Del conocimiento histórico,* Buenos Aires, 1973.
P. Veyne, *Cómo se escribe la historia: ensayo de epistemología,* Madrid, Fragua, 1972.
J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?: A propósito de la historia y de los historiadores,* Madrid, Siglo XXI, 1984.
M. de Certeau, *L'Écriture de l'histoire,* París, Gallimard, 1975. Revista *Dialectiques,* núm. 14, «Débat: l'histoire et le réel», Michel de Certeau y R. Robin, 1976.
P. Ricoeur, *Tiempo y relato histórico,* Madrid, Cristiandad, 1987.
«Espaces/temps», núms. 29 y 30: *Cet obscur objet de l'Histoire. 1. Une force trop tranquile. 2. A la recherche du temps social.*
N. Gagnon y J. Hamelin, *L'Homme historien,* Quebec-París, 1979.
M. Ferro, *L'Histoire sous surveillance,* París, Calmann-Lévy, 1985.

Para el capítulo 14

F. Dosse, *L'Histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»,* París, 1987 (hay traducción en Valencia, Edicions Alfons el Magnànim).
J. Julliard, «La politique», *Faire de l'Histoire,* t. 2, París, 1974 (cfr. traducción).
J. L. Parodi (dir.), *La Politique,* París, 1971.
R. Remond (dir.), *Pour une histoire politique,* París, 1988.
«Les liasons dangereuses, Histoire, sociologie, science politique», *Politix. Travaux de science politique,* núm. 6, primavera 1989.
La sección «Enjeux» (apuestas), de *Vingtième siècle. Revue d'histoire* incluye reflexiones historiográficas y metodológicas muy útiles, con frecuencia citadas en este capítulo. Así, por ejemplo, la estimulante crítica de G. Noiriel, «Une histoire sociale de la politique est-elle possible?», en el núm. 24, 1989.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aculturación, 230.
Actores de la historia, 59.
Adonis, 229.
Agustín (san), 36.
Alienación, 188.
Alemania, 129, 136, 144.
Althusser (L.), 190, 207, 208.
Análisis estructural, 217, 229, 230, 241.
Annales. ESC, 68, 149, 151, 182, 251, 252-255, 267.
Antropología histórica, 166, 178, 221, 231.
Antropología estructural, 213, 219.
Archivos, 60, 113, 235.
Aron (R.), 71, 84, 210, 234, 236-237, 264.
Arqueología, 104, 181.
Arquetipo, 57.
Arte de verificar los datos, 95.

Barthes (R.), 115-116, 118, 244.
Basin (Th.), 47, 52, 54-56.
Bayle (P.), 91.
Beduinos, 41.
Benedictinos, 89, 94.
Berr (H.), 150, 172-173, 252.
Bibliotecas, 60.
Biografía, 33.
Bipolaridad, 116.
Bloch (M.), 89, 91, 145, 149-151, 154-158, 161, 163, 166, 170, 173, 175, 208, 234, 252.
Bossuet, 21-22, 41-45, 72, 76, 92, 100, 101, 105, 132.
Bouchart (A.), 54-56, 57.
Bouquet (dom), 95.
Bourdeau (L.), 143, 179.
Braudel (F.), 66, 149, 151, 158-163, 171, 172-173, 174, 176, 179, 191, 214-216, 217, 252-254.
Bretaña, 47, 53-54, 61.
Burguière (A.), 170, 171-172, 173-174, 211, 217, 231, 267.

Campesinos, 197, 200.
Capitalismo, 162.
Carbonell (Ch.O.), 104, 105-106.
Carcelario, 225-226.
Carnaval, 229-230.
Cartesianos, 91.
Cartografía histórica, 178.
Causalidad, 236, 240.
Causas, 43-44, 236.
Certeau (M. de), 168, 171, 172, 176, 230-231, 233-234, 241-246, 247-248.
Chastellain (G.), 53.
Chaunu (P.), 164, 165-166, 222, 252.
Chenu (M. D.), 37.
Chesneaux (J.), 5, 172, 233, 241, 247.
Ciclo de civilizaciones, 83-84, 85-87.
Ciencia histórica, 106-107, 132, 175, 204, 236, 240.
Ciencias auxiliares, 175.
Civilización(es), 82, 83-84, 102, 212.
Clases sociales, 193-198, 208.
Cliométricos, 176.
Commynes (Ph. de), 47, 52-53, 54-55, 58-59.
Comparativismo histórico, 85, 247.
Comte (A.), 71, 78-81, 89, 132, 143, 179.
Concepto, 235, 239, 247.

Conocimiento histórico, 59, 144, 146, 158, 234-236.
Corporación histórica, 241-243.
Crítica, 91-94, 134.
Croix (A.), 179.
Cuantificación, 177, 243.
Cuantitativa (historia), 180-181.
Cuestionario, 238.
Cultura, 83, 100, 212.

Delumeau (J.), 179, 185.
Desafío y respuesta, 85-87.
Diacronía, 217, 243.
Dialéctica, 76-77, 192, 207.
Discontinuidad, 221, 223, 224.
Discurso, 224.
Discurso histórico, 242-245.
División del trabajo (en historia), 135.
Documentos, 93, 94, 98, 104, 106, 132-134, 144, 156, 180-185, 223, 238, 245.
Dominio (de la historia), 156-158.
Duby (G.), 31, 157, 172, 173, 179, 184, 208-209, 258.
Duda, 97, 233-248.
Du Cange, 95.
Duración, 159.

Escuela de los *Annales,* 149-168.
Escuela histórica francesa, 84-85, 128.
Escuela Metódica, 89, 127-148, 155.
Escuela Práctica de Altos Estudios, 171.
Economicismo, 202-203.
Escritura histórica, 244-245.
Edad Media, 80, 116, 222.
Eginardo, 33.
El Siglo de Luis XIV, 98-99.
Engels (F.), 187-188, 193, 194-195, 197, 199-204, 206.
Ensayo sobre las costumbres, 99-100.
Ermentario, 35.
Erudición, 89, 94-97.
Espíritu (huella del), 76-77.
Estructural (historia), 221, 228-231.
Estructuralismo, 82, 85, 211-233.
Estructura, 162, 213-215, 218-223, 236.
Etnohistoria, 177, 217.
Etnología, 162, 213, 216-217, 219, 256.
Eurocentrismo, 105.
Exégesis, 92.
Explicación histórica, 236.

Fagniez (G.), 127-128.
Febvre (L.), 82, 134, 145, 149-158, 161, 163, 166-167, 170-172, 174-176, 184, 234, 237, 252-254.
Ferro (M.), 5, 170, 172, 173, 184.
Ferry (J.), 139.
Filosofías de la historia, 6, 42, 71-87, 101-102.
Folklore, 183.
Fontenelle, 91.
Foucault (M.), 167, 171, 221, 223-228, 239.
Francia, 96, 119-120, 140-141, 195-196, 205.
Froissart (J.), 47-52, 59-60.
Fuentes, 85, 96, 100, 104, 180-185, 243.
Fuerzas productivas, 188-192.
Furet (F.), 164, 169, 171, 172-173, 178-180, 223, 245.
Fustel de Coulanges, 6, 89, 105-107, 128, 155, 235.

Gaguin (R.), 57-58.
Geohistoria, 159.
Gilson (E.), 31, 36-37.
Glaber (R.), 31, 37, 59.
Global, 177-181.
Grandes hombres, 77, 86, 101, 140, 142, 143.
Gregorio de Tours, 6, 32-33.
Guenée (B.), 34, 58.
Guerra, 74, 98, 142, 200.
Guizot, 102-103, 112, 173.
Hagiografía, 32, 35.
Hecho histórico, 134-135, 144, 180-181.
Hecho social total, 180.
Hegel (G. W.), 6, 71, 75-78, 80, 82, 175, 188, 191-192, 193, 198-199, 201.
Herodoto, 6, 9-13, 14, 24.
Higden (R.), 59.
Historia (género literario), 37-38, 54, 58, 97, 238, 239, 243-244.
Historia de Francia, 111-112, 121, 131-132, 137-138, 238.
Historia económica, 163-164, 251.
Historia erudita, 89-109.
Historia evenemencial, 66, 160-161.
Historia historizante, 145-146, 151-152.
Historia liberal, 112.
Historia política, 137-138, 251-268.
Historia romántica, 100-101, 112.
Historia social, 164.
Historia total, 113-114, 161-162, 177, 209, 252.
Historiador, 59, 114-115, 235, 246-247.
Historiografía, 6, 35, 53.

Hugo de Saint-Victor, 37-59.

Iconografía, 39, 185.
Idealismo, 76-77.
Ideología, 177, 198-202, 243.
Ideólogos, 189, 209.
Iglesia, 43, 96, 130-131, 201-202.
Imperio colonial, 142.
Imperio romano, 42, 77, 87.
Inconsciente, 117, 213-214, 215, 237.
Información, 60, 98.
Infraestructura, 188-189, 190.
Institución histórica, 105, 241-243.
Inteligibilidad, 227.
Interpolación, 93.
Itinerario, 237, 246.

Jacquerie, 49-51.
Jaurès (J.), 207.
Joinville (J. de), 40-41, 59.
Juglares, 59.
Jullian (C.), 128, 144.

Kant (E.), 71-77, 198.

Labrousse (C.-E.), 160, 163, 165, 171, 177, 180, 208, 215.
Langlois (Ch. V.), 6, 105, 127, 130, 131-135, 143-144, 155-156, 176, 234, 252.
La Marche (O. de), 43, 56.
La Popelinière (Lancelot de), 64, 65.
Lavisse (E.), 127-129, 132, 135-138, 139, 142-144, 145, 161, 185.
Le Baud (P.), 54, 60, 69.
Le Bel (J.), 47, 51.
Le Goff (J.), 7, 116, 167, 169, 170, 171-176, 179, 181, 184, 230, 232, 252, 256.
Le Nain de Tillemont, 91, 93-94.
Lenin, 197, 203, 206.
Léonard (J.), 166.
Le Roy Ladurie (E.), 66, 164, 165-168, 170-172, 173, 178, 179, 222, 229, 232, 246, 253.
Lévi-Strauss (Ch.), 162, 167, 212-214, 215-216, 218-220, 228-229.
Ley de los tres estadios, 79-80.
Leyes de la historia, 105, 143, 236.
Luces, 72, 75, 101.
Lucha de clases, 194-198, 203-204.

Mabillon, 89, 91-93, 129, 185.
Manuales escolares, 139-142, 145, 205.
Marrou (H. I.), 169, 175, 233-237, 239, 240, 246.
Marx (K.), 71, 82, 85, 146, 156, 169, 176-177, 187-203, 206, 207-210, 216.
Marxismo e historia, 176-178, 187-210, 240, 245.
Marxismo dogmático, 202-206.
Marxismo-leninismo, 203-205.
Materialismo histórico, 146, 187-193.
Mediterráneo (mundo), 159-162.
Memoria, 39.
Mentalidades (historia de las), 166-167.
Michelet (J.), 44, 102, 103, 111-121, 125, 129, 132, 173, 179, 268.
Milagro, 43, 44-45, 91.
Mito, 228-229.
Modo de producción, 176, 190-192.
Modelo, 162, 215-216, 217-218, 219, 245.
Mommsen (Th.), 129, 144.
Monod (G.), 127-132, 139, 143-144, 147-148, 155.
Moral e historia, 91.
Morice (dom P.-H.), 95, 96.
Morineau (M.), 174.
Muertos (relación de), 117.

Naturaleza, 83, 100, 101.
Neutralidad, 130, 144.
Nora (P.), 172, 175, 252, 255, 264.
Nueva historia, 111, 169-185.

Objetivo, 236.
Objetividad, 142-147, 158.
Obra histórica, 115.
Occidente, 81.
Oral, 60.
Orden, 44, 51-52, 90.

Patria, 141.
«Petit Lavisse», 139.
Piezas originales, 94-95.
Preguntas, 235, 238.
Pueblo de Francia, 58, 119-120.
Pluridisciplinariedad, 157-158, 170.
Positivismo, 78-81, 142-143.
«Positivista» (escuela), 127-148.
Producción histórica, 6, 104, 243.
Programas escolares, 139-140.
Progreso, 37, 212.
Proletariado, 87.
Providencialismo, 37, 43, 44, 87, 101.
Psicoanálisis, 241, 244, 256.

Rabelais (F.), 153-155.
Ranke (Leopold Von), 129, 132, 143-144, 146.
Relaciones de producción, 189, 192.
Relato histórico, 216, 238, 239.

Relativismo, 146, 237.
Religión, 81, 87, 200-201.
Renan (E.), 105-106, 128, 155.
República (Tercera), 139, 140-141.
Retórica e historia, 58.
Retrodicción, 240.
Revolución francesa, 75, 120-121, 141.
Revue de Synthèse, 150-151, 252.
Revue historique, 106, 127-131, 147-148.
Rousseau (J. J.), 72-73.
Ruptura, 223-224.
Rusia, 100-101, 151-152.

Sangre (e historia), 119.
Sartre (J. P.), 216.
Seignobos (Ch.), 6, 102, 105, 127, 130, 131-135, 138, 143-144, 151-152, 155-156, 176, 234, 252, 254.
Sentido de la historia, 71, 193.
Sentimiento nacional, 54, 57-58, 131.
Simiand (F.), 150, 156, 163, 172-173, 176.
Simon (R.), 42, 91-92.
Sincronía, 217, 243.
Sociedad capitalista, 81, 195-196.
Sociedades precapitalistas, 194-195.
Sociedades científicas, 103-109.
Sociología, 78-79, 80, 162, 193-198, 247-248.
Spengler (O.), 6, 23, 71, 81-84, 86-87.
Stalin (J.), 204-205.
Superestructura, 189-190.

Taine (H.), 105, 128.
Teología e historia, 36-38, 87, 132.
Testimonio, 96 (ver *fuentes).*
Thierry (A.), 103, 112-113, 129.
Tiempo (concepto del), 36-40, 161, 179.
Toynbee (A.), 6, 23, 71, 84-87, 175.
Triángulo culinario, 219.
Tucídides, 6, 9, 12, 13-17, 19-20, 22, 29, 44, 83-84, 210, 268.

Unión Soviética, 203-205.

Vendée (guerra de la), 120-121.
Verdad, 94, 237.
Veyne (P.), 5, 6, 180, 228, 233-234, 236-240, 246-247.
Vilar (P.), 164, 171, 176, 190, 197, 208-210.
Visión de la historia, 31, 36-37.
Vitalismo, 83, 116.
Voltaire, 71, 90, 96-102, 107, 118, 173, 238.
Vovelle (M.), 166-167, 172, 209.

Wachtel (N.), 167, 183, 217, 230.
Wavrin (J. de), 53.

ÍNDICE

PRÓLOGO 5

1. PERSPECTIVAS SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA 9
Herodoto o cómo pensar «lo otro» 10
Tucídides: la definición conjunta de un método y de una escritura 13
Polibio o la reconstrucción lógica del pasado 18
En busca de la «verdadera naturaleza» de la historiografía romana 23
La herencia historiográfica antigua 26
Documentos 28

2. LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA (I): LA HISTORIA CRISTIANA 31
Nacimiento de la historia cristiana en la alta Edad Media 31
¿Se puede considerar por tanto que los autores de la alta Edad Media (que dura hasta el siglo XII) hacen gala de una general carencia de sentido histórico? 34
¿La Teología (particularmente en el siglo XII) al servicio de la historia? 36
Visión de la historia y sentido común del tiempo 38
Joinville, cronista y moralista 40
Los últimos esplendores de la historia cristiana: Bossuet 41
Documento 44

3. LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA (II): LOS CRONISTAS DE LOS SIGLOS XIV Y XV 47
Froissart, heraldo de la declinante sociedad caballeresca 47
Los cronistas dependientes de los príncipes 52
Una diferente percepción de las realidades políticas y militares . 56
La historia, «vehículo privilegiado del sentimiento nacional» ... 57
Documento 61

4. HISTORIADORES Y GEÓGRAFOS DEL RENACIMIENTO 63
Cuestiones de método 63
Lejanos indicios de la nueva historia 66

El desarrollo de la historia regional. El caso del bretón Bertrand d'Argentré 69
Conclusión 70

5. LAS FILOSOFÍAS DE LA HISTORIA 71
Kant y las Luces 72
Hegel y la dialéctica 75
Comte y el positivismo 78
Spengler y el destino orgánico 81
Toynbee y el ciclo de las civilizaciones 84

6. LA HISTORIA ERUDITA DESDE MABILLON A FUSTEL DE COULANGES 89
Obstáculos para el desarrollo de la historia metódica (XVII y XVIII) 90
Los precursores de la postura crítica (fines del siglo XVII) 91
El nacimiento de la erudición (fines del siglo XVII y principios del XVIII) 94
Voltaire y la ampliación de las perspectivas históricas 97
Las primicias de la institución histórica (1800-1870) 102
Documentos 108

7. MICHELET Y LA APREHENSIÓN TOTAL DEL PASADO 111
El proyecto-testamento de Michelet 111
Fracaso de la globalidad 115
Documento 121

8. LA ESCUELA METÓDICA 127
La Revue historique 127
El discurso del método 131
Lavisse y la historia de Francia 135
Los manuales escolares 139
La objetividad en la historia 142
Documento 147

9. LA ESCUELA DE LOS «ANNALES» 149
Febvre y los «Annales» 149
M. Bloch: el oficio del historiador 154
F. Braudel: los tiempos de la historia 158
Las producciones históricas 163

10. LA NUEVA HISTORIA, HEREDADA DE LA ESCUELA DE LOS «ANNALES» 169
Una poderosa institución 170
El culto a los antepasados 173
Ni Jesús, ni Mao, ni Toynbee; un poco de Marx y la mayor cantidad de ciencia posible 175
Los avatares de la globalidad 177
Aprovecharlo todo: el arte del reciclaje y la revisión de textos . 181

11. EL MARXISMO Y LA HISTORIA 187
El materialismo histórico 188

La sociología de clases 193
El concepto de ideología 198
La esclerosis dogmática 202
La renovación marxista 206

12. EL ESTRUCTURALISMO Y LA HISTORIA 211
Estructuralismo e historia: debates y combates (de los años 50 a los 70) 212
Ambigüedades y dificultades persistentes (década de los años 70) 218
Michel Foucault, pensador de la discontinuidad y de la relación 223
Las conquistas de la historia estructural (análisis de los mitos, textos y rituales) 228

13. LA DUDA ACERCA DE LA HISTORIA 233
Del «presentismo» optimista de Henry Marrou al hipercriticismo de Paul Veyne 234
El asalto conjugado del marxismo, la semiótica y el psicoanálisis 241
Conclusión 248

14. LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA POLÍTICA 251
Una historia política controvertida 252
Los hombres y los lugares de la renovación 254
Las raíces del retorno de la historia política 256
¿Es la nueva historia política una historia total? 258
Historia política e historia del tiempo presente 267

BIBLIOGRAFÍA 269

INDICE ONOMÁSTICO 275